

LINDSAY CLARKE



LA GUERRA DE  
**TROYA**

VIVIERON COMO HOMBRES, COMBATIERON COMO DIOSSES

NOV@LA HISTÓRICA

# La guerra de Troya

## Sobrecubierta

None

**Tags:** General Interest

# La guerra de Troya

## Sobrecubierta

None

**Tags:** General Interest

1

LINDSAY CLARKE



LA GUERRA DE  
**TROYA**

VIVIERON COMO HOMBRES, COMBATIERON COMO DIOS

NOVELA HISTÓRICA

# **La guerra de Troya**

## **Lindsay Clarke**

Para Sean, Steve, Allen y Charlie.



## El bardo de Ítaca

*En aquellos tiempos, el reino de los dioses estaba más cerca del mundo de los hombres, y los dioses solían dejarse ver entre nosotros, manifestándose a veces como tales, otras en forma humana y, aun otras, bajo la forma de un animal. También la gente que vivía por entonces estaba más cerca de los dioses que nosotros, y las grandes gestas y maravillas eran mucho más corrientes en aquellos tiempos, por lo que sus historias son más nobles y ricas que las nuestras. Para que no desaparezcan de la faz de la tierra, he decidido poner por escrito todas las historias que he oído de la guerra en Troya: de cómo empezó, cómo se libró y cómo se terminó.*

*Hoy es un buen día para comenzar, el sol está en su cenit en el cielo estival. Al levantar la cabeza, oigo el tañer de las liras por encima de la pleamar, los cánticos y el retumbar en el suelo de las danzas en la ciudad. Es la festividad de Apolo. Hoy hace cuarenta años que Odiseo regresó a Ítaca, y no me falta motivo para recordar aquel día, pues estuvo a punto de ser el último para mí.*

*A los veinte años sólo veía a mi alrededor sangre, exterminio ti la furia de un hombre vengativo. Todavía me veo allí, acobardado ante el trono tachonado de plata. Me acuerdo del repugnante sabor a miedo en la boca, del olor a sangre en la nariz, y si cierro los ojos, veo a Odiseo alzando su sanguinolenta espada ante mí.*

*Como Ares no es un dios al que yo sirva, aquella festividad de Apolo fue lo más cerca que he estado -que nunca quise estar- de la guerra. Y sin embargo, las historias que he de narrar son relatos de guerra, y fue Odiseo quien me las contó. ¿Que cómo es posible? Porque su hijo Telémaco me salvó de la ciega furia de la espada de Odiseo, gritándole que yo no era de los que habían querido tomar a su esposa y su reino. Por eso luego, mucho tiempo después de la furia, cuando Odiseo relató estas historias a su hijo, yo estaba allí junto al fuego, en el gran salón de Ítaca.*

*Puede que algún día otro bardo haga por Odiseo lo que no he podido hacer yo, Femio de Ítaca, y componga un gran canto con estas historias, un canto que los hombres entonen para siempre. Hasta ese día, que el destino sea gentil y preserve lo que un hombre honesto ha puesto por escrito para evocar las pasiones de dioses y hombres.*

## **Primera parte**

### **El libro de afrodita**

#### **La manzana de la discordia**

El mundo está lleno de dioses, y nadie puede servirlos a todos. Por eso es verdad que el destino de un hombre depende de los dioses que elija, y la mayoría de los relatos actuales afirman que la guerra de Troya empezó con una elección así, cuando una tarde calurosa el héroe troyano Paris fue llamado ante las diosas en lo alto del monte Ida.

Los montes Ideos, que el río Escamandro atraviesa, están a unos quince kilómetros del mar, en la región del reino de Troya conocida como Dardania. Odiseo me aseguró que entre el clan dardanio de los troyanos se daba por aquel entonces un antiguo culto a Afrodita Frigia, y que Paris, uno de sus principales pastores, había crecido en un ambiente colmado del poder de esa seductora diosa. Por eso parece probable que se le concediera la visión que lo llevó a su divina presencia durante una prueba de iniciación en la cima del monte Ida. Pero como no está permitido hablar directamente de tales ritos secretos, los bardos hemos de recurrir a la imaginación.

Todo comenzó con la intensa sensación de estar siendo observado. Paris levantó la vista desde su meditabundo ensueño y sólo vio su rebaño pastando. Los animales parecían, si acaso, menos alerta que él. Entonces, por el rabillo del ojo, vislumbró un breve chispazo luminoso. Cuando volvió la cabeza, el destello se desplazó por el aire al otro lado. Perplejo, Paris miró hacia allá y oyó una suave risa. Justo ante él, en la densa sombra de un pino, distinguió la esbelta silueta de un hombre, al principio borrosa. Con un sombrero de ala ancha y una ligera capa que la envolvía formando pliegues, la figura se apoyaba en el tronco del árbol con un pulgar trabado en el cinto y una vara adornada con una cinta blanca en la otra mano. Ladeaba la cabeza con expresión de curiosidad, como sopesando la cara de asombro del pastor.

Intuyendo que se hallaba en presencia de un dios, Paris se levantó de un salto.

Un águila planeaba aún por el inmaculado azul del cielo. Ante sí tenía el panorama, tan familiar para él, de la llanura de Troya y los ríos que la riegan, pero era como si hubiera traspasado un umbral de luz para entrar en una región superior de la conciencia, donde todos los sentidos se le alteraban. Hasta el aire le sabía más puro y seco, como si lo hubieran transportado a más altura. Y entonces el dios Hermes hizo un ademán con su báculo.

–Zeus me ha encargado que venga. Tú y yo tenemos que hablar.

Y sin dar signo alguno de haberse movido, estaba junto a Paris, sugiriéndole que descansaran en la

hierba mientras le explicaba su misión.

–En primer lugar -dijo Hermes-, quizá te interese examinar esto-. Y de la bolsa que le colgaba del cinto sacó algo brillante y se lo entregó a Paris, que bajó la mirada al reflejo de luz del sol que despedía la dorada manzana, ahora en la palma de su mano. Dándole la vuelta, pasó el pulgar por las palabras que tenía inscritas y, estupefacto, volvió a mirar al dios.

Hermes sonrió:

–Dice «A la más hermosa». Bonito, ¿no? Pues no sabes el lío que ha montado. Es lo que me trae por aquí. ¡Nosotros, los dioses, necesitados de ayuda!, sí, ya lo ves -percibió el desconcertado ceño del joven-. Pero todo esto no te diré nada si no te cuento primero la historia de Peleo.

Es posible, supongo, que todo empezara así, aunque Odiseo siempre insistió en que la guerra de Troya comenzó donde comienzan todas las guerras: en el corazón y en la mente de los mortales. Por entonces había llegado a considerar la guerra como un atroz legado que pasa de generación en generación, y las semillas del conflicto las veía en los padres de quienes libraron las batallas en aquella llanura expuesta a los vientos. Peleo era uno de esos padres.

El propio Odiseo aún era joven cuando trabó amistad con Peleo, venerado ya desde hacía tiempo por ser una de las almas más nobles de toda una generación de grandes héroes argivos. Había habido también una época en la que Peleo parecía, de entre todos los mortales, el predilecto de los dioses. Pero, para gran consternación suya, el joven aventurero de Ítaca halló en él a un hombre apesadumbrado y dado a largos y desolados silencios por las terribles pérdidas que habían llenado de sombras su vida. En una sola noche, Peleo contó a Odiseo todo lo que tuvo aplomo para contarle de su propia historia.

Comenzó por la disputa entre tres jóvenes de la isla de Egina, disputa que acabó con dos de ellos en el exilio y el otro muerto. Apenas abandonada la infancia, Peleo y Telamón eran los hijos mayores del rey Éaco, célebre en todo Argos y aún más allá por su gran piedad y justicia. Si Éaco tenía una debilidad, era su preferencia por el menor de sus hijos, un joven llamado Foco no nacido de su esposa, sino de una sacerdotisa del culto a la foca instalado en la isla.

Desplazados en el afecto de su anciano padre, en Peleo y Telamón surgió una viva animadversión hacia ese agraciado hermanastro, tan lustroso y musculoso como la foca de la que tomó el nombre, excelso en todas las cosas, sobre todo como atleta. El rencor se tomó en odio cuando empezaron a sospechar que Éaco quería nombrar a Foco su sucesor en el trono. ¿Por qué si no le habría llamado a la isla tras haberse ido el joven voluntariamente al extranjero para mantener la paz? Al menos la esposa del rey así lo creía y urgió a sus hijos a atender sus propios intereses.

Lo que pasó a continuación sigue sin saberse a ciencia cierta. Sí se sabe que Telamón y Peleo desafiaron a su hermanastro a una prueba de pentatlón. Se sabe que los dos salieron con vida de la competición, pero no así Foco. Se sabe también que los hermanos mayores declararon accidental su muerte: un golpe de mala fortuna cuando el disco de piedra lanzado por Telamón se desvió y fue a darle en la cabeza. Pero también se dijo que el cuerpo presentaba más de una herida y que lo hallaron, además, oculto en un bosque.

Éaco no abrigó dudas sobre la culpabilidad de sus hijos, que habrían perecido de no haberse percatado a tiempo del peligro, huyendo ambos de la isla. Pero luego cada hermano tomó su propio rumbo, lo que me induce a creer que Peleo no mentía al contarle a su amigo Odiseo que había accedido de muy mala gana al plan de Telamón de asesinar a Foco.

Fuera como fuera, cuando el padre se negó a escuchar sus alegaciones de inocencia, Telamón buscó refugio en la isla de Sala-mina, donde desposó a la hija del rey y acabó sucediéndole en el trono. Mientras, Peleo huyó hacia el norte, a Tesalia, y allí se refugió en la corte de Actor, rey de los



mirmidones.

Peleo fue acogido con calor por el hijo del rey Áctor, Euritión. Pronto ambos se hicieron amigos, y Euritión, al saber lo sucedido en Egina, se propuso limpiar la culpa de Peleo por la muerte de Foco. Su amistad quedó sellada al casarse Peleo con la hermana de Euritión, Polimela.

No mucho después de la boda llegó la noticia de que un enorme jabalí causaba estragos en el ganado y los cultivos del vecino reino de Calidón. Al oír que muchos de los mayores héroes de la época, como Teseo y Jasón, se estaban juntando para dar caza al jabalí y que su hermano Telamón se sumaría a ellos, Peleo partió con Euritión para unirse a la captura.

Salvando la guerra, no puede haber habido expedición más calamitosa que la caza del jabalí de Calidón. Al haber desatendido el rey de ese país sus ritos, la divina Artemisa había enloquecido al jabalí, que luchó con espantoso frenesí por salvar la vida. Cuando lograron hacerlo salir a un claro desde la espesura de un riachuelo, ya había matado a dos hombres y herido a un tercero. La virgen cazadora Atalanta lanzó una flecha por detrás que acertó al jabalí en la oreja. Telamón avanzó de un salto con su lanza para rematar a la bestia, pero tropezó con la raíz de un árbol y perdió el equilibrio. Peleo llegó a la carrera para levantar a su hermano del suelo y, al alzar la vista, vio al jabalí hurgando con los colmillos las tripas de otro cazador. Lanzó apresuradamente su jabalina la vio desviarse en el aire para acabar clavada en las costillas de su amigo Euritión.

Ahora con dos muertes sobre su conciencia, Peleo no se veía a paz de hacer frente a Polimela ni al afligido padre de su amigo. Por eso se retiró a la ciudad de Yolco con otro de los cazadores, el rey Acasto, que se ofreció a purificarle de esa nueva culpa de sangre. Pero la vida de Peleo se empañó aún más, pues mientras estaba en Yolco, la esposa de Acasto, Cretéis, cayó en una impía pasión por él.

Violentado por sus acercamientos, Peleo trató de apartarla de pero cuando la rechazó con más firmeza, ella se enfadó primero y luego la pasión la tornó cruel. Para vengar su humillación, envió a la mujer de Peleo el mensaje de que éste la abandonaba para unirse a la hermana de la propia Polimela. Dos días después, totalmente ajeno a lo que había hecho Cretéis y asumiendo por ello enteramente la terrible culpa, Peleo se enteró de que su mujer se había ahorcado.

Durante un tiempo enloqueció de dolor. Pero aquél no fue todavía el final de todas sus cuitas. Alarmada por las consecuencias de su malevolencia, Cretéis trató de borrar las huellas de su acción diciéndole a su esposo que Peleo había intentado violarla. Ya unido a Peleo en los ritos de purificación, Acasto no deseaba incurrir también él en un crimen sacrílego, por lo que pidió consejo a sus sacerdotes. Pasado un tiempo, le hizo a Peleo una propuesta:

–Si te detienes demasiado en la muerte de Polimela -le dijo-, te volverás loco de dolor. La muerte de Euritión fue un accidente. En el caos de la cacería, podría haberle pasado a cualquiera. Y si tu esposa no fue capaz de vivir con esa idea, tú no tienes la culpa. Has de vivir tu vida, Peleo. Necesitas aire y luz. ¿Qué tal si tú y yo volviéramos al monte? Te reto a una competición de caza, ¿te animas a responder al reto?

Creuyendo que su amigo sólo albergaba buenas intenciones para con él, Peleo aprovechó la ocasión para intentar dejar atrás el dolor de su atribulada vida. Se reunió una partida de caza. Con lanzas, trampas y una ruidosa jauría de perros, Peleo y Acasto partieron al amanecer hacia los elevados y verdes riscos del monte Pelión. Estuvieron cazando todo el día, y por la noche dieron cuenta de una abundante cena bajo las estrellas. Reconfortado por el aire libre, la altura, el mundo sin engorros de la camaradería masculina, Peleo bebió demasiado del embriagador vino que habían llevado y se sumió en un estupor de pesadillas.

Despertó al frío relente de las primeras horas del día para verse abandonado junto a una hoguera apagada, desarmado y rodeado de un corro de la peluda tribu de los centauros, que apestaban como sus

ponis y discutían qué hacer con él, hablando en su cerrado acento de montaña. Algunos estaban por matarlo allí mismo, pero su jefe -un joven macho de encrespada crin castaña vestido con pieles de venado- argumentó que algo habría que aprender de un hombre al que habían expulsado las gentes de la ciudad, y decidieron llevarlo ante su rey. En efecto, levantaron a Peleo a patadas y así lo hicieron subir por empinados repechos de roca y peñascos, matorrales de tojo, florestas de roble y abedul y cataratas que se precipitaban a gran velocidad a un hondo precipicio donde resonaba con fuerza el agua que caía de la montaña.

Cuando el grupo se acercaba con su prisionero, unas mujeres levantaron la vista de las pieles que zurraban contra las planas piedras de un arroyo y se quedaron calladas. El jefe de la banda subió unos escalones de piedra y entró en una cueva en mitad de la pared del precipicio. Mientras lo retenían fuera esperando, Peleo vio fornidos ponis pastando sueltos por los agrestes pastos. Las cabras se lo quedaban mirando desde las rocas a través de unos ojos negros como ranuras. No vio signo de morada alguna, pero supo dónde encendían fogatas por los parches de hierba carbonizada rodeados de círculos de piedras. Un penetrante olor a carne cruda y leche rancia le asaltó la nariz. Dos niñas con ropajes de piel de cabra se habían puesto a unos metros de él. Tenían la cara manchada de jugo de moras. De haber hecho un movimiento súbito, se habrían espantado como potros.

Al fin lo metieron en la cueva, donde un anciano encorvado y moreno como la madera de olivo, de lacio cabello blanco, se recostaba en un mullido camastro de hojas y hierba fresca. El aire de la cueva estaba fragante por los muchos haces de hierbas medicinales y olorosas que colgaban de sus secas paredes. El viejo le hizo a Peleo una seña para que se sentara junto a él y, en silencio, le ofreció agua de una jarra de barro. Luego, entrecerrando los ojos en tina paciente sonrisa que parecía proceder de una honda e insondable tristeza, le dijo con el acento impecable y distinguido del pueblo argivo:

–Cuéntame tu historia.

Posteriormente, Peleo dijo a Odiseo que su estancia entre los centauros le devolvió la cordura, pero la verdad es que tuvo suerte de caer en sus manos en una época en la que a su rey, Quirón, le preocupaba mucho la pervivencia de su tribu.

Los centauros siempre habían sido un pueblo apartado, autóctono, que vivía su agreste vida en los montes, lejos de los habitantes de la ciudad y los granjeros de las llanuras. El propio Quirón era célebre por su sabiduría y sus poderes curativos, y llevaba muchos años dirigiendo una escuela en la soledad del monte a la que muchos reyes mandaban a sus hijos para iniciarlos desde la infancia. Pirítoo, el rey del pueblo lapita de la costa, asistió a esa escuela de niño y siempre guardó un grato recuerdo del rey Quirón y de sus centauros semisalvajes. Por eso les invitó a su banquete de bodas, pero aquel día alguien cometió el error de ofrecerles vino. El vino, al que los centauros no estaban nada acostumbrados, los trastornó enseguida. Empezaron a acosar a las mujeres del banquete, y se desató una sangrienta pelea que dejó muchos muertos y heridos. Desde aquel terrible día, los no iniciados vieron en los centauros una tribu infrahumana. Los que sobrevivieron a aquella batalla huyeron a los montes, adonde los hombres subían a cazarlos por deporte, como si fueran animales.

Cuando llevaron a Peleo ante Quirón en su cueva, quedaban muy pocos de su pueblo. Por eso, durante las largas horas de su primera conversación, ambos llegaron a reconocer en el otro un alma noble que había sufrido injustamente. Por aquel entonces Peleo no tenía deseos de regresar al mundo y acogió con alegría la oferta de Quirón de quedarse una temporada entre los centauros y curar su alma maltrecha con la vida simple que allí llevaban.

Los días de esa vida dejaban extenuado a Peleo, y de noche lo visitaban sueños vívidos y turbadores que Quirón le enseñó a interpretar. También notó que lo curaba la música de los centauros, que parecía llena de los indómitos compases del viento y el agua, sin dejar de tener un singular y

cautivador encanto. Por medio de la iniciación en los misterios de Quirón, Peleo volvió a descubrir el sentido de *este* mundo. Y por medio de su vínculo con Peleo, Quirón empezó a confiar en poder un día asegurar la continuidad de su tribu restaurando las buenas relaciones con las gentes de las ciudades, allá abajo. Así pues, además de amistad, el viejo y el joven hallaron esperanza uno en el otro. Esa esperanza se reforzó cuando un día Peleo le dijo que si alguna vez tenía un hijo, sin duda lo enviaría a instruirse con él y animaría a otros príncipes a hacer lo mismo.

–Pero antes has de tomar esposa -le dijo Quirón, y al ver que el semblante de Peleo se ensombrecía con el recuerdo de Polimela, el viejo alargó hacia él su mano de anciano-. Esa época oscura ha pasado -le dijo con serenidad-, una nueva vida se abre n te ti. Hace varias noches el padre celestial Zeus vino a mí en sueños y me dijo que es hora de desposar a mi hija.

Asombrado al descubrir que Quirón tenía una hija, Peleo le preguntó cuál de las mujeres de la tribu era.

–Tetis lleva mucho tiempo apartada de nosotros -le contestó Quirón-. Siguiendo a su madre, se hizo sacerdotisa del culto a la sepia entre las gentes de la costa, que la veneran como diosa inmortal. Se ha sumado a las hijas de Nereo, el dios marino, pero Zeus quiere que ella y su culto le acepten. Es una mujer de gran belleza, pero ha jurado no casarse nunca, salvo con un dios. Sin embargo, Zeus dijo en mi sueño que cualquier hijo nacido de Tetis sería más poderoso que su padre, por lo que sólo ha de ser entregada a un mortal -Quirón le sonrió-. Ese mortal eres tú, amigo mío, aunque antes tendrás que ganártela. Y para ello habrás de superar sus ritos e ingresar en su misterio.

Como todos los misterios, la verdadera naturaleza de los ritos de las mujeres del mar sólo la comprenden quienes los superan, por lo que no puedo añadir nada a lo que Odiseo me contó del relato de Peleo sobre su primer encuentro con Tetis. Fue en un islote de la costa de Tesalia. Quirón le había indicado que su hija solía cruzar *el* estrecho a lomos de un delfín. Si se ocultaba entre las rocas, Peleo podría sorprender a Tetis durmiendo a mediodía en una gruta marina de la playa.

Conforme a las instrucciones de su mentor, Peleo llegó hasta la isla y, a cubierto tras un arbusto de mirto, esperó a que el sol se hubiera elevado hasta el cenit. Entonces todos sus sentidos quedaron embelesados contemplando a Tetis deslizarse hacia la playa sobre la espuma arco iris salpicada por el delfín en cuyo lomo cabalgaba. Desnuda y brillante a la luz salina, desmontó en medio del oleaje y vadeó hasta la orilla. Él la siguió a distancia, fuera de su vista, hasta que ella se metió por la angosta boca de una gruta marina para resguardarse del sol de mediodía.

Una vez seguro de que estaba dormida y tras dirigir una oración a Zeus, se tendió sobre ella y le ciñó el cuerpo en un firme abrazo. Tetis despertó sobresaltada al sentir su tacto y se asustó al verse apresada por los brazos de un hombre. Su cuerpo se encendió en llamas. Un torrente de fuego lamió los brazos de Peleo, abrasándole la carne y amenazando con prenderle el pelo, pero Quirón le había advertido de que la ninfa tenía la facultad de su padre marino de cambiar de forma y de que él no debía aflojar su abrazo ni por un momento, por peligrosa que fuera la forma que ella adoptara. Por eso estrechó con más fuerza la figura en llamas mientras Tetis se contorsionaba debajo llevándole a un encarnizado baile en el que le hizo luchar con todos los elementos.

Viendo que el fuego no le había ahuyentado, la ninfa volvió a cambiar de forma. Peleo se vio forcejeando sin aliento para resistir el peso del agua de una ola que rompía. Sintió sus oídos y pulmones a punto de reventar, pero persistió en su abrazo hasta que las aguas se retiraron y oyó el gruñir de las cálidas fauces de un fiero león al que, a su vez, sustituyó una serpiente con colmillos que se le enroscó silbando y retorciéndose, resistiéndose Peleo con gran violencia a su abrazo. Luego, bajo su exhausta mirada, la serpiente tomó la forma de una gigantesca sepia que le roció la cara y el cuerpo con un pegajoso chorro de tinta. Achicharrado, casi ahogado, desgarrado por zarpas y colmillos y casi

cegado por la tinta, Peleo estaba a punto de soltar su deseada prenda cuando Tetis se rindió de repente al resuelto mortal que había resistido todos sus poderes.

Jadeante y sin resuello, Peleo bajó la mirada y vio a la ninfa recobrar su bella forma y relajar el cuerpo en sus brazos. El abrazo se hizo más apremiante y más tierno, y en la hora de pasión que siguió fue sembrada la simiente de su primer hijo.

El banquete de bodas de Peleo y Tetis se celebró en luna llena en la boca de la cueva del rey Quirón, en el alto precipicio del monte Pelión. Fue la última ocasión en la historia del mundo en que los doce dioses inmortales bajaron todos juntos del monte Olimpo a participar en la dicha de los mortales. Para ellos se instaló una docena de tronos dorados flanqueando a los novios. El propio padre del cielo, Zeus, fue quien entregó a la novia, y su esposa Hera quien portó la antorcha nupcial. Las tres parcas asistieron a la ceremonia, y las musas acudieron a cantar los himnos nupciales mientras las cincuenta nereidas formaban espirales por los riscos en una danza de celebración.

El regalo de los dioses olímpicos a Peleo fue una brillante armadura de oro y dos caballos inmortales engendrados por el Viento del Oeste. El rey Quirón entregó al novio una jabalina sin par, su empuñadura forjada por Hefesto, el dios cojo, y el asta de made de fresno cortada y pulida por las manos de la divina Atenea. A la tribu entera de los centauros se adornó con guirnaldas y formó en círculo para la ocasión, y el resto se dio a la parranda bebiendo del néctar que servía Ganimedes, el escanciador de Zeus: nadie recordaba un banquete de bodas más alegre desde hacía muchos años, cuando los dioses del Olimpo honraron con su presencia la boda de Cadmo y Harmonía.

Sin embargo, de entre todas las divinidades inmortales, no habían invitado a Éride. Su nombre significa lucha o discordia, y es la hermana gemela del dios de la guerra, Ares. Se complace igual que él en la furia y el farrago del conflicto humano; es Éride quien crea problemas en el mundo propagando rumores. Como disfruta especialmente valiéndose de la maledicencia para suscitar envidias y celos, los demás dioses y diosas, excepto su hermano, procuran no tener mucho trato con ella. Por eso mismo se había omitido su nombre de la lista de los invitados al banquete de bodas de Peleo y Tetis. Pero todos los inmortales tienen su lugar en el mundo, y si relegamos a uno de ellos, será siempre a nuestra cuenta y riesgo.

Furiosa y ofendida por ser la única inmortal no invitada, Éride acechaba los festejos desde las sombras de una cercana arboleda, esperando el momento idóneo para tomarse la venganza. El momento llegó cuando Hera, Atenea y Afrodita felicitaban al novio. Un destello de luz de algo que le llegaba rodando por el suelo captó la atención de Peleo. Maravilladas, las tres diosas no dejaban de soltar exclamaciones al recoger él del suelo, parada a sus pies, una reluciente manzana dorada. Movidos por la curiosidad ante los gritos de alegría de las diosas, los demás invitados hicieron corro enseguida. Sólo Quirón, para su congoja, vio la figura de Éride internarse en el bosque con su túnica de cuadros.

–Mirad -exclamó Peleo-, lleva una inscripción: «A la más hermosa». Al volverse para calibrar a las tres diosas que tenía al lado, la sonrisa se le desvaneció, ya que no podía entregar la manzana a ninguna sin ofender en el acto a las otras.

–¡Pero si estoy rodeado de belleza! – quiso escabullirse-. Este acertijo es demasiado difícil. Afrodita le sonrió.

–¿«A la más hermosa», dices? Pues eso no es nada difícil: la manzana es mía-. Pero cuando alargó la mano para cogerla, Hera dijo que apenas cabía duda de que la manzana era de ella, la esposa de Zeus, señor del Olimpo.

–Cabén todo tipo de dudas -intervino Atenea-. Ningún juez cabal podrá negar que yo tengo el mismo derecho a llevarme la manzana que cualquiera de vosotras dos, si no mucho más.

Afrodita desechó riendo la absurda afirmación de Atenea. ¿Quién iba a mirar dos veces, preguntó, a una diosa que se empeñaba en ir con yelmo hasta a las bodas? Sonriendo para suavizarlo, concedió que tal vez Atenea fuera algo más sabia que ella y que nadie dudaba de la virtud recia y madura de Hera. Pero hablando de belleza, ella las aventajaba a ambas. Y volviendo a acercarse con disimulo a Peleo, que se preguntaba desazonado cómo había podido meterse en ese lío y cómo podría salir de él, extendió hacia él la mano abierta.

–¿No ves que comprometes a nuestro anfitrión, insinuándote así delante de su novia? – protestó Atenea-. A ver si te enteras ya de que la verdadera belleza es también modesta.

Presintiendo la inminencia de una indecorosa trifulca, Hera interrumpió a sus divinas hermanas reclamándoles contención. Luego, sonrió a Peleo y le indicó que lo mejor era zanjar la cuestión cuanto antes dándole la manzana a ella, y a eso las otras se le echaron encima, compitiendo todas por hacerse oír como la que más, hasta que las tres se enzarzaron en una pelea. Las musas vacilaron en su canto, las nereidas dejaron de bailar, entre los centauros se hizo un nervioso silencio, y la novia y el novio, disgustados, no apartaban los ojos de la disputa, cada vez más agria.

Hera exclamó, gritando mucho más que las otras:

–Si no queréis entrar en razón, sólo hay una forma de resolver el problema: que Zeus decida.

Pero ni las otras dos querían aceptar esa solución, ni el todopoderoso Zeus dio muestras de mucho entusiasmo. Aunque llevara toda la tarde bebiendo néctar, era demasiado listo como para arriesgarse a que su esposa le hiciera la vida imposible si era sincero, o se la hicieran unas diosas resentidas si no lo era. Deseando que se acabara la bronca, miró para otro lado. Poco después, furiosas, las tres contendientes pasaron a los insultos.

–¡Ya está bien! – bramó Zeus con una voz que enmudeció a todo el mundo por un momento-. Si lo que queréis son manzanas doradas, tendréis un manzanal entero cada una siempre que os venga en gana.

–¡No es la manzana! – exclamó Hera acaloradamente-. ¡La manzana no nos importa a ninguna!

–Pues claro que no -corroboró Atenea.

–¿Y por qué nos avergonzáis a todos de esta forma? – preguntó Zeus. Y al no obtener respuesta, declaró llegado el momento de que las diosas recordaran quiénes eran y dónde estaban. Tenían que poner fin al altercado, sentarse a disfrutar y dejar que disfrutaran todos. Probó una vez más a mirar para otro lado, pero Afrodita, con los ojos muy abiertos, alegó que la disputa era una cuestión de pura justicia. No iba a consentir que otras se declararan candidatas a un título que, como todos sabían, era suyo por derecho propio.

Intuyendo que su esposo empezaba a flaquear, Hera le susurró:

–No le hagas ni caso a esa necia lagarta.

–No te dejes avasallar por tu mujer -atajó Atenea-, si es que esperas que se siga respetando tu criterio.

Zeus gritó al momento que ni por lo más remoto pensaba escoger entre ellas. De un vistazo circular miró cohibido a las tres diosas y, con más calma, les dijo que, en su opinión, todas ellas eran bellas. Las tres. Cada una a su manera, inimitable. Tenían que olvidar la manzana y poner punto final al asunto.

–Las cosas han ido demasiado lejos para eso -dijo Hera-. Exigimos una decisión.

Abatido, Zeus cruzó la mirada con su esposa. Por grande que fuera su poder, no veía modo de resolver la discusión sin crear rencillas eternas en el Olimpo. Pero cuando volvió la vista, sólo fue para advertir que todos los mortales allí reunidos lo miraban asustados y perplejos. Ya se arrepentía un poco de haber cedido a un simple humano una ninfa tan bella como Tetis. Y ahora pensaba que este

problema venía de mezclar los avatares de mortales e inmortales, y cuando se vio pensando eso, supuso a Éride tras la disputa. Si era así, no habría una solución razonable. El daño estaba hecho, y no se le ocurría ninguna forma de deshacerlo. Tampoco podía permitir que una actuación tan deshonrosa prosiguiera ante los ojos de los mortales.

—Mi decisión -dijo al fin- es que nos volvamos todos inmediatamente al Olimpo y dejemos a estas buenas gentes seguir con su banquete.

Momentos después, los inmorales estaban de vuelta entre las nubes del alto Olimpo. Pero nada más ver que Zeus seguía absteniéndose de dictar un juicio, las desaforadas diosas reanudaron su discusión sin visos de arreglo.

Entretanto, aquel banquete de bodas que había empezado con tanta alegría fue decayendo hasta llegar a un final deprimente. Hacía va rato que sobre Pelión se cernían negros nubarrones y los dioses se habían esfumado en el fragor de un relámpago. Ahora llovía, y la gente corría a refugio resbalándose y tropezando por las rocas. Era como si la tormenta destruyera toda expectativa de paz y orden en el mundo. Nada más cesar el chaparrón, todos se excusaron y se fueron dispersando monte abajo, rumbo a las comodidades de la vida en las ciudades de la llanura.

Lamentando que el padre celestial Zeus no hubiera puesto freno al encono de las diosas, Quirón se retiró sombrío a su cueva. 1 a última vez que sus centauros habían asistido a un banquete de bodas, el vino los envileció, y fue a partir de entonces cuando empezaron a darles caza como a lobos. La culpa de aquello había sido de los hombres; pero ahora se diría que hasta los dioses habían perdido la razón. Tan dislocado estaba el mundo que decidió mantener a su pueblo apartado en lo sucesivo. Si Peleo y sus amigos querían enviar a sus hijos al monte a formarse allí con él, los tomaría a su cuidado, los instruiría en la música y las artes curativas y haría todo lo posible por encarrillarlos hacia la sabiduría. Pero con los dioses reñidos y pocos corazones humanos ya conformes con una vida sencilla y natural como la de él y su pueblo, sólo veía malos presagios para el futuro.

Pasaban los años, y el matrimonio de Peleo y Tetis no iba bien. Pese a lo penoso que fue, la pareja quiso quitarle importancia con bromas al lamentable fracaso del día de su boda, pero no pasó mucho tiempo sin que Peleo se diera cuenta de que apenas sabía nada de su esposa.

Arriba en la montaña hubo una temporada en que creyó volver a ser feliz. Jubiloso por su apasionado encuentro con Tetis, lo daba por seguro. Juntos vivirían bien criando hijos en el aire puro de la montaña, lejos de ambiciones y de ambiguas cortesías. Pero Tetis era una criatura acuática. Amaba la brisa salina del mar, el lomo del delfín que asomaba tras ella, el impetuoso oleaje a la luz de la luna, el olor de las algas en la orilla, la arena que se le colaba entre los dedos de los pies y el marmóreo mundo de las piscinas naturales entre las rocas. Arriba, en el monte, se sentía perdida. Añoraba las largas franjas de arena y el ruido del mar, y la enfurecían de asco y frustración el olor caballuno del pueblo centauro y su prosaica terquedad. Tras haber discutido con su padre y haber ofendido a importantes miembros de la tribu, dejó claro a Peleo que aunque el propio Zeus los hubiera entregado el uno al otro, si la retenía contra su voluntad en ese lóbrego despeñadero, se moriría.

Peleo ya tenía sobre su conciencia las muertes de un hermano y una mujer. El primero, cuyo nombre venía de la foca, también amaba el mar. La segunda se ahorcó por no haberse quedado él con ella en vez de ir en pos de un jabalí a los montes de Calidón, donde mató al hermano. La idea de otra muerte así era más de lo que podía soportar. Por eso ya había decidido dejar la montaña antes de que acabara el verano, cuando un jinete vino en su busca desde Tesalia.

Trajo la noticia de que el rey Áctor, nunca recuperado de la pérdida de sus hijos, había muerto. Ahora sin jefe, los mirmidones -los implacables soldados-hormiga de Tesalia- enviaban al mensajero para pedir a Peleo que regresara y asumiera su herencia como legítimo sucesor de Áctor. Podía estar

seguro de que le recibirían bien, ya que algunos de los mirmidones habían participado en la cacería del jabalí de Calidón y sabían que la muerte de Euritióon fue accidental. Además, la esposa de Acasto había enloquecido y se la oyó jactarse en su delirio de haber provocado el suicidio de Polimela. Por todo ello, nadie disputaría a Peleo su derecho a gobernar.

Era la respuesta de los dioses a sus problemas. El deber para in su pueblo y la preocupación por su esposa le exigían dejar la montaña. Trasladaría la corte real del santuario de Atenea de la ciudad interior de Itón, donde estaba ahora, a una de las fortalezas costeras. Su esposa pronto volvería a oír el mar. Allí Tetis sería feliz.

Puso en marcha de inmediato los preparativos para el regreso. Se despidió solemnemente de los amigos que había hecho entre los centauros y les prometió no olvidarlos y recibirlos como huéspedes en su casa cuando quisieran. Luego pasó largo rato a solas con Quirón, los dos subidos a una ventosa cornisa de piedra en lo al tu del barranco desde donde se veía el mar oriental al fondo de las cumbres de Tesalia y Magnesia. Un águila planeaba en círculo por los azules dominios sobre sus cabezas. Todo lo demás era ancestral y silencioso. Allá arriba estaban casi fuera del tiempo y, mirando cómo despeinaba el viento los blancos mechones del pelo de Quiron, Peleo supo que el anciano rey veía el corazón de las cosas, totalmente fuera del alcance de la palabra. Y su propio corazón también quedó sin habla, no porque no hubiera nada que decir, sino por haber demasiado. Pero en el silencio del monte, era como todo eso ya se supiera.

Al cabo de un rato, Quirón se volvió para mirarle:

–¿Harás lo que puedas por mi gente cuando me haya ido?

–No hace falta decirlo. Pero los centauros sois muy longevos. Creo que aún te quedan muchos años.

–Puede -Quirón volvió la cara para protegerse del viento-, pero mi hija... -suspiró-. La primera vez que te hablé de ella no sabía nada de su anhelo de inmortalidad. Para un hombre tiene que ser difícil vivir con eso.

Peleo frunció el ceño al pensarlo y luego le quitó hierro. – Tampoco me es nada fácil vivir conmigo mismo. Y Tetis será feliz cuando estemos junto al mar.

El centauro repitió:

–Puede.

El águila planeaba ahora muy por encima de ellos con las alas arqueadas como una proa contra el viento. Quirón subió los ojos para ver la sólida envergadura del ave brillando a la impoluta luz del sol. Dijo con calma:

–Recuerda que tu hijo será más grande que tú. Intenta no tomártelo a mal.

–No lo haré... porque es tu sangre la que lo hará más grande. Cuando tenga edad, lo enviaré aquí contigo.

Quirón asintió con su anciana cabeza:

–Entonces viviré para ello.

Pese a los seis embarazos de Tetis en los siguientes años, ninguno de ellos llegó a su término dando un retoño que sobreviviera más allá de un par de semanas, a lo sumo.

Con cada pequeña muerte a Peleo la tristeza se le hacía más insoportable, y más aún porque su esposa, para dar a luz, solía retirarse a un santuario de los fieles de la orilla hasta el día en que trajera al mundo un hijo vivo. Cuando Peleo le preguntó la razón de esa práctica, ella le dijo que era un misterio de mujer y no había que hacer preguntas.

Pero siempre volvía pálida y demacrada, como si el fracaso la hubiera dejado vacía.

Sin embargo, no decía nada más, y Peleo contenía su dolor y volvía a dictar sus juicios en el

mundo de los hombres.

En su vida había cada vez más tensión por el silencio creado entre ellos.

Tras la pérdida del tercer hijo, él argumentó con más firmeza que estaría bien consultar al padre de ella, uno de los hombres más famosos de entre los vivos por sus conocimientos de medicina. Pero Tetis no quería ni oír hablar de ello. Era una mujer, dijo, no una yegua enferma, y no quería saber nada de esa magia de montaña. Su confianza la depositaba en su propia visión de esas cosas, y era sacerdotisa marina de la madre luna. En todo caso, ¿no habían profetizado que su hijo sería más fuerte que él? Ningún hijo de ella tan débil como para no sobrevivir a las pruebas del nacimiento tenía cabida en la tierra. No había que llorarles así.

Esa ferocidad lo dejó atónito, pero la achacó en parte al intento de Tetis de enterrar su propio sufrimiento y en parte al influjo de la sacerdotisa dólope que la acompañaba constantemente. Menuda y de intensos ojos hundidos, con una marca de nacimiento de color fresa en forma de caballito de mar en el cuello, la mujer se llamaba Harpale. Tetis la honraba por ser de la familia de su madre le había rogado que se quedara con ella en la corte de Peleo en vez de unirse a la reciente migración de su clan a la isla de Esciros.

El dólope era un pueblo inquieto que, un par de generaciones atrás, viajando desde el extremo occidental, se había asentado en las riberas de Tesalia. Ahora, bajo su rey Licomedes, algunos de sus miembros habían sentido el impulso de trasladarse a las islas desperdigadas del mar oriental, y levantaron su propio fuerte en la ventosa isla de Esciros. El traslado se produjo no mucho después de que Peleo estabilizara su reinado sobre los mirmidones, y sintiendo la fuerte llamada de la vida isleña, Tetis había querido irse con ellos.

La lucha entre los dos duró un tiempo. Nacido en una isla, Peleo conocía bien la fuerza de la llamada, pero era rey de un pueblo del interior, y el deber de su esposa era quedarse con él y darle un heredero. ¿No le bastaba con que hubiera trasladado la corte a la costa por ella? Comprendía su necesidad de mar. Se resignó a que siguiera con sus prácticas, que él no compartía y de las que - aunque no se lo dijo - no se fiaba demasiado. Pero ella tenía que respetar las constricciones que imponía el deber regio en su vida. Se quedarían donde estaban, en Tesalia.

Entretanto, Peleo llevaba muy ocupado una temporada. Ya seguro del trono, había preparado a los guerreros mirmidones para ajustar cuentas con Acasto. En una campaña veloz y brutal, los había llevado por Magnesia hasta Yolco. Acasto había muerto en batalla y a su esposa, enajenada, la ejecutaron enseguida. Para dar gracias a Zeus y Artemisa, que tenían un poderoso centro de culto en Yolco, allí fue donde Peleo se coronó rey, y luego hizo de Yolco su nueva capital costera.

Tras aprender las leyes y costumbres de los mirmidones, intentó combinarlas con las de Magnesia para gobernar un reino pacífico y dictar sentencia en los litigios, con los que sus belicosos hombres llenaban las horas de aburrimiento en tiempo de paz. La necesidad de conseguir dinero era siempre acuciante también: había que alimentar y vestir a la casa real, pagar a los criados, armar a los guerreros, cumplir los proyectos de construcción, reparar sus naves y hacer onerosas ofrendas a los dioses, todo lo cual costaba un montón de oro. Lo que no podía recaudarse como tributo había de salir de algún otro sitio, por lo que en compañía de Teseo, ya viejo, se metió a pirata los meses de verano y se aficionó a asaltar buques mercantes y las opulentas fincas del litoral oriental.

En aquellos viajes se labró la reputación de guerrero bravo y rey generoso, si bien sus gestas nunca llegaron a tanto como las de su hermano. Telamón ya había navegado en el *Argos* de Jasón en busca del vello cino de oro y se había hecho muy amigo de Heracles, célebre y temido desde Epiro hasta Paflagonia por ser el héroe más osado, más vigoroso y, a veces, el más loco de la época. Tras otra expedición por toda la costa del mar Negro en la Amazonia, Telamón y Heracles se propusieron



montar una campaña contra la ciudad frigia de Troya.

Telamón intentó convencer a Peleo de unir sus fuerzas a las de ellos, pero a Peleo le faltaba el insaciable apetito de batalla de su hermano y era reacio a arriesgar la riqueza de su reino, que tanto le había costado ganar, en lo que prometía ser un ataque infructuoso a una ciudad en bancarrota por la que acababan de pasar la peste y un terremoto. La decisión acabó tomándola por él una herida sufrida en una escaramuza entre naves esa primavera. Una espada sidonia le cortó el tendón de la corva de la pierna derecha cuando abordaba la galera, poniéndolo fuera de combate durante meses.

Fue también el año en que su sexto hijo murió en la primera infancia, un dolor que ya no pudo soportar. La decepción mutua había erosionado un matrimonio que empezó mal auspiciado, y la pasión se apagó al crecer las tensiones. Peleo le dio muchas vueltas a lo que Quirón había dicho sobre los deseos de inmortalidad de Tetis, que explicarían su nerviosismo e irritación por las preocupaciones de él, más prácticas. Esos días sólo parecía hallar consuelo en compañía de Harpale, y a Peleo llegó a molestarle el influjo que la menuda dólope ejercía en la mente de su esposa. Harpale pronto aprendió a no cruzársele en el camino, pero su nombre salía menudo en las conversaciones de Peleo con su esposa, llenas de reproches, punzantes como púas de erizo de mar, por la vida isleña que se le negaba.

Cada vez era más difícil hablar de la razón por la que Tetis no le daba un heredero, y cuando al fin Peleo se decidió a acudir a Quirón para tratarse la pierna herida, fue contra los deseos de su esposa, y por ese asunto salió también a relucir el otro, más grave.

Quirón escuchó atentamente a su yerno, aplicándole densos emplastos en la pierna. Le preguntó por las prácticas del culto a la sepia y mostró gran interés por el papel que Harpale había adquirido en la vida de su hija. Conociendo un poco a los dólopes, preguntó a Peleo si sabía de algún indicio de que su hija usara el fuego para algo raro en los ritos. Pero Peleo no supo contestar, porque estaba excluido de toda esa esfera de la vida de su esposa. Por su parte, él adoraba a Zeus, a Apolo y a la diosa venerada como Atenea en Itón y como Artemisa en Yolco; pero de los misterios más secretos de su esposa era tan ignorante como su caballo.

Quirón asintió:

Quédate hasta que las hierbas te transmitan su virtud. Si hubieras venido antes, podría haber hecho más; ahora te quedarás cojo para siempre. Pero -sonrió mirando de frente a su amigo- ¡si llegas a ser un caballo, te corto la tráquea!-. Le puso el vendaje y se sentó para lavarse las manos. – Lo otro, pensaré en ello.

Cuando bajó de nuevo de la montaña, Peleo llevaba consigo a una mujer centauro llamada Evipe. Al dejar el monte, ésta derramó tantas lágrimas que Peleo adivinó que en el catre de hierba del anciano rey se la echaría de menos tras su partida. Evipe era una mujer pequeña y redonda, tímida y atenta, de grandes manos asombrosamente delicadas. De momento diría que se la llevaba a casa para que le atendiera la herida, pero no tenía intención de dejar correr el tiempo sin hacer saber a todos que era también muy buena partera.

Cuando volvió a su palacio de Yolco, Tetis ya llevaba embarazada más de dos meses. Malhumorada y todavía con vómitos, de inmediato dejó claro que no tendría nada que ver con la menuda montañesa, a quien primero despreció diciendo que era la peluda yegua de cría de su padre y luego su vieja jaca gruñona, fingiendo cruelmente haberla mirado más de cerca. Peleo protestó. Esa noche hubo entre ellos una bronca infernal, que dio paso a un silencio de dos semanas.

Después, cuando desaparecieron los vómitos, hablaron y volvieron a hacer el amor, pero sólo lograron reanudar la frágil tregua en que se había convertido su vida. Tetis seguía negándose a incluir a Evipe entre las mujeres a su servicio, pero la centauro supo hacerse un discreto hueco en la corte y, gracias a sus aptitudes para la medicina, pronto tendría amistades agradecidas. Trató con gran acierto

a una mujer de un sarpullido en el estómago y a otra de unas peligrosas fiebres, lo que le valió fama de curandera, y era muy solicitada entre los mirmidones ilustres y sus esposas. Sólo Tetis, mientras su vientre se redondeaba mes a mes, siguió fingiendo que no existía.

Si temía que le hubieran traído a Evipe para espiarla, sus temores estaban justificados, porque cada vez que la centauro acudía a examinarle la pierna, Peleo la interrogaba minuciosamente sobre todo lo que supiera de las actividades de su esposa durante el embarazo. Pasaron semanas sin que hubiera nada raro que comunicarle, pero al octavo mes, Evipe trabó amistad con una joven que tenía mucho dolor por la pérdida mensual de sangre. Como remedio inmediato, Evipe le dio una poción de mundillo, hierba de la celada y bayas de espiño rojas, pero le aconsejó que no tardara en volver para seguir el tratamiento. Cuando volvió, estuvieron charlando, y resultó que la muchacha servía como criada en el culto a la sepia. Escogiendo bien las palabras al preguntarle, Evipe supo que, aparentemente, ninguno de los bebés de Tetis había tenido nada malo, ni fiebres ni taras: nada que explicara las tempranas muertes. Era un misterio, le dijo la chica, salvo que la diosa los hubiera reclamado.

Cuando Evipe le preguntó con voz despreocupada por el papel de Harpale en el culto, la chica enrojeció un poco, desvió la vista y dijo ser una devota de bajo rango y demasiado joven para iniciarse en esas cuestiones. Y tampoco quería especular.

–Pero sentí su miedo -concluyó Evipe-. Puede que no sepa mucho, pero sabe más de lo que dice y está asustada.

Confirmadas sus propias sospechas, Peleo pidió a Evipe que siguiera atenta a lo que oyera, y al final supieron más por la esposa de un hombre de abolengo. Esa mujer fue la primera que se atrevió a hablar de brujería, pero no lo hizo a las claras, sino arrojando las sospechas sólo sobre la dólope y no sobre la propia Tetis, y de tal forma que Evipe intuyó que la mujer quería que informara de lo que le había dicho.

Sabiendo que Tetis había ofendido antaño a esa mujer, Peleo sugirió que tal vez propagara rumores por despecho, pero Evipe se limitó a encogerse de hombros.

–¿De verdad crees que algo terrible está pasando? – le preguntó.

–Para ti sería terrible -repuso ella.

–¿Sabes lo que es?

–Puede que me equivoque.

–Dímelo de todos modos.

Evipe dudó un momento y al final negó con la cabeza.

–Entonces, ¿qué puedo pensar? – preguntó él-. ¿Qué voy a hacer?

–No hay que hacer nada. No hasta que nazca el niño.

–¿Y entonces?

–Hay que ser pacientes y esperar. Cuando llegue el momento, veremos qué hacer.

La verdad de lo que sucedió en aquel momento sólo la supo el propio Peleo y no habló de ello, o al menos, no hasta unos seis años después, cuando Odiseo llegó a su corte por primera vez. Para entonces el niño, séptimo hijo de Peleo, el único que sobrevivió, ya estaba en las montañas con Quirón aprendiendo a vivir. Peleo vivía solo en su sombrío palacio bajo los pacientes cuidados de Evipe, administrados casi siempre en silencio, y durante un tiempo su melancolía estuvo en boca de todo Argos. Telamón y Teseo, que habían intentado sacarle de ella, fallaron ambos. Quirón era demasiado viejo para bajar de las montañas, y el propio Peleo no tenía ánimos para ir a verle. Así pues, el rey de los mirmidones se consumía en su soledad, cojeando del salón a la alcoba, casi sin hablar y delegando cada vez más los asuntos de gobierno en ministros de su confianza. Murieron viejos amigos como

Pirítoo y Teseo. El poder se trasladó al sur, a Micenas. La gente empezó a olvidarle.

Fue entonces cuando Odiseo atracó su nave en la playa de Yolco. El rey Néstor de Pilo le había alentado. Todo el mundo respondía a la animación del joven príncipe de Ítaca, le dijo, tal vez también el viejo Peleo:

–¿Por qué no tentarle a acompañarte en tu incursión por la costa misia, a ver qué pasa? Peleo fue buen pirata en su día. Podría volver a serlo.

No había la menor oportunidad, Odiseo lo vio enseguida. Aquel hombre apenas podía sonreír, no digamos desenvainar la espada. Encogiéndose de hombros, había decidido reducir pérdidas y desatracar al alba, cuando Peleo alzó la vista de su copa de vino por primera vez en casi una hora y le dijo:

–Me ha gustado tu visita. Nadie de los que me rodean se acuerda de sonreírme. Tú, en cambio, no dejas de hacerlo.

–No me cuesta nada -Odiseo sonrió-. ¿Te molesta?

Serio, Peleo negó con la cabeza. Al rato empezó a hablar, y un dios debió de entrar en él, pues a partir de entonces ya no paró. La conversación de aquella noche fue un enorme desahogo, ya que Odiseo fue la única persona a la que Peleo contó nunca lo sucedido entre él y su esposa. Odiseo escuchó inmóvil y horrorizado el doloroso relato de cómo, a sugerencia de Evipe, se había purificado ante Zeus y había suplicado el perdón de la diosa por traspasar el sagrado recinto de la gruta marina donde Tetis celebraba sus ritos. Era la primera luna nueva tras el nacimiento del niño. Zafándose de las mujeres drogadas que intentaron detenerlo, Peleo penetró en la gruta y vio las oscuras figuras de Tetis y Harpale bajo un primitivo ídolo de madera dedicado a la diosa junto a un altar de brasas candentes. Harpale sostenía una fina red de malla. Tetis quitaba las gasas que envolvían a su bebé, que estaba llorando, y Peleo comprendió al momento lo que iban a hacer. Si no hubiera llegado a tiempo para impedirlo, ella y Harpale habrían hecho lo que seguramente habían llevado a cabo muchas veces: suspender al niño sobre el fuego y pasar una y otra vez su diminuto cuerpo, hasta inmortalizarlo, por el trémulo resplandor del aire caliente que desprendían las ascuas del altar.

Con un aullido de abominación, Peleo sacó su espada, mató a Harpale de un tajo y le arrebató a la madre el bebé que aún lloraba. Si el niño no se hubiera aferrado a él llorando frenéticamente, tal vez también habría matado a Tetis, pero cuando pudo levantar la espada otra vez, el delirio había pasado y ya no fue capaz. Tetis vio el conflicto en su cara. Incomprensiblemente, soltó una risita de fastidio.

Con el bebé revolviéndose en sus brazos, Peleo la miró como se mira a un demente. Ella le sostuvo la mirada, y no se movieron en el calor de la gruta y su olor a mar, sabiendo que aunque el pequeño se hubiera salvado de las llamas, la hoguera encendida por Tetis había consumido en un instante lo que quedaba de su amor.

Destrozado y reacio a dictar la muerte de la hija de Quirón, Peleo la encerró durante un tiempo. Entregó el niño a una nodriza amiga de Evipe, una centauro que se habían traído de una cacería y fue liberada a petición de Peleo, y que ahora vivía con uno de los cocineros de palacio. Fue ella quien puso al pequeño el nombre de Aquiles -«el que no tiene labios»-, porque el pecho de su madre nunca calentó su boca para entregarlo a la vida. Pero a Peleo le costaba demasiado mirar a su hijo, porque su llanto siempre le recordaba el horror de aquella noche. Sin embargo, a una cosa estaba decidido: Tetis nunca volvería a acercarse al niño ni a él. Así que al final, pactando que ella moriría si regresaba a Tesalia, le dio permiso para hacer lo que siempre había deseado, y Tetis fue a reunirse con el pueblo de su madre en la remota isla de Esciros.

–Sin embargo el niño vivió -dijo al fin Odiseo, lleno de compasión por el hombre que tenía sentado frente a él mirando las brasas casi consumidas-. Tienes un hijo y heredero.

–Al que apenas conozco -respondió Peleo- y que no sabe nada de mí.

–Eso tiene remedio. Puedes ir a buscarle a la escuela de Quirón en cualquier momento.

–¿Para que viva en esta oscuridad conmigo?

–El muchacho podría iluminarla.

Suspirando, Peleo buscó el rostro del joven de Ítaca. – Afortunadamente, según una profecía, será más grande que su padre.

Odiseo dijo:

–Entonces será un gran hombre, seguro.

Al calor de la compañía de su nuevo amigo, Peleo invitó a Odiseo a quedarse con él en Yolco una temporada. El de Ítaca aceptó con alegría, y hablaron largo y tendido de historias y hazañas pasadas y de los cambios en el mundo desde que Agamenón, el hijo de Atreo, ocupaba el trono de Micenas y su poder se expandía tanto que, seguramente, pronto sería aclamado rey supremo de todo Argos. También hablaron de temas más ligeros, y una tarde que Odiseo al fin hacía reír a carcajadas a su anfitrión, les anunciaron la llegada de otra visita.

Hijo natural del rey Actor, Menecio tenía un parentesco lejano con Peleo por razón de matrimonio, y había cruzado los estrechos desde la ciudad locria de Opunte para pedirle ayuda. Menecio tenía un gran problema con su hijo de seis años, que, jugando a las tabas, había matado a uno de sus amigos en una discusión que acabó en pelea.

–No hay maldad en el muchacho -explicó frunciendo el ceño-, aparte de lo impulsivo que es. Y me duele en el alma, pero no puedo tenerlo conmigo en Opunte. Una culpa de sangre pesa sobre él, y el padre del chico al que mató amaba tanto a su hijo como yo al mío.

Peleo asintió:

–¿Y qué es lo que quieres de mí?

Menecio le preguntó si podía presentarle a su hijo, y, dándole permiso, Peleo y Odiseo se hallaron frente a un mocoso de seis años, con una densa mata de pelo, cabizbajo y con los ojos muy fijos en sus propios pies recién lavados. Recordando cómo la muerte de otro había tocado su propio destino en su juventud, Peleo le preguntó:

–¿Cómo te llamas, muchacho?

Fugazmente, el pequeño levantó hacia él un rostro enfurruñado y desafiante, e inmediatamente volvió a bajar la mirada, sin decir nada.

–Su nombre es Patroclo -respondió Menecio-, aunque, como ves, hasta ahora no ha dado mucha gloria a su padre.

–Ya habrá tiempo -intervino Odiseo rebajando la seriedad.

Menecio volvió a mirar a Peleo, suplicante:

–He oído que has enviado a tu propio hijo con el centauro -y cuando Peleo volvió a asentir, añadió- : Me preguntaba si crees que él sería capaz de enderezar a este chico.

–A mí me enderezó -musitó Peleo.

–Pero aquel desastre de la boda de Pirítoo, cuando se emborracharon... -Menecio vio a Peleo fruncir el ceño. Dudando, volvió a empezar-. Quiero decir, ¿tú no eras ya adulto cuando acudiste a Quirón?

–Lo era más al irme. Como Pirítoo y Jasón, pero a ellos los enviaron allí de niños. Y habría sido mejor haberme quedado entre los centauros -Peleo movió la cabeza-. Pero no era mi destino. Por eso, para mí fue una alegría poder enviar a mi hijo a Quirón, y desde entonces varios de mis mirmidones han hecho lo mismo. – Se volvió a Patroclo, que no dejaba de moverse, intimidado.

–Mírame, muchacho.

Con gravedad, Patroclo hizo lo que le pedían.

–¿Te gustaría cazar y aprender la lengua de los caballos? ¿Te gustaría conocer la magia que encierran las hierbas, y cantar y tocar la lira para que los animales salgan del bosque a escuchar?

Inseguro, Patroclo asintió con la cabeza.

–Creo que a mí también me gustaría ir a esa escuela -Odiseo sonrió.

Peleo se sorprendió diciendo de pronto:

–Entonces vente al monte mañana conmigo.

Odiseo subió la mirada, sorprendido por la transformación de su amigo. Algún dios debía de andar cerca. Se le erizó el vello de la nuca, pero sonrió y asintió. ¿Por qué no? Sí, le gustaría ir.

Peleo se volvió a Menecio:

–Ya es hora de que vaya a ver cómo le va a mi propio hijo. Has hecho bien. Deja a tu chico conmigo.

Salvo un árbol caído por un rayo y la cantidad de desaliñados niños que alimentar, Peleo apenas observó cambios en la escarpada montaña desde la última vez que había estado allí. Pero a Quirón lo encontró mucho mayor, sus mejillas más hundidas de lo que recordaba y las arrugas subrayando sus profundas ojeras. Además, sus movimientos eran más lentos, aunque todavía estaba ágil. Las manos le temblaban al ofrecer una libación de leche de yegua en señal de agradecimiento por el regreso del hijo y amigo. Dio una cálida bienvenida a Odiseo entre su pueblo y sonrió amablemente a Patroclo, al que dirigió unas preguntas antes de mandarlo a jugar con los otros niños por el arroyo. Un muchacho salió a buscar a Aquiles en los bosques y, camino de la cueva, Peleo explicó a Quirón por qué le mandaban a Patroclo. El anciano sólo respondía asintiendo, y sacudió la cabeza viendo a Peleo renquear por las rocas.

–Tenías que haber venido antes -observó-, entonces y ahora.

En la comida, Odiseo declaró su admiración por el modo de vida de Quirón.

–En Ítaca aún apreciamos las cosas simples -explicó-. Hay quien nos tiene por burdos y bárbaros, pero somos sinceros, y no nos falta de nada que necesitemos. Sólo mi inquieto afán de aventura me empuja a salir, pero siempre me alegra volver a casa. Peleo suspiró:

–Yo nunca debería haberme marchado de aquí.

–Un hombre ha de seguir su destino -afirmó Quirón-, y el tuyo ha sido duro. Debería haberlo visto antes, pero el corazón ve cosas que se niega a creer.

Peleo recalcó que no correspondía a Quirón ninguna parte de culpa por su destino, pero el viejo rey sacudió la cabeza gravemente.

–Aunque salió a su madre, Tetis es de mi sangre, y he fallado como padre.

Cuando Odiseo objetó lo buen padre que había sido Quirón para muchos de los mayores héroes de la época, el viejo centauro dijo con un suspiro que se podía cuidar bien de los hijos de otros y, no obstante, ser un manazas con los propios.

–Aquí sólo me traen a varones -señaló-, y por más que el poder del mundo haya pasado al padre celestial Zeus, la diosa también plantea sus exigencias: aunque a veces sea difícil para los hombres comprender sus misterios.

Subió la mirada a los preocupados ojos de Peleo y respiró hondo.

–Pero tú tienes un buen hijo. Se ha convertido en un diestro cazador y corre como el viento. También tiene una voz que te conmoverá con su canto. Vas a estar tan orgulloso de Aquiles como él lo está de ti.

Quirón captó la duda en la cabeza inclinada de Peleo.

–Ah, sí, sabe que su padre es un gran rey de Tesalia, y ya se ha llevado un par de puñetazos por

presumir de ello.

Y entonces los tres oyeron el alborotado griterío de los niños en el barranco. Intentaron reanudar la conversación, pero como el jaleo no cesaba, Quirón se levantó diciendo:

–Ya es hora de poner fin a esto.

Sus invitados le siguieron a la boca de la cueva, desde donde bajaron la vista al remolino de áspera hierba entre las rocas y vieron a dos niños peleándose como dos perros en el centro de un movedizo corro de pequeños espectadores de pelo revuelto, que les jaleaban. Cuando al fin se levantaron del suelo, todavía luchando a puñetazo limpio, ambos sangraban por la nariz.

Peleo reconoció a Patroclo por el rojo oscuro de la túnica que llevaba.

–Su padre me advirtió de su mal carácter, pero empieza mal. Espero que el otro muchacho sea lo bastante fuerte para defenderse.

–Yo diría que sí -Quirón se volvió y le sonrió-. Es tu hijo.

### **El oráculo de fuego**

ras el día de la boda de Peleo y Tetis, toda una generación pasó en el mundo de los mortales, pero la disputa entre las diosas seguía candente sin que Zeus diera muestras de avanzar hacia una solución. Por fin, cuando el mal clima generado a su alrededor le agotó la paciencia, llamó a los dioses a consejo, y Hermes, el más perspicaz y elocuente de los inmortales, concibió una posible salida.

Era obvio, dijo, que ninguna de las tres diosas se quedaría conforme hasta que se emitiera un juicio. También saltaba a la vista que ninguno de los inmortales podría escoger entre ellas sin ofenderlas para toda la eternidad. Por tanto, su opinión era que había que poner la decisión en manos de un mortal imparcial.

Nada descontento con la idea de devolver la disputa al reino mortal, Zeus le preguntó si había pensado en alguien concreto.

–Creo que esta cuestión -sonrió Hermes- debe decidirla Paris.

Ares levantó la vista al oír mencionar el nombre. Este dios apuesto, arrogante y matón, recién llegado de Tracia -donde los hombres hacían de la guerra un deporte y podar cabezas les deleitaba tanto como a otros las beldades del arte-, no tenía dudas sobre cuál de las tres diosas debería recibir la manzana. Sin violencia real, este conflicto le aburría desde hacía tiempo, y por ello dijo en el acto que Paris era una excelente elección. Sabía que era un tipo justo, con ojo para los mejores toros bravos de los montes Ideos.

Aunque impaciente por retornar a las tierras vírgenes, Artemisa señaló que entender de toros tal vez no fuera la preparación ideal para el asunto que se traían entre manos. Pero antes de que Hermes respondiera nada, Ares siguió hablando y les contó que, en una ocasión, Paris ofreció una corona para el toro que se impusiera al campeón que él mismo había criado. Sólo por divertirse, Ares se transformó en toro y pegó una auténtica paliza a la bestia de Paris. Y éste, pese a haber salido perdiendo contra todo pronóstico, le entregó de buena gana su corona de ganador. Por eso Ares estaba completamente seguro: podían confiar en que el juicio de Paris sería justo.

–Quizá deba añadir -apuntó Hermes sonriendo amigablemente a las diosas, cuyo interés por los toros bravos no era en ese momento apasionado- que Paris es, además, el más hermoso de los mortales.

Al oír esto, Zeus gruñó y volvió a dirigir una adusta mirada a las diosas.

–¿Aceptaríais las tres someteros al juicio de ese hermoso mortal?

Y cuando ellas asintieron con la cabeza, el señor del Olimpo suspiró aliviado.

–Muy bien, que sea Paris, pues-. Y pidiéndole a Hermes que llevara a las diosas al monte Ida, Zeus se congratuló por haber quedado nuevamente libre para dirigir el pensamiento a otras cosas.

Sentado al sol mirando su rebaño pacer en los pastos del monte Ida, Paris no tenía ni idea, por supuesto, de que los dioses lo hubieran elegido para resolver un problema que ellos no lograban solucionar. Pero en ese momento también ignoraba muchas otras cosas, como el misterio de su propio nacimiento (y esto no era una bagatela, pues este joven a quien confiaban tan imponente responsabilidad era mucho más que el humilde pastor que creía ser).

Hacía muchos años, horas antes de alumbrarlo, su madre había despertado aterrorizada de un sueño profético, un sueño que ahora empezaba a proyectar su espeluznante luz sobre el mundo. Pero al engendrar a los hijos, los padres engendran historias que vienen de la suya propia, y no se entenderá quién era Paris sin saber además algo de sus padres y también del padre de su padre.

Hubo muchas Troyas antes de que la última de ellas cayera. En una gobernó un rey llamado Laomedonte, y según cuenta el saber popular de la ciudad, los dioses Apolo y Poseidón tuvieron que humillarse y trabajar de peones para ese rey durante un año entero, como castigo por una ofensa a Zeus. A cambio de la paga estipulada, Apolo tocaba la lira y cuidaba los rebaños de Laomedonte en el monte Ida, mientras Poseidón se afanaba construyendo las murallas que rodeaban la ciudad. Sabiendo que éstas no caerían nunca salvo que también un mortal participara en su construcción, Poseidón delegó una parte de las obras en Éaco, padre de Peleo y Telamón. Pero el carácter de Laomedonte tenía una veta pérfida, y cuando acabaron las obras se negó a pagar lo acordado, que era todo el ganado nacido en el reino en el transcurso de ese año.

No era él, alegó, sino Zeus, quien había obligado a trabajar a los dioses, y además, ¿qué necesidades tenían los inmortales que no pudieran satisfacer ellos solos por su cuenta? Y los echó de la ciudad con las manos vacías.

Los dioses no tardaron en vengarse. Bajo guisa de dios-ratón, Apolo envió la peste sobre Troya, mientras que Poseidón, capaz de provocar corrimientos de tierras, soltó a un enorme monstruo marino que sembró el terror en sus costas. Cuando el pueblo, ya apestado, vio agostadas sus tierras por las grandes olas de agua salina que el monstruo lanzaba con enorme estruendo sobre sus campos, exigió a Laomedonte que acudiera al oráculo de Zeus a pedir consejo para apaciguar a los dioses. La respuesta fue que éstos no se conformarían con menos que el sacrificio de su amada hija Hesíone.

Laomedonte, que hizo todo lo posible por resistirse a la sanción, intentó que otros ciudadanos ofrecieran al monstruo a sus hijas en lugar de Hesíone. Pero plenamente conscientes de que la causa de su tormento era el pérfido rey, los miembros del consejo troyano se negaron a ello, accediendo únicamente a echarlo a suertes. Por voluntad de los dioses la suerte recayó en Hesíone y Laomedonte hubo de mirar impotente cómo despojaban a su hija de todo lo que llevaba puesto, menos las joyas, y la encadenaban a una roca de la orilla, abandonándola allí a una muerte segura.

La marea, que estaba subiendo, rompía en el cuerpo desnudo de Hesíone cuando Heracles, que volvía de su expedición a la tierra de las Amazonas con su amigo Telamón, la encontró. Con su prodigiosa fuerza, Heracles rompió las cadenas y liberó a la joven. Pero el monstruo marino seguía campando por sus fueros, y el héroe hizo un trato con Laomedonte: daría muerte a la bestia a cambio de dos yeguas blancas inmortales que eran el orgullo de las caballerizas del rey.

El rey aceptó la oferta y, en una terrible lucha que duró tres días, Heracles mató al monstruo.

Una vez más, Laomedonte dio pruebas de deshonestidad. Desoyendo el consejo de su hijo Podarces, sustituyó por caballos mortales las yeguas inmortales que había prometido, y Heracles, al descubrir el engaño, declaró la guerra a Troya.

La guerra asoló la ciudad. Hijo de Éaco, Telamón sabía cuál era el flanco de las murallas de Troya que construyó su padre y, por tanto, el más vulnerable. Atacó la ciudad rompiendo sus defensas por

ese punto y, ayudado por Heracles, saqueó el palacio. Sediento de venganza, Heracles mató a Laomedonte y a casi toda su familia. Aunque a Hesíone le perdonaron la vida, hubo de quedarse contra su voluntad con Telamón, que se la llevó a su fortaleza de Salamina. Pero antes de irse de Troya, permitieron a la muchacha rescatar la vida de otro cautivo. La vida que decidió salvar fue la de Podarces, el único de sus hermanos que había sobrevivido. Fue a él a quien Heracles nombró rey de una ciudad reducida a escombros humeantes. A partir de entonces, el nuevo rey recibió el nombre de Príamo, «el rescatado».

Pero en fin, esto es lo que cuentan los bardos troyanos, y hay ciertos detalles de la historia que Telamón y Heracles no tuvieron empacho en propagar entre los argivos. Sin embargo, el hermano de Telamón, Peleo, dio a Odiseo una versión muy distinta, y éste me la contó como sigue.

De niños, Telamón y Peleo siempre supieron de la enemistad entre su padre y el rey Laomedonte de Troya, una enemistad que venía de antiguo. Famoso por su sabiduría y destreza, a Éaco le habían encargado reconstruir y reforzar las murallas de Troya. La ciudad se asentaba en una zona proclive a los corrimientos de tierras, y Éaco invocó la ayuda divina de Poseidón y de quienes conocían sus misterios. Se llevó también consigo a un bardo consagrado a Apolo para que, dirigiendo música, hiciera a los hombres más liviana la dura labor de tallar, trasladar y levantar grandes bloques de piedra. Las obras se hicieron bien. Dotaron a la muralla de unas puertas muy altas protegidas por baluartes. Para hacer más escarpado su acceso, colocaron en su base bloques de piedra caliza, y arriba del todo construyeron un flamante parapeto almenado. Las nuevas murallas de Troya, que dominaban desde lo alto la llanura azotada por el viento, eran tan sólidas como hermosas.

Pero ya antes de finalizar las obras se veía venir que Laomedonte se quedaría sin dinero. Cuando Éaco empezó a ver lo improbable que era que el rey le pagara el resto de la obra, tiró las herramientas y regresó a Salamina, dejando sin restaurar el flanco occidental de la muralla, su punto vulnerable. Al final, enojado porque Laomedonte seguía sin darle el dinero que se le debía, conjuró sobre la ciudad las maldiciones de Poseidón y Apolo.

Muchos años después, un terrible fragor despertó a los troyanos una mañana. Las aguas entre los dos cabos de la bahía reflúan hacia el Helesponto dejando al descubierto el fondo marino, que se convirtió en un hediondo cenagal lleno de rocas, lodo y carcasas de viejos buques. El suelo tembló. Los edificios se resquebrajaban, se inclinaban y caían derrumbados. Los habitantes de la ciudad huyeron de sus casas al precipitarse el mar como un muro enorme, más alto que una casa, y caer a plomo sin detenerse en la orilla. Las aguas avanzaron con ímpetu e inundaron la fértil llanura, destruyendo la cosecha y quemando la tierra con su sal.

Las murallas de Éaco resistieron el golpe, pero no así el flanco occidental ni muchas casas intramuros. Centenares de personas perecieron ese día atrapadas bajo los cascotes o ahogadas en aquella ola descomunal. Un hedor a podredumbre contaminó enseguida el aire de la ciudad. A los pocos días llegó la peste.

Telamón y Heracles se toparon con las aguas turbulentas cuando surcaban el mar Negro hacia el Helesponto en la única nave que les quedaba, de regreso de su violenta expedición a la tierra de las Amazonas. Cuando llegaron a aguas de Troya, el temporal ya se había retirado y el mar estaba más calmado. Navegando por la costa, su asombro fue mayúsculo al ver a una joven desnuda atada a unas rocas y rodeada de inmensas olas que amenazaban con engullirla.

La muchacha estaba medio muerta de frío y miedo, pero Heracles la desató, la subió a bordo de la nave y la hizo volver en sí. No era la princesa Hesíone, claro, pues Laomedonte se había cuidado de no incluir el nombre de su hija en el sorteo celebrado en la ciudad. Por esa joven en quien había caído esa suerte supieron de la desesperada situación de la ciudad. Reducido a un primitivo estado de terror ante



tanto infortunio, el pueblo troyano había recurrido al sacrificio humano para propiciar a los dioses.

Viendo en todo ello una oportunidad, Telamón navegó hasta Egina para comunicar a su padre que su maldición al fin había dado fruto. Si Éaco botaba diez naves para él, volvería a Troya y se cobraría en botín el pago negado al padre. Éaco sólo accedió a aportar parte del dinero, y Telamón pidió el resto a Peleo, pero en vano. Al final, él y Heracles avanzaron contra Troya con sólo seis naves, pero con hombres suficientes como para abrir las murallas por su flanco más endeble y saquear la ciudad, que encontraron ya devastada.

La expedición no dio grandes beneficios en dinero contante y sonante ni en botín, pero Laomedonte resultó muerto y Telamón tomó a Hesíone, la bella hija del rey, como parte de su botín. El hijo más prudente de Laomedonte, Podarces, salvó la vida, sobreviviendo a la matanza sólo al revelar dónde había escondido su padre lo que quedaba de su tesoro. Antes de hacerse a la mar, Telamón adornó la cabeza del joven troyano con una corona abollada y lo aclamó rey llamándolo Príamo.

Aterrorizado y humillado, pero vivo, Podarces se juró que llevaría su nuevo nombre con orgullo, haría lo que fuera preciso para resarcir la suerte de Troya y un día se vengaría de aquellos bárbaros de ultramar.

En tiempos anteriores, el pueblo troyano había mirado al mar hacia Argos, de donde sus ancestros habían llegado de Occidente en generaciones pasadas. Pero el joven rey Príamo se volvió hacia el Oriente y, detrás de préstamos con los que reconstruir la ciudad y de comercio con que pagarlos, abrió negociaciones con el gran régimen burocrático del imperio hitita. La respuesta fue favorable. Los mercaderes de la costa asiática también vieron enseguida las ventajas de una ciudad bien gobernada que, por su situación, dominaba el acceso al comercio del mar Negro. A Troya pronto arribaron asimismo naves egipcias. Se levantaron nuevos edificios intramuros, y no sólo palacios y casas, sino también grandes telares donde la gente se metió a trabajar fabricando tejidos con las materias primas de sus propios rebaños del monte y con las que llegaban a la ciudad desde el Oriente. La industriosisidad de los troyanos se hizo proverbial y, sumada a la gran calidad de su trabajo, redundó en beneficio del comercio. Fuera de las murallas de la ciudad, Príamo fomentó las tradicionales dotes de sus súbditos como domadores de caballos, y los entendidos empezaron a acudir allí a comprarlos. Además, el rey se tomó especial interés en la poderosa raza de toros que criaban sus parientes dardanios en los pastos de los montes ideos.

Príamo no tardó en agradecer a los dioses el favor mostrado. Poco después de acceder al trono, habilitó en el monte un antiguo santuario a Apolo Esminteo, el dios que enviaba la peste y la curaba. Luego hizo construir un nuevo templo suyo en la ciudad y le dedicó otro en el lugar sagrado de Timbra. Al multiplicarse su riqueza, construyó una amplia plaza de mercado rodeada de talleres y almacenes. La plaza se veía desde el nuevo templo donde se custodiaba el Paladio, la antigua imagen de madera de Palas Atenea, de sólo tres codos de altura, hecha por la propia diosa. De ella se decía que dependía la preservación de la ciudad.

Entretanto, el rey había tomado esposa. Hécuba era hija del rey de Tracia, y la boda selló una importante alianza militar y comercial. Pero también hubo amor entre ellos, y a Príamo la felicidad le pareció completa cuando su reina dio a luz a un fuerte hijo al que llamaron Héctor, destinado a ser el puntal de Troya. No mucho después, Hécuba volvió a quedarse embarazada. Todo parecía ir bien, hasta que una noche, poco antes de la llegada de su nuevo hijo, Hécuba despertó aterrada de un ominoso sueño.

En el sueño había alumbrado un tizón candente del que salían retorciéndose incontables serpientes de fuego que prendieron en llamas toda la ciudad de Troya y todos los bosques del monte Ida.

Intranquilo por tan espantoso oráculo de fuego, Príamo convocó a su adivino, que era el sacerdote de Apolo en Timbra y poseía el don de interpretar los sueños. El sacerdote confirmó los temores del rey: si permitían vivir al hijo que Hécuba llevaba en sus entrañas, llevaría la ruina a la ciudad.

Dos mañanas después, el vidente salió de un trance profético para anunciar que ese día nacería un niño en la casa real. La única forma de evitar la mala fortuna sería que madre e hijo fueran ejecutados. Para horror de Príamo, el parto de Hécuba empezó seguidamente.

Sin embargo, la reina no era la única embarazada de la casa real, y esa misma mañana a Príamo le anunciaron que su hermana Cila había alumbrado a un hijo varón. Con enorme aborrecimiento, pero también aliviado, pues así se ahorrraba la pérdida de su propia esposa e hijo, ordenó la muerte inmediata de su hermana y el recién nacido. Tras presenciar el entierro de los cuerpos en el recinto sagrado de la ciudad, Príamo regresó a la alcoba de su esposa esperando que los dioses hubieran quedado satisfechos, y garantizada la seguridad de su ciudad. Pero la noche aún no había caído cuando también Hécuba alumbró a un hijo.

Príamo levantó la vista de la apacible cara del niño para ver al sacerdote y a la sacerdotisa de Apolo entrar en la alcoba. Aunque supo de inmediato lo que iban a pedirle, no se sentía capaz de ordenar esas muertes adicionales y aún más próximas.

—¿No basta con que una madre de la casa real y su criatura hayan muerto en el día de hoy? — preguntó-. Que los dioses se apacigüen.

El sacerdote le recordó con gravedad el terrible destino que cayó sobre Troya cuando su padre Laomedonte intentó engañar a los dioses, y la sacerdotisa no cejó en su implacable convicción de que al menos el niño había de morir. ¿Es que no le había advertido su sueño a la propia Hécuba de que llevaba en su vientre la ruina de la ciudad? ¿Acaso era sensato dejarlo vivir a tan atroz precio?

—Tú que has traído al mundo este mal -le dijo-, ten la fuerza y la sabiduría necesarias para que muera por tu propia mano.

Hécuba sólo podía negarse llorando, y el sacerdote volvió la mirada al rey.

—¿Arriesgarás todo lo construido por un niño que trae malos augurios?

—He sido leal a Apolo -protestó Príamo-. ¿Qué he hecho para que me persiga de este modo?

El sacerdote abrió las manos.

—La visión de Apolo llega hasta muy lejos en el tiempo; lo que él quiere es proteger esta ciudad.

—Para que viva tu reino -insistió la sacerdotisa-, el niño ha de morir.

—Mi hermana y su hijo recién nacido ya han muerto a mis órdenes -gritó Príamo-. ¿Es que queréis que todas las Furias se alojen en mi mente? ¿Cuánta culpa de sangre pensáis que puedo soportar?

El sacerdote desvió la mirada.

—No somos nosotros quienes exigen este sacrificio. El rey ha de elegir entre sacrificar su ciudad o el niño.

Buscando piedad donde no la había, Príamo alzó los ojos.

—Que sea el niño, pero no a manos de mi esposa. Ni tampoco mías.

Arrancó de los brazos de su esposa al pequeño, que berreaba, para dárselo a la sacerdotisa.

—Haced con él lo que queráis -murmuró entrecortadamente-. Marchaos, dejadnos en nuestro dolor.

Perseguidos por los gritos de Hécuba, los sacerdotes salieron de la alcoba y entregaron el recién nacido a un guardia de palacio con la orden de matarlo. Pero el hombre no era capaz de hacer semejante cosa. Consultó a sus amigos, y uno le dijo:

—Pásale el encargo a Agelao, que está acostumbrado a hacer de carnicero.

Y así fue como, horas después, un jinete sacó del sueño al principal pastor del rey aporreando su puerta en el pueblo de los montes dardanios donde habitaba, al otro extremo de la llanura de Troya.

Cuando le dijeron lo que se le encomendaba, Agelao bajó la vista al hatillo de gasas del pequeño.

–Parece un niño sano -dijo-. ¿Por qué tiene que morir?

–Porque el rey lo ordena -respondió el jinete. Preguntándose por qué le caería a él esta indeseable tarea, Agelao movió la cabeza.

–¿Dijo el rey por qué medio había de morir el niño?

–Por el medio que tú escojas -el hombre hizo girar su montura para irse al galope-. Es voluntad de los dioses -gritó volviendo la cabeza-. Deshazte de él.

Aunque había matado a incontables animales en su día, Agelao no tenía más sangre fría que el guardia para cortarle el cuello al pequeño. Mirando sombrío la brizna de vida que tenía en sus brazos, murmuró:

–Si los dioses piensan que has de morir, que se ocupen ellos. – Y se llevó al niño a un claro del bosque en las faldas del monte Ida, dejándolo allí para que muriera o sobreviviera, como decidiera el destino.

Tres días después, por insistencia de su esposa, el pastor regresó al claro. Al ver huellas de oso en aquella dirección, pensó que sólo encontraría gasas ensangrentadas, pero según se acercaba, la brisa le trajo un tenue llanto. Cruzando los helenos a toda prisa, halló al bebé aún con vida, llorando de hambre a lágrima viva y casi azul de frío. Al instante sintió una gran ternura.

Apretando al pequeño contra su pecho para darle calor, le dijo:

–Si los dioses te han enviado una osa que te amamante, niño, es que quieren que vivas.

Metiendo con cuidado a la criatura en el zurrón colgado a su costado, se lo llevó a su esposa a casa. Fue ella quien vio la marca de nacimiento que parecía un beso en el cuello del pequeño, y enseguida se conmovió. Habían recibido ese niño, dijo, y ella lo cuidaría. Lo llamó Paris, que significa «zurrón», por la extraña forma en que había llegado a ella.

Pasó el tiempo y Paris pronto destacó por su valor e inteligencia entre los pastores de su entorno. Ni siquiera de niño había mostrado nunca miedo entre los toros, y su mayor placer era mirarlos luchar y ver triunfar a su propio animal. Bajo la paciente tutela de Agelao, pronto demostró ser buen cazador y también un diestro arquero, y sólo tenía diez años el día que usó su arco para un propósito más mortífero que derribar aves de caza, aunque ésa hubiera sido su única intención al salir hacia el bosque.

Ese día hacía un sol abrasador y el aire estaba preñado de tormenta. Paris había salido muy alegre, pero a primera hora de la tarde estaba embotado y de mal humor. Buscando por los helechos las flechas que había soltado, sentía en la cabeza la presión de la inminente tormenta y por eso, con sólo un conejo y una perdiz colgados del cinto, ya bajaba lánguidamente la cuesta entre los árboles cuando oyó al ganado mugir inquieto abajo, en el cercado.

Extrañado de que su padre hubiera decidido desplazar el rebaño sin haberle dicho nada, Paris estaba a punto de echar a correr para unirse al traslado cuando oyó gritar a unos hombres. Eran voces desconocidas que ladraban órdenes con acento de fuera. Se detuvo aún al resguardo de los árboles y vio a una cuadrilla de ladrones de ganado derribar la valla que Agelao había construido esa primavera.

Eran nueve, los contó, todos armados con lanza o espada, pero nuevos gritos llevaron sus ojos a la derecha, por donde Agelao subía corriendo del poblado por la falda del monte, seguido de dos de sus pastores. No llevaban más que cayados, y entre todos, sólo tenían una lanza de caza. Uno de los ladrones salió a su encuentro, un hombre corpulento con yelmo y un jubón de cuero tachonado. Sacando la espada, llamó a los otros pidiendo refuerzos.

Paris apretó el arco con más fuerza. Vio que en el carcaj le quedaban siete flechas. Con la boca seca, tragando saliva, cogió una de ellas entre los dedos y tensó la cuerda.

En ese momento seis de los bandidos estaban frente a Agelao y los pastores que le habían seguido por el prado, y los otros tres malhechores se aproximaban a galope tendido. Cuando Agelao le cogió la lanza al anciano que tenía a su lado, el bandido del yelmo, que era el cabecilla, asió su espada y ordenó disparar a uno de sus lanceros. Éste ya levantaba la lanza para soltarla, cuando una flecha que salió silbando de los árboles le atravesó la garganta. Pastores y ladrones vieron asombrados por igual la sangre que salía a borbotones de su boca. La lanza se le resbaló, y cayó encogido al suelo. Segundos después, con un chispazo de metal contra metal, otra flecha rebotó en el yelmo del cabecilla. Aprovechando el susto, Agelao le arrojó su lanza con tal fuerza que le traspasó el jubón y lo tiró al suelo, donde quedó tendido retorciéndose y babeando.

De nuevo, por unos segundos, todo el mundo se quedó paralizado.

Una tercera flecha falló y se quedó clavada en la hierba, temblando. Los bandidos habían perdido a su jefe, pero los tres pastores estaban ahora desarmados, frente a siete hombres armados a sólo unos metros. Paris disparó otra saeta a un cuatrero huesudo, que al instante dejó caer su lanza para aferrar el astil clavado en su muslo. Los demás ladrones volvieron la mirada llenos de incertidumbre, sin saber cuántos arqueros había ocultos en los árboles. Cuando un cuarto bandido soltó un gruñido mirando la temblorosa flecha clavada en su vientre, otros tres echaron a correr monte abajo. Instantes después, acobardados por el inesperado cariz que tomaban los acontecimientos y por los gemidos de los moribundos, los dos restantes pusieron pies en polvorosa, parándose sólo para ayudar al compañero herido.

Agelao y los demás pastores los miraban renquear monte abajo cuando Paris salió de entre los árboles con su arco. Oyó las voces de sus amigos llamándolo como desde muy lejos. La cabeza le daba vueltas, tenía la garganta muy seca.

–Sólo me quedaban dos flechas -musitó.

Zafándose del abrazo de Agelao, miró al jefe de la banda, que yacía en el suelo con el asta de lanza traspasándole los pulmones, muerto. Al retroceder vio el cuerpo del que tenía la flecha clavada en la garganta y también a un tercero que subió los ojos a él como implorándole que le sacara la suya del vientre.

Un cerco de oscuridad le velaba la vista. Estaba viendo al cuatrero agonizar ahogándose en el chorro de sangre que le salía por la boca, cuando el halo oscuro de sus ojos se extendió y se nubló más, llevándose de golpe toda la luz del día.

Lo despertó el rumor del agua entre las piedras. Estaba tendido junto a un río en un camastro de hierba, a la sombra de una techumbre de paja. El rápido fulgor blanco de los destellos del agua le daba en los ojos. El aire olía a hierbas. Percibiendo la aromática mezcla de bálsamo, camomila y lavanda, movió la cabeza y gimió mareado. Vio a un hombre de cabellos grises sentado en una roca mesándose los bucles de su larga barba.

Una voz de niña dijo:

–Creo que se ha despertado.

Paris se volvió para mirarla.

–Sí -confirmó ella-, está despierto. – Y en su cara estalló una brillante sonrisa con dos filas de dientes llenas de huecos. También tenía el pelo largo, con bucles tan rubios y finos que los podría haber hilado la luz que le iluminaba la cabeza. Vestida con un blusón blanco manchado de hierba, jugaba con un ratón que correteaba de una a otra de sus manitas. Tendría unos seis años. Tras ella, a cierta distancia, había dos montículos de hierba con portones de piedra y aspecto de túmulos funerarios.

–Tráele un poco de agua -pidió su padre, poniendo la mano suavemente en el hombro del

muchacho para que no se incorporara-. Quédate echado un rato -le sonrió-. Todo irá bien.

Paris volvió la cara y vio a la niña estirarse para poner un tazón bajo el chorro que salía con fuerza de una oscura hendidura en las rocas. Le dolía la cabeza, era como si le quemara, como si sus violentos sueños de fuego y humo y casas en llamas siguieran calcinándose allí dentro.

La niña regresó y le acercó la taza a los labios.

-Has estado muy enfermo, Alejandro -le contó con el tono de quien posee un conocimiento privilegiado-, pero mi padre tiene el don de la curación. Pronto te pondrás bueno.

Sintió el agua deslizarse por su lengua y romper como luz en su garganta. Se lamió los labios resecos, bebió algo más y reclinó la cabeza. Intentando recordar el pasado reciente, le volvió la imagen de las moscas agolpadas en las sanguinolentas heridas de los hombres que había matado. Se le oía respirar débilmente, y dijo:

-No me llamo Alejandro.

-No, eres Paris, ya lo sé. Pero desde que ahuyentaste a los ladrones te han dado un nuevo nombre. Como dicen que pese a no ser más que un muchacho, te has hecho defensor de hombres, ahora te llaman Alejandro. A mí me gusta más.

-Déjalo ya -le pidió su padre-. Dale tiempo para volver en sí -sonrió al muchacho de nuevo-. Soy el sacerdote del santuario de Apolo. Me llamo Cebrén. Tu padre te trajo aquí hace tres días para que te curara las fiebres. Le alegrará saber que el dios-ratón te ha tratado bien. Dentro de dos días tu padre volverá para llevarte a casa. Sólo necesitas reposo.

-Todo va bien, Alejandro -le consoló la niña-. No te asustes.

-Yo no me asusto -los finos brazos de la niña le parecían tallos de flor-. ¿Cómo te llamas tú? - le preguntó.

-Enone. Soy la ninfa de esta fuente. Un día yo también sabré curar.

Paris le sonrió vagamente y volvió a caer dormido casi al instante.

Agelao llegó con una mula para llevarse a casa a su hijo adoptado. Agradecido, llevaba ofrendas para el dios y el sacerdote dedicado a su culto. Paris, recibido como un héroe por sus amigos, enseguida olvidó lo enfermo que estuvo tras lo que había pasado. En los años siguientes, en su rostro añinado se fueron formando los rasgos recios, nobles y hermosos de un joven cuyo vigor físico se desarrolló hasta igualar su arrojo. Considerado también muy sensato por todos, los pastores lo llamaban para pedirle consejo y zanjar disputas. Así, cuando Agelao envejeció y se le anquilosó el cuerpo, Paris pasó a ser el guardián del rebaño, y por amor al trabajo empezó a dedicarse con orgullo obsesivo a la cría de una raza formidable de toros bravos.

Pasaron los años, y sólo una vez salió derrotado de una lucha el campeón por él elegido. En aquella feria de primavera, un toro salvaje más negro que un nubarrón bajó del monte y dispersó a los aldeanos y al rebaño saltando la valla y bramando y corneando por el prado. El toro luchó con tal bravura que Paris sólo pudo mirar asombrado cómo derrotaba a su animal favorito, lo pisoteaba bien con las pezuñas y le perforaba los pulmones hincándole en el pecho una de sus inmensas astas. La visión lo horrorizó, pero no dudó en honrar tal ferocidad con la corona del vencedor. Sudoroso y jadeando, el toro vibró ante él restallando el rabo, la negra piel salpicada de sangre. Paris le vio mover los fieros ojos. Cuando oyó murmurar a alguien que había que matar a ese ejemplar antes de que ocasionara más estragos, sacudió la cabeza enérgicamente:

-No -le enganchó la corona de flores en los cuernos-, este toro queda libre. Que vague por los montes a su antojo.

Bufando a la polvorienta luz, el toro agachó la gruesa proa de su cabeza en señal de despedida. Momentos después, con la alegre guirnalda todavía coronando sus astas, se volvió galopando al

monte.

Cuando Agelao comentó que en todos sus años de pastor nunca había visto un toro comportarse de modo tan extraño, Paris sonrió y dijo:

–Creo que estaba poseído por un dios.

Dos años después, también en la feria de primavera, Paris adornaba con guirnaldas los cremosos rizos del toro blanco que en ese momento era su favorito, y al alzar la vista vio que una muchacha le miraba desde los árboles que bordeaban el prado. En sus cabellos brillaban partículas de luz del sol. Era alta y esbelta, y llevaba una flor en los labios. En su presencia, todos los sentidos se le aceleraron al instante, y el corazón le dio un vuelco al ver la sonrisa con que lo estudió un largo momento. Al apartar ella los ojos con modestia, él supo que nunca antes había visto tal belleza.

Sin que se le ocurriera nada que decir que viniera al caso, cruzó el soleado claro salvando los pocos metros que los separaban y extendió la mano pidiéndole la flor. Casi sin respirar, ella le miró llevársela a los labios. Luego Paris volvió a grandes zancadas hasta su toro, que resoplaba en la temprana luz de la tarde, y prendió el tallo en la guirnalda ya tendida entre sus cuernos. Devolvió la mirada a la muchacha.

–¿Quién eres? No recuerdo haberte visto.

Sonriendo, ella le contestó:

–Tal vez me recordaras si tuviera cuernos y rabo y resoplara como un toro.

–No creo que nunca te hubiera olvidado.

–Pues está claro que lo has hecho -rió ella-. Y seguro que volverás a hacerlo.

–Nunca. Lo juro como que soy un hombre de verdad. Ella subió la mirada de nuevo.

–Quizá eso aún haya que probarlo..., pese a la piel de leo-urdo que llevas.

Paris se sonrojó al oírla.

–Me llamo Paris. Nadie duda de mi valor. Ni de mi fe.

–Recuerdo a un chico que prometía ser así de valiente -le dijo ella-. Por entonces te llamabas Alejandro. Dormías mucho, en aquellos días.

Perplejo, Paris se acercó más y le clavó los ojos frunciendo el ceño. La alegre melodía de su voz le trajo a la mente el rumor del agua: agua blanca, agua que corre entre las piedras.

–Eres la ninfa de las fuentes -exclamó-, la del santuario de la montaña. Tu padre me curó de las fiebres. Tú me trajiste agua en una taza.

–¡Y tú no has vuelto a acordarte de mí nunca más! Se sonrojó de nuevo.

–Eras sólo una niña que jugaba con un ratón.

–¡Y tú, en cambio, el gran defensor de hombres! – Rio al verle tan azorado y, todavía risueña, volvió la vista a los árboles.

No muy lejos, los pastores y sus mujeres se juntaban bajo unos toldos para el banquete, con sus niños corriendo y armando ruido por allí.

–¿Has bajado del monte para la feria? – le preguntó él-. Dicen que el rey Anquises y su hijo vendrán a ver los juegos.

–He venido porque el río me dijo que viniera.

Al subir ella la mirada, fue como si los dos prendieran los ojos en un mismo haz de luz. En voz más baja, menos segura, ella añadió:

–He pensado en ti todos los días desde entonces.

Paris se quedó allí pasmado cuando ella se dio la vuelta para volver a los árboles. Lo llamaron al banquete. Levantando la mano en su dirección, les dijo que volvía enseguida. Y entonces recordó el nombre de la niña, y susurró para sí:

–Enone.

Pero había desaparecido entre los árboles. Llevado por el deseo de no dejar que esa beldad se esfumara de su vida para siempre, se internó en las verdes sombras tras ella, que se detuvo al llamarla él por su nombre. Hablaron tímidamente un rato. Paris empezó a mostrarse más audaz. Enone rió, se dio la vuelta y, corriendo, se adentró más en el bosque, ocultándose en los árboles. Siguiéndole el rastro por el sonido de su risa, llegó a un claro iluminado por el sol a la orilla del río, donde el agua hacía que la luz pareciera resbalarle por las piernas. Fue allí donde ella dejó que la encontrara.

Pronto se hicieron casi inseparables. A veces iban juntos a cazar venados o jabalíes al fresco de la mañana, cruzando los montes por precipicios donde Paris grababa el nombre de Enone en la corteza de los árboles y los torrentes de agua caían a su alrededor en ruidosas cascadas que se pulverizaban al chocar contra los peñascos. Echados los dos al calor del día en las altas praderas de la montaña llenas de flores silvestres de vivos colores, miraban los rebaños pacer en los pastos de verano.

Inconsciente de sus orígenes, libre de toda preocupación mundana, gozando de la esforzada vida campestre, la única que conocía, Paris, que tenía la adoración de sus padres adoptivos, la admiración de sus amigos y el gran amor de Enone, bien podría haberse creído el hombre más feliz del mundo. Pero una vaga inquietud se adueñaba de él con el paso de las estaciones. No sabía darle nombre, tampoco era nada que le preocupara; pero, a veces, la borrosa visión de horizontes más amplios que el de aquellas silenciosas cumbres irrumpía en las ensoñaciones de las horas pasadas en soledad. Y una de esas calurosas tardes en los altos pastos verdes, bajo la corona de nieve del monte Ida, el destino le tendió su trampa.

## **El juicio de Paris**

sí que ya lo ves -le decía Hermes-, no habrá paz hasta que esta discusión no quede zanjada. Necesitamos un juez imparcial que resuelva el caso, y todos coincidieron en que tú eras el más indicado para la labor.

–¿Yo? – protestó Paris-. ¿Y a cuento de qué esperan que un pastor zanje una disputa de dioses? Hermes se echó para atrás el ala del sombrero con el báculo y lo miró con ironía.

–Sabes apreciar la belleza, ¿no? Y Ares admira tu sentido de la justicia. En todo caso, en lo único en que las diosas están de acuerdo es en atenerse a lo que tú dispongas. Deberías sentirte halagado. Pero Paris pensaba a toda velocidad.

–¿Cómo voy a elegir a ninguna de ellas sin que las otras se disgusten? ¿No sería más simple dividir la manzana en tres?

–Me temo que ninguna de las diosas está dispuesta a aceptar una solución de compromiso. Las cosas han ido demasiado lejos para eso. Quieren una decisión.

–Entonces voy a necesitar tu consejo.

Hermes levantó las manos, como retrocediendo.

–Si no me mantengo totalmente neutral, mi vida inmortal no valdrá la pena vivirla.

–Pero yo no soy más que un ser humano -protestó Paris-, seguro que lo hago mal.

–Tarde o temprano, todo mortal ha de tomar decisiones -le dijo Hermes-. Ha llegado tu hora.

Siempre es un momento de mucha soledad, pero eso no hay quien lo cambie. Si eres sensato, estarás de acuerdo. Y nunca se sabe, hay tres diosas deseosas de causarte buena impresión, podrías sacar tajada.

Ladeó la cabeza.

–¿Estás listo? ¿Las llamo?

Paris asintió, asustado y conmovido ante lo que se le presentaba. Hermes ya se daba la vuelta para irse, pero se detuvo.

–Te diré una cosa. Aquí se juega más que una manzana dorada.

Y diciendo eso, alzó el báculo y lo agitó. El lazo blanco aleteó por el aire.

Paris se quedó sin respiración cuando las tres diosas aparecieron ante él acto seguido.

En el centro estaba Hera con su corona de vid, cargada de dorados racimos de uvas. Una refulgente toga calada, con bordados de semillas y estrellas, favorecía mucho sus curvas. Era imponente y bella, Paris lo vio al momento, y se movía enteramente a sus anchas, con la gracia natural de quien sabe de su propio poder sin necesidad de hacer de él un espectáculo. Mirándolo con regio porte, Hera reconoció el asombro en los ojos de Paris.

A la derecha de Hera, Atenea, más atlética, llevaba una liviana armadura de primorosa factura, que realzaba su grácil forma y los tensos tendones de su liviano cuerpo. En una mano llevaba una lanza de punta de bronce y en la otra el Aegis: su escudo de piel de cabra con la imagen de la cabeza de una Gorgona, que contrastaba con la claridad y el brillo de los ojos de la diosa y con la belleza seria y despejada de su rostro, que ahora escrutaba a Paris sagazmente.

Con un sencillo vestido de gasa, Afrodita, a la izquierda de Hera, se apoyaba levemente en una cadera para subrayar sus formas. Tenía los brazos cruzados en el pecho, las manos apretadas una contra otra y las yemas de los dedos en la boca. Llevaba violetas prendidas en el pelo, y de sus orejas pendían flores doradas. Inclino la cabeza un poco sonriendo a Paris y luego bajó los brazos y vio al joven contener el aliento al captar el intricado ceñidor que empezaba en forma de collar en su fina garganta y luego se curvaba separando y afirmando los contornos de sus senos.

Pensando que quizá había estado demasiado formal, Hera dijo:

–Veo que Hermes no nos engañaba cuando nos prometió como juez el mortal más guapo.

Paris apartó la mirada, señalando con un gesto su ganado.

–Os ha traído a un pastor, llamado a cometer errores -aún acogotado, se puso derecho para encarar a las diosas-. Emitiré mi juicio, pero con varias condiciones.

–Dínoslas -pidió Atenea.

Paris respiró hondo.

–Las tres tenéis que perdonarme de antemano. Además, quiero la promesa de que ninguna de vosotras me perjudicará si el juicio es en su contra.

–Me parece bastante razonable -admitió Hera.

Atenea asintió con la cabeza. Afrodita sonrió y añadió: -Muy sensato, también.

–Entonces, si todas acatáis sus condiciones -intervino Hermes-, procedamos.

Volvió a mirar a Paris.

–¿Preferirías juzgar a las contendientes todas juntas, o examinar a cada una de ellas por separado?

Paris, que tenía cierta dificultad en apartar los ojos del ceñidor de Afrodita, estaba a punto de contestar cuando Atenea se percató de distracción.

–He de insistir en que Afrodita se quite el *kestos* -pidió-. Todas sabemos que a los hombres les tiemblan las rodillas al verlo.

Afrodita protestó al instante, diciendo que el *kestos* era una parte tan esencial de su indumentaria como la corona celestial para Hera o la armadura para Atenea. Cuando las otras dos diosas tacharon de absurda su pretensión, pareció que de nuevo iba a estallar la pelea. Hermes estaba a punto de intervenir, pero Paris, que empezaba a percibir el poder que podía ejercer, alzó una mano imperiosamente.

–Será mejor que las vea una por una -dijo-. Así evitaremos discusiones.

–Como gustes.

–Sin embargo, no sé cómo evitar sospechas de ventajas indebidas, como no sea que las tres se



despojen de las joyas y la ropa.

–Tú eres el juez -convino gravemente Hermes-. Tú fijas las reglas.

–Pues que así sea.

Hermes tosió.

–Ya habréis oído lo que ha dicho Paris. ¿Seríais tan amables de desnudaros?

Volviéndose para no ver a las diosas, le preguntó a Paris en qué orden le gustaría ver a las tres rivales.

Paris se lo pensó un momento.

–Como reina del Olimpo, la divina Hera debería tener precedencia. Luego quizá la dama Atenea y, por último, Afrodita.

–Pues buena suerte -Hermes sonrió.

Y desapareció.

Paris se sentó, muy nervioso. Al instante se vio totalmente solo ante la reina del Olimpo, desnuda frente a él en toda su majestad, y mirándola pensó: «Padre Zeus, perdóname».

–Estás muy equivocado en lo que dijiste antes -Hera se volvió para que el joven apreciara la curva de su espalda-. Eres bastante más que un simple pastor; de hecho, eres de regia cuna-volviéndose de nuevo, sonrió viendo su asombro-. El rey Príamo es tu verdadero padre. Ve a su palacio en Troya y anúnciate. Dile que los dioses decidieron perdonarte la vida. Se alegrará de verte.

Aunque atónito por estas palabras, Paris sintió que ya lo sabía. ¿No conocía desde siempre ese secreto? ¿No explicaba que se sintiera distinto de todos los que le rodeaban? ¿No justificaba su inquietud? Cada vez más nervioso, escuchó de labios de Hera la historia de su nacimiento.

–Y hay más -sonrió ella-. No tienes que conformarte con ser un príncipe. Dame hoy el premio y serás rey por derecho propio. Haré de ti el soberano más poderoso de toda Asia. Riqueza, imperio y gloria: todo eso puede ser tuyo. Soy reina del cielo y esposa de Zeus, puedo hacerlo por ti. Tienes a tu alcance convertirte en uno de los reyes más ricos y más poderosos.

Paris se vio de pronto transportado de la vida sencilla de los montes al ajeteo de la ciudad: a un mundo de príncipes y palacios, ministros, embajadores y esclavos, el mando imperial y un lujo tal que ni su padre, rey supremo de Troya, disfrutaba. ¿Qué cosas no proporciona ese poder, qué placeres no compra esa riqueza? Notó que lo henchía la ambición. Se vio sentado con corona y cetro en un trono de pedrería, con reyes menores obedientes a él y con la reina Enone a su lado. Pero la disonancia entre toda esa grandeza y la sencillez de la muchacha lo intranquilizó. Al volver en sí, soltó una respuesta entrecortada:

–Siempre te estaré agradecido, divina Hera, por mostrarme tu belleza y revelarme el secreto de mi nacimiento. Si me pareces la más hermosa de las tres, sin duda tendrás la manzana. Pero... -miró a la diosa y tragó saliva- mi veredicto no está en venta.

La reina del Olimpo le devolvió la cándida mirada durante un largo momento sin palabras. Con los labios sellados, asintió con la cabeza y se esfumó.

Luego se le apareció Atenea, cuyo enérgico cuerpo refulgía al volverse. Todo en ella llamaba al instinto cazador de Paris, y cuando se volvió a él de nuevo, la serenidad de su clara mirada cayó sobre su alma como cae la luz del sol.

–Supongo que Hera ha querido sobornarte con poder y riquezas -le dijo-. Es lo que a ella le importa. Pero has de saber que hay cosas más importantes. Cosas que duran más y reportan una satisfacción más honda. Para estar bien contigo mismo, lo mejor es escoger la sabiduría, y ésta sólo proviene de conocerse bien. Sin eso, todo lo demás es polvo... -la diosa volvió a moverse para lucir su gracia. El aire que la envolvía, cargado de energía cinética, rasgueaba como una lira-. Es la ley interna

de las cosas, y aunque tal vez ya sepas *qué* eres, seguro que sigues sin saber *quién* eres -Atenea le sonrió-. Por eso hoy has de ser sensato. Si decides bien, me tendrás a tu lado para toda la vida, en la guerra y en la paz, cultivando tu saber, protegiéndote en la batalla y fortaleciendo tu alma para que tengas una libertad y un control perfectos. Un mortal no puede pedir más.

Paris asintió en silencio con el ceño fruncido, pensativo. Nuevos y anchos horizontes se abrían ante él. Estaba comprendiendo que la elección que iba a hacer no era sólo entre tres estilos de belleza femenina, sino entre los principios profundos y eternos por los que un hombre podía guiar su vida. Nervioso ante una decisión que afectaría a todo su destino futuro, la voz le temblaba un poco al dar las gracias a Atenea por haber compartido con él su belleza y sabiduría. A continuación ella se fue.

En su lugar apareció Afrodita.

La tercera diosa no dijo nada en mucho rato: no había necesidad, ella lo sabía, de palabra alguna. Mientras que Hera había aquietado el aire en torno al joven con su regia seguridad y Atenea lo había hecho vibrar con su porte, Afrodita lo inundó de una fragancia que alborotó los sentidos. Si la cuestión era la belleza externa -lo decidió en el acto-, ninguna podía competir con Afrodita. Sólo unos minutos antes, le habría rogado que cogiera la manzana e hiciera de él lo que quisiera. Pero su vida había cambiado en esa última hora. Ya no era sólo un pastor libre de pasar la vida al sol. Era hijo de un gran rey, tenía una herencia que reclamar. Podría llegar a ser alguien de gran talla moral y espiritual. Había cosas importantes en que pensar.

Sin embargo, esta tercera diosa era tan abrumadoramente bella que apenas le dejaba pensar.

-Lo sé -susurró Afrodita, y había una irresistible tristeza en los ojos que levantó hacia él, ojos de un azul como sólo lo había visto alguna vez en la cambiante luz que despide el mar a distancia-. Pero ya no es sólo la belleza, ¿verdad?

-No estoy seguro -respondió él.

-Entiendo lo que ha pasado -desvió la mirada-. Las otras te han ofrecido cosas. Cosas tremendas. Cosas que no tienes. Cosas que ni habías soñado.

-Sí.

-Y yo sólo puedo ofrecerte amor, y ya lo tienes, ¿verdad? - Sí -admitió Paris con voz ronca-, es verdad. - Pero seguía sintiéndose al borde del desmayo.

Afrodita sonrió compungida.

-Bueno, al menos podemos charlar un rato.

Se sentó con las piernas juntas, los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos, como admitiendo que ya no tenía sentido seguir mostrando la belleza de su cuerpo. Sin embargo, sus ojos seguían siendo muy perturbadores.

Abrumado por su cercanía, por la presencia desinhibida y desnuda de una belleza tan conmovedora, Paris la oyó decir:

-Es encantadora, ¿no? La ninfa de la fuente, me refiero.

-Enone -susurró el nombre casi con melancolía, como si la amiga y amante de su juventud ya hubiera empezado a desaparecer hasta del recuerdo.

-Comprendo por qué es tan entrañable para ti -como la luz del sol de una fuente, su sonrisa le atravesó como un rayo-. Eres muy afortunado.

Paris asintió. Y tragó saliva.

-A fin de cuentas, con ella has probado por vez primera el inolvidable sabor de amar y ser amado.

-Sí.

-Y siempre la querrás, pase lo que pase.

En el silencio que se produjo, él se dio cuenta de que apenas respiraba.

Al cabo de un rato, la diosa se removió y comentó:

–El mundo es tan extraño, ¿verdad? Quiero decir... Fíjate en ti: un simple pastor ahora y al minuto siguiente hijo de un rey, a tus pies el mundo entero. Y aquí estoy yo: una inmortal, consciente de que la manzana me corresponde por derecho, pero totalmente incapaz de reclamarla -volvió a suspirar-. No suelo tener tanta paciencia, pero has sido tan bondadoso con todo esto... ¡Y tan sincero con nosotras! Sé que para ti no es fácil, por eso no quiero que te sientas mal. De todos modos -le dedicó otra sonrisa apenada-, sólo me queda decir que ha sido un gran placer conocerte.

Pero en cuanto empezó a moverse, Paris le dijo:

–No, por favor, espera.

La diosa ladeó la cabeza.

–Es que... Lo que has dicho de Enone es verdad, pero...

–¿Pero qué?

–Bueno, esta misma tarde, antes de que pasara todo esto, me preguntaba... ¿Es eso todo lo que hay? Del amor, quiero decir.

Los ojos de la diosa se estrecharon en un gesto de perplejidad.

–¿No te parece suficiente?

Paris frunció el entrecejo.

–No es eso.

–¿Entonces qué? No comprendo.

Intentó ordenar sus pensamientos.

–Sé lo que dices. En realidad, nunca he sido más feliz desde que Enone y yo nos conocimos. Es sólo que a veces pienso...

–¿Sí?

La miró.

–¿... Y no habrá más?

Y apartó otra vez la mirada.

–¿Más?

Asombrado de su propio atrevimiento, Paris decidió sostener la inquisitiva mirada de la diosa mientras decía, muy bajo:

–Sí.

Sacudiendo sus tersos hombros, Afrodita soltó una carcajada breve y llena de comprensión.

–Bueno, sí lo hay, claro. Hay mucho más. Pero tú pareces feliz tal cual. No pensaba que querrías saber nada más.

–Dímelo de todos modos.

Sentada, se echó para atrás como si la hubiera sorprendido un poco. Hizo un puchero con los labios.

–Bueno, en realidad no son cosas que se puedan contar a nadie. Tiene que sucederte. Has de entregarte a ello: tienes que dejarte tomar -lo pensó un poco-. Es como confiarte a la fuerza del mar..., a veces hasta como echarte al fuego.

–¿Al fuego?

–Sí, sí. Un fuego tan claro e intenso que todo lo quema, salvo la pura dicha de su pasión. Y cuando eso sucede, todo lo demás cambia. Todo empieza a cobrar sentido... -la diosa sonrió y sacudió la cabeza ante la insuficiencia del lenguaje-. Creí que sabrías bastante más de lo que parece.

Aunque dichas con toda suavidad, esas palabras añadidas al final le pusieron nervioso. Estaba a punto de decir que sabía más de lo que había demostrado hasta el momento, pero al ver su sonrisa

comprensiva, supo que lo calaría de inmediato. Por eso desvió la mirada.

Ella le dijo:

–Pues cuéntame algo más de esos sentimientos tuyos. Consciente de pronto de lo nimio de sus sentimientos frente a la escala en que la diosa pensaba y sentía, se sonrojó.

–Son difíciles de explicar -pero su mente seguía en lo que ella había dicho antes, y el corazón le dio un vuelco por la confesión y traición simultáneas que había en lo que se oyó añadir-: Es como si una experiencia que ya conozco necesitara un cambio... Necesitara hacerse más grande y poderosa. Más extraña, incluso.

Miró buscando comprensión en sus ojos, y la encontró. Ella dijo:

–La vida que no has vivido y llevas dentro quiere salir. Deberías escucharla.

–He estado escuchándola, creo que por eso estoy aquí. De hecho, empezaba a preguntarme si...

–¿Sí?

Dudó. La encantadora sonrisa de Enone brilló ante sus ojos, desvaneciéndose luego en la resplandeciente aura de la presencia de Afrodita.

–Lo que decías ahora mismo... ¿Crees que puede pasarme a mí?

–Quisiera pensar que sí, aunque... -dudó, echó hacia atrás un desordenado rizo de su cabello. Sonrió, sacudió la cabeza, miró a otro lado.

–Sigue.

Afrodita volvió a él sus ojos inquisitivos.

–¿Estás seguro de que quieres?

–Sí -volviendo a tragar saliva, le sostuvo la mirada-. Totalmente seguro.

La diosa pareció pensárselo más.

–Mira, estas cosas son siempre misteriosas. Es algo entre dos, ya sabes. No pasa con cualquiera. Tiene que haber un encuentro entre dos almas, almas que se reconozcan. Y cuando lo hacen, de pronto hay una asombrosa libertad del sentimiento y los sentidos que... Bueno, pues que no encuentran en nadie más. Es la mayor experiencia de todas, y no todos la tienen -inclinándose, le dirigió otra sonrisa compungida-. Me temo, pues, que no es sólo cosa tuya.

Paris asintió, y miró a otro lado.

–Vaya, lo siento -dijo ella-. No debería haberte dicho nada.

–Sí, sí. Necesitaba saberlo.

En voz baja, ella le preguntó:

–Pero no te ha pasado eso con Enone, ¿o sí?

Y suspiró cuando, frunciendo el ceño, él negó con la cabeza.

–Quizá... -comenzó a decir.

Tenía la garganta seca como un barranco en verano. Volvió a intentarlo:

–Quizá no sea la persona adecuada. Para mí, quiero decir... -y mirando hacia arriba, añadió rápidamente-: Ni yo para ella, claro.

–Bueno, sólo tú lo sabes. Pero... -de nuevo volvió a él su tierna mirada-. No tienes mucha experiencia, ¿verdad? Seguramente, no te será fácil saberlo.

Un poco humillado por la compasión de ella, Paris observó que apartaba la vista y luego se volvía de nuevo hacia él abriendo la boca para hablar, pero al final cambiaba de idea.

–¿Qué ibas a decir? – la presionó.

–Sólo me preguntaba si... No, de verdad, no debería entrometerme.

–No es entrometerte. Me gustaría mucho oír lo que tengas que decir.

–Era sólo que una de las ventajas de ser diosa -le sonrió-es ver más allá que los mortales en el

tiempo, pero algunas veces nos duele ser conscientes de posibilidades que, al parecer, vosotros i veis.

–¿Hablas de mí?

Como quien toma una decisión difícil, Afrodita contuvo la respiración.

–Claro que Enone es la criatura más dulce de estos montes, pero hay otras mujeres en el mundo, y a su lado, ella es tan simple y anodina como uno de mis gorriones, y... Bueno, no creo que aún conozcas del todo tu propio atractivo y el poder que podrías ejercer sobre las mujeres..., si te dieras ocasión de conocer a más.

Tras una pausa, él le preguntó:

–¿Crees que podría haber otra para mí?

–De eso estoy segura.

–¿Y sabes quién?

Afrodita asintió.

–¿Me lo vas a decir?

La idea pareció incomodarla.

–Es que no debería.

Los ojos de Paris se le fueron a la manzana dorada que tenía junto a él en la hierba.

–Ah, no -exclamó ella, levantando las manos-. No quiero sobornarte. No es eso, ahora tú me haces sentir mal. Mira, se llama Helena. Vive en Esparta.

–¿Está cerca de Troya?

–Es un reino de Argos.

Él frunció el ceño.

–Tampoco he oído hablar de Argos.

–Argos es un país a más de cuatrocientos kilómetros al otro lado del mar.

La decepción asomó a su cara.

–Entonces ella no sabe nada de mí.

–Todavía no. No.

–Y es extranjera.

Afrodita sonrió.

–En el amor no hay extranjeros.

–¡Pero cuatrocientos kilómetros! Y yo nunca he salido al mar.

–¿Entonces no quieres saber nada más?

–Yo no he dicho eso. Hubo otro silencio.

–Helena -dijo él- es un nombre muy bonito.

–Le va bien. Es la mujer más bella del mundo.

Los ojos se le agrandaron al oír eso.

–Dime más.

–¿No preferirías verla? ¿Sí? Entonces ven y mira en mis ojos.

Casi sin respiración, Paris se movió hasta quedarse a sólo unos centímetros del cuerpo desnudo de la diosa. Ella le subió las manos y se las puso en las mejillas. Él tembló con la delicada presión de las yemas de sus dedos. Cada poro de su cuerpo absorbía su fragancia cuando alzó los ojos para encontrarse con los de ella.

Y se fue, desapareció hasta para sí mismo ahogándose suavemente en un iris de luz verde mar, más lejos de lo que habría pensado que su corazón podía llevarle, hasta sentir que miraba desde azules profundidades la deslumbrante superficie, allá arriba. Sólo que ahora, de repente, allá abajo, veía el rostro humano de una mujer que le devolvía la mirada a esa luz igualmente seductora: una mujer a

quien hacía el amor con una ternura y un ardor que nunca había conocido. No había visto un rostro más iluminado por la pasión y la belleza que aquél. En una eternidad que duró segundos, fue como si le estuviera haciendo el amor a la propia diosa, y cuando la imagen ya se iba haciendo borrosa, pensó que si desaparecía, moriría de añoranza.

Al momento volvió en sí. El suave rostro que le sonreía era el de Afrodita.

–Helena -musitó él con sencillez.

Paris reclinó la espalda en la hierba y se tendió con los ojos cerrados para retener el sueño, saboreando el exquisito dolor de su pérdida. Y sin embargo, tan intenso era el recuerdo que tenía la fanática convicción de que, tras haber mirado ese rostro, nunca lo olvidaría. Esos ojos estarían presentes ante él cada vez que cerrara los suyos. No parecía posible volver a soñar nunca otro sueño más que ése.

Pasaron los minutos. Se había ausentado, ajeno incluso a la presencia de la diosa, quedándose absolutamente inmóvil; sin embargo, por dentro, se movía a una velocidad que le parecía asombrosa. Todo había cambiado, sentía la sangre latirle en las venas. Sentía el corazón arder dentro de él. A partir de entonces, cualquier instante de su vida que fuera menos incandescente y pletórico, no sería ni vida siquiera.

Sin abrir los ojos, dijo:

–Tengo que conocerla. Tengo que hacerla mía.

La diosa le susurró:

–Hay algo más que deberías saber.

Ansiosamente, él preguntó:

–¿Qué?

–Helena ya tiene esposo.

Paris se incorporó conmocionado.

Serena, ella ponderaba su cara de incredulidad.

–Sé lo que estás pensando, y es un problema, sí, pero hay muchísimas cosas que aún no comprendes.

El ultraje y el engaño le oscurecieron los ojos. Mejor no haber visto nunca ese rostro que haber contemplado su belleza y que se la arrebataran así.

–He comprendido muy bien que ya está casada, que vive en un lugar a más de cuatrocientos kilómetros del que jamás he oído hablar... Y encima su esposo será el rey de Argos, ¿a que sí?

–El rey de Esparta, en realidad.

–Entonces, ¿qué oportunidades tengo de ganarla para mí?

–Sin ayuda -admitió ella en voz baja-, probablemente ninguna.

Pero él había vuelto al sueño. Ese rostro se le había grabado para siempre y seguía vivo muy dentro de él. Lo sentía tan inseparablemente suyo como su propia alma. Y ahora toda su vida dependía de él. ¿Acaso no era impensable que un hombre tuviera tal visión salvo que fuera posible hacerla real?

Luego empezó a comprender.

Aclarándose la garganta, le preguntó:

–¿Y si tú me ayudaras?

Afrodita frunció los labios pensando.

–Sería difícil -soltó un suspiro pensativo-. Y podría traer toda clase de complicaciones.

–¿Y si te diera la manzana a cambio?

Ofendida, la diosa hizo una pequeña mueca.

–Es tuya por derecho propio, de todos modos -la presionó él.

–¿No estarás diciendo eso sólo porque...?

–No, claro que no. Ni soñaría con...

Ella había apartado la vista. Ahora volvió a mirarle, sin sonreír.

–Bueno, podría hacerse, supongo. Pero es grave, ¿lo sabes? Los asuntos del corazón son siempre graves, aunque parezcan un juego.

La voz de ella lo paralizó.

–Tendrías que estar seguro de que realmente la deseas: a cualquier precio.

Calló un momento para que él asimilara esa idea. Luego le preguntó:

–¿Estás seguro?

Volvió a mirar la solemne belleza del rostro de Afrodita y vio llegada la hora de la decisión. Miró la manzana dorada que brillaba en la hierba y cayó en que era justo como ella le había dicho: había contemplado a Helena y todo había cambiado a su alrededor. Como quiera que fueran las otras cosas, ya no se conformaría con guiar hasta los pastos a un adormilado rebaño y soñar entre los asfódelos. No imaginaba qué haría con su vida si se le negaba este deseo, que ya era una obsesión.

Paris pensó en todo lo que le habían prometido las otras diosas. Hera le haría un gran rey, sí, pero los grandes reyes tienen grandes problemas, y él ya era hijo de un rey supremo. ¿Para qué habría de querer más riquezas que las que le daría su condición de príncipe? Atenea le había prometido sabiduría y conocimiento propio, pero él sabía que la pura verdad era que quería a Helena, y ¿no era eso conocerse ya muy bien? En cuanto a la sabiduría, seguramente era cosa tanto del corazón que late como del intelecto, y la visión de Helena le había dejado el corazón desbordado de deseos de un amor más impetuoso e intenso.

Toda la lógica del caso apuntaba en una dirección. Sin embargo, al volver a mirar el semblante de Afrodita, supo que tanta lógica no le importaba lo más mínimo, pues la verdad estaba muy lejos de la lógica, en el lugar desesperado, no correspondido e irrecuperable desde donde dijo, como dictando sentencia:

–No creo que pueda ya vivir sin ella.

–Muy bien -sonrió Afrodita-. Dame la manzana y veré qué puedo hacer.

### **Hijo de Príamo**

Pese a la promesa que ambas habían hecho, Hera y Atenea salieron de la escena de su humillación conjunta unidas en su hostilidad contra Paris y Troya. Felizmente para él, Paris no tenía la menor idea, y Afrodita estaba demasiado encantada con su triunfo para preocuparse tampoco por la mala voluntad de sus divinas hermanas. Ella no era una diosa a quien la moral quitara el sueño especialmente; tenía sus propios poderes. Haría cuanto pudiera por la ciudad, pero no sabía muy bien cómo iba a salvar a Troya de la ruina y al mismo tiempo cumplir la promesa que le había hecho a Paris. No obstante, esta última tarea era lo que ahora la ocupaba por entero, y si el precio de la pasión era que una dudad ardiera, que así fuera.

Mientras, maravillado y obsesionado por una idea fija, lo único que a Paris le importaba era que la más adorable de todas las diosas le había prometido a la mujer más bella. No descansaría hasta ver cumplido su destino.

Era ya noche cerrada cuando bajó del monte.

Sabiendo que a Enone le había extrañado su aire distante, se retiró sin hablar de lo ocurrido en el monte Ida, ni a ella ni a sus padres adoptivos. Pasó casi toda la noche pensando en Helena y preguntándose de qué forma sería mejor revelar su verdadera identidad. Pero la tristeza de su tosca cabaña estaba tan lejos de la visión de la diosa en las altas laderas del monte, que seguía costándole creer que los acontecimientos de esa tarde hubieran sido más que un sueño prodigioso. Un sueño del

que despertó en un mundo que había empequeñecido a sus ojos.

Al día siguiente, como siempre en esa estación, llegó de Troya el servicio del rey Príamo para seleccionar el toro del rebaño que se entregaría como premio en los juegos fúnebres celebrados cada año en memoria del hijo que el rey había perdido. A Paris le había sabido mal en el pasado quedarse así sin alguno de sus mejores ejemplares. Acababa de caer en que su propio destino siempre estuvo muy ligado al de la bestia elegida.

En pie junto a Agelao, observaba a los hombres de la ciudad deliberar sobre los toros, que resoplaban en el cercado a la claridad del mediodía. Sabía cuál iban a escoger.

Como esperaba, el jefe de la cuadrilla, un hombre de ojos blanquecinos y rizada barba en forma de hoz, al final movió la cabeza hacia él y le dijo:

–Átame ese animal blanco de ahí.

Señalaba al toro que Paris había enguirnaldado para Enone. En los años anteriores, Paris se limitaba a saltar la valla para hacer lo que se le pedía. Esa vez se quedó mirando al hombre y le dijo:

–¿No preferiría ese toro pintado, el que está tras aquel roble? Estará igual de bueno servido en la mesa, pero le dará muchos menos problemas camino de la ciudad.

El hombre echó una rápida mirada a Agelao.

–El rey quiere sólo el mejor, nos llevaremos el blanco.

–Pues que venga el rey a atarlo -replicó Paris, y empezó a alejarse con la cuerda echada al hombro desnudo.

Tras él oyó las perplejas palabras de disculpa de su padre adoptivo. Viendo que Enone lo miraba desde la sombra de un plátano, se le fue la mirada a otra parte, rehuyendo la expresión de extrañeza de la joven. Oyó al barbudo decir que no había ido hasta allí para aguantarle insolencias a un palurdo ni perder todo el día; luego ordenó a Agelao que le llevara el toro él mismo. Cuando el viejo iba a saltar la valla, Paris se dio la vuelta rápidamente y le gritó a su padre que no se fiara de ese toro, que era demasiado rápido para él.

–Yo ataba toros antes de que tú nacieras, chico -refunfuñó Agelao, y saltó al cercado-. Dame la cuerda.

Uno de los toros más jóvenes soltó un bramido bajo, malintencionado. El rebaño se movía nerviosamente en el abarrotado ruedo, levantando polvo con las pezuñas. Un fuerte olor a estiércol impregnaba el aire, el calor brillaba en las partículas de polvo que flotaban en el aire entre el viejo y su hijo.

Paris apoyó la mano libre en la valla para saltarla.

–Ya no tienes la agilidad de antes, puede empitonarte en el sitio.

Agelao lo miró furioso.

–¿Es que además quieres insultarme?

–No, padre, pero es la verdad. Ese toro es mío, me conoce. Déjame a mí.

–¿Olvidas que todo este rebaño pertenece al rey Príamo? – le preguntó el barbudo, irritado y prepotente.

Paris se quedó mirándolo un momento, sin ceder un ápice de orgullo ni dignidad, pero fue a su padre adoptivo a quien dijo:

–¿Siempre se cuida tanto el rey Príamo de conservar lo suyo? – Y sin esperar respuesta, cogió la cuerda que llevaba al hombro y caminó por el cercado hacia el toro elegido.

El animal pestañeaba por las moscas. Con todo su tonelaje de músculos palpitándole bajo el pellejo, raspaba el polvo con la pezuña delantera.

Una hora después, mientras miraban a los sirvientes del rey llevarse la bestia atada en el carro,



Agelao preguntó a su hijo adoptivo:

–¿Vas a explicarte?

Paris dijo con calma:

–Este año quiero seguir al toro hasta el rey.

–¿Pero qué te pasa hoy, es que se te ha metido un diablo en el cuerpo? – le preguntó el anciano-. ¿Es que no te parece bastante todo lo que tienes que hacer aquí con los toros, que has de ir a Troya a meterte en líos? Date un baño en el río, muchacho. Refréscate la cabeza.

Estaba a punto de irse, cuando Paris le pidió:

–Vuelve a contarme cómo fue mi nacimiento.

Agelao se detuvo en seco. Se volvió frunciendo el ceño y tardó en contestar:

–Ya sabes toda la historia.

–Vuelve a contármela.

–Fue como ya te he dicho. Te encontré tendido en el bosque, donde una osa te había amamantado.

Te traje a casa en mi zurrón y te crié como si fueras mío.

Extrañado de no haber pensado en esto nunca antes, Paris insistió:

–Pero, ¿y qué dardanio iba a abandonar a su recién nacido a la muerte?

Como Agelao desvió la vista, preguntó con más firmeza:

–¿Me juras que no sabes nada más?

El viejo pastor escrutó a Paris gravemente. Era la primera vez que el joven lo interpelaba así, pero siempre había sabido que la pregunta llegaría alguna vez, y era demasiado sincero para mentir a su amado hijo adoptivo. Respirando hondo, habló a Paris de la noche en que llegó a su casa el jinete del rey ordenándole matar al niño y de cómo sólo pudo negarse a obedecer.

–Y en vez de ser tu asesino, fui tu padre. ¿No has sido feliz con nosotros? – le preguntó con aspereza-. ¿Qué otra vida habrías deseado?

–Ninguna -respondió Paris-, salvo aquella para la que nací.¿Y si esa vida estaba maldita?

–Fuera como fuera, al menos sería la mía propia. Paris vio los ojos heridos del viejo. Lamentó su brusquedad en el acto.

–Siempre has sido un buen padre para mí -le dijo suavizando el tono-, y por eso te amo con todo mi corazón. Pero una diosa me ha revelado quién es mi verdadero padre, y ese saber trae consigo un destino.

Recordando cómo año tras año había visto crecer a su chico, Agelao observó los nobles rasgos del joven, ahora desconocido, que tenía ante él.

–Si es así, ¿quién soy yo para rebatirle nada a una diosa?

Y mordiéndose el labio, se fue dejando solo al joven. Pero no había dado más que unos pasos cuando se detuvo mirando al suelo y, sacudiendo su canosa cabeza de anciano, se volvió para dirigirse a su desconsolado hijo:

–Si tu destino lo exige, ve a Troya. Preséntate ante el rey. Dile que Agelao te entregó a los dioses del monte Ida y que los dioses te devolvieron a mí. Dile que si hay alguna culpa, no es mía. – Se dio la vuelta otra vez y se fue.

Mientras lo miraba irse, Paris vio que Enone lo estaba esperando a la sombra del plátano. La ninfa había oído el diálogo con los mismos malos presentimientos que no la habían dejado dormir en toda la noche, y ya sabía que nada que le dijera disuadiría a Paris de su propósito. Su dolor aumentó al verlo acercarse por el claro.

Le escuchó en silencio cuando él le contó que Hera se le había aparecido en el monte Ida para comunicarle su verdadera condición. Conteniendo la respiración, asintió cuando Paris le preguntó si

comprendía que fuera a buscar el destino para el que había nacido. Pero cuando él le prometió no olvidar nunca su amor, en su mente sonó un rugido que casi tapó las palabras de París. Y cuando éste bajó los labios para besarla, ella se echó hacia atrás y le miró a los ojos.

–Mi padre me legó el don de la profecía -musitó-. Sé que aunque te pida que te quedes, te irás al mundo, y sé que el mundo te hará daño. Pero mi padre me dio también el don de la curación -lo miró-. Un día recibirás una herida que sólo yo puedo curar. Vuelve a mí entonces. – Se estiró para darle un beso rápido en los labios, se soltó de sus brazos y, como había hecho una vez el primer día que fueron amantes, corrió huyendo de él a refugiarse en los bosques.

Paris ya oía el retumbar de los tambores según se acercaba a la ciudad. Azotando la llanura de Troya, el viento transportaba el sonido por encima del destello de los ríos y el brillo del trigo cimbreándose en los campos. A lo lejos distinguió una muchedumbre gritando y vitoreando a los carros que hacían carreras alrededor de las murallas. Muchas veces había mirado desde el monte las murallas de Troya, pero nunca había visto ese fulgor. Ni tampoco había imaginado, cayó en ello al acercarse, que sus altas piedras fueran tan colosales y desalentadoras, ni había visto jamás tanta gente junta: los aurigas ajustaban ejes y arreos, los atletas se aceitaban los músculos, domadores de caballos y herreros opinaban de la calidad de las monturas, y acróbatas y tragafuegos, encantadores de serpientes, músicos y bailarinas, saltimbanquis y mercaderes, todos intentaban aligerar el fardillo de monedas de la gente, rodeados además de mendigos con sus llagas a la vista y borrachos repantingados entre las mujeres o roncando bajo los puestos callejeros. El aire olía a vino especiado y carne asada, y en la cara le escocía la picazón del polvo que levantaba el viento.

Nadie se fijaba en aquel chico de campo que acababa de bajar del monte para mezclarse con la multitud, y el joven se preguntaba cómo hacer sentir su presencia entre tanta gente cuando oyó una voz que pedía púgiles para un campeonato. Al acercarse al corro de gente, Paris reconoció al joven que había en el centro: lo había visto una vez en el festival de Lirneso, cerca de las montañas. Era Eneas, el hijo del rey de los dardanos, Anquises, y aunque Paris nunca había hablado con el príncipe, ver una cara conocida le dio ánimos.

Se quedó un rato junto al cuadrilátero de arena observando cómo un joven musculoso de cabello color arena y faldón rojo tumbaba a puñetazos, uno tras otro, a todos los luchadores. No obstante su peso y gran musculatura, era de pies ligeros y experto en poner ojos morados y ensangrentar narices como si tal cosa. Paris no se daba tanta maña con los puños, pero entre los toros había aprendido a hacer fintas y también a usar los reflejos. Además, calculó que su golpe era más largo que el del forzado que ahora se engrasaba calmosamente los nudillos. El último contrincante escupía un diente roto. Un grupo de muchachas entonaban el nombre del ganador. Deífobo las obsequiaba con una altanera sonrisa cuando el árbitro gritó:

–El hijo del rey vuelve a ganar. ¿Alguien más quiere probar su brazo?

La más alta de las jóvenes chilló:

–Dale la corona, Eneas.

Paris salió de entre la multitud como empujado por la mano invisible de un dios; de alguna parte le llegó a los oídos el triste mugido de su toro.

Eneas le sonrió.

–¡Excelente, otro rival! Y a todas luces dardanio, de los míos. Pero procuraré mantenerme imparcial.

Paris tenía los ojos fijos en la musculosa figura de Deífobo, que reía con las jóvenes mientras se secaba con la toalla.

–¿Es el luchador hijo del rey Príamo? – preguntó, buscando algo familiar en el rostro y la figura

del joven.

–¿Deífobo? Sí -sonrió Eneas-. ¿Es la primera vez que bajas del monte?

Cuando Paris asintió, una de las muchachas gritó:

–Sé bueno con el pastor, Deífobo. Sería una pena que le rompieras esa nariz tan bonita.

Junto a ella, una chica más baja y morena fruncía el ceño mirando a Paris con un aire perplejo y hostil que lo desconcertó. Pero Deífobo estaba listo para volver al combate. Se metió en el cuadrilátero ante la cerrada ovación del numeroso público, midiendo a su nuevo oponente con ojos seguros de sí. Despojaron a Paris de todo menos de los faldones, y allí estaba, frente a él, en la raya marcada en la arena.

Tras calentar un rato dando vueltas en tomo suyo, Deífobo empezó a soltar ganchos y a regatear tan rápido que sólo la gran agilidad de Paris le salvó de recibir más que golpes oblicuos. Deífobo se concentró, irritado por lo bien que el novato se escabullía, y el combate se endureció. Más por fortuna que por técnica, Paris logró no dar con sus huesos en el suelo, y aunque sus propios puños golpeaban siempre al aire, estaba muy atento y menos desgastado que el otro. En peleas anteriores había observado el truco de Deífobo de fingir que bajaba la guardia y luego, virando muy rápido a la izquierda, lanzar un puñetazo al estómago y a continuación un gancho a la cabeza por ese mismo lado. Cuando llegó ese momento, lo estaba esperando, y Deífobo vio frenado su golpe directo al cuerpo por una obstrucción tan firme que lo desequilibró su propio peso. Los oídos le zumbaron cuando Paris le dio un porrazo en la cabeza y luego, acercándose enseguida, muchos otros en el cuerpo. Zafándose del abrazo de su rival, Paris recurrió a la longitud de su golpe para encajarle un puñetazo que le hizo sangre en la nariz. Deífobo reuló y se quedó varios segundos parpadeando. Cuando recibió otro golpe en el cuerpo, las piernas le flaquearon y cayó de rodillas en la arena.

En medio del silencio sobrecogido de la concurrencia, Paris se inclinó para tenderle la mano y ayudarle a levantarse.

–Luchas bien, hermano -dijo, aún sin aliento.

Ofendido por lo que tomó por un jactancioso insulto, Deífobo se limpió la sangre de la cara, rechazó la mano tendida y se metió entre el gentío con paso inseguro. Todas las jóvenes le siguieron salvo la muchacha de ojos oscuros, que se quedó un momento mirando a Paris pensativa, como si ya lo hubiera visto en algún sitio e intentara situar su cara. Pero cuando él la sonrió, ella se dio la vuelta con cara de pocos amigos y echó a correr tras las demás.

–¡Sí que has luchado bien, tú! – exclamó Eneas-. Mi primo no te agradecerá que le hayas robado su corona -y estudió a Paris con más detenimiento-. ¿No estabas el año pasado en la feria de Lirneso? ¿No se llevó el primer premio uno de tus toros?\_\_\_\_\_ cuando Paris asintió, su sonrisa se hizo más ancha-. Ya decía yo. Son los toros, seguro, los que te enseñaron a moverte con esa agilidad.

–Deífobo mueve mejor las manos -apuntó Paris.

A Eneas le gustó su naturalidad, más corriente entre los dardanios que allí en Troya.

–Pero tú eres mucho más rápido con los pies. ¿Por qué no participas en las carreras, amigo? Podrías hacerte con otra corona.

Tres horas después Paris era llamado ante el rey y, en la sala del trono, espléndidamente pintada, se sentó entre sus cortesanos.

El resto de la tarde había sido una brillante mancha de calor, movimiento y cada vez más nervios. En ella se había ganado la enemistad de otros dos hijos de Príamo, al vencer a Ántifo en velocidad y dejar atrás a Héctor, el favorito del público, en la carrera pedestre alrededor de las murallas de la ciudad. Ahora, con las tres coronas de campeón, cansado y orgulloso, sintió la sangre corriéndole más

rápido por las venas al mirar por primera vez a su padre.

–Según mi sobrino Eneas, cuidas mis toros en tu tierra, Dardania -Príamo se mesaba la perfumada barba dirigiendo a Paris la sonrisa distraída de quien lleva más de veinte años soportando el peso del trono.

Aunque no pasaba de la mitad de la cuarentena, Príamo parecía mayor. Sus cabellos empezaban a escasear y brillaban como la plata, tenía el fino rostro surcado de arrugas. Y, sin embargo, sentado en su trono de oro con la gravedad de quien conoce desde siempre el poder y sus cábalas, el rey posó sus ojos en Paris dejándolo más asustado que impaciente por conocer mejor a su padre. Sólo unos minutos antes, Príamo había recibido la noticia de que una nueva incursión argiva había saqueado y quemado otra de las ciudades costeras de uno de sus aliados. Por ello, mientras acariciaba las orejas del sabueso tumbado a sus pies, la mente del rey supremo de Troya seguía preocupada por otras cosas que un pastor llegado del monte para llevarse los premios de los juegos.

–No es cosa habitual que alguien se lleve una triple corona -le dirigió media sonrisa-. ¿No será acaso que a mis hijos les conviene respirar más aire puro de la montaña?

Sosteniéndole la mirada, Paris le contestó:

–Acaso ellos tuvieron la suerte de que su padre no los abandonara al aire puro de la montaña en el momento de nacer.

–¿Fue ése tu destino, muchacho? – Príamo arqueó las cejas-. Bueno, lo siento por ti, pero no parece haberte perjudicado gran cosa. Los dioses sin duda te protegen. Te salvaron la vida, te dieron un rostro muy agraciado y fuerzas como para ganar los juegos -Príamo miró con una sonrisa a su consejero Anténor-. ¿Qué más puede pedir un joven de campo?

–Nada más -contestó Paris rápidamente-, salvo su legítima herencia.

Sorprendido por la firmeza de su voz, Príamo lo miró severamente.

–¿A saber...?

Que me reconozcas como hijo tuyo.

El rey, sus hijos y los cortesanos allí reunidos se quedaron tan estupefactos con la exigencia, que no se oía una respiración. Antes de que nadie se moviera ni hablara, Paris prosiguió:

–Sé que estos juegos son en honor del hijo que perdiste. Pues en fin, el hijo que perdiste los acaba de ganar. Los que aquí he derrotado son mis hermanos. He venido a jugarme la vida por la verdad de esta afirmación.

En ese momento, la joven morena que horas antes estaba mirando el combate pugilístico junto a las demás avanzó abriéndose paso entre Héctor y Ántifo. Llevaba observando a Paris desde que entró en la sala, y en cuanto le oyó hablar, la tensión que siempre sentía le estalló como un relámpago en la cabeza.

–Ya te veo -le dijo, balanceándose sobre las puntas de los pies mientras hablaba-. Eres el sacrificio no aceptado. El tizón que prende fuego en el sueño de mi madre. Desprendes olor a humo, no puedo respirar -se volvió a su padre, que había palidecido, y le dijo-: Traerá la destrucción a esta ciudad.

–Cállate, Casandra -nervioso, Príamo hizo señas a las mujeres de palacio para que se llevaran a su hija, pero la muchacha se resistió:

–Pertenece a la muerte -gritó-, hay que volver a expulsarlo.

Haciendo la señal contra el mal de ojo, Paris vio consternado cómo sacaban a Casandra de la sala apresuradamente, pero al mirar de nuevo en torno suyo, los allí reunidos le parecieron más molestos que asustados. Rápidamente, Héctor se adelantó para romper la tensión del momento.

–Parece que la corona de ganador se le ha subido a la cabeza aquí al pastor -soltó una risa-. Se diría que la confunde con una corona real.

Algunos cortesanos le hicieron coro riendo a carcajadas, pero a Deífobo, al que había roto la nariz en la pelea, no le hizo gracia.

—Anda buscando camorra. Nadie se acerca al rey para hablarle así. A saber quién es, o qué tiene en la cabeza.

Ántifo comentó:

—¿Y si Casandra acierta por una vez? A lo mejor sería buena idea matarlo, y ya está.

Paris se puso en guardia cuando oyó crecer la hostilidad en un murmullo de asentimiento por toda la sala, pero Eneas dio un paso adelante para ponerse a su lado.

—Creo que tus hijos aún se duelen de los moratones, señor -señaló con calma-. Este joven los derrotó limpiamente en los juegos, yo doy fe. Respecto a sus otras afirmaciones, sólo un hombre sincero o un loco hablarían como él ha hablado al rey supremo. ¿Por qué no escuchar lo que tiene que decir?

Príamo lo sopesó un momento. Luego se inclinó para ver mejor al joven que tenía enfrente, de mirada alerta pero decidida.

—Como todo el mundo sabe, los dioses me exigieron un hijo hace tiempo. Pero ese niño no se entregó a la montaña.

—Sin embargo, tu pastor Agelao me abandonó allí.

—Pese a lo cual ahora estás aquí, ante mí.

—Una osa me perdonó la vida y me amamantó -Paris oyó burlarse a los hijos del rey, pero fijó los ojos en los de su padre y distinguió en ellos un destello de lucha entre la duda y la esperanza-. Cuando Agelao me vio intacto -prosiguió-, le pasó como al jinete que me había sacado de esta ciudad, que no pudo matarme.

Príamo entrecerró los ojos, reacio a creer lo que oía, pero intranquilo por el orgullo y la dignidad con que el pastor defendía su causa. Lleno de incertidumbre, miró a Anténor, su consejero.

—Cualquiera podría venir al rey con esa historia -dijo Anténor-. ¿Qué pruebas tienes?

Pero antes de que Paris contestara, se oyó a una mujer gritar desde la puerta abierta de la sala del trono:

—Dejadme ver al joven.

Desgastada por tantos alumbramientos y envejecida para su edad, la reina Hécuba se abrió paso por la sala abarrotada de cortesanos, con las manos juntas sobre el pecho. Cuando se detuvo a un metro de Paris, el joven se sintió escrutado por una mirada tan seria y penetrante que el alma le habría temblado si las mismas diosas no le hubieran garantizado la verdad de lo que afirmaba.

—Tienes los huesos largos y los ojos rasgados de un troyano regio, pero eso les pasa también a muchos vástagos ilegítimos de mi esposo. ¿Cómo pruebas que has salido de mis entrañas?

—Es la madre quien reconoce al hijo -le contestó Paris con calma.

—Han pasado veinte años desde que me arrancaron a ese hijo de los brazos, pero tengo su imagen grabada a fuego en la memoria. Mi pequeño tenía una marca de nacimiento en el cuello. Recuerdo haber pensado entonces que era como un beso de pasión -los ojos de la reina perforaron a Paris-. ¿Tienes esa marca? Te aseguro que si no, morirás -atrajo a Paris hacia sí para apartarle los mechones de color trigo que le tapaban la oreja izquierda.

Paris ladeó la cabeza al sentir el tacto de su madre y oyó cómo a ella se le paraba la respiración de pronto al ver el débil rubor de la marca manchándole aún la piel. Hécuba se llevó una mano a la boca, y cuando al momento lo abrazó, Paris sintió la suavidad de su rostro contra su pecho y el temblor de todo su cuerpo.

Príamo se levantó del trono. Su reina lo miró con lágrimas surcándole las mejillas.

–Lleva la marca -le dijo-. Es nuestro hijo.

Después de tantos años de reinado, el rey Príamo había tenido que soportar muchos golpes y sorpresas, pero ninguno lo había conmovido tanto. Se levantó para mirar a la cara a lo imposible, queriendo creer y, sin embargo, sin poder confiar en el mismo destino caprichoso que antaño le robó un hijo y ahora parecía devolvérselo.

–¿Estás segura? – le preguntó-. ¿No son palabras nacidas de tu deseo?

–Tiene la marca, te digo -gritó Hécuba-. Ven y abraza a tu hijo.

Pero era duro para Príamo mirar al hijo cuya vida había condenado. Cerró los ojos y alargó la mano, apoyando su peso en el trono. Luego musitó:

–Los actos de los dioses no son los de los hombres, y lo que al final pasa no siempre es lo que se espera.

Aturdido como al despertar de un sueño, el rey Príamo abrió los ojos y miró al joven campeón laureado que tenía ante sí. Se irguió entonces cuan alto era y abrió las manos como para recoger una invisible bendición caída del cielo.

–Alabemos los actos de los dioses -rogó, y avanzó para estrechar a Paris en sus brazos.

Para asombro de todos los cortesanos, el rey Príamo dio un largo abrazo a su hijo perdido antes de volverse y decir:

–Hijos e hijas míos, venid todos a abrazar al hermano que habíais perdido. Amadlo como vuestra madre y yo lo amamos.

Héctor y los demás lo miraron indecisos. Un rumor de murmullos recorrió la sala cuando, uno por uno, obedientes al ruego del padre, los numerosos hermanos y hermanas de Paris fueron a saludarlo.

Seguro del amor de su padre, Héctor, el mayor y más noble, fue el primero en dar un paso adelante para recibir con calor al nuevo hermano, pero los demás tenían sentimientos más ambivalentes, y no siempre disimulados. Deífobo respondió con un seco movimiento de cabeza cuando Paris se disculpó por haberle roto la nariz. Despectivo, Ántifo se limitó a mirarlo con incredulidad, y cuando la volvieron a llevar a la sala, Casandra retrocedió ante el ávido abrazo de Paris como si la piel se le fuera a chamuscar a su tacto.

Paris sólo se encontraba cómodo en compañía de su franco primo Eneas. Fue él quien llevó al intimidado joven por un laberinto de salas pintadas hasta unos grandes baños donde llamaron a esclavas que lo bañaron, le dieron masajes con aceites perfumados y le cepillaron la rebelde cabellera. El rey Príamo decretó un banquete en la ciudad aquella noche, y Eneas se propuso que Paris apareciera en la cena ataviado como un príncipe de Troya. Pero a Paris le preocupaba la frialdad del recibimiento de casi todos sus hermanos y, a remojo en la bañera, compartió sus temores con Eneas.

–Es lógico que les cueste -le contestó Eneas-. A fin de cuentas, el único mayor que tú es Héctor, y es obvio que tú ocupas un lugar especial en el corazón de tus padres. ¿Cómo podría ser de otro modo? Les llevará tiempo asimilarlo, pero no les queda más remedio. Tarde o temprano tendrán que aceptarlo.

–¿Crees que Casandra también?

–¡Ah!, Casandra es otra cosa. Casandra está... -Eneas vaciló.

–¿Le pasa algo?

–Es una extraña historia. Según ella, Apolo se le apareció en su templo de Timbra una noche mientras dormía. Le prometió el don de la adivinación si ella le dejaba hacerle el amor, y al negarse Casandra, el dios, cogiéndole la cabeza, le escupió en la boca para que nadie creyera sus profecías. – Eneas miró a su amigo y se encogió de hombros.

–¿Tú la crees? – preguntó Paris.

–¿Crees tú lo que dijo de ti?

–Claro que no.

Eneas le sonrió.

–Nadie la cree, es muy triste. Casandra es la hija más bella de tus padres, y los trae de cabeza. Da lástima, pero no dejes que te afecte su locura. Venga, vamos. Ya hueles más a príncipe que a pastor. Es hora de buscarte ropa a tono.

Eneas ayudó a Paris a escoger entre el surtido de túnicas y mantos de buen género que el servicio les ofreció y le aconsejó unas pocas piezas discretas del joyero: la estampa del que recibió una ovación al llegar al banquete aquella noche era la de un auténtico príncipe. Lo sentaron en el sitio de honor, entre sus padres. Su padre dedicó una agradecida libación a los dioses y pidió a todos los congregados unirse en un brindis por la larga vida y buena fortuna de su hermoso hijo.

Halagado, turbado por su falta de desenvoltura en sociedad y desconcertado al máximo por el brusco cambio de circunstancias, Paris enseguida vio que, allá donde mirara, era objeto de atención y curiosidad. Todas aquellas emociones nuevas, una oleada tras otra, le mareaban. Pronto la cabeza le nadaba como los delfines y caballitos de mar pintados en los muros de la sala.

Entre plato y plato, Héctor alzó una copa en el banquete para brindar por él, diciendo desde el otro lado de la mesa:

–Andrómaca me comenta que ya causas tal revuelo entre las doncellas de palacio, que hay que encontrarte esposa cuanto antes si no queremos que lleguen a las manos.

Sonriendo con pudor, Paris agradeció la broma:

–Se lo agradezco mucho a tu dama, pero dile que voy hacer ofrendas en el altar de Afrodita todas las mañanas, hasta que la diosa me traiga a la mujer a la que estoy destinado.

No se le escapó el intercambio de miradas divertidas en torno a la mesa, que lo dejó desconcertado. Vio que tendría que acostumbrarse a no ser tan espontáneo entre esos hombres ingeniosos y cultivados y esas mujeres pintadas y elegantes que le hacían sentirse torpe e infantil. Con una punzada de arrepentimiento, pensó en Enone y en la vida sencilla que había llevado con ella en la montaña. Se le encogió el corazón por un momento. Pero entonces Hécuba, su madre, se inclinó hacia él.

–¿Mi hijo se considera siervo de Afrodita?

–Sí, señora.

Príamo, perdido en sus pensamientos, alzó la vista y sonrió a Paris.

–Parece que han hecho de ti un dardanio allá en la montaña. Anquises y su pueblo veneran mucho a la Dorada. Héctor comentó:

–Pues no me extraña que tú y Eneas seáis amigos. Por lo que sé, en Lirneso dicen que su madre es Afrodita -miró a Eneas con sonrisa interrogante-. ¿No es así, hijo de Anquises?

Más que acostumbrado a esas chanzas, Eneas alzó su copa hacia él y sonrió al ver la cara de asombro de su amigo, pues aunque en las últimas horas Afrodita había rondado la mente de Paris, nunca había pensado en ella como madre de nadie.

–Me engendraron en el templo de Afrodita -le explicó Eneas-. Mi madre era su sacerdotisa.

–Pero la historia es más pintoresca -interrumpió Príamo-. ¿Nunca has oído decir, Paris, que a mi primo Anquises la diosa lo dejó ciego por jactarse del amor que ella le tenía? ¿Dónde está mi bardo? Que nos cante ese romance.

El bardo, que estaba charlando entre las damas de la corte, cogió su lira y empezó a tocar. Los acordes vibraron en el aire de la sala, los comensales callaron. Subiendo la voz, el bardo entonó el canto de cómo una vez Zeus decidió humillar a Afrodita enamorándola de un simple mortal. La diosa

suspiraba con tal ardor por el joven Anquises que se le apareció en un establo disfrazada de princesa frigia, con un vestido más brillante que las llamas de una hoguera, y se entregó a él en una noche de pasión. Pero Anquises se echó a temblar cuando despertó y, a la luz del día, vio que quien tenía en sus brazos no era una mujer desnuda, sino una diosa inmortal. Afrodita quiso tranquilizarlo: no tenía nada que temer, siempre que guardara el secreto de su amor. Pero él se moría de ganas de contarlo, y cuando lo hizo, lo cegó un rayo.

Paris no había oído nunca la canción ni la historia. Era más elegante y refinada que las canciones campestres que cantaba con sus amigos los pastores, y las palabras contenían una ironía que le hizo preguntarse si el bardo no se estaría burlando tanto de Afrodita como de Anquises. Pero Eneas parecía tomarlo todo a bien, y Paris se relajó y se unió al aplauso al acabar el romance.

Hécuba le puso su anciana mano sobre la suya.

–La dorada Afrodita puede ser una diosa gentil -le explicó-, pero también despiadada. Puede que estés hecho para la pasión, pero cuidado, que servirla no te consuma.

–Tu madre habla con sabiduría -asintió Príamo-. Es mejor que intentes honrar a todos los dioses, aunque a veces parezca que nos descuidan.

Devolviendo a sus padres la mirada inquisitiva, Paris vio que a su padre no dejaban de inquietarle, ni siquiera en plena fiesta, espinosas cuestiones de gobierno. De pronto se alegró de haber rechazado la oferta que le hizo Hera de un trono regio. Y respecto a su madre, veía la fuerza de Hera en su gracia madura y recia y oía algo de la sabiduría de Atenea en sus palabras. Pero el recuerdo de la fragancia de Afrodita le asaltaba los sentidos en el embriagador aroma de los lirios que adornaban la mesa del banquete, en el roce casual de una criada al llenarle la copa de vino y los vívidos ojos que le seguían por la sala iluminándose un instante para desviarse al momento. Para bien o para mal, ahora pertenecía enteramente a la Dorada.

–Gracias por ser tan solícitos conmigo -les respondió, sonriente-, pero hice mi voto antes de venir y me he confiado a la divina protección de Afrodita. – Y dando un buen trago del vino especiado de su copa alzada, añadió: Creedme, si mi destino es que la belleza me consuma, iré a su encuentro rebosante de ilusión.

## **Un caballo para Poseidón**

Un hombre ha de escoger, pero para un dios casi todo es posible. Así, cuando el amoroso Zeus se encapricha de una mujer, son muchos los medios que tiene para ver cumplido su deseo. Una vez, poniendo los ojos en Europa mientras ella retozaba en la playa, se le ocurrió tomar forma de toro, y se mostró tan manso que la muchacha se atrevió a montarse en su gigantesco lomo. Enormes olas la arrastraron en el acto mar adentro y, cabalgando por las aguas, llegó hasta Creta, donde el dios se solazó sembrando la semilla de Minos en sus entrañas. Otra vez, al saber que la doncella-luna Dánae había sido aprisionada por su padre en una torre de cobre, Zeus, en un acto de tórrida lujuria, se diluyó en una lluvia de oro, y así concibió al héroe Perseo.

Pero su transformación más trascendente ocurrió el fatídico día en que el padre celestial vio sola en el río Eurotas a Leda, esposa de Tindáreo, el rey de Esparta, bañándose desnuda. Inflamado por la pasión, cubrió de plumas de cisne su poderoso cuerpo y se echó sobre ella con su fuerte cuello y sus alas blancas. Jadeante, Leda no tuvo fuerzas ni tiempo para resistirse a la súbita zambullida del dios, que la poseyó en su abrazo. Cuando acabó, ya saciada su necesidad, se alejó volando, habiendo engendrado miles de muertes de hombres, pues en esa violación fue concebida Helena.

Tan graciosa y delicada era la belleza de la niña que los hombres decían que había salido del huevo de un cisne divino. Pero Leda había yacido con su esposo Tindáreo la noche anterior, y por ello, cuando Helena nació, el rey decidió adoptarla como hija suya en la corte espartana. Poco después,



movida por el dios que había tomado posesión de su cuerpo y también de su alma, Leda dejó Esparta y viajó al norte hasta el robledal de Dodona, donde se entregó a la vida ascética del oráculo de Zeus.

La niña crecía al tiempo que crecía el rumor de su belleza, y llegó un día en que en todas partes los hombres soñaban con que un día Helena fuera suya. Pero Tindáreo tenía otra hija, mayor que Helena, a quien costaba encajar que el porte y la gracia de su hermana, sus ojos verde mar y su larga cabellera negra acapararan todas las miradas en cuanto entraba en una sala. Esta otra hija se llamaba Clitemnestra, y aunque bella en su estilo, desde edad muy temprana tuvo que aprender a vivir a la sombra del radiante rostro de su hermana menor. La belleza de Helena inflamaba a su propio padre, y saber eso era lo peor; de ahí que entre las dos muchachas hubiera poco afecto fraternal.

Para Helena el mayor placer era tomar el sol y el aire, bañarse en el Eurotas o poner a prueba su esbelto cuerpo entre otros jóvenes atletas espartanos. Lo que más le gustaba era aventurarse por solitarios parajes naturales para descubrir manantiales ocultos o cazar con arco y flechas por los frondosos montes que circundaban la llanura de Laconia. Quizá porque le consolara de la temprana pérdida de su madre, tenía gran afinidad con los animales, y en una ocasión, a la tierna edad de ocho años, pegó un buen susto a unos cazadores que la sacaron de la escarpada cornisa donde acariciaba cachorros de león, mientras la madre se lamía las enormes garras al sol en una roca vecina. Poco después de aquello, se entregó al culto de la virgen Artemisa, y era fácil encontrarla entonando himnos a la diosa en algún santuario campestre o dirigiendo a las doncellas de Esparta en la danza que le dedicaban.

Clitemnestra, en cambio, rara vez salía de los terrenos de palacio. Intentó captar la atención de su padre interesándose por la política de su reinado y por sus negociaciones con embajadores de otras tierras, pero cuando Tindáreo le dejó bien claro que no quería oír sus opiniones, se retiró a su propio mundo de estudio, y con su aguda inteligencia y su gusto por el debate conversaba con los sacerdotes sobre la interpretación de los oráculos, se fraguaba una filosofía propia, pragmática y penetrante, y soñaba con el día en que un hombre de su elección la mirara a ella en vez de fantasear con Helena.

Un joven ya había mostrado tal preferencia, pero era un tipo grande, áspero, hosco y no muy inteligente que no era de su agrado. Era uno de los dos hermanos huidos a Esparta al caer muerto Atreo, su padre, en la lucha por controlar Micenas, y los sangrientos hechos a los que sobrevivió lo habían hecho bronco y taciturno. Como todos, el hermano menor, Menelao, pronto empezó a soñar con la belleza de Helena, pero al mayor, Agamenón, le atrajo el sombrío fuego que, intuía, quemaba a Clitemnestra. Cuando no estaba trabajando con Tindáreo en la planificación de la campaña para recuperar Micenas, la rondaba mirándola tejer en su telar o siguiéndola a distancia por los jardines de palacio mientras ella paseaba en solitario, sumida en sus pensamientos. Para Clitemnestra, su atención era aún más enojosa al no armarse él nunca de valor para decirle nada: lo único que hacía era sonrojarse y poner cara de compungido cuando lo despedía con algún comentario cruel. Un día le dijo que preferiría encerrarse para siempre en una lóbrega fortaleza a ver su semblante atribulado siguiéndola a todas partes como una sombra. Por ello, menospreciando a su padre, resentida con su hermana, furiosa por el abandono de su madre y desdeñosa de la compañía que se le ofrecía, Clitemnestra sólo pensaba en salir de Esparta y vivir la vida bajo sus propias condiciones.

Y dos años después, cuando Helena no tenía más de doce, sucedió algo que cambió la vida de las dos hermanas para siempre. Lejos, en el norte de Tesalia, en la otra orilla del istmo de Esparta, la esposa del rey Pirítoo el lapita había muerto. Concluido su luto, Pirítoo se embarcó en una visita a su viejo amigo Teseo de Atenas, caído en desgracia al ahorcarse su esposa Fedra tras reconocer su culpa en la muerte del hijo de él, Hipólito. Pirítoo quería subir los ánimos a Teseo, pues los dos veteranos héroes, que habían luchado juntos muchas veces como reyes y también como piratas, en mutua

compañía sacaban siempre su lado más intrépido. No pasó mucho tiempo sin que la legendaria belleza de Helena saliera a relucir en su conversación. El vino contribuyó a que la excitación se apoderara de ambos. Pirítoo convenció a Teseo para montar una expedición y cobrarse tan deseable botín. Sabían a Tindáreo fuera de Esparta, al frente de su ejército en la cruenta campaña para restaurar a Agamenón, su joven aliado, en el trono de Micenas. Las defensas de Esparta serían ahora vulnerables, con sólo una retaguardia para vigilarlas. Era la oportunidad perfecta. Si el rapto salía bien, propuso Pirítoo, echarían a suertes quién de los dos se quedaba a la muchacha.

Con todo, era una empresa arriesgada, además de sacrílega. Cuando cruzaban con su cuadrilla de aventureros los desfiladeros que llevaban a la llanura de Laconia, toparon con Helena en un santuario del bosque, donde en ese momento ella y sus amistades ofrecían un sacrificio a Artemisa. Era una ocasión demasiado buena para desperdiciarla. Pirítoo se hizo con la muchacha y la echó sobre su silla de montar, mientras ella no dejaba de gritar. Los secuestradores salieron a caballo del sagrado recinto, perseguidos por los amigos de Helena, que gritaban llorando tras ellos.

Tras dar esquinazo a sus perseguidores, se sortearon a la muchacha tal y como habían acordado. Helena le tocó en suerte a Teseo.

Teseo le llevaba cuarenta años a su cautiva. Tiempo atrás, sólo soñar con hacerle daño a una muchacha le hubiera parecido como violar a su propia hija, y todo indica que en su alma aún quedaban vestigios de nobleza. Puede que recordara al héroe que había sido en otros tiempos, cuando vivía con la amazona Hipólita y juntos lucharon defendiendo Atenas de los escitas invasores. Puede que el recuerdo de algún insulto de Fedra le agujoneara la conciencia. O quizá la maldición de la virgen Artemisa le pesara. Como fuera, un destello de sensatez retornó a la mente del anciano, pues al mirar los aterrorizados ojos de la chiquilla que yacía desnuda debajo de él, le fue imposible tomarla.

Al cabo de un rato, afligido y avergonzado, se apartó.

Helena cruzó al instante los esbeltos brazos sobre el pecho y se quedó allí temblando con las piernas encogidas, muerta de miedo. Teseo estuvo largo rato sentado moviendo la cabeza, horrorizado por haber caído tan bajo.

–No pasa nada -musitaba-. No te haré daño, no pasa nada. Nada.

Oía los sollozos que agitaban la respiración de la niña. Vio que tiritaba. Cuando se inclinó para cubrirle el cuerpo con la capa, la vergüenza estuvo a punto de hacerle desfallecer, al ver tan inocente belleza petrificada por el pánico. Quiso consolar a la muchacha, pero no hubo manera. Así pues, la miró y le dijo:

–Nacer con tal belleza será menos una bendición que una maldición.

Y aunque había hablado para sí, las palabras quedaron grabadas a fuego en la mente de Helena para siempre.

Sin poder devolverla a Esparta y consciente de que tampoco podía seguir a su lado, Teseo confió el cuidado de Helena a uno de sus hombres de confianza en Ática, y envió allí, a Afidna, a su propia madre, Etra, para que la cuidara. Después se volvió a dar al vagabundeo, hasta que al fin fue a parar a la corte del rey Licomedes, en la isla de Esciros. Y en esa isla murió al poco tiempo, cayendo al mar -o saltando- desde un acantilado azotado por el viento.

Poco después del rapto de Helena, y sin que le hubiera llegado la noticia, Tántalo, el joven rey de Elide, visitó Esparta. Había subido al trono hacía poco tiempo, buscaba esposa y había oído hablar de la belleza de Helena. Pero al llegar a Esparta se encontró la ciudad sumida en el caos, el rey ausente en la guerra y su hija predilecta violentada y cautiva. Por su condición regia, Tántalo fue alojado en un ala del palacio y allí, en una de las salas de ceremonias, conoció a Clitemnestra.

Ella se acercaba a la edad de casarse y ya tenía ese encanto suyo, oscuro y poderoso. Cuando

Tántalo quiso consolarla de la pérdida de su hermana, se asombró al descubrir que una culpabilidad atroz atormentaba a la apasionada joven por haber implorado secretamente que Helena no volviera. La animó a hablar y sintió nacer dentro de sí el amor por ella. Recordar que también él había ido a Esparta en busca de Helena sin dedicar un solo pensamiento a la hermana ahondó su sentimiento. Pasaron a hablar de otras cosas, y nuevamente le sorprendió la amplitud de miras de la muchacha y su inteligencia. Además, cuando bajaba la guardia, era muy divertida e ingeniosa comentando sus propios problemas y las debilidades ajenas. Se enamoró de ella enseguida.

Le habló a Clitemnestra de su reino. Estaba más allá de Arcadia, a orillas del mar occidental, a unos trescientos kilómetros al norte, muy lejos de Esparta. Allí adoraban a Zeus, el primero de los dioses, y en la llanura de Olimpia se celebraba un festival de juegos muy concurrido en honor al padre celestial. Su propia ciudad, Pisa, estaba cerca de ese santuario, y sin ser tan grande como Esparta, era culta y próspera y sólo le faltaba una reina. Si Clitemnestra le daba su permiso, enviaría unos mensajeros a su padre para preguntarle si dejaba a su hija mayor honrar el trono de Élide.

Clitemnestra pensaba a toda velocidad. Sobre Tántalo no se hacía ilusiones: ni era el rey más rico de Argos, ni el más guapo tampoco. Su cara no era atractiva, con esa nariz tirando a puntiaguda y unas orejas que saltaban a la vista. Pero poseía buenos sentimientos y era generoso. De regia cuna, vástago de una antigua casa, tenía, no obstante, ideas de gobierno interesantes para servir al bienestar de sus súbditos sin recurrir al despotismo. Además, planeaba remozar su ciudad y abrirla a la mejor cultura del momento. Y era inteligente. Le parecía que con él se podía hablar absolutamente de lo que fuera, estaba abierto a todos los temas. Tras una sola hora de conversación, le admiraron su discernimiento y su cultura, y se sintió menos ilustrada que antes, pero no por ello humillada: Tántalo era demasiado amable para eso.

Todo esto ya era mucho, pero más que ninguna de estas consideraciones, lo importante era el simple hecho de que la quería *a ella*: a ella, y no a su hermana. Sabiendo de su dolor, Tántalo mostró una sincera preocupación por su bienestar, y el nombre de Helena apenas cruzaba sus labios. Parecía tan sorprendido como ella misma, pero Clitemnestra vio en ello mayor sinceridad.

Con un poco de esfuerzo e imaginación, su reino podría ser idílico.

¿Era posible que por fin los dioses le fueran favorables, tras toda aquella vida desdichada? Podría vivir una nueva vida con ese hombre, llevar una existencia como la que siempre había deseado, una vida en la que usar su propia cabeza y hacer mucho más que criar bebés y esperar en casa a que el hombre llegue de la guerra arrastrando una recua de concubinas malencaradas.

Sin embargo, también sabía que si Tántalo hablaba ahora con su padre, sólo habría una respuesta.

Justo cuando más metido estaba en la lucha por Micenas, a Tindáreo le habían arrebatado a su hija predilecta. Helena se había esfumado sin dejar rastro en algún lugar entre Esparta y Atenas, y su padre podría pensar en otra cosa hasta encontrarla, llevarla de vuelta a casa y finalizar la empresa que iba a dejar a Micenas en deuda y vasallaje con Esparta.

En aquellos momentos, cuando ni siquiera había certeza de que Helena fuera a volver jamás, Tindáreo no tendría interés en casar a su hija mayor con un monarca secundario de no mucha riqueza y aún menos poder, que vivía no se sabe dónde al oeste de cualquier sitio importante. Le diría que no. Se lo diría bien alto, y tanto más así, sospechaba Clitemnestra, por la secreta esperanza que albergaba de sellar una nueva alianza con Micenas entregándola en matrimonio a Agamenón.

Ella nunca toleraría eso.

Por un instante, naturalmente, contempló la fuga. Pero vio de inmediato que ese proceder sería desastroso: si al volver a casa Tindáreo se encontraba con que, además de tener una hija raptada, la otra lo había abandonado por voluntad propia, su ira sería terrible. Las tropas espartanas, embrutecidas

por tanta guerra, tardarían poco en entrar en Élide desfilando. Tántalo no viviría ni para explicarse. A ella, ya viuda, la obligarían a volver a Esparta. Clitemnestra vio en su imaginación todas esas escenas, y podría haber llorado.

Comunicó a Tántalo sus esperanzas y temores. Hablaron de las dificultades, y él se declaró dispuesto a luchar por ella. Pero ella sabía más del carácter y el poder de su padre. Veía que las prisas pondrían todo en peligro: había que esperar. Aún no tenía edad de casarse, pero pronto la tendría. Si le juraba por su honor de doncella que nunca se casaría con otro, ¿la esperaría Tántalo? Cuando Tindáreo volviera de la guerra y rescataran a Helena, sería más fácil convencerle. Clitemnestra le dejaría claro que si no se casaba con Tántalo, no se casaría con nadie. Y estaba dispuesta a hacerle la vida imposible hasta que accediera a sus deseos. En dos años, tres a lo sumo, su padre le habría dado su consentimiento. Y entonces serían libres de vivir como quisieran, sin nada que temer de nadie. ¿No era lo más sensato?

Decidieron que así era. Tántalo regresó a Élide. Inquieta y sumida en añorante ensueño, Clitemnestra esperó.

Más de un año transcurrió hasta que los espías que Tindáreo destacó por todo Argos supieron dónde estaba retenida Helena. Envio a rescatarla a una fuerza que tomó la fortaleza de Afidna. A la madre de Teseo, Etra, la hicieron esclava, y Helena fue devuelta a Esparta triunfalmente.

La guerra de Micenas tocaba a su fin, pero Tindáreo seguía ausente en batalla y a Clitemnestra le horrorizaba el cambio experimentado por su hermana. De ser una muchacha aventurada e intrépida, se había tornado asustadiza y vivía dentro de su belleza como una mujer atrapada en una pesadilla. Había estado encerrada en la ventosa ciudadela de Afidna, lejos de todas las miradas, con la sola compañía de Etra y sus criadas. Y aunque no había vuelto a ver a Teseo ni a Pirítoo, los recuerdos del rapto seguían persiguiéndola: el olor a sudor del caballo y a cuero de la silla de montar cuando los jinetes se la llevaban al galope, el pavor al ver a los dos viejos echársela a suertes mientras ella temblaba entre ambos, el peso del cuerpo de Teseo sobre el suyo.

Y las palabras de este último seguían resonando en sus oídos. Su belleza era una maldición, el comentario de Teseo había sido una maldición, y ahora Helena creía maldita toda su vida. Temía el mundo que la rodeaba. Cualquier lugar fuera de los confines del palacio, hasta Esparta misma y los bosques y laderas de su tierra natal, por los que antaño deambulaba libre como un ciervo, ahora eran lugares poblados de oscuras visiones. La asustaba la avidez con que los hombres la miraban cada vez que salía del gineceo, cualquier mirada fugaz era un amenazante espejismo de violación. Sus ojos, que siempre habían dejado a los hombres sin resuello, ahora tenían la mirada perdida. Sólo se sentía segura con Etra, que, curiosamente, había sido una especie de madre para ella en su cautividad. Por eso Helena se recluía a su lado, casi sin hablar, huyendo de la luz.

Sólo con el tiempo fue percibiendo Clitemnestra la magnitud del miedo de su hermana, y cuanto más sabía, más se inquietaba. Quiso convencer a Helena de que sus temores eran infundados y la trataba con afecto, dedicándole toda la atención. Por grande que hubiera sido el rencor entre ellas, no dejaban de ser hermanas. Tenía el deber de cuidarla, y le daba espanto y compasión el desvalimiento de las mujeres cuando los hombres se obstinan en hacer cosas que avergonzarían a las bestias. Pero cada vez que intentaba que Helena volviera a aventurarse en el mundo con ella, sólo recibía aterradoras negativas que Clitemnestra tomaba por obcecación en llevarle la contraria, y perdió la paciencia al ver que todos sus desvelos no cambiaban nada. Temiéndose que su padre quisiera a la vuelta que ella siguiera cuidando de su hermana hasta que se pusiera bien del todo para casarla bien, Clitemnestra se dijo que tenía una vida propia que vivir que no era la de Helena, y que tampoco estaba en Esparta. Y cada vez ansiaba más esa vida.

Entonces llegó la noticia de la victoria en la guerra de Micenas. El usurpador Tiestes había muerto. Agamenón había subido al trono. Tindáreo pronto volvería a casa. La idea de ver a su amada Helena otra vez lo llenaba de alegría, y llevaba noticias que harían latir con fuerza el corazón de Clitemnestra.

Clitemnestra tomó la decisión de huir de Esparta antes de que llegara su padre con gran precipitación, pero nunca se arrepintió de ello ni por un momento, pues el año y medio que vivió en Élide como esposa del rey Tántalo fue el único periodo claramente feliz de su vida.

Tuvieron suerte de que les dieran todo ese tiempo: su vida juntos habría terminado antes, de no haber sido por algo que Clitemnestra ignoraba al huir. Al oír Tindáreo la noticia del rapto de Helena, había caído al suelo conmocionado, como herido por un dios. Al volver en sí, su conducta fue tan errática y variable durante un tiempo que sus hombres temían que hubiera perdido la razón. Además, se quejaba de una pierna que se le entumecía al caminar, por lo que tuvo que tomarse las cosas con calma y delegar el mando de la campaña en Agamenón. Dentro de la tienda donde convalecía, Tindáreo hervía y echaba humo como un manantial de aguas termales, hasta que por fin, con voluntad de hierro, se levantó y volvió al campo de batalla. Pero las cosas habían cambiado entretanto. Ahora hasta sus propias tropas espartanas respondían a las órdenes del vigoroso Agamenón: él era el futuro, y Tindáreo, el viejo veterano de guerra, el pasado. Los soldados no tenían dudas sobre quién detentaría el poder gobernante en Argos cuando recobraran Micenas.

Tindáreo vio que necesitaba el matrimonio de Agamenón y su hija más que nunca, y no meramente para proteger a un aliado más joven, sino por ser el único medio seguro de mantener el orden en Esparta. Agradecía a los dioses que el hijo mayor de Atreo, por razones que sólo él sabía, prefiriera a Clitemnestra antes que a Helena, que seguía en paradero desconocido.

Y los dioses volvieron a sonreírle. Helena fue encontrada y rescatada. Tras la ocupación de Afidna, Menesteo, que había sucedido a Teseo en el trono de Atenas, se apresuró a desmarcarse del crimen de su antecesor. Y en las semanas siguientes, el poder de Tiestes por fin empezó a resquebrajarse. Cuando la traición abrió las puertas de Micenas al enemigo, salió huyendo de la ciudad y lo mataron. Infortunadamente, su hijo Egisto -el asesino de Atreo- logró escapar, pero nadie cuestionó la gran victoria lograda que, además, marcó un cambio aún más decisivo en los tiempos.

Ya camino de casa, Tindáreo supo que Clitemnestra se había fugado a la ciudad de Pisa, en Élide, para casarse con el rey Tántalo. Tal fue su arrebato de ira que el dios volvió a derribarlo, y su entrada en Esparta fue menos la de un héroe conquistador que la de un anciano lisiado con manos trémulas y habla defectuosa.

Desde luego, no estaba en condiciones de dirigir un ejército hasta Élide. Ni podía contar con la ayuda inmediata de Agamenón, pues al joven León de Micenas le iba a llevar cierto tiempo afianzar su base de poder en la ciudad, tomar las riendas de las finanzas y la administración y sentar su autoridad en los dominios periféricos. Por eso a Clitemnestra y a su esposo los dejaron en paz muchos meses, aunque el tono subido de los mensajes recibidos de Esparta convenció a Tántalo de que lo mejor era prepararse para la guerra.

La guerra llegó al poco de nacer su primer hijo. Para entonces Agamenón ya podía dedicarse a expandir su imperio, y razones imperiosas lo llamaban en primer lugar a Élide. Cuando entró en ese país desfilando a la cabeza de sus tropas, Tántalo decidió salir a plantarle cara sin dejarle sitiar Pisa. Escogió bien su terreno, un estrecho paso de montaña en las alturas, desde donde interceptaría a los invasores.

Pero Agamenón había aprendido mucho de la caída de Micenas, que al final fue por traición. Tántalo ordenó a su ejército cargar su carro y llevarlo hacia el frente miceno. Hasta estar ya demasiado lejos como para dar la vuelta no se dio cuenta de que sólo lo seguían unos cuantos

guerreros. Habían comprado al resto de los soldados, que estaban convencidos de que tarde o temprano Élide había de caer ante el abrumador poder de Micenas, y ahora eran hombres de Agamenón.

Clitemnestra supo de la derrota de su esposo cuando los micenos invadieron el palacio de Pisa. Atemorizada y llena de angustia, aferraba al pequeño contra su pecho cuando Agamenón abrió de golpe la puerta de su alcoba. Le arrebató la criatura, que entregó a uno de sus hombres con órdenes de abrirle la cabeza a golpes, y comunicó a Clitemnestra que era viuda y pronto volvería a contraer matrimonio.

A ella le costó mucho no matarse. Luego, durante un tiempo, luchó como una fiera por quitárselo de encima. Pero aquel hombre extraño y hosco que tantos años llevaba obsesionado con ella la asedió sin tregua.

Cuando Clitemnestra le preguntó ultrajada cómo podía pensar que fuera a entregarse al asesino de su hijo, él contestó que de haberle perdonado la vida, el niño habría crecido con la sola idea de vengar al padre: era la sangrienta historia de Micenas. Tampoco ella era la primera mujer capturada como botín de guerra, señaló, y a diferencia de las demás, no se la condenaba a vivir como concubina ni esclava.

Por el contrario, estaba a punto de casarse con un hombre que la había amado como un perro fiel durante años y que la convertiría en la mujer más rica de todo Argos. Pues si los dioses habían dado poder a la Casa de Éaco y sabiduría a la de Amitaón, a la Casa de Atreo la habían bendecido con riquezas. Y donde había riqueza había poder, dijo Agamenón, y seguro que esa sabiduría bastaba a cualquier mujer en sus cabales.

Así pues, la dejó a solas con sus pensamientos por un tiempo. Luego fue a ella una noche con vino y regalos y quiso cortejarla, pero sus torpezas suscitaron un odio atroz en ella. Sin embargo, en el áspero rostro de Agamenón vio por un instante los ojos del niño aterrorizado que, muchos años atrás, huyó con su hermano de la sangrienta cueva en que se había convertido Micenas. En ese instante sintió el poder que podría ejercer sobre él y a través de él.

Después, mucho después, él la montó como un toro y ella dejó que él tomara lo que ya no tenía ni valor ni significado para ella. Pero su espíritu -se hizo esta promesa allí tendida con los ojos abiertos- nunca dejaría de ser suyo, inalienablemente suyo.

Mientras tanto, Helena había hallado en el cuidado de su padre un nuevo propósito en la vida. Tindáreo siempre había sido blando con su hija menor, y cedía a su voluntad. Cómplice en la dolorosa tragedia de su hermana, sabía también, con todo, que Helena nunca indagaría mucho en sus actos, y ahora estaba agradecido de poder consignar su debilitado cuerpo a sus cuidados. Así pues, con Etra siempre presente y acompañada por su prima Penélope, que estaba muy enamorada, Helena se habría conformado con esa vida apacible para siempre. Pero el mundo seguía saliéndole al paso.

Un periodo de paz se abrió en todo Argos cuando Agamenón sometió a Élide, y después, uno tras otro, todos los reinos fueron reconociendo la supremacía de Micenas. Los jóvenes, que llevaban largo tiempo pensando en la guerra, empezaron a pensar en el matrimonio, y Helena -que tenía fama de ser la mujer más hermosa que jamás pisó la tierra- estaba ahora en edad casadera. El afortunado que la desposara accedería también en breve al trono de Esparta. De ahí que Helena se convirtiera en el primer objeto de deseo de todos los grandes príncipes de Argos.

Uno por uno, todos los pretendientes se fueron presentando en la corte de Tindáreo, cada cual con regalos más caros y paseando sus mejores galas como aves en la danza de cortejo y haciendo impresionantes demostraciones de su fuerza y sus habilidades, como focas macho.

Entre los más enamorados de la belleza de Helena estaba Diomedes, señor de Tirinto, célebre por

su valor. Sin saber lo asustadiza que era ella, o tal vez insensible a ello, quiso admirarla contándole sus gestas en la larga y terrible guerra de Tebas. Helena lo escuchó con paciencia y le dio algún signo de favor, pero se abstuvo de responder nada concluyente a su ávida proposición de matrimonio.

Menesteo de Atenas tuvo un recibimiento menos cálido. Aunque procuraba distinguirse de Teseo, su predecesor, a Helena le traía recuerdos de su confinamiento en Ática, y además era descaradamente interesado. Lo habría rechazado sin rodeos de no ser porque Tindáreo le aconsejó no hacerle eso a ninguno, para no levantar hostilidades contra Esparta. Idomeneo, heredero del rey cretense Deucalión, navegó desde Cnosos para pedir su mano, y de Salamina llegó Áyax el Grande, el valeroso hijo de Telamón, junto con su hermanastro Teucro, engendrado por Telamón en su cautiva Hesíone. El gran arquero Filoctetes llegó de Eolia con el colosal arco que Heracles le había legado por haberse ofrecido con espíritu guerrero a encender su pira funeraria en el monte Eta. Muchos otros hicieron el viaje por tierra cruzando el Peloponeso.

En total eran treinta y ocho los contendientes por la mano de Helena, casi todos guerreros maduros, hombres de poder e influencia que ya se habían labrado un nombre, pero entre ellos había dos jóvenes de edad muy próxima a la de ella. Sin haber cumplido aún los diecisiete años, Palamedes, el príncipe de Eubea, demostró tener mucha más inteligencia que ninguno de sus rivales, a quienes entretenía con un complicado juego de su invención: desplazar piedras por un tablero conforme a la tirada de un dado, modalidad de juego de azar de la que Palamedes se beneficiaba con increíble frecuencia. El otro joven tenía mucho menos que decir, pero fuerte y noble, llevaba su torpe hermosura con orgullosa reserva. Casi nadie le daba muchas posibilidades, pero, educado en la escuela de Quirón, su modestia y cortesía impresionaron a todos. Era Patroclo, el hijo de Menecio.

El centro de tanta atención era Helena, presa de pánico. Había visto lo que le pasó a su hermana, que ahora acababa de dar un heredero a Agamenón, pero que, no obstante, parecía haber renunciado a ser feliz en la vida. Era testigo de cómo su tío Icarío se negaba a entregar a su hija Penélope al hombre del que estaba perdidamente enamorada. Y hacía tiempo que se preguntaba si su propia vida sería alguna vez algo más que un trofeo, la captura del rival más fuerte. Sin embargo, también veía que a su padre no le quedaba mucho de vida y que el mundo no la dejaría en paz hasta que perteneciera a otro hombre. Tarde o temprano, había de decidirse por uno de toda la cuadrilla de pretendientes que reclamaban su atención.

Tindáreo también habría preferido despachar a los contendientes y seguir con su apacible vida, a cuyo alrededor giraba el mundo de su hija. Con tantos príncipes poderosos disputándose la mano de Helena y tantos sentimientos a flor de piel, no sabía cómo favorecer a ninguno sin incurrir en la inquina de los otros, y el riesgo de enemistarse era aún mayor porque, de todos los candidatos, uno tenía aspiraciones más fundadas que todos los demás y podía ejercer más presión sobre él.

Menelao, el hijo menor de Atreo, llevaba muchos años amando a Helena apasionadamente, y Tindáreo veía que ella hallaba en el hermano de Agamenón una ternura y un cariño conocidos de siempre, más gentiles y menos intimidatorios que las demandas de extraños.

Desde los días en que era un muchacho, ella siempre había respondido con su cálida amistad a la sonrisa tímida, levemente recelosa, con la que él se enfrentaba al mundo, temiendo que se le echara encima como un huracán. Pero Menelao ya no era un muchacho, sino un avezado guerrero con una marca de guerra. Una cicatriz le bajaba por la mejilla derecha hasta la boca, y el pellizco en la comisura de los labios le daba un aire de ironía. Y aunque no fuera tan agresivo como su hermano, no dejaba de ser hijo de Atreo. Si subiera al trono de Esparta por matrimonio con Helena, los hermanos tendrían el control real de todo el Peloponeso. Es probable que a algunos de los otros contendientes por la mano de Helena y el poder a ella aparejado, esa perspectiva preocupara tanto como para intentar

evitarla.

Por eso Tindáreo vacilaba sin que Helena pusiera ningún inconveniente.

Por suerte, entre toda esa legión de galanes, Tindáreo contaba con un amigo, que además era un hombre de recursos. Odiseo, el príncipe de Ítaca, había llegado a Esparta no con la esperanza de llevarse a Helena desairando a hombres mucho más ricos, sino para cumplir su propio anhelo, que era otro. Tindáreo tenía un hermano, Icario, con una hija también deseable. De belleza menos espectacular que su prima, el porte y la dignidad de Penélope, no obstante -y su perspicacia, que era deliciosa para Odiseo, de gran agilidad mental-, encandilaban al de Ítaca, pero el padre de ella, Icario, un tipo porfiado que se complacía en hacer notar su poder, por ínfimo que fuera, buscaba un yerno más próspero que ese príncipe pobretón de un islote del mar Jónico, y había dejado claro desde el principio que ni le gustaba ese aventurero de Ítaca ni confiaba en él.

Su hija podía entristecerse ahora todo lo que quisiera, ya acabaría viendo el buen sentido de su oposición, insistía él. ¿Por qué demonios iba a echarse a perder viviendo precariamente con un hombre de la calaña de un pirata en un árido peñasco de un sitio al oeste de la civilización, cuando podía escoger a cualquiera de todos los príncipes que su prima, más obediente, rechazaba?

Penélope sólo tenía una razón, y a ella la satisfacía tanto como a Icario le exasperaba: amaba a Odiseo y sería de lo más dichosa si pudiera pasar el resto de su vida con él, por dura que fuera esa vida. Por eso, para enfado y frustración de su padre, persistía en no casarse con ningún otro, pero era también demasiado modesta y leal como para comprometer su reputación con una impetuosa fuga, que era lo que quería su amante.

Impotente frente a la terquedad de dos espartanos, Odiseo al final acudió a Tindáreo con su problema.

–Me parece que ambos estamos en un apuro -le dijo-. Me pregunto si no podríamos ayudarnos mutuamente.

Tindáreo suspiró. Conociendo a Odiseo de antiguo, desde el momento en que supo que había solicitado audiencia privada con él, adivinó que ese tipo escuálido de piernas cortas, cabellos erizados y nariz rota buscaba algo. Pero la sonrisa de rufián de su invitado era de agradecer entre la lacónica gravedad de los que le rodeaban, y al menos podía relajarse, sabedor de que el de Ítaca no competía por la mano de su hija.

–Explícate -le pidió, e hizo señas a su escanciador de servir más vino.

Odiseo calibró al hombre que tenía enfrente: bien pasada la flor de la vida, doblándole la edad con creces y formidable guerrero antaño, ahora se veía reducido al estado de un inválido colmado de atenciones. Decidiendo que la energía y la frescura eran lo más conveniente a su propósito, dijo:

–Está claro de qué lado sopla el viento.

Tindáreo ladeó la cabeza.

–He observado que Agamenón te presiona. El León de Micenas defiende la causa de su hermano, claro, pero también quiere consolidar la alianza entre Esparta y la Casa de Atreo -Odiseo alzó la vista por un momento al viejo rey espartano-. Me da que tiene ambiciones en el extranjero, y con Esparta a salvo en manos de su hermano, afianzaría su poder en casa.

Con su mala pronunciación, articulando como buenamente podía en aquel entonces, Tindáreo le susurró:

–El trono de Esparta ya está ocupado.

–Y por el rey más sabio -le sonrió Odiseo-. Pero no vivirás para siempre, amigo mío. Y a quienquiera que se case con Helena, calentará su cama la mujer más parecida a una diosa que un hombre pueda desear, y heredará tu reino.



Tindáreo desaprobó su manera de hablar con un suspiro de cansancio.

–Al grano.

–A lo que voy: creo que tú quieres lo mismo. Entrega a Helena a Menelao, hazle tu heredero, y Esparta será imbatible -Odiseo sonrió al viejo rey, cuya mano temblorosa jugueteaba con su pulsera, una serpiente enroscada en su muñeca-. Por añadidura, Menelao está loco de amor por tu hija, y Helena sabe que la cuidará bien: es un buen matrimonio en todos los sentidos.

–¿Piensas que no se me ha ocurrido ya?

–Sí, pero no es tan fácil, ¿verdad? Frustrar la ambición de cualquiera de los demás príncipes aquí presentes podría traerte grandes complicaciones.

Tindáreo apartó la vista.

Odiseo se llevó las manos juntas a los labios.

–Creo que veo una solución -sonrió-. Pero tiene un precio.

–Tindáreo se volvió otra vez para mirarle con ojos entrecerrados.

–Ahórrate el aliento -le cortó-. Mi hermano no te puede ni ver.

Odiseo abrió las palmas de las manos.

–El rey me adivina el pensamiento. Pero hay cosas que podrías decirle a tu hermano que yo no puedo. Por ejemplo, que Odiseo de Ítaca acaba de volver de diversas aventuras prósperas y es mucho más rico que la última vez que estuvo en Esparta.

–¡Con la piratería no te ganarás su simpatía!

De nuevo Odiseo sonrió.

–Pero sí con un vistazo a mis arcas. ¿A que no me nombra una casa real que no proceda del bandidaje o la piratería? Tindáreo gruñó:

–¿Cuánto más rico?

–Lo suficiente para empobrecer considerablemente un par de ciudades licias y a varios mercaderes sidonios. Icaro tendrá un precio, y puede estar tranquilo: a su hija no le faltará de nada cuando venga a Ítaca.

Tindáreo negó con la cabeza.

–Icaro la quiere reina de Creta.

Odiseo negó con la cabeza.

–Hay mala sangre en la Casa del Hacha. Penélope no se entregará al hijo de Deucalión.

–Refrena esa lengua -Tindáreo se enfadó-. El cretense es mi huésped.

–Y casi toda la realeza argiva: vaciándote la despensa y la bodega mientras tú y tu hermano no sabéis qué hacer con el futuro de vuestras hijas.

Tindáreo suspiró, irritado ahora.

–Penélope sólo me quiere a mí por esposo. Me quiere tanto como Helena a Menelao, y si tú e Icaro queréis dormir más tranquilos por la noche, ambos haríais bien en dejar a vuestras hijas hacer lo que desean.

Pero Tindáreo se limitó a fruncir el ceño.

–¿Es ésa la solución que me das? Esperaba algo más ingenioso.

–Es una parte -repuso Odiseo, sonriendo otra vez-, pero no toda. El resto me la reservo hasta que accedas a luchar por mi causa ante Icaro.

Tindáreo estudió al indómito marino errante que tenía ante sí. Adivinó que Odiseo ya había parlamentado con Menelao y Agamenón y que ambos sabían que estaba aquí ahora. Adivinó que también había hablado de este asunto con Helena, y que los tres habían sentido lo que él ahora: algo tenía ese astuto sinvergüenza que inspiraba confianza a todos, aunque nadie pudiera contar con él

totalmente.

–¿Qué quieres que le diga? – suspiró.

–Muy sencillo -le contestó Odiseo-. Dile que has estado dando vueltas a las cosas y has decidido que lo más sensato que un padre puede hacer en este trance es dejar que su hija escoja libremente. Dile que vas a dejar que Helena decida, y que si le importa la felicidad de su propia hija, él también dejaría a Penélope. Dile que Odiseo se ha esforzado mucho en aumentar su fortuna por su hija y que no sólo ama a Penélope con pasión imperecedera, sino que además es mucho más solvente y de fiar que el desvergonzado por el que Icaro le toma. Dile lo que sabes cierto: que Penélope me ama y seguirá complicándole la vida hasta que consienta en este matrimonio.

–Y si accedo -dijo Tindáreo, sin haber oído nada que le costara repetir-, ¿le digo que Odiseo, ese hombre de tantos recursos, me ha ayudado a ver la salida a mis dificultades?

–Sí.

–¿Y cuál es esa salida?

–¿Trato hecho? – Odiseo le tendió la mano. Cuando Tindáreo asintió y se la estrechó, el de Ítaca sonrió-. Vais a sacrificar el rey caballo a Poseidón mañana, ¿no?

–¿Y?

–Tienes que hacer esto: reúne a todos los pretendientes en el recinto sagrado y diles que con tantos príncipes de alcurnia entre los que escoger, no has tenido más remedio que dejar que Helena decida libremente. Diles que así será, pero también que, antes de anunciar su decisión, todos los presentes habrán de jurar defender al esposo que ella escoja contra todo el que le disputara su derecho a quedársela.

Tindáreo se reclinó en su asiento, acariciándose la barba. Al cabo de un momento, dijo:

–Es sabido que los hombres rompen sus juramentos. De nuevo Odiseo sonrió.

–He pensado un juramento tan terrible -le dijo- que ninguno de ellos se atreverá a romperlo.

–

Sacaron al rey caballo de la dehesa al amanecer del día siguiente. Con la cola y la crin trenzadas y engalanadas, y las pezuñas pintadas de dorado, llevaron al lustroso semental blanco al sagrado recinto donde la estatua de bronce de Poseidón blandía su tridente. Allí el semental fue ofrecido al dios ante la hueste de pretendientes. Pero la enorme bestia no fue dócil al sacrificio. Era como si sus fosas nasales se olieran la muerte que le acechaba, y no dejaba de resoplar y relinchar poniendo los ojos en blanco. Echaba las orejas para atrás y movía los cascos cuando Tindáreo invocó al dios de cabellos azules que sacude la tierra y el mar. Hizo falta la fuerza de cuatro hombres muy fornidos para inmovilizar al poderoso animal con las cuerdas de cuero.

Quizá porque el anciano rey no tuviera fuerzas para darle una muerte limpia, su yerno Agamenón ofició en su lugar. Asiéndolo el sagrado cuchillo de matarife, sajó los nervios del cuello del caballo y le cortó la tráquea de un tajo. Con los ojos fuera de las órbitas y relinchando de furia y dolor, el rey caballo se encabritó y retrocedió contra las cuerdas, elevando los brillantes cascos en el aire. Allí pareció suspenderse largo rato como si reuniera fuerzas para cocear a la muerte, y al fin, echando espuma por la boca en sus últimas boqueadas, cayó entre estertores a los pies de Agamenón. La sangre que escupía a chorros la blanca carne desgarrada se vertía en una bandeja de plata que humeaba al calor de la mañana, y cuando empezaron a acudir moscas, los que antes habían sujetado al animal ahora muerto, cogieron sus cuchillos y lo descuartizaron hasta que el caballo, antes majestuoso, quedó esparcido en crudos trozos sanguinolentos en el sagrado suelo del templo.

Sólo entonces anunció Tindáreo a los rivales las condiciones del juramento redactado por Odiseo para ellos. Antes de que su hija pronunciara el nombre del feliz destinatario de su mano, cada uno de

los poderosos príncipes, pisando un trozo del gran semental blanco ofrendado a Poseidón, habría de pedir que el dios enviara la ruina y la destrucción sobre sus tierras si no defendía el derecho del ganador de tener a Helena sólo para él y sin que nadie se la disputara para el resto de sus días.

Tras un silencio en el que los príncipes allí reunidos asimilaban la gravedad de lo que les pedían, un murmullo agitó el grupo, porque aún era vívido el recuerdo de los terribles estragos que sufrieron cuando el dios que hace temblar la tierra se enojó y sacudió los hombros en Cnosos y en Troya. Tindáreo miró inseguro a Odiseo, que le sonrió moviendo la cabeza tranquilizadamente.

–Vamos, caballeros -apremió Agamenón-, un juramento por tan bello premio no será para tanto, ¿no?

El joven Palamedes fue el primero en hablar:

–Por mi parte, yo haré gustoso esta promesa, ¡aunque confieso que hubiera preferido echarnos a suertes la mano de Helena! – se oyeron risas forzadas entre los pretendientes. Palamedes añadió: ¿No debería su autor ser el primero en hacer tan horrendo juramento?

Desprevenido, Odiseo percibió el murmullo general de acuerdo.

–Todo el mundo sabe que yo aquí no soy rival -quiso zafarse.

–Y yo menos -le cortó Agamenón, que estaba deseando zanjar el asunto-, pero participaré con gusto. Venga, señor Odiseo, enséñanos cómo se hace.

Así pues, Odiseo no tuvo más remedio que desatarse la sandalia y poner el pie desnudo sobre un trozo de muslo del caballo para poner a merced de Poseidón, el que sacude el suelo, su honor y el destino de su isla.

Agamenón fue el siguiente en pronunciar el juramento. Luego Diomedes dio un paso adelante, ansioso de mostrar su amor por Helena. Menelao, Palamedes y el apuesto príncipe de Creta no tardaron en seguirles. Uno por uno, con el temor al dios trabándoles la lengua, los demás fueron detrás. Sólo cuando todos los príncipes habían jurado, Helena avanzó con su traje de novia y puso la corona que ella misma había trenzado para la sagrada ocasión sobre la melena roja de Menelao, rebotante de alegría entre los rivales que había derrotado.

–Los dioses son justos -gritó, las lágrimas asomándole a los ojos-. Doy gracias a la divina Atenea por guiarme al elegir prometida.

Y luego, mirando la cantidad y el rango de los hombres que le rodeaban y el ceño de envidia y decepción en sus ojos, se volvió a la estatua del dios.

–Escucha mi alabanza, gran Poseidón, señor de los caballos que sacudes las ciudades, y concede tu divina protección a esta unión.

Helena volvió a decirse que Menelao era un amigo de toda la vida. Ahora sería su refugio del caos del mundo, y si de niña soñó con la pasión, estaba resignada a despedirse de tales sueños. Quería creer que, al entregar su cuerpo a Menelao esa noche, el acto levantaría para siempre la maldición de su belleza. Quería creerlo con todo su corazón. Pero el corazón, órgano profético, sabe guardar los secretos largo tiempo, sin revelarlos siquiera a aquellos en cuyo pecho late.

Entretanto, Tindáreo abría los brazos para dar la bendición al hijo menor de Atreo. Vio a Agamenón y Clitemnestra unirse en un abrazo con Menelao y Helena, hermano con hermano y hermana con hermana. Al anciano rey, cansado, no dejaba de rondarle la cabeza el día que, en un sacrificio a los dioses muchos años atrás, olvidó por descuido dedicar una ofrenda a Afrodita, y la Dorada juró vengarse en el futuro haciendo de sus dos hijas esposas infieles.

## El suplicante

ntes de que pasara un año hallaron a Tindáreo muerto en su alcoba. Menelao, ya gobernante en todo salvo en el título, ascendió al trono lacedemonio de Esparta, poco antes de que su amada esposa diera a luz a una niña. El alumbramiento de Hermíone fue largo y difícil, tanto que Etra llegó a temer que el esfuerzo matara a Helena, pero la pequeña salió de los dolores del parto con tanto de la exquisita belleza de su madre que Menelao sintió más que nunca que su matrimonio era una bendición.

Helena también salió fortalecida del matrimonio. Pasado el largo suplicio de ser el objeto de deseo de todos los hombres, recuperó la confianza. Volvió de lleno a la vida, respondiendo bien a los placeres y las dificultades de ser esposa, madre y reina. Menelao a menudo buscaba su consejo cuando abordaba los asuntos de un reino cuyas costumbres ella conocía mucho mejor que él. Era la primera vez en su vida que alguien valoraba su criterio, y le sentó muy bien. Descubrió que la vida pública le interesaba más que antes. Hicieron los dos juntos nuevos planos para su palacio, ampliando las salas de ceremonias públicas y su espacio privado, y haciendo buen uso, a sugerencia de ella, del delicado pórfido moteado de las canteras locales. Los resultados gustaron tanto a su hermana Clitemnestra, que para reformar su sombrío palacio de Micenas encargó piedra espartana en grandes cantidades. Helena también se aficionó a remodelar los jardines que rodeaban su casa: quería que las tranquilas horas que ella y su amante esposo pasaban juntos con su pequeña estuvieran llenas de fragancia y colorido, y del sonido del agua.

En aquel tiempo, desde el palacio, situado bajo la Casa de Bronce de Atenea, miraban la ancha y fértil llanura rodeada de escarpados montes defensivos hacia un futuro en el que su dicha parecía asegurada, pues aunque no había gran pasión en su vida juntos, sí había mucho afecto, y Esparta florecía en torno suyo. Ya tenían planes de desposar a Hermíone con su primo Orestes, el primogénito de Agamenón y Clitemnestra, uniendo así ese día para siempre los tronos de Esparta y Micenas. Todo indicaba que los dioses les eran propicios.

Pasados casi cuatro años desde el nacimiento de Hermíone, Menelao recibió un mensaje urgente de su hermano. Agamenón requería su presencia en la corte del rey Telamón de Salamina para que ambos hermanos ofrecieran apoyo al rey en una demostración de fuerza conjunta en el último asalto de una antigua pelea con Troya.

Entristecida por la perspectiva de la primera separación de su esposo, Helena quiso saber el porqué de esa misión.

–Es un viejo litigio -le explicó Menelao-. Hará poco más o menos treinta años, Telamón y Heracles tomaron Troya, y Hesíone, hija del rey troyano, fue entregada a Telamón como parte del botín. Lleva retenida en Salamina contra su voluntad desde entonces, y sólo piensa en volver a casa. Cuando Príamo al fin sucedió a su padre en el trono, estaba demasiado debilitado como para ayudar a su hermana. Ahora es uno de los reyes orientales más poderosos, y ha puesto todo su empeño en liberarla, pero Telamón rechaza todas sus ofertas de rescate.

Helena dijo con firmeza:

–Yo he estado cautiva lejos de casa y sé cuánto duele eso. Si Hesíone es infeliz en Salamina, Telamón debería dejarla ir. Menelao gruñó apartando la vista.

–¿Por qué no? – preguntó ella.

–Porque es un viejo e impetuoso veterano de guerra que se cree el último de los héroes desde que murieron Heracles y Teseo. A veces pienso que preferiría ver arder Salamina antes que entregar su legítimo botín.

–Menudo disparate -protestó Helena-. Y de todos modos, no sé en qué concierne a Esparta nada de

esto.

–Telamón ha pedido apoyo a Agamenón. Agamenón me ha pedido el mío. Es mi hermano, tengo que ir.

Dijo eso como si zanjara el asunto, pero Helena no desistió:

–¿Y tú no crees que sería mejor que le concedieran a Hesíone su deseo y regresara a su casa en Troya?

–Pues claro -Menelao frunció el ceño-. Pero si dejamos que los troyanos se la lleven, empezarán a pensar que Argos es débil.

–Eso suena más a tu hermano que a ti.

La cicatriz del labio se le frunció al sonreír para tranquilizarla.

–Pero yo no soy mi hermano, y por eso es importante que vaya a Salamina. Este litigio se puede resolver sin violencia, y yo podría limar asperezas.

No tan segura, Helena asintió, deseando que tuviera razón.

Mientras, en Troya, al rey Príamo le exasperaba tanto el rechazo de Telamón a sus muchas y generosas ofertas de rescate por Hesíone, que pensaba amenazarlo con la guerra. Su consejero Anténor, firmemente convencido de que la paz servía mejor a los intereses de Troya, se oponía a una decisión tan peligrosa, y llamó al primo de Príamo, el ciego Anquises, rey de los dardanos, para que respaldara su prudencia. Anquises recordó a Príamo el desastre acaecido la última vez que Troya entró en conflicto con los argivos. Además, desde que Agamenón se había proclamado rey supremo, esas tribus belicosas habían dejado de guerrear entre sí. Si Príamo invadía Salamina, todo Argos se le echaría encima.

Príamo lo escuchó irritado, sabiendo que tenía razón, y de mala gana convino en que no era sensato recurrir a las armas mientras quedara esperanza de solución diplomática. Así pues, envió a Anquises y a Anténor de embajadores a Salamina con un nuevo requerimiento, que ya sería el definitivo, para que Hesíone fuera devuelta.

Menelao llegó a la isla dos días después que la legación troyana y encontró ya allí a su hermano Agamenón. Telamón, cincuentón y mucho más gordo que antaño, envalentonado por la presencia de aliados, convocó un consejo en el que invitó a explicarse a Anquises y Anténor. Tras escucharlos sin interés, se volvió a Agamenón con gesto despectivo.

–Todos los años tengo que oír las mismas monsergas. Desde que son orondos y ricos, los troyanos se han vuelto como ancianas quejumbrosas... Pero no recuerdo haber oído a Príamo quejarse cuando, por una generosidad de espíritu que lamento desde entonces, perdoné la vida a Hesíone por un rescate. ¿No creéis vosotros también que ya va siendo hora de que este sinsentido acabe de una vez?

Agamenón asintió:

–Hesíone fue capturada con toda justicia. Laomedonte rompió su palabra, a lo que Troya es proclive. Su perfidia le costó la ciudad y todo su botín. La mujer es lícitamente tuya sin ninguna duda.

Los hijos de Telamón asintieron. Menelao no dijo nada hasta que Agamenón lo miró, y entonces también asintió, aunque con menos convicción y vehemencia.

Telamón se volvió a Anténor encogiéndose de hombros.

–Ya lo ves. El rey supremo de Argos y su hermano el rey de Esparta están conmigo. Ve a casa y dile a Príamo que él y su hermana habrían muerto hace mucho, si no fuera por la misericordia y la gentileza de Heracles y mía con ellos. Ambos deberían estar agradecidos y no poner a prueba así nuestra paciencia.

–La paciencia del rey Príamo también tiene sus límites -dijo Anquises con calma.

–¡Un rey sordo nos envía de embajador a un rey ciego! – Telamón miró a Agamenón con una risita

sin alegría, y luego volvió a la legación troyana su sonrisa de satisfacción-. Si tanto desea Príamo el regreso de su hermana, que venga él a buscarla. Mientras tanto, la usaré como me plazca.

–¿Y no hay lugar para el compromiso? – atajó Menelao rápidamente-. ¿Por qué no dejar que Hesíone vaya a visitar a su hermano una temporada?

Agamenón lanzó una mirada furiosa a su hermano. Telamón movió la cabeza en rotunda negativa.

–Si la apartan de mi vista, no volveré a verla. Su lugar está aquí conmigo.

–Además, ¿por qué iba a confiar Salamina en la palabra de Troya, cuando la historia nos previene en contra? – añadió Agamenón-. Telamón ganó a Hesíone legítimamente por las armas. Si por las armas decide retenerla, cuenta con nuestro apoyo.

Poco después, tras indicar a Telamón lo bien que haría en acudir al consejo de alguien más comedido que el ambicioso rey de Micenas, Anténor y Anquises retornaron a Troya llenos de pesimismo.

Menelao también regresó pesaroso de Salamina, sólo para encontrarse con que la peste había golpeado Esparta en su ausencia. Helena había hecho cuanto estaba en sus manos por mantener la moral del pueblo, propiciando a los dioses en su nombre con la ayuda y el consejo de su curandera Polidamna. Pero a la primera y terrible muerte siguió otra, y pronto el contagio comenzó a extenderse por las zonas más humildes de la ciudad. Temiendo por su familia y por el bien de su reino, Menelao decretó la cuarentena en el recinto de la ciudadela y envió mensajeros al oráculo de Apolo en Delfos a preguntar cuál sería el remedio para la plaga que ya amenazaba con asolar su país. Tras varios días, llegó la respuesta: el rey tenía que buscar las sepulturas de un lobo y una cabra hermanos, y allí ofrecer sacrificios.

Sacerdotes y consejeros del reino se devanaron los sesos con la respuesta. ¿Cómo podía ser que un lobo y una cabra fueran hermanos; y además, por qué les dieron sepultura? Al final, tras muchas horas de meditación y lectura de tablillas de arcilla, un joven sacerdote erudito salió de los archivos del templo con algo que contar. En tiempos antiguos, dijo, Prometeo, benefactor de la humanidad -el que osó robar el fuego del cielo y dotó a los hombres de parte de las cualidades de cada uno de los demás animales-, engendró dos hijos con la arpía Celeno. Les dio los nombres de Lico y Quimereo, lobo y macho cabrío. Sirvieron a Apolo Esminteo -el Apolo ratonero-, el dios que trae la peste y también la cura.

–¿Y dónde están las tumbas de esos hermanos? – preguntó Menelao.

–Cruzando el mar Egeo -le dijeron-, en Esminta, en el reino de Troya.

Menelao echó las manos al aire.

–A veces me pregunto si los dioses juegan con nosotros. No es buena hora para ir a Troya a suplicar.

La noche después de interpretarse el oráculo, estuvo tanto rato revolviéndose en la cama que tampoco Helena podía dormir.

–¿Quieres que le pida a Polidamna que te prepare un somnífero? – le preguntó al fin.

–No -negó con la cabeza y volvió a darse la vuelta-. Perdona que te haya molestado. Tengo la cabeza como un bombo.

Echándose un chal púrpura sobre los hombros, Helena se incorporó junto a su esposo y le puso una mano en el hombro.

–Cuéntamelo -le pidió.

–Intenta dormirte -y se sumió en sus preocupaciones-. Ya es bastante con que uno de los dos se quede sin descanso.

–¿Preferirías que yo me guardara mis temores en la oscuridad, como haces tú? Si te inquieta un

problema, tienes que contármelo. Suspirando, Menelao se puso boca arriba.

–Hoy han descifrado el acertijo del oráculo. El dictamen es que Esparta sólo se librará de la peste si ofrecemos sacrificios en unas antiguas sepulturas de las inmediaciones de Troya.

–Pues envía a alguien de inmediato -exclamó Helena-. Que hagan las ofrendas. ¿Dónde está el problema?

En voz baja, él masculló:

–Las ofrendas he de hacerlas yo mismo.

–¿Tienes que viajar a Troya?

–Sí.

–Pues yo te acompaño.

Él movió la cabeza.

–No, quiero que te quedes aquí y cuides de Hermíone y la ciudad por mí.

–¿Y mis deseos, qué? ¿Es que no cuentan? Hermíone puede venirse, y tenemos consejeros que cuidarán la ciudad -añadió rápidamente.

Menelao se sentó para mirar a su esposa.

–No tengo más deseo de dejarte que tú de verme marchar, amor mío. Pero no puedo llevarte conmigo.

Intuyendo que no le había dicho todo, Helena siguió presionándolo hasta que al final declaró no estar dispuesto a llevarla porque el viaje podría ser peligroso.

–Pues compartiremos los peligros -le contestó. Y cuando él se volvió otra vez negando con la cabeza, añadió-: ¿Qué es lo que te callas?

Preocupado, volvió a tumbarse sin decir nada durante un rato, no quería intranquilizarla. Pero necesitaba desahogarse, y cuando ella volvió a preguntarle, le contestó:

–Me temo que tarde o temprano va a estallar la guerra entre Argos y Troya.

–¿Por qué? – preguntó ella-, ¿por qué iba a llegarse a eso?

–Helena, habría muchas razones: porque Príamo es un anciano enojado que ha perdido la paciencia con Telamón, porque Troya sería un succulento botín, porque los hombres están locos y ven más gloria en una sanguinaria reyerta y en una ciudad en llamas que en el cultivo pacífico de los campos. Tal vez porque los dioses se han aburrido y andan buscando camorra.

–¿O porque la anda buscando tu hermano?

Menelao apartó los ojos ante la frialdad de la pregunta.

–Sólo sé que huele a guerra cada vez que argivos y troyanos se rozan. Una sola imprudencia que facilite el pretexto, y toda la costa oriental arderá en llamas.

Helena le había escuchado cada vez más desalentada. Miraba la oscuridad.

–¿Por qué no me habías dicho nada de todo esto?

–Porque no lo sabía seguro. No quería asustarte.

–Pero ¿lo sabes seguro ahora?

–No, seguro no -le devolvió la mirada y vio la luz de la lámpara de aceite brillando en sus ojos-. Tienes razón, ya lo sé -asintió-, pero desde que Agamenón es el rey supremo de Argos, su hambre de poder parece insaciable. No me había percatado hasta verlo en Salamina, pero lleva demasiado tiempo en paz y ha puesto los ojos en el Oriente. Lleva años tanteando la costa asiática con ataques piratas, pero lo que quiere es Troya.

Helena dio rienda suelta a su ira:

–Es un monstruo. ¿No le basta con todo Argos?

–Parece que no. Afortunadamente, no puede tomar Troya por sí solo y aún no sabe si cuenta con

todo el apoyo que necesita. Telamón y sus hijos no tardarían en unirse a él, claro, y ya hay otros pensando en el saqueo; Diomedes, por ejemplo. Pero solos no serían suficientes.

Helena frunció el ceño en la penumbra.

–¿Y tú?

Menelao se volvió para mirar a su mujer.

–Te guste o no, si llega la guerra, tendría que comprometer en ella las fuerzas de Esparta.

–¿Porque Agamenón tiene razón, o porque es tu hermano? Hubo un largo silencio entre ellos. Al final, Helena dijo:

–¿Y el oráculo exige que tú vayas a Troya en un momento así? Menelao suspiró.

–No me queda más remedio que dejarte aquí.

–Irás completamente armado, entonces. Llevarás naves y soldados.

–Así lo haría Agamenón: entraría sin contemplaciones, exigiendo acceso a las tumbas y abriéndose paso a cuchilladas si alguien le chista, pero así desataría la guerra que quiero evitar. Por eso no puedo dormir.

–Entonces ¿qué vas a hacer?

–No lo sé. De verdad, no lo sé.

Helena le puso una mano en la mejilla con ternura.

–Pues consúltalo con la almohada.

Lo empujó suavemente para tumbarlo del todo en la cama y le cruzó el brazo sobre el pecho, pero ninguno podía dormir, y ambos sabían que también el otro estaba despierto.

Al cabo de un rato, Helena dijo:

–¿Qué crees que aconsejaría Odiseo si estuviera aquí? Menelao reflexionó.

–Anténor sabe que no deseo el conflicto -respondió al fin-. Estoy seguro de que me lo leyó en la cara en Salamina. Y Anquises no busca la guerra. Por eso creo que Odiseo me diría que fuera a Troya como más facilitara el diálogo con ellos.

–Suena bien -le dijo ella-, pero ¿cómo?

–Tal vez sólo tenga que ser sincero -y cayó en la cuenta-, tal vez sea eso. Creo que me lo has resuelto. Al fin y al cabo, voy a Troya de suplicante, y es así como me presentaré: un peregrino desarmado que viaja en sagrada misión hasta el dios.

Se incorporó en la cama, alterado.

–Eso es, claro -exclamó estrechándola en un cálido abrazo-. ¿Qué haría yo sin ti?

–¿Y qué haré yo cuando te vayas? – murmuró ella-. ¿Estás seguro?

–Absolutamente seguro, y más porque la idea me la has dado tú. Y volveré a Esparta cuanto antes. Créeme, quien comparte cama con la mujer más lista y más bella del mundo no pasa fuera una noche más de lo necesario.

–¿Y los peligros? – dijo ella.

–El mejor modo de evitar el peligro es no provocarlo, debería haberme dado cuenta. Todo va a ir bien, te lo prometo.

Poco después, Menelao se quedó dormido. Pero Helena siguió despierta casi toda la noche, consciente de la oscuridad que había por debajo de todas las cosas y temiendo que, pese a los desmentidos de su esposo, el mundo estuviera cambiando a su alrededor de muchos modos que ninguno de ellos podría controlar.

Mientras tanto, en Troya, Príamo había vuelto a convocar consejo. Tras escuchar a Anquises y Anténor, que informaron del fracaso de su misión, dijo:

–Me inclino por aceptar la zafia invitación de Telamón. Si rechaza nuestras ofertas de oro, se las



tendrá que ver con nuestras armas de bronce. ¿Cuándo podemos disponer de una flota para invadir Salamina?

–Dentro de unos meses -respondió su hijo mayor, Héctor-, pero yo me lo pensaría. Troya siempre ha florecido con la paz, no con la guerra. Si el rey supremo de Argos viniera en ayuda de Telamón, tal vez tuviéramos mucho que perder y nada que ganar.

–Hesíone lleva más de veinte años cautiva -le cortó Príamo-. ¿Cuánto tiempo más me tendría este consejo sentado aquí sin hacer nada por ayudarla?

–No dudo del valor de Héctor -intervino Deífobo-, pero mi hermano es demasiado prudente. Los troyanos nos batimos tan bien como el que más, y nuestros amigos estarán con nosotros. Esos piratas argivos han hostigado ya mucho nuestras costas.

–Monta esa expedición, si crees que procede -dijo Anténor-, pero mucho me temo que lo único que saquemos sea la guerra. Sé que el rey ama a su hermana: debería saber que Telamón, antes que entregarla, prefiere verla muerta.

Frunciendo el ceño, Príamo miró a su primo ciego.

–Anquises, tú estuviste en Salamina. ¿Crees que es así? Anquises alzó la cabeza.

–Telamón es una tea ardiente con un carácter endemoniado. La vida de Hesíone le importa poco. Ya ha saqueado esta ciudad una vez, recuérdalo. Se le oye en la voz que se cree capaz de volver a hacerlo.

–Pues que venga y lo intente -intervino Deífobo-. La impresión que se llevará esta vez será muy diferente.

–Arde en deseos de venir -aclaró Anténor-, y Agamenón con él. Y si viene Agamenón, vendrá su hermano, y no vendrán ellos solos.

Príamo dijo, desalentado:

–Cuando Agamenón esté preparado para la guerra, no le faltarán excusas. El destino de mi hermana no le importa. Sabe que Troya es rica, sabe que dominamos la costa asiática y que somos la puerta a las rutas comerciales del Oriente. Por todas esas razones, acabará cargando con sus naves contra nosotros.

–Si vamos hacia una guerra -declaró Deífobo-, hay que tomar la iniciativa antes de que la tome él. Que sea ya.

Menos impetuoso que su hermano, Héctor, sentado junto a su padre en el grave silencio de la cámara del consejo, dirigió la mirada a Anténor tras una pausa:

–¿Has dicho que pensabas que el menor de los Atridas podría tener reservas sobre iniciar una guerra?

Anténor sonrió con desolación.

–El rey de Esparta está muy a gusto en casa, prefiere quedarse en la cama con Helena.

La mayor parte de los hombres de la sala se permitieron una sonrisa, pero Héctor no figuraba entre ellos.

–Pero ¿se puede razonar con él? – preguntó.

–Más que con Agamenón -aclaró el ciego Anquises.

–Pero con Telamón no se puede -declaró Príamo-, y Menelao apoyará a su hermano si se llega a la guerra. La cuestión es, ¿será ahora o después?

Una voz nueva apuntó:

–Quizá haya otra salida.

Todo el mundo se volvió para ver a Paris apoyado contra una columna, con media sonrisa en los labios. Era la primera vez que hablaba en el consejo, pero llevaba meses escuchándolo todo muy

atentamente y aprendiendo los rudimentos de la lectura, la escritura y el arte de gobernar. Aunque los nombres de Argos y Esparta le eran desconocidos cuando los oyó por vez primera de labios de Afrodita, ya estaba más que familiarizado con ellos, y si Argos era para todos los demás la sombra de un trueno que amenaza el horizonte de la ciudad, para Paris resplandecía de esperanza.

Deífobo le espetó:

–Estoy seguro de que nuestro padre valora tu opinión, pero hoy no se trata de la cría de toros.

–Cálmate, primo -intervino Eneas-, deja que el rey oiga a tu hermano.

Paris se aclaró la garganta.

–Creo que mi padre, con toda sensatez, construirá una flota de guerra. Pero mientras se construye, ¿por qué no dejarme embarcar hacia poniente y ver si puedo hacer rehén a una princesa argiva que intercambiar por Hesíone? Telamón no nos escuchará, pero quizá sí haga caso a sus enojados amigos cuando le exijan su entrega a cambio de nuestra rehén. Así podemos salvar a la hermana de mi padre sin dejar de prepararnos para recibir a Agamenón, si es que se decide a atacarnos. Y quién sabe, con suerte se podría evitar una costosa guerra.

–Paris tiene la mente más clara de todos nosotros -Héctor le sonrió-. Me parece un plan muy astuto.

–¡Y de lo más idóneo para sus dotes! – Eneas se echó a reír-. Cuando las mujeres argivas pongan los ojos en él, se pelearán por ver a quién rapta primero. Me entran ganas de irme con él para verlo.

–Pues entonces, así sea -convino Príamo gravemente, y se volvió a Anténor-: Llama al constructor de naves Fereclo. Quiero una flota de guerra lista para atacar Salamina antes de que acabe el verano. Mi hijo Paris navegará en la primera de ellas.

A las dos semanas, con sólo los faldones puestos, Paris ayudaba a los carpinteros a trabajar con las vigas de su nave en la playa. A su lado, Fereclo alzó satisfecho sus ojos de artesano tras examinar de nuevo el mascarón de proa que le había entregado el tallista ese mismo día.

–No va a ser tan bella como la propia diosa -dijo-, pero hacía mucho que no veía una Afrodita tan bien hecha.

Al no haber respuesta de Paris, el constructor de naves lo miró y vio que otra cosa acaparaba la atención del joven. Una embarcación entraba en la boca del Helesponto recogiendo velas, aún a cierta distancia. Avanzaba a remos con el sol tras ella, dejando las barcas de la flota pesquera meciéndose a su paso.

Fereclo se protegió los ojos para estudiar la embarcación que se acercaba.

–Es de construcción argiva -musitó tras un momento-, pero no una nave de guerra. ¿A quién tenemos aquí?

La nave crujió acercándose a la orilla y quedó varada a unos treinta metros de la playa. Un miembro de la tripulación saltó de la proa con un cabo en la mano para atracar. Paris dio un respingo al leer la leyenda pintada en el extremo de la proa morada. El nombre salió de sus labios en un susurro: *Helena de Esparta*. Fereclo lo oyó y gruñó:

–¡Un buen nombre para una bonita nave!

–¡Es más que bonita -exclamó Paris-, es bella!

Casi sin querer, cayó de rodillas, se llevó la mano a la boca y luego tocó con ella los labios de la figura de la diosa en el mascarón de proa, que estaba en el carro de bueyes con el infante Eros recostado en su pecho. Inflamado por la pasión, Paris elevó una muda plegaria de agradecimiento cerrando los ojos por un instante.

Al volver a mirar a la nave, vio en la proa a un hombre alto con una túnica de lino blanco, que se abanicaba con un sombrero de ala ancha mirando a tierra. Su pelo brillaba como una baliza a la luz del

rojizo atardecer.

Para entonces todos los hombres que trabajaban en la nave habían dejado las herramientas. Casi todos miraban con una mezcla de admiración y sospecha la nave extranjera, aunque un par de ellos se volvieron a la ciudad, de donde había salido una compañía de jinetes armados que ya cruzaba las puertas camino de la playa.

–¿Qué es lo que trae a un argivo a aguas troyanas? – gritó Paris.

–Una empresa pacífica y sagrada -le contestó el pelirrojo-. Vengo en calidad de suplicante.

Al ver la larga cicatriz de una espada en su rostro, Paris le preguntó:

–¿Para pedir perdón por las ciudades que has atacado y quemado?

–No, amigo mío -el hombre le sonrió-. Yo no soy pirata. Soy Menelao, el rey de Esparta. – Miró rápidamente con recelo a los soldados que se acercaban.

Paris dio otro respingo:

–¿Eres el esposo de la mujer que da nombre a tu nave?

–Tengo ese honor.

–Y con él, por lo que sé, la envidia de todo hombre. Cortésmente, Menelao bajó la cabeza con una sonrisa de agradecimiento.

–A mi esposa le halagará saber que el eco de su belleza ha llegado tan lejos.

–Si es que vives para retornar a ella -Paris mantenía la ligereza en la voz para ocultar su nerviosismo-. Aún no nos has dicho qué te trae por aquí.

–Vengo a petición del oráculo de Delfos. La peste aflige mi país y sólo remitirá cuando ofrezca un sacrificio en las tumbas de Lico y Quimereo. Me han dicho que están en tierra troyana, cerca del santuario de Apolo en Esminta.

Una punzada de culpabilidad atravesó a Paris. Se acordó de Enone y de todas las veces que volvían juntos de visitar a su padre, Cebrén, en el santuario de Apolo. Pero dijo:

–Conozco el sitio, antes criaba toros no lejos de allí.

–Entonces los dioses están conmigo. Guíame hasta allí, pastor, y te pagaré bien por ese servicio y una hecatombe de tus mejores animales.

Paris le sonrió.

–Para ello necesitarás el permiso de mi padre.

–¿Es éste tu padre?

–No, éste es Fereclo, hijo de Tectón, el mejor constructor de naves de Asia entera. Mi padre es Príamo, el rey de Troya, y ésta -Paris sonrió en dirección de los jinetes que se acercaban- es su guardia de palacio, que viene a prenderte.

Menelao levantó las manos.

–Perdona mi error, príncipe de Troya. No iba con segundas, aunque tenía que haberlo deducido de tu noble porte. ¿Les dirás a tus hombres que vengo en son de paz y totalmente desarmado?

–¿Juras que así es?

–Lo juro.

–¿Por la vida de tu esposa?

–Es un juramento terrible... Pero sí, por la vida de mi esposa.

*-Pues considérate bajo mi protección, amigo. Me llamo Paris, aunque a veces me llaman Alejandro. Sé bienvenido a Troya.*

*Elevando una plegaria de gracias por la buena travesía, Menelao saltó de su nave y caminó entre las olas hasta la orilla. Tendía la mano a Paris cuando la tropa de jinetes llegó a medio galope encabezada por Ántifo que, tocado con su yelmo de alto penacho, dio una voz al extranjero.*

Paris le sonrió.

*-Tenemos el honor de recibir al rey de Esparta en nuestra ciudad, hermano. Antes de que tus hombres se pongan más nerviosos, diles que bajen las armas y echa una mano para remolcar a tierra esta preciosa nave. He tomado a Menelao bajo mi protección. Su regia persona de suplicante es sagrada aquí, es huésped de mi casa.*

*Fiel a su palabra, Paris acomodó a Menelao en la opulencia de su propia residencia en palacio, haciendo de parachoques entre su huésped y la cortés desconfianza con la que casi todos sus hermanos recibieron al rey espartano. También fue él quien al otro día llevó a Menelao ante el rey Príamo para que le explicara la urgencia de esa misión no anunciada en Troya.*

*-Apolo el previsor es venerado aquí -le contestó Príamo con voz grave-. Si su oráculo te envía, Atrida, te damos la bienvenida. El lugar sagrado que buscas está en las tierras dardanias de mi regio primo Anquises, a quien ya conociste en la corte de Telamón. Él habla bien de ti, y aquí se valora su sabio consejo. Seguro que su hijo Eneas te lleva hasta las tumbas.*

*-Con mucho gusto -dijo Eneas-, y Paris nos ayudará a escoger los toros para el sacrificio.*

*-Acepta los animales como un obsequio -dijo Príamo-. Y ahora, Esparta, tenemos otras cosas de que hablar, tú y yo. Tengo una hermana a la que nos arrebataron en malos tiempos y lo único que desea es volver. Telamón no atiende a sus ruegos ni a mis exigencias, pero sí a tu hermano. ¿No crees que sería buena idea que Agamenón y yo llegáramos a un acuerdo en esto?*

*-Mi propia esposa, Helena, fue raptada hace tiempo -contestó Menelao-. Comprendemos el sufrimiento de tu hermana y tu propia inquietud.*

*-¿Entonces nos ayudarás?*

*-Telamón está convencido de la justicia de su postura -dijo Menelao en voz baja.*

*-Y del poder de los ejércitos de tu hermano.*

*-Estoy seguro -Menelao le sonrió- de que también el rey supremo de Troya protege a sus amigos y aliados.*

*-Sí -afirmó Príamo-, si hay necesidad. ¿Prevés tal necesidad?*

*Menelao se lo pensó un momento:*

*-Las disputas de Telamón no me conciernen de forma inmediata. En medio de una peste como ahora, sólo pienso en el bienestar de mi familia y de mi país.*

*-Pero si Agamenón fuera a la guerra -se mofó Deífobo-, ¿dejarías que tu esposa te retuviera en la cama?*

*-El rey de Esparta es nuestro huésped -intervino Paris-, merece nuestra cortesía. Estoy seguro de que, igual que yo, acudiría en ayuda de un hermano.*

*-Igual me sucede a mí con mi hermana -dijo Príamo-. Todos lucharemos por los nuestros, si hace falta -estudió al rey espartano entrecerrando los ojos-. Menelao, nuestro reino lleva largo tiempo en paz, pero no te quepa duda de nuestra determinación. Al regresar a Argos, dile a tu hermano que has visto Troya y que es una ciudad fuerte y poderosa que prefiere una solución razonada a sus conflictos; pero dile también que no vacilaremos en usar nuestra fuerza si la razón nos falla.*

*Menelao asintió:*

*-Confiemos en que, guiados por Apolo, prevalezca la razón. Es mi propio y firme deseo.*

*El rey supremo se permitió una sonrisa.*

*-Veo que nuestro hijo Paris tiene buenos motivos para hacer de ti su amigo. Has sido valiente viniendo aquí como lo has hecho, desarmado, pero también has sido sensato. Que Apolo el Sanador te tome bajo su protección y acepte tus ofrendas.*

*Aquella noche se celebró un banquete en honor del rey espartano, aunque él apenas comió y sólo*

bebió agua, para estar purificado durante su próximo acto de sacrificio. El más sobrio a la mesa, respondió sin alterarse a alguna pulla y muchos comentarios sobre la envidiable belleza de su esposa.

–¿Será verdad lo que dicen los rapsodas -preguntó Eneas-, que salió del huevo de un cisne?

–Tan verdad como lo que dicen de tu padre -le replicó Menelao-. ¡Que Afrodita lo cegó por alardear de haber yacido con ella!

–¿Entonces no crees que yo sea hijo de Afrodita?

–Me lo creo tanto como que el padre de mi esposa es Zeus. – Ah, pero ¿y cuánto es eso?

–Tanto como que la belleza de Helena, igual que tu propia forma de varón, tienen algo sin duda inmortal.

–Bien respondido, Esparta -intervino Héctor-, pero, como ves, también yo tengo una esposa de buen ver, y en esta ciudad hay muchas mujeres bellas. Me atrevo a apostar que Asia tiene mucho que enseñar a Argos en las artes del amor. ¿No podemos tentarte a probar las habilidades de alguna de nuestras bellezas troyanas esta noche? – Hizo un gesto hacia las jóvenes sentadas junto al arpista, y ellas se levantaron, mostrándose y sonriendo.

–Una oferta tentadora, amigo Héctor -le respondió Menelao-, pero espero que no lo tomes a mal si digo que no sólo mi condición de suplicante me mueve a declinarla.

–Es que un hombre que pasa todas las noches con Helena -dijo Paris a su azorado amigo-, no desea otra en su cama -miró a Menelao, dio un trago del vino especiado de su copa, y añadió-: Me encantaría contemplar esa belleza.

–Pues habrás de venir un día a Esparta, allí te recibiré tan espléndidamente como tú me has recibido. Sé que mi esposa querría agradecerte a ti en concreto, Paris, que me hayas tomado bajo tu protección con tan buena fe. Helena se temía un recibimiento más frío para mí aquí en Troya.

En ese momento Casandra se levantó de su asiento, donde había escuchado en absorto silencio las bromas de los hombres. Se puso en pie llevándose una mano a la sien y, balanceándose un poco, silbó desde el otro lado de la mesa:

–De frío nada, Atrida Menelao, nada de frío: es el calor de humeantes llamas lo que espera al huésped argivo en Troya. Las veo salir retorciéndose como serpientes de la boca que amamanta una osa. Veo el fuego lamer puertas y ventanas y propagarse y salir por ellas sin que nada le ponga freno.

Andrómaca y sus sirvientas ya se levantaban para sacar a Casandra de la sala, pero la muchacha seguía chillando, luchando mientras se la llevaban:

–No descuides tu hogar, rey de Esparta, o una serpiente te robará su fuego y prenderá el mundo en llamas.

Cuando vio a Menelao hacer mecánicamente el signo contra el mal de ojo, Héctor se apresuró a tranquilizarle.

–Perdona a mi hermana. Está perturbada desde que Apolo la rechazó como sacerdotisa. Te ruego no le des importancia a nada de lo que ha dicho. No es más que otro de sus delirios.

Menelao se había dado cuenta de que a la muchacha le pasaba algo, por sus ojos en blanco y la atormentada oscuridad de sus jóvenes rasgos. Por ello, aunque su estallido lo había sobresaltado, no lo tenía en cuenta.

–Por favor -dijo-, en mi propia familia hubo mucha locura en su tiempo. No hay de qué disculparse.

Pero la alegría de la noche se había disipado y ya no hubo forma de conjurarla. Al cabo de un rato, Menelao bostezó y se levantó.

–Habréis de perdonarme, señores, pero se hace tarde. Mañana he de atender mis sagrados deberes, y ahora tengo mucho sueño.

-Ven -le dijo Paris-, te acompaño. Mañana te mostraré lo bella que es nuestra tierra -dio una palmada en la espalda a su huésped-. Y ¿quién sabe?, a lo mejor un día tú me enseñas la belleza de la tuya.

Sin embargo, Paris pasó una noche agitada.

Desde que Afrodita le había prometido hacer de Helena su esposa, todos los días hacía una ofrenda a la diosa. Cada día, viendo el humo elevarse y las palomas revolotear alrededor de su estatua, había acompañado su ofrenda de una ferviente plegaria para recordarle su promesa y pedirle que le mostrara cómo podía hacer que los senderos de su vida y de la mujer más bella del mundo se cruzaran. Por eso creyó desde el primer momento que Menelao había llegado a Troya por intervención de Afrodita. Pero cuanto más conocía al rey de Esparta, mejor le caía y menos seguro estaba.

Cuando días atrás Paris concibió la idea de llevarse a Helena en un ataque pirata, Menelao no era para él más que un nombre; y además, el nombre de un probable enemigo de Troya. La idea de quitarle la esposa a ese hombre no planteaba dificultad alguna. Pero él y Menelao habían dejado de ser desconocidos, y Paris no podía evitar respetar y admirar al hombre de noble corazón que tan inesperadamente había llegado como suplicante a Troya.

Ya aquel primer día, él y Eneas recibieron a Menelao en la corte de Príamo con más calor y menos recelo que muchos otros. Al final del día siguiente, al volver con él de una excursión a caballo por las tierras del monte Ida, una firme amistad unía a los tres.

Menelao escuchó el relato de Paris de sus primeros años, cuando creció y fue pastor en aquellas tierras, y le alabó calurosamente el valor con que, siendo un niño, ahuyentó a la banda de ladrones de ganado argivos. A su vez, el rey espartano habló de la oscuridad de su propia infancia de hermano menor, del tiempo en que estuvo inmerso en la violencia de la Casa de Atreo. Tras escoltar a Menelao a los pastos de montaña de su juventud y ayudarle a escoger los mejores toros para el sacrificio, Paris se preguntaba cómo podría nunca, en conciencia, traicionar la confianza de un hombre tan sincero y generoso. Sin embargo, sin esa traición no poseería a la mujer cuyo rostro le obsesionaba.

Por ello, tenía muchos motivos para no querer acompañar a Menelao en la última etapa de su viaje, al santuario de Apolo en Esminta. Y el menor de ellos no era su reparo ante la perspectiva de encontrarse a Enone. En muchas ocasiones desde su llegada a Troya había querido enviarle un mensaje, pero nunca lo había hecho. Cada vez le costaba más tan sólo pensar en ella, y cuando lo hacía, el recuerdo de su rostro era desplazado al instante por la imagen de Helena. La verdad era que Paris se había desprendido de su vida anterior como muda de piel la serpiente, y pensar en los que había agraviado por ello le hacía sentir incómodo y culpable. Eso le pasaba sobre todo con Enone. Intuyendo que el amor de ella había durado más que el suyo, se dijo que era mejor eludir su compañía y no arriesgarse a abrir una herida que probablemente para entonces se estuviera cerrando. Con la excusa de querer pasar un rato con su padre adoptivo Agelao y sus amigos de juventud, dejó que Eneas fuera el único guía hasta el santuario. No mucho después, viendo que ya no se encontraba a gusto entre pastores, regresó al palacio de Anquises en Lirneso, al pie del monte Ida, a esperar allí a Menelao y Eneas.

Paris cenó a solas con el rey dardanio aquella noche, pero tras el intercambio inicial de cortesías, el silencio duró tanto que empezó a preguntarse si Anquises desdeñaba su compañía. Al fin y al cabo, como le había recordado ese día, hubo un tiempo en que no era más que un pastor en las tierras del rey ciego. Era cierto que Príamo lo quería y había exigido el mismo afecto a toda Troya, pero en Dardania ya no se sentía cómodo, ni en el palacio real ni en las chozas de los pastos. Jugueteadando con la comida en el plato, pensaba en todos los reproches que podía hacerse cuando Anquises se volvió abruptamente tras secarse las manos después de cenar, y lo dejó atónito diciéndole:

–Acércate más, muchacho. Deja que estas manos vean tu cara.

Recelando, Paris hizo lo que se le pedía. Se sentó mirando las negras cuencas de los ojos de Anquises y su cabeza, que podría haber estado tallada en madera de olivo, mientras los dedos del anciano recorrían los contornos de su cara apretándole los párpados, tanteando los perfiles de su boca. Nunca en la vida se había sentido observado tan de cerca. Tuvo que combatir el impulso de retirarse, se sentía como si aquel tacto poderoso y sensible fuera a descubrir todos los secretos de su alma.

Por fin Anquises bajó las manos.

–Veo que es verdad lo que dicen. Los dioses te han dotado de gran belleza, muchacho -y meditándolo por un momento, añadió-: Cada don lleva aparejado un destino.

–Todos hemos de cumplir el destino que nos es dado -le respondió Paris, intuyendo que aquello no acabaría ahí. El anciano asintió.

–Me dicen que eres devoto de Afrodita por encima de todas las demás deidades.

–Cada cual ha de elegir, también.

Se hizo otro largo silencio. Anquises buscaba con la mano derecha el bastón rematado en oro que había dejado apoyado en la pared a su espalda. Pensando que quería levantarse, Paris fue a ayudarle, pero el anciano rey le hizo señas de que lo dejara. Tras encontrar el báculo, se sentó con ambas manos en el puño y el mentón apoyado en las manos. Había vuelto la cara hacia el calor del fuego.

–En mi juventud -murmuró en voz baja-, yo también me abandoné a Afrodita.

Paris esperó. Por unos momentos Anquises se perdió en sus pensamientos, como si aquel pasado distante fuera para él más vívido que la apacible oscuridad del presente. Luego dirigió su fiera mirada ciega hacia donde estaba sentado Paris, tenso y expectante.

–Como ves -le dijo-, comprobé que es un ama estricta -soltó un leve suspiro burlón y volvió su demacrado rostro otra vez hacia la chimenea, añadiendo como si se le ocurriera en el último momento-: No me gustaría que a ti también te cegara.

Sin saber qué responder, Paris dijo:

–Creo que conmigo tiene buena intención.

–Puede ser -Anquises raspó las piedras de la chimenea con la contera de bronce del bastón-. Pero se puede estar ciego de muchas maneras.

–Mantendré los ojos bien abiertos.

Había hecho el comentario con toda la ligereza que se atrevió, pero Anquises no sonrió. Con un solo bastonazo contra la piedra, exclamó:

–¿Me oyes, muchacho?

Paris dio un salto y asintió, sin recordar que el anciano no veía.

–Sí -afirmó suavemente.

–Pues escucha lo que yo no quise oír cuando era joven como tú y, como tú, confiaba en mi destino -Anquises dio otro bastonazo en la chimenea de piedra-. Sirve a Afrodita si es tu sino. Sírvela bien. Pero recuérdalo, no es la única deidad. «Nada en exceso», ¿lo oyes? Es la sabiduría de Apolo. Nada en demasía: ni siquiera por reverencia a la diosa que te ha elegido.

El fuego silbaba en las piedras. Fuera de la sala, el mozo reprendía a un esclavo con enojados susurros.

–¿Me oyes? – volvió a preguntarle Anquises.

Y Paris, que había notado la arrogante belleza que el anciano también debió de poseer antaño, le respondió:

–Lo oigo, tío.

–¿Sí? – el rey ciego murmuró sin volver la cabeza-. ¿De verdad?

Nada más se dijo. Al cabo de un rato, sin explicación ni disculpas, el anciano se levantó, llamó al mozo y se fue a la cama.

Paris estuvo largo rato sentado en solitario con su vino, meditando, bebiendo demasiado. Se le oscureció el ánimo. Más que en ningún otro momento desde que había bajado del monte Ida, le inquietaban las dudas sobre el destino que Afrodita le había prometido.

A la noche siguiente, Menelao regresó al palacio de Anquises con Eneas desde las tumbas de Lico y Quimereo. Los ritos del sacrificio lo habían dejado agotado, pero también feliz y radiante, pues había recibido claros signos de que el dios aceptaba sus ofrendas. Eneas quiso festejarlo con un banquete, y los tres amigos lo pasaron muy bien juntos, comiendo y bebiendo en abundancia. Luego Anquises, que había estado callado la mayor parte de la comida, dio unos bastonazos en el suelo y ordenó a su rapsoda cantar el romance de Troya.

Con una rápida mirada de disculpa a su huésped, Eneas sugirió deferente que había sido un día cansado y el romance quizá fuera demasiado largo y solemne para la ocasión. Pero Anquises insistió, y Menelao aseguró cortésmente que le gustaría conocer mejor la historia ancestral del país. Por fortuna, la voz del viejo rapsoda todavía era fuerte, y su toque de arpa orgulloso y diestro.

La canción contaba que Teucro, llegado a Frigia desde Atenas, fue el primer poblador, bajo el auspicio de Apolo, de la tierra al sur del Helesponto. Dárdano llegó luego desde Arcadia y construyó una ciudad al pie del monte Ida. Fue su nieto Tros quien dio nombre al país, y el hijo de éste, Ilo, el que llevó el Paladio -la antigua imagen de Palas Atenea- al monte de Ate, donde se fundó la ciudadela de Ilio. Alrededor de ese sagrado recinto había crecido la noble ciudad de Troya. La canción alcanzaba su punto culminante relatando cómo Poseidón, el que sacude la tierra, había castigado la impiedad de Laomedonte con la destrucción de la ciudad, que fue saqueada por Heracles y Telamón. El rapsoda concluyó su romance con un himno de alabanza al rey supremo Príamo y su regio primo Anquises, que habían restaurado la gloria de la ciudad y habían hecho florecer su riqueza.

—Quise avisar a Laomedonte de su desatino -suspiró Anquises al término de la canción-, pero no me oyó. Los dardanos somos un pueblo pacífico. Aunque luchamos cuando la causa es justa, preferimos cazar, criar buenos toros y cuidar de nuestros rebaños -movió la cabeza-. Ya una vez olí la muerte en una ciudad en llamas. No deseo volver a hacerlo.

Menelao levantó su copa.

—Esperemos pues, amigo mío, que no se repita nunca.

—Pero el fanático Telamón sigue vivo -dijo Anquises gravemente-, y no es amigo de Troya -volvió la cabeza en dirección a la voz de Menelao-. Como tampoco lo es, creo, tu hermano.

Hubo un momento de incómodo silencio. Paris estaba a punto de romperlo cuando Anquises levantó la mano y volvió a hablar:

—Óyeme, Menelao. Cuando Anténor y yo estuvimos en Salamina, os escuché atentamente a ti y a tu hermano. Me fui de allí seguro de que, de los dos Atridas, Menelao es más proclive a la razón que Agamenón. Desearía que fueras tú, y no él, quien ocupara el supremo trono de Micenas.

—Mi hermano sabe que estoy contento en Esparta -replicó Menelao con cautela.

Anquises asintió.

*-Pero haría bien en escuchar tu sobrio consejo. Y más aún ahora que nos conoces y has visto nuestra fuerza. Pensémoslo juntos, amigo. Mi primo Príamo profesa gran amor a su hermana. Después de todo, a ella le debe la vida. Además es muy impulsivo y, en lo que toca al destino de Hesíone, suele perder la cabeza. ¿No estás conmigo en que si abandonamos a Príamo y a Agamenón a sus propios recursos nos arrastrarán a una guerra que ni tú ni yo ni nadie razonable deseamos? ¿No sería más sensato atemperar su ímpetu con nuestra propia reflexión, más fría?*



Consciente de que los otros esperaban su respuesta, Menelao le preguntó con calma:

–¿Qué tienes en la cabeza?

Anquises estuvo callado un rato junto al fuego antes de contestar.

–Mi sobrino Paris y mi hijo Eneas van a hacer un viaje a Argos dentro de poco. ¿No podríais afianzar más la amistad que mostráis aquí esta noche? Si hablaras en privado con Agamenón -como yo hablaré con Príamo-, ¿no podrías persuadirlo de que los reciba como embajadores de paz y prosperidad mutua, y no como heraldos de la guerra? ¿No sería más interesante para todos que le limara las astas a Telamón en lugar de dejarle ventilar su furia tan lejos de su corral?

Ahora fue Menelao quien se tomó tiempo para pensar la respuesta. Recordó el miedo que le daba a Helena el pensamiento de la guerra y lo mucho que la doliente Esparta necesitaba la paz para recuperarse de los estragos de la peste. Se detuvo en el generoso recibimiento que le habían hecho en tierras troyanas y el cariño que había tomado en tan poco tiempo a sus nuevos amigos, Paris y Eneas. Admiraba todo lo conseguido por Príamo en Troya, y respetaba la perspectiva del ciego rey dardanio. Por eso, al mirar en su corazón, no halló en él sed de guerra, sino el deseo de gobernar un reino pacífico junto a su amada esposa.

–Creo que tú y yo pensamos igual -le dijo al fin-. A mi regreso hablaré con Agamenón y le contaré la amabilidad y sabiduría que he encontrado aquí. Mis dos nobles camaradas -sonrió a Paris y Eneas-, son ya amigos queridos a los que darán la más calurosa bienvenida, al menos en Esparta. Veremos lo que pasa cuando les presente como enviados ante el rey supremo en Micenas.

De repente, como un súbito cambio de tiempo, la tensión se disipó en la sala.

–Pues que empiece una nueva era -declaró Anquises-, que la juventud y el vigor prosperen donde Anténor y yo fracasamos.

Eneas levantó su copa por ese deseo. Tras el brindis, su padre se retiró, y aunque los tres ya estaban ebrios, Eneas insistió en que al vino le bastaban diez años de reposo y pidió que les llevaran más. Al poco rato, borrachos, se juraban amistad eterna.

–Venid a Argos -dijo Menelao con lengua de trapo-, y os enseñare... Os enseñaré... -guiñó el ojo a Paris-. Dime, mi hermoso amigo, ¿qué es lo que más te gusta de este mundo?

–¡Los toros! – exclamó Eneas, y se echó a reír-. Le encantan los toros.

–No, no -objetó Paris aturdido-, eso era hace mucho.

–Pero los toros aún te gustan -insistió Eneas-. Ya viste ayer, Menelao, cómo toca a esos colosos. Le gustan carnosos y grandes, cuanto más grandes mejor. No lo dudes, si Argos tiene toros que domar, Paris está hecho para eso.

–No -rió Menelao-, yo creo que le interesan más las mujeres. Es un domador de corazones, no sólo de toros. Achispado, Eneas meneó un dedo hacia Paris.

–Esto me recuerda algo. Ayer nos topamos con una preciosidad que paseaba por el Escamandro. Nos preguntó por ti con mucha dulzura. No recuerdo su nombre, pero te llamó Alejandro. ¿La recuerdas? ¿O ha habido demasiadas desde entonces?

Paris se quedó mirando a su amigo. De repente se le cayó el alma a los pies y pasó de la borrachera a la desdicha.

–Enone -musitó-, se llama Enone.

–¡Así que fue el primer corazón que rompiste! – Eneas movió la cabeza fingiendo reprobárselo-. Bueno, pues tendrá más cosas por las que recordarte que las otras: está esperando un hijo -cuando vio que el rostro de Paris palidecía con la noticia, añadió jocoso-: ¡No te preocupes, no será el primer mocoso sin padre de Dardania! Y estoy seguro de que dejarás todo un rastro de ilegítimos a tu paso, como tu padre antes que tú. ¡Sin duda todos se declararán hijos de un dios!

Y Menelao y Eneas estallaron en carcajadas, con la risa desmesurada del que, borracho y cansado, disfruta del espectáculo de un amigo que huye a la carrera.

–Me parece que hemos puesto el dedo en la llaga -dijo Eneas-. ¡Seguro que fue su primer amor!

–¿Es verdad, Paris? – le preguntó Menelao más amablemente-. ¿Fue tu primer amor, como Helena el mío?

Paris apartó la mirada.

–Era el pastor quien la amaba, no el príncipe.

–Y para ese príncipe -Eneas le guiñó un ojo a Menelao-habrá muchas otras. ¿Qué puede esperarse si no de un devoto de la Dorada?

Menelao miró a Paris con benevolencia.

–La Dorada, ¿eh? Vaya, la diosa que ama la risa es muy seductora, eso te lo concedo, pero uno puede achicharrarse en su altar. Si eres sensato, sigue mi ejemplo. Yo sirvo a Atenea y a Hera, hallando gran contento. Toma una buena esposa, Paris. Es lo que necesitas para estabilizarte, una buena esposa. No lo dejes correr. No hay cimientos más sólidos para la fortuna de un hombre.

–Pero en eso -resopló Eneas- a ti te envidia el mundo entero. Cualquiera estaría contento de saber que Helena lo espera en su cama. ¿No es así, Paris?

–Si es verdad todo lo que dicen de ella.

–Es verdad, sí -Menelao sonrió-. Si tuvierais paciencia, amigos, podría cantaros loas a Helena hasta bien entrada la noche. Pero ¿para qué, si las palabras no hacen justicia a su belleza, y pronto estaréis en Esparta para juzgar por vosotros mismos? – miraba el fondo de su copa con una sonrisa cariñosa, como si en los posos de vino viera reflejada a su esposa-. De hecho, tan seguro estoy de que os parecerá lo más encantador en que habéis puesto los ojos jamás, que me apostaría la vida y la felicidad.

–¿Y no equivale eso a decir la propia Helena? – preguntó riendo Eneas.

Menelao abrió su mano libre.

–Es justo lo que quería decir. – Y sus turbios ojos sonrieron a Paris sobre el borde de su copa con la serena satisfacción del privilegiado que se sabe el hombre más afortunado del mundo.

### **La embajada troyana**

Paris pasó muy agitado las semanas antes de zarpar hacia Esparta. Todo empezó la mañana siguiente a las ofrendas de Menelao en los antiguos túmulos funerarios. En vez de regresar a Troya de inmediato, Eneas había propuesto llevar a su huésped de caza por las hondonadas de los montes ideos, donde abundaba el jabalí y aún quedaban osos y leones. Allí se encontraron con uno de los mayores jabalíes que ninguno de los tres había visto nunca, un erizado mazacote de carne animal y largos colmillos, tan ágil como musculoso. Cuando llegaron al barranco sin salida donde los sabuesos lo habían acorralado, el jabalí había destripado a dos perros y pisoteado a otro; el resto de la jauría había salido huyendo. A la luz que se filtraba por el ramaje, vieron que sangraba por una oreja. Paris y Eneas se echaron a un lado, invitando a su huésped a matarlo. Pero el jabalí no estaba dispuesto a morir todavía. Al levantar Menelao la lanza, la bestia hizo un giro repentino y, cargando hacia la espesura, se desvaneció en las verdes sombras.

Una empinada pared de roca al fondo de la maleza le impedía la huida, por lo que los cazadores sabían que el animal tenía que estar cerca al acecho. Eneas silbó a los dos perros que quedaban, pero éstos, tras oír el estertor de sus compañeros, sabían demasiado de la fiereza y astucia de aquel formidable jabalí para arriesgarse a hacerle frente en un lugar sin salida. Impaciente, Eneas los azuzaba cuando el frenético jabalí apareció súbitamente donde menos lo esperaban saliendo con estrépito de la espesura para embestir directamente con toda su ferocidad y su enorme masa a Eneas,

que al volverse perdió el equilibrio y habría recibido una cornada en el vientre, de no ser porque Menelao arrojó su lanza justo a tiempo y derribó a la bestia. El jabalí cayó sangrando a borbotones que tiñeron de rojo las piernas del príncipe dardanio, y quedó resollando en el suelo bajo el peso del asta, parpadeando hosco a la muerte en su último aliento.

Eneas había salido del trance con sólo un desgarrón en la pantorrilla y, entre risas, ya le estaba agradeciendo a Menelao su oportuna intervención. Desde donde se había arrodillado junto al perro muerto, Paris lo había visto todo con el cuchillo en la mano y la inútil lanza allí en el suelo. Aún les miraba cuando Menelao rasgó una tira de tela de su túnica para vendarle la pierna herida a Eneas. Oyó las ocurrencias de ambos sin prestarles atención. De pronto el día había enmudecido para él, viendo ya imposible todo lo que antes soñaba. No era la primera vez que le preocupaba su creciente afecto por el rey espartano. Para colmo, ahora le debía a ese hombre de noble corazón la vida de su amigo más querido, y no podía pensar en traicionarle escapándose con la mujer que tan manifiestamente adoraba.

Paris se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo viviendo de una ilusión. Su visión de las diosas del monte Ida podría no haber sido más que un sueño ocioso provocado por el sopor y la soledad. Despertaba de nuevo al mundo, y el mundo era de pronto un lugar más frío.

Los cazadores volvieron a Troya aquella noche, y la nave *Helena de Esparta* salió hacia el Helesponto dos mañanas después. Pero ya antes de que Menelao zarpara para volver junto a su amada esposa, Paris empezó a dedicar sus propias noches a un sinfín de aventuras con las mujeres de la ciudad. La vida le prohibía tomar lo que había soñado que Afrodita le ofrecía. ¡Muy bien! Si Helena no iba a ser suya, renunciaba a su absurda abstinencia: disfrutaría de todas las demás mujeres que la diosa pusiera a su alcance.

Y fueron muchas.

Locas de amor, las hijas de Troya vivieron la apasionada exploración que hacía Paris de sus jóvenes cuerpos con más dolor que la anterior castidad del joven, pues su interés rara vez duraba más allá de un par de noches. El recato de esas damas carecía de la agreste inocencia que un día amó en Enone, y pronto se hartaba de sus solicitudes, sus quejas y sus lágrimas. Tras un amargo encuentro con una joven de físico tan sensual como agrio carácter, se pensó en serio dar la espalda a la ciudad y buscar a Enone y al hijo que llevaba dentro. Pero la idea de volver a su estrecha vida de pastor dardanio le atraía poco, ahora que el ancho mundo se abría ante él. Por otra parte, sabía que Enone nunca estaría a gusto entre las mujeres maquilladas y perfumadas de la corte troyana. Así pues, se dio a las cortesanas de la ciudad, con las que aprendió rápidamente las artes que, de ardiente animal, lo trocaron en diestro amante. Pronto se citaba a escondidas con esposas de ricos ciudadanos troyanos, mujeres que le mostraban a las claras su interés amoroso. La clandestinidad de esas relaciones les insuflaba emoción por un tiempo, máxime cuando hacía malabarismos con tres a la vez sin que ninguna supiera que también se acostaba con las otras, pero su propia duplicidad no tardó en repugnarle. También era consciente de que cada vez tenía menos cuidado, lo que le estaba creando enemigos entre aquellos a los que había hecho cornudos y, aunque era el hijo favorito del rey supremo y su posición podía evitarle venganzas declaradas, no lo protegería de una cuchillada en la noche a manos de un asesino a sueldo.

Eneas, preocupado por los inexplicables cambios de conducta de su amigo, le advirtió de los riesgos que corría, pero Paris hizo caso omiso de su inquietud. Ya no tenía una visión que guiara ni dirigiera su vida, estaba casi resignado a la fugacidad del puro placer sensual. La esposa de Héctor fue a hablar con él una noche. Andrómaca le recordó que ella siempre había estado entre los que le querían bien y se habían alegrado con Príamo y Hécuba del regreso de su hijo perdido, y que ella y Héctor habían albergado grandes esperanzas de que llevara nuevos bríos al consejo del rey y sirviera

lealmente a la ciudad y a sus intereses. Cuál no sería su desaliento al verle malgastar su vigor y juventud en esa vida disoluta de reprehensible aventura. ¿Qué había sido de la dignidad que tenía al llegar de la montaña? Era muy natural que un joven se corriera sus juergas, pero Paris estaba muy cerca de ofender el decoro y desperdiciar su vida. ¿Acaso su licenciosa conducta respondía a su devoción al culto del amor? ¿No podría convencerle de que recapacitara para calmar a su angustiada madre?

Andrómaca dejó a Paris lleno de arrepentimiento. Se prometió volver a participar en la vida política de Troya y asumir responsabilidades en la vida de su familia. Volvió a asistir al consejo de su padre, estudiando toda la compleja red de tratados y acuerdos comerciales que sustentaban la prosperidad de la ciudad. Y también dedicaba algunas horas libres a jugar con su hermano pequeño, Capis, y su compañero de juegos Anteo, hijo de Anténor, el principal consejero del rey. Paris, que hallaba en los niños ecos de su inocencia perdida, los llevaba de excursión por ríos y montañas, donde enardecía sus jóvenes corazones con relatos de caza y toros bravos y con la historia de cómo, de muchacho, había ahuyentado a los ladrones de ganado argivos.

Un día de finales de verano, los dos niños lo acompañaron a la playa a hablar con Fereclo por última vez de su nave, *Afrodita*, a la que ya sólo faltaba dar los últimos retoques. Paris había bebido demasiado vino la noche anterior y aún le dolía la cabeza, por lo que no le apetecía mucho ver una nave que ya apenas tenía sentido para él. Los niños treparon a bordo y se pusieron a correr por cubierta jugando a los piratas con espadas de madera. Paris levantó los ojos al mascarón de proa y sintió una oleada de nostalgia por los días en que esa nave aún era la que iba a transportar sueños, no la que dentro de poco lo llevaría por los reinos argivos en sobria travesía diplomática. En el frenesí de las últimas semanas, había intentado borrar de su mente la imagen de Helena, pero el rostro exquisitamente tallado de Afrodita le sonreía desde la proa con la superioridad de quien posee más conocimiento, y supo que la imagen era imborrable. Navegaría hasta Esparta y volvería a ver a Helena, sí. Pero la Helena que vería sería la fiel esposa de su amigo, y seguiría siendo lo que siempre fue, una fantasía inalcanzable de su corazón inquieto.

El accidente fue tan súbito que nunca supo exactamente cómo pudo suceder. Había estado discutiendo con Fereclo detalles menores sobre cómo aparejar el toldo de popa. Para hablar tenían que gritarse, debido al estruendo de sierras y martillos de las otras naves del astillero donde se construía la flota de Príamo. Los niños fueron hacia ellos entrechocando sus espadas de madera y saltando de una bancada a otra, soltando alegremente gritos de guerra. Paris les pidió que armaran menos jaleo, y en ese momento le hicieron caso, pero Anteo enseguida dio a Capis con la punta de su espada, y ambos empezaron a chillar intercambiando insultos en la lucha. Ya se batían de nuevo y gritaban por las bancadas.

En un arranque de mal genio, con un grito pidiendo silencio, Paris movió el brazo para dar un capirotazo en la oreja al niño más cercano. El golpe, más fuerte de lo pretendido, precipitó a Anteo de la bancada de la que estaba a punto de saltar a la cubierta inferior. Su fino brazo derecho dio primero en los tablones doblándose por el impacto, con tan mala fortuna que la espada de madera que empuñaba se le clavó en el ojo. La fuerza de la caída bastó para que la punta se le hincara en el cerebro.

Paris miró el cuerpo flacucho del niño, encogido en medio de un charco de sangre cada vez más grande, la cabeza en improbable ángulo con la espada. Alzó la vista y vio a Fereclo con los ojos muy abiertos. Junto a él, los dedos de una mano metidos en la boca, Capis miraba perplejo y desalentado a su amigo muerto.

Nadie puso en duda que la muerte de Anteo fuera un accidente, pero tampoco que Paris era el

responsable. Anteo era el hijo menor, y muy consentido, de Anténor, y ni el consejero del rey ni su esposa Teano, suma sacerdotisa de Atenea en la ciudad, miraban a Paris a la cara desde que les devolvió el cuerpo de su hijo muerto.

Los desconsolados padres tampoco le concedieron el perdón que le habría limpiado de su culpa, y nadie más en la ciudad podía hacerlo. Incapaz de quitarse de la cabeza el rostro desfigurado del niño muerto y sin poder tampoco acallar el llanto de Teano en sus oídos, los remordimientos hacían que Paris, angustiado, pasara las noches en vela: las Furias aullaban en la oscuridad del cuarto.

Toda su vida no le parecía más que una hueca trama de traición y engaño. Había olvidado a los padres adoptivos que lo criaron, había abandonado a Enone y al hijo que llevaba en sus entrañas, había jugado con el corazón de tantas mujeres que ya ni recordaba cuántas y había hecho cornudos a muchos buenos ciudadanos de Troya. Pero lo peor de todo, sin embargo, era haber renegado de la visión que antes daba sentido a su vida y que eso hubiera llevado a la muerte de un niño... Terrible por sí sola, esa muerte venía a añadirse a las quejas que Atenea tenía contra él. ¿No habrían estado en lo cierto todos esos años el sacerdote y la sacerdotisa de Apolo, no sería que su vida estaba maldita desde el principio?

El único pensamiento que lo salvaba era que pronto iría a Esparta con Eneas. En algún lugar allá lejos, surcando el mar azul, mucho más allá del único horizonte que conocía, tenía que haber un sitio donde redimir su aflicción o hallar el fin que los dioses le tuvieran reservado.

La noche antes de partir, su padre lo llamó a su cámara privada. El rey Príamo se sentaba en el trono rescatado por él mismo de los rescoldos del palacio de su padre en Troya muchos años antes: un trono ennegrecido por las llamas, que conservaba para no olvidar el desatino de Laomedonte y la justicia de los dioses. Se había echado en los hombros una capa de ricos bordados abrochada en el pecho con una cadena y un cierre de oro tallado para él por un orfebre tracio en forma de unas extrañas bestias que se devoraban mutuamente. Apoyaba el mentón en la palma de su huesuda mano. La otra, llena de espléndidos anillos, le temblaba posada en el muslo. Estaba muy viejo.

—Me duele pensar que has de hacerte a la mar estando impuro -suspiró-. En verdad, yo sé lo que es perder un hijo, pero he tenido más suerte que Anténor. A su hijo no se lo devolverán nunca. Y el golpe que mató a Anteo ha endurecido a su padre. Mucho me temo que tu imprudencia ha hecho de mi viejo amigo y consejero tu enemigo para el resto de sus días.

Paris miró al frente, limitándose a asentir al comentario con la cabeza. Su padre añadió con cautela:

—Y tal vez Anténor no sea el único. Ha habido murmuraciones en la ciudad. Mis espías me dicen que según algunos maridos, una cosa es ser devoto de Afrodita y otra sacrificar niños en su altar.

Paris resopló, y estaba a punto de protestar cuando Príamo le hizo callar:

—La muerte de Anteo fue un aciago azar, lo sé. Pero detrás de cosas así, la gente ve la mano de un dios, y tú te has arriesgado mucho en tu servicio a la Dorada. Está bien que salgas de Troya ahora, pero hay que pensar en tu regreso.

—Si la ciudad se ha cansado de mí, me quedaré en el extranjero -respondió Paris abatido-. Incluso entre mis hermanos hay quienes se alegrarán de que me vaya.

—No saques ese necio orgullo con el padre que te ama -Príamo movió la cabeza-. Ya va siendo hora de que pongas freno a tus pasiones con la cabeza fría. Escucha esto: Anténor siempre se ha opuesto a mis planes de atacar Salamina. Teme que Telamón arroje entonces sobre esta ciudad a todas las huestes argivas, y quizá tenga razón. Te redimirás a sus ojos si logras un tratado de paz con Agamenón por medio de tu amistad con el rey de Esparta -Príamo suspiró hondo-. No es que yo tenga muchas esperanzas en eso. El León de Micenas lleva tiempo hambriento y soltando ladridos. Creo que ha oído

buena presa en Troya, y hará falta algo más que palabras sutiles para mantenerlo alejado de nuestras puertas. Pero mira a ver qué puede hacerse, hijo mío. Y si, como preveo, Agamenón sigue igual de intransigente con el destino de mi querida hermana... Bueno, acuérdate del otro plan que tenías.

Sus ojos se encontraron por un momento a la trémula luz de la lámpara de aceite. En la estancia no se movía el aire. Con su silencio, Príamo autorizaba a su hijo, si todo lo demás fallaba, a usar las dotes de amante y guerrero que los dioses le habían otorgado y fugarse con una princesa argiva y hacerla rehén para rescatar a Hesíone.

—Lo recuerdo muy bien, padre -contestó Paris. Pero eso sólo le trajo otra punzada de angustia.

Apagado, se arrodilló para recibir la bendición de su padre. Príamo le puso ambas manos sobre la cabeza inclinada y miró a su hijo:

—Una cosa más se me ocurre. Menelao es un rey sagrado en Esparta. Tiene poderes de sacerdote, es tu amigo y sigue en deuda con nosotros. Gracias a que le dejamos ofrecer sacrificios en Dardania, erradicó la peste de su propio país. Es un auténtico rey, no lo habrá olvidado. Cuando haga sus ofrendas en el templo de Atenea en Esparta, arrodíllate ante él como ahora ante mí y pídele que te limpie la impureza que ronda tu alma. Aunque la sacerdotisa de Atenea aquí en Ilio ahora sólo lleve odio hacia ti en su corazón, la diosa se apiadará. Menelao no va a rechazarte. Que los dioses vayan contigo y te traigan a casa sano y salvo.

—

Zarparon al amanecer, Paris a bordo de la nave *Afrodita* y Eneas en *Gorgona*, la suya. La calma chicha obligó a remar a las tripulaciones al principio, pero al hacerse de día se levantó la brisa, y pronto las dos naves avanzaban impulsadas por el viento sobre olas coronadas de blanco. A su alrededor saltaban y se zambullían en el agua brillantes delfines. La pálida mancha borrosa de la línea costera a sus espaldas ya caía por debajo del horizonte, salían a buena marcha a mar abierto. Dejando a su patrón al timón, Paris se retiró a la proa sintiendo en la cara la brillante rociada del mar y mirando el resplandor azul verdoso del día que tenía ante sí. Pasaron muchas horas sin que pronunciara una palabra y luego, ya de noche, se tumbó en la cubierta de popa sin poder dormir, elevando la vista a las negras profundidades de allá arriba donde infinitas estrellas se arremolinaban y caían sobre los tintineantes topes de los mástiles. La travesía enseguida le pareció tonificante. Con cada vaivén de la nave en el oleaje sentía alejarse de él las sombras de Troya, como si el alma se le depurara calladamente del pasado para llenarse de futuro.

Mirando cómo rompían las olas y se hacían rocío de mar al chocar contra la proa, pensaba en *Afrodita*. La diosa había tomado su nombre de la cuajada espuma blanca de la que nació su belleza desnuda.

Así pues, la seguía ahora por su elemento nativo. Ella era tanto la nave que lo llevaba como la espuma sobre la que flotaba, y su presencia se manifestaba en el rápido destello de miradas de brisa y luz que despedía el mar. Con la intensidad del recuerdo que regresa, volvió a hacerse presente que en el mismo momento de escogerla, *Afrodita* lo había escogido a él, y ahora lo estrechaba tan fuerte como al pequeño Eros que llevaba en brazos en la proa de la nave con su sagrado nombre.

Ese pensamiento volvió a traerle a la mente la imagen del pequeño Anteo. Su alma aún no había expiado esa muerte, pero se sometería a los ritos de purificación de Esparta, y después podría volver a ocuparse de su propio destino. Si en esa nave se había derramado sangre de un niño, tal vez al final hubiera sido un horrendo sacrificio, pues sólo muriendo la inocencia podía él consagrar enteramente su vida al servicio de una diosa tan expeditiva, a cuya merced estaba ahora.

Esa revelación le llegó casi a la vez que el grito de un marinero de la *Gorgona* al divisar tierra desde el palo de popa. Eneas ondeaba la mano alegremente desde su nave. Paris levantó su propia

mano en respuesta.

Navegaron entre las islas de la costa de Ática y por las tranquilas aguas del golfo Argólico, recalando en la costa de Laconia. El palo mayor de la nave *Afrodita* crujía al inclinarse mientras se deslizaban suavemente hasta la playa. Desde la proa, abrazado al mascarón pintado de la diosa, Paris miró la muralla montañosa que rodeaba la llanura espartana por el noreste. Al otro lado de esos picos, a no más de treinta kilómetros, en el palacio de Menelao, dentro de sus muros, Helena se dedicaba a sus cosas, totalmente ajena a que ahora un enviado de la diosa del amor pensaba en ella con el vibrante corazón tenso como la vela al viento poco antes. Una suave brisa salina soplaba a su alrededor. Todos sus sentidos estaban alerta. Cada bocanada de aire fresco le llegaba cargada de destino. Sin embargo, era curioso: desde las fechas en que Menelao se había ido de Troya, no se había sentido tan en paz consigo mismo. Una vez más, encomendó su vida a la diosa. Afrodita, la diosa de las buenas travesías, le había llevado sano y salvo a Esparta. Ahora su destino estaba en sus manos.

La noticia de la llegada de la embajada troyana llegó al palacio de Menelao mucho antes de que los propios visitantes bajaran por un paso de alta montaña con vistas a la fértil llanura del Eurotas. Al fondo del sinuoso paisaje de campos y florestas, Paris y Eneas vieron, para su asombro, que no había murallas en la ciudad de Esparta. La brillante acrópolis coronaba la suave colina de la margen occidental del río, pero las fincas y las casas de la ciudad se desperdigaban en todas direcciones por el valle, en pequeños racimos sin aparente designio defensivo. Y al fondo del todo, el sol ya declinaba sobre una sierra más elevada que la que acababa de atravesar la pequeña caravana. Mucho más allá de la línea arbolada, aquellos picos tocaban las flamantes nubes: eran el doble de altos -calculó Paris un poco sobrecogido- que la cumbre de su tierra natal, el monte Ida.

Llevando tras ellos un carromato lleno de regalos del que los bueyes tiraban a paso lento, los troyanos recorrían el camino que atravesaba el valle paralelo al río, cuando se les acercó a toda velocidad un solo carro tirado por dos caballos negros que había salido de la ciudad a su encuentro. La melena roja del conductor ondeaba en la brisa y, mucho antes de que el carro se detuviera derrapando, habían distinguido a las riendas la corpulenta y desarmada figura de Menelao.

-He querido recibirlos en Esparta con la misma espontaneidad con la que tú me recibiste una vez en Troya, Paris -le gritó-. Y tú, amigo Eneas, ¿reconoces estos dos caballos? Son los que me dio tu padre, el tiro más raudo de todo Argos: hasta Agamenón los codicia. Venga, que vuestro carromato nos siga, no le pasará nada. Tenéis que bañaros y comer, mi dama Helena está deseando conocer a mis amigos troyanos -con un tirón de riendas que hizo girar a los caballos señaló la ciudadela-. Decidme, ¿os gusta mi tierra? ¿No es bella?

-Más bella incluso de lo que esperaba -asintió Paris-, pero a Eneas y a mí nos ha sorprendido que Esparta no tenga murallas.

-¿Y qué necesidad tenemos de murallas -Menelao se rió-, cuando los dioses nos dieron semejantes montañas? Hay que pensárselo dos veces antes de invadir Esparta, los soldados caen muertos en los desfiladeros mucho antes de poner la vista en la cuenca lacedemonia. Amigos, llegáis al reino más feliz del mundo. Todo lo mío es vuestro, disfrutadlo. Disponed de ello con toda libertad, os lo ruego.

Para que pudieran recuperarse mejor del viaje, Menelao había decidido ahorrar a sus huéspedes aquella noche las exigencias de un banquete público, por lo que iban a cenar solos con el rey y su esposa en un comedor privado. Los troyanos se dieron un largo baño caliente, y recibieron de las criadas masajes de aceites aromáticos antes de vestirse con la ropa limpia que habían puesto a su disposición. A la espera de que apareciera la reina de Esparta, ambos pasearon con su anfitrión por el fragante jardín nocturno en lo alto de la ciudad. A la luz de la luna reflejada en el río, vieron que los olivares, huertos y trigales llegaban hasta las boscosas estribaciones de las montañas circundantes.

Cuando Eneas se volvió para comentar lo majestuosas que eran las columnas del templo sobre el patio del palacio, Menelao le explicó que lo que miraba era la Casa de Bronce de Atenea, la deidad guardiana de la ciudad.

Aprovechando la ocasión, por si luego le pareciera demasiado comprometido preguntarlo, Paris hizo un signo de respeto y salvaguarda.

–Así pues, estoy cerca del suelo sagrado de la diosa agraviada. Sin querer, ofendí a la Atenea de ojos grises -vio a su huésped fruncir el ceño preocupado, y abrió las manos-. He llegado a Esparta como tú llegaste una vez a la ciudad de Príamo, ávido de una bendición.

Menelao le puso a Paris una mano en el hombro.

–¿No te he dicho ya que todo lo mío es tuyo? Habla con libertad. No dudes de que haré todo lo que se pueda hacer por ti.

Paris tomó aire.

–Mi padre me ha aconsejado humillarme ante ti como sagrado sacerdote de Atenea en Esparta, pues a los ojos de la diosa -y a los míos- sigo manchado por un crimen. Te ruego que me purifiques en la sagrada casa de Atenea por el rito que juzgues adecuado.

–Es una mala noticia -le respondió Menelao gravemente-. Pasa adentro, amigo, toma algo más de vino y dime qué malhadado destino ha caído sobre ti desde que nos vimos por última vez.

Los tres hombres se sentaron a la temblorosa luz de las muchas lámparas de aceite, y Paris relató los acontecimientos del día en que Anteo había muerto.

–El niño era el amado hijo de Anténor, el consejero de mi padre, tú lo conoces -finalizó-. Y lo que más pena me da es que apenas tenía cinco años.

–Recuerdo a Anténor con afecto -murmuró Menelao en voz baja-. Un hombre sabio, respeto su criterio. Lamento su pérdida, más aún porque yo mismo no tengo un hijo varón. Pero ¿cómo es que esta fatalidad ofende a Atenea?

–La esposa de Anténor, Teano, es sacerdotisa del principal santuario de la diosa en Troya. Le he jurado por mi desventurada vida que la muerte del niño fue un accidente, pero es innegable que fue por mi culpa, y Teano me odia. Desde entonces las Furias me asaltan la mente por las noches y nadie en Troya me puede limpiar de esta culpa. La llevaré para siempre, salvo que tus ritos aquí en Esparta me liberen.

Paris alzó la mirada a los solemnes ojos de su amigo. Menelao estaba a punto de responderle cuando una voz de mujer preguntó suavemente desde la puerta, ahora abierta:

–Mi señor, ¿es éste el hijo del rey Príamo que te dio su protección apenas pusiste el pie en Troya?

–Sí, mi señora, y éste es su primo Eneas, hijo del rey dardanio. Mi amigo el príncipe Paris me estaba contando...

–Lo he oído todo -interrumpió Helena- y, como tú, estaba tan absorta en su triste historia que no me he enterado de nada más -y sonriendo con dulzura a su esposo, añadió-: ¿No está nuestra ciudad en deuda con este príncipe, incluida yo, claro?

Paris ya se había levantado de un salto. Era como si la habitación flotara al contemplar a la luz de la lámpara la arrebatadora belleza de esa mujer cuyo sencillo vestido de color azul tirio caía formando pliegues sobre su cuerpo, lleno de gracia. Llevaba su oscura cascada de cabello recogida en un pasador dorado que parecía iluminar el verde azulado de sus ojos. Paris se olvidó de respirar. Se le borró todo de la mente, todo salvo la viva presencia de la mujer: la misma de la visión que tuvo en el monte Ida. Y fue como si los dos instantes, éste y aquél, fueran contiguos en el tiempo y el largo espacio transcurrido entre ambos no tuviera más significado que si lo hubieran pasado dormidos. ¿Sentiría también ella la fuerza de esa unión?



Pero si era así, Helena no daba muestras de ello. Paris oyó a

Menelao, cuya voz ahora le parecía llegada de muy lejos: -Desde luego, somos totalmente conscientes de ello. Veo que mi reina y yo tenemos la misma opinión al respecto.

Helena sonrió.

-Entonces, sin duda se hará todo lo posible por nuestro amigo en su hora de necesidad.

Sin embargo todo pensamiento de culpa, vergüenza y dolor había desaparecido de la mente de Paris.

Estaba sobrecogido por la presencia de Helena de Esparta, y oía el susurro de su diosa fuera, en el olor a jazmín de la noche.

-¿No es como te prometí? - le decía-. ¿Se ha visto mujer más fascinante en la faz de la tierra?

En ese mismo instante se dio cuenta de que incontables hombres antes que él habrían mirado el rostro de Helena exactamente así. Notó también que ella no había aprendido a responder bien al involuntario impacto de su belleza, pues vio que su turbación crecía tras la tierna petición de sus ojos cuando apartó la mirada sonriendo y juntó las manos en su blanca garganta en un recatado gesto de autoprotección con el que el corazón de Paris dio un vuelco. Cuando volvió a mirar su rostro, vio que la sonrisa se había retirado rápidamente tras una máscara de orgullo y reserva -orgullo que habría tomado por arrogancia de no haber observado antes ese resquicio de vulnerabilidad-, y Paris supo en ese breve instante que el resto de su vida no valdría nada si no hacía cuanto estuviera en su poder para que esta mujer fuera suya.

-Veo que lo que afirman los rapsodas es todo cierto -dijo Eneas-. La dama Helena es tan graciosa como bella.

Helena le sonrió, negando con la cabeza.

-¡Como se tome demasiado en serio a los rapsodas, señor Eneas, acabará creyendo que nací del huevo de un cisne!

-Porque es una belleza tan especial -musitó Paris en un ronco murmullo- que han de recurrir a metáforas para abarcarla. Y aun así no pueden. Como tampoco te igualarán en gracia los ricos regalos que Troya ha buscado para ti.

-Estoy segura de que eso también está lejos de la verdad -Helena alargó el brazo, esbelto y blanco, para coger la mano de su esposo-. Y la amistad de Troya con mi señor Menelao ya es bastante regalo.

-Entonces -la sonrisa de Menelao era radiante-, hay que beber por esta amistad. Alegrémonos esta noche, mañana nos ocuparemos de cosas más serias.

Paris apenas durmió esa noche, y cuando se dormía, volvía a despertar a los pocos minutos. Tan ansioso de vida tenía el cuerpo, que un instante ajeno a la conciencia le parecía tiempo perdido; tan agitados el corazón y los sentidos, que ni siquiera pudo quedarse en la *cama*. Salió al balcón de su alcoba, donde el aire colmado del aroma de las flores de luna era embriagador, y una estrella más brillante que el resto -la de Afrodita- pendía bajo la luna, llena y roja como una joya. Intentó recordar cada instante de su primer encuentro con Helena, cada cambio en su semblante cuando él la hablaba o ella se daba cuenta de que su mirada la seguía al saltar la conversación de un sitio a otro de la mesa. Intentó recordar cada palabra dicha por ella, probó a repetir el sonido de todas sus frases buscándoles signos y significados ocultos, pero aunque sólo pensar en ella le exaltaba, siempre chocaba con la desalentadora verdad de que Helena no había dicho ni hecho nada que le diera un rayo de esperanza: en él no veía otra cosa que un huésped bienvenido que merecía todas las atenciones por su amistad con su esposo.

Y aún peor: siendo sincero, no le quedaba más remedio que reconocer que al afectuoso y desmedido amor de Menelao, ella correspondía con una devoción que parecía igual de sincera. La

divina Hera había unido a ese hombre y esa mujer en un matrimonio tan inquebrantable como la propia Esparta, y la sabiduría de Atenea, la diosa que presidía la ciudad, regía su satisfacción tranquila y ceremoniosa. No parecía haber espacio para la intervención de Afrodita.

Sin embargo, como fuera, Helena había de ser suya. Su vida dependía ya de ello. Helena *era* su vida. Sin ella a su lado, vagaría por el mundo como una sombra hambrienta, atormentado para siempre por el pensamiento de lo que pudo haber sido. La idea era insoportable. Sin embargo, querer retirar los obstáculos que se interponían entre Helena y su deseo era como desear la muerte de un amigo. Un amigo dispuesto a limpiar su alma de culpa.

Y mientras Eneas dormía tranquilamente, Paris se agitaba en la noche pasando todo el rato de la esperanza a la desesperación, sin hallar descanso ni dentro ni fuera de sí. Incapaz de seguir tumbado en la cama ni un minuto más, salió de la alcoba y volvió por el vestíbulo a la salita donde habían cenado esa noche. Se sentó donde se había sentado antes y miró la silla de Helena como si ella aún se reclinara allí sorbiendo vino de su copa grabada en plata o retirándose de la cara un mechón de sus cabellos. Recordó el cariño y la admiración con que sonrió a Menelao cuando Eneas le contó cómo el rey espartano le había salvado la vida durante la caza del jabalí en Dardania, una historia que a todas luces oía por primera vez. Una mueca de dolor afloró a la cara de Paris al pensar en que el cuerpo desnudo de ella estaba tendido junto al de su esposo a sólo unos metros.

Consciente de lo vano e impotente del acto, cruzó la estancia y cayó de rodillas ante la silla que Helena había ocupado en la cena, como si aún guardara un fragante vestigio de su almizcleño perfume. Pero no había nada, salvo la madera tallada, el cuero tachonado de la silla y los mullidos cojines bordados con figuras de bailarinas en la danza espiral. Sintió llenársele el pecho de su ausencia.

Paris se levantó, su mente ardiendo desesperada, recordándose que tenía una misión divina y la autoridad temporal de su padre para, si todo lo demás fallaba, raptar a la mujer por la fuerza. Esta ciudad parecía despreocupada y llena de confianza en sus defensas. Una vez fuera de la ciudadela, no había puertas, no había murallas. Una carrera nocturna hacia el mar, y Helena sería suya. Se podía hacer.

En una avalancha de sentimientos contradictorios, estaba a punto de regresar a la cama cuando oyó que algo se movía por el pasillo. Su corazón dio un salto, al pensar que Afrodita hubiera actuado ya obedeciendo a su plegaria y hubiera despertado a Helena del sueño para trasladarla a su habitación. Avanzó con sigilo para ver el pasillo, pero lo que allí vislumbró no fue la mujer de sus sueños, sino la ancha figura de un hombre con una holgada camisa de dormir saliendo de la alcoba cuya puerta cerraba tras él para dirigirse a la escalera. La luz de su lamparita de aceite arrancaba destellos bronceados del rojo resplandor de su cabello.

### **La locura de Afrodita**

A pleno sol, durante un rato que le parecieron horas, Paris esperó en el atrio del sagrado recinto a que le abrieran las puertas de bronce del gran templo de Atenea, con Eneas a su derecha y Eteono, el ministro del rey, a su izquierda. Con la cabeza descubierta y descalzo, sólo llevaba una sencilla túnica blanca encima de un calzón. En el altar de piedra al pie de la escalinata del pórtico, esa mañana había derramado libaciones y ofrecido sacrificios a la diosa ante la mirada curiosa de la muchedumbre espartana. Le habían cortado y quemado mechones de pelo. Lo habían azotado ritualmente con ramas de abedul y lo habían bañado por tercera vez en el día, rociándolo con agua y óleos sagrados. Ahora, del interior del templo salían los compases de un cántico, el himno a la Divina. Atenea, la diosa que salió de la cabeza de Zeus armada hasta los dientes, estaba a punto de dictaminar si ese extranjero en el país podía redimirse de la falta que llevaba.

De todos los reunidos en el templo, sólo Paris sabía que había ofendido a la diosa de ojos grises en

varias ocasiones, y que tal vez a Atenea le doliera más su rechazo en favor de Afrodita en las faldas del monte Ida que la infausta muerte de Anteo. Y lo que sabía le daba cada vez más pavor.

Al fin un sacerdote había aparecido en lo alto de la escalinata de piedra para llamarlo al interior. Acompañado de dos sirvientes del templo y con la cabeza gacha en señal de respeto y sumisión, Paris notó el frescor de la oscuridad al penetrar en la Casa de Bronce de Atenea. Con una seña, el sacerdote detuvo a Eneas y Eteono en la puerta al entrar Paris, que avanzó en silencio entre filas de sacerdotes y sacerdotisas para arrodillarse ante la imponente figura de Menelao. El sacerdote-rey llevaba prendas rituales y el dorado báculo de sacerdote. Tras él había una alta estatua de la diosa con sus ropajes de piel de serpiente, su yelmo y, apoyado en un brazo, el Aegis -su escudo repujado con la imagen de una Gorgona- y, en el otro, su larga lanza de punta de bronce. Paris, en señal de adoración, se llevó la palma de la mano a la frente. En su cabeza se enroscaban fragantes volutas de incienso.

Menelao invocó solemnemente a la diosa. Luego se volvió a Paris y le exigió dar cuenta de sí y de la culpa que le correspondía en la muerte de Anteo. Acabada su confesión con sentidas palabras de arrepentimiento y una súplica ritual de piedad a Atenea, le desataron la túnica de los hombros, le ataron las manos a la espalda y le taparon la cabeza con una caperuza, negra como un súbito anochecer. Al plañidero son de la música y los cantos, lo llevaron dando vueltas por el templo hasta que se sintió desorientado. Una puerta se abrió con un chirrido. Al momento bajaba por unos irregulares peldaños de piedra. Sentía el aire frío y húmedo. No se esperaba nada de todo aquello. Atenazado por el pánico, Paris se preguntó de pronto si no habría intuido Menelao sus intenciones ocultas y pensaba librarse de él en algún oscuro subterráneo de ese arcaico lugar. Tenía la piel trémula por el frío del aire.

Cuando le quitaron la caperuza, se quedó parpadeando en la penumbra de la cueva excavada en roca en las profundidades de la colina. A la temblorosa luz de las teas, Paris distinguió sobre la piedra pinturas parpadeantes de trazos rectilíneos y, justo encima de él, la primitiva talla en madera de una diosa. Se erguía sobre un altar carbonizado de tosca piedra, portando algo que parecía una cabeza de lechuza. El humo dejaba el aire pegajoso, y en la oquedad de la cripta resonó de pronto lo que, embotado, tomó por gritos de terror de un niño. Menelao apareció frente a él con la luz de las antorchas prendida en su roja mata de pelo. Ya no llevaba las vestiduras sacerdotales, sino lo que podría ser el mandil de cuero de un carnicero sobre el cuerpo desnudo. Una larga hoja centelleaba en su mano.

–Arrodíllate -le ordenó, y al mirarlo Paris con ojos muy abiertos y aire de duda, subió la voz para hacerse oír sobre los alaridos y repitió-: Arrodíllate.

Con las manos aún atadas a la espalda, y ya sin más elección que implorar la piedad de una diosa cuya misma cara estuvo vedada en otros tiempos a la mirada de los hombres, Paris hizo como se le ordenaba. Hubo un intercambio de palabras en un dialecto para él desconocido. Cuando alzó la vista, vio que un sacerdote sujetaba un cochinito por las patas traseras, ofreciéndolo. El pálido animal chillaba y forcejeaba cuando se lo pasaron al sacerdote-rey Menelao, que elevó su crispado cuerpo poniéndolo boca abajo y le clavó el cuchillo en el pescuezo. Los enervantes chillidos cesaron, y el cálido y brillante raudal de vida de la sangre del animal cayó a chorros en la cabeza, la cara y los hombros desnudos de Paris.

En el tenso silencio de la cripta, Menelao entonó palabras litúrgicas que Paris no entendió. La sangre le empapaba el pelo y densas gotas le caían en los ojos y la cara, resbalándole por el mentón hasta el pecho. Apretó bien los labios, el olor cálido y pringoso del flujo le hizo estremecer. Horripilado al ver tanta sangre salir de un animal tan pequeño, pensó que se ahogaría en la espantosa ducha roja.

Y entonces todo acabó. Le costó abrir los párpados, que tenía cerrados como costras sobre los ojos, para entrever, velada por la sangre, la antigua figura de la diosa. Flanqueándolo, un sacerdote y una sacerdotisa lo lavaban con el agua de unas escudillas de plata; chorretones del vivo color le surcaban la carne. Cayéndole por los hombros, el agua fría parecía purificarle de su culpa en la muerte del niño. Pero al mirar los penetrantes ojos de lechuza de la diosa, se sintió como un ratoncillo en sus garras. Se apoderó de él la certeza de que una de sus ofensas seguía siendo muy grave para la implacable Atenea, y que, por larga que fuera su vida, aquel insulto a su divino orgullo nunca se olvidaría.

Pero no estaba arrepentido. Se dijo que Afrodita estaba con él, incluso en esa honda fisura abierta en la roca en los albores del tiempo y consagrada a Atenea. Se quedó en pie para que lo secaran, y cuando volvían a atarle la túnica a los hombros, Menelao le sonrió diciendo:

–La diosa te mira con benevolencia, amigo mío.

Pero en su mente había un solo pensamiento: que no tuviera que pasar mucho tiempo sin volver a estar en presencia de Helena, a la fragante luz del día.

Aquella noche se celebró un gran banquete en el salón del palacio. Ovacionados por todos los nobles espartanos, aunque no a todos les había alegrado la presencia en la ciudad del impuro Paris, los príncipes troyanos sacaron sus presentes a Menelao y su reina. Eran caros y abundantes, y muchos de ellos habían viajado por las rutas de las especias desde lejanas tierras del Oriente y del sur del mar Negro. Gran asombro y regocijo levantaron la pura seda, raros perfumes y exquisitas prendas de cachemir, y también ponderaciones sobre la envidiable riqueza del reino de Príamo. Dos monos parlanchines disfrazados de frigios remedando a Paris y Eneas cautivaron a todo el mundo.

El último de todos los regalos causó gran sensación cuando Paris se acercó a la reina para abrocharle en la nuca una cadena de oro. El fino collar era una delicada cascada de intrincada orfebrería de jade, lapislázuli y otras piedras preciosas.

–Dicen que en otro tiempo adornó la garganta de una gran diosa del Oriente -comentó-, pero aunque fuera el *kestos* de la propia Afrodita, apenas haría justicia a la belleza que ahora honra.

–Y yo no tengo palabras que hagan justicia a la generosidad del rey Príamo -Helena se sonrojó de placer-. Dile que le agradezco este regalo de todo corazón.

Entre los sonoros cumplidos de todos los comensales, Paris le susurró al oído:

–Este regalo es mío. Te lo doy como rescate de mi corazón.

Antes de que ella recobrarla el aliento para contestarle, él se enderezó y, con una sonrisa a Menelao, volvió a su asiento. El rey se levantó para expresar su placer por tan espléndidos presentes. Prometiendo a sus huéspedes que no volverían a casa con las manos vacías, hizo una seña a Eteono, que dio unas palmadas a los músicos. Al son de tambores y gongs, un conjunto de acróbatas libios ligeros de ropa hizo su número de saltos mortales y volteretas por el suelo de la sala.

Paris no se unió al largo aplauso. Alterado y nervioso tras el martirio de la purificación, no había dejado de temblar desde el breve e íntimo contacto con la piel de Helena. Una y otra vez, deseando hallar respuesta a su acercamiento, quiso atraer su mirada, pero ella la apartaba deliberadamente atendiendo a los planes de Eneas y su esposo para la próxima misión en Micenas. Sus manos no jugueteaban con el collar en su pecho. Otra mujer se le acercó para mirar de cerca la joya, alabando el bello efecto del jade contra el fuego de sus ojos verdes, pero ni siquiera entonces dio ella signos de nada más que un gozo momentáneo. Como si fuera una baratija que se hubiera comprado en una feria.

Paris se llevaba la copa a los labios constantemente. La música le daba dolor de cabeza. Conteniendo el impulso de subirse a la mesa y decir a voces a todos los comensales que no sólo era emisario de Troya, sino también de la propia Afrodita, miraba a los acróbatas formar una alta torre ante una cerrada ovación. Sabía que su loco enamoramiento le volvía zafio e ingrato, hubiera deseado

amenazar con la ira de la diosa a todos esos imbéciles espartanos, si no se levantaban ya y exigían al rey ceder a la reina a los brazos del hombre al que siempre estuvo destinada.

A los acróbatas siguieron bailarinas adornadas con brazaletes, y a ellas, un rapsoda de Arcadia que primero cantó la pasión imposible de Eco por Narciso, y luego el amor de Pigmalión a Galatea. Para Paris, la noche transcurrió suspirando más que hablando y bebiendo más que suspirando, en un vano intento de atraer los ojos de Helena. No sacándole más que una breve sonrisa de cortesía o una mirada que enseguida retiraba para susurrarle algo a su esposo, a Paris aquella proximidad tan distante se le hacía cada vez más difícil. El enfado se había disipado hacía rato. Vencido por la tristeza, se levantó y dejó la sala sin excusas ni disculpas para salir solo a un balcón.

Se dijo que una especie de locura lo poseía sin que pudiera hacer nada. Y por muy insufribles que fueran las exigencias de esa locura, tan dolorosas y bellas, tenía que sufrirlas, pues la diosa le había ofrecido el amor y él lo había aceptado. Deseaba para sí ese destino y todas las pruebas que conllevara, y nunca había lamentado la elección ni por un momento, aunque ahora le pareciera que abría en su corazón una necesidad tan grande que nunca sería correspondida. Pero si ése era el precio de la exaltación que senda al mirar a Helena a los ojos, lo pagaba con gusto. Y si le estaba vetado saborear con ella las alegrías del amor, saborearía el sufrimiento.

Al rato oyó una tos queda a su espalda. Cuando se volvió, Eteono le decía:

–Mi señor, al rey le preocupa que nuestro espectáculo espartano no sea de su gusto.

–No, no, no es eso -contestó Paris, abatido-. Es el vino, que es fuerte. Necesitaba tomar el aire.

Dile al rey que enseguida volveré a su lado.

Pero no tenía ánimos para ello. Minutos después, seguía mirando la nebulosa llanura más allá del río cuando oyó el suave timbre de la voz de Helena a su espalda:

–Como no vienes por propia voluntad -le dijo-, mi señor Menelao me pide que venga a buscarte.

–¿Porque ningún hombre en sus cabales desobedecería tus órdenes? – señaló ásperamente, la sangre agolpándosele en la garganta.

Helena se ruborizó un poco y apartó la mirada para recuperar la calma.

–Porque echa de menos tu compañía y teme que los suplicios del día hayan hecho mella en ti.

Mirando atentamente los preocupados ojos de ella, le dijo: -Los suplicios del día no son nada comparados con los de la noche.

Helena dio un paso atrás, como ante la puerta de un horno que se abriera de pronto.

–¿Alguien te ha molestado?

–Tú -la acusó suavemente-. Tú me has molestado. Se quedó ante él con la cara ladeada y las mejillas encendidas como si la hubiera golpeado. Pero su voz fue firme al decir:

–¿Mi señor?

–Sé que me oíste cuando te abroché esa baratija al cuello -soltó-, y, no obstante, me has negado una respuesta.

Enojada por su total abandono de la debida discreción, le sostuvo la mirada:

–Señor, eres amigo de mi esposo, no puedo rechazarte nada que el honor permita. Te agradezco este exquisito regalo, que ya no puedo aceptar.

Se desabrochaba el collar, pero él alargó la mano para impedirselo.

–Quédatelo, te lo ruego -pidió-. Perdóname. No estoy en mi sano juicio.

Helena tenía la garganta seca. Alarmada, el corazón le golpeaba el pecho. Tras una rápida mirada circular para ver si alguien era testigo de su turbación, volvió su esbelto cuerpo con recelo.

–Seguramente estarás agotado -dijo-. ¿Le digo a mi esposo que necesitas retirarte?

–Dile que has conocido a un hombre que no vivirá mucho más si su amor no es correspondido.

Dile que ya no eres la de antes, que cada mirada de ese hombre acapara ahora toda la atención de tu alma. Dile -añadió, cogiéndola apremiante por la muñeca cuando ella se volvía- que negarse a la llamada de un dios es locura.

Ruborizada, trataba de serenarse. Los ojos le brillaban de miedo y exaltación.

-¿Está el príncipe Paris tan trastornado que se cree una deidad?

-No, pero sirvo a una, señora. Y es poderosa.

La oyó contener la respiración. En sus ojos creyó ver una súbita agitación.

-Si no me sueltas la mano, gritaré que en casa de mi esposo hay un traidor cuyo corazón ingrato es totalmente indigno de la amabilidad y la amistad que le brindan.

Le resultaba intolerable que pensara así de él.

-¿Y si la suelto?

Ella apartó los ojos.

-Lo olvidaremos. No volveremos a pensar en ello. Intentaremos ser amigos otra vez.

Paris la apretó un momento más y contestó:

-No puedo prometerte tanto. Dile a tu esposo lo que quieras. Mi vida está en la mano que ahora te devuelvo, donde ya estaba mucho antes de mi venida a Esparta. Destrózala o déjala amarte. De todos modos, su deseo de ti no se apagará.

Los labios de Helena se abrieron. Se tocó tiernamente la muñeca, como si su tacto la hubiera lastimado. Todo se estaba desmandando en este mundo. Incluso el candelabro de la puerta, que ahora humeaba.

Sacudiendo la cabeza, se dio la vuelta para pasar al salón.

Paris siguió el rastro de su fragancia por la festiva barahúnda mirando la curva de su espalda, triunfante al menos por saber que esa noche ella no dormiría mejor que él. Hallaron a Menelao y a Eneas riendo con una mujer de enorme melena cuyos pechos se asomaban al inclinarse para servirles más vino. Levantando la copa, el rey miró radiante a su esposa.

-¿Qué te dije, Eneas? -gritó-. La belleza de Helena es un imán, atrae a los hombres de toda condición, lo quieran o no. Paris, hemos echado en falta tu compañía. Venga, bebe más vino con nosotros. ¿O es verdad lo que dice Eteono, que el jugo de Afrodita te ha parecido muy fuerte?

-Sería la primera vez -rió Eneas-. A mí me ha dejado tirado bajo la mesa muchas noches de borrachera.

-Pero ha sido un día extraño y agotador. - Paris frunció el ceño.

-Es cierto -concedió Menelao. Ya bebido, rebosaba solicitud y afecto-. Sin embargo, la sombra te ha dejado. La borramos en la Casa de Bronce de Atenea. Alégrate, amigo mío.

Antes de que Paris supiera qué responder, Helena intervino con voz firme:

-El príncipe Paris está fatigado, esposo, todavía no se ha repuesto del todo. Habrá otras noches de diversión, creo que ahora necesita dormir.

Se vio el chasco de Menelao en su semblante. Ofuscado, estudió la palidez de Paris. Siempre franco, los turbulentos cambios de humor de sus amigos asiáticos a veces le dejaban desconcertado. Se le ocurrió una idea. Sonrió a Paris, haciéndole un gesto con la copa.

-Echa un vistazo por la sala -le invitó-. ¿No habrá aquí alguna mujer que quisieras que esta noche te calentara la cama?

-Si todo fuera de otro modo... -le respondió Paris, con un áspero tono de disculpa-. Pero tu señora esposa es tan sabia como bella. Creo que me lee la mente.

Decepcionado, Menelao se encogió de hombros y dirigió un gesto irónico a Eneas, que fruncía el ceño a su lado, extrañado de la conducta de su amigo. El rey espartano osciló un poco al levantarse.

–Duerme si es lo que necesitas -concedió-. Pero mañana... Eneas y yo hemos estado haciendo planes: mañana nos vamos de caza. Acamparemos en el monte -abrazó a Paris dándole una calurosa palmada en la espalda-. Un par de noches al aire libre te dejarán como nuevo. ¡Todo sea que nos topemos con otra osa que te amamante! – Menelao reía su propio chiste cuando se apercibió de la mirada de su esposa-. Que tengas buenos sueños, amigo -dijo más tranquilo-. Las Furias se han ido. Tu alma está purificada. Vuelves a ser libre de vivir tu vida como desees.

Ya avanzada la mañana, a Paris lo sacó del sueño una sacudida en el hombro.

–¿Qué te pasa, hombre? – le decía Eneas-. Llevas toda la noche gimiendo en sueños, y ahora, casi a media mañana, sigues ahí tumbado como un borracho en la calle. Menelao nos espera, está deseando salir de caza. Despierta, nuestro anfitrión se va a ofender.

Obligándose, Paris se levantó de la cama con la cabeza entre las manos.

Al abrir Eneas las cortinas, la intensa luz del sol se fragmentó en rayos entre sus dedos. Paris levantó una cara macilenta a su amigo.

–¡Pareces una gorgona! – Eneas frunció el ceño-. ¿Estás enfermo o qué?

Por un instante, Paris estuvo a punto de cometer la temeridad de confiarse a él, pero meneó la cabeza para despejarse y vio que no era el momento. Eneas era un alma cándida, demasiado franco. Su amistad con Menelao era fuerte, y no sería capaz de ocultar su turbación si conociera el desesperado plan que bullía en la mente de su amigo. Y si Paris no controlaba mejor sus propias emociones, el rey de Esparta no tardaría en olerse algo.

–No sé -gimió-. Tengo la cabeza como un gong.

–Sé de una moza que te echaría encima un cántaro de agua. Venga, Paris, espabila. Menelao fue muy amable anoche y no dijo nada de tu conducta, pero oí comentarios... Bueno, hasta que Helena te tomó bajo su ala. Pero el rey quiere ir hoy de cacería, estamos deseando salir. ¿Le digo que estarás listo dentro de una hora?

Con los ojos cerrados bajo la mano con la que se tapaba la cara, Paris asintió:

–Dame tiempo para lavarme y hacer mi ofrenda a Afrodita -musitó-, y estaré contigo.

Sin embargo, al bajar al vestíbulo se encontró con un gran revuelo.

Fuera el aire temblaba con el ladrido de los sabuesos que se mordían entre sí y gemían todos a la vez, impacientes por salir de caza, pero un grupo de ancianas de rostros nudosos como castaños gemían arrodilladas en el vestíbulo dándose golpes en el pecho. Los esclavos se afanaban sacando baúles a un carromato. En el patio, los herreros ajustaban el tiro de raudos caballos a la yunta del carro de Menelao. El propio rey parlamentaba apresuradamente con Eteono y otros ministros, mientras Helena los miraba con ansiedad y con su hija Hermíone en brazos, asustada.

Eneas cruzó el vestíbulo para recibir a Paris al pie de las escaleras.

–Parece que llegamos en mal momento -le dijo-. Un mensajero de Agamenón acaba de anunciar a Menelao que el rey ('atreo ha muerto. Tiene que irse de inmediato.

–¿El rey Catreo?

–Es su abuelo materno, un cretense. Sus exequias han de celebrarse pronto, por lo que esta noche zarpan para Creta. Todo el palacio está alborotado.

–¿Y Helena? – preguntó.

–¿Helena? – a Eneas le sorprendió la pregunta-. ¿Qué pasa con ella?

–¿Se irá a Creta? ¿Se va con él?

–No lo sé -Eneas arrugó el ceño-. No estoy seguro de que hayan decidido eso.

Al oír el repentino llanto de la niña, Paris se volvió a mirar el vestíbulo y vio a Helena suplicando a Menelao. Helena entregó la niña a una criada para que la consolara, pero Hermíone chillaba y

pataleaba mientras la mujer se la llevaba. Ella se volvió a su agitado esposo: era evidente que le rogaba algo.

–Deberíamos darle nuestras condolencias -dijo Paris. Eneas lo detuvo con la mano.

–A su debido momento -objetó-. ¿No ves que ahora está muy ocupado? Nos dirá algo antes de irse.

Así pues, Paris tuvo que esperar mirando mientras, interrumpido una y otra vez por sus consejeros y los responsables del servido doméstico, Menelao hablaba a Helena con suavidad, cogiéndola por los brazos y enjugándole con el pulgar una lágrima de la mejilla. Al final la abrazó recorriendo el vestíbulo con la mirada, hasta que sus ojos cayeron en sus amigos troyanos. Rodeó con el brazo los hombros de su esposa, y la pareja cruzó el suelo de mármol para unirse a ellos.

–Perdonadme, amigos, pero luctuosas circunstancias me obligan a partir.

–Ya nos hemos enterado de tu pérdida -dijo Eneas-. Te acompañamos en el dolor. Tendrás que ocuparte de muchas cosas. Por nosotros no te preocupes, por favor. Pronto haremos también los preparativos para marcharnos.

–De ningún modo -objetó Menelao-. Volveré antes de una semana y me traeré a Agamenón a Esparta. Entonces trataremos el asunto que más nos preocupa. Mientras, Eteono atenderá todas vuestras necesidades, y he pedido a mi reina que os agasaje como a reyes. Hoy no puedo ir de caza, pero vosotros no dejéis de hacerlo. Escuchad a los perros.

Sonriente, miró el lívido semblante de Paris.

–¡Si tenéis la cabeza en condiciones, claro! Lo mío es todo vuestro. Sentíos libres en mi casa hasta mi regreso.

–Que tus dioses vayan contigo -le dijo Paris- y te den consuelo en tu pérdida.

Menelao asintió, dio una palmada en el hombro a cada uno y se volvió a Helena, que lo miraba abatida.

–Pórtate bien. Dejo a tu cargo a mis amigos. Hazles los honores como si fueras yo mismo.

Y luego, tras despachar varios asuntos de última hora con sus ministros, se marchó.

¿Era Afrodita tan despiadada en la persecución de sus fines, se preguntaba Paris, que estaba dispuesta a matar a un anciano para insuflar vida al corazón de un joven? Tal vez sí. O tal vez el rey Catreo llevara mucho tiempo preparado para la muerte.

Pero ¿qué mortal comprendía los designios de un dios? Lo único seguro era que Menelao estaba ahora lejos de palacio y que su mujer no le había dicho nada que le infundiera sospechas.

Paris se fingió enfermo ese día. Le dijo a Eneas que estaba sin fuerzas para ir de caza, pero que como hacía bueno y además los perros aullaban deseando que los soltaran y los cazadores estaban dispuestos, Eneas no debía dejar de ir.

–Sé que estás deseando saber qué caza esconden los montes espartanos. Estaré repuesto a tu vuelta. ¡Tráete una piel de oso para que Menelao se ría!

Cuando Eneas se fue, Paris se quedó en su alcoba durante una hora que se le hizo interminable, y luego bajó a buscar a Helena. No la encontró por ninguna parte. Llegó a la zona donde las mujeres de la casa trabajaban en sus husos y telares, pero no la vio entre ellas, y tanto rieron las mujeres ante su inesperada entrada en la sala de telares que se retiró rápidamente. Tampoco la vio paseando por los jardines, ni en ninguna parte por las calles del mercado.

A media tarde, cuando en las salas del palacio reinaba la quietud en pleno calor del día, decidió aventurarse en las estancias privadas del palacio real.

Encontró el gran salón de recepciones, con su alto trono vacío. Un vistazo a una alcoba a un lado del pasillo le mostró a una rolliza sirvienta roncando en un diván junto a la cuna de Hermíone, que dormía con una muñeca de trapo en una mano y chupándose el pulgar de la otra. Siguió andando sin



hacer ruido. La puerta tachonada de la siguiente estancia estaba cerrada con llave... Paris adivinó que allí estaba el tesoro del rey, o quizá la armería. Suponiéndose ya cerca del dormitorio real, recorrió sigilosamente el pasillo casi sin respirar y, tembloroso, se detuvo ante una puerta de doble hoja enmarcada en bronce. Era consciente de no tener ninguna excusa preparada si alguien que no fuera Helena se hallaba allí barriendo el suelo o cambiando la ropa de la cama. Pero a esa hora parecía improbable, y no se oía nada a través de la puerta. Descorrió el cerrojo, que repiqueteó en el quieto aire. Al abrirse las puertas, se vio ante a una ventilada alcoba con un balcón por el que la luz entraba a raudales. El balcón daba a los jardines; más allá estaba el río y, a lo lejos, las montañas. Había una enorme cama de madera de cedro con incrustaciones de oro y marfil y una pareja de leopardos tallados en la cabecera, orientada hacia el balcón y cubierta de mullidos cojines y espléndidas colchas. A los pies tenía un arcón de madera. En la pared de la cabecera colgaba un tapiz de las tres gracias bailando en un prado de asfódelos y violetas. Las demás paredes estaban pintadas en carmín, azul y oro. Contra una de ellas, los tonos iridiscentes de un abanico de plumas de pavo real relucían en la brisa que entraba por la ventana abierta.

Aquí era donde ella dormía y soñaba. Aquí era donde su esposo le hacía el amor cada noche. Había imaginado que el pensamiento lo atormentaría, pero ahora estaba tan seguro de su derecho a Helena y de ser invencible en ese derecho, que no se inmutó. Menelao había yacido con ella, hasta le había engendrado una hija; pero la mujer que tenía en su cama no era la verdadera Helena de Esparta, pues la propia Helena aún no sabía verdaderamente quién era. ¿Cómo iba a saberlo, cuando el secreto de su verdadera vida sólo lo conocían la diosa y él?

Paris cruzó el dormitorio. Un par de puertas interiores se abrían a dos cuartos independientes. Uno de ellos era el vestidor de Helena. El aire olía a su perfume. Había innumerables prendas colgadas de las perchas. Cogió con ambas manos, llevándose a la cara, el suave tejido de las que tenía más cerca. Luego fue hasta la mesa donde Helena tenía su colección de cosméticos, junto a cepillos, polveras, limas y peines, todo bien ordenado. Había estuches de medicinas en madera de sándalo y muchos tarros de remedios. Unos cofrecillos ofrecían abiertos pequeños tesoros: sortijas y pulseras, collares y pendientes, brazaletes de bello repujado, broches, diademas, redecillas enjoyadas, pasadores y horquillas. Buscó el collar de jade que le había regalado, pero no lo encontró. ¿Lo habría escondido para no verlo, o para ponerlo a buen recaudo? Sus ojos cayeron entonces en el plateado frasco de perfume en forma de Afrodita con una paloma, que tanto le había gustado a Helena entre todos los regalos que le había traído.

Despejando un poco el tocador, descolgó y depositó en él la pulida placa de bronce con un marco de delfines que era el espejo de ella. Destapó el frasco, y con una fina llovizna de perfume, intentó escribir *Te amo* en la superficie del espejo, pero las letras se negaban a conservar su forma, evaporándose en el aire. Rebuscando, vio un tarro de la pintura con la que Helena seguramente se oscurecía las pestañas. Cogió un pincel, se lo humedeció en la lengua y escribió. Trazaba las letras toscamente, pero no había tiempo para más; tenía que chupar el cepillo todo el rato, fuera o no tóxica la pintura. Si lo era, tanto mejor: al menos su mensaje le sobreviviría. Hasta su fracaso con el perfume al final fue un éxito, pues vertió tal cantidad de la costosa sustancia que el aire del cuarto había cambiado: ya no olía a Esparta, sino a Troya.

Cuando abrió las puertas dobles del dormitorio para salir, oyó a la niña allá en su cuarto. El lloriqueo era lo bastante alto como para despertar a la niñera. Se escabulló por el pasillo y, mirando por la ranura de la puerta entreabierta, vio a la niñera agacharse y sacar a Hermíone de la cuna apaciguándola con carantoñas. Pasó rápidamente por delante de la puerta y siguió hasta el final del pasillo. Ya al pie de las escaleras, estaba a punto de salir al jardín cuando la voz de un hombre le

preguntó a su espalda:

–¿Deseaba algo?

Sobresaltado, Paris se volvió y vio a Eteono con el entrecejo fruncido en el umbral que llevaba a las cocinas, al fondo del pasillo.

–Sólo iba... -Paris compuso la fácil sonrisa con la que tantas veces había embaucado al mundo-, me preguntaba dónde encontrar a la señora Helena.

–Mi señora pensó que estaba usted enfermo -le respondió Eteono-. Dio instrucciones de que lo visitaran cada dos horas, si ella no aparecía. Ha dejado a su cuidado a la curandera Polidamna, que antes llamó a su puerta. Al no haber respuesta, supuso que estaba dormido.

Paris estaba a punto de decir que así era, cuando recordó que lo habían visto por la calle.

–Me encontraba mejor y salí a tomar el aire -dijo en cambio-. La mujer ha debido de llamar en ese rato -volvió a sonreír-. Dígame, ¿dónde puede estar?

–Polidamna está en los aposentos de las mujeres. ¿Quiere que la llame?

–Me refería a Helena.

–¡Ah! Mi señora está en sus plegarias, haciendo ofrendas por el rey Catreo, cuya muerte lamenta mucho. No desea que la molesten.

–Y sin duda pedirá que su esposo regrese sano y salvo.

Eteono asintió, un poco extrañado de la sonrisa del troyano.

–Ya. Entonces esperaré pacientemente hasta que ella quiera -Paris se asomó a la resplandeciente claridad del día-. En el jardín, quizá. Veo que hay un santuario dedicado a Afrodita. También yo tengo que elevar plegarias.

Moviendo cortésmente la cabeza, se dio la vuelta y atravesó la columnata de la galería que daba al jardín. Las uvas engordaban en la espaldera de parras y la sombra de cipreses y altos plátanos refrescaba la senda que, entre adelfas e hibiscos, llevaba a la apartada arboleda de mirtos donde Afrodita tenía un santuario. Al entrar en la arboleda, Paris sonrió ante la estatua de Príapo, una figura barbuda y deforme tallada en madera de higuera, con la mano izquierda posada en la cadera y en la derecha un frasco de aceite del que se untaba el miembro, exageradamente abultado. Alguien -un amante esperanzado, lo más seguro- había dejado allí una ofrenda de granadas y membrillos. Un mirlo echó a cantar al acercarse Paris, que entró en el sagrado recinto de la diosa.

Pasó largo rato arrodillado en meditabunda oración junto a la estatuilla de mármol de Afrodita, bajo la cual un manantial brotaba de las rocas. Sobre una peana, la diosa se peinaba envuelta en la fragancia intensa y dulce de las rosas de Damasco, de vivo color rosado. Sobre su cabeza, las palomas aleteaban sonoramente de árbol en árbol o se arrullaban al sol por el claro. A lo lejos, un burro rebuznó y resopló quejándose de su carga. Pero Paris tenía el oído alerta a los ánimos y el consejo que Afrodita pudiera susurrarle. Luego se levantó para ir a sentarse a la sombra del cenador de ramas de mirto entretejidas, de dulce aroma. La sensualidad del lugar, la serenidad de aquel aire perfumado, el rumor del agua en el calor de la tarde, todo conspiraba para inflamar su doloroso deseo de Helena, que le recorría el cuerpo entero. Su plegaria se hizo ensalmo. Ahora la convocaba.

Pero fue una voz de niña la que le llegó del claro, la voz de una pequeña: ¡Hermíone! Si Helena la sacaba de paseo por el jardín, era improbable que la llevara allí. Paris se levantó. Tras un momento de duda, salió de la arboleda rápidamente y pasó ante la estatua de Príapo en dirección al lugar de donde venía el parloteo de la niña.

Se asomó entre dos laureles y vio a Hermíone en un trecho soleado. Jugaba a tirarle la pelota a su gorda niñera.

–Cógela, Crisa -le decía-, tienes que cogerla.

Pero la pelota se le quedó muy corta. Suspirando, la niñera fue a por ella y, al devolvérsela, se le fue muy arriba, pasó entre los brazos en alto de la pequeña, botó una sola vez y acabó rodando por la hierba hasta donde estaba Paris metido en la sombra. Con los ojos fijos en la pelota, Hermíone se acercó corriendo y girándose para gritar algo, sin percibir su presencia hasta que él se agachó a recoger la pelota. Riéndose, quiso tirársela suavemente, pero la niña, que se había parado en seco del susto, lo miraba como se mira a un fantasma.

–Cógela -le invitó él, inclinándose un poco y señalándole la pelota.

La niña contrajo la cara, aterrada. Se llevó las dos manos a la boca y soltó un chillido. Desolado por la reacción, Paris fue hacia ella, pero Hermíone dio media vuelta y echó a correr por la hierba gritando a la niñera:

–¡Sálvame, Crisa, sálvame del extranjero!

Sus finos brazos se aferraron a las caderas de la mujer, que le puso la mano sobre la cabeza a la niña, ahora medio oculta en sus faldas, preguntándole:

–¿Qué te pasa, pequeña?

Hermíone levantó la cara brevemente para volver a mirar muy rápido a Paris, que seguía allí, apurado. Le horrorizó oír el sollozo de la niña antes de echarse a llorar ruidosamente:

–¡Es el hombre que mata niños! Quiero que venga papá, que venga papá.

La niñera miró desencajada al extranjero, hizo el signo de ahuyentar el mal de ojo y luego cogió a la niña, que aún chillaba, y se fue a toda prisa.

Paris se quedó solo y desazonado en la paz del jardín, ahora rota.

Media hora después aún seguía allí, alicaído por el hilo de pensamiento que se había iniciado cuando cayó en la cuenta de que la niña de Helena era un asunto mucho más complicado que lo que él pensaba, y más cuando la pequeña parecía poseída por un terror irracional hacia él.

Volvió a la arboleda de mirtos para contemplar su problema, y dejando a un lado al pequeño Eros, que era de un orden totalmente distinto, se dio cuenta de que Afrodita tenía tan poco que ver con los niños como con la moralidad. Era la diosa indiscutible de la pasión y el deseo sexual. Sus deberes acababan donde empieza la concepción. ¿Qué ayuda podía ofrecer contra la hostilidad de una niña?

Sin embargo, le parecía imposible creer que Afrodita le hubiera llevado allí y hubiera alejado a Menelao tan pronto, como por encantamiento, sin tener en mente un plan de más calado. Tras unos inicios tan halagüeños, la posibilidad de que una niña de cinco años hecha un mar de lágrimas fuera un obstáculo insuperable interpuesto entre Helena y él, era un tormento demasiado vil para contemplarlo. ¿Es que no tenía encanto para ganarse a la niña?

Estaba considerando cómo sería mejor abordar todo esto cuando oyó pasos que se acercaban por el jardín. Esperando ver al ceñudo Eteono, Paris se levantó de un salto del banco del cenador y vio a Helena avanzando a grandes zancadas hacia él por la hierba. Arrebolada, tenía el pelo revuelto. De la primera exclamación de sorpresa, Paris pasó a la sonrisa extasiada, pero ella llegó a su altura antes de que pudiera decir nada y, alzando la mano, le dio una bofetada con todas sus fuerzas. Se quedó quieto y aturdido, parpadeando para retener las lágrimas que se le saltaban y moviendo la cabeza. La piel le quemaba como fuego en la mejilla.

Con el restallar de piel contra piel, se oyó una estampida de brillantes alas de paloma por la arboleda.

–¿Cómo te atreves? – jadeó ella-. ¿Cómo te atreves? Oyendo zumbas sus oídos, él dijo:

–Lo siento, lo siento mucho. No quería asustar a la niña.

Lo miró como se mira a un loco. Sus ojos despedían destellos de verde azul de mar, el más intenso que había visto nunca salvo en una tempestad iluminada por el sol en la costa dardania. Intentó decirle

que quizá la niña no hubiera entendido bien algo que hubiera oído sobre él, pero Helena borró sus palabras mostrando al cielo con furia las palmas de las manos.

–¡Entrar en nuestra alcoba, toquetear mis cosas, dejar el rastro de tu absurdo mensaje para que cualquier doncella lo siga! ¿Cómo has podido? ¿Cómo te atreves?

Antes de que pudiera detenerla, volvió a abofetearlo.

Él retrocedió, defendiéndose de más ataques con los brazos en alto, y se echó a reír. Se rio a carcajadas que ocultaban la punzada de dolor al volver a sentarse en el banco bajo las ramas de mirto.

Ella lo miró horrorizada por su risa, más indignada y fuera de sí que nunca en la vida.

–Si alguna vez te atreves a volver a hacer algo así -le silbó-, yo misma te apuñalaré con mi cuchillo.

La risa cesó de golpe. Se miraban jadeantes, el espacio entre ellos vibraba.

–Hazlo -Paris abrió las manos y las alzó, ofreciendo el pecho indefenso-. Trae el cuchillo y mátame ya, porque si no me quieres amar, soy hombre muerto.

Helena apretó tanto los puños que le dolían, como si sólo así pudiera contener una ira que había hecho de sí una desconocida y ahora amenazaba con arrastrarla, como las impetuosas corrientes de una inundación, al caos en el que ya nada se recuerda. Si hubiera tenido un cuchillo en ese momento, lo habría usado.

Tal como estaban las cosas, lo único que pudo hacer fue decir jadeante, tanto a sí misma como al febril hombre que tenía delante:

–Lo haría, lo haré.

De nuevo, tras un momento de horror al ver que hablaba en serio, él rio.

Mirándolo incrédula y furiosa, ella afirmó:

–Estás loco.

–Créeme -le contestó él de inmediato-, no hay nada que no vaya a decir o hacer con tal de que me ames. Si eso es locura, entonces sí, estoy loco.

Helena se estiró todo lo alta que era. Su corazón era un mazo que la clavaba al suelo que pisaba, golpe a golpe, como una estaca.

–Soy Helena, Helena de Esparta, no una fácil chiquilla troyana que llevarte a la cama. ¿De verdad te crees que alguna vez podría amar a un hombre tan despreciable como para traicionar a su amigo en cuanto le da la espalda?

–Sí -silbó él. Y lo repitió-: Sí.

–¿Un hombre que se hace el enfermo y miente y merodea por mi casa como un vulgar ratero?

–Sí.

–Entonces además de estar loco, eres tonto.

–Pues que así sea -dijo él-. Pero si estoy loco, estoy loco de amor. Si soy tonto, soy tonto por amor.

Una paloma batía las alas en las ramas de mirto.

Ella se quedó allí, temblando bajo la súplica de sus ojos. Sabiendo que había sobrepasado con creces los límites de lo razonable, y que si se quedaba más tiempo en ese claro también ella podría perder la dignidad y el control, le dijo:

–Lo mejor sería que dejaras Esparta. Pero eres huésped de mi esposo, no mío -oyó su voz temblar al añadir-: Si decides quedarte, no esperes verme aquí.

Tomó aire y se dio la vuelta para marcharse. Pero sólo había dado tres zancadas, cuando él le gritó:

–¿Por qué no le contaste lo ocurrido entre nosotros anoche?

De haber seguido andando, no habría tenido que hablar; pero se detuvo, y la acusación de la pregunta la cogió por el tobillo como la cuerda de un lazo.

Se volvió de nuevo para encararlo, con ojos fieros:

–Porque sois amigos, porque Menelao te quiere, y si le dijera eso, lo destrozaría.

–Sí... -le sostuvo la mirada, impávido-, lo destrozaré.

Por un rato sólo se oyó el caer del agua entre las rocas.

Cuando vio que no se iba, Paris se sentó en el banco del cenador de mirto. Súbitamente agotado, apoyó los codos en las rodillas y puso la cabeza entre las manos. Le dijo con aspereza:

–Es la locura de Afrodita. Mi señora, llevo amándote desde mucho antes de venir a Esparta. Es por amor a ti por lo que vine.

Ella lo oyó al fin. Oyó el fondo de sus palabras, oyó su verdad. Pero su voluntad protestaba aún, desconcertada. Quería algo de razón.

–¿Y cómo ibas a amarme, si ni siquiera me habías visto? No me conocías. No me amabas a mí, sino a un sueño fantástico de tu invención.

–Tú eras el sueño de mi invención, la diosa te puso ahí. Cuando me susurró tu nombre por primera vez, supe que eras mi destino. Esas cosas las sabe el corazón. Y ahora que nos hemos conocido, ya no es un sueño.

Estaba allí inmóvil, los ojos de Paris la retenían. Sabía que era imperativo volverse y marcharse ya. Se dio la vuelta. Él le susurró:

–Mi señora, me has estado prometida desde el principio de los tiempos, todo un mundo se cumple en este momento.

Le contestó de espaldas, y su voz no era más que un murmullo, como si no le importara que él la oyera o no:

–Mi mundo está aquí, con el esposo al que amo. Él asintió con la cabeza, sonriendo comprensivo.

–Os he visto juntos, y por un tiempo pensé que vuestro amor era grande y la diosa me había engañado. Pero me has demostrado lo contrario.

Ella se dio la vuelta para hacerle frente:

–¿Cómo?

–Había más pasión en los golpes que me has dado que ninguna que le hayas mostrado a él. Me reía por eso, no por burlarme de ti ni por loca necesidad, sino de pura alegría, porque no me habrías golpeado así nunca si yo no te removiera el alma. Creo que me conoces, señora. Creo que me conocías ya la primera vez que nos miramos, creo que también tú has empezado a sentir la locura de la diosa.

Se había levantado y, hablando, dio dos pasos hacia ella. Helena retrocedió ante su avance, pero vio que lo que había tomado por arrogancia tal vez no fuera sino una certeza tan clara que casi se diría inocencia.

–Si ha habido pasión en mis golpes -le dijo-, ha sido sólo la de la ira justificada. No tienes derecho a invadir así mi vida. Él señaló tranquilamente:

–¿Y si esa vida se acabó? Ya no puedes volver, no como era antes. Menelao se ha ido, ya no hay seguridad. Búscala en él otra vez y sólo hallarás años de tedio en los que te preguntarás qué habría pasado si hubieras respondido a la llamada de la diosa. Una vida nueva te espera, la vida escondida que llevabas dentro. Ten el valor de vivirla.

El terror que le produjeron esas palabras, el aroma de las rosas de Damasco y las ramas de mirto, el narcótico zumbido de los grillos en la calurosa tarde y el agua que caía chapoteando por las rocas... Todas esas cosas la recorrían por dentro y eran como la presencia de un dios. Volvió la vista a Afrodita, que se peinaba alegremente con los pechos al aire y los pliegues del vestido cayéndole por las caderas, libre y ajena a todo salvo al latido sensual de la vida, al amor. ¿Cuántas veces no le había acongojado contemplar esa estatua, consciente de que la vida podía ser más que las repetidas

ceremonias de su rutina diaria, sus cómodas responsabilidades y el fácil suspiro de satisfacción con que Menelao consumaba cada raudo y agradecido acto de amor? Pero de niña veneró a la casta Artemisa, y ahora, esposa y reina, rendía honores a Hera y Atenea. Se dijo que eran mejores las generosas espigas de trigo de Hera o los cargados olivos de Atenea que las rosas con espinas de la Dorada. Mejor resistirse a las demandas de la pasión que dejarse arrastrar por ella. No obstante, era ella quien había puesto esa estatua ahí.

Y él estaba desmantelando el mundo que la rodeaba.

Helena negaba con la cabeza. ¿Qué le pedía este loco troyano? ¿Se pensaba que iba a arriesgar todo lo que tenía en la vida por su devastadora sonrisa y sus desmesuradas declaraciones de amor eterno? ¿Era algo más que un ladrón de carne, más joven y más guapo que Teseo, pero sin la gloria del gran rey? Volvió a evocar aquel día: el pavor que le cortó la respiración, sí, pero también la arrebatadora marea en la que se había sentido transportada por un dios, poco antes de recobrar el sentido y ver sobre ella a un anciano lujurioso.

–Una belleza así será menos una bendición que una maldición -le había susurrado Teseo, y las palabras empujaron su alma a un recóndito retiro donde nadie pudiera entrar nunca, ni siquiera su considerado esposo. ¿Es que este hombre había sondeado sus profundidades y la había visto allí, amedrentada? ¿Sabría hacerla salir? ¿Por qué si no, aunque no quisiera, las palabras de Paris le hacían temblar?

Y sus manos, que le puso en los hombros con una ternura que no la obligaba a nada. Cuando le hundió la cara en la nuca, sintió su respiración agitada.

–Sé que aún no ha habido tiempo para que me ames -le susurraba-. Pero puedes amarme. Y me amarás.

Ella se apartó.

–Óyeme -volvió a decirle-. Amo a mi esposo. Tengo un esposo que me ama. Un esposo que me ama mucho.

Paris lo pensó un momento antes de decir lo que se le había ocurrido. Lo dijo en voz queda:

–Un esposo que sale de tu alcoba durante la noche para ver a otra.

A Helena se le abrieron más los ojos, se le dilataron las aletas de la nariz.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Lo vi con mis propios ojos. La primera noche no podía dormir pensando en ti y bajé al comedor donde habíamos cenado. Lo vi entonces.

Cogiendo aire, ella levantó la barbilla.

–Menelao es rey aquí. Tiene derechos de rey.

–¿Qué derechos podrían sacarlo de tu cama?

–Su derecho a un hijo -repuso Helena- que yo no puedo darle.

Paris se quedó sin aliento ante la respuesta.

Como si lo retara, ella habló con rabia:

–Tu sueño es un sueño estéril, ahí lo tienes, el sueño estéril de una mujer estéril.

Pero antes de que apartara la mirada, Paris vio la angustia en su semblante y deseó acercarse a ella. Sus dos vidas vulnerables se miraron frente a frente unos minutos en el silencioso claro.

–Lo siento mucho -susurró él.

Helena levantó los ojos a un rostro que la compasión hacía tan dulce que le entraron ganas de llorar.

¿Quién era ese hombre? Parecía un príncipe, pero su candorosa mirada, tan clara y silvestre, era la de un zagal. Tal vez sólo fuera lo que con tanta pasión se declaraba: un hombre tan enamorado de ella

que no sabía nada más.

Incapaz de hablar ni de moverse, pensó: «Si ésta es mi muerte, la diosa me la envía».

Pero de lo que él hablaba era de vida, una vida en la que compartirían una pasión de dioses. Una vida que sólo los elegidos por el amor llegaban a conocer, y de ellos, sólo quienes estuvieran dispuestos a darlo todo.

Había alargado la mano con ternura para volver a tocarla. Ella se apartó en el acto, como si hubiera abierto los ojos y se viera al borde de un abismo: quería volver a la seguridad de todo lo conocido. Aunque Paris ya no había vuelto a acercarse, extendió un brazo para rechazarlo y mantenerlo a distancia, repitiendo cuatro o cinco veces la palabra «No», como si fuera un conjuro que la protegiera.

Suavemente, él movió la cabeza.

–Ahora estamos en manos de la diosa -alargó la mano para arrancar del arbusto una rosa de Damasco-. Ella nos quiere bien. – Se pinchó un dedo con una espina y, llevándolo suavemente a los labios de Helena, se los manchó de sangre.

Ella dio otro paso atrás con la boca abierta.

–¿Culpas a la diosa de los males que causas?

Paris la sonrió con la serenidad del verdadero creyente.

–No -movió la cabeza muy serio, negando-. La alabo. Acercándose más de nuevo, le prendió el verde tallo en el pelo recogido.

–Te espero -le susurró-. Si quieres negar lo que he dicho, sufriré solo y nos condenarás a los dos a marchitarnos sin ser correspondidos. Si no lo niegas, ven a mí esta noche. – Y al echar a andar le rozó el hombro, alejándose de la arboleda de mirtos sin mirar atrás.

## **La huida de Esparta**

La nave de Eneas, la *Gorgona*, fue la primera en llegar a Troya. El viaje de vuelta fue menos plácido que el de ida, pues un temporal forzó a la embarcación a navegar contra una mar muy gruesa bajo la lluvia. El ánimo de Eneas era tan turbulento como las aguas que surcaba. Furioso con Paris, estaba convencido de que su amigo, loco de amor, había alterado deliberadamente el rumbo en la oscuridad de la tormenta para quitárselo de encima, por lo que la *Gorgona* llevaba días batallando en solitario con el vendaval mientras dibujaba su curso por las Cíclades, y Eneas con el temor constante de que un navío de guerra argivo saliera en cualquier momento del oscuro horizonte y les diera alcance.

Lo cierto era que, si ocurriera eso, sería contra todo pronóstico, ya que los troyanos tenían que estar ya muy cerca de la costa oriental para cuando la noticia llegara a Menelao, allá en Creta. Sin embargo, la traición de su amigo había alterado el ánimo por lo general ecuaníme del príncipe dardanio, que, muy nervioso, vivía sin dejar de temer cada día la retribución divina. Entre los marineros, que se habían quejado de tener que salir zumbando y con mal tiempo de un puerto que empezaba a gustarles, ya se murmuraba que seguramente el temporal lo enviaba Hera.

A Eneas no le sorprendió, por tanto, no hallar ni rastro de la nave *Afrodita* en las aguas del Helesponto. De hecho, masculló con aire funesto a su patrón, se habría apostado toda Dardania contra un rábano podrido a que, si es que el navío de su primo seguía a flote, estaba atracado en alguna oportuna bahía, y Paris arrullando y acariciando a la mujer por quien lo había puesto todo en peligro.

Nada más pisar tierra, Eneas corrió al palacio de su padre al pie del monte Ida para informarle del desenlace de la misión. Impasible como el mármol tras sus ciegos ojos, Anquises escuchó de su hijo el relato de la sinrazón de Paris.

–Tenía que haberme dado cuenta antes. Después, a poco que lo pensé, había señales que saltaban a la vista: se veía. Estuvo tan ausente en el banquete que casi ofende a nuestro anfitrión.

»Y nunca le había visto ponerse enfermo, ni siquiera cuando bebía hasta bien entrada la noche, tirándose a las mujeres de palacio como un burro salido. Pero a los dos días de nuestra llegada a Esparta, ya estaba postrado en cama diciéndose enfermo y con dolor de cabeza, y eso que le esperaba una buena cacería. En aquel momento lo achaqué a los rigurosos suplicios de la purificación, pero no tendría por qué encogerse al olor de la sangre, ha visto mucha. Y la purgación habría sido liberadora, incluso edificante. De no ser por mi obcecación en ir de caza, habría sospechado que algo raro sucedía, cuando me animó a irme al monte en cuanto el rey volvió la espalda. Tenía que haber visto... -Eneas frenó el torrente de reproches que se hacía-. Pero para entonces debía de estar ya tan fuera de sí, que no creo que yo hubiera podido detenerlo.

-Fuera de sí, no -lo corrigió Anquises-. Ebrio de sí. Hace mucho que lo vi en ese joven, su devoción a Afrodita siempre ha sido desmesurada. Intenté que se encomendara a la sabiduría de Apolo. Pero ¿quién era yo para reprocharle su amor por la Dorada, cuando yo mismo eché a perder mi vida por servirla? – suspirando, el anciano rey se ajustó la capa a los hombros-. No te censures más, Afrodita siempre ha sido muy resuelta en sus afanes. Si ha elegido a Paris como instrumento de su pasión, nada que ni tú ni yo ni nadie podamos hacer lo apartaría de su destino.

–Pero es que Menelao era un amigo -protestó Eneas-. ¡Si hasta me salvó la vida! Ahora ya no puedo ser amigo ni de uno ni de otro. Zeus sabe que siempre he querido a Paris, desde aquel primer día, cuando lo vi romperle la nariz a Deífobo. Pero esta traición apenas sería mayor para mí que si fuera mi propia esposa la que se hubiera llevado.

–Pues da gracias porque Helena no sea tu esposa, ya que Afrodita no te habría ahorrado la traición -Anquises suspiró resignado-. En todo caso, Paris nos ha traicionado a todos. Él y tú fuisteis a Esparta en misión de paz. Lo que ha hecho es proporcionar a los argivos un caso de guerra perfecto.

–Salvo que alguien más poderoso que yo le convenza de entregarla.

–¿Crees que la entregará?

Eneas sólo tuvo que pensárselo un momento para volver a disentir, moviendo la cabeza:

–No, no entrará en razón. No creo que lo haga.

–Y Helena -preguntó Anquises-, ¿podría convencerla de regresar?

–¿Quién sabe lo que haría una mujer en sus circunstancias? Quise hablarle, le advertí de las consecuencias de sus acciones, pero era como si esa mujer estuviera soñando... Salvo por el verde fulgor de sus ojos, un fulgor que sólo había visto antes en la mirada del lobo que, aunque va a morir, está dispuesto a llegar hasta el final pasando por todo -Eneas respiró hondo-. Creo que también Helena está poseída por un dios. ¿Cómo, si no, podría haber abandonado a su hija?

–¿Dejó a sus hijos en Esparta?

–Sólo tiene uno. Es una niña, Hermíone, de belleza casi tan deslumbrante como la suya. A saber por qué -una adivinación, quizá-, la chiquilla no podía ni ver a Paris. Y Helena tuvo que elegir entre Paris y su hija. Si hubieran querido llevarse a Hermíone esa noche, la niña habría armado una escandalera. No habrían podido salir del palacio sin que los vieran.

–¿Y no le preguntaste a Helena por esa separación?

–¡Claro que sí! Me contestó que Hermíone siempre había estado muy unida a su padre, y que sería más cruel llevársela que dejarla atrás. Si de verdad lo creía o no, no lo sé. Sin duda, ya está pagando la decisión que tomó.

–La pasión siempre se cobra un precio, a Paris se lo cobrará en su día. Pero hay que hacer cuanto podamos para que no sea toda Troya la que tenga que responder de su delito -Anquises volvió la ciega mirada a su hijo y alargó una mano para acercarlo-. Hablaremos primero con Anténor: además de que Príamo lo escucha, no mira a Paris con buenos ojos. Luego iremos los tres a darle la noticia al rey



supremo. Los Atridas no tardarán mucho en aporrearle la puerta.

–Y todo Argos ha jurado defender el derecho de Menelao a Helena.

–Sí -suspiró Anquises-. Empiezo a temer que haya un poder aún mayor que el de Afrodita tras estos eventos. Si el padre celestial Zeus ha decidido que es hora de hacer sentir su peso a los mortales, la guerra podría ser atroz. Los dardanos hemos de medir muy bien cuánto estamos dispuestos a arriesgar por Troya.

Y mientras tanto, ¿qué había sido de los amantes? Ya abierto el camino a los brazos del otro, si les hubieran dado a elegir, se habrían aislado muchos días en un sueño de amor ininterrumpido, pues en las pocas horas que pudieron pasar juntos la primera noche, viajaron maravillados por el desconocido reino de los sentidos. Todo vestigio de hostilidad entre ellos se disipó al instante, transformado por cierta sutil alquimia de amor en un tierno y fiero deseo de conocerse en todo su ser, sus sentimientos y sus ideas. Después de hacer el amor, se quedaron allí tendidos hablando largo rato de sus vidas, como si sus almas siempre hubieran estado íntimamente unidas, por más que el mundo las hubiera separado muchos años.

Mirando a Helena a los ojos, Paris recordó en ese momento a un ascético sacerdote que una vez había visitado Troya desde la India y trató de convencerle de que el alma humana transita por muchas vidas en busca de paz. En aquel entonces se había tomado a guasa la extravagante filosofía de ese sacerdote, pero ahora no le costaba nada creer que él y Helena se hubieran conocido mucho antes de encontrarse, en otros tiempos, en otro mundo. Se lo dijo al oído, y ella, echada junto a él, le sonrió diciendo:

–Tal vez fue en otra vida cuando te hice esa marca en el cuello... ¡A menos que otra mujer ya te hubiera echado el diente!

–No recuerdo nada de ninguna otra mujer -le susurró él-. Si hubo alguna, fueron sólo vagos sueños de ti. Esta marca la llevo desde que nací. Mi madre dijo que era como un mordisco de pasión, pero juro que nunca había conocido la pasión verdadera antes de ahora. Puede que tengas razón, quizá Afrodita me dejara marcado para que me reconocieras. Ven, deja que te retire el pelo y te haga la misma marca, así seguiremos reconociéndonos en todas las vidas venideras.

–Yo te reconocería -le dijo ella al separarse sus bocas-, aunque fuera sorda y ciega y hubiera pasado toda una era humana entre esta vida y la siguiente.

–Y yo a ti -le dijo él-, aunque el sol muriera y sólo hubiera noche eterna.

En otros momentos, mirando la insondable maravilla de los ojos del otro, la sensación de unión era tan perfecta que no había necesidad de hacer conjeturas -ni de hablar siquiera- para comprender lo que ocurría entre ellos: todo el universo era, lisa y llanamente, su amor.

Sin embargo, si en esa primera noche hubo momentos en que sus corazones latieron de felicidad, el tiempo no se detuvo y, mucho antes de que cantara el primer gallo, el temor hizo presa de Helena. Pese a los ruegos y protestas de su amante, logró salir de la cama justo antes del alba para regresar a toda prisa a la alcoba real, temiendo que alguien la viera al doblar la esquina en cada pasillo. Sola en su cama matrimonial, le estremeció pensar en lo que había hecho y en lo que ahora se le pedía. Su mente se negaba a pensar. Miró el amanecer sabiendo ya imposible volver a la vida de antes, e incapaz al mismo tiempo de ver un camino a ninguna otra.

Cuando su hija Hermíone se le metió corriendo en la cama para contarle las pesadillas que había soñado esa noche, Helena era casi incapaz de hablarle. Sólo pensaba en librarse de la niña para volver unas horas más a los brazos de su amante; se aborrecía por eso. Pero halló palabras de consuelo y le prometió a Hermíone que su padre pronto volvería a Esparta y la protegería de todos sus miedos.

De todos los que la rodeaban, sólo su esclava advirtió el cambio en Helena aquel día. Etra, la

antigua reina de Trecén, que llevaba muchos años acompañándola, percibió al instante la agitación que la poseía. Aquella misma mañana, con ojo penetrante, había observado que a Helena se le mudaba, el color del rostro al aparecer Paris en el salón de recepciones. Y cuando, tras unas horas ausente, esa tarde Helena volvió arrebolada y nerviosa, con el pelo suelto y enmarañado como una parra sacudida en la tormenta, fue Etra quien, esperándola pacientemente en los aposentos reales, levantó los ojos de la costura y le preguntó:

–¿Ha caído el troyano ante tu belleza, como antaño cayó mi hijo?

Helena vio al instante que negarlo no tenía sentido. Al contrario, sintió que la inundaba un gran alivio al poder compartir con alguien el conflicto en el que se debatía, entre la alegría y el temor... Aunque al hablar le temblara la voz.

–Paris me ama -se oyó decir-. Los ojos de otros hombres caen en la trampa de la maldición, pero él ve en mí a la persona que hay detrás. Aunque sólo fuera por eso, y hay muchas más razones, lo amaría. Y lo amo, Etra. Con Paris me siento quien yo sé que soy verdaderamente. Soy libre de ser yo misma.

–¿No te ocurre así con el esposo que también te ama? Acusó la pregunta, quedándose anonadada al ver lo lejos de ser mortal que ahora le parecía el golpe.

–Ahora veo -le respondió- que amo a Menelao como amaría a un amigo. Un buen amigo, mi mejor amigo, y también un buen padre de mi hija. Y sé bien que no es así como él me ama, y me duele en el alma. Pero mi amor por Paris es otra cosa -Helena levantó los ojos escrutando la mirada de Etra, y una sonrisa pensativa iluminó de pronto su semblante-. Ahora comprendo por qué Penélope se negó a entregarse a otro que no fuera Odiseo. Siempre ha tenido mucho más valor que yo, estaba dispuesta a vivir sola, si hacía falta, por no traicionar la verdad de su corazón. Y tenía razón. Sólo ahora me doy cuenta de cuánto de mi propia vida le he cedido al miedo. Y no es que el miedo se haya ido, pero el amor de Paris puede más. Me ha sacado de mi escondite, y ahora estoy a la intemperie, el viento me da en la cara, siento el fuego bajo la tierra. Etra, esto no tiene vuelta atrás.

–¿Y qué vas a hacer? – le preguntó Etra-. ¿También él te llevará consigo?

Helena estudió el rostro regio de la esclava: un rostro que, muchos años atrás, se había encendido al calor de la vida una sola noche, en la arboleda de mirtos de Trecén; el arrugado rostro de una mujer que llevaba grabada en la piel una larga vida de sinsabores, todos los años transcurridos desde aquella noche. Y fue como si Helena respondiera a otra pregunta:

–Pero esta vez, si me voy -le contestó-, me voy libremente. Etra miró la aguja que tenía en la mano.

–Entonces ¿estás decidida?

–Sí, no. No lo sé -indecisa, Helena oscilaba como una roca que bascula-. Hay muchas cosas en contra. A Hermíone le aterra Paris. ¿Es que puedo abandonarla para servir a Afrodita, como mi propia madre me abandonó a mí por Zeus hace tanto tiempo? Sin embargo, si me la llevo, destrozaré a su padre.

–Eso ya lo has hecho -repuso Etra-, aunque él aún no lo sepa.

–Lo sé. Menelao se volverá loco de dolor cuando se entere -Helena apartó el pensamiento de su mente-. Y tengo deberes aquí, soy reina y sacerdotisa de Esparta. Etra, ¿qué debería hacer, qué hago?

–¿Por qué me preguntas -musitó Etra con voz queda-, cuando ya sabes lo que harás? – de nuevo levantó los ojos del bastidor de su bordado-. ¿O no es así?

–Sí, que los dioses me ayuden -Helena tomó aliento-, pues ellos me han dado este destino. – No soportaba la amable sonrisa de complicidad, reproche y comprensión en los ojos de la otra mujer, y volvió la cara.

Luego se había producido el difícil encuentro con Eneas, que volvió de la cacería con palabras sólo

para el gigantesco oso que él y sus compañeros habían derribado. Le mostraba a Paris la enorme y peluda piel, a la que seguían prendidos cráneo y garras, las grandes fauces contraídas en un gruñido, cuando su trastornado amigo le rogó que se callara y escuchara un momento.

Oyéndolos sin ser vista, Helena esperó conteniendo la respiración durante el largo silencio que siguió a la franca confesión de Paris de su amor por ella. Y le horrorizó escuchar las incrédulas increpaciones y los acalorados insultos que Eneas dedicó a su amante, y la despiadada precisión de todas las preguntas que le arrojó, dardo tras dardo, como flechas que salen del arco de un cazador.

Impasible, Paris lo aguantó todo contestando a cada pregunta con un grave candor que no buscaba eximirse ni justificarse, y sólo pidió a su amigo una cosa, que transigiera con la gran inconveniencia de su amor por Helena, que era tal que no le dejaba más opción que traicionar a su amigo y anfitrión quitándole a su esposa.

–¿Has perdido el juicio por esa arpía espartana? – le preguntó Eneas-. ¿Olvidas a qué vinimos? Nuestro objetivo era buscar la paz, no iniciar una guerra innecesaria. ¡Contrólate! Piensa en lo que diría tu padre.

–Tengo autorización de mi padre -le contestó Paris, aunque ya no con tanta convicción.

–¿Para hacer qué? Claro que una vez habló de hacer rehén a una argiva para intercambiarla por Hesíone si todo lo demás fallaba. ¡Pero que me echen a los perros si se refería a Helena! – Eneas temblaba de rabia y frustración-. Y aún no ha fallado nada, nuestra misión acaba de empezar. Menelao va a ayudarnos en las negociaciones con su hermano, ahora mismo prepara el terreno en Creta -Eneas le echó una mirada furiosa con los ojos abiertos como platos-. ¿O quieres traicionar a toda nuestra ciudad, además de aquí a tu amigo? ¿Pondrías las huestes de Argos contra los muros de Troya por jugar al amor con una mujer infiel?

La discusión se hizo tan violenta que a Helena le dio pavor que alguien más los llegara a oír: Eteono, concretamente. Se quedó temblando en su escondite mientras los dos amigos casi la emprendían a golpes.

–Deberíamos dejarlo aquí -dijo Paris al fin-, antes de que digamos algo que no podamos perdonamos u olvidar. Eneas, eres mi amigo y te quiero, pero en este asunto, créeme, he tomado una decisión. Ya no soy libre de actuar como si no la hubiera tomado. La única cuestión es si estás conmigo o contra mí. Te guste o no, también tú has de elegir.

Del tenso silencio de la cámara, Helena oyó salir el áspero susurro de Eneas.

–Menelao me salvó la vida.

–Ya lo sé -le contestó Paris-, lo sé.

–¿Y así quieres que le pague?

–Sólo quiero que hagas lo que debas... Mi vida está en tus manos.

–Vente conmigo ahora -le urgió Eneas-. Déjala aquí. Aléjate de ella un tiempo. Conozco un paso en la montaña donde la fuerza del agua de las cascadas te despeja los sentidos si te pones debajo. Iremos juntos de cacería y te juro que no diré una palabra que no tenga que ver con la caza, el refugio o la vida en los riscos. Date tiempo para pensar, y si después de un par de noches respirando el aire puro sigues sintiendo lo mismo, te prometo que haré todo lo que pueda por ayudarte.

Pero cuando alzó la vista, vio a su amigo sonriéndole con tanta tristeza que apenas era necesario que Paris pronunciara un único imperativo:

–Escoge.

La huida del palacio fue furtiva y rauda, aunque al final menos peligrosa de lo que se temían. A última hora de la tarde y a la vista de todos, uno de los criados que acompañaban en Esparta al príncipe troyano salió de la ciudad a caballo para transmitir a los patrones la orden secreta de preparar

las naves. En cuanto el palacio se sumió en el sueño, otros criados uncieron los caballos a los carros y los cargaron con el poco equipaje que permitió Paris, quien dejó atrás casi todas sus pertenencias para hacer más hueco a Helena, y también a Etra y a una sierva de confianza, Filo, que la acompañaban en su huida de Esparta.

El frío sentido práctico de Helena una vez decidida y comprometida asombró a Paris. Aunque le aseguró que Troya le daría toda la riqueza que pudiera desear, ella insistió en que gran parte del oro de Esparta era suyo, su legítima herencia del padre, Tindáreo. La reina de Esparta no iba a aventurarse a los peligros del mundo sin llevarse los medios que le aportaran comodidad y seguridad. Mirándola llenar cofres y cofres de monedas de oro y piedras preciosas, Paris pensaba con ironía que, a su regreso de Creta, Menelao se vería privado de algo más que de esposa: una parte considerable de su tesoro también se habría esfumado con ella.

Fue también Helena quien preparó el somnífero y lo mezcló con la jarra de vino que Filo llevó a los dos centinelas de guardia aquella noche. Pero cuando Paris fue después a echar una ojeada a los vigilantes, vio que uno de ellos aún se movía, aturdido. Elevando una plegaria a Afrodita, lo degolló, y luego, ya que había matado a uno, decidió -con una sangre fría que a él mismo le sorprendió- matar también al otro. Al volver junto a Eneas, que se aprovisionaba en la armería, sólo le dijo que los centinelas dormían.

Una hora pasaba ya de la medianoche y todo estaba dispuesto, pero cuando Paris fue a buscar a Helena, la encontró en el suelo, desecha en lágrimas tras ver por última vez a la niña, dormida en su cuarto. Preocupado porque ese dolor malograra todos sus planes, la levantó en sus brazos, susurrándole:

–Tráete a la niña. Si hace ruido y nos delata, saldremos por la fuerza.

Aún intentando reprimir las lágrimas, Helena levantó los ojos a los suyos, sin saber si aquel hombre que había derruido todo lo que había sido estable en su vida era un demonio o un dios.

–Has tenido mucho valor hasta ahora -la animó-, tienes que tener aún más. Te espera nuestra vida.

–Es un precio terrible -jadeó ella.

–Sí -susurró él, y esa simple admisión quedó vibrando en el aire entre los dos. Era una verdad ineludible.

Helena miró una vez más la puerta del dormitorio de su hija. Luego cogió a Paris por los brazos con tal fuerza que una mueca de dolor le cruzó la cara.

–Sé que no puedo llevarme a Hermíone, no es su destino. Pero júrame que nunca olvidarás este sacrificio mío.

En el brillo de sus ojos vio él la gravedad de su exigencia.

–Mi vida, te lo juro -le susurró.

–Entonces vamos -apremió ella-, es la hora.

La luna aún estaba grande, pero la luz que proyectaba sobre la llanura de Laconia se veía intermitente por el paso de las negras nubes marinas que marchaban por el cielo tierra adentro. Monte abajo, a la distancia desde donde ya no se les oía desde la ciudadela, se subieron a los carros y enfilaron a gran velocidad por la orilla del río.

Con el viento escociéndole en la cara y su capa hinchándose ondulante tras ella, Helena iba junto a Paris, agarrada con sus blancas manos a la baranda del carro, mientras el paisaje que conocía desde niña retrocedía para quedarse en ese pasado al que ella renunciaba. Se separaba de Esparta, de Hermíone, de Menelao. Al otro lado del desfiladero, un futuro incierto la esperaba. Las ruedas daban tumbos en su carrera por el áspero camino. La luz de la luna arrancaba destellos de plata fundida de los lomos de los caballos. Respirando muy hondo el aire que le llegaba a la boca, rápido como el

caudal de un río, sentía una gran emoción dentro de sí. Muy lejos del perdón o la postergación, era una fugitiva y se sentía muy viva.

Llegó otra muerte en la montaña. El centinela de la fortaleza del paso estaba a punto de gritar para darles el alto, cuando una flecha de Paris le atravesó la garganta. Se dobló en el parapeto sin un grito.

–La primera muerte -Eneas musitó lúgubrementemente para que Paris pudiera oírlo-. ¿Cuántas más habrá que pagar?

Pero nadie más se movía en la pequeña y desprevenida guarnición, y a los pocos minutos, unas cuatro horas después de haber cruzado el río Eurotas huyendo de Esparta, los carros atravesaban el paso en dirección al puerto sin ser perseguidos.

Las naves ya estaban a flote en el agua. Las tripulaciones habían salido a regañadientes de sus diversos alojamientos en tabernas y lupanares de la ciudad. Dos hombres que burlaron todo intento de encontrarlos quedaron atrás para lo que les deparara el destino al levar anclas las naves y hundir sus proas en el oleaje. La tripulación remaba en las bancadas cuando empezó a llover. La lluvia era fría y aguda en la cubierta donde Paris observaba el grisáceo promontorio alejarse en la distancia.

Por seguridad habían acordado que ambas naves navegaran muy próximas, pero al desatarse el temporal y empeorar la visibilidad, cayeron en que era más fácil decirlo que hacerlo. El mundo entero parecía agitarse a su alrededor, el palo mayor se ladeaba y zambullía, las cubiertas se anegaban, el oleaje de proa lanzaba blancas crestas de espuma contra las fosas verdes y negruzcas que formaban las olas, el cielo era una turbia carrera de nubes ennegrecidas. La nave *Afrodita* sólo llevaba una hora bregando entre las olas cuando Helena se mareó y se indispuso.

Se tumbó gimiendo bajo cubierta en medio del olor a salitre de la bodega contrayendo la cara, blanca como cal viva, en gestos de dolor. Llevaba muchas horas sin comer nada a causa de los nervios y, con el estómago vacío tras haber vomitado, ya sólo salía por su boca un espantoso hilo de verde bilis maloliente. Mientras Etra le limpiaba los labios y a su lado Filo invocaba en susurros a los dioses marinos, Paris tenía en sus brazos a Helena, que resollaba como un perro moribundo.

Pasaron horas sin que la tormenta amainara ni Helena se repusiera. Temiendo haberla robado de la tierra sólo para verla peligrar en el mar, Paris sopesó el riesgo de que los alcanzaran si los perseguían contra la necesidad que tenía su amante de un refugio en tierra firme lejos de la turbulencia. Cuando vio que ya no tenía fuerzas ni para susurrar, ordenó al patrón, Eskopas, fondear en la primera costa a la vista.

Dieron con un islote que salía abruptamente de aguas lo bastante profundas como para arriesgar la quilla fondeando en una cala. Los rodeaba por todas partes un quebrado cúmulo de rocas, lúgubres peñascos desmoronados por doquier tal como los dejó a saber cuándo algún casual movimiento de hombros de Poseidón. Pero la pelada colina de donde habían caído aquellos pedruscos daba su ancha y sólida espalda a la tormenta. Había refugio a sotavento.

Paris ordenó bajar el toldo a la boca de una gruta. Encendieron una fogata con restos de maderos flotantes que crepitaron al secarse y prender. Él mismo hizo un lecho con varias capas y lona de vela sobre una roca plana bajo la que había una piscina natural. Luego bajó a su dama a tierra firme, a la quietud de un lugar que, le prometió, no se sabía que se hubiera movido en más de mil años. Lleno de amor, preocupado, la observó mientras dormía.

Cuando Paris se despertó, Helena ya se lavaba en una cascada de agua fresca más al interior de la gruta. Al principio pensó que amanecía, pero a través de la vela se vislumbraba un húmedo resplandor amarillo en la luz. El ocaso raspaba el cielo de ámbar.

Paris se dio cuenta de que seguía siendo el primer día de su huida. Debían de haber dormido toda la tarde de puro agotamiento, extenuados tras una noche entera de travesía por aguas turbulentas. No

obstante, seguía habiendo mar gruesa, pero el temporal había pasado y la esbelta mujer que caminaba hacia él secándose con una capa resplandecía como una ninfa recién surgida de las aguas. Si ya estaba muerto de hambre, esos reflejos de luz salina le abrieron aún más el apetito. Pero, aunque débilmente, su dama le sonreía otra vez, llena de vida. Había apetitos más urgentes que saciar.

Cránae -el lugar rocoso-: así llamaron a la isla sin nombre donde, por primera vez libres, se consagraron a su pasión, la fatal maldición de Afrodita sobre sus vidas.

Durante unos días, hasta que las aguas volvieron a la calma, vivieron como supervivientes de un rico naufragio. Apartados de los demás, se alimentaban del abundante pescado y las sepias que cogían, y buceaban en busca de erizos que abrían luego con el cuchillo para llegar a la anaranjada carne y engullir su intenso sabor a mar. Las gaviotas brillaban sobre sus cabezas. Bruñidas por la luz del sol, las rocas que en la llovizna les habían parecido sombrías ahora eran rojas y ocre. En las terrazas de la ladera meridional encontraron higos y sandías, el agua helada de los manantiales les cortaba la respiración, se echaban por el cabello jugo de limón. Se pasaban el rato riendo y haciendo el amor día y noche, y en las soñolientas tardes compartían cálidos sueños.

Cuando una mañana Eskopas se quejó de que la tripulación empezaba a hartarse, Paris les dio permiso para visitar la orilla continental, aquella borrosa mancha gris al otro lado del estrecho. Quedándose con los víveres y el vino que iban a necesitar él y Helena, ordenó que la nave regresara al cabo de una semana. Los amantes vieron juntos la nave disolverse en la neblina.

–¿Y si no vuelven? – se preocupó Helena.

–Pues nos quedamos aquí a vivir -Paris rió-. Es nuestro reino, el reino isleño de Cránae, sin súbditos ni esclavos, sin historia ni ambiciones mundanas salvo seguir siendo lo que es, y con una única ley: el amor.

–Pero tenemos enemigos -adujo ella.

–Olvídate de ellos. Nos crearán ya muy lejos. Vamos, hagamos de toda esta isla un santuario a la diosa. Ella es la única protección que necesitamos.

Y bajo el tórrido sol se entregaron una vez más a Afrodita en la rala cresta de aquella colina. Así como el exceso de vino lleva a la mente al olvido, ellos, colmándose de sensualidad, querían borrarse del cuerpo toda huella de un mundo que un día les haría responder de su sueño de libertad.

## Caso de guerra perfecto

Junto a la Casa del Hacha, en el sofocante calor de la arena del circo y a más de trescientos kilómetros de Esparta, con todo el mar de Creta por medio, Menelao entregaba premios en los juegos fúnebres de su abuelo cuando recibió la noticia.

El sudoroso mensajero que llegó corriendo desde el puerto tenía otras cosas que temer, aparte del calor. Esperó con ansiedad mientras el mozo susurraba al oído del rey cretense. Arrugando el entrecejo por la interrupción, Deucalión asintió y volvió la cabeza a Menelao, que felicitaba calurosamente a la grácil bailarina del ruedo a la que acababa de hacer entrega de un anillo de ópalo.

–Ha llegado una nave de Esparta -le avisó-. Parece que te traen noticias. Desean hablar contigo en privado.

Deucalión llevaba más de treinta años en el trono de Cnosos. Él había reconstruido el antiguo palacio de Minos después del terremoto y de la guerra contra Teseo, que dejaron en ruinas el laberinto. Pero el poder de Creta era una sombra de lo que había sido durante un milenio antes de los malos tiempos que ahora corrían, y a Deucalión no le hacía ninguna gracia que la muerte de un súbdito le hubiera traído a la isla a los hijos de Atreo. Entre sus ambiciones había estado la de casar a su hijo Idomeneo con Helena de Esparta, y forjar así una alianza que reforzara Creta frente al creciente poder de Micenas. Truncada esa esperanza, ahora se veía obligado a sentarse junto al radiante Menelao, mientras Agamenón se pavoneaba ante las mujeres de palacio como el burdo perdonavidas que era, soñando con el día en que tuviera sometida a toda Creta.

Deucalión captó en el rostro de su huésped una trémula ansiedad camuflada rápidamente al excusarse Menelao y levantarse de su asiento. Por el rabillo del ojo, vio al rey de Esparta inclinar la cabeza sin ocultar su irritación para escuchar el mensaje que le susurraban. Le asombró cómo se le mudaba el color del rostro.

Su ceño, lívido y blanco de tan contraído, se tomó rojo vivo al volverle la sangre a las mejillas. Soltó un resoplido involuntario y levantó el puño que tenía apretado al costado; por un momento, Deucalión pensó que iba a sacudir al emisario. Pero Menelao detuvo el puño en el lustroso hombro del corredor, abrió la mano y se apoyó en el espartano para no caerse. Así se quedó unos momentos, recuperándose, y luego movió la cabeza, retiró hacia atrás sus rojos mechones de pelo y echó una rápida ojeada a los más cercanos, incómodo. Después soltó una sola carcajada, agria e incrédula, y le escupió unas palabras al enviado, que dio un paso atrás y abrió las manos en el gesto de impotencia de quien se exime de algo. Menelao se lo llevó un poco más lejos. En ese aparte hubo otro intercambio de preguntas y respuestas, y finalmente el emisario, que no las tenía todas consigo, se inclinó llevándose un puño a la frente, se dio la vuelta y se fue, visto y no visto.

Intentando recomponerse, sin ver nada, Menelao al fin recordó dónde estaba. Volvió despacio junto a Deucalión. El gentío que los rodeaba aplaudía la entrada de un nuevo carro en la arena, por lo que Menelao hubo de esperar a que el barullo se apagara un poco para que el rey de Creta lo oyera:

–Disculpa, has de excusarme. Deucalión compuso un ceño solícito.

–No malas noticias, espero.

–Un asunto que requiere mi atención urgente -percibiendo lo áspera que le había salido la voz, Menelao se volvió bruscamente para irse murmurando de nuevo-: Disculpa. – Y salió del estadio entre la clamorosa multitud, despidiendo de malos modos a sus extrañados sirvientes. El suelo temblaba bajo sus pies, era como estar pisando el resbaladizo oleaje del mar. Menelao el rey de Esparta, solo, se paró en la polvorienta calle y apoyó la mano en el muro de una fonda; allí habían pintado un tembloroso garabato: «Clío es una puta». Tuvo que contenerse para no vomitar.

Dos horas después, en el palacete, los hijos de Atreo estaban sentados en una sala reservada que

habían puesto a su disposición para su estancia en Cnosos. En las paredes, pintadas de azul oscuro, se veía un desfile de portadoras de libaciones. Llevaban faldas de volantes, los pechos desnudos y los brazos en alto adornados de serpientes. En el terremoto que devastó gran parte de la ciudad, una grieta había resquebrajado la majestuosa procesión como un rayo que cayera en el campo de lirios por el que desfilaba. Un constructor debió de emplearse a fondo y trabajar a destajo para restaurar la mampostería, pero al pintarla habían puesto encima del antiguo azul otro menos costoso. La sala seguía impregnada del empalagoso incienso que humeaba allí a su llegada a Cnosos. Fuera, el cielo anunciaba una tormenta que no acababa de estallar, y la luz confería un tétrico brillo a las flores amarillas colgadas del marco de la ventana.

El corpulento Agamenón, con la áspera pelambreira del pecho asomándole bajo las holgadas ropas que se había echado encima para cubrir su cuerpo desnudo, esperó a que el esclavo dejara el vino y saliera de la sala para seguir hablando. Cuando lo hizo, fue con un gruñido quedo y ronco:

–¿El emisario estaba seguro?

–Se lo dijo Eteono. Las palabras eran exactas. No cabe ninguna duda.

Agamenón asintió. Prefiriendo abstraerse del borde enrojecido de los ojos de su hermano, deslizó la mirada por la insulsa sala con una indolencia que ocultaba la velocidad de sus pensamientos.

–Puede que Eteono lo malinterpretara -dijo-. Quizá el troyano se la llevó contra su voluntad. Puede que la haya hecho rehén para intercambiarla por Hesíone. Me extraña que Príamo no lo haya intentado, yo ya lo habría hecho en su lugar.

–¿Crees que no he pensado en eso? – le espetó Menelao-. Fue lo primero que pensé..., cuando empecé a creerme todo esto. Pero no había signos de lucha, la alcoba estaba en orden. Se ha llevado la ropa y sus joyas favoritas. Tampoco están Etra ni otra criada a la que tiene especial cariño. Con todo lo que podían haber cogido, de haber sido meros bandidos, habrían forzado todo mi maldito tesoro. Dadas las circunstancias, Eteono cree que ella se ha llevado sólo lo que considera suyo.

–¿Cuánto sería eso?

Menelao echó una mirada torva a su hermano, sentado enfrente, sin poder creer lo que oía.

–¿Crees que me importa el dinero cuando toda la luz que había en mi casa se ha desvanecido? – se levantó del diván y cruzó la sala hasta la ventana, desde donde miró el patio del palacete vecino.

Un cajón de codornices se había caído de la cola de un carro y varias mujeres perseguían entre risas a los pájaros, que corrían por el patio despavoridos con las alas atadas.

–Pues digamos entonces -soltó Agamenón- que tu mujer te ha salido lo bastante licenciosa como para huir con ese troyano amigo tuyo. ¿Qué piensas hacer?

Menelao se pasó una mano por el pelo. La dejó posada en la nuca, donde la palma se cerró con fiereza.

–Ya he enviado órdenes a Esparta. Doblarán el número de naves que barren el Egeo en su busca -sudaba por el cuello y las manos, cerró los ojos-. Pero nos llevan toda una noche de ventaja, y hace ya tres días. Puede que lleguen a Troya sin que los veamos siquiera -volvió a temblarle la voz-. ¡Es casi imposible!

Agamenón resopló con impaciencia.

–¿Eres hijo de Atreo o un zagal loco de amor? ¡Cálmate, hombre, o serás el hazmerreír de toda Creta! – tomó aire y suspiró, burlón-. ¿No te dije que codearse con esos canallas asiáticos no traería nada bueno? ¡Son tan de fiar como una charca de cocodrilos!

A Menelao lo consumía y mortificaba la terrible justicia del comentario. Sin recibir respuesta, Agamenón soltó otra pregunta sopesada e igual de despectiva:

–De todas formas, ¿para qué quieres que vuelva esa zorra espartana, cuando te ha puesto un par de



cuernos más grandes que nada de lo que hayas podido ver hoy en el ruedo?

Aquello fue demasiado. Menelao miró a su hermano con la cara encendida de cólera.

–¡Otro insulto así -le escupió-, y te saco la molleja y te la hago tragar!

–¡Mejor así, mejor! – Agamenón le sonrió-. ¿Te ponen los cuernos?, pues aprende a usarlos. Ira es lo que te hace falta. ¡Buena, limpia, sincera, peligrosa! Ira para perseguir a ese guaperas hasta la misma Troya si hace falta. Ira para meterle al tipejo las tripas por la tráquea y echar sus pelotas a los perros. Y si no lo haces tú, lo haré yo. Nadie se mea en la Casa de Atreo y sale con vida para jactarse de ello.

–Puedo vengarme yo solo -le silbó Menelao.

–¿Lo ves?, al final no es tan imposible -Agamenón asintió con la cabeza, risueño-. Telamón vendrá a apoyarnos. ¿Y acaso no recuerdo que nuestro avisado amigo Odiseo hizo pronunciar a la mitad de los príncipes de Argos un espeluznante voto ante Poseidón, por el que juraron defender tu derecho a Helena?

Agamenón arqueó una gruesa ceja mirando a Menelao, que seguía temblando un poco y abriendo y cerrando los puños en mitad de la sala. Luego dio un trago de su copa de vino, se recostó en el diván y señaló con una risotada:

–Puede que los troyanos se piensen que han logrado un trofeo, hermanito. ¡Pero lo que en realidad han logrado es la guerra!

## **Segunda parte**

### **EL LIBRO DE ARES**

#### **La reunión**

La noticia de la fuga de Helena se propagó por todo Argos más rápido que la peste. Sentados cada cual frente al fuego de su fortaleza, los reyes y príncipes evocaban el terrible juramento que habían hecho pisando los sanguinolentos trozos del caballo de Poseidón, y meditaban sobre qué hacer cuando llegaran los emisarios de Agamenón -que llegarían- para exigirles que cumplieran su promesa. Entre los vasallos inmediatos del propio Menelao no había lugar a dudas. La pérdida de Helena era sangrante para ellos. Ella era su sagrada reina, la sacerdotisa de sus ritos, el corazón de Esparta. Ella era su efigie de la belleza en un mundo que es feo tantas veces, y no acababan de creer que esa beldad los hubiera abandonado por voluntad propia. Seguro que la perfidia de los dioses andaba por medio, o un maleficio. A Helena la habían raptado, o se había evaporado por arte de magia. El rey Menelao siempre había sido generoso y benévolo, y ahora, en la adversidad, merecía la lealtad de sus súbditos. Si hacía falta una guerra para restaurar a su reina, bienvenida la guerra. ¿Alguien sabía de una causa más noble por la que dar la vida que rescatar a la dama Helena?

Desde el otro lado de las colinas lacedemonias, la llamada se aguardaba con menos entusiasmo. Troya estaba lejos, en la otra orilla de un mar imprevisible, en un lugar al este del sentido común. Como si no tuvieran ellos bastantes problemas, para encima tener que darle vueltas al de un joven hermano cuya esposa le era infiel. Y era cierto que habían hecho un juramento ante el altar de Poseidón, sí, pero había sido para proteger de envidias a Menelao, ¡no para perseguir a una disipada que ya no deseaba compartir con él los placeres del lecho!

Si un hombre no conseguía que su esposa le fuera fiel, ¿qué tenían ellos que ver? Había sido un disparate invitar a los troyanos a su casa, una locura dejar a solas con ellos a una mujer de la belleza de Helena. Contra tanta insensatez nada podían ni los propios dioses.

Tales sentimientos no se expresaban en presencia del rey supremo, pero sí llegaron a oídos de sus espías, y no pasó mucho tiempo sin que Agamenón empezara a temerse que, como el asunto sólo afectaba directamente a su hermano, montar una fuerza tan grande como para apoderarse de Troya iba

a resultar más difícil de lo previsto.

Algunas de las dificultades se habían hecho patentes ya antes de que los hijos de Atreo dejaran Creta. Cuando supo de la situación, Deucalión se puso muy efusivo en su simpatía hacia Menelao -tanto que derivó peligrosamente hacia el regodeo-, pero cuando Agamenón sondeó su posible apoyo en una guerra contra Troya, el señor del Laberinto no pareció muy disponible a corto plazo. Sí, claro que sentía en carne propia el grave insulto de Troya a Argos, pero corrían malos tiempos. Tendría que pensarlo detenidamente antes de comprometer los ajustados recursos de la Casa del Hacha en una campaña lejana en la que se jugarían tanto. Después de que Teseo redujera a Creta a mera vasalla de Atenas, a los potentados cretenses no les quedaron muchas ganas de guerra: sabían bien lo que podía costarles. Como mínimo, haría falta la aprobación del consejo, y aunque Deucalión haría todo lo posible por influir en sus deliberaciones, los hermanos Atridas habían de comprender que el trono minoico no tenía el poder de antaño. Vaya, que no les prometía nada de momento.

Agamenón volvió de la reunión echando humo.

-Es el rey-rata de alcantarilla de un país infecto -gruñó-. ¡No me extraña que Creta cayera tan fácilmente en el saco de Teseo! Pero he tenido los ojos bien abiertos durante nuestra estancia aquí. Puede que el cabronazo sea digno heredero de su degenerado padre y su depravada madre, pero su situación no es ni mucho menos tan apurada como quiere dar a entender. Ahora que Teseo ya no está y sólo responde ante Menesteo en Atenas, Creta vuelve a resurgir. Deucalión tiene naves y sabe que nos hacen falta. Pero también sabe que si Argos y Troya se desgastaran mutuamente en una larga guerra, Creta podría volver a dominar los mares -Agamenón miró con rabia a su hermano-. Hay que mostrarle que quedándose fuera tiene más que perder que participando.

Menelao asintió.

-Pero ¿te has fijado en Idomeneo mientras hablábamos? Estoy seguro de que desprecia a su padre. Deberíamos hablar con él aparte.

-¿Crees que podríamos enfrentarlos?

-No pasa nada por intentarlo. Idomeneo es amigo mío, fue de los primeros que juró ayudarme. El padre ha vivido demasiado, y la ambición del hijo lleva tiempo royéndole por dentro. Creo que una guerra podría interesarle.

-Veo que estás aprendiendo, hermano -le sonrió Agamenón-. El odio es un poderoso maestro.

Al poco de su regreso a Argos, Agamenón llamó a consejo a sus principales aliados de guerra en el gran salón de la Casa del León. Menelao seguía allí en Micenas, apesadumbrado y sombrío: no soportaba la desolación de su alcoba vacía en Esparta. Néstor, el rey de Pilo, ya sexagenario pero bravo y elocuente como siempre, llegó de los primeros. Se ofreció a los hermanos Atridas para que, en esa hora de dolor, contaran con el consejo y el apoyo militar que él, en su sabiduría, pudiera darles. Se adhirieron a sus simpatías Palamedes, príncipe de Eubea, a quien su padre Nauplio había autorizado a poner sus recursos a disposición del rey supremo, y el héroe argivo Diomedes, tan locamente enamorado de Helena desde siempre, que se había tomado su rapto como una afrenta personal. Al igual que Menelao, Diomedes era devoto de Atenea, y tras llorar juntos un rato, contó al afectado rey de Esparta que la diosa le había prometido en un sueño especial protección para las ochenta naves que pensaba aportar a la guerra contra Troya.

Otros súbditos del rey supremo cruzaron la Puerta del León. Mientras unos no ocultaban sus deseos de aventura, otros guardaban un prudente silencio, prefiriendo ver antes de qué lado soplaba el viento. Pero, en conjunto, las cosas marchaban bien. Y entonces supieron de dos contratiempos inesperados.

Agamenón contaba con el genio guerrero de Telamón para tornar beligerante a cualquiera de los

príncipes que cuestionara la sensatez de atacar a Troya. El viejo veterano de guerra conocía bien la ciudad. La saqueó una vez, se había hecho rico con las ganancias. Por ello fue un duro golpe la noticia llegada de Salamina de que Telamón había sufrido un colapso en un banquete muy animado, la noche antes de hacerse a la mar rumbo al continente. Aunque respiraba mal y no hablaba, el anciano seguía vivo. A la cabecera de su cama, su hijo Áyax y su hijastro Teucro pedían a Apolo el sanador que el rey se recuperara del todo.

El emisario que enviaron en su lugar prometió que la isla aportaría seis naves a la empresa. Pero Agamenón maldijo que la mala suerte le privara de un hombre cuya experiencia y brío valían mucho más en ese momento que un puñado de naves.

La noticia de Ítaca fue todavía más desalentadora: tanto, que los hermanos parlamentaron con Néstor en privado antes de darla a conocer a los señores de la guerra congregados. El mensaje no llegó con un heraldo, sino en un cilindro de bronce atado a la pata de una paloma. Empezaba adelantando la excusa de los temporales que azotaban la costa de Ítaca, y seguía diciendo que Odiseo y Penélope lamentaban la desertión de su prima Helena. Entendían que Menelao, con justa ira, deseara vengarse violentamente de Troya, pero ¿no era cierto que la traición había sido culpa de un solo hombre, y no de una ciudad entera? ¿Y no debería toda posible represalia ajustarse a eso? Sin poner en tela de juicio en ningún momento su propia lealtad al rey supremo, su meditada opinión, con todo, era que los hermanos Atridas deberían esperar a saber la respuesta del rey Príamo a sus enviados antes de preparar fuerzas para una guerra que podía resultar larga y penosa. Helena había actuado precipitadamente, sí, pero eso no era razón para que su esposo, que siempre había contado con el amor y la profunda simpatía de los autores del mensaje, hiciera lo mismo.

Agamenón dio un papirotazo al documento.

–El villano va a lo suyo, como siempre. Consiguió lo que quería en Esparta. Ahora piensa que puede echarse a la bartola con todas las bendiciones, y a los demás que nos cuelguen.

Aún abierta la herida de su orgullo, Menelao había escuchado hasta el final el molesto sermón de Ítaca.

–¿Los necesitamos? – fruncía el ceño-. Ítaca está muy al oeste y no tiene apenas ni pastos para sus cabras. Si nuestro primo no quiere venir, que se pudra en casa.

–No sólo es Ítaca -Agamenón se levantó y empezó a recorrer la sala-. Todas las islas jónicas dirigen a él su mirada. Si los señores de Samos, Dulichio y Zacinto oyeran que no viene, ¿por qué iban a moverse? Serían mil hombres menos. Y Odiseo no es sólo un ovejero sin nada con que taparse el culo y más pelotas que cerebro. Es un pensador. Un estratega, el mejor estratega que tenemos, a excepción del veterano Néstor, aquí presente. ¡Claro que lo necesitamos!

Néstor jugaba haciendo botar en sus rodillas a la niña de Agamenón, Ifigenia, mientras esperaba a que terminara la bronca. Ahora se sacó los dedos que la pequeña le metía en la boca y levantó su plateada cabeza.

–Odiseo no dice en realidad que no vaya a venir -comentó con calma-. Sólo indica que esperemos a oír lo que nos comunican nuestros enviados.

–¡De sobra sabemos lo que nos van a decir! Si el sentimiento de Príamo es verdadero, nos provocará poniéndose sarcástico por no haberle sido de gran ayuda en lo de su hermana. Si no, será cháchara diplomática para apaciguarnos. También es verdad que es justo lo que quiero oír. No habrá mejor momento para tomar Troya.

–¿Y Odiseo sabe todo esto? – le preguntó Néstor, acariciando los rizos de la niña que, recostada contra él, se chupaba el pulgar siguiendo con sus grandes ojos las zancadas de su padre por la estancia.

–Pues claro que sí, no es tonto. Siempre hemos compartido inteligencia de nuestros ataques. Sabe

que llevo pensándolo mucho tiempo. Pero eso era antes de casarse, asentarse y volverse perezoso. ¡Lo prefería de bribón y pirata! Y la mayoría de los príncipes de Argos también, a decir verdad. ¡A nadie entusiasmó el juramento al que los llevó en la boda, aunque admiren su astucia! – Agamenón se sentó de nuevo, tamborileando con los dedos de ambas manos en la mesa-. ¡Es inteligente! Se echa a perder mirando ovejas en ese árido peñasco. Hay que arrancarle como sea de esa gran cama de la que presume.

–Deja que vaya a hablar con él -pidió Menelao-. Al fin y al cabo, fue él quien lo arregló todo para que pudiera casarme con Helena, para empezar.

–¡Pero no es precisamente culpa suya que todo se haya torcido! – Agamenón frunció el ceño. Aunque la marcha de Helena le había dado justo la excusa que necesitaba para la guerra, aún le dolía la punzante humillación para la Casa de Atreo-. Odiseo no sabía que fueras a dejar tu casa a disposición de un semental troyano, ni yo tampoco.

El anciano Néstor alzó la vista de la sonriente niña, que arrugó la cara al oír los gritos. Levantó el dedo con autoridad, acallando a los dos hermanos sin ofender a ninguno, y les dijo:

–¿Quieren los hijos de Atreo oír lo que pienso del asunto, o me voy con Ifigenia y os dejamos pelear a placer?

–Habla -masculló Agamenón-. Para eso estás aquí.

–Muy bien. Considerad esto. Todos sabemos que Odiseo no es ningún cobarde. Algo más debe de estar reteniéndolo en casa. Lo último que oí de la isla fue el rumor de que Penélope volvía a esperar un hijo. La carta no dice nada de eso, pero si el embarazo se acerca a su fin, Odiseo seguramente querrá callárselo para impedir que un mal hado de nuevo lo malogre.

Agamenón se acariciaba la barba mirando a la niña, su hija favorita y la más mimada, que se había bajado de las rodillas de Néstor mientras éste hablaba y ahora tiraba del anciano para que saliera a jugar con ella.

–Ahora no -su padre la miró con enfado-. Ten paciencia o te echo de aquí -volvió a mirar a Néstor-. Si estás en lo cierto y Penélope alumbrará un hijo, nos sería muy difícil arrancarlo de la isla. ¿Qué sugieres?

–Lo primero -respondió Néstor-, es no decir nada a los demás príncipes. Decidles sólo que en Ítaca el tiempo es malo y Odiseo no ve la necesidad de hacer el largo viaje a Micenas en este momento, pero que espera atento nuevas instrucciones -Néstor les sonrió encogiéndose levemente de hombros-. Y tampoco es que sea una mentira tan gorda -sujetando a la pequeña suavemente por sus finas muñecas, le juntó las manos para hacerla reír-. Cuando acabe el consejo y se marchen todos a casa a concentrar sus tropas, que Menelao vaya a Ítaca, pero no solo: que se lleve con él a alguien despierto, cuya inteligencia iguale el ingenio del de Ítaca.

Estoy pensando en Palamedes. Aún es joven, pero es avisado y está comprometido con la causa. Puede ser precisamente el tipo que nos hace falta.

Ahora que la historia vuelve a Ítaca, yo, Femio, me disculpo por hacer un paréntesis personal, pues aunque no podía tener ni cinco años cuando Menelao visitó nuestro islote, no se me ha borrado del recuerdo cómo celebró Odiseo el nacimiento de su hijo. Aquel día el bardo Terpis, mi padre, cantó ante toda la concurrencia. Recuerdo haberme hinchado de orgullo como un pavo real pensando que, de no ser príncipe, el segundo mejor destino era ser poeta y cantar para hombres y dioses. Veo la luz del sol colándose por los plátanos y recibo en la lengua la densa caricia de la miel. También guardo en la memoria la estampa de Odiseo aquel día, el más feliz de los hombres, con hojas de parra adornándole el pelo y danzando ligero al latir de la lira: la estatua viviente de un dios.

Faltaría a la verdad si dijera que recuerdo algo de la llegada de Menelao y Palamedes. Lo que sé de

aquel fatídico encuentro lo oí mucho después, un día que Penélope se lo contaba a Telémaco. Para entonces él y yo, que éramos muy amigos desde hacía mucho tiempo, dejábamos atrás la infancia. Telémaco sufría por no tener ningún recuerdo de su padre, y más aún porque a su madre seguían asediándola diversos pretendientes. Indignado por esa conducta, volvió a preguntarle por qué Odiseo los había dejado solos en Ítaca en pos del desvarío de la guerra en Troya. Yo estaba sentado junto a él cuando su madre le respondió, y creo saber la verdad de lo que sucedió al llegar Menelao y Palamedes a Ítaca. Es un poco diferente de la historia que se cuenta, que toma por falsa locura de Odiseo lo que en realidad fue el dolor con que casi lo enloquece un oráculo. Según esa historia, Odiseo era tan remiso a ir a la guerra que quiso engañar a Menelao convenciéndole de que había perdido el juicio. Vistiéndose de campesino, unció a su arado un asno y un buey y se puso a sembrar de sal sus tierras. Cuando Palamedes arrebató a Telémaco de su madre para arrojarlo a la yunta del arado, la reacción de Odiseo delató su argucia.

La verdad es más sutil y dolorosa.

Toda la isla estaba tan ebria y alegre aquel día, que la nave llegada del continente atracó sin que nadie se apercibiera de inmediato. Menelao y Palamedes subían de la caleta en la calurosa tarde para buscar a Odiseo en el palacio, cuando oyeron cantos y risas bajar de la colina. Flotaba en el aire el cálido aroma que despedía el buey en el asador, y supieron que el anciano Néstor acertó en su especulación: el príncipe de Ítaca al fin tenía heredero.

Sin embargo, el propio banquete era más rústico de lo que habían supuesto. Laertes, padre de Odiseo y señor de Ítaca, solemnemente sentado en un trono tallado que sacaron del palacio e instalaron bajo una parra con techado de paja, se acariciaba la barba y ofrecía una radiante sonrisa al feliz gentío. Anticlea, su rolliza esposa, sentada a su lado, acunaba en el regazo a un bebé de una semana, mientras charlaba con las otras mujeres que le hacían corro arrullando al bebé, envuelto en gasas y dormido. Pero en el baile no distinguieron a Odiseo y Penélope entre los pastores y sus mujeres. Sólo al cesar la música y romperse la fila en medio de risas y aplausos, Menelao reconoció al hombre menudo de piernas arqueadas que, ataviado con una túnica artesanal, dio un paso adelante con los brazos abiertos en señal de bienvenida.

–El rey de Esparta nos honra -gritó. El gentío se agitó más, todo el mundo hablaba a la vez, nervioso. Bajo un montón de hojas de parra, los ojos de Odiseo brillaban de alegría y desafío.

Penélope acudió a su lado, tan graciosa con su sencillo vestido de campesina como antaño en Esparta con sus regias vestiduras. Aunque a la vista de Menelao se le oscureció el pensamiento, no hubo signo de ello en su semblante, tostado por el sol y radiante y satisfecho. Tampoco en su sonrisa había nada del sensual encanto de Helena. Podría haber sido una lechera, de no ser por su natural desenvoltura en presencia de un rey y por la nobleza de sus altos pómulos.

–Sed bienvenidos en nuestra casa, señores míos -saludó-. Llegáis en una ocasión de las más felices.

–Sí, ya me he dado cuenta -Menelao se inclinó ante Laertes y Anticlea, que respondieron bajando la cabeza tímidamente. Dio un paso adelante para abrazar con calor a Penélope-. Querida mía, me alegro tanto por ti, al fin. Ya era hora de que los dioses te favorecieran.

–Ya me habían bendecido con un esposo que me ama y la vida que hago en Ítaca -respondió ella-. Ahora nuestro hijo completa esa felicidad.

Menelao observó la velada cautela de su sonrisa, pero se giró para saludar a su esposo. A Odiseo, más bajo que él, le dio palmadas en la espalda, estrujándolo como un oso.

–Eres un hombre de suerte, Odiseo. – El contraste al que nadie aludió entre la patente felicidad que lo rodeaba y la amargura de su propio matrimonio hizo que una oleada de autocompasión le subiera

del pecho a la garganta. Por un instante, con la cara contra la de su amigo, el rey de Esparta parpadeó conteniendo las lágrimas.

Odiseo fue el primero en apartarse.

–Concederás que no merezco menos -se rió-. Venid, tú y tu compañero tenéis que beber por el nacimiento del niño. – Hoy debe de ser el día en que recibe nombre. ¿Cómo lo llamaremos?

–Telémaco -respondió Odiseo con orgullo.

–«La batalla decisiva» -sonrió Menelao-. ¡Buen nombre y buen augurio!

Dirigiendo una mirada tranquilizadora a Penélope, Odiseo vio detrás de Menelao la figura vagamente familiar de un joven de refinadas ropas, que con sus ojos penetrantes y hundidos observaba el ambiente rural, de feria de ganado, de los festejos. Menelao señaló a su compañero:

–¿Recuerdas a Palamedes, hijo de Nauplio de Eubea? Estuvo con nosotros en la boda en Esparta.

Sonriendo, Palamedes le estrechó la mano extendida.

–Señor, parece que siempre coincidimos en ocasiones felices. Yo fui uno de los que obligaste a jurar lealtad eterna a este camarada nuestro pisando descalzo carne de caballo ensangrentada.

–Lo recuerdo bien -Odiseo le devolvió la sonrisa-. ¡Y también el dinero que perdí jugando a tus dados y chinas! He oído que has inventado un sistema de pesos y medidas en Eubea. Venga, toma algo de vino y cuéntamelo. ¿Adónde ha ido el joven Sinón con su trinchante? A estos amigos míos les falta carne. Haced un hueco en los bancos de ahí.

Pero ni Odiseo ni Palamedes dejaron de percibir la incipiente hostilidad que cayó invisible entre ambos, como si por un instante, haciéndose sombra, se hubieran quitado el sol el uno al otro.

Avanzada la noche, Odiseo seguía sentado con Menelao y Palamedes en un balcón que daba al acantilado. Se oía el mar bregando en ambas orillas del angosto istmo. Unos pocos festejantes seguían cantando sentados en los bancos, bajo los árboles. Al bebé lo habían bañado y Penélope lo había amamantado y acostado unas horas antes, pero Odiseo sabía que su mujer seguiría despierta en la cama de madera de olivo que él hizo para los dos con sus propias manos cuando la llevó a Ítaca. Aunque estaba cansado, no esperaba dormir mucho aquella noche. Pero en esos momentos no tenía prisa.

Esos hombres habían ido a buscarlo: que empezaran ellos.

Menelao, que llevaba un rato restregándose los nudillos por la cara con los ojos cerrados, dio un gran suspiro y estiró las piernas en su asiento.

–¿ Me hace falta decir que tu respuesta a la llamada de Agamenón nos dejó decepcionados?

Odiseo frunció los labios ladeando la cabeza con extrañeza. – Contábamos con al menos sesenta naves tuyas -le dijo Palamedes.

–Ya veis lo pequeña que es mi isla -contestó Odiseo, aún sonriente-. Si encontráis aquí sesenta naves, os doy mi bendición para que os quedéis con cuatro quintos de ellas.

–Sin duda otras naves esperan tu palabra en Samos, Duliquio y Zacinto.

Odiseo arqueó las cejas.

–Agamenón tiene todas las huestes de Argos a su mando. Es casi seguro que la flota cretense se le una, ya que ha puesto a Idomeneo en contra de su padre, y aquí estáis los dos, con las fuerzas de Eubea y Esparta. ¿A qué perturbar la paz de nuestros aburridos rediles?

–Pareces bien informado -sonrió Palamedes.

–Estoy atento.

Menelao se aclaró la garganta.

–Hablemos claro, Odiseo. Te necesitamos.

Palamedes cogió la jarra de la mesa. Con la excusa de tener mal el estómago por la travesía,

apenas bebía vino, pero volvió a llenar la copa de su anfitrión.

–La fama de tu valor y astucia te precede mucho más allá del Egeo. Allá adonde va Odiseo, otros lo siguen.

–Pues que sigan mi ejemplo y se queden en casa.

–No se puede -repuso Menelao-. No puedo dejarla ir así. Odiseo observó la angustia en los ojos de su amigo un largo instante.

–Lo sé -convino-, y me duele en el alma por ti. ¿Pero no hay medio mejor de capturar una yegua extraviada que prender fuego al bosque? ¿No podría este lamentable asunto llevarse por la negociación? Postrado en cama, Telamón ya no quiere a Hesíone para nada. Es hora de que entre en razón, hay que intercambiar rehenes. Así volverá Helena -hizo una pausa al recordar lo orgulloso que estaba Menelao aquel día en Esparta. Y añadió-: Bueno, eso si aún la quieres.

Menelao echó un trago al vino y apartó la mirada.

–Es demasiado tarde.

–¿Por qué? – le preguntó Odiseo-. ¿Porque tu corazón está tan herido que sólo lo curará la sangre, o porque a tu hermano se le ha metido la guerra entre ceja y ceja?

Al no contestar Menelao, Palamedes explicó:

–Los troyanos dieron a Menelao su palabra de que iban a Argos en visita diplomática, buscando la paz. Esta guerra la han provocado ellos. Me sorprende que el príncipe de Ítaca tenga tan pocas ganas de aventura. Agamenón me hizo creer que tú y él habíais hablado muchas veces de tomar Troya. ¿No es así?

–Sí, así es. Igual que hablaba con Teseo de navegar hacia el oeste rodeando la costa de África sólo para ver lo que había allí. Entonces era más joven y estaba lleno de vanos sueños.

Palamedes dijo:

–No hay nada de vano en la idea de tomar Troya. Ya se ha hecho antes.

–¡Sí, y Telamón no deja de recordarlo! Lo que nunca menciona es que el que sacude la tierra había enviado una gran ola que arrasó la ciudad e inundó de sal la tierra antes de su llegada con Heracles. Y eso fue hace treinta años, cuando los troyanos estaban tan desesperados que propiciaban a los dioses hasta con sacrificios humanos. Las cosas han cambiado desde entonces. Príamo ha erigido una poderosa ciudad sobre las ruinas de la ciudad de su padre. Dardanos, misios, lidios y licios se han enriquecido con él, podría hasta convocar a los imperios amazona e hitita de más allá del río Rojo, al este -Odiseo se anticipó a la interrupción-. Tienes toda la razón, amigo. Sí que pensé en tomar Troya antaño, pero vi que era un desatino. Escucha mi consejo y atente a los dados: ahí los pronósticos te son más favorables.

Palamedes iba a soltarle una réplica, pero alargando una mano, Menelao lo contuvo.

–Esto no es propio de ti, Odiseo -le dijo-. No sé de ningún peligro ni ninguna dificultad que te hayan arredrado nunca.

–Tengo el corazón fuerte. Y el cerebro también. Además, ahora tengo mujer e hijo.

–Menelao también tiene mujer -repuso Palamedes-, como tantos hombres. Si todos pensaran como tú, nuestros amigos troyanos se sentirían libres de violarlas con toda tranquilidad. Quién sabe si la tuya no sería la siguiente.

Odiseo entrecerró los ojos.

–Ha sido un día feliz, señores míos, y hemos bebido mucho -se levantó-. Sois huéspedes de mi casa. Me parece mejor dormir que pelearnos.

–No buscamos pelea -se excusó Menelao-. Es tu ayuda lo que necesitamos. Todo Argos la necesita. Te creía un amigo, Odiseo.

–Lo soy. Y como amigo tuyo te prevengo en contra de esta locura -Odiseo bajó la vista a las olas que, a la luz de la luna, rompían blancas al pie del acantilado. Luego suspiró, meneó la cabeza y dijo, como llegando a una conclusión-: Sabía que vendrías a pedírmelo. Ya antes de que Agamenón me llamara a Micenas, fui a consultar los augurios sobre este asunto.

–¿Y qué dijeron?

–Que la guerra contra Troya duraría nada menos que diez años.

Menelao puso cara de dolor.

–¿Quién te dio ese plazo?

Tras un momento de duda, Odiseo contestó:

–Me vino en un sueño.

–Ah -exclamó Palamedes-, en un sueño.

–Un sueño con el que acudí al oráculo de nuestra isla. La vieja sacerdotisa sirve a Día, la madre-tierra. Tiene la sabiduría y la clarividencia de la serpiente. Fue ella quien me interpretó el sueño.

Palamedes sonrió a su copa de vino.

–¡Cada vez más curioso!

Menelao dijo:

–Mis adivinos de la Casa de Bronce en Esparta me aseguran que Helena volverá. No dijeron nada de que fuera a tardar tanto.

Vio encogerse de hombros a Odiseo, que apartó la vista. Ambos sabían que profetizar lo que sus amos desean no era inaudito entre los sacerdotes.

En el silencio, Palamedes dijo:

–¿Vas a revelarnos, pues, ese portentoso sueño?

Odiseo apartó de él los ojos y los dirigió a Menelao, que alzó su mirada de la copa de vino, suplicante. El eubeo añadió:

–¿O tendrá que creerse el príncipe de Argos que Odiseo se queda en casa porque tiene malos sueños?

Sin mirarle, Odiseo volvió a sentarse. Cuando habló no fue a ninguno de sus molestos invitados, sino a la noche que brillaba por encima él y al oscuro mar de allá abajo.

–En el sueño había uncido un buey y un burro a mi arado y echaba sal a los surcos por encima de mi hombro, trabajando la tierra. Al décimo surco, me paré en seco a la vista de un niño que alguien tiró a la yunta de mi arado.

Hubo un alto en los cantos que llegaban de los bancos, el silencio se hizo más sonoro. Los otros dos hombres aguardaban, pero Odiseo no dijo nada más.

–¿Eso es todo? – preguntó Menelao.

Serio, Odiseo asintió con la cabeza.

–Curioso sueño -dijo Palamedes-. ¿Y cómo lo interpretó tu hechicera? Ni Menelao sería el buey ni yo el burro, espero. Odiseo no quiso entrar al trapo.

–Diotima sabía sin que yo se lo dijera que la guerra con Troya ocupaba mi pensamiento. Me recordó que el buey es el animal de estío de Zeus y el burro el de invierno de Cronos. Cada surco de mi sueño representa un año. Ararlos con sal habla de diez años desperdiciados -fijó los ojos en los dos hombres-. Diotima me profetizó otras dos cosas: que no tardaría en tener un hijo y que la batalla decisiva en Troya no llegaría hasta pasados diez años. Su primera profecía ya se ha cumplido.

–Así pues, el sueño también da nombre a tu hijo -Palamedes le sonrió-. Un sueño poderoso, se diría, y encima curioso... Si tu señora de las serpientes está en lo cierto.

Odiseo afirmó:



–Yo, por mi parte, no voy a discutir con la madre tierra.

–Tampoco yo lo haría. Pero como todo el mundo sabe, los oráculos y los sueños plantean acertijos sin solución cierta. ¿Y si los surcos no fueran años, sino meses? ¿Es que diez meses de verano y diez de invierno no caben en dos años?

Menelao, sobre el que había descendido la tristeza como un paño mortuario, se iluminó al instante con la sugerencia.

–¡Dos años! Parece una estimación más razonable para una campaña contra Troya, sobre todo si Odiseo nos ayuda a ganarla.

–Y el pequeño Telémaco apenas hablaría para entonces -Palamedes echó un vistazo a Menelao-. Veo que su madre lo amamanta, así que lo único que va a perderse nuestro amigo es todo el placer que le daría su mujer durante dos años de noches en blanco.

–Cuando seas sacerdote en el santuario de un oráculo -le dijo Odiseo muy serio-, puede que acuda a ti en busca de consejo. Mientras, confío en la sabiduría telúrica de los dioses de mi tierra. – Pero en su interior había menos convencimiento que en su voz.

De nuevo se levantó y estaba a punto de darles a sus huéspedes las buenas noches, cuando Palamedes dijo:

–He estado pensando en tu hijo.

–¿Qué pasa con él?

–Que un día será rey aquí... Y un valiente guerrero, es de esperar.

–No lo dudo ni por un momento -dijo Odiseo.

–Pero cuando navegue hasta Argos y oiga en las canciones los relatos de las nobles proezas de los padres de otros en la guerra de Troya, ¿no le dará vergüenza no poder pedirle al arpista que cante lo que hizo el de Ítaca?

Odiseo se quedó en pie callado, el vino se le había subido a la cabeza. Miró el suelo entre sus pies como si ya fuera sal, y vio a su hijo tirado allí como un fardo, bajo la yunta de un arado.

Palamedes volvió a hablar con su voz guasona, suavemente insidiosa, en la que la ironía brillaba como una cuchilla:

–Y esos otros reyes, ¿no estarán en lo cierto al preguntarse por qué Odiseo se atrevió a poner a su hijo tan orgulloso nombre, cuando no tenía coraje para hacer honor al juramento que él mismo urdió y luchar por su amigo en la batalla decisiva?

Por un momento, tal era su ira, Odiseo habría cogido al anguloso joven por el cuello y lo habría tirado por el acantilado. Pero oía el retumbar del oleaje, y no deseaba que el suelo temblara bajo sus pies. Se reprimió, sabiendo que, pese a no haber competido por la mano de Helena en Esparta, también él había pisado una porción ensangrentada del rey caballo. También él había pedido a Poseidón, el que sacude el suelo, que asolara su tierra si no cumplía su juramento a Menelao. Y había sido a instancias de este hombre.

Soltó una discordante carcajada riéndose de sí mismo, y al percatarse de la ironía de los dioses, en su risa se oyó la amarga premonición de la angustia que se acercaba.

A su llegada a Micenas, Odiseo ya se había serenado del todo, pero el ínterin había sido un vertiginoso descenso al fondo de su alma como no volvería a experimentarlo hasta diez años después, cuando emprendiera su largo regreso desde Troya.

Al final, sospecho, fue la propia Penélope quien lo liberó del dilema que lo desgarraba, aunque nunca lo dijo. Siempre serena y con gran autodominio, sólo comentó que, antes de que Menelao y Palamedes embarcaran para salir hacia el continente, su esposo había prometido llevar a Troya un millar de sus hombres de las islas jónicas, y que el honor le exigía cumplir esa promesa.

Sin embargo, tal vez no supiera que, en la cámara más oscura de su corazón, Odiseo también llevaba un odio inveterado al certero joven que le había puesto en ese trance.

Los emisarios de Agamenón a Troya regresaron a Micenas con dos sorpresas.

Como estaba previsto, el rey Príamo preguntaba qué satisfacción se le había dado a él en el asunto de su hermana Hesíone. ¿Por qué esperaban los hijos de Atreo que mediara en su queja, cuando él llevaba años exigiendo en vano la devolución de su hermana? Y de todos modos, tampoco tenía certeza de que su hijo Paris estuviera involucrado en la desaparición de la reina de Esparta, pues su nave aún no había vuelto a Troya.

–Por Hades, ¿dónde está entonces? – preguntó Agamenón.

Los enviados sólo pudieron transmitirle los rumores de que se había visto a Paris y Helena en Chipre, Fenicia y Egipto; pero eran rumores sin confirmar.

–Eso es que están escondidos a la espera de que amaine la tormenta -apuntó Néstor.

Agamenón asintió.

–Pero no pueden seguir huidos para siempre, como tampoco Príamo puede esconderse para siempre tras su ignorancia.

–¿Y Eneas? – preguntó Menelao a los enviados-. ¿No estaba en Troya?

Los enviados no habían visto al príncipe dardanio. Pero aprovecharon una audiencia privada con el consejero del rey supremo, Anténor, para preguntarle por su paradero. Se les dijo que, desde hacía tiempo, ni Anquises ni su hijo salían del palacio en Lirneso. Midiendo sus palabras, Anténor dejó caer insinuaciones sobre un enfriamiento de las relaciones entre las cortes de Ilio y Dardania, y a los enviados no les dio la impresión de que el propio Anténor fuera a sufrir gran cosa si el príncipe Paris tardaba en aparecer por Troya.

Si esa noticia era buena, menos lo era la valoración de los enviados de la gran flota que Príamo había construido en previsión de una guerra. Pero la segunda sorpresa que se llevaron fue más alentadora. La víspera de zarpar se les acercó Calcante, un adivino troyano. Sacerdote del templo de Apolo Timbreo, en Troya, había consultado los augurios sin ver buen futuro para la ciudad. Quiso pasarse a Argos con los enviados y ofrecer sus servicios al rey supremo en Micenas. Pensando que podía serles útil, los enviados lo habían llevado consigo y ahora estaba allí, en la Casa del León, aguardando impaciente a que el rey lo recibiera.

–Pues tráiganlo ante nosotros -exigió Agamenón-. A ver si ese adivino nos da mejores augurios que el sueño de Odiseo. Mientras llamaban a Calcante, Palamedes dijo:

–Habría sido mejor dejar al sacerdote en Troya. Un solo amigo dentro de las murallas valdría más que toda una compañía de arqueros a este lado.

–El sacerdote sirve a Apolo -murmuró Odiseo desde su asiento al lado de Néstor, a la izquierda de Agamenón-. Conoce el hilo de su propia vida mejor que tú y que yo. En todo caso, parece que ya tenemos un amigo dentro. Y muy bien situado, aunque puede que aún tarde en declararse.

–¿Sí?

–Odiseo habla de Anténor -explicó Menelao-. Es el padre del niño que Paris mató, y no le tiene ningún cariño.

–¿Sospechas que esté conectado con este sacerdote?

–Quién sabe -Odiseo se encogió de hombros-, hay que verlo.

En ese momento Calcante entró escoltado en la sala. Cuando llegó ante el trono del León, se tiró al suelo y se humilló al estilo asiático, extendiendo los brazos y rozando con la frente las baldosas.

Agamenón dijo:

–No me gusta tanto arrastramiento.

Calcante se levantó, colocándose las oscuras vestiduras, y se quedó de pie ante el rey supremo con la cabeza gacha.

–También tengo que advertirte que no me gustan los traidores -añadió el rey supremo-; salvo que, claro está, puedan entregarme a mis enemigos.

Calcante alzó su rostro moreno de chupadas mejillas. Sus inteligentes ojos negros devolvieron la mirada al rey supremo. No había en ellos ningún signo de miedo ni deferencia. Ni tampoco arrogancia en su voz cuando dijo sosegadamente:

–Los que servimos a Apolo el previsor en su templo de Timbra, no servimos ni al rey supremo de Troya ni al de Micenas. Sólo respondemos al dios.

–Entonces no puedo confiar en ti más que en Príamo.

–Si quieres oír lo que dice el divino Apolo, el que acaba con la oscuridad, confía en mi verdad. Si no, no. – Calcante abrió las manos, como si dejara caer algo.

Agamenón se reclinó en el trono del León, estudiando el rostro impasible del sacerdote con el mentón apoyado en una mano.

–Hay que ser osado para andar, aunque sea con pies de plomo como haces tú, entre ambos frentes, donde otros más prudentes temen pisar. Mis enviados dicen que has consultado los augurios. Tengo curiosidad por saber qué te dijo el dios del arco plateado.

–Que Troya caerá.

Ante la seguridad de este anuncio, Agamenón se volvió a sus consejeros y les sonrió. Miró de nuevo al sacerdote con severidad.

–Eso ya lo sabíamos, y sabemos que también Micenas caerá algún día, y Esparta, y quizá hasta un día todo Argos y los altos riscos del propio monte Olimpo. La cuestión es cuándo. Y cómo.

–Sólo hay una respuesta -contestó Calcante.

–Pues dínosla, amigo.

Uno a uno, Calcante miró a los príncipes que lo rodeaban, como si buscara entre todos una cara en particular. Luego se volvió de nuevo al rey y le dijo:

–No veo aquí a los hijos de Éaco.

–¿No te dijo el dios que el viejo Telamón libra su última batalla, sacerdote? Está postrado en cama en Salamina, pero sus hijos Áyax y Teucro pronto se unirán a nosotros, seguidos de las naves de su isla.

Calcante asintió con la cabeza.

–¿Y el hermano de Telamón?

Néstor le contestó:

–Peleo lleva muchos años sin salir de la corte de Tesalia. Es un anciano perseguido por las muertes que han ensombrecido su vida. Creo que el rey de los mirmidones sólo ansía ya su propia muerte.

–No esperábamos a Peleo en este consejo -intervino Agamenón-. ¿Por qué preguntas por él?

–Porque hay dibujada una línea de destino entre Éaco y Troya que llega a generaciones sucesivas. Fue Éaco quien construyó las murallas de la ciudad de Laomedonte, bajo el auspicio de Apolo y a las órdenes de Poseidón. Ante su hijo Telamón, Troya cayó por donde las murallas eran más vulnerables.

Agamenón suspiró con impaciencia.

–Telamón ya nos ha contado esa historia mil veces. ¿Por qué ocuparnos de ella ahora?

–Porque el destino de Troya está ligado al de esos dos hijos. El primero de ellos es el hijo del propio Príamo al que deberían haber matado al nacer: Paris. Los sacerdotes de Timbra vaticinaron a Príamo que si dejaba vivir al chico, éste acabaría llevando la destrucción a la ciudad.

–¿Y ése es el augurio que pone a Troya en nuestras manos? – preguntó Menelao.

Calcante se volvió a él frunciendo el ceño.

–Como sabes por tu propia experiencia en Esparta, ningún rey, si es sabio, deja de escuchar el oráculo de Apolo, no importa a qué precio.

–Has mencionado a *dos* hijos -dijo Palamedes.

Calcante asintió.

–Los augurios que he consultado dicen que Troya no caerá hasta que el séptimo hijo de Peleo vuelva de donde se ha retirado para unirse a la lucha.

Agamenón volvió un rostro inquisitivo a Néstor.

–¿Conoces al hijo del que habla?

Con rostro perplejo, Néstor dijo:

–Por lo que yo sé, Peleo sólo tiene un hijo.

–Pero hubo seis que murieron antes que él -intervino Odiseo-. Aquiles es el séptimo hijo de Peleo.

–Bien -dijo Agamenón-. Pues Peleo ha de enviarnos a ese hijo.

Pero ahora era Odiseo quien fruncía el ceño.

–Yo conozco al muchacho. La última vez que fui a ver a Peleo, hace unos años, Aquiles acababa de regresar de la escuela de Quirón. Iba a seguir su formación con Fénix, el rey del grupo de dólopes que decidió quedarse en Tesalia.

–Pues enviaremos a buscarle a Tesalia.

Odiseo negó con la cabeza.

–No creo que lo encuentres allí. Peleo y Tetis llevan años peleándose por él, pero ya tiene edad para decidir por sí mismo. Creo que encontrarás a Aquiles con su madre y su gente.

–¿Y dónde están? – preguntó Agamenón.

–En la corte del rey Licomedes, en Esciros.

–Bueno, ¿y qué? – Agamenón juntó las manos, satisfecho-. Si ése es el lugar al que el muchacho se ha retirado, saquémoslo de allí y vayamos a por la victoria en esta guerra.

Odiseo conocía el paradero de Aquiles porque había intervenido en la decisión que permitió al joven irse a Esciros. Lo que pasó fue lo siguiente:

Cuando Aquiles tenía casi once años y seguía siendo alumno de la escuela de la naturaleza del monte Pelión, Quirón, el rey de los centauros, murió apaciblemente mientras dormía. Evipe, la pequeña mujer centauro que se había vuelto a vivir con el anciano después de que Tetis partiera a Esciros, emitió un hondo gemido al verlo en su catre de hierba. Los ecos resonaron al amanecer por todo el desfiladero. La tribu se le unió enseguida.

Aquiles quedó totalmente abatido por la muerte, pero aunque aún no lo sabía, perdía mucho más que un amado maestro. El ancho mundo iba cambiando sin dejar espacio a la sencillez de la vida de Quirón, y cuando Peleo supo que la moral del pueblo centauro se había derrumbado a la muerte de su rey, decidió llevárselo otra vez al palacio de Yolco. Al mismo tiempo, a Patroclo lo reclamó su padre, Menecio. Los dos chicos, que en su primer encuentro se habían hecho sangre en la nariz a puñetazos, se hicieron inseparables en los años que pasaron en la montaña. Ahora los separaban por primera vez, y la separación no agradó a ninguno.

En Yolco las cosas fueron mal desde el principio. El bello rostro del joven Aquiles le recordaba a Peleo demasiado a la esposa que había pasado por el fuego a sus otros hijos, mientras que Aquiles al principio rehuía a su padre, y luego su decepción aumentó al descubrir que el gran rey del que tanto se había jactado ante sus amigos era un anciano hosco y taciturno, con una pierna tullida. El muchacho vagaba por las salas de palacio con los incómodos ropajes principescos tejidos para él, añorando los sonidos y olores de las boscosas montañas y, sobre todo, a su amigo. Aburrido, se volvió irritable.

Cuando vio que su padre no quería hablarle de la madre a la que nunca había conocido, insistió en preguntarle. Al final se enteró de lo que le habían ocultado para evitar toda sospecha de favoritismo en la escuela: que Quirón no sólo había sido su maestro, sino también su abuelo materno.

Aquiles ya sabía que había amado al anciano centauro como nunca amaría al remoto extranjero que veía en su padre. Empezó a creer que, al haberle separado de su madre al nacer, le habían robado más de lo que nunca imaginó. Sintióse herido y traicionado por su padre, insistía cada vez más en su exigencia de conocer a Tetis, a lo que Peleo seguía negándose. Zanjado el tema bruscamente, padre e hijo cayeron en la incompreensión y la hostilidad mutuas. Pero Peleo quería mucho al chico, y cada vez temía más perderlo por intervención de la mala fortuna o el desafecto.

Un día entró en su alcoba tras una tarde de juicios agotadora, y se encontró con que alguien había pegado una mesa a la pared y que el regalo de bodas de Quirón, su gran lanza de fresno, ya no colgaba de la pared, donde llevaba muchos años sin usarse. Furioso con Aquiles por haber cogido su posesión más preciada sin pedirle permiso, Peleo fue a buscar al muchacho. Lo encontró en el jardín con sólo los faldones puestos, practicando el tiro sobre el tronco de un vetusto plátano. Era una lanza muy larga y pesada para su altura, pero Aquiles la arrojó con increíble puntería, para la distancia que se había propuesto. Peleo, desgarrado entre la ira y el deseo de encomiar la destreza de su hijo, le dijo con frialdad:

–Esa lanza que has robado es la lanza de un guerrero. Sólo un guerrero bien templado tiene derecho a blandirla.

Aturdido, Aquiles se enfrentó a su padre.

–¿Cómo voy a ser nunca un guerrero -farfulló-, cuando me tienes aquí encerrado como un ternero en el establo?

Viendo toda la energía frustrada que encerraba el cuerpo joven y fuerte de su hijo, Peleo sintió de pronto compasión por Aquiles, avergonzado de su propia ira y de lo huraño que era.

–¿Quieres ser un guerrero? – le preguntó.

Aquiles miró a lo lejos.

–He visto a los mirmidones entrenar en su campo de adiestramiento. Los he visto luchar como si se odiaran a muerte, y al acabar la lucha, untarse aceite en la piel y cepillarse el pelo unos a otros. Me han hecho preguntarme si eran hombres o dioses, ¿qué otra cosa podría desear?

–Pues cumplirás tu deseo -le dijo Peleo-. Pero guardaré la lanza hasta estar seguro de que mi hijo está preparado para asirla.

Ya jinete, atleta y cazador diestro, a Aquiles nunca le había preocupado su propia seguridad, y ahora que sus principales emociones eran la ira y el orgullo herido, se entregó al errático mundo del soldado, en el que se sentía casi tan en casa como antes entre los centauros. Pronto empezó a adquirir todas las artes de exterminio del luchador profesional.

Un día Peleo fue al campo de adiestramiento a verlo entrenar con espada y lanza, y los progresos de su hijo le impresionaron tanto que inmediatamente hizo pesquisas cuando Aquiles le preguntó si no dejarían a Patroclo ir a adiestrarse con él entre los mirmidones. Menecio, que había pasado por las mismas dificultades con su propio hijo, consintió enseguida, y los muchachos corrieron a saludarse como si los hubieran privado del aire y la luz mientras estuvieron separados.

En los años siguientes su relación los acercó aún más: dos jóvenes unidos por un amor tan intenso, que morirían y matarían alegremente por el otro.

Entre sus tutores estaba Fénix, un comandante que no tenía hijos propios y al que Aquiles daba mucho del afecto que negaba al padre. Fénix era de los pocos dólopes que continuaron siendo fieles a Peleo cuando casi todo su pueblo emigró a Esciros, y aunque era ante todo un guerrero mirmidón,

nunca renunció por completo a los usos de su clan, y la antigua religión había dejado huella en él. Aquiles, fascinado e intrigado por el tatuaje azul que llevaba grabado en el muslo, supo que era la marca de iniciación de

Fénix en los ritos de primavera, que señalaban el paso de la niñez a la edad adulta. Por una temporada, su mentor pareció reacio a decirle nada más, pero Aquiles, recordándole que también él tenía sangre dólope por la rama materna, lo acribilló a preguntas sobre el legado de su tribu. Al principio sus respuestas eran parcas, pero viendo lo mucho que importaban al joven, Fénix se fue extendiendo más. La vaga inquietud que a veces seguía acosando a Aquiles iba tomando perfiles cada vez más precisos. Soñaba con su madre.

Odiseo visitó Yolco por esas fechas y fue testigo de una violenta discusión entre Peleo y Aquiles. Peleo se marchó nervioso y con el rostro encendido, pidiendo vino y quejándose de que Tetis alejaba de él a su hijo por medio de poderes mágicos con los que él no podía competir.

–Pero el muchacho tiene derecho a conocer a su madre -repuso Odiseo-, y pronto tendrá edad para irse, se lo prohíbas o no. A la larga, tal vez sería mejor que se fuera con tu consentimiento.

Peleo negó rotundamente con la cabeza.

–Tú no has conocido a la arpía que fue mi esposa. No sabes de su poder. Y Aquiles es mi único hijo y heredero. Temo que no vuelva si le dejo ir a Esciros.

–Esas cosas las deciden los dioses -le dijo Odiseo-, pero de todos modos, de alguna forma tendrá que sacárselo de la cabeza. ¿Por qué no dejar al muchacho ir a Esciros, pero a condición de que vaya solo? Al fin y al cabo, el vínculo más fuerte en su vida es su amigo Patroclo. No querrá pasar mucho tiempo lejos de él.

Al final Peleo vio que tenía razón y actuó en consecuencia. Aquiles era tan remiso a volver a separarse de Patroclo, que por un tiempo pareció que ni siquiera se iría. Pero lo que tiraba de él acabó siendo más fuerte que lo que lo retenía. Partió a Esciros a los catorce años. Como Peleo se temía, se quedó allí bastante más tiempo de lo que Odiseo había previsto.

Esciros es una isla azotada por el viento situada más allá de Eubea, en el mar oriental, a mitad de camino entre Micenas y Troya. Sus gentes tienen una pintoresca historia que contar sobre la expedición de Odiseo a la isla para recuperar a Aquiles.

Según ellos, Tetis era una diosa inmortal con poderes proféticos que, al saber que su hijo tendría o bien una vida larga, pacífica y anónima, o bien otra pletórica de gloria eterna, pero muy breve, decidió mantener a Aquiles en la remota Esciros, lejos de posibles males.

Al llegar a la isla, Odiseo no vio ni rastro del muchacho entre los jóvenes de la corte del rey Licomedes. Comprendiendo que sólo el ingenio sacaría a Aquiles de su escondrijo, se fue a su nave y regresó al otro día disfrazado de mercader sidonio. Volvió a colarse en la corte y desplegó por el suelo un rico muestrario de artículos ante un bullicioso corro de muchachas y niñas. Casi todos los tesoros se habían elegido para captar su atención: vestidos bordados, telas, perfumes y cosméticos, collares, pulseras y otras baratijas. Pero en tan apetitoso surtido Odiseo había metido una espada y un escudo que no captaron la atención de nadie hasta que un súbito toque de trompeta sonó fuera, en el patio. Las chicas, que hurgaban en el delicioso montón de mercancías sin dejar de darle a la lengua, se sobresaltaron, y al gritar alguien que los piratas atacaban la isla, salieron asustadas en tropel... Todas menos una, que alargó la mano con ansia para coger la espada y el escudo.

Y sonriendo por el éxito de su ardid, Odiseo se llevó a Aquiles a la guerra.

Es una buena historia, y lo es más por parecerse tanto a la que cuentan todos los pueblos, desde el Indo, muy al este, hasta la isla de Apolo en la Hiperbórea, muy al norte, sobre el paso de sus grandes héroes a la edad viril. Pero la verdad tal como la supe yo por Odiseo es un poco diferente.

Desde el momento en que su nave llegó a la playa bajo el alto peñasco del castillo de Licomedes, que dominaba el mar por un lado y la villa por el otro, quedó claro que Odiseo no sería bien recibido en Esciros. Los dólopes habían mantenido abiertas sus vías de comunicación con el continente y ya sabían a qué iba para allá. Con toda cortesía impidieron a Odiseo ver a Aquiles, y Licomedes recordó a su invitado que su pueblo había elegido un destino diferente al de los demás tesalios y que no deseaba verse envuelto en una guerra que no era de su incumbencia. Odiseo le respondió que respetaba su decisión, pero que Aquiles, el hijo de Peleo, no era dólope. Era el único heredero de un gran rey de Yolco que ahora lo necesitaba para asumir deberes regios y llevar a los mirmidones a la guerra en Troya.

En ese momento, una voz femenina interrumpió su conversación desde el fondo de aquella sala llena de corrientes de aire.

–El destino de un hombre no lo determinan sólo las exigencias del padre.

Odiseo se volvió para mirar a la mujer, que era alta y majestuosa, ataviada con un vestido verde oscuro salpicado de colores, como la cola de un pavo real. El escarnio que sonaba en su voz no desentonaba con la fría altivez de su mirada. Seguramente fue muy bella en otro tiempo, pensó Odiseo, pero ahora era probable que sus intensos ojos entrecerrados llamaran más a la obediencia que a la adoración. Notó que el respeto que le tenía el rey Licomedes rayaba con el temor.

Empezando a comprender por qué a Peleo se le había hecho tan difícil tratar con su esposa, Odiseo comentó que era un honor conocer al fin a Tetis, después de haber oído hablar tanto de ella.

–Pero sólo a los que me calumnian -apuntó ella. – A los que respetan tu poder, señora.

–Si eso es verdad, has de saber que no pienso volver a entregar a mi hijo.

–Y si de verdad eres su madre -respondió Odiseo con calma-, le dejarás libre para elegir por sí mismo, como hizo su padre.

Tetis hizo un gesto desdeñoso con una mano cargada de anillos. – Aquiles ya ha elegido. En esta isla ha visto la belleza que hasta ahora se le había negado: la sabiduría y el consuelo que sólo se hallan en el amoroso servicio a la mujer. Es el elegido de Deidamía, la hija del rey Licomedes, y han engendrado un hijo. Tiene su vida aquí y es feliz. Así pues, vete y libra tu guerra de hombre, si es que tienes que hacerlo. Mi hijo sólo desea que lo dejen en paz. – Lo creería -dijo Odiseo-, si lo oyera de sus propios labios. La luz de la lámpara arrojaba una sombra en la huesuda cara de Tetis. Un collar de esmeraldas le brillaba en la garganta. – Aquiles se prepara para los ritos de primavera de mañana -le respondió fríamente-. No desea verte.

–Pero ¿sabe que estoy aquí?

–No tiene por qué saberlo.

–Seguramente también eso debería decidirlo él.

Tetis se limitó a encogerse de hombros y apartar la vista.

–Si no me temes -le dijo Odiseo-, dile que el amigo que hizo posible que viniera a Esciros desea hablar con él.

–No te temo, Odiseo de Ítaca.

Odiseo le sonrió.

–Pues dile a tu hijo que también le traigo un mensaje de su amigo Patroclo. Tal vez quiera hablar conmigo cuando terminen los ritos.

A Odiseo no le dejaron ver por dentro el misterio del rito celebrado en Esciros al día siguiente, pero no pudieron impedir que se mezclara con la multitud para presenciar la procesión posterior. Tras horas de espera al sol, oyó acercarse un estruendo de cencerros. Toda la gente empezó a gritar y a cantar. El corazón le brincó en el pecho cuando la procesión se asomó a la callejuela al doblar una

esquina y, subiendo los ojos, vio una figura encapuchada, grande como un oso, con una capa de piel de carnero y sin rostro. Bajo el capuchón sólo había una máscara peluda y sin rasgos, hecha con

la piel de un cabrito desollado. Llevaba un cayado de pastor, y de su cintura y caderas colgaban incontables filas de cencerros de cabra que repiqueteaban con gran estrépito en su danza callejera, un contoneo constante para hacer sonar todos los cencerros. A su lado, con largas faldas de volantes y la cara tapada por un velo, bailaba una figura que Odiseo tomó por una doncella, pero cuando empezaron a aparecer cada vez más figuras así, se percató de que en realidad eran muchachos vestidos de mujer.

Unos personajes más cómicos corrían entre ellos haciendo gestos obscenos con unas calabazas de cuello largo, para deleite de las ancianas presentes entre el gentío. El aire apestaba a vino y sudor. El estrépito de cientos de cencerros le hacía daño en los oídos, pero el alegre arrebató de la cabalgata lo impulsaba al baile y a la bebida, sólo quería darse al frenesí del dios. Entonces percibió que una de las figuras femeninas suspendía su danza mirándolo asombrada, como si lo reconociera, y lo supo: oculta bajo esos velos y volantes, la figura que se había turbado de repente era la del joven al que había ido a sacar de la isla.

Esa noche conversaron. Odiseo dejó a Aquiles que le hablara cuanto quisiera de la vida que llevaba en Esciros, de su amor por Deidamía y su pequeño, al que habían llamado Pirro por sus cabellos, de un rubio rojizo. Habló de la cálida sensación de retorno y vuelta a casa que halló entre la gente de su madre y de cómo la propia Tetis había supervisado su iniciación en unos misterios antes vedados para él, por la juvenil torpeza de su emociones. Dijo que nunca en la vida -ni siquiera durante los años en la escuela de Quirón- se había sentido tan en paz.

Odiseo lo escuchó con la paciencia y la comprensión que Aquiles no había hallado nunca en su padre. Le dijo que se alegraba mucho de que hubiera encontrado al fin la paz y la alegría. Dijo que entendía muy bien las cosas que el joven le contaba, porque él mismo llevaba una vida tranquila en Ítaca. También él tenía una esposa a la que amaba, también él tenía un pequeño que era su alegría, y sabía cómo esas cosas cambian a un hombre y mejoran su vida.

–¿Entonces por qué les has dejado? – le preguntó Aquiles. – Porque soy un hombre y empecé mi palabra en el juramento que hice en Esparta.

Odiseo vio al intenso joven fruncir el ceño y mover la cabeza. Y añadió, casi por casualidad:

–Tu amigo Patroclo irá a la guerra de Troya por la misma razón.

–¿Patroclo va a ir a la guerra?

–Claro, estaba entre los que rivalizaban por la mano de Helena. Hizo el juramento y le hará honor: aunque no es la única razón por la que luchará, claro. Él y el resto de los mirmidones esperan con ansia la batalla. Saben que será la guerra más grande jamás librada en la historia del mundo, que el honor allí ganado lo cantarán los bardos en generaciones venideras. Ahora mismo, mientras hablo, hay un inmenso ejército concentrándose no lejos de aquí, en Áulide, al otro lado de Eubea. Miles de hombres llegan por tierra y mar. El puerto estará ya abarrotado de naves. Todos los grandes héroes del momento se han dado cita allí: Agamenón, Menelao, Diomedes de Tirinto, Áyax y Teucro, Néstor de Pilo, Idomeneo de Creta y muchos más. Todos los que piensan en dar gloria a su nombre.

Odiseo sonrió y sacudió la cabeza como si toda aquella maravilla le pareciera increíble. Dejó tiempo a Aquiles para responder, pero como el joven no dijo nada, añadió:

–A tu amigo Patroclo no le gustaría quedarse al margen de semejante liga, aunque no lo obligara la palabra dada.

Tras un momento, Aquiles dijo:

–¿No preguntó si yo iba a ir?

Odiseo se encogió de hombros.



–Supuso que dirigirías a los mirmidones, sobre todo porque tu padre ya no está en condiciones de combatir. Fénix también lo creía -no rehuyó la mirada avergonzada de Aquiles-. Pero ellos no saben de tu felicidad entre los pastores de Esciros -Odiseo suspiró-. Casi me da envidia de ti, Aquiles, sabiendo que tienes por delante toda una vida larga y pacífica, ajeno al tumulto de la batalla y a los afanes del mundo y sus ansias de fama eterna -en este punto, como si le viniera al pensamiento otra cosa, la sonrisa se hizo ceño-. Tu padre va a quedar decepcionado, estaba seguro de que te llevarías a Troya su lanza de madera de fresno. Sabe que ya eres todo un guerrero. Te veía llevándote la gran gloria que su cojera le ha negado. Pero ahora te debes a tu madre aquí -Odiseo miró al mar-. ¿Le digo entonces que, con toda sensatez, te parece preferible bailar con ropas de doncella a yacer muerto en plena gloria dentro de una armadura ensangrentada?

### **Los años de la serpiente**

Habían quedado en concentrar la flota al abrigo del rocoso puerto de Áulide, en el angosto istmo entre Beocia y la isla de Eubea. Las levas beocias ya estaban allí, y ni los locrios, sus vecinos del norte, ni los guerreros de Eubea tardarían en aparecer. Al llegar las cien naves de la flota del propio Agamenón, también habían arribado ya Áyax y Teucro, los hijos de Telamón, con la docena naves de guerra prometidas por Salamina. A la vez, y aunque Creta seguía sin pronunciarse, Laconia ofreció sesenta navíos a Menelao, cuyos grandes aliados argivos tampoco vacilaron en unirse a su causa: Diomedes zarpó de Tirinto con ochenta naves, mientras que el buque insignia de Néstor sorteó los numerosos cabos del Peloponeso al frente de las noventa que salieron de Pilo, y el ateniense Menesteo navegó con otras cincuenta por la punta de Sunión. Causando más sensación, a Odiseo y sus aliados de las islas jónicas sólo les faltó botar ocho de las sesenta naves que, con tanta sorna, Palamedes había sugerido.

Incluso la distante Rodas aportó nueve embarcaciones, pero el rey Ciniras de Chipre no se mostró tan dispuesto. Cuando Menelao pasó por la isla en su misión de reclutamiento de tropas y pensando en la posibilidad de dar con Helena y Paris por el mar, Ciniras prometió enviar a Áulide cincuenta naves chipriotas. Al final sólo apareció una, aunque eso sí, antes de partir, su capitán botó cuarenta y nueve navíos de juguete hechos de arcilla para cumplir la promesa de su monarca.

Menelao enfureció por haber sido embaucado así, pero quizá no se pudiera esperar más de un rey que también era el sumo sacerdote de Afrodita en la isla de nacimiento de la diosa. Peor aún, el insulto confirmó la celosa sospecha que le había obsesionado mientras estuvo en la isla: que Ciniras había hecho un pacto con Paris para ocultar a los fugitivos en Chipre durante su propia estancia allí.

Agamenón había establecido su cuartel general en la antigua fortaleza del rocoso acantilado sobre el puerto, donde estaba fondeada su vasta flota: un millar de naves que, entrechocando entre sí, se preparaban para soltar amarras rumbo a Troya. La ciudad al pie de la fortaleza llevaba ya tiempo abarrotada de tropas, y las fogatas que encendían los soldados para dormir al aire libre se extendían por toda la playa. Una noche que estaba junto a Agamenón, el jefe de la escuela beocia de bardos - famoso maestro del arte de la memoria- aseguró al rey supremo que nadie antes que él, ni siquiera Heracles ni Teseo, había montado nunca ninguna expedición a semejante escala. El León de Micenas no cabía en sí de orgullo.

Pero varios altercados ya le habían advertido de lo difícil que era mantener unida una fuerza tan variopinta, donde se hablaban muchos dialectos y abundaban las rencillas y enemistades enquistadas. Agamenón no se hacía la ilusión de que todos aquellos hombres hubieran ido a Áulide sólo por lealtad a él y a su hermano. No obstante, les moviera la codicia del rico botín de Troya, el ansia de tierras y ventajas comerciales o el mero amor a la violencia y la aventura, esa inmensa hueste de guerreros estaba ahora bajo su mando, y el nombre de Agamenón, gobernante de hombres, perviviría en las canciones de los bardos.

Pero un asunto no tan sublime -negociar las condiciones del suministro de vino, aceite y maíz\* [con un ministro de Delos duro de pelar- era lo que le ocupaba cuando le llegó la noticia de que Aquiles y sus mirmidones ya estaban allí.](#)

–Traédmelo ahora mismo -ordenó-. Veamos de qué está hecho el hijo de Peleo.

Y despidiendo al de Delos con la orden de ofrecerle mejores precios, reunió en consejo a sus jefes de estado mayor.

Muchos fieros guerreros engrasaban las astas de sus lanzas y afilaban sus espadas entre la hueste al pie de la fortaleza, y a Agamenón le complacía mucho tener sus armas bajo su mando. Pero el susceptible joven que Odiseo había sacado de Esciros era un caso totalmente aparte. Decidido a demostrar que era un hombre como el que más, Aquiles entraba en el consejo con una arrogancia que

rozaba el desdén y, en la mayoría de sus deliberaciones, se pasaba casi todo el tiempo tenso como la cuerda de un arco, observando a los demás allí reunidos con un ceño taciturno que a unos les parecía alerta y a otros arisco.

Desde el principio se hizo indudable que este joven guerrero tenía algo de dios. Lo hubiera o no sumergido en la Estigia o pasado por el fuego Tetis, su madre, un resplandor de inmortalidad refulgía como una aureola en el cabello de Aquiles y brillaba afilado y gris en el acero de sus ojos. El fulgor de su fuego era tal que hasta al deslumbrado anciano Néstor, que le llevaba más de cuarenta años, se le iban los ojos al porte de este soldado ágil y hermoso. En su lustre había -Néstor lo veía admirado e intranquilo- un brillo asesino.

Tampoco llegó solo. Aunque la invitación de unirse al consejo sólo era para Aquiles, entró en la sala acompañado de un guerrero más moreno y algo más alto, pero con su mismo empaque y seguridad, como si aquella guerra se hubiera montado para satisfacción de ambos. Cuando Agamenón inquirió por su presencia, Aquiles levantó el mentón y dijo:

-Es Patroclo, hijo de Menecio y nieto de Áctor, el rey de Ftía. Adonde yo voy, él también va.

Y así quedó claro que o ambos se quedaban, o ambos se iban. Viendo que la sangre acudía al rostro de su hermano, Menelao se apresuró a recordarle que Patroclo estaba entre los hombres que habían hecho el juramento en Esparta, y Odiseo contribuyó a distender la escena comentando que la última vez que había visto a Aquiles y a Patroclo juntos tenían seis años y se peleaban como perros junto al arroyo de la escuela de Quirón.

-Si los dos lucháis con el brío de entonces -les dijo-, los troyanos van a pasarlo mal.

Recordándose que Apolo había prometido la victoria sólo si Aquiles participaba en la lucha, Agamenón se unió a las risas y ordenó hacer un hueco para otra silla.

Cuando Néstor quiso saber de su viejo amigo Peleo, Aquiles le contestó con la petulancia de un joven poco dado a hablar de su vida personal.

-Mi padre lamenta no poder ya servir él mismo a la causa, pero los hombres que yo mando son suyos. También me dio la larga lanza que Quirón le regaló, y me rogó que la usara bien. La divina Atenea pulió el asta con su propia mano. Mi padre reza porque la diosa nos otorgue su favor.

Diomedes y Odiseo intercambiaron una mirada ante la solemnidad del joven, pero Áyax, que era primo de Aquiles, soltó una carcajada benevolente.

-Y sin duda tu padre te aconsejó, como a mí el mío, servir a los dioses que hay que servir. Pero como ya le dije al viejo al dejar la cabecera de su cama, hasta un necio consigue la gloria si los dioses están con él. Yo pienso conseguirla, estén o no con nosotros.

-Vale, pero personalmente -intervino Odiseo con sorna-, yo sí prefiero contar con toda la ayuda posible.

En ese momento el heraldo de Agamenón, Taltibio, entró en la sala para anunciar la llegada de un legado cretense que quería audiencia con el rey supremo.

-¿Sólo un legado? - Agamenón frunció el ceño-. En teoría, Deucalión iba a enviarme naves. ¿Dónde están?

Taltibio se encogió de hombros.

-De momento no hay signo de ellas. - Malditos cretenses y sus mentiras. Que pase.

Menelao reconoció inmediatamente al legado, lo había visto cuando visitó la isla. Dromeo, uno de los ministros más perspicaces de Deucalión en el Estado de Cnosos, había captado en qué dirección cambiaba el viento y se había alineado con la facción de jóvenes disidentes que cerraron filas en torno a Idomeneo. El hecho de que él acudiera a Áulide, y no uno de los adláteres de Deucalión, era buen presagio. Pero dónde estaban las naves esperadas fue la pregunta inmediata de Agamenón.

Dromeo decidió contestar otra:

–Ha habido cambios desde que los hijos de Atreo nos honraron con su presencia en Cnosos -dijo-. Deucalión ha cruzado el río a la Tierra de las Sombras. Su hijo Idomeneo ocupa ahora el trono del Grifo.

Se oyeron diversas formalidades lamentando la muerte de Deucalión antes de que Agamenón preguntara:

–¿Y no se nos dio pie a pensar que el nuevo rey es más favorable a nuestra causa que su padre?

–Y así es, rey supremo.

–Entonces vuelvo a preguntar, ¿dónde están las naves? Dromeo abrió las manos, las juntó llevándoselas a los labios y sonrió:

–La Casa del Hacha ahora está dispuesta a aportar cien naves a esta guerra.

–¡Cien! ¡Excelente! – Agamenón no se molestó en ocultar su placer.

Se volvió sonriente a Menelao, que exclamó que era más de lo que se habrían atrevido esperar. Los ánimos en la mesa se elevaron.

Palamedes dijo:

–¿Y cuándo podremos verlas? Dromeo volvió a sonreír.

–Como vosotros mismos reconocéis, es un compromiso muy generoso. No os extrañará, por tanto, que venga acompañado de una condición.

Transportado por la brisa, entró en la sala el distante grito de un oficial arengando a sus hombres en un patio al pie de la colina. Irritado, Agamenón espantó de un manotazo una mosca que le zumbaba en la oreja.

–¿Qué condición?

–Que, como jefe de tan nutrida fuerza, el rey Idomeneo comparta el mando supremo de todas las tropas aliadas.

El hijo de Telamón, Áyax, un tipo muy espontáneo, de expresión franca y anchas espaldas, fue el primero en romper el silencio. Soltando un resoplido burlón, se dio una vigorosa palmada en el muslo y exclamó:

–¡A tu nuevo rey se le ha subido la corona a la cabeza! Vuelve a casa y dile que ya tenemos al único jefe que necesitamos. Aún sonriente, Dromeo se mesaba los rizos de la barba. De nuevo se volvió a Agamenón.

–Me permito señalar -apuntó-, que a las cien naves de Creta sólo las iguala en número el gran escuadrón que el propio rey supremo ha sacado de Micenas. Nuestras naves están listas para zarpar. Sólo aguardan su palabra.

El severo rostro del joven Aquiles también la aguardaba. Agamenón no se perdió la rápida mirada de soslayo que Patroclo dirigió a su amigo, sin que Aquiles despegara ni un milímetro sus ojos fríos y conminatorios del entrecejo del rey supremo, atento a su reacción.

Intuyendo que tenía que tomar una decisión inmediata, pero aturullado por el imprevisto, Agamenón necesitaba, en esos momentos de tensión, el consejo de un dios. Al no oír ninguna voz en el silencio de su mente, decidió que aunque cien naves significaran mucho para él, su honor y su autoridad significaban mucho más.

Ya iba a expresarlo así cuando Néstor, que se había inclinado para escuchar lo que Odiseo le decía al oído, se enderezó en su asiento.

–¿No sería... -el anciano se aclaró la garganta-, no sería sensato que el consejo deliberara sobre esta cuestión? Asombrado, Agamenón vio el insistente movimiento de cabeza de Néstor.

–Justo lo que estaba pensando -dijo-. Si el legado cretense nos excusa...

Dromeo se inclinó cortésmente ante cada uno de los consejeros y salió de la sala retrocediendo. Dejó tras de sí un perfumado rastro de almizcle en el aire.

Nada más cerrarse la puerta de la sala, Áyax preguntó:

–¿A qué tanto susurro? El rey supremo es nuestro comandante. Y tiene toda la fuerza de combate que necesita.

–Dame un momento, amigo -le sonrió Odiseo.

Y habría seguido hablando, pero Palamedes atajó:

–Esta cuestión hay que pensarla bien. Creta promete más de ocho veces el número de naves que podría aportar Salamina.

–¿Pero a qué precio? – preguntó Áyax-. Cualquier necio sabe que dividir la jefatura al final sólo trae problemas.

–Estoy con Áyax -afirmó Diomedes-. Creo que no hay nada que discutir. Como la mayoría de los aquí presentes, Idomeneo juró nuestra causa en Esparta. Un hombre no pone condiciones cuando jura ante un dios.

Envalentonado por ese apoyo incondicional a su propia reacción, Agamenón dijo:

–Ya hay demasiado espacio para la división en nuestras fuerzas. Cien naves más o menos no supondrán gran diferencia para nuestro ejército. Prefiero prescindir de ellas a perder el control del resto. Si Idomeneo no se pliega a nuestra autoridad, que se quede en casa.

–Bueno -dijo Odiseo-. Lo único que pasa es que no lo hará.

–¿Qué quieres decir? – Áyax frunció el ceño.

–Ya has oído lo que dice Dromeo, sus naves están listas para hacerse a la mar. Si Idomeneo ha conseguido montar semejante flota en su isla, no va a dejarla pudrir en el puerto de Cnosos -dirigió a Agamenón su irónica sonrisa-. Tal vez cien naves no pesen mucho en tus cálculos, gobernante de hombres, pero Príamo las recibirá, sin duda, con los brazos abiertos.

Ultrajado, Áyax soltó un gemido de consternación. Menelao negaba con la cabeza.

–Idomeneo estuvo entre los primeros en jurar. No creo que nos traicione.

Odiseo se encogió de hombros.

–¿Es que sería nuevo que los cretenses rompieran su palabra? – Pero es amigo mío -protestó Menelao. Y entonces vio que la sala entera compartía un ominoso pensamiento: el menor de los Atridas, con toda su franqueza, no había dado muestras de buen criterio en cuestión de amigos.

–No obstante -Néstor rompió el silencio-, el hijo de Deucalión tiene ambiciones para su reino, parece. Está claro que no ha olvidado los tiempos en que Creta dominaba los mares y muchas de nuestras ciudades le rendían tributo. Con la ayuda de Troya, podría volver a hacerlo.

Diomedes preguntó:

–¿Y qué iba a sacar de nosotros?

–Una buena parte del botín de Troya -le respondió Odiseo-. Acceso sin restricciones a las rutas comerciales por el Helesponto y toda la costa asiática: oro, plata, cereal, cinabrio, madera, ámbar, jade. Eso, y el reconocimiento de su autoridad independiente por todos los reinos de Argos.

–A mi amigo Menesteo no le gustará -señaló Palamedes. Odiseo hizo un gesto despectivo.

–Pues que el señor de Atenas hubiera atado tan corto a su súbdito como lo hizo su predecesor.

Agamenón gruñó y se recostó en su silla:

–Creta ya resurgía antes de que Teseo saltara por el acantilado en Esciros. Idomeneo es más ambicioso que su padre, eso es todo.

–Y más valiente -intervino Menelao. Diomedes frunció el ceño:

–Más vergonzoso, pues, que tal valor no vaya acompañado de igual honor. Me pareció un hombre

honesto en Esparta, digno pretendiente de Helena.

–Pero la cuestión sigue ahí -insistió Odiseo-. ¿Queremos a sus diez mil arqueros en nuestras tiendas meando fuera, o los queremos fuera meando dentro?

Una leve sonrisa cruzó fugazmente el rostro de Aquiles. Agamenón la captó por el rabillo del ojo y decidió que había llegado el momento de encararse con aquel joven impertinente.

–Parece ser que el hijo de Peleo se divierte. ¿Qué es lo que opina de esta cuestión, me pregunto?

–Me es indiferente -dijo Aquiles.

Agamenón frunció el ceño.

–¿Y por qué?

–Con la debida reverencia a los dioses, tengo mi confianza depositada en mi propia fuerza y la de mi amigo -Aquiles sonrió a Patroclo-. Estén los cretenses con nosotros o en contra, lucharemos.

–¡Como todos! – dijo Áyax-. Pero ¿quién manda? Mi obediencia yo se la debo a Agamenón.

–Y yo la mía -concurrió Diomedes.

Néstor se pasó la mano por los bucles de plata de su blanca nuca.

–Sin embargo, Idomeneo espera respuesta. Yo, personalmente, me pregunto si no sería prudente tener sus fuerzas de nuestro lado -volvió sus graves ojos a Odiseo, que asintió y dijo:

–Esta guerra habrá que ganarla en el mar antes de ganarla en tierra. Cien naves podrían inclinar la balanza por uno u otro bando. Agamenón miró a Palamedes, que dijo quedamente: -Convengo en ese juicio -y echando un rápido vistazo en torno a la mesa, donde Menelao jugueteaba con el pesado sello de oro que Helena le regaló el día de su boda, le preguntó, mientras Menelao miraba tristemente la pareja de leopardos rampantes del engaste-: ¿Y qué dice el rey de Esparta?

El hijo menor de Atreo miró inseguro al mayor antes de responder:

–Como ya he dicho -murmuró roncamente-, considero a Idomeneo un amigo. Creo que será un valioso aliado -manoseó el anillo, que se le resbaló por el dedo. Luego dijo-: Que decida mi hermano.

De nuevo Agamenón se movió en su asiento, tratando de calibrar el sentir de la sala. Su semblante había enrojecido y sus ojos se movían evitando las silenciosas caras que lo rodeaban, sin hallar ningún lugar donde posarse. Por primera vez desde que emprendió esta guerra, se sabía enfrentado a una decisión que podría torcer toda la peligrosa empresa. Pero, ¿de qué lado inclinarse? El cuerpo le pedía con todos sus músculos retener todo el control: el control de las fuerzas que él había aglutinado, el control de ese consejo, el control de sí. Y los dos guerreros de la sala que le eran más afines no esperaban otra cosa. Pero Áyax y Diomedes eran hombres de acción, no de pensamiento, igual que Aquiles y Patroclo, ambos jóvenes y diestros, movidos por una confianza inquebrantable en sus propias fuerzas. Ninguno de los dos, intuía, lo dudaría ni por un momento: irían a la lucha sin ceder nada de su orgullo. Así eran los soldados, los hombres, y él era Agamenón, el gobernante de hombres. Sin embargo, la guerra no era sólo sangre y miedo y fiero arrojamiento entre carros que chocan, y si el sagaz anciano Néstor y el astuto pensador de Eubea coincidían en esto con Odiseo, eso quería decir que quizá allí se jugara algo más que el orgullo.

Tapándose la boca con la mano, Agamenón lamentaba haberse manifestado demasiado pronto. Cambiar de opinión ahora tal vez fuera mostrarse débil ante los que más le respetaban. Pero si se equivocaba... Eran cien naves más en un lado o en el otro: diez mil hombres más. Se vio rodeado de toda su orgullosa flota incendiada y vio caer sobre su buque insignia una nave cretense de cinco órdenes de remos, con un grifo en la proa y el hacha de doble filo pintada en la vela. Un error cometido ahora podría pagarlo muy caro cuando sus naves estuvieran en la mar.

Pero no convenía seguir vacilando mucho tiempo bajo la mirada impaciente de Aquiles.

Ya hacía acopio de fuerzas para hablar, cuando Odiseo se echó hacia atrás con aire incrédulo y

dijo:

–¿Hablo sólo por mí si digo que, en caso de desacuerdo entre Idomeneo y Agamenón, sabría para quién es mi lealtad?

Y antes de que nadie hubiera asimilado lo que implicaba la pregunta, Áyax y Diomedes, a quienes iba dirigida, dijeron que, por supuesto, no hablaba sólo por él.

Odiseo arqueó las cejas y abrió las manos mirando a Agamenón:

–Parece que entonces estamos de acuerdo.

Agamenón entrecerró los ojos y vio que se le abría una puerta en su dilema.

–Muy bien. Sobre la base de este claro acuerdo, que vengan los cretenses.

Pero el León de Micenas se sintió abrumado por todo el peso del mando en el mismo momento en que estaba a punto de renunciar a la mitad de él.

Tampoco es que hubiera ningún motivo concreto de Odiseo para desconfiar de las intenciones de Idomeneo. Pero el de Ítaca dijo después a su primo Sinón al contarle cómo había transcurrido la reunión:

–Necesitamos esas naves cretenses, ¿y cómo iba a persuadir a Agamenón de ceder la mitad de su mando, si no?

En cuanto a si necesitaban o no ayuda divina, Agamenón coincidía más con Odiseo que con Áyax, y señaló la víspera de la partida para la ofrenda de sacrificios y las plegarias a los dioses.

Los principales comandantes y sus tropas se dieron cita en una hondonada a las afueras de la ciudad, donde un recio plátano consagrado al culto de Hera llevaba siglos en pie. Erigieron un altar a la sombra del árbol, junto a un manantial. Los sacerdotes invocaron al todopoderoso padre celestial Zeus, y Calcante recabó el consejo y la sabiduría de Apolo. A continuación Agamenón ofreció el sacrificio.

Ya sacaba el cuchillo de las entrañas del animal inmolado cuando todos los soldados que poblaban la hondonada quedaron paralizados al ver salir reptando de debajo del altar una enorme serpiente. Sobresaltado, Agamenón dio un paso atrás sin quitar los ojos de las listas rojas que surcaban las negras escamas del lomo del reptil. Contorsionando su largo cuerpo con asombrosa agilidad, la serpiente llegó al tronco del plátano y trepó por él.

Calcante salió rápidamente de su sitio detrás de Agamenón para observar el comportamiento de la serpiente. La vio llegar hasta una alta rama donde una hembra gorrión tenía su nido. El pájaro alzó el vuelo aleteando asustado, sin poder hacer nada frente al musculoso golpe de la gran serpiente. Ocho veces hundió el reptil las fauces en el nido, llevándose un polluelo de gorrión a cada golpe. Luego irguió la cabeza verticalmente y estuvo un rato meciéndose y mirando a la madre gorrión, que revoloteaba presa de pánico. De un último empujón, la atrapó por el ala y se la tragó entera. A1 momento se extendió en la rama, quedándose tan rígida e inmóvil que los hombres luego juraban que se había convertido en piedra.

Un murmullo de alarma y maravilla recorrió la caterva de soldados.

Agamenón, con el cuchillo del sacrificio aún goteando en la mano, miró al sacerdote, y éste, dándose un manotazo en la frente, gritó:

–Aceptemos el oráculo. – Y cerró los ojos.

El silencio se hizo en el claro. Ni un hombre se movió. Sólo el plátano se agitaba un poco en la brisa marina. Calcante entonces bajó la mano, abrió los ojos y sonrió a los cientos de soldados que lo miraban suspensos.

–Argivos -gritó-, este portento os lo envía la poderosa inteligencia del propio Zeus. Lo hemos esperado mucho, y tendremos que esperar mucho más a que se cumpla, pero la gloria aquí prometida

no morirá jamás.

Aún alterado por el susto, Agamenón se animó con sus palabras.

–Dinos, Calcante, ¿cómo interpretas el augurio?

–¿No muda su piel la serpiente cada año? – replicó Calcante-. ¿Y no renacen las hojas del plátano con cada año que pasa? Ocho eran los polluelos del nido, la madre gorrión hacía el número nueve. La muerte de cada pájaro habla del paso de un año. El gorrión es una criatura de Afrodita, y Afrodita lucha por Troya. Así pues, nueve años habréis de luchar para tomar Troya, pero al décimo año sus anchas calles serán vuestras.

La voz del sacerdote era jubilosa. Abrió los brazos, miró al cielo y cerró los ojos en muda plegaria. El ejército esperaba en silencio, cada hombre sumido en sus propios pensamientos.

Agamenón percibió al momento que hacía falta algo más.

–Es la voluntad de Zeus -gritó-. El dios ha hablado, la victoria será nuestra.

Menelao y Áyax, a su lado, se hicieron eco de la frase al punto, incitando a los demás a seguirles. Las palabras «la victoria será nuestra» retumbaron por la hondonada una y otra vez, en un grito que salía de las huestes. Al unirse a él Palamedes, el príncipe de Eubea, advirtió molesto que Odiseo de Ítaca, a sólo unos metros del claro, lo estudiaba con ojos fríos e irónicos.

Al día siguiente, bajo el acompañamiento de un trueno en el que todos oyeron el aliento de Zeus, la flota partió hacia Troya.

Dos generaciones han pasado desde aquel día, y muchos hombres han contado muchas veces las historias de la guerra. Pero los recuerdos se van haciendo borrosos con el transcurso de los años, no todas las historias son ciertas, y se sabe de cronistas que, atendiendo a turbios fines, han contado redomadas mentiras en interés propio. Mi fuente es la palabra de Odiseo, y he comprobado que casi siempre es fidedigna. Él enseguida tachó de tontería la versión que difundieron algunos de que la flota se perdió al poco de salir y recaló en Misia, donde lanzaron un ataque a gran escala creyéndose ya en la costa de Troya.

Los que se creen esa fábula hablan de la intervención divina para explicar el error. Aducen que Afrodita despistó a los navegantes para que no atacaran la ciudad. Pero como señaló Odiseo, Agamenón iba bien provisto de cartas, el propio Menelao ya había hecho una travesía a Troya sin dificultad, y entre los capitanes de la flota argiva había viajeros muy curtidos que conocían bien el mar Jónico, el de Creta y el Egeo. Odiseo no era el único príncipe que redondeaba sus ingresos con la piratería, y entre sus otras muchas aficiones, Palamedes sentía un vivo interés por la navegación y sus problemas. Así pues, lo más indulgente es ver esta versión como un recuerdo confuso de una guerra muy larga y con muchas y diversas campañas, no todas las cuales tuvieron lugar al pie de las murallas de Troya.

Es cierto que cuando Agamenón concibió por primera vez la idea de atacar Troya, esperaba emular la fulminante incursión en la que antaño Telamón y Heracles habían echado abajo el flanco más endeble de las murallas de la ciudad. Pero el rey Príamo había reforzado sus defensas desde entonces. También había encargado una nueva flota de guerra y se había tomado en serio la diplomacia, preparando para el conflicto venidero a sus muchos aliados de toda la costa occidental de Asia. El rey supremo de Troya tal vez tuviera menos naves a su mando que el de Argos, pero no se enfrentaba al problema de transportar cien mil hombres por el Egeo, y su flota podía guardar la boca del Helesponto y apoyar a sus aliados.

Y aliados tenía muchos. Los informes enviados a Micenas por los espías de Agamenón eran cada vez más desalentadores. De todos los amigos de Troya, sólo los dardanos habían decidido mantenerse al margen de la guerra. Tras intentar en vano persuadir a Príamo de devolver a Helena a Esparta en el



acto, el rey Anquises se negó a embarcar a su pueblo en un conflicto militar que había iniciado la perfidia de Paris y que podría acabar destruyendo todas las tierras circundantes de los montes ideos. Pero no apoyaría a los invasores tampoco, y todos los demás reinos costeros, desde Peonia y el Quersoneso tracio por el norte hasta Licia por el sur, estaban prestos a acudir en ayuda del rey Príamo. Frigios, misios, carios y los pelasgos de Larisa levaban sus ejércitos, y también habían prometido apoyar a Príamo, en caso de necesidad, países más orientales. Amazonas, paflagonios e incluso los distantes halizones, todos estaban listos para enviar fuerzas a la defensa de Troya.

A la vista de tal oposición concertada, Odiseo recomendaba una prudente guerra de desgaste como curso de acción más sensato. Sería más fácil tomar Troya si desgastaban antes a sus aliados en una campaña de bloqueos navales y ataques por sorpresa contra objetivos más débiles. Hasta ese ominoso día en Áulide, nadie salvo Odiseo había pensado que la campaña podría prolongarse nada menos que diez años. Pero si era deseo de Zeus, razonaba, los príncipes de Argos habían de someterse a él, y con más motivo sabiendo que al final estaba la victoria.

Agamenón escuchó sus argumentos, pero no era tanta su paciencia. Todavía albergaba la esperanza de que los troyanos se rindieran a la primera, amedrentados ante el tamaño de la fuerza que había logrado reunir, lo que demostraría que habían malinterpretado el augurio. Cuando así lo dijo, el consejo se bifurcó en las dos líneas de siempre: los pensadores allí presentes -Néstor y Palamedes- apoyaron a Odiseo, y el resto defendía el ataque inmediato a Troya.

Viéndose superado en número, Odiseo trazó otro plan. Muy bien, sugirió, en lugar de arriesgarlo todo a una sola tirada estando Troya en plenitud de fuerzas, lo mejor sería establecer una cabeza de puente segura lo más cerca posible de la ciudad. El islote de Ténedos, frente a la costa troyana, se adecuaba perfectamente a sus necesidades. Desde allí podrían montar, si lo vieran factible, un ataque directo a la capital de Príamo, o bloquear la boca del Helesponto y lanzar ataques contra Tracia por el norte y contra las fortalezas costeras de sus otros aliados por el sur.

A todo el mundo le pareció bien, y el plan se aprobó.

Al llegar a las proximidades de Ténedos, Agamenón decidió situar casi toda su flota donde pudiera frenar un avance de las naves de guerra troyanas mientras una fuerza menor tomaba la isla. Convocando consejo a bordo del buque insignia, iba a anunciar su decisión de poner a Diomedes al mando de la invasión, cuando Aquiles exigió el honor de dirigir el primer ataque él mismo.

Hacía bochorno. La sesión del consejo se había retrasado, para exasperación de todos, en espera de Aquiles. La expectación y el nerviosismo hacían presa en los ánimos.

Agamenón vaciló. No quería un conflicto abierto con aquel joven tornadizo, pero tampoco deseaba confiar el crucial éxito de su primer ataque a un guerrero todavía no muy experimentado en batalla. Sin darle tiempo a escoger las palabras que iba a decir, Aquiles lo atajó entrecerrando los ojos:

—Calcante te ha advertido de que esta guerra no se ganará sin mi ayuda. Si los dioses me miran para sellar la victoria, serán propicios a que dirija el primer ataque.

Soltó estas palabras como si llevaran todo el peso de la autoridad del oráculo, sin dar cabida al debate ni al desacuerdo.

La noticia del augurio sobre el séptimo hijo de Peleo había corrido por las filas rápidamente, y Aquiles ya se había ganado el afecto de las tropas, aparte de su respeto. Sus mirmidones siempre habían estado dispuestos a dar la vida por él, pero ahora también lo estaban muchos otros, y los soldados lo llamaban el talismán de la fuerza. Muy consciente de ello, Agamenón ya se había mordido la lengua varias veces ante la insolencia del joven, pero esa vez no estaba dispuesto a ceder.

—Celebramos tu valor, hijo de Peleo, y agradecemos tu oferta -bajó la vista a la carta de Ténedos que tenía desplegada sobre la mesa-, pero confiamos en la experiencia de Diomedes, veterano de

Tebas. Cuando tengas sus tablas en la guerra, nos complacerá darte un mando.

Agamenón se aclaró la garganta y ya estaba a punto de dirigir la atención del consejo hacia la táctica del ataque cuando Aquiles dijo:

–El rey supremo tendrá que pensárselo de nuevo. Agamenón se tragó visiblemente la ira.

–¿No me he expresado con claridad? Aquiles se levantó de su asiento.

–Con mucha claridad. Este insulto ha sido igual de claro que el primero que tuve que aguantarte.

Agamenón levantó la mirada, irritado y perplejo. Preocupado, el anciano Néstor intervino:

–Cálmate, Aquiles -le dijo con serenidad-. Estoy completamente seguro de que no ha habido intención de insultar.

–No -Agamenón levantó el puño; el león de su sello despidió un destello dorado-. Aclaremos esto de una vez por todas. Estoy deseando saber cómo cree el hijo de Peleo que lo he insultado. Aquiles dio un puñetazo en la mesa.

–Yo he sabido desde el principio que sólo me reclutaste para esta campaña porque se te ocurrió a última hora. Si Calcante no llega a revelar que Troya no caería sin mi ayuda, te habrías que dado tan ancho dejándome en Esciros y llevándote tú toda la gloria, ¿no es así?

Exasperado, Agamenón señaló:

–De haber sido mayor tu fama, habríamos pensado antes en ti.

A Aquiles se le dilataron las aletas de la nariz. Dudaba entre ventilar la ira contenida o darse la vuelta y desaparecer para siempre, cuando Odiseo intervino:

–Aquiles, amigo mío, no te equivoques pensando que el rey supremo te ha desairado. De haber salido yo antes de Ítaca, antes te habrían llamado a ti a la causa. Esas cosas las dictan los dioses, pero si aquí hay una culpa, es mía.

–¿Y hoy qué? – preguntó Aquiles, al que la generosa disculpa no aplacaba del todo-. ¿No se ha despreciado mi valor? – Nadie duda de tu valor -le respondió Odiseo-, pero pides mucho.

Menelao se removió incómodo en su asiento. Sudaba, hacía calor. – Mi hermano quiere garantizar el éxito del desembarco.

–¿Entonces he de entender que los hijos de Atreo dudan de mi destreza con las armas?

Néstor le sonrió.

–No más que yo, lo que quiere decir nada en absoluto. Pero tendrás muchas ocasiones de demostrar tu destreza, joven.

–Eres un anciano, señor -le respondió Aquiles-, y respeto tu sabiduría. Pero ¿acaso no fuiste un día igual de joven y ávido de gloria que yo?

–Es tu avidez lo que me preocupa -Agamenón frunció el ceño-. No voy a rondar el desastre sólo por alimentar tus ambiciones.

Aquiles volvió a encabritarse. Odiseo estaba a punto de intervenir de nuevo, pero Idomeneo, rey de Creta, se le adelantó. Si bien era cierto que había conseguido su nombramiento formal como comandante conjunto de la empresa, otra cosa muy distinta era que pretendiera ejercer esa autoridad en un consejo reunido en torno a Agamenón, que era a todas luces a quien debía lealtad. Eso era así. Otro punto flaco de la posición de Creta era, además, haber aportado al final veinte naves menos de las cien prometidas. Sin embargo, tras presenciar la disputa con frío desapego, el suave cretense vio ahora su primera ocasión clara:

–Se puede resolver esta cuestión a satisfacción de todos y avanzar a la vez en lo que hoy nos ocupa -encantado al notar que había captado la atención de todos ellos, los dejó en suspenso un poco más de lo necesario-. Convengo con mi regio primo de Micenas en que es Diomedes quien ha de mandar esta fuerza: para el conquistador de Tebas, Tenedos será pan comido.

Aquiles se enfadó, pero Idomeneo sonrió y levantó la mano para contenerlo:

–Espera un poco, amigo.

Cuando Aquiles volvió a sentarse, Idomeneo echó una mirada circular al consejo:

–Príamo, por supuesto, anticipándose a nuestros planes de tomar la isla, la ha fortificado. Sabe que el único puerto donde cabría nuestra flota está aquí -lo señaló en la carta-. Uno de mis mejores espías me informa de que el rey ha hecho subir grandes rocas a los acantilados del puerto. Si les atacáramos, los troyanos nos las echarían encima, causando graves daños a naves y hombres en el desembarco.

Agamenón estaba a punto de preguntar por qué no se lo habían dicho antes, pero Idomeneo no le dejó:

–Lo que sugiero es que Diomedes dirija el ataque principal al puerto y que Aquiles mande una fuerza más pequeña que desembarque a cubierto de la oscuridad en esta cala de aquí para tomar por la espalda las posiciones del acantilado. Si ataca con valor en el momento preciso, impedirá que nos arrojen las rocas, y nuestra fuerza principal podrá saltar a tierra sin problemas -sus ojos negros sonreían al volverse a Aquiles-. Merece gran gloria quien sale victorioso de tan peligrosa faena. Así, los dos comandantes coordinarán su acción, como Agamenón y yo, para mutua ventaja y bien de todos.

Odiseo y Néstor encomiaron inmediatamente los méritos del plan. Diomedes no puso inconveniente a compartir el mando y Agamenón dio su aprobación general, quedando pendientes los detalles. Pero aunque el choque entre Agamenón y Aquiles se había amortiguado, no pararía ahí, y Odiseo salió del consejo con la secreta convicción de que, oráculos aparte, tal vez un día la hostilidad entre el rey supremo y el peligroso joven al que había sacado de Esciros acabaría siendo desastrosa para toda la campaña.

Pasado el tiempo, siempre que Odiseo hablaba de Aquiles decía que en aquel joven había un misterio imposible de desentrañar, pues su orgullo guerrero y su implacable eficacia homicida eran el contrapeso de una ternura que Odiseo nunca había visto en ningún otro hombre. En algunos extremos, indicó una vez, tenía más en común con Helena que nadie que conociera. Ambos habían crecido con el amor a la naturaleza -Aquiles en los riscos de la escuela de Quirón, Helena en los bosques vírgenes de Artemisa- y -ambos tenían algo de agreste, y con eso creo que aludía a una especie de inocencia casi amoral, que no descartaba la acción despiadada. También es cierto que el mundo había herido a ambos en una edad crucial de su desarrollo, y que esa herida marcó para siempre sus destinos. Pero, sobre todo, los emparentaba el saber que su cuerpo, no su espíritu, era mortal, y todo en ellos parecía tocado por el fuego de la inmortalidad.

–Madre -había dicho Aquiles al separarse de Tetis-. Nací para morir pronto, pero el Zeus olímpico me debe la gloria.

Y así se había ido a la guerra, sin contar con regresar y tan sediento de su destino que no permitiría ningún obstáculo en su camino a la grandeza. Gracias a fuerzas que antaño amenazaron con destruirlo -el amargo desamor entre su madre y su padre, la antigua religión y la nueva, las obligaciones de su apacible vida en Esciros y su necesidad de gloria-, Aquiles había hecho de sí un arma de guerra. Un designio bélico resplandecía en toda su persona.

Éste era, pues, el joven a quien se confiaba el mando del ataque por sorpresa a Ténedos, y su redoblado esfuerzo por demostrar que era algo más que un hombre entre muchos generó tal brío, que su ejército de nirmidones cayó con ferocidad sobre la retaguardia de la defensa troyana, tomando los acantilados con pocas bajas. Diomedes había recibido la señal de desembarcar, pero la avanzadilla se adelantó mucho a la fuerza principal, y fue el propio Aquiles quien clavó la lanza en el pecho al rey Tenes, el comandante de la fuerza de 1a isla, matando luego al padre de un mazazo en la cabeza.

A partir de ahí, la resistencia se vino abajo rápidamente. Salpicado de sangre que no era suya, con su esplendorosa cabellera reluciendo a la luz del amanecer, Aquiles esperaba entre los vítores de sus hombres a que Diomedes se le uniera en la ciudadela. Por pronto que la rruerte le llegara, ahora estaba seguro de que al menos su nombre no moriría.

Conseguida su cabeza de puente en Tenedos, Agamenón decidió enviar embajadores a Troya y ofrecer condiciones para la retirada de sus fuerzas. Menelao, Odiseo y Palamedes fueron los elegidos para ir a presentar unas exigencias que -ninguno creía otra cosa antes de partir- Príamo hallaría inaceptables. El verdadero objetivo de la misión era sondear el grado de unión de los troyanos por debajo de sus muestras de desafío, y Taltibio, el heraldo de Agamenón, dispuso al efecto que los enviados se alojaran en casa de Anténor durante su estancia en la ciudad.

El primer consejero del rey, agobiado por la responsabilidad de proteger a los argivos en una ciudad llena a rebosar de sus enemigos, les pareció de entrada cauto y reservado, pero gracias a las copas de vino que Palamedes sugirió con sutileza, Menelao y Anténor no tardaron en despacharse a gusto sobre su común inquina a Paris, al que ambos culpaban de haber destruido su felicidad. Mientras, Odiseo ejercía su ingenioso encanto sobre la esposa de Anténor, Teano, siempre dispuesta a declarar su odio eterno al hombre que había matado a su hijo y ahora amenazaba con llevar la ruina a Troya.

Por primera vez, los argivos tuvieron conocimiento de lo que había ocurrido en la ciudad desde que Paris dejó Esparta con su premio. Se enteraron de que Eneas había apoyado a Paris en la huida de Esparta sólo porque eran amigos que se habían jurado ayuda mutua, y no porque aprobara en modo alguno su traicionera conducta. Eneas y su padre Anquises no tardaron en decirle al rey supremo sin rodeos que no fuera a Dardania a pedir ayuda cuando las huestes de Argos le aporrearán la puerta. Según Anténor, Príamo había querido restar importancia a la ruptura con su primo diciendo que, hasta que su hijo regresara y él lo oyera todo directamente de sus labios, se reservaba el juicio sobre el asunto. Pero en privado, el rey ya se inclinaba por la guerra. Siempre supo que tarde o temprano llegaría, y estaba tan preparado como siempre lo estuvo. Anténor comentó haber llegado a ver regocijo en su rostro, grave por lo general, ponderando el calibre del insulto de su hijo al orgullo argivo.

Pero Príamo tuvo que esperar varios meses el regreso a Troya de la nave *Afrodita*, pues Paris y Helena, para esquivar a posibles perseguidores, pusieron rumbo este hasta llegar a Chipre. Menelao hizo una mueca de dolor al comprobar que era verdad que su esposa se ocultaba con su amante en la isla mientras él estuvo allí; al poco de su partida, habían salido hacia el sur, hasta Egipto. Hacía buen tiempo entonces y los mares estaban en calma, por lo que, tras elevar sus plegarias en la cuna de *Afrodita*, Paris había tornado su huida en una prolongada luna de miel. Calculó que convenía demorar el regreso dando más tiempo a su padre y hermanos para asimilar y aceptar los hechos. Y tal vez así también despertara el apetito de los troyanos por la legendaria belleza de su amante raptada.

Estos últimos cálculos hicieron diana, ya que nada más divisar la nave *Afrodita* aproximándose a la ciudad, una gran multitud comenzó a formarse por todo el camino al puerto desde la Puerta Escea, mientras otros flanqueaban las calles. Para suscitar aún más expectación y realzar el aire de misterio, Paris hizo trasladar a Helena y a Etra en literas con cortinas, de modo que pudieran ir de la nave al palacio sin exponerse a las burdas miradas de la plebe. Se oyeron algunas obscenidades y pitidos al fondo, pero era patente que la mayoría de los troyanos recibían sobrecogidos y alborozados la rica procesión de criados, esclavos, animales y trofeos; y también con mucho interés: tras aquellas cortinas de gasa estaba Helena de Esparta, que ya era, para gloria eterna de la ciudad, Helena de Troya. Era como si una diosa descendiera entre ellos, una diosa cuyo misterio no debía profanarse, y ahí tenían a Paris, el príncipe del pueblo -el pastor de las tierras del monte Ida- cabalgando con orgullo junto a su

litera. Un mendigo gritó que la era de las maravillas había vuelto a la tierra, y ¿quién iba a discutirsele?

Anténor contó que el velo aún cubría el rostro de Helena cuando Paris llevó al fin a su dama a la asamblea en pleno de la familia y los consejeros de Príamo, en el gran salón del palacio.

–Era como un escultor presentando su obra maestra -comentó con ironía, consciente del dolor en el semblante de Menelao, cuya pronta imaginación le hacía sentir que le crecían los cuernos con cada noticia que le llegaba-. Habíamos esperado tanto para verla, que todo el salón contenía la respiración expectante. Y sí, he de admitir que Helena es una mujer de increíble belleza. Aunque a mi juicio, otra cosa muy distinta es que merezca la pena, por una mujer, poner en riesgo un ejército.

–Y una ciudad entera -dijo Palamedes. – Claro.

–Sin embargo, somos todos razonables. Nuestra enemistad es con Paris, no con Troya. Sería una enorme tragedia que miles de personas murieran por el loco egoísmo de un solo hombre. ¿No estás de acuerdo?

Consciente de que contestaba otras preguntas, Anténor repuso: -Creedme, si mi esposa y yo viéramos la forma de entregárselo y evitar la guerra, esta misma noche os devolveríamos a Paris encadenado. Pero el rey supremo está tan loco por la bella Helena como indulgente es con su hijo. Y los partidarios de la guerra en el consejo superan en número a quienes preferiríamos una solución pacífica. Así pues, no esperéis que Príamo acceda a ninguna exigencia de devolver a Helena.

Cuando los enviados argivos se presentaron al día siguiente ante Príamo, hallaron en el ambiente del gran salón una hostilidad todavía más abierta de lo que esperaban. Ausente el propio Paris del consejo, Anténor hizo lo que pudo por garantizar a los enviados de Agamenón una audiencia justa, pero no pudo impedir los bufidos y pitidos indignados con que Deífobo y Ántifo acogieron su repertorio de exigencias. Entre ellas, la devolución inmediata de Helena, la entrega de Paris convicto por raptó y asesinato, la compensación a Menelao por el agravio sufrido, el reembolso a Agamenón e Idomeneo y los príncipes a su mando del colosal gasto en que todos habían incurrido por los actos de Paris, la creación de asentamientos argivos bien defendidos en puntos estratégicos del continente asiático y el acceso libre y sin restricciones a todo el Helesponto, el mar Negro y las principales rutas comerciales con el Oriente y el norte.

Las exigencias monetarias por sí solas habrían sido suficientes para arruinar a Príamo varias veces, pero el rey de Troya escuchó a Odiseo hasta el final con cara pétrea, y luego alzó la mano haciendo callar a sus hijos más alborotadores para dar su respuesta:

–En cuanto a lo primero, no creo que nadie nos culpe de que nuestro regio primo de Esparta no satisfaga a su esposa. A diferencia de mi hermana Hesíone, que lleva muchos años languideando cautiva en Salamina, Helena está aquí en Troya por voluntad propia. Si su deseo fuera irse, retenerla sería indigno. Que los príncipes de Argos aprendan esta lección elemental de cortesía al respecto -viendo la congestión del semblante de Menelao, más acusada por la cicatriz, tomó aire-. En cuanto a vuestras otras exigencias, sabemos que el rey supremo de Micenas codicia nuestra riqueza y nuestro poder desde hace tiempo. ¿Y cómo no iba a ser así, cuando sus propios dominios son una covacha al lado de Troya? Nuestro mensaje para él también es simple. Nada le espera en Troya sino la calamidad y la humillación: que despeje de nuestro mar sus infectas naves y se lleve a casa a su pelotón de argivos, antes de que todas sus esposas encuentren maridos más a su gusto.

Recordando la última vez que había estado ante Príamo en ese salón y su amistosa despedida, a Menelao le costó contener la furia.

–Veo que tu hijo no se atreve a mirarme a los ojos -le dijo-. Si todos tus seguidores son así de bravos, rey Príamo, cuídate, es fácil que tus mujeres acaben violadas, tu ciudad incendiada y saqueada

y tu linaje extinguido. Yo voy a recuperar a mi esposa, y tú... Tú lamentarás el día en que engendraste a Paris.

Odiseo puso una mano en el brazo de su amigo para refrenarlo y se volvió a Príamo con ojos fríos y desdeñosos: -Transmitiremos tu mensaje a nuestro rey -afirmó-. Tendrás pronta respuesta.

Los embajadores argivos salieron muy tiesos del salón y regresaron a la casa de Anténor. No mucho después de dejar la ciudad supieron que, de haber sido por Deífobo y Ántifo, aquella noche los tres habrían sido asesinados mientras dormían. Sólo se libraron del crimen por las enojadas protestas de Anténor y el sentido del honor de Héctor, que las respaldó.

El primer ataque a Troya fue un choque brutal e inconcluso del que ambos bandos salieron escaldados.

Las cosas empezaron bien para los argivos cuando una noche una luminosa lluvia de antorchas causó estragos en la flota de Príamo, debilitando mucho sus defensas frente a la invasión; pero los troyanos quedaron advertidos de la inminencia del combate, y cuando las naves de Agamenón llegaron a la playa, un ejército bien situado las esperaba.

Para empeorar las cosas, a las tropas argivas les inquietaban los rumores de una profecía, según la cual el primer hombre que pisara tierra moriría. Hasta Aquiles vacilaba a la proa de su nave, renuente a dar la vida a cambio de tan poca gloria. Mientras, los troyanos tiraban piedras y pedruscos a las naves atestadas sin dejar de ulular, para desconcierto de los argivos, en el áspero viento que barría la llanura.

Al final, espoleado por los insultos del enemigo por delante y de Agamenón por detrás, Yolao, veterano guerrero que había sido auriga de Heracles, saltó al oleaje con un potente grito. Lo rodearon al punto y lo mataron en la playa antes de que pudiera dar un solo golpe, pero su temerario valor le valió fama eterna. Le dieron el título de Protesilao -«el primero en la lucha»-, y aquella noche fue enterrado con grandes honores en la margen tracia del Helesponto.

Rendida ya la primera vida, otros guerreros se animaron a saltar de las naves. Aquiles y Patroclo iban en cabeza, con Fénix y los mirmidones tras ellos. Odiseo, en cambio, se quedó atrás un rato observando la evolución de la batalla. Se había pronunciado en contra de un ataque por tierra hasta haber cercenado los recursos de Príamo, pero la desfachatez de las condiciones del rey sublevó tanto a Agamenón que se empeñó en hacerle tragar sus palabras. El precio de su impaciencia se vio enseguida en las ingentes bajas sufridas bajo la rociada de flechas que recibió a los soldados al saltar a la orilla.

Por pura fuerza numérica, los argivos forzaron el desembarco sólo para verse metidos en un encarnizado y cruento combate por la playa. La resistencia más fuerte vino de un sector del frente donde Cicno, un héroe troyano, se abría paso a hachazos entre los invasores como si fuera invulnerable. Aquiles, viendo lo que ocurría, echó a andar por las dunas para batirse con el gigante troyano gritando a Patroclo que lo siguiera. Cicno se rió en su cara, haciéndole gestos de que fuera para allá si se atrevía. La velocidad y la fiereza del ataque de Aquiles lo dejaron pasmado. Aun así, la lucha fue larga y reñida, y la victoria pudo haber caído de cualquier lado de no ser porque Cicno, esquivando una estocada, tropezó con un pedrusco. Al caer de espaldas, derribó con él a Aquiles. Ambos perdieron las armas en la caída, pero a Cicno, bajo el peso del cuerpo y la armadura de su adversario, le faltaba el aire. En un raptó de violencia, Aquiles aferró al troyano por el cuello, estrangulándolo con las correas de su propio yelmo.

Al levantarse de la escabechina, exultante y jadeando, notó que Patroclo le tiraba del brazo. En torno suyo, y al toque de trompeta del buque insignia de Agamenón, vio al ejército argivo abandonar la playa.

Muchas recriminaciones siguieron al fracaso de aquel primer ataque, pero fueron las graves

pérdidas sufridas lo que convenció a Agamenón del acierto de Odiseo al insistir en que Troya sólo caería tras una larga campaña de desgaste. De ahí que la guerra entrara en otra adusta fase de estallidos esporádicos de violencia que duró un año, y luego otro, hasta que quedó claro que, si Troya caía alguna vez, no sería hasta después de transcurridos todos los largos años de la serpiente.

Hubo batallas navales, muchas naves hundidas y muchos hombres quemados y ahogados antes de que los argivos lograran afirmar su hegemonía naval. Desde la fortaleza de Ténedos ahora podían ahora organizar incursiones por todo el litoral asiático. Tras tomar la isla de Lesbos, otras ciudades del continente menores que Troya cayeron ante ellos. Los lidios, aliados de Príamo por el sur, salieron muy mal parados de esos ataques. Agamenón y sus tropas saquearon e incendiaron Colofón, Clazomene, Esmirna y Antandros, pero otras ciudades importantes de ambos lados del Helesponto, como Sesto y Abido, resistieron al asedio. Y así fueron alargándose, de estación en estación, los sanguinarios años de la guerra. Y por todo Asia, desde el mar Negro a Chipre, e incluso en puntos muy lejanos de los desembarcos argivos, el nombre de Aquiles infundía temor en los hombres y no dejaba dormir a los niños.

Hubo también largos periodos de inactividad mientras ambos bandos restañaban sus heridas, o cuando las fiebres, la disentería o la peste impedían a los hombres andar, por no hablar de combatir. A veces las tropas no podían moverse en el tórrido calor del verano, y el invierno y sus oscuros meses fueron muy crudos y terribles todos los años. Un viento enloquecedor soplaba por la llanura troyana durante la mayor parte del año, pero en invierno su aliento era gélido. Los arroyos se congelaban, la nieve les hundía las tiendas. Soldados curtidos por la guerra se quejaban de sabañones y congelación. Ni cuando el tiempo era clemente pasaba un día sin que se preguntaran por qué se habrían metido nunca en esa insensata lucha y si alguna vez volverían a sentarse frente al fuego del hogar. Pero quien desertara tenía ante sí una larga caminata por territorio hostil, y la mayoría decidía a regañadientes que, después de haber soportado tanto, no tenía sentido volver a casa con apenas nada que mostrar a cambio de sus penalidades, salvo heridas y anécdotas. Y la guerra continuó.

En el noveno año, cortadas las vías marítimas occidentales de Troya y muchos de sus aliados ya desmoralizados por las constantes incursiones, empezó a parecer que la guerra se inclinaba por fin a favor de Agamenón. Los argivos decidieron atacar Misia a finales de verano.

Los misios eran un pueblo tracio llegado de Europa un siglo antes. Télefo, su rey, era hijo ilegítimo de Heracles y había subido al trono misio con ayuda de Príamo, al desposarse con una de las muchas hijas del rey supremo. Sus fértiles tierras ahora abastecían Troya de trigo, aceitunas, higos y vino que transportaban por rutas interiores, fuera del alcance de las incursiones. Odiseo había convencido a Agamenón de que si Misia caía, podrían estrangular a Troya con el hambre, llevándola a rendirse. Por ello, dejando atrás una fuerza suficiente para defender Ténedos, llevó el grueso de la flota a la isla de Lesbos, utilizando el puerto de Mitilene como base para atacar Misia por Teutrania, en la desembocadura del río Caico. Pero, una vez más, subestimó la fuerza de la resistencia, y la batalla cobró un sesgo muy parecido al del truncado avance sobre Troya muchos años antes. Aunque el desembarco fue más rápido esta vez, los misios conocían el terreno, y Agamenón, tras ver aniquilada la mitad de su avanzadilla, intentaba evitar la estampida de sus tropas.

De nuevo Aquiles y los mirmidones acudieron en su rescate con un raudo movimiento lateral que cayó sobre Télefo, en la retaguardia, obligándole a retroceder por la margen del río. Persiguiendo velozmente al rey Aquiles arrojó su lanza y alcanzó a Télefo en el muslo, derribándolo en una densa maraña de vides. La batalla bien podría haberse ganado en ese momento, pero la escolta de caballería del rey fue en su auxilio a repeler a Aquiles, y uno de ellos, extrayéndole la lanza a Télefo, lo retiró del campo de batalla. Entretanto, los guerreros misios de la playa, sin saber aún que su rey estaba

malherido, siguieron luchando con tal ardor que Agamenón, una vez más, llamó a la retirada.

Remiso a volver a Ténédos con una noticia tan desalentadora, puso la flota rumbo sur en busca de lugares más vulnerables que atacar. Tras incendiar una población al norte de Esmirna, los caudillos, exhaustos, dedicaron unos días a lavarse las heridas y desentumecer el cuerpo en las aguas termales de un manantial que había por allí. Desde entonces, esas aguas se conocieron por el nombre de los Baños de Agamenón.

Hacía buen tiempo y podría haber sido un periodo de recreo, pero el humor de los decepcionados comandantes era tan acre y sulfuroso como el vapor que subía a su alrededor. Aquiles seguía furioso, pues había perdido otra ocasión de darse lustre en el campo de batalla sólo porque el León de Micenas se había vuelto a amilanar. Él y Patroclo seguían manteniéndose apartados, sólo estaban cómodos en mutua compañía. A la segunda noche estalló una disputa entre Odiseo y Palamedes sobre si debían persistir en la campaña de Misia o concentrar las fuerzas en las proximidades de Troya. La irascibilidad del indeciso Agamenón venía a empeorar las cosas. Además, Diomedes lloraba la muerte de su amigo Tersandro, caído al frente de la avanzadilla contra los misios, y Menelao pasaba mucho tiempo dormido o cavilando a solas.

Harto de la acritud de la compañía y con ganas de carne fresca, Agamenón decidió salir de caza. Sólo Palamedes tuvo fuerzas para acompañarlo. Obligaron a un cazador del lugar a acompañar los con la jauría de perros de una finca que habían saqueado y quemado, y se pasaron casi todo el día buscando caza infructuosamente. A media tarde, ya ciego de rabia, Agamenón iba matar al hurraño cazador cuando los sabuesos descubrieron un bello ciervo blanco. Aullando y ladrando de alegría, con Agamenón siempre en cabeza, salieron tras el venado. Zigzagueando, el animal huía a toda carrera entre los helechos. El rey, decidido a darle caza y ajeno a lo que le rodeaba, persiguió el blanco parpadeo de los cuartos traseros del ciervo y fue a dar a una callada floresta. Allí acorraló a la agotada criatura y le arrojó la lanza; temblando sobre sus esbeltas patas, el ciervo cayó sangrando en un claro.

Renegando porque no hubiera nadie cerca para ayudarle, Agamenón se echó al hombro el cuerpo del animal y lo sacó de la arboleda. Cuando salió a la luz, sudoroso y ensangrentado, vio que Palamedes y el cazador palidecían al mirarlo. Sólo entonces reparó en los exvotos que pendían de las ramas circundantes: había matado al ciervo en una fronda sagrada de Artemisa.

Al día siguiente zarparon hacia Ténédos, pero no llevaban mucho tiempo en la mar cuando un vendaval de noreste proveniente de las llanuras de Asia azotó la flota. Las olas rompían y remontaban, las naves se zarandeaban y sumergían en el fuerte oleaje. Los timoneles no querían recalar en una costa hostil en medio de un tiempo tan traicionero e intentaban capear el temporal recogiendo velas. Pero la lluvia de costado que cayó por la tarde era tan densa que las naves apenas se veían entre sí. El cielo, de un verde turbio, se puso negro, un negro maléfico y atronador. La tormenta arreció toda la noche, y al amanecer toda la flota de Agamenón era una visión de maderos flotantes desperdigados por el turbulento mar oriental.

Más de diez años después, supe por Odiseo que mi padre, Terpis, iba en una de las naves que se perdieron en aquella tempestad, y muchos fueron sin duda los que, como él, sufrieron una muerte terrible y sin testigos en la mar. En cuanto al resto, las naves que habían zozobrado fueron llegando a puerto, una por una, a lo largo de los días siguientes: desarboladas y destartadas, volvían a Áulide, de donde habían salido nueve años antes.

## **El altar de Áulide**

No es tan raro que una mujer que odia y desprecia a su padre y a su esposo quiera demostrar que ella es mejor hombre que cada uno de ellos. A Clitemnestra, sin duda, le sucedió eso, e incluso dedicando el cuerpo a la ardua labor de dar a la Casa de Atreo un heredero y dos hijas, se propuso



mejorar con su poderosa mente la gestión de los asuntos del poderoso reino de Agamenón.

Las gigantescas murallas de Micenas se alzan sobre un cerro que domina los pasos montañosos entre las fértiles llanuras de Argos y Corinto. Desde hacía siglos había sido una región saqueada por los bandidos, hasta que la Casa de Atreo se apoderó de la fortaleza y erigió un imperio alrededor. Su poder crecía, los impuestos y el botín que vertían a la ciudad no paraban de aumentar, y Agamenón no mentía cuando le dijo a Clitemnestra que era el más rico de los reyes argivos. Pero él estaba dotado para la guerra y la brutalidad del poder, no para la monótona rutina de la administración. Y la reina Clitemnestra observó con gran perspicacia, recién llegada a Micenas, el gran derroche de riqueza achacable a la mala gestión y a las corruptelas. Sugirió a su esposo que introdujera a espías para vigilar a sus principales ministros y recaudadores. Poco después, esos funcionarios perdieron el puesto y la vida.

Ante el problema de hallar individuos de confianza que los sucedieran en sus cargos, Agamenón se dejó aconsejar por su esposa y quedó impresionado por el súbito aumento de sus ingresos. A partir de entonces empezó a confiar a su criterio otros asuntos de gobierno. Se hicieron más nombramientos por recomendación suya. Al poco tiempo, era ella quien controlaba -si no nominalmente, sí en la práctica- todo el complejo entramado de la administración pública.

En esos fáciles años de preguerra, llegó a Micenas la noticia de que Helena y Menelao estaban renovando la ciudad de Esparta. A Clitemnestra el lúgubre palacio que heredó le había parecido incómodo desde el primer momento. Sus salas llenas de corrientes de aire habían presenciado asesinatos, traiciones, incestos, muertes de niños a manos de inadvertidos padres e incluso, según los rumores, canibalismo. Cuando expuso sus quejas a Agamenón, él le dio la respuesta de que ganar dinero costaba mucho y prefería gastarlo en otras cosas que en lujos superfluos. Furiosa por su ruindad, lo pinchó comparándolo con su hermano menor, que iba a eclipsarlo a la vista del mundo entero. En esa tesitura, Agamenón inmediatamente le dio carta blanca para gastar en reformas todo cuanto quisiera.

Clitemnestra puso manos a la obra a los mejores arquitectos, albañiles, escultores y pintores. Bajo el riguroso escrutinio de la reina, trazaron los planos y los aprobaron. Grandes cantidades de piedra espartana, el púrpura de curioso moteado que daba fama a su tierra natal, fueron trasladadas a Micenas, junto con muchas toneladas de mármol verde y rosado de las canteras de todo el Peloponeso. A los dos años, la fortaleza hechizada que vio nacer a Agamenón era una ciudad de esplendor inédito en los reinos argivos, para admiración de los embajadores que los visitaban llegados de todas las partes del mundo.

Y a Agamenón le gustó la obra de su reina. Por otro lado, no cabía en sí de gozo por llevarse todo el mérito, y durante un tiempo, viendo crecer su poder militar y extenderse el alcance de sus impuestos y acuerdos comerciales por todo Argos y las islas, llegó a creer que el ancestral maleficio que pesaba sobre la Casa de Atreo por fin se levantaba. Los dioses favorecían sus logros, y aún quedaban muchas cosas por hacer. Pero el hambre de poder crece más cuanto más se alimenta, y el León de Micenas hacía frente a gastos cada vez más onerosos; entre ellos no el menor, la fastuosa reconstrucción de la ciudad acometida por su mujer. En sus incursiones por el mar oriental, expoliaba parte del oro; plata, esclavos, ganado y demás productos con que mantenía su corte, pagaba al servicio y pertrechaba su ejército con caballos, carros y armas. Pero cuando los precios subieron y el gasto público se disparó amenazando con superar los ingresos del rey Clitemnestra vio que había mucho que sacar de una guerra en el extranjero. Miraba golosa la riqueza de Asia, y sabía por sus propios espías y por las legaciones extranjeras que visitaban Micenas que Troya guardaba la puerta del tesoro del Oriente. Fue ella la que, adelantándose a todos los camaradas y consejeros de Agamenón, le abrió los

ojos a la posibilidad de tomar la ciudad de Príamo.

El matrimonio de Menelao y Helena también había sido un plan de Clitemnestra. Ella vio enseguida que si no concedían la mano de Helena al hermano del rey supremo, Esparta representaría una amenaza al poder de Agamenón en el Occidente, justo en el momento en que tenía que centrar la atención en el Oriente. Ayudada por el sagaz Odiseo, su plan dio fruto. Desposados los hermanos de Micenas con las hermanas de Esparta y previsto ya el plan añadido de casar a Orestes, el hijo de Clitemnestra, con Hermíone, la hija de Helena, el rey supremo y su reina podían mirar al futuro con la confianza de que un día la Casa de Atreo dominaría el mundo sin ningún rival que la desafiara.

Y entonces Helena los asombró a todos fugándose con Paris.

Al principio Clitemnestra se había enfurecido con su hermana por dar al traste con esas ambiciones tuyas tan bien pensadas, y hasta mucho después no fue capaz de reconocer que, una vez más, parte de su furia era por envidia.

¿Cómo sería, se preguntaba, vivir una pasión tan grande como para jugarse la vida en ella? Sólo una diosa podía levantar la polvareda que había levantado Helena. Tal vez, como a su madre Leda, unas alas poderosas se la hubieran llevado por los aires y violándola, la hubieran hecho inmortal, y mientras Clitemnestra, sola entre niños allí en Micenas, atada a los penosos deberes de madre y reina, esperaba sedienta cada día noticias de esa guerra que la lascivia de su hermana había desencadenado.

Tampoco imaginó nunca que la guerra fuera a prolongarse tanto: los años de la serpiente se hicieron lentos en la casa del León de Micenas. Los rumores iban y venían. A una buena noticia seguía otra mala. Había semanas en que la riqueza fluía a las arcas, casi siempre a continuación del saqueo de alguna rica ciudad de la costa asiática, y luego, como la marea, volvía a refluir para cubrir una nueva exigencia de esa guerra gravosa y, por lo visto, interminable. Así pues, mientras su esposo se abría paso por las armas de Tracia a Licia y otra vez de vuelta sin que Troya diera señales de caer, Clitemnestra observaba a la espera, quieta en Micenas, con todos los instrumentos del poder en sus manos.

Esa tarde intentaba cerrar un acuerdo con un mercader de sésamo de Mesopotamia al que apenas se le entendía; era la última visita de todas las que había atendido ese día. El mercader hablaba como un descosido, y a Clitemnestra se le iba la cabeza a los muchos rumores que circulaban sobre la inesperada reaparición de la flota en Áulide. Seguramente el tiempo era la explicación, llevaban años sin ver un temporal como el que azotaba el interior desde el noreste: las tres últimas semanas no habían dejado de soplar fuertes vientos de esa zona. Pero también había noticias alarmantes, aunque no confirmadas, de que la tormenta había desperdigado las naves cuando se replegaban tras la paliza sufrida en Misia. El comandante de los beocios, Tersandro, estaba con toda certeza entre los muertos, y se decía que todo el territorio en torno a Áulide lloraba. Se decía también que Filoctetes, otro gran héroe, padecía a causa de una herida tan pútrida que no había quien soportara su presencia y abandonándolo en la isla de Lemnos, habían dejado al arbitrio de los dioses que viviera o muriera. Días atrás, Clitemnestra había recibido un mensaje tranquilizador del rey Nauplio de Eubea: los altos mandos argivos, entre ellos su esposo y Palamedes, hijo de él, estaban sanos y salvos, pero la situación global seguía siendo confusa. Y Agamenón no enviaba una palabra, pese a la insistencia con que su reina le pedía noticias.

Era preocupante. Y a Clitemnestra le irritaban cada vez más el mercader de sésamo y su labia. Por el balcón que daba al patio oía a sus hijos interpretar una obra escrita por Orestes, que también la dirigía. Además, se había adjudicado el papel de Aquiles, que tenía más atractivo que el rey supremo, su padre, al que interpretaba el hijo del sumo sacerdote del templo de Zeus, un gordinfla. Las niñas, como siempre, estaban condenadas a papeles de afeminados troyanos: Ifigenia, de doce años, era un

rey Príamo muy improbable, y Electra un Paris malhumorado.

Su madre pensaba que si la guerra se prolongaba mucho más, Orestes sería llamado a las armas de verdad. Pero para los niños de la corte, esa tarde la guerra en Troya iba a pedir de boca.

De pronto, sin embargo, estalló una trifulca entre Orestes y Electra, y como alguien no interviniera ya, enseguida habría lloros. Clitemnestra estaba a punto de levantarse y despedir al esperpéntico mercader cuando entró en la sala un heraldo que la saludó. Lo reconoció, era un subalterno del grupo de Taltibio, por lo que el mensaje era por fuerza del rey supremo. Pero ¿por qué no enviaba Agamenón al propio Taltibio, nombrado por recomendación de ella, al que habría sacado respuesta a las muchas preguntas que bullían en su mente? Salvo que fuera, claro, por esa misma razón. Al instante aguzó los sentidos. Despidiendo al mercader sin miramientos, alargó la mano para recibir del heraldo un cilindro de bronce del que sacó un rollo de pergamino lacrado, con el sello del león de su esposo. El mensaje no lo había escrito Agamenón, no era su torpe caligrafía -debía de haberlo dictado-, pero el tono era, imperiosamente, todo suyo. Lo que le pedía la dejó atónita.

Ifigenia aún no había cumplido cinco años cuando su amado padre zarpó con rumbo a Troya. Cuando ahora pensaba en él, le costaba imaginarlo siquiera, pues su único recuerdo era el de un hombretón muy fuerte y peludo que a veces la columpiaba en sus brazos y aun así, hacía que se sintiera segura. Lo único que sabía era que había estado allí durante un tiempo y luego se había ido, y que lo único que quedaba de él eran historias.

Sabía lo que todos sabían, claro: que su padre era el rey supremo de Argos, que ante él temblaban grandes hombres, que era el jefe del ejército más poderoso que jamás había pisado la tierra y que no tardaría en volver engrandecido, sumando el gran tesoro de Troya a su formidable riqueza. Pero a Ifigenia le costaba concebir a alguien tan imponente. Era como al mirar al sol, te quedabas parpadeando sin ver más que candentes sombras.

Y quizá a su hermano Orestes le pasara lo mismo, pensaba, pues aunque era mayor y tenía recuerdos más claros, y siempre estaba alardeando de padre, esos días la garbosa figura de Aquiles lo embelesaba. Orestes repetía sin parar que Aquiles era el mayor guerrero de todos los tiempos. Era el más semejante a un dios, era el terror de los troyanos, tan bello como valeroso, y viviría para siempre en los cantares de los hombres. De allí a un par de años, cuando Orestes tuviera edad para ir también él a la guerra, se uniría a los mirmidones y dirigiría con Patroclo y Aquiles el último ataque a la Puerta Escea, y su valor inspiraría tanto al resto de la hueste argiva que la ciudad caería en el acto. Ifigenia, que quería y admiraba a su hermano, estaba segura de que así sucedería.

Por desgracia, a ella nunca le dejarían combatir por ser una chica, pero al escuchar a Orestes, sentía su alma henchirse de orgullo y gloria, y ansiaba servir a la causa como pudiera, pues tam bién ella se creía reservada para un especial destino. El aburrido mundo femenino, coser, charlar y criar niños, no era para ella. Su corazón y su imaginación eran demasiado indomables para eso. ¿No había demostrado ya su madre que la mujer podía servir tanto al Estado como el hombre? Bien, pues Ifigenia buscaba el modo de hacerlo ella también, pero ella para que la amaran en lugar de temerla. Quería ser como su diosa favorita, Artemisa, que era la hermana virgen de Apolo, como ella hermana de Orestes. Quería ser pura, orgullosa, soltera y libre para siempre.

Pensaba en esas cosas mientras esperaba en el caluroso patio, todavía con la pueril barba que, se suponía, la hacía parecer el rey Príamo, mientras oía a Electra decirle a Orestes que estaba harta de esa tontería de obra y quería irse adentro. La protesta pasó a trifulca, Electra rompió a llorar y no había nadie que la sustituyera en el papel, la función había sido un fiasco y Orestes estaba sublevado. Ifigenia estaba pensando qué podría hacer, cuando su madre, por el balcón de su cámara, la llamó, cosa rara, para que subiera enseguida. Ahora, mientras Clitemnestra hablaba dentro con los

consejeros, esperaba en la antesala.

Cada vez tenía más miedo. Pensaba en qué podía haber hecho para meterse en líos, y como no se le ocurría nada, estaba aterrorizada. ¿Qué iba a decir frente a la fría tormenta de cólera de su madre?

La alta puerta se abrió, y los ancianos consejeros le dijeron que pasara al salir ellos. Pero la miraron de una forma muy rara, como si les hubieran ido con cuentos de ella a sus espaldas y se los hubieran creído.

Ifigenia pasó a la amplia sala con paredes cubiertas de frescos y columnas de mármol moteado. Vio a su madre de espaldas a la puerta, leyendo un pliego de pergamino a la luz del balcón. Cuando se volvió, la niña vio unos ojos preocupados, pero no el súbito arranque de ira que se temía. Tras una pausa, aun en esas mejillas demacradas y maquilladas, se insinuó una sonrisa.

–Cierra la puerta tras de ti -le dijo Clitemnestra-, y siéntate.

Ifigenia hizo lo que se le pedía. Sabía que, con su madre, era mejor no decir nada hasta que la interpelara, y por eso se sentó en silencio, bajando los ojos a las rodillas para no ver demasiado de cerca la pintura de los párpados ni los adornos de oro macizo de su madre.

–¿Cuántos años tienes ya, niña?

–Voy a cumplir trece.

–Sí, lo recuerdo... No hace mucho que hiciste tu ofrenda a Artemisa, ya hay que mirarte como a una mujer. Sin embargo, con tu padre en la guerra y todas las preocupaciones de gobierno en la cabeza, apenas he podido verte de niña. Levántate y date la vuelta. Deja que te mire.

De nuevo, aunque más cohibida, Ifigenia hizo lo que le pedía.

–Sí -afirmó su madre-, eres más agraciada que Electra, ella ha salido a su padre. Tú eres más claramente mía. En un año o dos serás una belleza -asintió y como si también eso fuera una especie de carga, suspiró. Añadió luego-: Vuelve a sentarte, tengo algo que decirte: Ha llegado un mensaje de tu padre. Está en Argos, en el puerto de Áulide. Quiere que te lleve allí con él.

Ifigenia alzó los ojos asombrada. Se había quedado sin aliento. Le dio un vuelco el corazón al pensar que ese importante desconocido al fin volvía a su vida. Pero no estaba segura de si era por nerviosismo, miedo o respeto.

–¿Vendrán también Orestes y Electra? – preguntó, sin saber qué decir.

–No, esto no les atañe. Iremos sólo tú y yo, y hay que salir pronto, así que prepárate. Vas a casarte, querida.

Ifigenia estaba tan acostumbrada a obedecer sin preguntas a la formidable presencia de la reina, que estuvo a punto de decir «Sí, madre, ahora mismo me preparo», antes de darse cuenta de lo trascendental que era aquel anuncio.

Se quedó callada del susto, agarrada al borde del asiento, y por un momento pensó que se desmayaba. Luego le pareció sentir que había un dios en la sala, pues el aire era distinto al tacto y notaba en la piel un hormigueo desconocido.

En ese momento Clitemnestra vio que, a todas luces, la idea del matrimonio nunca había cruzado la mente de la niña.

–¿No tienes nada que decir? – le preguntó, y como aquella singular niña no replicó de inmediato, añadió irónicamente-: ¿No quieres saber, por ejemplo, quién será tu esposo?

–Sí -susurró Ifigenia-, me gustaría saberlo.

–Creo que te gustará. Por supuesto, no es que tus sentimientos cuenten para nada. Tu padre lo ha decidido sin ni siquiera consultarme a mí, así que tus deseos le tendrán sin cuidado.

Clitemnestra cerró los ojos y se ausentó, volviendo a los días de su propia juventud, cuando su padre Tindáreo decidía qué era lo que había de hacer con su preciosa vida. De pronto, para su sorpresa

y pese a toda la autoridad y el poder que hacían temblar ante ella a hombres aguerridos, el dolor ineludible de la vida de una mujer la hirió en lo más vivo, como hacía muchos años que no le dolía. Mucho antes de lo que había supuesto, ella y esa extraña hija soñadora a quien apenas conocía eran enteramente una: cada cual en su destino, ambas estaban al final a merced de Agamenón, en esto como en casi todo lo demás. Y no había refugio.

Clitemnestra abrió los ojos y miró de nuevo a la niña. Aunque Agamenón la había beneficiado bastante, sus motivos sin duda estaban más relacionados con la política que con el afecto, y le indignaba que no le hubiera consultado... Le indignaba tanto, que sólo por la niña contenía la ira; tanto, que podría haber llorado, pues había dolor en su furia: dolor por ella misma, dolor por la niña y sobre todo, dolor por tanta injusticia.

Tal vez Ifigenia hiciera bien guardando silencio. ¿A qué malgastar palabras cuando las palabras no cambiarían nada?

–Te casarás con Aquiles -le anunció al fin-. Si los dioses son benévolos, responderás a las expectativas del nombre que has heredado dándole una recia estirpe de vástagos. Vete ya, Marpesa te ayudará a hacer el equipaje. Salimos para Áulide mañana.

Casi tres semanas habían transcurrido desde que la flota se refugió de la tormenta en Áulide. Agamenón había calculado que tardarían una semana en reparar las naves afectadas y poder navegar. Luego saldrían hacia Ténedos a toda velocidad, con la esperanza de volver a la isla antes de que Príamo viera la guarnición desprotegida. Tal vez fuera una carrera muy igualada, pero podía hacerse.

Sin embargo, finalizadas las reparaciones, el viento huracanado del noreste que los había llevado hasta allí persistía. Agamenón se levantaba al alba cada día pensando en hacerse a la mar, pero el viento seguía soplando con inusitada fuerza. Las tejas volaban de los tejados, los troncos huecos caían, las viñas se arruinaban. Hasta las gaviotas se metían donde podían para no salir descalabradas del vendaval. Entretanto las naves, cargadas hasta los topes, volvían a deteriorarse entrechocando en el grasiento oleaje, y los víveres se pudrían en sus bodegas. La ciudad apestaba a hombres empapados de lluvia. Borrachos y apáticos, pensaban en la aciaga vida de Ténedos y en sus mujeres, a no tantos kilómetros de allí. El viento soplaba sin cesar con un bramido enloquecedor que golpeteaba en puertas, ventanas y persianas y hacía chocar las olas contra el malecón del puerto, obstinándose en cerrar los mares a los argivos.

Enseguida, como era inevitable, empezó a murmurarse que el aliento de un dios estaba detrás de aquello.

Calcante consultó los augurios y supo que la divina Artemisa respondía del viento. Alguien de la hueste la había ofendido. Seguiría soplando contrario hasta que apaciguaran a la diosa. Palamedes, que en aquel momento estaba junto a Agamenón, le susurró:

–El ciervo -y subió la mirada al semblante del rey supremo, que se puso lívido-. El ciervo era de Artemisa.

Nunca se había dicho nada de aquella infortunada caza en la floresta vecina a las aguas termales para no empeorar la moral del ejército, ya bastante baja. Pero la verdad es hija del tiempo, y el tiempo había pasado y Agamenón se veía ahora frente a la diosa y frente a sus hombres. Si querían evitar el desastre, habían de hacer de inmediato un sacrificio que Artemisa aceptara.

De nuevo pidieron a Calcante que consultara los augurios. El sacerdote salió agitado del trance del oráculo. El sudor perlaba su rostro, sabía que Agamenón desconfiaba de él: ahora estaba entre la ira del rey supremo y la de una deidad.

–Habla, adivino -le exigió Odiseo-. ¿Qué has visto?

Ásperamente, Calcante contestó:

–La madre virgen de las criaturas de la naturaleza, la divina Artemisa, vio una mano blasfema dar muerte a un retoño suyo en su sagrada arboleda. A cambio sólo acepta un sacrificio: la inmolación de la hija más bella del matarife.

Como todos los allí presentes, Agamenón se quedó paralizado. Cogiéndose un pico de la capa, se tapó la boca con él y reculó. Con los ojos fuera de las órbitas, su mirada iba del sacerdote a Palamedes, buscando desesperadamente indicios de connivencia entre ellos.

–No -musitó-, no puede ser. – Y giró sobre sus talones para alejarse de allí, sin quitarse la capa de la boca.

Pero los ritos del oráculo se habían celebrado ante demasiados testigos, no había forma de negar lo dicho.

Aquella noche, cuando Agamenón se encerró con su hermano Menelao, los fantasmas de la Casa de Atreo aullaron sobre ellos: niños muertos, niños asesinados, la inocencia extirpada de la faz de la tierra. En tiempos de sus padres se perpetraron actos terribles y por más que Agamenón y Menelao hicieran por aplacar los hados, la maldición por aquellas atrocidades parecía caer sobre las sucesivas generaciones sin que pudieran escapar a ella.

Agamenón no tenía dudas de a cuál de sus hijos señalaba la diosa. Al nacer, Ifigenia había recibido algo de la belleza de Helena, no tan dulce, no obstante, por los angulosos rasgos heredados de Clitemnestra. Agamenón evocó a la niña tal como era cuando la había visto por última vez, nueve años atrás, cuando no podía tener más de tres o cuatro y era tan menuda que el anciano Néstor aún la montaba en sus rodillas y él la llevaba a hombros como si fuera un manojo de hierbas. Recordó lo finas que eran sus muñecas. Recordó la alegría que brillaba en sus ojos. Ella era, de sus hijos, la que más cerca sentía y quien más podía distraerlo por un instante de lo que realmente le importaba. Y ahora, mientras Menelao le servía más vino en un dorado cuenco saqueado del palacio de algún rey de ultramar, Agamenón hervía de cólera al ver todo su amor por la niña partido y servido en un sangriento plato que se veía obligado a comer.

Pero Clitemnestra nunca permitiría esa barbarie. Ya le había arrancado del pecho a un hijo para darle muerte. Nunca le dejaría matar a otro, no aunque toda su riqueza y poder pendieran de esa muerte. No sería la madre más tierna que ha pisado la tierra, pero si se enteraba de lo que le pedían, cogería a toda su prole y huiría con ella a la otra punta de Escitia antes de permitir esa salvajada.

Nunca podría hacerse.

Pero el viento no dejaba de golpetear en las contraventanas de la estancia. Las naves seguían pudriéndose en el puerto, la guarnición de Tenedos aún esperaba tropas de refresco, y si la flota no llegaba pronto, la isla caería, perderían la cabeza de puente y habrían soportado en balde todos los años de la serpiente.

Allá por donde lo mirara, sólo veía un desastre del que no levantaría cabeza.

Aquella noche Agamenón se emborrachó como una cuba. Despertó sudando en sueños antes del alba. Pese al terror de sus plegarias, el viento -lo oyó al instante- no había aminorado lo más mínimo.

Esa mañana los señores de la guerra fueron a verle a su cuarto. Percibió que ya habían estado hablando, pero que Palamedes había insistido en que el rey supremo supiera lo que se murmuraba. Los que no habían podido resistir la guerra ya habían desertado, pero Palamedes dijo que casi todos los demás estaban dispuestos a seguir luchando por la victoria, siempre que la flota no se demorara mucho más en Áulide. De lo contrario, Agamenón pronto se enfrentaría a un motín en toda regla. Ya había voces que decían que el propio rey supremo se había buscado este problema. Si él no estaba dispuesto a aplacar a la diosa y llevarlos a Troya, ellos sí lo estaban a buscar otro jefe.

Dada la situación, ¿qué pensaba hacer?

El rey supremo pensaba despotricar contra la injusticia de los hombres y de los dioses.

¿No le había prometido Apolo que si aguantaba nueve años, el décimo sería el de la victoria? ¿No había dado Calcante ese oráculo allí mismo? ¿No habían visto todos la serpiente? ¿No los había sustentado la promesa del dios durante los largos años de la campaña? ¿Es que ahora había de llamar mentiroso a Apolo? ¿O más bien había de recelar del tramposo sacerdote troyano? ¿Seguía contando con la lealtad de sus propios generales?

Sus generales se agitaban incómodos mientras despotricaba. Ni uno de ellos parecía dispuesto a hablar. Irritado, Palamedes frunció el ceño a sus colegas antes de volverse nuevamente al rey. Con calma, señaló que ambos oráculos no eran necesariamente incompatibles. Era verdad que Apolo les había prometido la victoria todos esos años atrás, y aún podía ser que la mantuviera. Pero Apolo era hermano de la divina Artemisa, y si le forzaban a escoger entre la lealtad a un mortal y la lealtad a su ofendida hermana, el dios también podía revocar la promesa en cualquier momento. Eran los hombres quienes tenían que ganarse el favor de los dioses, y no al revés. Y eso se hacía con las ofrendas adecuadas en el momento oportuno. Odiseo apartó la vista, asqueado.

–Palamedes parece tan abierto a las adivinaciones de un troyano renegado como a las quejas de los soldados.

–Sólo informo al rey supremo de lo que ha de saber -replicó Palamedes-. Mi propia lealtad está fuera de toda duda. ¿Te atreves a insinuar lo contrario?

–Caballeros, caballeros -medió el anciano Néstor-. Lo sucedido nos ha desconcertado a todos, no debemos ofuscarnos más. Agamenón se volvió a Odiseo buscando apoyo.

–¿Tú qué dices?

Odiseo sacudió la cabeza, casi desesperado.

–¿No recuerdo que toda esta pelea entre troyanos y argivos empezó allá por los días en que Laomedonte ofreció a su hija en sacrificio humano? Y de ahí no salió nada bueno. A lo que iba: yo, personalmente, no quiero tener nada que ver con la muerte de una niña. – Ni yo -dijo Áyax-. ¿Acaso no he dicho siempre que toda gloria que conquiste será mérito propio y no mero favor de los dioses?

Aquiles asintió.

–Yo estoy con Áyax y Odiseo.

–Entonces, caballeros, habréis de discutir con el viento -apuntó Palamedes.

–Al menos me sonará más limpio -Odiseo frunció el ceño a Palamedes, que se limitó a encogerse de hombros y mirar para otro sitio.

Odiseo se levantó y salió de la sala. El viento desperdigó papeles a su paso. Aquiles se levantó y lo siguió en el acto. Al momento, Áyax y Diomedes se miraron y también ellos salieron, recogiendo al vuelo los bordes de sus capas.

Agamenón se volvió al asiento de Néstor, que miraba al suelo con la cabeza entre las manos.

–¿Qué dices tú, amigo mío?

Néstor le devolvió la mirada con ojos cansados.

–Por una vez en la vida, no tengo la menor idea de qué decir. Ambos lados tienen razón. Pero ¿cómo puede ser eso? Perdóname, no sé qué decir.

Agamenón volvió su angustiada mirada a su hermano.

–¿Menelao?

–Me duele mucho por ti, hermano, pero...

–¿Pero qué?

–Pienso en lo que esta guerra nos ha costado ya en todos estos años. Pienso en los hombres que dejamos en Ténedos...

–Y piensas en la esposa que perdiste, seguro.

Menelao apartó los ojos de la acalorada mirada de su hermano. Agamenón tomó aire y soltó un quejido de dolor tan fiero y amenazador que a los otros se les mudó el semblante. Y cuando se extinguió, el silencio en la sala era absoluto, de no ser por el gemido del viento, fuera.

–Sólo el propio rey puede consentir a este sacrificio -señaló Palamedes tras una pausa-. La decisión es suya.

–Tú no tienes hijos. Para ti es fácil decirlo.

Los cuatro escucharon el viento desde sus asientos. Néstor intervino:

–Quizá en semejante trance un hombre no pueda hacer nada, sino ponerse a merced de los dioses.

–¿Qué quieres decir? – le preguntó Agamenón. Néstor abrió las manos, desesperado.

–Si el rey supremo se declara dispuesto a hacer la ofrenda y trae a la niña a Áulide, tal vez la diosa se conmueva y se apiade de ella.

Por un momento Agamenón miró a su amigo con un rayo de esperanza, pero luego se acordó:

–Su madre nunca accedería -negó con la cabeza-. No me pidas que lleve a la niña hasta el altar arrancándola de brazos de su madre, no puede ser. Óyeme.

El silencio volvió a caer sobre sus palabras. Sólo se oía el viento.

Pero Palamedes, intuyendo que la negativa de Agamenón ya no era absoluta, se exprimía los sesos.

–Pues busquemos un pretexto -sugirió con calma. El anciano Néstor frunció el ceño.

–Dinos algo más, no te sigo.

–Hay que dar con una razón que mueva a la reina a traer a la niña a Áulide -Palamedes se volvió al rey-. ¿Cuántos años tiene tu hija?

–¿Doce, trece? No lo sé, no me acuerdo.

–Edad suficiente para darla en matrimonio. ¿Por qué no decirle a tu reina que desposas a la niña? Por ejemplo, que has decidido darla en matrimonio como premio por un buen historial de servicio - admirado por su propio ingenio, su media sonrisa se le expandió por la cara-. ¿Por qué no decirle que la casas con Aquiles?

¿Acaso Ifigenia estaba ya condenada a morir mucho antes del sacrílego acto de su padre al matar una cierva en la fronda de Artemisa? ¿Acaso estaba ya condenada a morir cuando Agamenón mató al retoño recién nacido de Tántalo y Clitemnestra? Tan oscuros son los designios de los dioses, que tal vez incluso estuviera condenada a morir ya antes de nacer, cuando Atreo mató a los hijos de su hermano Tiestes. Los más sabios de entre nosotros no somos más que mortales y ninguno sabe responder a estas preguntas. Pero esto, se lo aseguro, lo sé: no se puede ir a la guerra buscando poder y riquezas sin salir con el alma herida irreparablemente, y cuando el alma está herida y mermada, sobrevienen toda clase de locuras.

A la llegada de Ifigenia a Áulide, el largo viaje desde Micenas contra aquel penoso viento había agotado a todas las mujeres. Las sirvientas que acompañaban a la niña la llevaron a los aposentos que le habían preparado. Ifigenia fue de muy buena gana, ilusionada por los sucesos del día siguiente: quería bañarse y descansar para dar lo mejor de sí. Sólo lamentaba que no hubiera habido tiempo para ver a su padre, al que reclamaban asuntos de guerra, según le dijeron. Pero cuando Clitemnestra quiso ponerle la vista encima al novio que su esposo había elegido para su hija, Agamenón apartó incómodo la mirada. Abrió la boca para hablar, pero no pudo. Menelao, que había entrado en la alcoba a la derecha de su hermano, hizo todo lo posible por explicar el duro destino que había recaído en el primogénito de Atreo.

Hubo un largo silencio. La tempestad que estalló seguidamente sobre el rey supremo fue más fuerte y peligrosa que el vendaval que bramaba fuera. Todo el odio y la agonía que desde aquel



horrible día en Pisa llevaban tantos años supurándoles por dentro se desataron en el acto, llenándoles la boca de insultos. Menelao la inmovilizó poniéndole los brazos contra la pared, pero Clitemnestra forcejeaba frenéticamente. Los nervios cada vez se apoderaban más de ella, lloraba de rabia y escupía barbaridades por encima del hombro de Menelao, que tuvo que sujetarla con todas sus fuerzas para que no le sacara los ojos a su hermano. Así las cosas, durante un rato el soberano de hombres agachó la cabeza como un reo al que estuvieran azotando, esperando a que pasara la tormenta.

No pasó. En un momento en que Clitemnestra se paró a recobrar el aliento, él murmuró:

–¿No creerás que ya estoy tan muerto como para contemplar siquiera tal cosa?

Pero ella sólo tenía un enorme caudal de odio y menosprecio acumulados con que responder a la impotente súplica de esos ojos desolados. Con una voz que heló el alma a Agamenón, le silbó:

–Me alegraría el corazón verte morir de dolor mil veces antes que dejarte tocarle un pelo de la cabeza a mi hija con esas manos de carnicero.

Había rebasado el límite.

Si alguna vez hubiera habido entre ellos tan sólo un asomo de ternura, quizá habrían hallado un medio de escapar a la trampa que les tendía el destino. Habrían podido decir: «Allá los dioses y el mundo, que paren todo esto, para nosotros no hay nada más precioso que la vida de nuestra hija». Pero nunca hubo tal ternura, y cuanto más se extendía ella en sus recriminaciones, cada vez más lacerantes, tanto más torvo parecía él y más dispuesto a perpetrar el acto que su esposa quería impedir por todos los medios.

Ella se lo vio de pronto en los ojos. Lo oyó en su hostil silencio.

No se desplomó cayendo al suelo porque Menelao la sujetaba. Por un momento, los dos hermanos pensaron que la desesperación había consumido su ira; pero en cuanto Menelao soltó sus brazos, se dirigió a la puerta para rescatar a su hija.

Fuera la esperaban los guardias.

Hay bardos que os dirán que a Ifigenia no la mataron en Áulide. Dicen que Aquiles se indignó tanto al saber cómo habían utilizado su nombre que corrió a proteger a la niña. Dicen que en el preciso momento en que Agamenón levantó el cuchillo del sacrificio, un trueno rasgó los cielos y Aquiles, sacando su espada a las órdenes de Artemisa, cogió a la niña del altar y se la llevó. Según una de esas historias, la envió a Escitia, donde estaría a salvo y donde Artemisa, la que mata a los hombres, es la primera entre los dioses. Al decir de otro bardo, Aquiles acabó casándose con Ifigenia, y ella, y no Deidamía, fue la madre de su hijo.

Tales bardos son meros narradores de romances, y se niegan a ver la cruel verdad de las cosas: que cuenten sus historias. Yo creo en la que Odiseo me contó muchos años después, pues sin duda él estaba allí en Áulide, y nos guste o no -y a él no le gustó nada-, fue partícipe de la atrocidad que se cometió aquel día.

El viento despertó a Ifigenia, que saltó a la conciencia desorientada y nerviosa. Las mujeres de palacio llegaron para lavarla y vestirla con una túnica de color azafrán a la altura de la rodilla, charlando mientras la arreglaban y peinaban. Pero su madre todavía no había aparecido.

Al rato, un anciano de cabellos plateados entró en su cámara haciendo salir a las mujeres. La sonrió con dulzura y le dijo suavemente, con la voz un poco ronca:

–Estás muy guapa hoy, querida niña.

–¿Eres mi padre? – le preguntó Ifigenia tímidamente.

–No -el anciano le sonrió-. ¿No te acuerdas de mí? Soy Néstor, el rey de Pilo. Jugabas al caballito en mis rodillas cuando iba a Micenas a visitar a tu padre. Siempre fuiste de mis favoritas. Yo fui quien te mandó el poni tesalio para que cabalgaras... Pero eso fue hace mucho tiempo, puede que no te

acuerdes.

–Me acuerdo del poni, después lo tuvo Electra. ¿Dónde está mi padre?

–Lo verás dentro de poco, niña -Néstor se arrebujó más en su capa, por la corriente-. Pero me ha pedido que antes te diga algo.

–¿Tiene que ver con mi boda?

–Sí, en cierto modo sí.

–¿Entonces puedo preguntarte una cosa primero?

–Claro que sí.

–¿Es verdad lo que dice Orestes, es Aquiles lo mejor después de un dios?

Néstor se sentó, sorprendido. Quiso sonreír, pero su disgusto era tan grande que pensar en sonreír le pareció abominable.

–Escúchame, niña -le dijo tras un momento de duda-. Hoy no te vas a casar con Aquiles.

A Ifigenia el corazón se le hundió en el pecho, en parte por la decepción, pero sobre todo -lo notó enseguida- por el alivio.

–¿Entonces, cuándo? – preguntó-. ¿Me quito hoy este vestido?

–No, puedes dejarte el vestido, porque va a haber otro acto. Néstor miró la habitación. Era como si la lengua se le hubiera convertido en piedra. ¿De qué le valía ahora su fama de elocuente? Ojalá le hubieran cosido la boca para siempre antes que tener que decir aquello.

–¿Lo sabe mi madre? – preguntó la niña-. No sé si le gustaba que fuera a casarme.

–Tu madre lo sabe... -le confirmó él-, pero... Me estaba acordando de lo que decías antes..., eso de Aquiles. Y sí, supongo que Orestes tiene razón: Aquiles es lo más parecido a un dios. Y por eso lo que hoy va a sucederte es aún mejor. No van a entregarte a Aquiles, niña. Van a entregarte a una deidad.

–¿A una deidad?

Y cuando Néstor asintió, ella le preguntó:

–¿Y qué deidad me quiere?

–Artemisa, niña. La Dama de los Animales. Es ella quien te quiere.

Una súbita sonrisa iluminó el rostro de Ifigenia.

–¡Si la divina Artemisa es mi favorita entre todos los dioses! – exclamó-. ¿Y voy a ser sacerdotisa suya? – y sin darle tiempo a contestar, otra pregunta salió rauda de sus labios:- ¿Seré virgen para toda la vida?

Néstor la miró fijamente, asintiendo con la cabeza como hacen los ancianos cuando cavilan a solas en la adversidad de las cosas. Buscaba en su rostro la decepción, incluso una negativa desafían te, pero no halló ni lo uno ni lo otro. En cambio, la extraña niña levantó la mirada con una expresión próxima al arrobamiento, como si de pronto se le revelara algo que para ella era vital comprender, y ahora todo encajara perfectamente.

–Creo que siempre lo he sabido -musitó ella- y por eso no estaba segura de querer casarme con Aquiles, aunque sea casi un dios -miró los angustiados ojos de Néstor y le sonrió tímida mente-. Más que ninguna otra cosa, siempre me ha gustado bailar para Artemisa. Creo que siempre he sabido que le pertenecía -y sorprendentemente, soltó una risa-. Pero ¿por qué no viene mi padre a decírmelo?

¿Temía decepcionarme? Eso demuestra que no me conoce, ¿verdad? ¡No tenía por qué preocuparse!

Ifigenia fue a la ventana y contempló la ciudad. Le vino otro pensamiento:

–¿En qué templo serviré a la diosa? ¿Será aquí, en Áulide?

–Sí -le contestó Néstor con voz ronca-, será en Áulide -cerró los ojos-. Pero todavía no entiendes.

–¿El qué? – le preguntó Ifigenia, perpleja. Pero el anciano había apretado tanto los arrugados

párpados que no podía abrir los ojos, y ella empezó a temer que no se encontrara bien-. ¿Qué es lo que no entiendo?

Las palabras le salieron casi con irritación:

–Es tu vida lo que reclama la diosa.

–Lo sé -dijo ella, sonriendo-. Sí, y lo entiendo. No habrá vuelta atrás cuando entregue mi vida a la diosa. Pero estoy dispuesta. Me alegrará mucho vivir sólo para ella.

–Escúchame, niña -le urgió él ahora, casi con rabia-. La diosa no quiere que vivas para ella, quiere que mueras por ella. Hoy serás sacrificada en el altar.

Una pluma de oca de la almohada de Ifigenia se elevó en la corriente que entraba por debajo de la puerta, flotó un poco en el aire y volvió a caer al suelo. Fuera, el viento golpeaba con estrépito las contraventanas. Más lejos, allá por el atestado embarcadero, el océano retumbaba.

–¿Entiendes?

–Pero ¿por qué? – susurró ella-. ¿Por qué quiere la diosa que muera?

–Es -empezó él-, ha de ser... por el bien de todos. Es lo que tu padre me pidió que te explicara -titubeó, rehuyéndole la mirada; intentaba ordenar sus ideas-. ¿Oyes el viento ahí fuera? ¿Sabes cuántas semanas lleva soplando así? Ese viento es de Artemisa. Mientras siga soplando, nuestras naves no podrán soltar amarras. Todo el curso de la guerra depende de que el rey supremo vuelva pronto a Troya. Si no llega a tiempo, todo se habrá perdido. Perecerán muchos hombres, nuestros enemigos se multiplicarán, y tu padre será derrotado ante sus tropas. Si pasa eso, no tardará en perder el trono. Micenas pasará a otro príncipe poderoso. Tu padre morirá, y toda tu familia -tú, tu madre, tu hermano y tu hermana- moriréis con él. Es la terrible verdad de lo que pasará si este viento no amaina.

Vio en el rostro de la niña la fuerte impresión que le causaba aquel repertorio de desastres, pero mientras él mismo se oía recitándolos, le horrorizó lo abstractos y vacíos que sonaban en su cálida presencia.

–Pero ¿por qué? – volvió a musitar, desconcertada-. ¿Por qué Artemisa está tan furiosa con nosotros?

De nuevo Néstor, horrorizado, apartó la mirada de la inocencia de aquellos ojos.

–No es cosa nuestra poner en duda la sabiduría de los dioses -dijo al fin-. Cuando sabemos su voluntad, nuestro deber es aceptarla -volvió a echarle una rápida ojeada-. Tu padre está dispuesto a cumplir con su deber, niña. ¿Le digo que también tú estás dispuesta a cumplir con el tuyo?

Aquel día todas las huestes de Áulide se congregaron para ver el sacrificio. El altar se había erigido en el muelle para que se viera desde calles y acantilados y a nadie le quedaran dudas de que el rey supremo cumplía su deber para con la diosa. Aunque sólo unos días antes las tropas habían estado a punto de rebelarse, ahora esperaban en solemne multitud, y no se oía murmurar a un solo soldado cuando los señores de la guerra se juntaron en el altar donde Calcante ya quemaba incienso e invocaba la presencia de la diosa. Cada cual a solas con sus propios pensamientos, todos observaban.

Agamenón resaltaba entre ellos, con la capa al viento. Menelao estaba a su lado. El rey supremo miró las enormes olas que llegaban a toda velocidad desde el estrecho, más allá de las naves. La isla de Eubea era apenas un borrón al otro lado del mar, y Troya estaba a más de trescientos kilómetros, al otro lado de aquel horizonte infranqueable. Por el turbulento cielo que les cubría resonaban el tintineo de las puntas de los mástiles y el crujido de palos y cuadernas de las naves sacudidas por el viento.

Ante la mirada de miles de soldados, cada uno de los cuales un día daría tal vez la vida por él, Agamenón se sabía el hombre vivo más solo de la tierra.

Llevaron a Ifigenia en procesión desde el templo hasta el altar, precedida por sacerdotes y sacerdotisas que agitaban incensarios y portaban los sagrados avíos de la diosa dentro de sus urnas. La

acompañaban jóvenes de ambos sexos entonando el himno de alabanza a Artemisa. De la voz cantarina de la propia niña se decía que había hecho llorar a los hombres, pero ahora callaba. El himno hablaba de cómo a la ágil Artemisa se le acelera el corazón cuando avanza a la carrera por las sombras de la montaña y las cimas del viento. Decía que cuando la diosa se cobra una presa, se descuelga el arco del hombro, va a casa de su hermano Apolo y allí es la bailarina que abre la danza. Al llegar al altar, cesó el cántico. Sólo se oía el viento.

A Ifigenia le habían dado una capa para protegerse del frío, pero ahora una de las mujeres se la desabrochó, y al descubrirse el cuerpo se vio que le habían atado a los hombros una piel de cervato y le habían recogido el pelo en la coronilla para despejar su blanco cuello. Hablando de aquel día, Odiseo me dijo que la niña casi sonreía andando sin pausa entre el gentío con la cara levantada hacia el cielo. Al principio interpretó que, en su inocencia, le alegraba dar la vida por los grandes héroes de Argos y los miles de hombres que la rodeaban. Sin embargo, luego se preguntó si no estaría escuchando la voz de la diosa.

Como fuera, en el momento en que le retiraron la capa, Ifigenia vio el altar y empezó a temblar, y Odiseo captó en sus ojos que temblaba de miedo y de frío.

Agamenón dejó caer su propia capa en el acto y quedó en pie ante la niña. Vestido con sus doradas galas, era, evidentemente, el rey supremo. Ifigenia subió la vista tímidamente y mirándolo, le preguntó con voz tan leve que apenas se oyó en el viento:

—¿Eres mi padre?

Agamenón asintió, ahora era él quien temblaba. Por un instante, bajó sus acongojados ojos a la bella cara de la niña, que le devolvía la mirada esperando un beso o un abrazo paternal. Pero el rey debió de sentir que todo aquello revocaba el derecho que él pudiera tener a cualquier gesto de consuelo y afecto. Volvió la cabeza hacia sus ayudantes. Se adelantaron dos hombres; Ifigenia soltó un grito cuando la levantaron del suelo y la tumbaron en el altar. Un hombre le amordazó la boca, otro le echó para atrás la cabeza, subiéndole la barbilla. Agamenón gritó:

—Gran Artemisa, acepta esta ofrenda -y de un rápido golpe con el cuchillo que le habían puesto en la mano, degolló a su hija. Se dio la vuelta de inmediato. Los tobillos de la niña seguían agitándose, convulsos. Al final se quedaron quietos, y en el momentáneo silencio del viento se elevó sobre el rugir del mar el quedo gemido de un ejército que parecía contemplar la muerte por vez primera.

### **La cólera de Aquiles**

Poco a poco, el viento cambió. La flota salió a la mar, y mientras bordeaban la costa por los estrechos de Eubea, todos los soldados a bordo de las cargadas naves iban llenos de pesadumbre, pues sabían que el sacrificio de Ifigenia había sido la primera muerte de esa fase postrera de la guerra, y que a ella pronto se unirían muchas otras.

Encontraron la guarnición de Tenedos quebrantada y depauperada por el hambre, pero había resistido. Con la cabeza de puente aún en su poder, Agamenón sabía que era el momento de planear el ataque final a Troya, pero después de tantos años de tablas, no sabía cómo hacerlo. Antes de que los señores de la guerra zarparan desde Áulide, ya se había producido un preocupante desacuerdo en el debate a propósito de la neutralidad de los dardanos.

Durante unos años, quienes insistían en que la decisión del rey Anquises de no entrar en la guerra beneficiaba a los argivos habían convencido a Agamenón. A la cabeza de esa facción, Menelao y Odiseo propugnaban que la labor de tomar Troya sería mucho más ardua si provocaban a los dardanos a unir sus fuerzas a la defensa de la ciudad. Palamedes disentía. La ciudad caería antes, repetía, si Agamenón abría un segundo frente atacándola desde el sur por territorio dardanio. Aquiles, Áyax y Diomedes simpatizaban con esa política de agresión, mientras que Néstor e Idomeneo oscilaban

indecisos entre ambas posturas. Pero tras el fracaso de su primer ataque frontal a Troya, Agamenón no quería que un exceso de ambición precipitara otro desastre. Por esa razón, la línea más cauta dominaba el debate, y Agamenón centraba casi todos sus esfuerzos en mantener a los troyanos confinados en la ciudad mientras los argivos debilitaban a sus vecinos y aliados.

Pero ahora que la fuerza principal estaba de nuevo en Tenedos y el décimo año de la serpiente comenzaba, el debate se abrió otra vez y cobró actualidad.

Agamenón volvía a titubear. Por esas fechas el León de Micenas era como un hombre usurpado por su propio fantasma; donde antaño hubo ambición y fuego, sólo su terca voluntad lo movía. La verdad era que el fantasma de su hija se cernía como una maldición sobre todos sus pensamientos. Sí, el viento había cambiado a su muerte y la flota zarpó, pero a Agamenón lo paralizaba la culpa. Y cuando Aquiles supo cómo habían mancillado su orgulloso nombre para atraer a Ifigenia a su muerte en Áulide, su desprecio por Agamenón se convirtió en odio inveterado. Al final de aquel terrible día, Agamenón lo sabía, se había ganado la eterna hostilidad de la esposa que ya le era imprescindible en casa y del caudillo más amado de su ejército.

A partir de entonces, Aquiles apenas intervino en los consejos de guerra, por lo que Palamedes siguió siendo el principal defensor de la incursión en tierras dardanias. Pero Agamenón desconfiaba cada vez más del príncipe de Eubea. Había sido Palamedes quien contó a todos la sacrílega muerte del ciervo. Había sido el más inflexible al propugnar el sacrificio de Ifigenia. Había sido quien ideó cómo llevarla a Áulide. El nombre de Palamedes era incluso el que más se oía entre la hueste como posible nuevo jefe. Por eso, de todos sus generales, Palamedes era el que Agamenón más odiaba y temía, y su consejo era el que el rey supremo menos deseaba oír.

Una mañana, tras otra estéril discusión, Palamedes salió de la tienda del rey enojado y rabioso y fue a Aquiles a quejarse de las dudas de Agamenón. Defraudado y aburrido por la inacción, Aquiles llamó a Patroclo y a Fénix a un breve consejo aparte, tras el cual ordenó a los mirmidones embarcarse en sus naves. Cruzando el estrecho hasta el continente, vararon las naves dejando una guardia que las vigilara, para internarse en los pastos de montaña dardanios. Al final del día habían matado a muchos pastores, y habían dispersado un rebaño enorme y asaltado el recinto real de Lirneso.

Desprevenido, Eneas quiso montar una fuerza para repeler a los invasores, pero sus soldados no podían combatir en igualdad de condiciones con los curtidos guerreros mirmidones. Los dardanios sufrieron una rápida derrota, de la que Eneas y Anquises tuvieron suerte de salir con vida. Lirneso quedó en llamas, y los asaltantes al mando de Aquiles volvieron triunfantes a Tenedos con el ganado, las mujeres y el botín que habían tomado.

Cuando el joven Aquiles se presentó en la tienda de Agamenón para llevar al rey supremo su legítima parte del pillaje, la soldadesca ya vitoreaba al caudillo como si hubiera conseguido una gran victoria. A Agamenón no le quedó más remedio que felicitar al insolente héroe por su éxito y concederle el deseo de quedarse con la bella joven Briseida, que había tomado cautiva.

El rey supremo sólo admitió que aquella incursión no autorizada había dado nuevos bríos a la guerra en una conversación posterior con Odiseo. Los dardanios reforzarían ahora el ejército troyano, pero ellos podían abrirse paso hasta Troya por sus tierras.

A los pocos días, Agamenón lanzó un ataque a gran escala. Apostó arqueros y tiradores para mantener a raya al enemigo en el desembarco de la fuerza principal, y a lo largo del día se libró un encarnizado combate, pero al anochecer había tres filas de naves argivas, sanas y salvas, varadas en la playa de la bahía. Para vigilar las naves llegaron tropas de refresco, y al otro día levantaron una empalizada para su defensa.

Contemplando cómo su ejército montaba el campamento, Agamenón pensaba para sí que las cosas

habían ido bien: mejor de lo que se había temido, pues últimamente, cada vez que tenía que tomar una decisión, se hundía más en su hosco pesimismo. Palamedes y Aquiles lo presionaban para avanzar de inmediato hacia Troya, pero el desembarco les había salido caro, y él se resistía a forzar su suerte. Además, el invierno pronto caería sobre ellos. Agamenón dio orden de atrincherarse.

Con el recuerdo de las ventiscas de nieve grabado en su piel, los soldados argivos se prepararon para una nueva prueba de resistencia. Troya, la ciudad que habían venido a tomar, estaba ahora bajo asedio.

No fue el invierno más duro que habían soportado, pero el viento cargado de nieve que azotaba la llanura troyana era lo bastante crudo como para que los argivos sintieran envidia y rencor cada vez que veían los abrigados tejados de la ciudad sitiada. Las propias murallas parecían inexpugnables, y todos tenían claro que el siguiente acto de la guerra habría de representarse a campo abierto entre la ciudad y las naves, en la llanura del Escamandro donde se alzaba el gran túmulo funerario del rey Ilo, abuelo de Príamo. O derrotaban allí a los troyanos en el sitio a la ciudad, o tendrían que retroceder hasta sus naves y presenciar la quema de su flota. Había que impedir esa catástrofe a toda costa, por lo que los argivos se pusieron manos a la obra. Cavaron una zanja defensiva en el perímetro del campamento y reforzaron el túmulo con una empalizada más fuerte. Lo vigilaban atalayas de madera en las que instalaron puertas por las que los carros saldrían a la batalla.

Dentro de ese perímetro creció una improvisada ciudad de cabañas y tiendas donde los arqueros practicaban con dianas y los soldados rasos se adiestraban para la guerra. Pero el invierno se recrudecía, y el viento los atacaba mordiéndoles la cara con lluvia, granizo y nieve. Ateridos de frío, los hombres rumiaban viejas rencillas y rencores. En torno a los fuegos de campamento estallaban muchas peleas y altercados, que a veces se cobraban muertes. Tampoco en la jefatura había gran unidad: lo único que impedía la ruptura era su objetivo, un objetivo sordo y terco, pero común.

Agamenón y Menelao solían hacerse mutua compañía, huraños las más de las veces, y también bebidos. En ocasiones más alegres, compartían mesa con sus viejos amigos Néstor, Odiseo, Áyax y Diomedes, pero Idomeneo estaba más a gusto entre sus paisanos cretenses. Aquiles, entretanto, seguía apartado con Patroclo y sus camaradas mirmidones, y en las frías noches de invierno, la ternura le unía cada vez más a Briseida, su bella joven cautiva. Era la primera mujer a la que había hecho el amor en todos los años desde que dejó Esciros, y la dardania, aunque al principio le tenía miedo, acabó respondiendo a sus tímidos avances, que eran de increíble dulzura. Aquiles no la llevó a su cama hasta estar seguro de tener su consentimiento, y no tardaron en darse confiados a los brazos del otro. Incluso a Patroclo, a quien la capacidad de su amigo para el amor no le era desconocida, le sorprendió la ternura que había tornado a Briseida de cautiva en amante. Sintió verdadero alivio al ver que el espíritu de Aquiles, tantas veces apesadumbrado, hallaba consuelo y placer en el abrazo de la muchacha, cada vez más cálido.

Así las cosas, Palamedes se iba quedando aislado. Pese a que Odiseo y él mantenían un malevolente respeto mutuo por su inteligencia, ambos se detestaban desde siempre. En numerosas reuniones peliagudas del consejo sus colegas habían contemplado, perplejos y amedrentados, cómo los dos entrechocaban sus intelectos con la animosidad que casi todos reservan a armas menos sutiles. Rara vez pareció que fueran a llegar a las manos, pero justo ahí llegaron a mitad del invierno, cuando las provisiones de maíz\* [del campamento escaseaban y las naves de Odiseo volvieron vacías de una fallida expedición de saqueo por la costa tracia. La moral, ya baja previamente, cayó en picado con la noticia de que la cosecha había sido mala y los graneros tracios no habían rendido nada.](#)

—O eso -se burló Palamedes-, o es otro ejemplo del poco ardor de Odiseo por la guerra. ¿No se estaba mejor en casa, llenando la panza y complaciendo a la mujer, que cumpliendo aquí con su

deber?

Si Odiseo hubiera llevado una espada en ese momento, le habría atravesado. A1 no llevarla, se le echó encima de un salto, cerró las manos en la garganta del de Eubea y lo habría estrangulado allí mismo si Diomedes y Áyax no hubieran logrado arrancarle de las manos a Palamedes y separarlos. Agamenón pedía a gritos a ambos que se controlaran, mientras los demás miraban consternados.

–Si piensas que hay maíz\*\* [-vociferó Odiseo-, te desafío a ir y cogerlo. Si no, cierra esa boca de comadreja en presencia de mejores soldados.](#)

–Alguien tendrá que encontrarlo -intervino Agamenón, cerrándose la capa-, o pronto moriremos de hambre. Palamedes, te sugiero que aceptes el desafío.

Palamedes salió muy digno de la tienda del consejo, tocándose el cuello.

Antes de hacerse a la mar fue a rezar al templo de Apolo en Timbra, lugar sagrado a las afueras de Troya reconocido como territorio neutral y donde podía entrar sin que nadie lo hostigara todo el que quisiera adorar al dios, fuera del bando que fuera. No era la primera vez que Palamedes iba allí, y al parecer, sus plegarias hallaron favor, pues cuando volvieron al campamento tres días después, sus naves surcaban el mar bien hundidas en el agua por el peso del cereal que transportaban.

Una vez más, entre hambrientos soldados que molían el trigo y encendían los hornos, Palamedes se atrajo la aclamación popular. Pero Odiseo no se creía que el de Eubea hubiera logrado tal éxito donde él había fracasado, y decidió comunicar al rey sus sospechas.

Lo que pasó a continuación sigue siendo, lo reconozco, dudoso. Los hechos, tal y como logré establecerlos, fueron como sigue: poco después de que Palamedes retornara con el cereal, en las inmediaciones del campamento hallaron a un espía troyano con una flecha clavada en el corazón. Un rápido registro del cuerpo arrojó una nota firmada por el rey Príamo, aceptando el precio que exigía Palamedes por traicionar el campamento griego. Figuraba también la hora fijada para el pago en el templo de Apolo.

Palamedes fue arrestado y compareció ante el consejo de inmediato. Cuando oyó el cargo contra él, lo negó furiosamente y se declaró víctima de una vil calumnia. Odiseo indicó tranquilamente que podía dirimirse con toda facilidad si era lo uno o lo otro. El rey enviaría al templo de Apolo Timbreo a un hombre de su confianza que diría ir de parte de Palamedes. Si volvía cargado de dinero troyano, la acusación estaría probada.

Y precisamente eso fue lo que pasó, por más que Palamedes insistiera en su ultrajada inocencia. Pasearon bolsas llenas de monedas troyanas ante las tropas. Condenado públicamente por traidor, Palamedes murió lapidado por todo el ejército. Pero sus últimas palabras convencieron a muchos de que, en realidad, Agamenón y Odiseo estaban confabulados contra él.

–Verdad, lloro por ti -gritó antes de morir-, pues me has precedido.

Odiseo nunca hablaba de este asunto salvo muy someramente y con desgana. El príncipe de Eubea era un traidor, decía, y tuvo el fin de un traidor. Y eso, por lo menos a primera vista, parece lo sucedido. Pero el rey Nauplio de Eubea, el afligido padre de Palamedes, nunca lo creyó, y halló artera forma de vengarse de quienes, estaba convencido, habían difamado a su hijo: fue a ver a sus mujeres y les dijo que sus esposos pensaban sustituirlas a su regreso por sus concubinas favoritas.

Si la verdad es, como dicen los hombres, la primera baja de la guerra, hay algo, sin embargo, más allá de toda duda: la guerra de Troya sería un sangriento festín de violencia masculina, pero las reyertas por el rapto de una mujer estaban a la orden del día. En tiempos de violencia, la categoría de un rey no la ratifican sólo su poder y su riqueza, sino también qué mujeres son las que viola. Así, Telamón, al raptar a Hesíone, dio comienzo a la prolongada pelea entre Troya y Argos. Clitemnestra fue privada de su amado esposo Tántalo, y Micenas ganó una reina calculadora. A Helena la secuestró

primero Teseo y luego Paris, y el mundo entró en guerra. En el curso de esa guerra, Aquiles arrancó a Briseida de su hogar, y Agamenón, como si quisiera demostrar que también él seguía siendo un macho formidable, dirigió una incursión al pequeño asentamiento de Tebas y tomó cautiva a Criseida, la hija del sacerdote de Apolo de esa ciudad. Y la captura de esa muchacha fue lo que llevó a una pugna que por poco desemboca en un desastre para toda la hueste argiva.

La pugna comenzó cuando Crises, el padre de la muchacha prendida, se personó a la puerta del campamento argivo con su collar sagrado y su áureo cetro de sacerdote de Apolo. Hicieron pasar al digno anciano al recinto de la asamblea bajo protección divina y elocuente, rogó a Agamenón que, por la debida reverencia a la divina voluntad de Apolo, el rey supremo le permitiera rescatar a su hija.

La petición del sacerdote fue tan conmovedora, y tan generoso el rescate que ofrecía, que el sentir general en la asamblea fue que sus deseos habían de respetarse. Pero Agamenón llevaba muchos días bebiendo, y estar tan cargado le ponía agresivo. Le dijo a Crises sin rodeos que Criseida era cautiva de su lanza, la había ganado limpiamente en la batalla. Declaró haberse encariñado con la muchacha y lejos de dejarla ir, tenía la intención de llevársela a su hogar en Micenas y alojarla entre las mujeres de palacio. – Así que márchate, viejo -gruñó-, y no te acerques a mi campamento. Si vuelves a molestarme, verás la poca protección que te brindan tu collar y tu cetro.

Crises alzó la mirada a la torva cara del rey supremo y vio que no se podía razonar con él. Sin ceder un ápice de su dignidad, asintió, contuvo el aliento y salió sin decir una palabra de entre la callada soldadesca.

A los pocos días, la peste cayó sobre el campamento. Empezó primero entre perros y yeguas, pero pronto se extendió a los hombres, de tienda en tienda. Cada vez más soldados se contagia ban y morían, un olor a podrido y carne quemada flotaba por el campamento día y noche. La moral del ejército decayó.

Al décimo día de la peste, Aquiles ejerció su derecho a exigir asamblea. En pie ante las tropas con el sagrado cetro en la mano, arguyó que Apolo Esminteo, el que traía la peste, debía de estar ofendido por un voto incumplido o un descuido en la observancia de sus ritos. Insistió en que había que consultar los augurios y ver qué podía hacerse para aplacar al enojado dios antes de que la enfermedad diezmará la hueste argiva y se vieran forzados a marcharse a casa y dejar la guerra.

Un murmullo de asentimiento se elevó de entre los allí congregados. Dando un paso al frente, Calcante afirmó que ya había consultado los augurios, pero sólo revelaría sus respuestas si Aquiles juraba solemnemente protegerlo de las iras que pudieran suscitar. Cuando Aquiles juró al adivino que no había de temer represalias, Calcante dijo que no era cosa de votos incumplidos ni ritos olvidados. La cólera de Apolo era el resultado directo de la negativa de Agamenón a permitir al sacerdote troyano rescatar a su hija. Crises había invocado la ayuda del dios para su causa. El dios lo escuchó. La peste no se levantaría hasta que Criseida volviera a su padre sin rescate alguno.

Agamenón se levantó de un salto mecánicamente, con los ojos enrojecidos de amenaza, oliéndose la connivencia contra él. Volcó su furia primero sobre Calcante:

–Cada vez que abres la boca, me pronosticas un mal. ¿Es que nunca puedes anunciarme buena suerte? He llegado a deplorar el día que te pasaste a mi bando -y hubiera seguido desahogando su ira, pero al apartar los ojos del sacerdote, vio que la hueste congregada lo miraba con furia-. Si decliné el rescate de esa muchacha -gritó-, no fue por desafiar al dios, sino porque le he tomado cariño. Me dolería mucho dejarla partir.

El viento que barría la llanura recogió sus palabras y las esparció por el aire. En ninguno de los rostros en torno a él encontró ningún signo de simpatía. Se sintió como un borracho rezongando en la calle.



–Cuando un dios la toma con un hombre, ¿qué puede hacer éste? – gritó al viento-. Si soltarla es el único modo de acabar con esta peste, claro que se irá. La devolveré a su padre de inmediato. Y renunciaré al rescate.

Captó el adusto asentimiento de las tropas. Les daba lo que querían porque el destino no le dejaba otra opción, y los odiaba a todos por ello. ¿Por qué siempre tenía que salir perdiendo en todo lo que decidía? ¿Y cuántas derrotas más aguantaría su jefatura? Tenía que haber un modo de volver las tornas y salvar la situación sin que le perdieran el respeto. Sus ojos cayeron en el joven Aquiles y vio desprecio en su insolente semblante.

La hueste ya se movía para dispersarse cuando Agamenón volvió a hablar:

–Pero no está bien que vuestro jefe haya de dar su prenda cuando a hombres menores se les permite mantener las suyas. Ya que cedo a Criseida en nombre de todos, debería recibir otra mujer para resarcirme de mi pérdida.

Los soldados empezaron a murmurar. Agamenón buscó apoyo en Menelao, que frunció el ceño y miró para otro lado. Néstor musitó algo sobre que el botín ya se había dividido con justicia.

Entonces Aquiles volvió a dar un paso adelante.

–Sólo es motivo de queja que el rey reclame lo que no es lícitamente suyo. Nadie salvo tú está en cuestión aquí. Obedece la exigencia del dios y devuelve a la mujer. Una vez caída Troya, tendrás toda la recompensa que desees.

Eso ya era demasiado.

–¿Desde cuándo tiene Aquiles el derecho de decirle al rey supremo lo que puede y no puede hacer? Ya he dicho que liberaré a la muchacha. Si quieres, puedes llevártela a Tebas en tu propia nave y hacer todos los sacrificios que hagan falta para propiciar al dios. Pero quiero que se compense mi pérdida, y si el ejército no me da satisfacción en este asunto, tomaré una mujer yo mismo.

Agamenón temblaba de ira al hablar. Aquiles le sostuvo la mirada y luego miró a Patroclo con ojos que transmitían su incrédulo desprecio por el bravucón que les había llevado a esa guerra.

A Agamenón no se le escapó el detalle. Su rostro se oscureció, amenazante.

–Harías bien en mostrar más respeto, hijo de Peleo, o podría servirme de la mujer con la que te dejé quedarte tras la incursión que hiciste sin mi consentimiento.

Toda la ira que había entre Agamenón y Aquiles, y que los consumía desde hacía años, ahora ardía en llamas.

–¿Pero qué jefatura es ésta? – le preguntó Aquiles-. ¿Cómo esperas que ningún soldado te siga a la batalla, sabiendo casi seguro que te apropiarás de su botín? Pongo a Apolo por testigo de que los troyanos no me han hecho ningún daño: nunca me han robado ganado ni han asolado mis tierras. Y tampoco han hecho daño a casi ninguno de los presentes. El caso es que vinimos a esta guerra para ayudaros a ti y a tu hermano a resarciros de vuestra pérdida, y ahora te vuelves contra nosotros exigiéndonos rendir a tu codicia nuestras propias y legítimas prendas. Amenazas a todos, hasta conmigo te atreves: con Aquiles, el hijo de Peleo, yo que he soportado lo más duro del combate desde el primer momento. Si no es por mí y por mis mirmidones, seguirías sentado en Tenedos. Vaya, tanto sudor desperdiciado en esta guerra por un necio desagradecido que hace enemigos a los amigos y antepone su orgullo al bien de la hueste. Ya no tiene sentido ensuciar mi espada y saquear para ti sin obtener nada a cambio que no sean insultos.

Agamenón había escuchado esta invectiva con el semblante blanco, sabiendo que ahora su jefatura estaba sobre el tapete.

–Coge tu nave, entonces -bramó antes de que Aquiles pudiera darse la vuelta-. Vete a casa y lleva tus ovejas a pastar en Esciros. Tengo muchos amigos que luchan a mi lado, no necesito aguantar tu

insolencia ni un día más -le costaba respirar, entrecerró los ojos-. Pero nadie desafiaba impunemente al rey supremo. Te quitaré a esa mujer antes de irte. La hueste verá quién puede más: el mocoso de Aquiles o Agamenón, gobernante de hombres. En ese momento, movido por la cólera, Aquiles se llevó la mano a la empuñadura de su espada. Estaba a punto de sacarla y traspasar al rey cuando una voz dentro de sí lo frenó con tanta fuerza que sintió como si una mano invisible le tirara del cabello. Era la voz de la diosa Atenea, que le devolvía el juicio y le prometía que un día le compensaría con creces de este ultraje.

Aquiles se quedó con los ojos muy abiertos, casi sin respirar, escuchando el susurro. Luego volvió a envainar la espada, miró a Agamenón y le quitó el cetro de la mano.

-Eres un borracho y un cobarde -le dijo con fría y despectiva amenaza-. Ni una sola vez has tenido el coraje de dirigir a tus hombres en combate. Prefieres quedarte escondido en la tienda y esperar a que otros más osados hagan el pillaje por ti. Puede que otros no tengan agallas para oponésete, pero te juro por este cetro que llegará un día en que me pidas ayuda a gritos en plena batalla, y veremos entonces lo poderoso que eres, mientras Héctor se abre paso por las filas argivas y tú te tragas el orgullo por cobarde, arrepentido de haber deshonorado a tus mejores guerreros. Tiró el cetro a los pies de Agamenón, y habría echado a andar para irse si Néstor, levantándose de la silla, no lo hubiera agarrado por el brazo.

-Que la vergüenza caiga sobre los dos, por vuestra fogosa estulticia -gritó el anciano-. Príamo y sus troyanos bailarían de alegría cuando se enteren de esta bronca. Tal vez sea un anciano -soy mucho mayor que cualquiera de vosotros-, pero en mis tiempos luché al lado de mejores guerreros. Teseo y Pirítoo fueron camaradas míos: grandes reyes ambos, pastores de su gente. Nadie aquí presente los iguala en batalla. Y si héroes así atendieron mi consejo, vosotros también deberíais hacerlo -miró a Agamenón, que seguía temblando de ira-. Recuerda tu dignidad, podrías perder por ahí algo más que una mujer. Y tú, Aquiles, no seas tan impulsivo. Recuerda que la autoridad del rey procede del propio Zeus. Merece tu respeto por ser tu señor y el mejor soldado. Agamenón movió la cabeza.

-Este rufián no sabe el significado del respeto. Aquiles se volvió a él en el acto.

-Porque no veo nada que lo merezca en empuñar el codo ni en tu estupidez.

De nuevo Néstor intervino:

-Recibiste a la muchacha de manos del propio rey Aquiles. Tiene derecho a recuperarla.

Aquiles llevó la mirada de Néstor a Agamenón, con todo el menosprecio que la juventud reserva a las majaderías de la vejez.

-Eso es lo que vale la palabra de Agamenón -exclamó-. Muy bien, voy a decirlo ante todos los hombres: como intente quitarme una sola cosa más, juro que mi lanza se teñirá de su sangre. - Se dio la vuelta y se marchó por entre los mudos soldados acompañado de Patroclo, su amigo, enfadado y con la cabeza bien alta.

Para volver a tomar las riendas de la situación, Agamenón enseguida ordenó a Odiseo coger la nave y devolver a Criseida a su padre junto con una generosa cantidad de ganado para ofrecer en sacrificio al dios. Luego se retiró a purificarse y a hacer sus propias ofrendas a Apolo en un altar junto a la orilla. Pero la ira no lo abandonaba. Allí en pie en medio del humo que despedían las piernas de buey en el asador, pensaba que perdería toda su autoridad si no obligaba a Aquiles a plegarse a su voluntad.

Al cabo de dos horas sin que la muchacha hubiera aparecido, llamó a sus heraldos y les dijo que fueran a Aquiles a exigirle la entrega de Briseida.

Los heraldos encontraron a Aquiles aún hecho un basilisco junto a las naves de los mirmidones, apuntaladas con estacas en el tramo más occidental de la playa. Patroclo se sentaba a su lado tirando

piedras al mar, enojado e incrédulo por el trato que habían dado a su amigo. Los mirmidones los rodeaban lamentando la deshonra de su jefe, murmurando todos con indignación ante la llegada de los heraldos.

Consciente de la injusticia de su misión, a Taltibio le fue difícil transmitir la exigencia de su amo, pero Aquiles notó sus reservas y las disipó rápidamente. Pidió a Patroclo que sacara a Briseida de su tienda, y luego se volvió al heraldo.

–Sé mi testigo aquí ante los dioses, Taltibio. He hecho lo que manda ese loco, pero nunca más levantaré mi lanza ni mi espada para ir en su ayuda. Dile que lo recuerde cuando su hueste luche por salvar la vida entre las naves.

Briseida lloraba al salir de la cabaña. Aquiles siempre la había tratado bien, y todos los presentes sabían que de Agamenón sólo podía esperar humillación. Pero de todos los involucrados en el conflicto, la muchacha era la que menos poder tenía sobre su propio destino. Sólo podía implorar protección a los dioses mientras los heraldos la llevaban. Aquiles oía sus gritos en el viento.

Antes de que desapareciera de la vista, se dio la vuelta y se sentó solo largo rato mirando las aguas romper contra la orilla. Los ojos le escocían por el orgullo herido, pensando en la fama y el honor imperecederos que antaño pensaba adquirir en esta guerra, y sentía tal odio a Agamenón que casi no podía respirar. Los dioses le habían prometido que, si iba a Troya, su vida sería breve pero gloriosa. Sin embargo, tras sufrir la ignominia de los insultos de Agamenón, él mismo se había excluido de la lucha venidera. ¿Y qué gloria lograría si persistía en su aislamiento? Al parecer, había tan poca justicia entre los dioses como entre los hombres.

Pero entonces recordó que la voz de la diosa Atenea le había hablado en su ira haciéndole una promesa. ¿Acaso no se distinguiría su vida por un propósito que lo llenara de gloria? Tarde o temprano, tenía que justificarse.

## **Duelo en la lluvia**

Tras prolongarse la guerra durante nueve años, el ejército de Agamenón había tenido que soportar otro crudo invierno, presenciar la lapidación de Palamedes, sufrir la mortífera embestida de la peste y ver apagarse el ardor guerrero de su héroe y adalid en una bochornosa bronca pública. Las voces que hablaban de amotinarse se habían oído bisbiseando en Áulide, pero ahora sonaban más alto, y hallaron un rencoroso portavoz en el malcarado soldado Tersites.

Mordaz agitador de hordas, era pariente lejano de Diomedes, pero estando la flota estancada en Áulide, había aclamado a Palamedes por su perspicacia y dotes de mando, defendiendo su jefatura frente al indeciso y huraño primogénito de Atreo. Bien pudo ser Tersites quien propagó el rumor de que Agamenón había conspirado contra Palamedes, pero fuera o no así, su sediciosa influencia aumentaba con cada función de su sátira sobre las disputas de los jefes. Los soldados la veían, reían y aplaudían, y salían cada vez más convencidos de que toda aquella expedición contra Troya estaba mal dirigida y acabaría siendo en vano.

Sólo un loco optimista habría pensado que el ejército estaría deseando entrar en combate en ese estado. Agamenón no era el más sabio de los hombres, pero tonto tampoco era. Y desde el sacrificio de su hija, no tenía ninguna fe en salir con bien de esa guerra. De ahí su asombro al despertarse una mañana temprano tras soñar con insólita claridad que los dioses le prometían una pronta victoria.

De inmediato convocó a sus capitanes y les contó su sueño. Una figura se le había aparecido bajo la forma de Néstor, su consejero máspreciado, preguntándole por qué dormía cuando el propio Zeus le abría paso a Troya. Juraba que el sueño le había convencido de que había que armarse en el acto aprovechando la buena voluntad de los dioses, pues al fin estaban ante la ocasión ideal para tomar la ciudad.

Estupefactos, sus comandantes lo escuchaban rodeándolo en silencio. Aquel brusco cambio en el ánimo de Agamenón pilló desprevenido hasta a Menelao, pues también a él lo oprimían los irascibles ataques de melancolía de su hermano. Pero ahí estaba, recorriendo inquieto su tienda a grandes zancadas mientras hablaba, lleno de una irreflexiva confianza que no parecía muy justificada dadas las circunstancias de otro día más de viento arenoso amenazando lluvia y azotando el campamento, aún convaleciente de la peste.

Chasqueado, Agamenón devolvió la mirada a aquellas caras de perplejidad.

–¿Qué os pasa a todos? ¿Es que sólo creéis en los malos augurios? El viento ha cambiado, os lo digo. Los dioses vuelven a estar con nosotros. Es el momento de atacar.

Halagado en su fuero interno porque el dios se hubiera manifestado en su propia forma, Néstor fue el primer consejero en responder.

–Creo que esto sorprende a todos tanto como a mí, y he de admitir que... Bueno, dadas las actuales circunstancias, si fuera otro quien me viniera con un sueño así, mucho tendría que presionarme para que me lo tomara en serio -miró sonriente a sus colegas-. Pero hoy es un día extraordinario, señores. El mayor de los dioses, Zeus, ha enviado este sueño al gobernante de hombres. ¿Quiénes somos nosotros para ponerlo en duda? Mi opinión es que hay que concentrar las fuerzas, ya que sabemos que los dioses nos son favorables.

Odiseo, boquiabierto, no daba crédito a lo que oía.

–¿Pero tú has visto lo que pasa ahí fuera? Si le pides a esa horda que alce las armas y luche, lo más probable es que corran a las naves. Algunos todavía están enfermos. Otros, próximos al motín. Sal y escucha lo que ese bribón calumniador de Tersites les dice. Es obvio que no están preparados para el combate. Debatiéndose entre el sueño y la dura realidad, Áyax y Diomedes se miraban vacilantes. Idomeneo arrugaba el entrecejo con la cabeza gacha.

–¿Es que no cuento con nadie aquí, salvo Néstor y mi hermano? – preguntó Agamenón-. Creía

haberme traído a jefes de hombres, no a una panda de cobardes y canallas. Pero mira lo que pasa: Palamedes me traiciona, Aquiles corre a su tienda contrariado. ¡Y ahora vosotros, mis mejores amigos, os echáis atrás cuando más os necesitaba! Muy bien, pues iros a casa, si os parece. Libraré solo esta guerra si he de hacerlo. Al menos sé que los dioses están conmigo.

–Nadie habla de irse a casa -dijo Odiseo quedamente-, por más que haya quienes con mucho gusto lo haríamos. Sólo pedimos una evaluación realista de las circunstancias.

–Y tú te crees mejor juez que los propios dioses, ¿no? Pues perdóname, te lo ruego, que disienta. Y no voy a perder tiempo escuchando a un desgraciado como Tersites -impaciente, Agamenón apartó la vista y pidió a su criado la capa y el cetro. Volvió a mirar a sus desconcertados generales-. Antes de sermonearme con que hay que ser cauto, pensad esto. Sé de buena fuente que algunos de los aliados asiáticos de Príamo se marcharon a casa durante los meses de invierno. Así pues, es casi seguro que ahora les superamos en número. Es cierto que aún hay vestigios de la peste en el campamento, pero ha pasado lo peor desde que le hice su ofrenda a Apolo, y no podemos sentarnos a lamernos las heridas para siempre. Nueve años hemos dado ya a esta guerra -nueve años, se dice pronto-, pero según la profecía, Troya caerá al décimo, y el décimo año ha llegado. Los augurios al fin nos favorecen, los dioses me han enviado un sueño que promete la victoria. Si sois soldados y comandantes, salid a reunir vuestras tropas. Troya puede ser vuestra al final del día..., si os quedan agallas.

Había un fuego en los ojos de Agamenón y un fervor en su voz que ninguno veía desde hacía mucho tiempo. Menelao estaba exultante con la súbita y renovada pasión de su hermano por la causa. A Diomedes y Áyax ese desafiante reto les subió los ánimos y por no dividir la jefatura en tan crucial momento, Idomeneo asintió. Sólo Odiseo seguía negando con la cabeza al salir de la tienda, pidiéndole a Atenea inspiración.

Los nueve heraldos recorrieron el campamento convocando a la hueste argiva a una asamblea. Cuando todos ocupaban sus puestos en los bancos, menos Aquiles y los desafectos mirmidones, Agamenón dio un paso adelante con el gran cetro obra de Hefesto que había pasado de Zeus a Hermes y luego a Pélope y a su hijo Atreo. Al tomar el trono de Micenas, Agamenón se había apoderado de él: era el símbolo de la autoridad del rey supremo de Argos. Ahora su ejército, descontento y escéptico, le oía proclamar su intención de atacar Troya ese mismo día, y cuando acabó de hablar, el recinto de la asamblea quedó en silencio. Sólo se oía el azote del viento.

Entonces la burlona voz de Tersites salió de las filas:

–Ya sabemos que Aquiles se quedará en casa, bien arropado en la cama con Patroclo, pero ¿tiene el rey supremo intención de venirse a esta expedición, o va a nombrar a algún otro desdichado para que le haga el pillaje?

Insolentes carcajadas recorrieron la soldadesca como una ola. Néstor se levantó llamando a gritos al silencio y al respeto.

–¡Respeto! – gritó Tersites en respuesta-. Encuéntrame diez hombres en este ejército que sientan respeto por nuestra jefatura, y yo mismo iré con ellos a expoliar Troya.

Agamenón sintió que la sangre se le agolpaba en la cara.

–Aquí no podemos ser todos reyes -bramó-. El todopoderoso Zeus me ha investido de autoridad para mandar este ejército, y juro por sus rayos que hoy lo voy a llevar a la victoria.

–¡También es verdad -gritó Tersites- que podríamos irnos todos a casa! – las risas fueron más altas esta vez. Animado, añadió-: ¡Personalmente, yo ya estoy más que harto de tanto desfilar de arriba abajo por toda la costa de Asia sin más propósito que llenarte las arcas de botín! ¿Qué decís los demás?

Un vocerío de asentimiento se alzó entre los hombres que tenía más cerca. De la multitud salieron

gritos dispersos. Pero ahora las renovadas muestras de brío y seguridad sorprendían tanto a muchos soldados rasos como antes a sus comandantes, y los rebeldes aún no tenían con ellos a toda la hueste.

Alguien gritó:

–¡Que hable Odiseo! ¿Qué dice él? – Otras voces repitieron la pregunta.

De todos los jefes, Odiseo era al que los soldados profesaban más afecto y estima. Palamedes se había congraciado con ellos enseñándoles su juego de dados y escuchando sus quejas, pero Odiseo siempre les había merecido respeto. Su aire de pirata les gustaba, y la justicia con que siempre imponía su criterio, ya fuera en importantes asuntos de gobierno en la asamblea o en disputas entre soldados. De él seguían desconfiando quienes pertenecieron al bando de Palamedes, pero Palamedes estaba muerto, y casi todos los allí reunidos habían arrojado una de las piedras que lo mataron. Por eso ahora acudían a Odiseo en busca de consejo.

Sujetándose la capa contra el tirón del viento, Odiseo se levantó para hablar y esperó a que la tropa estuviera en silencio. Iba a empezar cuando Tersites gritó:

–¡Palamedes confiaba en este follador de ovejas de Ítaca, y mirad lo que le pasó! ¡Cuidado con él, muchachos, no os esquile el lomo!

Cuando las carcajadas se apagaron, Odiseo dijo:

–Tersites tiene un vivo ingenio. También tiene viva la lengua, ¡y le prometo que si no la educa mejor, se la cortaré de raíz! En cuanto a su sugerencia de que nos vayamos todos a casa, suena bastante razonable. Yo echo de menos los placeres de la cama de mi mujer tanto como todos los aquí presentes, podéis creerme -miró al receloso ceño de Agamenón, que tenía enfrente, y apartó la vista-. Si creyera que tiene sentido -prosiguió-, mañana me embarcaría para Ítaca. Pero he oído a mis ovejas balar mejores argumentos que los de nuestro malhablado amigo. Pensadlo un poco. Habéis soportado esta guerra nueve años, largos y a veces terribles. Nueve años en los que habéis recibido heridas y habéis visto a vuestros camaradas caer en combate o vomitar las entrañas por la peste. Y sí, os habéis embolsado algo de botín en este tiempo, y los que no lo habéis derrochado jugando a los dados o en mujeres, os iríais a casa mejor provistos de lo que vinisteis. Pero al otro lado de esas murallas está la ciudad más rica de toda Asia. ¡Repleta de tesoros listos para recogerlos! ¿No oléis ya a las mujeres de ahí dentro? ¿No oís el crujir de sus sedas? Diez años se nos dijo que esta ciudad tardaría en caer. Todos estabais en Áulide, todos visteis a la serpiente devorar los gorriones de Afrodita en aquel árbol. Yo mismo tuve idéntico augurio antes de salir de Ítaca, ¡por algo me lo pensé dos veces antes de emprender este crucero troyano! Mi hijo Telémaco cumple ahora diez años, y aún no lo he visto hablar, no digamos tensar un arco: estos años han sido tan largos para mí como para vosotros. Pero ¿creéis que voy a tirarlos por la borda yéndome a casa sin rematar la faena? ¿Qué sentido tendría volver con las manos vacías cuando, con sólo un poco de paciencia y valor, podría llevarme un buen pellizco del dorado tesoro de Asia? Queríais saber qué pienso. Pues bien, pienso esto: es el décimo año de la serpiente, camaradas, y los dioses nos prometieron la caída de Troya. Quienes tengan agallas, que hagan como yo: ¡coger lanza y espada y seguir a nuestro rey batallando por esa ventosa llanura hasta cruzar las puertas de Troya!

Aunque parecía vacilante al comienzo, su voz había ido adquiriendo potencia al sentir que la hueste lo arropaba, y al llegar su soflama a su punto culminante, sus últimas palabras se fundieron con el gran rugido de asentimiento de las tropas. Odiseo cedió el cetro a Néstor y retrocedió, preguntándose qué había hecho. Pero el anciano Néstor supo aprovechar el terreno ganado y recordó a las huestes que, en su primera salida desde Áulide hacía tantos años, Zeus les había enviado un relámpago para animarlos en su viaje. También a él lo vitorearon todos, y cuando Agamenón salió a dar consignas, la moral del ejército había subido. Los soldados se pusieron a la faena todos a una:

afilaron las armas, comprobaron las correas de escudos y arreos, uncieron los caballos a los carros y formaron en orden de batalla. Asistido por sus comandantes, Agamenón inmoló un buey a Zeus. El sagrado grano fue esparcido, las libaciones derramadas. En medio de las volutas de humo que subían desde el fuego del altar, Agamenón elevó una plegaria para que el señor del Olimpo no dejara ponerse el sol hasta que vencieran al ejército de Príamo e invadieran sus salones y palacios. Los heraldos dieron la voz de ponerse en marcha, las puertas se abrieron y el ejército argivo salió a la llanura.

Densas nubes envolvían las cimas de los montes ideos aquel día, arrojando una fría llovizna a las caras de los soldados que marchaban Escamandro abajo. Los caballos reculaban. Los hombres avanzaban en silencio con la cabeza gacha, oyendo su propia marcha en el crujir del cuero y el tintinear de los arreos y de metal contra metal por encima del ruido de sus pasos. Como la llovizna aún no era muy densa, iban levantando polvo que, al no posarse, formaba espirales de arena que oscurecían el aire. Cuando ya se desplegaban por el campo de batalla en un ancho frente en abanico, oyeron una tremenda algarabía, como si una inmensa bandada de grullas se dirigiera hacia ellos en la brisa. Al alzar los ojos, vieron que las huestes troyanas salían de la ciudad avanzando a su encuentro, ululando al acercarse.

Un sordo gruñido se elevó de entre los argivos al ver el tamaño de las fuerzas formadas contra ellos a todo lo largo del elevado cerro conocido como el monte del Espino. Odiseo ordenó a su auriga adelantarse para ver mejor. En el centro del ejército troyano distinguió una alta figura tocada con un yelmo de alto penacho conduciendo un carro ante el gigantesco batallón de lanceros, y supuso que era Héctor. Reconoció a Eneas y los dardanos a la derecha; más allá brillaban los escudos y estandartes de frigios, misios y los mejores guerreros de Tracia. El flanco izquierdo lo ocupaban licios, canos y pelagosos de Larisa, pero también otras fuerzas más exóticas: arqueros peonios con sus combados arcos, paflagonios de las tierras orientales del sur del mar Negro y hasta un contingente de los remotos halizones. Las esperanzas de Agamenón de ver las fuerzas de Príamo mermadas parecían de pronto tan vagas e inasibles como su sueño.

El viento soplaba cegando con el polvo los ojos de los hombres, pero cuando Odiseo volvió la vista hacia las filas argivas, sintió la ebullición que la hueste de Príamo también debía de estar notando. Aun sin Aquiles y sus mirmidones -cuya presencia se echó mucho en falta antes de que acabara el día- aquellas formaciones eran largas, profundas y bien pertrechadas. Una vez empezada la lucha, los guerreros argivos no tendrían más remedio que seguir adelante, pues con sólo el mar a sus espaldas, no había otro sitio adonde ir.

Odiseo giró el carro y puso su tiro a medio galope por el accidentado terreno para unirse a Agamenón e Idomeneo, que conferenciaban en el centro de las tropas.

–Llevan la ventaja de la elevación -les gritó-. Héctor no viene para acá todavía, por lo que bien podríamos apretar los dientes y cargar nosotros.

Agamenón asintió con un adusto cabezazo.

–Voy a adelantar a los arqueros locrios, que Idomeneo haga lo mismo con los cretenses. Eso mermará un poco sus filas.

–Además, se está formando neblina -dijo el cretense-. Podría darnos algo de cubierto.

–Pues ataquemos y oremos -Odiseo sonrió-. Buena caza, caballeros.

Ya le indicaba a su auriga que diera la vuelta otra vez, cuando Agamenón preguntó:

–Pero ¿qué es eso?

Los tres hombres entrecerraron los ojos por el resplandor de la llovizna para mirar un solo carro que bajaba raudo la pendiente entre las filas troyanas, levantando polvo y piedras a su paso y vitoreado por la hueste que dejaba atrás. De él tiraban un par de lustrosos caballos negros adornados con

penachos morados, a juego con el alto penacho del yelmo del guerrero que lo conducía. Con una piel de pantera echada por encima y un arco a la espalda, llevaba una espada colgada del tahalí morado que le cruzaba la coraza y dos lanzas sujetas a las barandas laterales del carro.

–Parece que sale a hacerse un nombre -murmuró Agamenón-. ¿Alguien lo reconoce?

Los demás negaron con la cabeza. Un segundo carro salió de entre las filas troyanas para seguir al primero colina abajo. Ambos tiros se detuvieron al pie de la elevación, y hubo un breve diálogo entre los conductores antes de que siguieran avanzando despacio, uno junto al otro, por la abierta llanura.

–El segundo es Héctor -señaló Odiseo-. Lo acabo de ver marchar formando su centro. – Se volvió al sonido de un carro que avanzaba por el frente argivo y vio a Menelao dirigirse hacia ellos a toda velocidad desde su posición a la cabeza de las levas espartanas. Salía vapor de las moteadas grupas de su tiro. Las ruedas soltaron polvo cuando tiró de las riendas. Los caballos jadeaban y resoplaban. Odiseo vio un fiero ardor en los ojos del rey de Esparta.

–Los caballos negros los lleva Paris -gritó Menelao-. Lo reconocería en cualquier sitio. Creo que ha llegado mi hora, hermano.

Sin quitar ojo de los carros que se acercaban, Agamenón asintió. El viento agitaba la alta curva de su penacho de crin de caballo.

Paris detuvo su carro a unos cincuenta metros de los comandantes argivos, pero Héctor se acercó más, con su empenachada cabeza bien alta. La macerada luz del sol rebotaba en su yelmo. Un grito salió de algún lugar de la línea de combate, y alguien le tiró una piedra. La piedra cayó a un metro, los caballos relincharon asustados. Otra siguió a la anterior, cayendo aún más cerca. Héctor frenó su tiro, los caballos sacudían la cabeza; estaban lo bastante cerca como para que los argivos vieran cómo se les ponían los ojos en blanco y se les dilataban las fosas nasales.

–¡Las manos quietas! – gritó Agamenón a las tropas-. Es un príncipe de Troya. ¡Mostraos corteses antes de arrastrarlo por el barro!

Héctor se echó hacia atrás el yelmo para que lo vieran y oyeran mejor.

–¿Tengo el honor de dirigirme a Agamenón, hijo de Atreo, León de Micenas y rey supremo de todo Argos? – gritó por encima del viento.

–Sí.

–Pues te doy la bienvenida a Troya. Me alegra ver que al fin te has decidido a medir tu poder con el mío -recorrió brevemente con la mirada las tropas argivas y la volvió de nuevo, son riente, a Agamenón-, aunque lamento no contar hoy con el placer de la compañía de Aquiles.

–Pues entonces lo echas de menos más tú que yo -Agamenón frunció el ceño-. Pero he venido a luchar, no a charlar contigo. Di lo que tengas que decir y empecemos.

–¡Muy bien! Mi hermano, el noble príncipe Paris, está aquí, a mi espalda, listo para pelear con cualquiera de tus caudillos y zanjar de forma plena y definitiva este conflicto. Sus actos, lo admito voluntariamente, han provocado esta contienda, y no desea ver morir innecesariamente por su causa a tantos buenos guerreros. Por eso, acordemos que todos los demás soldados bajen las armas mientras se libra el duelo y que el ganador en la lucha se quede con la dama Helena y toda su riqueza, mientras el resto juramos por nuestra sangre sellar un pacto de paz y amistad.

Una húmeda ráfaga de viento alborotó las crines de los caballos de Héctor. Uno de ellos mordió la embocadura, su brida tintineó. En las filas, los hombres se estiraban para oír.

Agamenón se apoyó despreocupadamente en la baranda del carro. Estaba a punto de decir que no había cruzado medio mundo con toda la fuerza de combate de Argos para limitarse a observar un duelo, cuando su hermano Menelao le dijo:

–Es mi hora, hermano. Déjame aceptar el desafío. Tengo derecho.



Agamenón vio confianza en los ojos de su hermano. No le interesaba ningún pacto de amistad, pero tampoco podía negarle a Menelao esa ocasión de vengarse. Asintió y Menelao adelantó su carro.

–¡Ya sabes quién soy Héctor! – gritó-. Nos conocimos en días mejores. Compartimos mesa, pan y vino, y adoramos juntos a los dioses. Recuerdo que hablamos de amistad. Pero si eres sin cero como creo que eres, has de admitir que soy la parte ofendida en esta querrela. Se abusó de mi confianza. Se violó mi hospitalidad. Mi amistad fue deshonorada. Y el villano que lo hizo está detrás de ti, palideciendo al oírme -por un momento, Menelao miró furioso a Paris. Después le negó la existencia apartando su mirada con desdén-. Dices la verdad -añadió Menelao-, ya sólo hace falta otra muerte, y los dioses le han puesto nombre. Él y yo pronto ajustaremos cuentas de una vez para siempre. Tú y yo quizá podamos volver a hablar de amistad sobre su cuerpo sin vida -Agamenón hizo ademán de intervenir, pero Menelao alargó la mano para contenerlo-. ¡Traed dos ovejas para el sacrificio! – le gritó a Héctor-. Un carnero negro y una oveja blanca... Nosotros haremos lo mismo. Saca de Troya a tu padre, el rey Príamo, y que jure este acuerdo, pues no tengo motivos para confiar en la palabra de ninguno de sus hijos.

Héctor miró a Agamenón, que soltó un suspiro de duda antes de asentir con la cabeza. Un murmullo se elevó de los ejércitos enfrentados a ambos lados de la llanura. Héctor y Paris se retiraron, y mientras un heraldo iba a buscar a Príamo y se ataban las ovejas para el sacrificio, los aurigas y arqueros se retiraban del frente y los infantes bajaban sus lanzas y escudos.

En todos los duros años vividos dentro de las murallas de Troya, la exiliada Helena nunca había sentido más pesar que cuando, desde el parapeto que remataba la Puerta Escea, miraba a Paris conducir su carro a la llanura para enfrentarse a la inmensa hueste argiva. Aquella misma mañana le había rogado que no hiciera lo que iba a hacer. Pero como era cada vez más habitual en los últimos tiempos, él había desoído sus súplicas, pues su orgullo respondía más a las pullas de sus hermanos que su corazón a los complicados sentimientos de ella. Y las cosas se hacían aún más difíciles al saber que, adorándola como la adoraba, Paris no entendía por qué se oponía a que saliera a vencer al hombre al que se la había arrebatado hacía tantos años.

Para Helena esos años habían estado lejos del sueño de amor que la sacó de Esparta. Adorada por unos y vilipendiada por otros, en Troya se vio enseguida como una solitaria extranjera en una ciudad lejana. Afortunadamente, tenía a Etra para hacerle compañía. De otro modo, se habría visto reducida a la absoluta dependencia del amor de Paris, eso si al rey Príamo no le hubiera embelesado tanto su belleza como a su hijo. Sentía que el padre la veía más claramente en muchos aspectos, pues en otros tiempos Príamo había sufrido tanto como para reconocer el dolor oculto tras su belleza. Sabía cuánto la habían herido y oprimido la envidia y las habladurías de las otras mujeres. Sobre todo, conocía la culpa y la melancolía que la invadían cada vez que pensaba en la niña que abandonó: una niña que ahora sería mayor que ella cuando Teseo y Pirítoo la raptaron. Sabía por qué nunca podría ser verdaderamente feliz en Troya.

Príamo sabía todo eso que Paris no comprendía. Desde el principio, él había vivido en un sueño de amor separado del mundo, al que miraba desde la fascinación del enamorado. Y a Helena le había atraído mucho ese sueño con él y vivió su vida con una intensidad que nunca había conocido. Era como si ese amor los hubiera elevado a un visionario reino más allá de lo ordinario, un reino cuyos paisajes se reflejaban en las aguas azules pobladas de delfines de los mares que surcaban, en el fragante hechizo del templo de Afrodita en Chipre y en las cálidas dunas de Egipto, donde su apasionada adoración mutua estaba en plena armonía con el amor eterno de Isis y Osiris. Pero luego habían ido a Troya, y tras la eufórica entrada triunfal en la ciudad, el mundo los había ido cercando poco a poco. ¿Y cómo podría haber sido si no, cuando el mundo estaba en guerra y su amor era la

causa?

La vida dentro de Troya había sido más dura en los últimos años de lo que allá fuera, acampados en sus toscas tiendas, los argivos habrían podido ni imaginar. A medida que las ciudades de sus aliados eran atacadas e incendiadas, los troyanos iban perdiendo mercados para los bienes que manufacturaban, despidiéndose con ello de sus fuentes de suministro. La guerra subió los precios, y los lujos a los que se habían acostumbrado ya no se conseguían fácilmente. Racionaron la comida. La ansiedad crecía, y cuando los argivos desembarcaron por primera vez en la costa dardania, en la ciudad cundió el pánico por una temporada. En medio de todo esto, a Paris y Helena, antes iconos de la grandeza de Troya, ahora se los percibía como la principal causa de su dolor. Eran figuras cada vez más aisladas, y aisladas por un amor que había perdido la fogosa intensidad de la pasión ilícita y sin embargo, no hallaba otro modo más sustancial de ser. Se les hacía difícil no culparse mutuamente de lo que habían perdido.

Había habido noches en que, tendidos en la cama, tensos y en silencio, se sentían como encarcelados por un delito del que ni podían arrepentirse ni los podían indultar. También había habido amaneceres en que, después de haber llorado por su hija hasta la madrugada, Helena despertaba para ver la indolente y vulnerable forma de ese extraño al que conocía y que dormía a su lado, preguntándose cómo había podido parecerle bien alguna vez arriesgar un mundo entero sólo por él, por amarlo y seguirlo y fundirse en su abrazo.

Y ahora, ese día en que desde el parapeto tuvo que verle marchar a una lucha a muerte con Menelao, era como si todo el amor y toda la ternura de su vida estuvieran a punto de hundirse en la violencia recíproca de los dos hombres que más amaba en el mundo. Y sabía que el hombre al que abandonó ahora sólo la odiaría, mientras que aquél por quien lo abandonó había salido esa mañana de la alcoba alterado y enojado porque ella se negaba a rezar por su victoria.

El rey Príamo estaba junto a Helena en el parapeto, su capa volando al viento que barría la llanura donde el poder del ejército argivo formaba contra su ciudad. Era ya un anciano que había visto evaporarse gran parte de la confianza con la que llevaba años pertrechándose para la guerra contra sus enemigos. Como Agamenón, también él había soñado con un choque rápido, en el que la unión de todas sus tropas resolviera el asunto de una vez por todas, pero esa larga guerra de desgaste le había drenado las fuerzas y las arcas. Ante las sucesivas noticias de ciudades incendiadas, breves éxitos seguidos de reveses inmediatos, naves hundidas y ejércitos doblegados por la peste, amigos y aliados muertos y sus mujeres violadas, el ánimo del anciano rey oscilaba cada vez más entre el ultrajado desafío y una asidua melancolía que lo asediaba con oscuras escenas de su juventud. Despertaba en plena noche pensando que los sacerdotes de Apolo y su trastornada Casandra habían profetizado la ruina de su ciudad, y veía una y otra vez el cuerpo destrozado de su padre, Laomedonte, cuando Heracles lo mató en la ciudadela de Ilio entre los gritos de las mujeres mientras el palacio ardía.

Había pedido a Helena que lo acompañara en el parapeto esa mañana, pues su presencia era un bálsamo para su alma acosada, pero cuando le pidió que identificara a cada uno de los héroes argivos, que antes no eran más que nombres para él, se apercibió de la inminente gravedad de su situación. Lo que vio no eran sólo Agamenón y Menelao, Áyax y Diomedes, Odiseo e Idomeneo, por formidables que estuvieran todos ellos ataviados con sus arreos de guerra: le horrorizó la descomunal hueste anónima que se aglutinaba en torno a ellos, miles de guerreros llegados de las ciudades, los montes, llanuras e islas de Argos y más allá, con el único propósito de derruir las altas murallas que lo protegían, aniquilar a su pueblo y robar a su ciudad hasta la última gota de su riqueza. Lo que había tardado años en construir con destreza, ingenio y perseverancia, en un solo día podría ser reducido a un fétido montón de cascotes, humo y cenizas.

Sin embargo, Príamo había rezado a los dioses y había hecho sus ofrendas, y también él tenía muchas tropas de su lado. Y había escuchado alentadores informes de la presencia de la peste y la desunión en el campamento argivo, y todos se habían alegrado en Troya al saber que el joven Aquiles, hijo de Peleo, el feroz asesino cuyo nombre y temeridad helaban desde hacía mucho los corazones más bravos, había retirado sus fuerzas de la contienda. Por eso aquella mañana, junto a la inquietud, también existía esperanza en el pensamiento de Príamo.

Pero entonces el heraldo llegó con la noticia de que la cuestión iba a zanjarse en un combate individual entre Paris y Menelao, algo que él nunca habría querido y de lo que nadie le había informado antes de salir de la ciudad. Príamo contaba más con el poder de su ejército y la fortaleza de sus murallas que con la habilidad y el valor de su hijo. ¿Qué habría pasado en el campo de batalla para que Héctor hubiera aceptado arriesgarlo todo a una sola jugada? Sólo podía ser que la impulsividad que había llevado a su hijo a provocar la guerra lo precipitara ahora a ponerle una rápida conclusión.

Príamo se volvió a Helena a su lado, que momentos antes le había nombrado a los enemigos que antaño rivalizaron por su mano, y la vio temblando al viento.

—¿Tú lo sabías?

—Lo temía -su voz era apenas un murmullo por encima del viento-. Lo he temido desde el principio.

Príamo se volvió y reclamó a Anténor.

—¿Cómo podemos detener esta locura? – le preguntó-. Nuestro ejército lleva la ventaja del terreno. Todos los pronósticos nos son favorables. Pero si Paris pierde esta lucha... -se interrumpió, moviendo la cabeza-. No tiene sentido, hay que impedirla.

Gravemente, Anténor repuso:

—Es decisión de los dioses. Príamo le echó una mirada de desconfianza.

—Sé que no le tienes amor a Paris.

El consejero no se amilanó ante la acusación.

—Pero no hay duda de mi amor al rey y a mi ciudad -contestó tranquilo-. Si Paris ha retado ya a Menelao, no hay modo de hacerlo retirarse sin que la humillación recaiga sobre todos nosotros. Los argivos se envalentonarán ante lo que ha de parecerles cobardía, y en nuestras fuerzas cundirá el desánimo. Intuyo que los dioses actúan entre nosotros, mi señor. Que esta guerra acabe donde empezó: en las manos de tu hijo.

Agamenón y sus comandantes miraron a Príamo cruzar a caballo la Puerta Escea de Troya con Anténor a su lado en el carro. Vieron a los hombres vitorearle al pasar ante ellos por las filas troyanas, deteniéndose un rato para hablar con el jefe de una compañía de arqueros y luego con Héctor y Paris, cuyos carros quedaron tras él. Al fin avanzó con sus heraldos por la llanura hasta donde el estandarte de Agamenón restallaba agitándose en el viento.

Los dos reyes se aproximaron adonde estaban las ovejas atadas y dispuestas para el sacrificio y se midieron con la mirada, sabiendo que las pesadas cargas del reinado los unían más entre sí que a cualquiera de los hombres que los observaban alzar la mano en mutuo saludo. Príamo parecía más viejo y cansado de lo que Agamenón había imaginado, y por su parte, el rey supremo de los troyanos tenía sus sospechas de que la mente del León de Micenas era tan lenta como fuerte su cuerpo. No obstante, ambos sabían que el otro podía acabar para siempre con su reinado y con su vida, y por un momento se cruzaron un respeto cargado de odio sin palabras.

Agamenón rompió el silencio:

—Nuestros heraldos han acordado las condiciones de esta lucha. ¿Te avienes a ellas? – Y cuando Príamo se limitó a asentir, añadió:- Pues vamos con los ritos.

Ambos reyes se bajaron de sus carros. Agamenón, echándose agua en las manos, agarró una de las ovejas, le cortó unos mechones de la cabeza y se los pasó a Taltibio, que los distribuyó entre los capitanes, todos atentos. El rey supremo de Argos alzó la cabeza y los brazos hacia la nubosa sierra de Ida.

–Padre Zeus -gritó-, el mayor y más glorioso de los dioses, tú que miras el destino de los hombres desde el monte Ida, te invoco en este día, como invoco al gran Sol que todo lo ve y a la Tierra y a los Ríos de la Tierra y a los Poderes del Averno, ante los que los hombres responden de su palabra. Que quede constancia de estos juramentos pronunciados ante ti y se asegure su cumplimiento. Si Paris mata a Menelao en la lucha, se quedará con la dama Helena y toda su riqueza y por nuestra parte, nos haremos a la mar alejándonos de Troya y la dejaremos en paz. Pero si mi hermano Menelao vence a Paris, los troyanos le devolverán a su esposa Helena con todo su tesoro y harán tan generosa restitución a la hueste argiva, que las futuras generaciones conocerán el coste de la traición y lo recordarán para siempre. Y si Paris muriera sin que el rey Príamo hiciera tal reparación, me quedaré aquí con mi ejército y seguiré luchando hasta que la cuenta se haya saldado entera. Lo juro solemnemente.

Agamenón bajó los brazos y volvió la mirada de nuevo a Príamo. El rey de Troya se la sostuvo y luego sólo dijo:

–También yo lo juro.

Los heraldos inclinaron la oveja que balaba sus pies y los dos reyes clavaron su cuchillo cada cual en el pescuezo de uno de los animales. La cálida sangre salpicó el suelo, mezclándose al instante con el vino de las libaciones derramadas. Agamenón dijo:

–Que los sesos de quien rompa este sagrado juramento se viertan en el suelo como este vino, hasta la segunda generación. Y ambos reyes bajaron la cabeza en muda plegaria. Los ejércitos, frente a frente, fueron testigos de la escena mientras el húmedo viento soplaba llevándose las palabras.

Menelao levantó la cabeza primero. Miró a Paris para tomarle la medida sobre el terreno, y pensó que el troyano había engordado desde la última vez que lo había visto. Su cara parecía más blanda y abultada en las mejillas y el mentón. Verlo le dio fuerzas, pero Paris seguía mirando al frente impassible, rehuyendo sus ojos. Apartándose de la cara los blancos cabellos, Príamo se volvió a Agamenón.

–Siento en mí el peso de los años y no deseo ver a estos hombres luchar por su vida. Retorno a mi ciudad seguro de que los dioses inmortales ya saben si es mi hijo o tu hermano el que encontrará su muerte en breve. – Saludó con el brazo en alto, se volvió para agarrarse a la baranda del carro y desapareció a toda prisa con Anténor camino de Troya.

Mientras los heraldos despejaban el terreno y medían la distancia desde la que iban a arrojar las lanzas, Odiseo metió en su yelmo dos monedas marcando una para cada combatiente. Se acercó a Héctor, que tomó el yelmo que Odiseo le tendía, agitándolo hasta que una de las monedas saltó afuera. Odiseo se agachó para recogerla y la mostró a los más cercanos. Luego gritó a las tropas: -El derecho al primer lanzamiento recae en Paris.

La lluvia caía ahora con más fuerza. Paris y Menelao se entretuvieron aún un poco entre los suyos, quitándose la capa, con la garganta seca, agradeciendo el vino y el agua que les ofrecían, escuchando a medias las palabras de consejo mientras se ajustaban las armaduras, tratando incluso de hacer bromas. Luego los hijos de Atreo se abrazaron brevemente y los hijos de Príamo también. Ambos se pusieron el yelmo y ocuparon su puesto, cada cual con su espada al costado, aferrando el escudo en una mano y una larga lanza en la otra. Vítores sueltos estallaron a ambos lados del frente. Después sólo se oía el aullido del viento.

Paris equilibró la lanza en su mano, flexionó los músculos de los muslos y tanteó la firmeza del suelo bajo sus pies. Sintióse como si toda la trayectoria de su vida hubiera estado dirigida desde siempre a ese fatídico momento, ofreció la mejilla al viento calibrando su fuerza. Susurró una plegaria a Afrodita, subió la vista y la fijó en la figura que tenía enfrente, a sólo unos metros. La curva de bronce de su yelmo ocultaba el rostro de Menelao y su abundante pelo rojo, pero Paris los conocía muy bien. Recordó la facilidad con la que reía aquel rostro en las horas que habían pasado juntos en Troya y en Dardania cuando aún eran amigos. Recordó a Menelao inclinándose sobre él con su mandil ensangrentado en el templo de Atenea, y la cálida bienvenida que le había dado en Esparta. Sintió que toda la ira acumulada durante los años que habían pasado desde entonces se comprimía en el interior de Menelao en un odio inextinguible. ¿Y quién podía culparlo? ¿Quién podía culpar a ninguno de los dos por amar a Helena? Tal vez, pensó Paris de pronto, y el corazón le dio un vuelco, todos ellos, los tres, no habían sido más que juguetes de los dioses, unos dioses que ahora miraban desde el monte Ida lo que jamás experimentarían en toda su vida inmortal: el temor a la muerte y la muerte misma.

En un solo y elástico movimiento, Paris alzó el escudo con el brazo izquierdo, equilibró el peso de su cuerpo en la pierna derecha y cuando distendió los tendones fue como si saltara el resorte de una trampa. La larga lanza llegó al punto más alto de su trayectoria zumbando y vibrando en el aire, y cayó en picado a gran velocidad, doblándose su punta de bronce contra el cuero y el metal del poderoso escudo del rey de Esparta. Éste osciló un poco por el impacto, pero el arma quedó en el suelo, inofensiva. Rió con ganas, ya seguro de que no se había engañado al sentir en el viento el olor de la victoria.

Notaba la tierra viva bajo sus pies. Saboreaba la lluvia que el aire le traía a la cara. Aspiró hondo por las fosas nasales y susurró al todopoderoso Zeus la plegaria de que al fin se hiciera justicia contra el hombre que tanto oprobio le había causado. Poniendo los cinco sentidos en su detestada estampa, levantó el brazo del escudo y le arrojó la lanza con todas sus fuerzas.

Tal violencia puso en el tiro que la punta del arma atravesó el escudo de Paris. Si el troyano no se hubiera escorado instintivamente, la chapa de bronce que cubría su corazón habría saltado en pedazos, pero sólo le rozó la piel del costado desgarrándole la túnica, de la que manaba sangre. Desequilibrado por el peso de la larga lanza ensartada en su escudo, Paris vio que la punta estaba demasiado hundida en el escudo como para sacarla. No le quedó más remedio que deshacerse de él cuando Menelao, salvando de un salto la distancia que los separaba, lo embistió desenvainando su espada.

Ninguno de los dos oía el clamoroso rugido de las tropas ni se daba cuenta de que la lluvia les daba con más fuerza en la cara y una niebla cada vez más densa y húmeda los envolvía. Jadeante y frenético, Paris esquivó la violenta arremetida de su rival y sacó su propia espada, pero Menelao se volvió de nuevo rápidamente y lo zarandeó con un tremendo golpe de escudo que a punto estuvo de derribar a Paris. Los gritos y rugidos procedentes de ambos lados volaban en el viento, pero ahora caía en la llanura un aguacero tan fuerte, que apenas se distinguía lo que pasaba. Defendiéndose, Paris retrocedía dando tumbos, con sólo la chapa de bronce entre su cuerpo y los mandobles que Menelao le dirigía. Dos o tres veces logró eludir su fiereza, pero Menelao volvió a echarlo para atrás de otro empujón con el escudo y levantó su espada al instante para hacerla caer con todas sus fuerzas contra la cresta del yelmo de Paris... y ver saltar por el aire la hoja de bronce, partida en dos por el golpe.

Paris volvió a levantarse dando tumbos, casi conmocionado. Maldiciendo su mala suerte, Menelao le tiró a su oponente la inútil empuñadura de la espada, lo agarró por el penacho de crin de caballo y lo tiró al suelo. Desechando el escudo, se abalanzó sobre Paris con todo su peso, y los dos hombres se enzarzaron como perros en el suelo, mientras la lluvia se arremolinaba a ráfagas a su alrededor volviendo arroyos los surcos y barro el polvo. Menelao se incorporó de golpe, y a través del velo de

lluvia lo vieron coger a Paris por la correa del mentón de su yelmo, arrastrándolo hacia las filas argivas.

Como si el grito que subió de la hueste argiva hubiera roto las nubes, el cielo se abrió y la lluvia que cayó sobre la llanura obligó a los soldados a bajar la cabeza y cubrirse la cara con las manos para protegerse de sus dardos, pesados y puntiagudos. Un fiero resplandor parpadeó en el cielo. Los caballos relinchaban por doquier, alborotados. El mundo era todo agua, y pasó un rato sin que ningún ejército viera al otro en el turbio espacio que los separaba. Era como si los dos hombres estuvieran luchando solos en alguna isla remota donde apenas se veía a un metro de la cara. Y entonces Menelao perdió el equilibrio resbalando en el barro. Ladeándose entero, cayó al suelo, donde miró con perplejidad el excelente cuero de la correa que se le había quedado en la mano.

Medio asfixiado, magullado y sangrando, Paris se escabulló en el barro y se levantó dando bandazos. Antes de que Menelao se recobrará de su caída, se dio la vuelta y corrió a las filas troyanas buscando el lugar donde había dejado su carro.

Posteriormente, los hombres dijeron que, por razones que sólo él sabía, el dios Zeus que convoca las nubes dejó que Afrodita enviara aquella tormenta. Sólo la divina intervención pudo proteger a Paris de la muerte que le aguardaba si Menelao lo hubiera arrastrado hasta tener a mano un arma. También hubo, al decir de algunos, cierta justicia en ello: Zeus respondió a la súplica de Menelao haciéndolo vencer a su enemigo, y Afrodita devolvió a su devoto a la alcoba donde Helena le aguardaba para darle auxilio. Pero en el fondo, aunque muchos habían abrigado la ferviente esperanza de que la cuestión acabara dirimiéndose entre Paris y Menelao, muy pocos se creían que de verdad Agamenón fuera a irse a casa sin más si llegaba a ver a su ultrajado hermano muerto en el polvo, ni que Príamo fuera a rendir la riqueza de sus arcas junto al cuerpo sin vida de su hijo.

Así pues, parecía que los inmortales, y no sólo los mortales, se obcecaban en la guerra, pues ¿cómo explicar si no aquella extraña tormenta que había virado hacia el mar tan rápido como llegó, sin dejar más rastro que una pavorosa luz amarillenta? A esa luz se veía la solitaria figura de Menelao ir y venir a grandes zancadas por el campo de batalla, increpando a Paris indignado, llamándolo cobarde y gritándole que volviera para hacerle frente.

Pero la cosa no paró ahí, pues el arquero Pándaro aprovechó el momento para salir de las filas troyanas, sacar el gran arco que se había hecho con las astas de un íbice y lanzar una flecha a Menelao, que seguía gritando en la llanura. El hijo menor de Atreo se salvó de la muerte sólo porque la hebilla de su cinturón desvió la punta de la flecha, que ya había perdido mucha fuerza cuando se le clavó, atravesando la coraza y el jubón de cuero.

Agamenón vio a su hermano tambalearse y caer. Furibundo por esa trampa que violaba la tregua, llamó a gritos al médico al tiempo que espoleaba a sus caballos, llegando rápidamente hasta Menelao, que seguía sangrando en el suelo con la flecha clavada. Por el roto del jubón salía tanta sangre que ambos creyeron fatal la herida. Agamenón rugía de dolor y rabia, insultando a los troyanos y jurando sangre y venganza, pero Menelao, recuperado del susto inicial, se tanteó la herida y vio que no tenía ningún órgano dañado. Intentaba tranquilizar a su hermano cuando el cirujano Macaón llegó con una compañía de guardias que formaron un cerco alrededor del guerrero caído. Agamenón miró cómo el cirujano Macaón dejaba la carne al descubierto para extraer la flecha, limpiando después la herida y aplicándole remedios. Al subir la vista, vio que los troyanos atacaban.

Saltó a concentrar sus fuerzas de inmediato. Todos sus comandantes estaban listos para el combate, salvo Diomedes de Tirinto, cuyos hombres, lejos del frente de batalla, no habían visto bien lo que pasaba. Diomedes, respondiendo a las enojadas órdenes de Agamenón, hizo avanzar a sus soldados rápidamente. Los dos ejércitos chocaron en un solo grito que recorrió todas las posiciones.

Antíloco, uno de los hijos de Néstor, fue el primer argivo en lanzarse a la matanza. La lanza que arrojó atravesó la frente a un troyano que iba con armadura de arriba abajo, destrozándole los sesos dentro del yelmo. Desde el otro lado, Ántifo lanzó una jabalina a Áyax fallando el tiro, pero dando a otro soldado en la ingle. La sangre manaba a diestro y siniestro. La herida de Menelao había encrespado a los argivos, y su furia y su saña hicieron correr a los troyanos ladera arriba.

Viendo lo que sucedía, Héctor adelantó su carro para reunir a sus guerreros y recordarles que Aquiles no estaba en el campo de batalla y subirles la moral. A partir de ese momento, en la llanura imperó Ares, el dios de la guerra, en medio del rugir de sus dos hijos, Fobo y Deimo, el Miedo y el Temor, y de las hachas y los puñales de miles de soldados entregados en cuerpo y alma a su sangrienta faena, parando golpes de rodela o cayendo de rodillas agarrándose las entrañas mientras el último alarido les salía de la garganta y la oscuridad se cerraba sobre ellos.

Los jefes Agamenón e Idomeneo dejaron bien sentado su valor en la batalla, pero luego entre los soldados, mientras se lavaban las heridas y comentaban las grandes proezas del día, hubo acuerdo general en que, de todo el ejército, Diomedes se había distinguido por su encono y bravura. Tal vez el rapapolvo de Agamenón al iniciarse la batalla le incitara a mostrar más coraje, pues arremetió con el carro directamente contra el enemigo, sembrando el pánico en las filas troyanas. Aunque otra flecha de Pándaro le perforó el hombro, tras hacer que se la quitaran e invocar la ayuda de Atenea, fue abriéndose camino a hachazos entre los carros troyanos, aniquilando por igual a aurigas y guerreros.

Cuando Eneas vio que el furibundo ataque podía iniciar una masacre entre los dardanios, subió a Pándaro a su carro y cargaron juntos contra Diomedes. Pero el señor de Tirinto oyó un grito de advertencia y se giró, por lo que la larga lanza que Pándaro arrojó rebotó en su escudo y en su armadura. Cuando el carro de Eneas lo rebasó a toda velocidad, Diomedes le arrojó su propia lanza. La punta dio a Pándaro en el mentón, le rompió los dientes y le cortó la lengua por su base de un tajo. El golpe le hizo salir despedido del carro. Eneas frenó su tiro al instante y bajó a tierra para defender al amigo herido. Diomedes bajó de su propio carro, cogió un pedrusco del suelo y se lo tiró con tal fuerza a Eneas que éste se desmayó de dolor cuando la pedrada lo alcanzó en el hueso de la cadera. Con toda seguridad habría muerto si el oleaje de la batalla no se hubiera interpuesto entre él y su atacante.

Tan prodigiosos fueron los eventos de aquel día que los hombres sintieron la presencia de los dioses entre ellos. Hay quien dice que Afrodita saltó para proteger a su hijo con su propio cuerpo, y que fue la propia diosa quien recibió una herida en el brazo de la lanza de Diomedes cuando intentaba rescatar a Eneas. Dicen que Ares fue en su ayuda subiéndola a su carro y sacándola del campo de batalla para llevarla a su madre, Dione, que la consolaría y curaría su herida. Entretanto, Diomedes siguió luchando, con la idea fija de llegar a Eneas en medio de la refriega, impidiéndoselo sólo la intervención del divino Apolo, que le advirtió del peligro que acecha al mortal que osa levantar sus armas contra los dioses.

En ese momento, la marea del combate daba muchos bandazos, y la ventaja pasaba de uno al otro bando. Según se dijo, Diomedes siguió luchando con tal osadía que habría matado al propio Ares si se le hubiera cruzado en la batalla. Pero Héctor resistía inexorablemente en el centro, y el flanco troyano sacó fuerzas para contener a los argivos en todas partes. La batalla siguió apisonando la llanura todo el día, repartiéndose la ventaja ambos bandos por diferentes tramos de la línea del frente.

Menelao volvió al combate desentendiéndose de su herida y corrió tras el joven Adrasto, un acaudalado guerrero, cuando vio una rueda del carro del troyano tropezar con la rama de un tamarisco. El carro viró y volcó, la yunta se partió en dos y Adrasto salió volando. Los caballos huyeron al galope relinchando, y Menelao saltó de su propio carro para clavarle la lanza al soldado, pero éste se aferró a sus rodillas, rogándole sin aliento que le perdonara la vida y prometiéndole que el padre pagaría una

fortuna por el rescate de su amado hijo. Menelao estaba a punto de llamar a un ayudante que escoltara al prisionero hasta las naves, cuando su hermano Agamenón llegó preguntándole qué amabilidad le habían mostrado nunca los troyanos para que ahora fuera tan blando con el joven.

–¿Por qué piensas en rescates, cuando tendrás todo el tesoro de su familia bien pronto? – gruñó-. Remátalo.

Menelao se soltó del abrazo de Adresto. Todavía tenía la mirada baja, fija en los aterrados ojos del troyano, cuando Agamenón levantó la lanza y se la hundió en el costado. Con un grito entrecortado, Adresto cayó de espaldas. Agamenón le pisó el estómago, sacó del cuerpo su lanza de fresno y se dio la vuelta para animar a sus hombres en la lucha.

Al final del día, cuando ambos bandos estaban extenuados por el esfuerzo, llegó un alto en el combate. Viendo que hacía falta levantar el ánimo a sus camaradas, Héctor salió de las filas troyanas retando a gritos a los caudillos argivos a un combate individual, pero su fama de guerrero era tan temible que nadie respondió al desafío de inmediato. Menelao quiso hacerlo, pero su hermano lo contuvo, y Néstor enseguida saltó para tachar de faltos de espíritu a los jóvenes guerreros de la nueva generación. Picados con el anciano por sus reproches, saltaron nueve, entre ellos Diomedes, al que la herida recién recibida le empezaba a paralizar el hombro. Al rifarse el honor de luchar con Héctor, la suerte quiso que le tocara a un hijo de Telamón, Áyax, príncipe de Salamina.

Y el día llegó a su fin tal y como había empezado, con la lucha individual de dos héroes entre ambos ejércitos. Pero esa vez la lucha fue más igualada desde el principio. Ambos recibieron heridas, pero ninguno entregaba la pelea, y siguieron luchando, gruñendo y jadeando cada cual dentro de su armadura, trastabillando por los vaivenes y puyazos sus espadas hasta que oscureció en toda la llanura. Al fin, de mutuo acuerdo, ambos heraldos -Taltibio por los argivos e Ideo por Troya- intervinieron con sus varas para separar a los dos exhaustos guerreros.

–No hay duda de que el Zeus que convoca las nubes os ama a ambos -dijo Ideo-, pero ya no hay luz. Dejad la lucha.

–Héctor lanzó este desafío jadeó Áyax-. Sólo bajaré mi espada si él lo dice.

A Héctor le bastó un momento para pensárselo, y dijo quitándose el yelmo:

–Ya habrá tiempo de decidir cuál de nosotros es el mejor, pero Ideo tiene razón. Esta pelea ha sido larga y dura, apenas hay luz, y los dos estamos demasiado cansados para rendir al máximo en la lucha. Lo dejaremos por hoy -vio asentir a Áyax, y se sonrieron con mutuo respeto-. Intercambiamos obsequios por nuestra destreza -dijo Héctor-, que nuestros amigos puedan decir que ambos nos batimos bien y ninguno volvió derrotado del campo de batalla.

Y cuando Áyax aceptó gustoso la oferta, Héctor le dio la misma espada con la que llevaba una hora intentando matarlo. Áyax miró por un momento la fina orfebrería de su empuñadura de plata, y se desató el tahalí morado profusamente decorado para entregárselo al príncipe troyano. Luego, cansados pero contentos, los dos héroes se separaron amistosamente aquella noche. Pero al volver para celebrarlo entre sus camaradas, ninguno de los dos sabía la presencia que el regalo acabaría teniendo en la muerte de cada uno.

## **Oferta de paz**

Héctor regresó a la ciudad tras su duelo con Áyax sabiendo lo cerca que había estado de la derrota en la encarnizada pelea. Con la espalda molida y una rodilla hinchada y cubierta de sangre seca, los nervios se apoderaban de él: veía que la hueste troyana no aguantaría muchos más días como ése. Su ofensiva para repeler a los argivos y enviarlos de vuelta a sus naves había fallado, y la retirada de sus propias tropas ante el enérgico contraataque había sido tal desastre, que muchas de las mujeres reunidas junto al roble a la puerta de la ciudad esperando a sus esposos, hijos y padres no los vieron



llegar entre los soldados que volvían a casa. En las calles imperaba el dolor en el primer día de combate que Troya resistía en mucho tiempo.

Volviéndose a la penumbra donde milanos y buitres se arremolinaban sobre los cuerpos insepultos, el fatigado Héctor sintió que ese día el favor de los dioses se había inclinado por los invasores argivos: habían invocado la ayuda de Atenea, y la diosa les había respondido.

Había que actuar y restablecer el equilibrio.

Lo primero que hizo fue ir a abrazar y tranquilizar a su esposa Andrómaca y su pequeño Astianacte que, acobardado ante la sangre y las magulladuras, se asustó de su padre cuando Héctor, que aún no se había quitado el yelmo de alto penacho, se inclinó para besarlo. Más tarde, lavadas sus heridas y totalmente limpio, atravesó la ciudadela de Ilio para ir al templo de Atenea.

La sacerdotisa del templo y esposa de Anténor, Teano, había sido bella, pero el rostro, parejo a la severidad de su espíritu, se le había endurecido con los años. Al ver a Héctor realizar sus ofrendas y derramar libaciones, observando el fervor con que pedía a Atenea que retirara su poderosa ira de la ciudad, le asombró con sus palabras:

–La divina Atenea no te oirá -le dijo Teano-, no más de lo que esta tarde oyó a tu madre. Por el momento, la diosa está sorda a vuestras plegarias.

Arrodillado en el suelo, Héctor levantó la mirada a sus fríos ojos.

–Sentí su poder actuando contra nosotros allá en la llanura, era como si la propia diosa condujera el carro de Diomedes. ¿Qué hemos hecho para ofenderla así, para que se vuelva contra nosotros?

Teano levantó la vista a la impasible estatua de Atenea.

–¿Por qué iba la diosa a escucharnos, si somos leales a quien la insulta?

–¿Te refieres a mi hermano Paris?

–Él es quien ha traído la ira de Atenea sobre esta ciudad. Héctor miró aquel adusto semblante, cuya boca no era más que una línea en brusco descenso hacia la barbilla, y le dijo:

–Sé que desde la muerte de tu hijo no le tienes amor a mi hermano; es del todo comprensible.

–Nada hay en mi corazón hacia él sino odio -la voz de Teano era franca y serena-. No lo he negado nunca, y ese odio jamás me abandonará. Pero ahora hablo de algo que no guarda relación con el daño que me causó, algo entre Paris y la diosa. Algo que desconozco le ha valido a tu hermano la acérrima enemistad de Atenea, tal vez olvidara sus ritos o la menospreciara -el frío hizo pensar a Héctor que el rostro que miraba podría ser el de la propia diosa, y en él no vio posibilidad de perdón-. Ha traído su inquina a esta ciudad -prosiguió Teano-, y ahora cae sobre ella. Seguirá cayendo hasta que se repare la herida infligida, y la reparación ha de venir del propio culpable. No basta con que tú o tu madre, o el propio rey Príamo, le hagáis ofrendas. Paris es la causa de nuestros males, quien ha descuidado el culto a Atenea y se ha mofado de su poder. La diosa se queja de él, que él pague el precio.

Aturdido, Paris había conseguido volver a la ciudad conmocionado y humillado.

Tenía la visión borrosa y vacilante. Sangraba por el costado, donde le había raspado la punta de la lanza. Sentía la piel del cuello abrasada por la correa del mentón, todos los huesos del cuerpo molidos a golpes. Estaba empapado y sucio, y el impresionante silencio que se había hecho entre las filas troyanas cuando le abrían paso a su vuelta a la ciudad lo llenó de vergüenza.

El mismo silencio le esperaba a la puerta, donde las mujeres se juntaban a esperar. Las ruedas de su carro traqueteaban por el empedrado de la desierta calzada que subía a la ciudadela. Oía el agua caída correr por los canalones. Por el pelo le resbalaban gotas y la lluvia le daba en la cara, por lo que era imposible saber si lloraba; pero llorando entró en el palacete donde vivía con Helena. Allí reinaba el silencio. Desabrochándose la coraza y las grebas, las dejó caer de golpe en el suelo y se tiró en la colcha bordada de la cama, sin pensar en el barro seco que ensuciaba sus brazos y piernas.

Una esclava entró para atenderle y fue despedida de malos modos.

Cuando el silencio creció a su alrededor en su alcoba de paredes pintadas, se dio cuenta de que había dejado de llover. La límpida luz entraba a raudales por la ventana, deslizándose por el gran tapiz donde Ares y Afrodita yacían uno en brazos del otro. Junto a la ventana, un pájaro echó a cantar en las ramas del almendro. Paris había salido de aquella derrota arrastrándose: poco más que la vida le quedaba intacto. Había perdido el orgullo. Había perdido el honor. Muy agitado, dio un salto al elevarse un gran grito del distante campo de batalla, un grito que vibró en el viento. Cualquier otro día habría subido a la azotea para ver qué pasaba, pero ya sabía que, dijera lo que dijera el grito, la incansable resistencia de los soldados que luchaban en la llanura para él sólo representaba vergüenza. Pensó en la piel de pantera que se había puesto aquel día y que ahora andaría por el barro. Hubiera sido mucho mejor quedarse allá fuera y morir. ¿Por qué no lo había hecho, por qué? Aún olía el sudor de Menelao cuando éste se le echó encima con todo su peso, oía su rabia y su empeño en los gruñidos que emitía. Veía por el estrecho visor del yelmo de bronce sus ojos indignados por la injuria. Y cuando Menelao lo llevó por el rugoso terreno cogido del cuello y ya se asfixiaba, sintió que el mundo lo cercaba dejándolo encerrado en una pequeña cámara sin aire donde jamás vería otra cosa que no fuera la amenaza y el odio del semblante del rey de Esparta.

Por eso cuando la correa del mentón se partió en dos soltándole la cabeza de repente, su primer y único pensamiento fue huir. Y una vez que echó a correr, ya no pudo parar. Ahora siempre estaría corriendo, lo sabía, para el resto de sus días.

Mientras tanto, Helena había hecho compañía al rey Príamo en el vasto y vacío salón del trono, adonde el rey quiso ir a sentarse porque, igual que ella, no podía mirar el duelo. Sentados los dos en total silencio, cada cual absorto en sus propios pensamientos sin hallar consuelo en ellos, la muda presencia del otro era, no obstante, una suerte de consuelo.

A aquel espacio sereno y marmóreo sólo llegaba un sonido distante como el susurro del mar del rugido de las huestes que allá fuera presenciaban la lucha de los dos hombres. La luz que entraba por las ventanas se había apagado al nublarse el cielo, y oyeron la lluvia caer sobre las tejas. Se habían mirado en ese momento, y aunque ninguno habló, Príamo quiso confesar a Helena que había ordenado, en caso de que su hijo muriera en la pelea, no dejar a Menelao salir triunfante del campo de batalla. Quiso decirle a la bella y callada mujer sentada frente a él que si sus dos esposos morían, él cuidaría de ella hasta el día de su muerte. Pero temía que Helena retrocediera al saberlo, y guardó silencio y esperó, como esperaba ella, a saber qué destino les reservaban los dioses en su sabiduría.

Cassandra entró entonces en el salón con la cara pálida y el pelo revuelto, y la cabeza y la ropa empapadas de lluvia. Reía entre dientes y se subía los pliegues del largo vestido, mojados como si hubiera estado corriendo en mitad de la tormenta. Príamo y Helena, sobresaltados, alzaron la vista cuando entró. De todos los habitantes de la ciudad, esa muchacha enloquecida era a quien menos deseaban oír en aquella hora de máxima tensión.

—¿No oléis ya -empezó- el humo retorciéndose sobre esta casa? Llegará muy pronto. Todo esto arderá mientras Helena y yo esperamos a ver quién viene a por nosotras. ¿No te lo advertí, padre? ¿No te dije que no deberías haber aceptado en tu casa a ese expósito de osa? Y mira lo infame que te ha salido, huyendo del campo de batalla sin yelmo ni escudo, ni piel de pantera. El niño mimado de Afrodita, vencido y lloroso, viene a refugiarse en el suave seno de esta puta espartana.

—¿Y Menelao? — le preguntó su padre.

—Tocado por la traición. Pero aún vivo, pese a todas tus maquinaciones. No se engaña a los dioses, padre. Esta ciudad ya ha ardido antes y volverá a arder. Muy pronto el pelirrojo hijo de Atreo entrará en este salón para reclamar lo que es suyo -Cassandra volvió el negro de sus ojos a Helena,

encogiéndole el corazón-. ¿Y lo acogerás otra vez? Sí lo harás, me parece que sí. Y él, como perro que lame su vómito, volverá a lamerte.

Enmudecidos, Príamo y Helena la vieron salir del salón y se miraron como desconocidos que se saben hostiles, viendo cada uno claro como el agua el don del otro para la traición, asqueados por la visión en su fuero interno.

–¿Qué has hecho? – le preguntó Helena-. ¿Habrías preferido verlos muertos a los dos? ¿Es que no hay honor en Troya? En vano gesticuló Príamo con las manos, dando a entender que el honor era algo que ya no se encontraba en ninguna parte. Helena se puso en pie, diciendo:

–Voy a ver a mi esposo. – Pero la palabra salió de su boca sin que Helena supiera bien de quién hablaba. La respiración se le aceleró, se daba cuenta de que ya no estaba a salvo en ningún sitio.

Cuando entró en la alcoba de la esplendorosa mansión que Paris había decorado para ella con multitud de objetos expoliados del Oriente, Helena lo vio tendido sobre la cama, todavía sin asear. Mirando rápidamente para otro lado, se echó un chal sobre los hombros, como si quisiera protegerse de una corriente de aire. Paris abrió la boca para hablar, pero no pudo decir nada.

Ella sí habló:

–Hélice me dice que te ofreció un baño, pero lo rechazaste. ¿La llamo para que vuelva a preparártelo, o vas a seguir ahí tumbado?

Aún no podía hablar.

–Creo que esa herida necesita cuidados. Él le respondió:

–Hay una herida que sólo tú puedes curar.

Helena se dio la vuelta y se acercó a la ventana, donde se quedó escuchando el fragor de la batalla que traía el viento. A esa distancia, el ruido parecía el griterío de la multitud en unos juegos, pero los hombres luchaban y morían allá fuera, y ambos sabían que la causa era su amor: un amor triste, gastado y ya casi extinguido.

En ese momento, sin embargo, por extraño que fuera, Paris apenas pensaba en ella. Su propia mención de una herida que sólo ella podía curar le había traído a la mente otra cosa. Pensaba en Enone, recordaba lo que la muchacha le había dicho el día en que él dejó la montaña para ir a Troya. Recordó que le había advertido de que un día recibiría una herida que sólo ella podría curar. Las palabras de Enone volvían ahora y desorientado, por un segundo creyó haberle dirigido su súplica a la mujer que no era.

Esa mujer era ahora casi tan lejana para él como el tosco muchacho que una vez ahuyentó a los asaltantes argivos con su arco. Alejandro era el nombre que le dieron, «el defensor de hombres». Quién hubiera dicho que aquel chico acabaría tendido con el cuerpo vencido sobre esta perfumada cama de seda, en la alcoba del recinto real de una ciudad que pronto ardería, todo porque él había sobrevivido gracias a que una osa lo amamantó, y años después, ya adulto, había traicionado a un amigo.

Era desesperante no leer ya los pensamientos, antaño íntimamente conocidos, de la mujer que tenía enfrente y miraba hacia la llanura.

–¿Por qué no me preguntas nada? – inquirió ahora. Ella lo miró:

–Habla, si quieres.

Paris dirigió los ojos a la ventana.

–Había mucho odio en él. Lo miré a los ojos y me vi como seguramente él me ve, y el mal que le he hecho me paralizó y no pude hacerle frente.

Helena estudió un momento su cara de angustia antes de apartar la vista. Él miraba su nuca bajo el cabello recogido y la graciosa curva de su espalda, cuando ella musitó:

–Creo que si lo hubieras matado, también me habrías matado a mí.

Se quedó mirándola desconcertado.

–Lo que sea que he hecho -su voz suplicaba-, lo he hecho sólo por ti.

De nuevo se volvió ella para mirarlo y vio que decía la verdad. Estaban solos en el mundo, exiliados para siempre en su culpable pasión, y la única esperanza de comprensión venía de los ojos del otro. Sintió una oleada de pena que le subía por dentro: pena por él, pena por Menelao, pena por ella misma, por todos los que alguna vez creyeron que el amor los guiaría por un mundo sin amor. Tal vez sólo ahí había descanso, pensó, en la compasión del que conoce el sentimiento herido. Si había heridas que no sanaban, no tenían elección más grata que cuidárselas el uno al otro.

–Ven -le dijo-, han calentado agua. Déjame lavar tus heridas.

Lo llevó al baño y despidió a las esclavas dispuestas a servirle, pues ninguno de ellos soportaba ahora otra compañía. Paris se tendió en el agua tibia con los ojos cerrados mientras ella le lavaba la sangre y la suciedad del cuerpo. Luego volvieron a su alcoba y se tumbaron juntos, y cuando se dio cuenta de que Helena lloraba en silencio, también él se echó a llorar.

Alargando una mano para acariciar su oscura cascada de pelo, le dijo:

–¿Te acuerdas de nuestro pequeño reino de Cránae..., donde estábamos los dos solos?

Ella asintió, alzando la mejilla a la suave caricia de las yemas de sus dedos.

–Estaba en el corazón -le susurró él-. Nosotros no somos ni de Esparta ni de Troya. Somos de Cránae, y sólo somos traidores al traicionar ese lugar, porque allí no había ejércitos ni peleas. Todo este fragor y entrechocar de armas no es de nuestro gusto, no es obra nuestra.

La rodeó con los brazos. Ella apretó la cabeza contra su pecho, y aunque ambos sabían que todas sus palabras las desmentiría un mundo enzarzado en mortal conflicto en torno a ellos, entregándose a Afrodita una vez más volvieron por última vez a su isleño reino del amor.

Héctor los despertó; las esclavas le habían dicho que los encontraría en su alcoba, y aporreó la puerta hasta que Paris fue a abrir. Se había echado la ropa de cualquier forma sobre los hombros y aún olía a sueño y sexo. Héctor escrutó a su desaliñado hermano con cara de incredulidad, y le dijo con desprecio:

–¿No te parece suficiente para un solo día haber quedado como un cobarde ante toda la hueste, que ahora has de gozar en la cama mientras fuera los hombres combaten y mueren en tu nombre, por tu causa?

De todos sus hermanos, Héctor era el único al que Paris había querido sin reservas. Eran sus ojos los que más temía encontrar al correr hacia su carro. Pero era mil veces peor encarar la desdeñosa mirada de Héctor ahora. Hubiera sido mejor recibir mil estocadas de Menelao que soportar esa mirada fulminante.

–Perdóname, hermano -le rogó-. No todos tenemos tu fuerza.

–Tú no eres mi hermano..., no hasta que tengas la hombría de mostrarte tan arrojado en el campo de batalla como en la cama, por lo que parece.

Desde el fondo del dormitorio, con el pelo revuelto y una bata echada sobre el cuerpo desnudo, Helena le preguntó:

–¿No prefieres pasar para hablar en privado, Héctor?

–No, señora, no entraré -le espetó Héctor-. Ahora mismo la ciudad llora la pérdida de muchos hijos. Los pobres cuerpos de algunos aún yacen en la llanura. No tengo tiempo de sentarme a charlar contigo. Pero sí te digo esto: si te queda algo de vergüenza, dile a este amante tuyo que venga ahora mismo al salón del consejo y se explique ante todos como un hombre. Y dile además que eso sólo lo restaurará a mis ojos si también está dispuesto a ocupar su lugar junto a soldados que no temen el

combate..., ¡y por una causa más noble que vuestro derecho a retozar mientras los demás morimos!

Corriendo por el pasillo hacia el salón del consejo, Paris oía voces que discutían, pero todas enmudecieron al entrar él. Se quedó en el umbral un momento, al ver a todos los príncipes y nobles de Troya allí reunidos, junto con sus principales aliados. Consciente de la mirada furiosa de Héctor y de la fría reserva de su antiguo amigo Eneas, con quien sólo había intercambiado formalidades desde el regreso de Esparta, cruzó el suelo de mármol y ocupó su lugar, a la izquierda del trono. Príamo estaba sentado con semblante grave, la cabeza inclinada a un lado, el mentón en el hueco de su nudosa mano. Paris se inclinó en una leve reverencia a su padre, que le hizo una seña de que se enderezara. Entonces se volvió para enfrentarse a las caras largas que lo rodeaban:

–Disculpad mi retraso -se excusó-. Llevo medio trastornado todo el día. Nadie va a avergonzarme más de lo que ya lo estoy, así que no malgastéis palabras a mi cuenta.

Por encima del murmullo que llenaba el salón, se escuchó a Príamo:

–Has oído a mi hijo, Anténor. Di lo que piensas.

Anténor dio un paso adelante con el cetro del orador en la mano. Inclinó su demacrada barbilla, sopesando las palabras antes de decirlas. Tenía congestionada la cara, los nudillos blancos de apretar el cetro.

–Troyanos, dardanios, leales aliados -empezó-, gran parte de los que hoy estamos aquí hemos luchado con entereza, conteniendo todos juntos el primer asalto de la hueste argiva. Pero sabemos, por más que nos pese, que muchos no volvieron de la llanura y muchos otros no volverán a luchar. Nuestra hueste ya no es tan nutrida como antes, y mañana habrá más muertes. Me pregunto por cuánto tiempo soportaremos estas pérdidas. ¿Y hay una causa justa? Pues mucho cuidado, que aquí no nos enfrentamos sólo a hombres: también a dioses. Tenemos a Atenea en contra. Tenemos a Hera en contra. Hasta Apolo, venerado desde siempre en nuestra ciudad, nos avisó hace tiempo de que Troya caería si a uno de nosotros se le permitía vivir.

Un meditabundo silencio llenaba el salón. Anténor bajó la voz para proseguir con más empuje:

–Ese aviso se desoyó, y yo tengo mayor motivo que nadie para deplorarlo. Todos los aquí presentes saben que mi esposa y yo no tenemos razones para amar a Paris. También sabemos todos que rompió una promesa de amistad, violó las leyes de la hospitalidad y la santidad del matrimonio, y nos trajo a todos largos años de guerra y privaciones. Pero no son éstas las únicas razones por las que impugno su presencia entre nosotros. Lo hago por el bien de nuestra ciudad. Lo hago porque lo dictan los dioses. Debería haber muerto hace muchos años, cuando Apolo lo exigió. Hoy debería haber muerto honorablemente, y así habría sido si tuviera coraje para aceptar su destino. Ahora se esconde acobardado tras nuestras murallas, y mientras sigamos permitiéndoselo, las huestes argivas no dejarán de golpear nuestras puertas, no hasta disponer de su vida -Anténor tomó aire y subió la voz para dar énfasis-. Entreguémoslo ahora. Devolvamos a Paris al hombre ultrajado del que hoy huyó. Y que se lleve también con él a la espartana y todas sus riquezas. Su traición nos hace a todos traidores. Hace años se rompió un pacto de amistad, y fue él quien lo rompió. Hoy se ha roto una tregua, nosotros la hemos roto. La justicia ya no está de nuestra parte, y quien lucha injustamente invoca la ira de los dioses -Anténor temblaba al hablar. Miró de frente a Príamo, que tenía la vista puesta en el azul del techo, como si se le hubiera ido el pensamiento a otra parte-. Pero si mi señor el rey lamenta tanto entregar a su hijo a sus enemigos, que al menos obligue a Paris a renunciar a Helena y su riqueza. Si restituimos a Menelao lo que es lícitamente suyo, pondremos fin al largo sacrificio de esta guerra.

Anténor no había mirado a Paris una sola vez mientras hablaba. Ahora cedió la palabra y los suyos cerraron filas en torno a él con un murmullo de asentimiento. Paris esperó un poco a ver si alguien salía en su defensa, y al no ser así, dio un paso al frente en medio del silencio:

–Mi regio padre, amigos -comenzó-, hay algo de verdad en lo que ha dicho Anténor, y me confieso culpable de los cargos que me imputa. Es verdad que fui culpable de la muerte de su hijo, que he lamentado todos mis días. Es verdad que en Esparta rompí un voto de amistad y violé las leyes de la hospitalidad, y es verdad que al hacerlo ocasioné esta larga guerra. Nada de eso niego, y si creéis que debo dar mi vida en prenda por ello, está en vuestro poder entregarme a la venganza de los hijos de Atreo -haciendo una pausa, levantó los brazos a los lados, abriendo las manos como para mostrarse desarmado y vulnerable-. Sólo diré dos cosas en mi defensa. En primer lugar, esta guerra viene de mucho antes de que yo pusiera los ojos en la dama Helena. Mis actos habrán prendido la chispa, pero la mecha llevaba años ahí. Y en este salón hay quienes ponían más ahínco que yo en la guerra -Paris echó una ojeada a sus hermanos Deífobo y Ántifo antes de proseguir-. En segundo lugar, como todos saben, hay más dioses que Atenea y Hera, por grande que sea el poder divino de estas diosas, y mis actos han estado al servicio de otra, tan poderosa como ellas. El rey Anquises os lo puede decir: cuando Afrodita abraza la vida de un hombre, éste ya no es libre de actuar como lo son los otros. Es la diosa quien actúa a través de él, y si algunas de sus obras tienen un poder terrible, las impulsa la fuerza vital del amor, que de por sí es ley. Tal ley tiene su propio tribunal y sus propios juicios, y ante ese tribunal soy inocente de todo crimen, excepto de no amar lo suficiente. Pero que nadie lo dude: el amor que profeso a Helena es tan grande que jamás lo traicionaré. Tomad si queréis mi propia vida. Tomad mi riqueza y entregadla a los argivos para resarcirlos, y no me oiréis una palabra de protesta. Pero no le cedo mi esposa a ningún hombre.

Durante largos segundos, la pasión de la voz de Paris siguió vibrando en el aire. Entonces, para su asombro, Deífobo dio un paso adelante en el salón y dijo:

–En esto estoy con mi hermano Paris. Y al momento, Ántifo asentía junto a él.

Anténor frunció el ceño y sacudió la cabeza, y todo el salón fue un murmullo de polémica hasta que el rey Príamo se levantó del trono para hablar:

–He oído las palabras de mi consejero Anténor -dijo- y las de mi hijo. Oigamos ahora todos las mías. Esta noche vigilaré las murallas como siempre. Mañana el heraldo Ideo irá al campamento argivo y transmitirá la oferta del príncipe Paris de devolver a Menelao todo el tesoro sacado de Esparta, salvo la dama Helena. En compensación, a esa suma añadiré gran parte de su propia riqueza. Si los hijos de Atreo aceptan esta oferta, trato hecho. Si no, seguiremos luchando y que los dioses decidan entre nosotros.

Y en eso quedó la cosa, aunque en la corte nadie se creía que la cuestión fuera a resolverse así. Héctor salió del consejo muy pesimista, volviendo al palacio donde su esposa Andrómaca lo esperaba con ansia en sus aposentos. En cuanto le vio en la cara que la guerra continuaba, se puso a despotricar contra Paris. Héctor la acalló: -Habló bien en su defensa -explicó-, y tiene tan poco deseo de abandonar a la esposa que ama como yo de entregarte a ti.

–¿Así que se aferrará a ella aunque tú tengas que morir por ello? ¿Es que no me ha hecho sufrir ya bastante esta guerra? Aquiles mató a mi padre en el ataque a Tebas; con él murieron todos mis hermanos. ¿Tengo que perder ahora también a mi esposo, ha de perder mi hijo a su padre, por Paris y su espartana?

–Esta guerra nunca ha sido sólo por Helena -dijo Héctor.

–No -Andrómaca clavó los ojos en él, acusándolo con la mirada-, esta guerra siempre fue por el amor al poder y la sed de violencia de los hombres. ¿Qué pintamos en realidad en este mundo loco Helena o yo, o cualquier otra mujer, salvo como botín de guerra? No habría habido guerra si no hubiera tantos hombres deseosos de hacerla. Estáis todos enamorados de la guerra, os complace su crueldad y halláis mejor prueba de vuestra propia hombría matándoos unos a otros que atendiendo el

amor de una mujer -alzó la vista y vio dolor en los ojos de su amado. Desesperada, sacudió la cabeza-. ¿No viste temblar hoy a nuestro pequeño al verte con tus arreos de guerra? Todos fuisteis niños como él un día y aun así, no descansaréis ninguno hasta haber hecho de vuestros hijos violentos soldados. Sois necios, ciegos y necios: todos vosotros. Tal vez el amor haga insensato a Paris, pero estáis mucho más locos quienes lucháis y morís por él.

-Entonces, ¿qué querrías que hiciera? -preguntó Héctor-. ¿Te gustaría que saliera corriendo para salvar el pellejo como Paris ha hecho hoy?

-Sí -gritó ella-. Sí, ¿por qué no? Tu vida no sólo es tuya. Es mía y de tu hijo. ¿O te parece más fácil morir por Paris que vivir por nosotros?

-Nada de esto es fácil -atajó él-. Y si muero, no será por Paris, sino por impedir que los argivos traspasen nuestras puertas. Esta guerra está aquí la queramos o no, y todo su peso recae sobre mí. Dos veces he intentado impedirla: la primera llevando a Paris al combate individual, y la segunda en el consejo esta noche. Pero no parece el deseo de los dioses que la cosa acabe así. ¿Qué puedo hacer yo?

Se levantó del diván y dio unos pasos por la habitación. - Lo que más temo es que Agamenón y su horda irrumpen en nuestras calles y nuestras casas, que un soldado argivo mate a mi hijo y a ti te haga su esclava. No dejaré de luchar, una y otra vez, por impedirlo.

Andrómaca vio la ojerosa súplica en el noble rostro de su esposo.

-¿Y tienes que luchar siempre donde más peligras? - le rogó-. ¿Has de estar siempre ahí fuera en la línea del frente, intercambiando golpes con aurigas y lanceros? ¿No puedes quedarte a mirar con nosotros aquí desde la muralla, y guardarla en sus puntos más vulnerables manteniendo a raya a los argivos?

Héctor sacudió la cabeza.

-¿No ves la ventaja que sería para el enemigo poder decir: «Mira cómo el héroe troyano Héctor se acobarda entre las mujeres en las murallas»? ¿Y cómo iba a esperar que mis camaradas lucharan con bravura si supieran que yo me quedaba a salvo aquí contigo? Los dioses saben que sólo deseo vivir en paz con mi mujer y ver a mi hijo crecer y llegar a ser un hombre mejor que su padre. Pero para eso, he de vivir mi destino con todas sus consecuencias -Héctor abrazó a su esposa y trató de sonreír-. Tendré más fuerza, mi amor, si no he de pelear también contigo.

Al día siguiente el heraldo Ideo se presentó ante el consejo de Agamenón a primera hora para informar a los jefes argivos de que Paris no estaba dispuesto a devolver a Helena a Menelao, pero, en compensación, le daría casi toda su riqueza. Los hijos de Atreo se limitaron a mirarse negando con la cabeza.

Aún inflamado por sus hazañas en la batalla, Diomedes habló por el resto de los capitanes:

-Los troyanos no harían esa oferta si no temieran un destino ya sellado. ¿Por qué habríamos de contentarnos con nada que Paris quiera darnos, cuando toda Troya es nuestra?

-Ahí tenéis nuestra respuesta -dijo Agamenón.

-Muy bien -le replicó Ideo-, pero no desdeñéis la resistencia de Troya. Mientras tanto, el rey Príamo ha observado que muchos muertos yacen insepultos en el campo de batalla. Pactemos un día de tregua para que ambos lados puedan honrarlos.

Agamenón accedió sin poner ninguna pega, y salieron carromatos a recoger los cuerpos que alfombraban la llanura. Durante todo el día el cielo estuvo negro por el humo de las piras funerarias, el aire fétido con el olor a carne quemada. Pero los argivos también aprovecharon el breve armisticio para reforzar las defensas que habían levantado en torno a sus naves, y los troyanos, al verlo, confirmaron su creencia de que la única esperanza de salvar la ciudad era empujar al mar a los invasores.

El amanecer del día siguiente fue una penumbra de nubes que bajaban del monte Ida en un gran remolino. Durante toda la mañana, en ambos bandos hubo muchas bajas, sin que ni uno ni otro ganaran mucho terreno. Pero hacia mediodía los nubarrones estallaron en un violento latigazo de relámpagos tan cerca de ellos, que al instante oyeron una ensordecedora andanada de truenos. Un rayo cayó en las líneas argivas chamuscando el aire, la peste a sulfuro provocó el pánico entre soldados y caballos. También a los troyanos los paralizó el susto, pero Héctor se recuperó rápidamente.

–Zeus habla -gritó a sus soldados-. Zeus está con nosotros. – Y los llevó hacia delante, aprovechando la confusión en las tropas enemigas.

El centro argivo, el más cercano al golpe, cayó hacia atrás al momento, y ni todos los desvaríos proferidos por Agamenón lo recompusieron. Idomeneo fue el siguiente, y enseguida toda la línea de combate se combaba entera al volverse los hombres para echar a correr despavoridos. Antes de que el anciano Néstor pudiera girar su carro para retirarse, Paris soltó una flecha que dio en la cabeza a su caballo, enviándolo al suelo con gran estrépito. Como el animal iba uncido al carro, Néstor se bajó para soltarlo, y Héctor lo habría atropellado allí mismo si Diomedes no hubiera visto su carro echársele encima. Su larga lanza golpeó en el pecho al auriga de Héctor, al que el peso del arma derribó entre los caballos, asustándolos. Mientras Héctor recuperaba el control de las riendas, Diomedes subió al ileso Néstor a su carro y se lo llevó. Pero toda la línea de batalla estaba rota a su alrededor. Tampoco ellos tuvieron más remedio que batirse en retirada, con Héctor pisándoles los talones y lanzándoles insultos. Al llegar a la empalizada, rugiendo y jurando bajo la lluvia, Agamenón ordenó a los arqueros romper el avance troyano. Áyax y Teucro fueron los primeros en tomar posiciones: Áyax cubría a su hermano con su gran escudo de cuero de buey, mientras Teucro lanzaba una lluvia de flechas a los troyanos que los perseguían. Cayeron algunos hombres, y habrían logrado detener el avance de no ser porque el ímpetu de los que venían detrás obligó a los argivos a retroceder aún más hacia sus naves.

Sólo la estacada y la zanja impidieron que los arrollaran totalmente, pero cuando los soldados seguían llegando a todo correr de la abierta llanura para ponerse a salvo tras la defensa, los comandantes frenaron la retirada, volviendo a empujar a sus tropas a una sangrienta lucha en la zanja y las puertas. Toda la tarde lucharon y murieron allí, mano a mano, en un barrizal de lodo y lluvia. La carnicería no paró hasta que la luz del nublado cielo era tan poca que, al no ver sus filas, Héctor ya no podía controlar el avance y ordenó replegarse a sus cansados hombres.

Pero el éxito del día había subido la moral a los troyanos. Los animó más aún la exultante presencia de Héctor, que les prometió la victoria para el día siguiente tras dar orden al ejército de acampar fuera, en la llanura, encajonando al enemigo entre la empalizada y las naves. Así fue como aquella noche los argivos pasaron de asediadores a asediados, y al observar la llanura desde la estacada, sus centinelas vieron un millar de hogueras encendidas, sabiendo que cincuenta guerreros troyanos se agrupaban en torno a cada una de ellas y que al día siguiente su ejército podía verse atrapado entre la zanja y el mar.

## **El precio del honor**

Aunque sus naves estaban varadas muy al oeste del frente, apartadas de la zona de combate, Aquiles era totalmente consciente de que aquel día la hueste argiva había escapado al desastre por muy poco. Por eso no le sorprendió ver a Fénix esa noche bajar por la playa hasta donde estaba sentado en compañía de Patroclo, que tocaba la lira, para decirle que Odiseo y Áyax deseaban hablarle.

Aquiles se puso en pie para saludarles:

–Hace mucho que no tengo visita, y vosotros dos sois los que más me alegra ver. Vamos,



brindemos con este vino -y se permitió otra irónica sonrisa-. Estaréis hambrientos tras la faena del día, ¿por qué no os quedáis a cenar?

Los invitados se acomodaron en la tosca tienda de techado de madera talada que Aquiles compartía con Patroclo, y les sirvieron vino mientras la carne se asaba al fuego. Luego Patroclo lanzó las porciones rituales a las llamas como ofrenda a los dioses, y cuando terminaron de comer y apuraron sus copas, Odiseo dijo:

–Supongo que no hace falta explicar nuestra visita.

Aquiles se limitó a encogerse de hombros y beber un trago de vino.

Odiseo suspiró.

–Pues seré franco, entonces: ahí fuera estamos en un tremendo atolladero. Si no hubiéramos resistido hasta oscurecer, nos habrían aplastado. Ya habrás visto que el ejército de Héctor con trola toda la llanura entre la estacada y la ciudad. Está deseando que llegue la mañana. Y cuando llegue, lo más probable es que nos haga retroceder al mar.

Aquiles siguió callado. Sentado, Patroclo apoyaba el mentón en las palmas de las manos, atento pero sin decir nada de lo que pensaba. A la luz de la hoguera, Odiseo vio al viejo Fénix mesarse la barba. También notaba el nerviosismo de Áyax, a su lado.

–Hace dos noches -prosiguió- Zeus le prometió en un sueño una pronta victoria a nuestro glorioso jefe, que desde entonces lo ha arriesgado todo. Ayer hubo grandes pérdidas, y muchas más esta mañana. Y por si eso fuera poco, esta tarde cayó un rayo en nuestra línea de combate. Eso convenció a los troyanos de que Zeus está de su parte, y en el descalabro que siguió perdimos tantos hombres que eso mismo se le ha metido a Agamenón en la cabeza. No te sorprenderá oír que le ha dado otro ataque de melancolía. No nos ordenó volver a las naves sólo gracias a que Diomedes y Néstor le convencieron. Habría sido una masacre. Héctor estaba al quite, y habría echado a sus troyanos sobre nosotros como un desprendimiento de tierras mientras huíamos.

Dibujándose en sus labios media sonrisa, Aquiles agitó las ascuas del fuego con el pincho del asador. Se oía retumbar el oleaje fuera.

–Así pues, la moral está más baja que nunca y sólo una cosa podría elevarla -Odiseo tomó aire-. Necesitamos que vuelvas. Necesitamos que infundas coraje y ardor guerrero a las tropas. Aquiles alzó sus fríos ojos.

–Pensaba que me había expresado claramente.

–Y así es, pero todo cambia -inclinándose hacia adelante, Odiseo habló con más apremio-. No hay necesidad de continuar esta pelea. Agamenón lo ve todo de otro modo, te devuelve intacta a Briseida: jura no haberle puesto un dedo encima desde que te la quitó. A ella ha sumado otras siete mujeres que tomó en Lesbos. Te ofrece también diez talentos de oro y doce caballos de primera, tan raudos que te harán ganar todo el dinero que quieras -viendo que Aquiles lo interrumpía, subió la voz rápidamente-. Y por si eso no fuera suficiente para aplacar tu orgullo herido, quiere hacerte yerno suyo cuando volvamos. Puedes escoger entre las hijas que le quedan. Aportará una inmensa dote, incluido el señorío de siete bonitas ciudades con todas sus tierras, aves y ganado. Aquiles desvió la vista.

–Creo recordar que Agamenón usa mi nombre con mucha libertad cuando piensa en casar a sus hijas.

Odiseo, que siempre consideró poco juiciosa esa parte de la oferta, expresó ahora sus reservas abriendo las manos en un gesto irónico, deferente. Áyax intervino:

–Piénsalo, primo. Todo eso es tuyo si quieres. Lo único que Agamenón te pide a cambio es que vuelvas y luches a su lado. Aquiles agitó una brasa encendida de la hoguera y sonrió a Patroclo.

–¡Cualquiera diría que el soberano de hombres está desesperado! – volvió a dirigir una fría mirada

a Odiseo-. ¿Es que Agamenón se ha creído que no soy más que un esclavo, que se compra y se vende?

–Sabe que no lo eres. Lo que cree es que... Pero Aquiles lo interrumpió.

–Si hay algo que odio por encima de todo, es pensar una cosa y decir otra, y seré sincero contigo, no como él conmigo. Tú me trajiste aquí, Odiseo, y sabes lo que he hecho por la causa argiva: las batallas que he vuelto del revés, las ciudades que se me han rendido, el botín que he puesto a los pies de Agamenón. Y también sabes lo que he recibido por mis molestias. Me ha humillado ante la hueste. Me ha despojado de mi mujer, de quien se ha servido para sus repugnantes apetencias. ¿Y a él qué le importaba que fuera cautiva de mi lanza? Yo amaba mucho a Briseida, y su pérdida me dolió tanto como el insulto a mi honor -volvió a Odiseo sus fieros ojos-. ¿Han olvidado los hijos de Atreo por qué nos embarcamos en esta insensata empresa? ¿No fue para ayudar a uno de ellos a recuperar a su mujer? ¿Se creen los únicos hombres que aman a sus esposas? No, amigo mío, he visto lo ingrato y falso que es ese patán, el León de Micenas.

–El hombre tiene sus defectos -concedió Odiseo-, no voy a negarlo. Pero quién no los tiene. ¿Y no es eso para lo que nos necesitamos, para contrarrestar unos los puntos flacos de los otros?

–Pues si quiere salvar sus naves, que te llame a ti y a los demás señores para que lo ayuden. En cuanto a mí y mis amigos, mañana zarpamos. Con suerte, dentro de tres días estaremos de vuelta en Tesalia. Dile esto a tu rey: él faltó a la lealtad primero, y no le servirá de nada ofrecerme todo el tesoro del Tebas egipcio. No quiero saber nada de sus sobornos.

Odiseo asintió con la cabeza y suspiró.

–Ya le dije que dirías eso, y me alegra ver que acertaba. Pero ¿no te olvidas de algo tú también? ¿No viniste a Troya buscando honor? Es una pena que te vayas con tan poco.

–Al menos no lo he perdido -contestó Aquiles rápidamente-. No me pidas que vuelva a mancharlo combatiendo a su lado. Me voy a casa, señores. Si sois sensatos, cargad vuestras naves de botín hasta los topes y seguidme.

La grasa chisporroteó y escupió sobre las brasas de la hoguera. El faldón de cuero de la puerta aleteó con el viento que llegaba del mar. Todo lo demás era silencio.

Odiseo sabía que pasaría eso, que era tan poco probable que Aquiles aceptara esas condiciones como que Agamenón aceptara la oferta de Príamo de la víspera. Ahora maldecía quedamente para sí, sabiéndose rodeado de hombres inflexibles que preferían ver el mundo en llamas a reconocer una equivocación.

Cómo se merecían mutuamente Aquiles y Agamenón, pensó, cada cual con su propia terquedad. Pero aún quedaba mucho que hacer para evitar el desastre, y de momento no sabía cómo, no viendo una fisura en el blindado orgullo del joven.

Para su sorpresa, fue Fénix quien rompió el silencio:

–Te he escuchado, Aquiles -dijo en voz baja el anciano mirmidón-, y he guardado silencio. Pero te conozco y amo desde que no eras más que un niño, y creo que mi amor me da derecho a hablar. Comprendo tu ira, la he compartido contigo; pero ha llegado el momento de ponerle fin.

Aquiles quiso acallararlo: -No es el momento, Fénix. El anciano, sin embargo, no se dejó:

–Un hombre ha de cuidarse de no rechazar disculpas, pues puede ofender a los dioses y atraerse un destino peor. Más valdría que pensaras menos en tu odio por Agamenón y más en el amor a tus amigos. Vuelve a su lado en la batalla, y te darán más amor y honor de los que el señor de Micenas jamás podría quitarte.

Odiseo vio parpadear la irritación y la duda en los ojos de Aquiles. Intuyendo un cambio, siguió presionándole:

–La verdad es que últimamente no siento mucho más respeto que tú por Agamenón, pero Fénix

tiene razón: vuelve y lucha por tus amigos, no por él, y te honrarán como a un dios. Aquiles frunció el ceño.

–Mi amigo Fénix haría bien en recordar que la buena opinión de los argivos no me importa demasiado. Su deber es apoyarme.

Fénix bajó la vista y se retiró, desvaneciéndose en las sombras. Odiseo miró a Patroclo, que esquivó sus ojos, incómodo. Improvisó una última tirada:

–Bueno, comprendo tu postura, pero me parece una verdadera lástima: si alguna vez hubo una ocasión de lograr gloria imperecedera, sin duda es ésta, cuando Héctor piensa que nadie en las filas argivas puede hacerle frente.

Pensó que lo tenía en el bote. Aquiles dudaba. Movía los ojos rápidamente, y Odiseo casi podía oír al fiero joven recordar la profecía de que si combatía en Troya, su vida sería corta pero su gloria eterna. Había querido dibujar en la mente del joven guerrero la imagen del propio Aquiles victorioso sobre el cuerpo de Héctor, pero allí ya había otras imágenes: la sonrisa de satisfacción de Agamenón cuando Aquiles accediera a volver a la batalla, la humillación de haber retirado su palabra ante toda la hueste argiva.

Irritado, Aquiles frunció el ceño.

–He dicho lo que he dicho. No me levantaré en armas contra Héctor, salvo que ataque a mis mirmidones o mis naves. Áyax, tenso y en silencio hasta ese momento, dio rienda suelta a su enfado:

–Vámonos ya, Odiseo, mi señor -pidió-, está claro que aquí perdemos el tiempo. Hay que volver y pensar en otras medidas, ya que Aquiles nos falla -se levantó y bajó la mirada, moviendo la cabeza ante el orgulloso joven-. Siempre te he amado y admirado, hijo de Peleo, pero tu obcecada amargura me deja perplejo. Hasta en casos de asesinato aceptan los hombres el vil metal por poner fin a una enemistad, y en cambio aquí, en una tonta gresca por una mujer, vuelves la espalda a tus amigos y te niegas a entrar en razón. Bueno, que así sea. Prefiero ir a la batalla y salir derrotado a seguir aquí suplicando ni un momento más.

Y Odiseo y Áyax regresaron para informar del fracaso de su misión. En la tienda de Aquiles dejaron un prolongado e incómodo silencio.

Tan pródigas eran las condiciones de la oferta de Agamenón, que éste ni siquiera había contemplado la posibilidad de que Aquiles las rechazara, y la noticia de su negativa lo dejó horrorizado en un primer momento. Pero que Diomedes le afeara el haber querido hacer concesiones al intransigente joven fue un golpe que lo sacó de la melancolía para trasladarlo a un grandilocuente berrinche. Que rompiera el día: ya vería ese arrogante cagarro cómo actuaba un verdadero guerrero aun teniéndolo todo en contra.

Los sucesos de esa noche lo animaron. Habían capturado a un explorador troyano y basándose en la información que le sacaron antes de degollarlo, Odiseo había podido dirigir un asalto por sorpresa, colándose en un corral en un tramo mal vigilado de las filas enemigas y soltando todo un tiro de caballos tracios. De ahí que Agamenón se armara para la batalla del día siguiente con la alegre certeza de haber mermado considerablemente la movilidad del enemigo. Pero sabía que la situación seguía siendo tan desesperada que sólo un arrollador contraataque podría salvarla; para inspirar a sus tropas, tendría que mandarlas él mismo. Se armó de valor y azuzó a sus aurigas contra la hueste troyana con impetuoso coraje.

Abriéndose paso a golpes por una lluvia de lanzas, llegó hasta el carro de Ántifo, el hijo de Príamo, conducido por su hermanastro ilegítimo Iso. Agamenón derribó a Iso con la lanza, y su espada dio luego en la sien a Ántifo con tal fuerza que lo tiró del carro. Como poseído por un delirio de invulnerabilidad, Agamenón siguió adelante, la infantería gritando a su espalda. Los troyanos

retrocedieron ladera arriba hasta llegar a mitad de camino de las murallas de la ciudad antes de que Héctor pudiera reagruparlos. Pero cuando los argivos ya tenían a la vista la Puerta Escea y Agamenón rugía oliendo la victoria en el aire, una lanza le atravesó el brazo de improviso.

Ni siquiera esa herida lo disuadió todavía de seguir luchando. Cayó sobre su atacante y siguió cargando con el hacha rodeado de enemigos hasta que se le agarrotó el brazo y se vio obligado a ordenar al auriga dar la vuelta. Sobre el clamor de la batalla gritó a sus capitanes que siguieran luchando, pero al ver retirarse a su jefe, los argivos perdieron el ímpetu que les inspirara el temerario ardor guerrero de Agamenón. Entonces Héctor dio un gran grito para animar a sus propios hombres, y la respuesta fue un contraataque tan poderoso que los argivos se vieron obligados a replegarse casi por toda la llanura.

En todo el frente las tropas se batían en retirada arremolinándose y cojeando, tirando los escudos con las prisas. A unos los aplastaban los carros mientras intentaban huir a la carrera, otros sucumbían a golpes que les nublaban la vista para siempre. Odiseo saltó de su carro junto al túmulo funerario de Ilo para intentar contener la retirada. Allí se le unió Diomedes, que al ver a Héctor, le arrojó la lanza. Antes de rebotar, la punta golpeó en el yelmo, dejando a Héctor aturdido por un momento. La lucha habría vuelto a dar un giro, si Paris no se hubiera incorporado al campo de batalla con su arma favorita. Colocó una flecha en su arco, la soltó, y ya pensaba que se le había desviado cuando oyó el grito de dolor de Diomedes: la saeta le había traspasado el pie, clavándolo al suelo. Odiseo saltó para proteger a su camarada herido, que se quitó la flecha y cojeó hasta su carro para que se lo llevaran.

Odiseo, aislado ahora con su pequeña compañía, luchaba como un jabalí acorralado por salir del círculo de troyanos que amenazaban con cercarle.

Había derribado a cinco hombres cuando una lanza atravesó su escudo y le desgarró la armadura, abriéndole una herida en el costado. Con una mueca de dolor, logró sacarse la lanza y arrojarla al atacante, pero la sangre le bajaba por el muslo y se vio forzado a ceder terreno. Su primo Sinón saltó al instante en su defensa, pero Menelao, que había asumido el mando de los micenos de Agamenón a su izquierda, también le había visto recibir la herida. Llamó a Áyax para que lo ayudara, y con él acudió al rescate del de Ítaca, que seguía luchando. Sinón lo subió al carro mientras Áyax y su hermano Teucro mantenían a raya a los troyanos.

Tres de los comandantes argivos estaban ahora fuera de combate, y al salir los tres del frente, sus hombres perdieron fuelle. Áyax se mantuvo firme todo lo que pudo, pero nadie lo cubría y lo superaban en número, y se estremeció al mirar en torno suyo y ver que toda la hueste argiva tendría que replegarse en breve hacia la zanja y la empalizada. En todos los años de aquella larga guerra, nunca se había visto en una situación tan desesperada.

Conscientes de que si las fuerzas de Agamenón eran derrotadas pronto tendrían que defender sus propias naves, los mirmidones habían estado atentos a todo lo que se veía de la batalla desde el extremo occidental de la empalizada. Cuando Aquiles vio a Néstor llegar en su carro a gran velocidad desde el frente, decidió enviar a Patroclo para informarse de cómo iban las cosas para la causa argiva.

Contento por la ocasión de hacer algo, Patroclo corrió por la playa a la tienda de Néstor, donde encontró al anciano atendiendo al jefe de cirujanos Macaón, que sangraba profusamente de una herida en el muslo.

–Ha sido una flecha de Paris -explicó Néstor jadeando-. Tuve que sacarlo de allí. Vamos a necesitar sus servicios desesperadamente: Agamenón, Diomedes y Odiseo están todos heridos. Áyax intenta frenar a los troyanos, pero dentro de poco estarán todos en el muro -alzó los ojos de la herida con enojo-. Sin duda, a tu amigo le alegrarán estas noticias.

En ese momento se oyó un inmenso clamor cuando un cuerpo de soldados espantados cruzó a toda

prisa la puerta principal de la empalizada. Sus oficiales los instaban a subirse al parapeto para defender a los que venían detrás, pero algunos ya corrían hacia las naves. Néstor miró a Patroclo, que estaba pálido.

–Héctor se acerca a la zanja. Necesitamos tu ayuda, hijo de Menecio. Tu padre es buen amigo mío, y sé que moriría de vergüenza si te viera ocioso mientras liquidan a tus compañeros. Necesitamos a los mirmidones. Ve a Aquiles. Dile lo que está pasando. A ti te escuchará. Dile que si no nos ayuda ahora, lo lamentará toda su vida.

Aunque también él se sentía injuriado en nombre de su amigo, Patroclo se había mantenido al margen de la lucha sólo por su gran lealtad a Aquiles. Frustrado, se había tenido que morder la lengua cuando Odiseo y Áyax visitaron su tienda para convencer a Aquiles, pues, como Fénix, creía que ahora había en juego mucho más que vanidad herida. Sabía que no era el único de los mirmidones que quería olvidar la pelea y volver a la lucha, pero también le preocupaba haber hecho, a diferencia de Aquiles, el juramento en Esparta. Patroclo juró acudir en ayuda de Menelao, algo que su amigo nunca había jurado, y la pelea con Agamenón había abierto una honda brecha en sus lealtades.

De pronto, esa brecha se había hecho demasiado ancha para salvarla. Ahora asintió a Néstor, le dio su palabra de que haría todo lo posible para que Aquiles ordenara a sus hombres volver a la batalla, y se fue a toda carrera por la playa.

No mucho después de su marcha, Agamenón, Odiseo y Diomedes llegaban maltrechos a la tienda de Néstor y se enteraban de lo que sucedía al otro lado de la estacada. Los tres se dolían de sus heridas, y una vez más, Agamenón volvió a flaquear al saber lo mucho que se había deteriorado la situación. Los otros, pasmados, le escucharon en silencio gritar que los dioses estaban en su contra y que había que hacer todo lo posible por evitar la destrucción.

–Las naves deberían hacerse a la mar, al menos las de primera fila. Pueden mantenerse alejadas de la playa hasta ver cómo va la cosa.

Odiseo dijo:

–Si tus hombres te ven dirigirte a las naves, cundirá el pánico y los troyanos se les echarán encima. Diomedes estaba de acuerdo:

–No he combatido aquí diez años para abandonar a mis amigos al final.

–Yo tampoco -afirmó Néstor.

Agamenón se volvió, agarrándose el brazo herido y mirando las naves.

En un momento de gran intensidad, había visto cerca la victoria ese mismo día. Contempló la gloria ante sí como una luminosa antorcha alentándole a seguir. Hombres orgullosos habían caído ante él: había visto sus carros destrozados, había oído los relinchos de sus caballos, los había visto morir incrédulos entre grandes dolores. Y entonces esa inesperada lanza le había minado las fuerzas, y ahora otra vez se enfrentaba al desastre. Parecía que, hiciera lo que hiciera, algo hubiera de bloquearle y oponerle resistencia: si no el enemigo, sus propios capitanes díscolos, y si no, el capricho de los mismos dioses. Se habría quedado en la playa bramando como un toro herido de no haber visto que los tres hombres lo miraban.

–Esas naves están repletas de botín -les dijo-. Si al menos las apartamos de aquí, podremos volver a la lucha -pero al percibir sólo desprecio a su alrededor, desvió la mirada-. Si alguien tiene un plan mejor, me complacerá mucho oírlo.

–Sólo hay una actuación honorable -contestó Diomedes-, luchar y seguir luchando, como Menelao y Áyax. Heridos como estamos, ahora mismo no podemos hacer gran cosa, pero con nuestra presencia en el muro al menos podemos animar a nuestros amigos a seguir. Y si la derrota de los argivos es voluntad de los dioses, nos quedaremos y moriremos con ellos, entre los troyanos y el mar.

Mientras hablaban, la gran puerta de doble hoja de la estacada se cerraba ante el avance de Héctor. Muchos argivos que corrían a refugiarse en el campamento se quedaron fuera; superados en número y sin poder hacer nada para defenderse, perecieron enseguida. Los troyanos golpeaban las puertas, los maderos gemían y saltaban en astillas, pero la barra que los sujetaba resistía de momento. Con furiosa inspiración, Héctor cogió un pedrusco y lo lanzó a la puerta. Una bisagra saltó, y la puerta se hundió lo suficiente por ese lado como para que los atacantes pudieran hacer palanca. A los pocos minutos se fue abajo. Con un inmenso grito de triunfo, Héctor cruzó la estacada seguido por las tropas troyanas. Los argivos retrocedieron asustados como si una riada se les viniera encima y al momento se dieron la vuelta y echaron a correr hacia las naves.

Junto a las naves habían apostado un destacamento de arqueros locrios, la última línea de defensa. Los locrios alzaron los arcos y soltaron una lluvia de flechas que contuvo el avance de los troyanos y los dejó renqueando. Pero Héctor salió ileso y se volvió para alentar a los suyos a seguir adelante, gritando que romperían la barrera humana que tenían enfrente igual que habían roto la de madera. A su grito, los troyanos volvieron a la carga. En diferentes puntos del sinuoso frente argivo, Idomeneo, Menelao y Áyax cerraban filas contra ellos. La tierra entre la empalizada y las naves tembló bajo el convulso impacto de miles de hombres.

Aquiles observaba el curso de la batalla desde la popa de su nave. El clamor le ponía nervioso, y sabía que los mirmidones lo miraban con enojo por tenerlos allí cruzados de brazos. Por la playa les llegó un lejano grito de abatimiento de las filas troyanas: uno de sus héroes habría caído en combate, pero era imposible distinguir a nadie en la caótica maraña de hombres que luchaban cuerpo a cuerpo con el hacha frente a las naves. Entonces vio a Patroclo volver corriendo por la playa con la túnica manchada de sangre. Patroclo tardó un poco en recuperar el aliento, y al mirar a Aquiles allá arriba, en el alto lateral de la nave, se le saltaron las lágrimas.

–Aventajan a los nuestros -gritó entrecortadamente-. Diomedes, Odiseo y Agamenón, todos, están heridos. Acabo de vendar una herida de flecha que mi amigo Eurípilo ha recibido en la pierna. Me lo pidió para volver al combate.

Aquiles miró hacia la lucha en que los troyanos, al otro extremo de la playa, ya recuperados de cualquier pérdida que los hubiera golpeado fugazmente, atacaban las naves varadas como si cada una fuera una ciudadela.

–Eurípilo siempre ha sido valiente -exclamó Patroclo-. En nombre de los dioses, Aquiles, allá fuera nos necesitan. Si no los ayudamos, sacarán a los argivos a la mar. Está sucediendo ya, ahora mismo, mientras hablamos.

Cuando Aquiles se limitó a asentir impasible, Patroclo perdió la paciencia.

–Eres mi amigo -le gritó-, y he sufrido por ti y por tu orgullo herido. He estado siempre a tu lado, obstinado y lleno de rabia, como tantas veces he estado a tu lado en la batalla. Pero no me deshonraré por ti.

Aquiles siguió sin decir nada.

–¿Qué te pasa? – le preguntó Patroclo con amargura-. ¿Es sólo el orgullo herido lo que te aparta de la batalla, o es que te quieres rajar?

Los ojos de Aquiles se abrieron más. Se le dilataron las aletas de la nariz.

–Sabes por qué me inhibo de esta batalla, sabes que es una causa justa.

–Justa, sí -respondió Patroclo-, pero de qué te va a servir, cuando todos tus amigos hayan muerto y la gente diga: «Ahí va Aquiles, hijo de Peleo, que podría haber sido un gran héroe, pero se negó a luchar por sus camaradas en Troya, por lo que se perdió la guerra y murieron muchos buenos soldados... ¡Pero según él, por una causa justa!».

Enojado, Aquiles volvió la cara, sólo para encontrarse con que Fénix y toda su compañía de mirmidones lo miraban con callado reproche.

En ese momento un gemido desesperado viajó por la playa en el viento que traía el mar. Todos miraron hacia allá y vieron la primera nave incendiada. Las llamas subieron danzando contra el fondo gris del cielo hasta que el resplandor de la alta proa, negra por el humo, dominó el aire de la tarde. Se oían los gritos de los hombres. Les llegó el olor a brea ardiendo.

–Ha empezado -dijo Patroclo. Los ojos le brillaban mirando a su amigo-. Voy a unirme a la lucha, y creo que tus mirmidones se vendrán conmigo. Dirígenos, Aquiles.

Aquiles bajó la vista a la seria súplica de los ojos de Patroclo. La angustia lo recorrió un momento, al recordar el día en que se conocieron de niños en el monte de Tesalia... Se pelearon a puñetazo limpio por algo que ninguno recordaba, se hicieron sangre en la nariz y moratones por todo el cuerpo. Nunca desde aquel día habían vuelto a pelearse. Si fuera necesario, se enfrentarían juntos al mundo. Pero ahora el mundo se interponía entre ellos.

Apremiante, Patroclo volvió a rogarle:

–Dirígenos.

Aquiles tragó saliva y negó con la cabeza.

–He jurado no luchar por Agamenón -oyó el murmullo de los mirmidones que lo rodeaban-. Pero que no se diga que denegué el honor a un amigo. Vuelve al combate, Patroclo. Toma cuantos de mis hombres vayan contigo, y que los dioses estén con todos vosotros.

Se habría dado la vuelta entonces, pero su amigo aún no había terminado:

–Eres tú a quien temen los troyanos -le gritó Patroclo-. Si no vienes con nosotros, déjame al menos tu armadura para que cuando dirija a los mirmidones en la lucha, Héctor y sus hermanos crean que es Aquiles quien retorna al campo de batalla.

Aquiles le dirigió una apagada sonrisa. Pensó que, si le concedieran un deseo, pediría que Agamenón y el resto del populacho argivo hubieran vuelto a sus naves y sólo quedaran Patroclo y los mirmidones para tomar la ciudad. Habría sido un día que los poetas cantarían hasta el final de los tiempos. Pero tomó aliento y alzó la voz para que todos lo oyeran:

–Coge mi armadura. Coge mi carro y mis caballos. Llévate a mis hombres a pelear y haz por todos lo que yo desearía poder hacer junto a ti. Saca a los troyanos de la empalizada, y cuando lo hayas hecho, regresa sano y salvo -y se volvió a los mirmidones-: El resto, luchad como si lucharais por mí, procurad a mi amigo una gran victoria.

Después, acabada aquella batalla terrible, los soldados se contaban entre susurros las hazañas del día. Contaban cómo, luchando junto a la nave incendiada, los corazones de los argivos se habían elevado al oír el rugido de los mirmidones que acudían en su ayuda. Contaban que Patroclo se lanzó al asalto de los lanceros peonios, matando a su jefe y llenándolos a todos de pavor: el propio Aquiles había vuelto al combate. Decían que, al oír gritar su temido nombre, los peonios huían empujándose como locos, y se inició un caótico repliegue que enseguida fue desbandada cuando, aprovechando el golpe, Menelao, Áyax e Idomeneo hicieron avanzar sus tropas.

A unos metros de incendiar toda la flota minutos antes, ahora los troyanos luchaban por salir de aquella matanza por la misma puerta que habían forzado. Pero para entonces llevaban combatiendo la mayor parte de aquel largo día y ya no tenían fuerzas en brazos y piernas; no podían competir con los mirmidones que se estrenaban en la lucha y cargaron sobre ellos con toda su energía. En pocos minutos la trinchera exterior de la estacada era una fosa rebotante de soldados que gritaban retorciéndose entre carros aplastados y caballos heridos.

Con el auriga Automedonte fustigando a su lado a los poderosos caballos de Aquiles, Patroclo

dirigió la carga cruzando la empalizada y matando a todo el que se ponía a su alcance. Un auriga troyano que quiso apartarse de su camino recibió su lanza en el mentón. El golpe le partió la mandíbula y los dientes. Patroclo, con la lanza a modo de palanca, lo tiró luego al fango por encima de la baranda del carro, como un pescador con un pez arponeado. La espantosa visión hizo cundir el pánico en los alrededores. En medio del caos, sólo el licio Sarpedón tuvo valor para plantar cara al caudillo argivo. Le arrojó una lanza que se desvió, pero dio en el cuello al caballo de Patroclo, que iba uncido al carro, y al tropezar el animal, sus compañeros de tiro recularon, relinchando y lanzando al aire sus brillantes cascos. Automedonte, rompiendo a golpes primero las correas del caballo de Patroclo para soltarlo del tiro, trató luego de recobrar el control del carro, mientras Patroclo se equilibraba para arrojar su larga lanza. Con ella acertó a Sarpedón en el tórax. Y ni siquiera Héctor pudo ya impedir la frenética huida de los troyanos hacia la seguridad de las murallas de la ciudad.

Cuando volvió en sí y hubo escuchado el quedo relato de la muerte de su amigo, Aquiles creyó saber exactamente lo ocurrido en aquellos momentos. Había dirigido demasiados ataques así como para ignorar que cuando un hombre ve una caótica masa de soldados huyendo ante él, la cabeza le da vueltas y se le dispara, ebrio de ardor guerrero. En un momento así, aunque esté a sólo unos minutos de la muerte, puede creerse inmortal. Puede creer, como Patroclo lo creyó seguramente, que si sus hombres están con él, todo es posible, y que precisamente por creer él, sus hombres lo seguirán. Y así, olvidando la orden de Aquiles de volver en cuanto hubiera sacado a los troyanos al otro lado de la estacada, Patroclo cargó contra Troya como si fuera a tomar la ciudad él solo.

Saltó del carro junto a una vieja higuera donde se sabía que las murallas de la ciudad eran más vulnerables. Tres veces, mientras los troyanos le tiraban proyectiles e invocaban la ayuda y protección de Apolo, intentó escalar la muralla, y tres veces lo tiraron al suelo. Se recuperaba de su tercera caída a tierra al pie del cerro, cuando Héctor salió a buen paso por la Puerta Escea al frente de un contraataque y se le echó encima.

Al levantar la mirada, Patroclo vio a la menguante luz del día que los caballos se le abalanzaban. Instintivamente, cogió una piedra y se la tiró al auriga de Héctor, con tal puntería que le dio en la cabeza y lo derribó del carro. Cuando los caballos pasaron al galope a su lado, Héctor saltó y los dos héroes se enlazaron en un fiero combate cuerpo a cuerpo, hasta que los separó una avalancha en la maraña de soldados que los rodeaba.

Instantes después, Menelao alzó la vista del soldado que acababa de matar y vio a Patroclo a unos metros. A través de la lluvia de piedras y flechas que caía a su alrededor, lo vio trastabillar con los brazos en alto, como si lo hubieran golpeado en la espalda. Sin embargo, allí no había nadie, y por eso los soldados dijeron luego que a Patroclo lo empujó Apolo. El yelmo de alto penacho de Aquiles cayó de su cabeza y salió rodando bajo los cascos de un caballo despavorido. El golpe pareció dejar a Patroclo sin respiración y confuso. Estaba allí en pie, moviendo la cabeza aturdido, cuando un soldado dardanio se le acercó por detrás y le clavó una lanza entre los omoplatos. Luego se la sacó retorciéndola de forma escalofriante, y fue derribado antes de que pudiera volver a clavársela.

Menelao vio a su amigo caer lentamente al suelo, herido. Cuando Patroclo se volvió jadeante para levantarse, sus vidriosos ojos debieron de posarse un instante en la amenazadora figura de Héctor. Cayó boca arriba y entonces, por un segundo, fue como si todo el clamor de la batalla se detuviera para presenciar el momento en que Héctor alzó su lanza y la hundió en el vientre del caído.

Casi una hora después, Aquiles miraba hacia Ténedos a la luz declinante de toda la negra extensión de la bahía, cuando oyó que alguien corría por la playa hacia él. Durante todo el atardecer, el nerviosismo lo había agitado, sus temores se habían ido oscureciendo con el día, y ahora, al ver la máscara de dolor y mal presagio que era el semblante de Antíloco, supo al momento lo que el hijo de



Néstor iba a comunicarle.

El suelo tembló bajo sus pies. Se le cortó la respiración en la garganta. A gran distancia, como un ruido que llegara distorsionado por el viento, oyó hablar a Antíloco: Patroclo había muerto. Un lanzazo en la espalda. Y luego otro, de Héctor, en el vientre. Antíloco sollozaba al hablar. Patroclo había muerto. Ya le habían despojado de la armadura cuando Áyax y Menelao fueron a proteger el cuerpo. Decididos a no rendir un palmo de terreno, la lucha aún no se había resuelto cuando pidieron a Antíloco que saliera del campo de batalla a llevarle a Aquiles la noticia. Patroclo había muerto.

El viento soplaba bajo un cielo turbio, el mar entonaba sus lamentos.

Las piernas de Aquiles flaquearon, cayó de rodillas mirando la negra arena. Apretando los puños a la espalda con los antebrazos cruzados, mecía el cuerpo como para aliviar algo herido que se le aferrara al pecho. Abrió las manos. Las bajó, se las llenó de arena y una y otra vez, se echó por encima densos y sofocantes puñados de arena que le caían por la cabeza y el cuello.

Oía sollozar a Antíloco. La noticia se propagó entre las mujeres cautivas que habían vivido con Patroclo y habían llegado a amarlo, y una empezó a aullar. Pronto sus lamentos hicieron horripilante la tristeza. Durante un rato, sólo Aquiles guardó silencio. Después su respiración se hizo trémula. Luchaba por soltar un sonido que tenía encerrado en la garganta. Cuando el grito llegó al fin, empezó con un gemido primitivo y penetrante que fue aumentando hasta llegar a ser un rugido de angustia. Aquiles, hijo de Peleo, expoliador de ciudades, exterminador de hombres, al fin conocía el precio del honor.

### **Los dioses en guerra**

Tal vez nunca hubieran llegado a recuperar el cuerpo de Patroclo si Aquiles no hubiera puesto toda su voluntad en convertir el dolor en un salvaje ritual de violencia. Al oír el clamor del combate aproximarse en el atardecer, se subió a una de las atalayas de la empalizada de madera y bajó la vista hacia la masa de soldados y armaduras enzarzados en la lucha. Los argivos se replegaban por toda la llanura, empujados una vez más hacia sus naves por un ejército troyano envalentonado con la muerte de Patroclo. Donde el choque era más recio, distinguió las figuras de Menelao y Áyax negándose desesperadamente a ceder terreno, y supuso que luchaban por proteger el cuerpo de su amigo muerto. Desde un lugar que la razón no alcanza, Aquiles soltó un alarido que se oyó sobre el fragor del combate, haciendo eco por las filas de soldados. Lo que dijo fue una sola palabra prolongada -«¡Héctor!»-, y cuando la repitió más alto y con más apremio, los hombres que luchaban por el cuerpo de Patroclo levantaron la vista para ver de dónde venía aquel formidable grito.

Vieron una oscura figura en lo alto del parapeto; los últimos rayos del sol poniente refulgían en sus cabellos.

El nombre de Aquiles corrió inmediatamente por ambas líneas de batalla en un susurro sobrecogido. Como un gran motor que se agarrota de pronto, el combate paró en seco. El grito resonó de nuevo en el rojizo atardecer. La voz de Aquiles, como la de un dios, insufló valor a los argivos y miedo a los troyanos. La batalla dio un nuevo vuelco: Héctor se vio forzado a ceder terreno y en las crecientes sombras del ocaso, Menelao y Áyax sacaron del campo de batalla el cuerpo de Patroclo.

Héctor ya había despojado al pobre cadáver de la armadura de Aquiles. Ahora le quitaron la rasgada y sangrienta túnica y le lavaron el barro y la sangre del cuerpo. Luego lo ungieron con aceite de oliva, taponaron sus heridas con ungüentos y lo arrojaron en un féretro, cubriéndolo con una suave sábana y un manto blanco. Aquiles y sus mirmidones velaron el cuerpo toda la noche. Los soldados pasaban ante él llorando de dolor.

Menelao y Áyax fueron a contar a Aquiles el arrojado con que su amigo había dirigido la hueste contra el enemigo y cómo habían defendido el terreno junto al cuerpo para que Héctor no se lo llevara.

Aquiles los escuchó sin decir nada. Estaba donde nadie podía alcanzarlo, y seguía callado más tarde cuando Odiseo fue hasta él para darle el consuelo que pudiera.

Pasó toda la noche recordando, mientras velaba el cuerpo de su amigo, las incontables veces que habían luchado juntos cubriéndose mutuamente con escudo y espada, celebrando el triunfo cuando el enemigo huía a la carrera, y lavándose y vendándose las heridas acabado el combate. Una vez que Aquiles tuvo mucha fiebre y se pasó días postrado con sueños delirantes, cuando al fin despertó, vio el cansado semblante de su amigo, que lo miraba preocupado, suavizarse en una sonrisa de alivio al verlo despierto. En todos aquellos días de estancamiento en que Agamenón había perdido la voluntad de lucha por una u otra razón, Aquiles y Patroclo también habían desahogado juntos su impaciencia y su desprecio, cantando y bailando y haciendo el amor con las mujeres que los amaban, como si la profética certeza de que ninguno de los dos viviría mucho tiempo les forzara a llenar cada hora de desbordante pasión.

Los recuerdos no hacían más que agudizar su dolor, y el dolor agudizaba su ira. Sentado junto al cuerpo de su amigo toda la noche, Aquiles se propuso hacer de sí un instrumento con un solo fin. De niño, en la escuela de Quirón, muchos destinos habían estado a su alcance. Su voz de cantor estaba entre las más bellas que jamás sonaron por los riscos, y podría haberse hecho bardo y cantado las hazañas de otros hombres. Bajo la tutela de Quirón, había mostrado dotes curativas y adquirido vastos conocimientos sobre los poderes medicinales de las plantas, por lo que podría haberse pasado la vida cuidando heridas en vez de abriéndolas, salvando vidas en vez de tomándolas. También era buen cazador y bailarín, y si Odiseo no lo hubiera llevado al festín de violencia que era la guerra en Troya, habría podido vivir tranquilamente en Esciros, en los brazos de Deidamía, su primer amor, viendo crecer y hacerse hombre a su hijo Pirro.

Aquiles también tenía gran talento para el amor. Había amado a sus padres, pero la vida acabó desgarrándolo entre ambos. Había amado la época que vivió en Esciros con su esposa y su hijo recién nacido, pero la vida los había apartado. Había amado a Briseida, cautiva de su lanza, pero también a ella se la arrebataron. Ante todo, había amado a Patroclo, y ahora también Patroclo se iba. No había lugar para el amor en el desolado paisaje de su corazón. Se convertiría, definitivamente y de los pies a la cabeza, en lo que el mundo siempre quiso que fuera. Y luego terminaría con todo.

Aquella noche comenzó a llover. La lluvia seguía cayendo al empezar el día, densa y empujada por el viento.

Sin haber pegado ojo, Aquiles se levantó de la silla y sacó la rica armadura, que había sido el último regalo de su madre, del arca donde la guardaba. Un diestro artesano al servicio de Hefesto había labrado en bronce y estaño la coraza y las grebas, y las había repujado en oro y plata hasta que parecieron hechas de luz. El yelmo, coronado por un dorado penacho, se ajustaba perfectamente a sus sienes, e intrincados blasones adornaban las chapas que le protegían los pómulos. El escudo que Tetis le había dado era una obra maestra del arte del armero, y en su brillante y ancho círculo podían verse escenas de la vida que su madre había deseado para él. Entre el borde del escudo, donde estaba el río Océano que rodeaba el mundo, y su centro, donde brillaban el sol, la luna y las estrellas, Aquiles miró un rato la imagen de un reino humano en el que la guerra era sólo una actividad entre muchas, donde casi todo el espacio lo ocupaban las pacíficas artes del arado y la siembra, el cuidado de las aves y el ganado, la recogida de la cosecha, la música y la danza.

Era una armadura ceremonial, no de combate, y Aquiles muchas veces se había imaginado entrando con ella triunfante en Troya. Pero Patroclo había cogido la armadura menos ornada que llevaba siempre la batalla en la llanura, y Héctor se la había quitado del sangrante cuerpo: el regalo de su madre habrá de servir ahora a una labor más ardua.

Aquiles llevaba esa armadura cuando salió de su tienda y cruzó la playa hasta Agamenón y sus señores de la guerra, reunidos en consejo bajo un toldo montado contra la lluvia. Todos estaban desolados por la muerte de Patroclo y el fracaso de su tremenda ofensiva para aplastar a los troyanos contra las murallas de la ciudad. Algunos todavía se recuperaban de sus heridas, pocos habían dormido. No dejaba de llover, y ninguno tenía muchas ganas de volver al campo de batalla. Así pues, subieron la vista a la figura de Aquiles, que se acercaba con gesto sobrecogido y agitado. Agamenón, que seguía doliéndose del lanzazo recibido en el brazo, apenas podía ni mirarlo.

–Hijo de Atreo -empezó Aquiles-, creo que nadie se ha beneficiado de nuestra pelea, salvo Héctor y sus troyanos: es hora de ponerle fin. Llama a la hueste a las armas una vez más, y déjame averiguar si algún enemigo osa enfrentarse a mi lanza.

El toldo aleteó al viento, derramando el agua de lluvia acumulada. Se sentía la humedad del aire contra la cara, y más allá de las naves, la mañana, el cielo y el mar eran sólo una lluviosa mancha gris. Se oyó el relincho de un caballo y los martillazos contra el metal de herreros y carpinteros, que reparaban hachas rotas y pezoneras de carros.

Agamenón se levantó despacio. Aún llevaba el brazo en cabestrillo, y sólo miró brevemente a Aquiles antes de hablar, pero su voz sonó lo bastante alta como para que todos la oyeran:

–Sé que algunos me habéis culpado de esta pelea, pero el día que le quité su premio a Aquiles, seguramente Zeus, la Parca y la ciega Furia me cegaron la mente. Y cuando los dioses actúan, ¿qué puede hacer un mortal para impedirselo? Ahora veo que me habían cegado el juicio, y estoy deseando compensarte -se volvió a Aquiles fugazmente, aún con recelo en la mirada-. Tendrás todo lo que te prometió Odiseo cuando fue a tu tienda. Mis sirvientes te lo traerán de inmediato de las naves y lo pondrán ante ti.

Iba a volverse para dar la orden cuando Aquiles le interrumpió:

–Eso puede esperar, tenemos cosas más urgentes entre manos. Los troyanos se preparan para el combate ahora mismo, mientras hablamos. Hay que salirles al encuentro.

Agamenón gruñó y volvió a hundirse en el asiento. Con mala cara, levantó la vista a Odiseo, en pie junto a él, y apoyó su peso en el asta de una lanza para mitigar la presión de su herida.

–Nos alegra volver a tenerte entre nosotros, Aquiles -dijo Odiseo-, pero los hombres aún no se han repuesto de la batalla de ayer ni han comido. Habrá tiempo de sobra para luchar. ¿Por qué no dejar que Agamenón traiga sus obsequios, y celebrar vuestra reconciliación con un banquete?

Inflexible, Aquiles le respondió:

–No puedo pensar en comer mientras mi amigo yace muerto y los cuerpos de los camaradas siguen ahí fuera, en la llanura. Primero se lucha y luego se come. Así lo hago yo, y los soldados me seguirán.

Pero sus exhortaciones no movieron a los demás jefes, y Aquiles se retiró a su tienda mientras los otros se regalaban con el jabalí que Agamenón ofreció a Zeus. Ya muy entrada la mañana, uncieron los caballos a los carros y Aquiles al fin emitió su grito de batalla dirigiendo a la hueste argiva en la carga por la llanura.

En el curso de esa mañana hubo momentos en que el equilibrio de poder entre las dos fuerzas parecía tan igualado, que los bardos que presenciaron la batalla decían que Zeus había prohibido a los dioses dar apoyo a ningún bando. Sin embargo, la violencia desatada aquel día en el campo de batalla fue tan atroz que no cabía duda de que los propios dioses participaban en la guerra. Estaban presentes en la lluvia que caía con fuerza y contra la que luchaban hombres y caballos; estaban presentes en los gritos con que los soldados se alentaban a seguir luchando, y en las plegarias que balbuceaban al ver acercarse la muerte en los ojos que les miraban de frente.

Pero Aquiles no pensaba en los dioses. Estaba muy lejos del pensamiento, en el reino de la pura

acción irreflexiva, y lo único que le preocupaba era la faena de la matanza, abriéndose paso por las filas troyanas en busca de Héctor. Veinte hombres cayeron a su lanza en la primera ronda de carnicería. El último, que se agarró a sus rodillas, le ofrecía una fortuna en rescate cuando Aquiles alzó su lanza y se la hundió en la cara. En un momento de la lucha, Eneas lo encaró como pocos hombres habrían osado hacerlo y le arrojó la lanza, que dio en su gran escudo sin atravesarlo. Eneas estuvo a punto de unirse a todos los aniquilados por Aquiles, pero la marea de la línea de combate lo apartó de allí. Aquiles se volvió y vio a un joven guerrero troyano apenas salido de la infancia mirándole a través de la lluvia. Era el hijo menor del rey Príamo, Polidoro, hermanastro ilegítimo de Héctor, y había saltado al campo de batalla desobedeciendo a su padre. Girando rápidamente sobre sus talones, el joven echó a correr, pero la lanza de Aquiles fue más rápida y le alcanzó en la parte baja de la espalda. Quedó tendido boca abajo en el barro.

Desde su posición, a veinte metros, Héctor vio morir al muchacho. Dejando a un lado toda precaución, se abrió paso por la masa de soldados hasta quedar frente a Aquiles. Justo entonces, un trueno recorrió el cielo y la lluvia arreció, cayendo torrencialmente. Héctor arrojó su lanza, pero se le desvió. Ningún guerrero veía al otro, tan intensa y densa era la tormenta que caía contra sus rostros.

Aquiles alzó la voz en un grito aterrador, urgiendo a sus mirmidones a hacer recular a los troyanos hacia la ciudad. Los soldados respondieron al instante con una cortina de lanzas y vieron al enemigo retroceder, camino del vado del Escamandro, para cruzar el río y volver a Troya. Pero el vado era estrecho, y muchos hombres intentaban vadearlo todos a la vez. Tal pavor les inspiraba Aquiles, que empezaron a amontonarse en las aguas más profundas, donde la crecida del río los arrastró entre restos de carros y caballos que intentaban cruzar.

Viendo lo que ocurría, Aquiles ordenó perseguir al enemigo que se batía en retirada, y los mirmidones avanzaron rápido, atrapando a un gran cuerpo de ejército en un recodo del río. Eran casi todos soldados carios, adornados para la lucha como féminas, con tintineantes abalorios dorados; y no les quedó más elección que arrojar sus ornados cuerpos a la profunda y poderosa corriente del río o hacer frente a las espadas de los mirmidones.

Aquiles encabezó el ataque contra ellos. El mundo le había querido asesino, y a ello servía con limpieza y maña, sin pensar ni sentir, con pericia de carnicero. La sangre lo salpicaba todo en torno suyo: le surcaba brazos y piernas, hasta la cara. Lo que antes eran hombres ahora eran blandas bolsas de aire, sangre y excremento que reventaban ante él. Los estertores de los moribundos se mezclaban en su mente con la corriente del río. Estaba sumido en un trance asesino, dando tajos y estocadas con su hoja y arrancándola luego sin más odio ni asco que los que hubiera sentido su sola armadura abriéndose paso a hachazos por entre las filas de la muerte hacia la inmortalidad.

Avanzando así por la margen del río, topó con un soldado que intentaba salir del barro. Reconoció la cara de Licaón, el hijo de Príamo, que antes había burlado su espada en el campo de batalla: esta vez no habría escape. Cuando alzó la espada, Licaón se postró a sus pies él rogándole que le perdonara la vida.

—A nadie se le perdona -contestó Aquiles-. A Patroclo no se le perdonó. Ni a mí cuando me llegue mi hora. El mundo ahora es una carnicería. Así pues, ten valor, amigo, y acepta de mortal a mortal este fraternal estoque.

Con la mirada de Licaón clavada, le hundió la hoja en el cuello traspasándole la clavícula. De un puntapié tiró el cuerpo del troyano al río y vio cómo se lo llevaba la parda corriente.

El exterminio continuó. Era como si llevara un manto invencible, tal era la facilidad con que pasaba entre lanzas y espadas sin recibir un rasguño mientras los muertos y moribundos se apilaban a su alrededor, y pronto los únicos hombres que faltaba por matar luchaban por no ahogarse allá lejos,

entre las rocas. Como si cada una de esas vidas fuera un obstáculo que retirar para llegar a Héctor, Aquiles se lanzó al río tras ellos. Le sorprendió la poderosa fuerza del agua en sus muslos, pero siguió andando por el río ensangrentado, y ya había matado a otros tres cuando vio que la corriente cada vez más rápida del Escamandro podría derribarlo.

A varios kilómetros, en lo alto de las simas de los montes ideos, una presa formada por árboles caídos en la tormenta cedió a la presión del agua acumulada. La tromba de agua corrió montaña abajo y por las riberas con una fuerza que arrastraba peñascos, ahogaba animales y destrozaba ramas a su paso.

Oyendo el rugir del río, Aquiles levantó la mirada y vio que un muro de agua blanca y turbulenta se le echaba encima. Dándose la vuelta, regresaba ya a la orilla a grandes zancadas, cuando una mano sumergida le aferró la muñeca. Luchando por soltarse, distinguió la barba del hombre que lo miraba desde debajo del agua. Su brazo era musculoso y nervudo, y lo agarraba tan fuerte que los blancos dedos se le quedaron rígidos y trabados. La crecida chocó contra ambos y arrastró al soldado medio ahogado y a Aquiles con toda su armadura a un mundo de vigorosas sombras pardas, todas poseídas por el deseo de hundirlo hasta que sus pulmones hubieran consumido la última bocanada de aire y de luz del día.

Estuvo un rato con su madre en el reino acuático de las nereidas, respirando agua, pensando agua, soñando agua, el río queriendo tragarlo a fuerza de hacerle tragar su agua. Y cuando Tetis le preguntó por qué lloraba así, le dijo que la muerte de Patroclo hacía vana su propia búsqueda de gloria, y que sólo la muerte de Héctor redimiría la de su amigo.

–Pero muerto Héctor -le explicó su madre-, también tú morirás.

Y Aquiles le iba a responder que nada se acercaba más a sus deseos cuando volvió a subir al cruel resplandor de la conciencia. Tosiendo atragantado con el agua parda del río, subió los ojos y vio a Fénix mirándolo angustiado. Al instante un pensamiento le cruzó la mente con la rapidez del relámpago: que él seguía vivo y Héctor también.

El rey Príamo había contemplado desde las murallas de Troya la aplastante derrota de su ejército. Había visto cuántos guerreros cayeron en la primera matanza de Aquiles y los mirmidones. Había visto cómo atrapaban y masacraban al batallón de carios en el recodo del Escamandro, y su anciano corazón se agitó viendo la parda riada que arrastró a los soldados en un violento aluvión de árboles, piedras y carros destrozados. Dio orden de abrir las puertas para que quienes escaparan a la cólera de Aquiles pudieran refugiarse en las murallas, y allí se habían agolpado como ovejas en el redil. No paraban de atender a heridos. Pero Héctor seguía fuera recibiendo a los rezagados, y Príamo supuso que el más noble de sus hijos dudaba entre meterse también él o quedarse fuera y hacer frente al hombre que había infundido semejante terror en la hueste troyana.

A lo largo de los años, Príamo se había despertado muchas veces en mitad de la noche preguntándose si no habría perdido el juicio y no estaría desperdiciando el tesoro de su reino y arriesgando la vida de sus hijos en esa guerra brutal. Pero era la primera vez que contemplaba la posibilidad de la derrota. Y con Aquiles de vuelta en el campo de batalla, sólo Héctor podía reunir a las fuerzas troyanas en defensa de su ciudad. No podían inmolarlo.

Príamo se volvió a Deífobo, que estaba a su lado sangrando por el brazo, para ordenarle que trajera a la reina a la muralla. Desde el parapeto almenado bajó de nuevo la mirada a Héctor, que estaba en su carro al pie de la rampa de la Puerta Escea. La tormenta al fin había amainado, aunque el viento seguía zarandeando a los pájaros que volaban en torno a la atalaya. Más allá, por la llanura, en las inundadas márgenes del Escamandro, milanos y buitres bajaban en picado hasta los muertos. Todo el ejército argivo aprovechaba el alto en la lucha para reagruparse, ponerse vendas y llevarse a los heridos. Sin

comprender por qué un día iniciado con tanta euforia había virado tan rápido hacia el desastre, Príamo pidió a Héctor que volviera a meterse en las murallas.

–El día no ha terminado -le respondió Héctor-, enseguida volverán a la carga.

–Lo sé -le contestó Príamo-, pero no puedo permitirme perder más hijos, y menos a ti, en quien tenemos puestas todas nuestras esperanzas.

Sin responder, Héctor miró la llanura a su espalda. Subió el mentón como husmeando el viento que alborotaba el alto penacho de su yelmo, y aunque parecía dueño de sí y lleno de aplomo, estaba muy nervioso por dentro. Ese mismo día había habido un momento crítico cuando la masacre de Aquiles sacudió su línea de batalla y sus capitanes le aconsejaron replegar ordenadamente el ejército por la llanura y refugiarse tras las murallas de la ciudad para reconsiderar la situación, ahora distinta. Pero Héctor, enardecido por la hazaña de la víspera, decidió quedarse a hacer frente a los mirmidones, y todos habían sufrido las desastrosas consecuencias de esa decisión.

Su orgullo se negaba a la idea de esconderse tras las murallas para dar allí la cara frente a las recriminaciones de quienes habían pagado el precio de su locura con sus maridos, hermanos, hijos y amigos muertos. Era mejor resistir allí en la Puerta Escea, ostentando desafiante la armadura del propio Aquiles, pues sabía con total certeza que el hijo de Peleo seguía allá fuera y pronto aparecería para vengar a su amigo Patroclo.

Oyó a su padre llamándolo otra vez desde arriba, pero no miró. Uno de sus dos caballos grises resopló, el arnés tintineó. Vio que en el cielo ya se vislumbraban franjas azules y la luz rebotaba por la llanura con el límpido resplandor que sigue a las tormentas. Por encima de las montañas, Iris, la diosa del arco iris, hacía rielar su velo por entre jirones de nubes. Héctor se preguntó si su hijo Astianacte la estaría viendo. Qué bueno era, pensó, estar vivo.

Y oyó la angustiada voz de su madre, la reina, llamándolo y rogándole que pasara murallas adentro.

–Piensa en tu esposa y en tu hijo -le lloraba-. ¿Es que yo, que te di la vida, he de ver cómo te la quita ese demonio de Aquiles? Entra, te lo ruego. Entra y cerraremos la puerta.

Por un momento Héctor dudó, pensando en su esposa trabajando en el telar para calmar los nervios, y anheló una vez más la paz en la que antaño los dos vivían juntos. Los argivos seguramente estaban tan hartos de sangre como los troyanos, los dos lados habían sufrido pérdidas terribles. Sin embargo, Troya seguía inexpugnable en su ventoso cerro, y no lograban llevarla a la rendición privándola de víveres. ¿Quién podía desear más años de aquel sangriento punto muerto? Si se quitaba la armadura y salía al encuentro de Aquiles desarmado, ofreciéndole devolver a Helena a Menelao junto con la mitad del tesoro de Troya, ¿no aceptaría la oferta? ¿No agarraría ese acuerdo y se iría en paz cualquiera en su sano juicio?

Pero Aquiles, insaciable de matanza, ya no estaba en su sano juicio, y los argivos no se irían, no con el hijo de Peleo dirigiéndolos de nuevo. Aquiles sólo desistiría de la lucha cuando él o Héctor hubieran muerto. Era la brutal realidad, y levantando la mirada, Héctor salió del breve trance de esperanza para ver un revuelo entre las filas argivas: el carro de Aquiles avanzaba hacia él por la llanura.

Oyó un angustiado gemido salir de las murallas a su espalda ante el avance de los mirmidones, que seguían a su señor. – Héctor -Deífobo lo llamaba ahora-, hemos de cerrar la puerta.

Héctor asintió. Sus caballos se agitaron frenéticos en la yunta. Oyó otra voz apremiante gritándole que entrara -la voz del que inició toda la amarga contienda, Paris-, pero siguió sin volverse. Luego oyó una gran conmoción a su espalda, unas órdenes a gritos, una voz con contraórdenes desde el parapeto y una breve discusión. Pero la gran Puerta Escea comenzó a cerrarse con un crujido de la madera contra

las enormes bisagras de bronce,

Se había quedado solo entre la ciudad y la llanura, y Aquiles avanzaba hacia él en solitario.

Héctor pensó en lo extraño que era que el destino de los hombres estuviera escrito desde la hora de su nacimiento y que, sin embargo, nadie pudiera saber cuál era el suyo hasta que los dioses imperecederos se lo revelaran. Él había venerado a los dioses, honrado a sus padres, amado a su esposa y a su hijo, servido a su ciudad y combatido a sus enemigos con valor y destreza. No obstante, todo podía destruirse en los siguientes minutos.

Vio a Aquiles blandir su lanza. Un haz de la luz solar que brillaba en el aire de la empapada llanura arrancó tal destello del yelmo y el escudo de Aquiles que pensó que la figura a las riendas del carro que embestía hacia él tal vez fuera más que la de un simple mortal.

El corazón de Héctor empezó a temblar como un toldo al viento.

No quería morir, pero se dio cuenta demasiado tarde. La puerta tras él estaba cerrada a cal y canto, y mientras gritaba que la abrieran, podrían alcanzarlo por la espalda, como a su hermano Polidoro. Su madre seguía gritando en las murallas. Tenía que luchar o salir corriendo.

Héctor fustigó sus caballos para alejarse del carro que iba hacia él, pasó ante la vieja higuera junto a la puerta y salió al camino de carros a1 pie de las murallas de la ciudad. Se oyó un gran abucheo de los mirmidones, pero aún más alto, el estrépito de las ruedas del carro de Aquiles, que le pisaba los talones entre surcos y piedras. Héctor olía el vapor que desprendían esos caballos mientras conducía su propio tiro por las aguas termales y las antiguas acequias de piedra donde en los días de paz las mujeres parloteaban en la colada, y siguió adelante doblando la escarpada curva de la muralla de la ciudad, como si estuvieran compitiendo en unos juegos y uno de ellos, Aquiles o él, fuera a acabar siendo el risueño ganador de la carrera.

Tres veces rodearon las murallas, el mundo entero rodeándoles a ellos: el oscuro destello del Helesponto, el litoral empalizado de la bahía donde los argivos tenían sus naves varadas, la distante y borrosa isla de Tenedos, las riberas del Escamandro aún alfombradas de cadáveres y los riscos envueltos en nubes de los montes ideos, desde donde los dioses los miraban. Todo el paisaje del nacimiento, la juventud y la madurez de Héctor giraba a su alrededor mientras su carro brincaba dando sacudidas por el irregular terreno. Sus caballos sudaban esforzándose ante él, como huyendo del terror que se había apoderado de su amo. Al pasar por la Puerta Escea y acercarse una vez más a las acequias, miró hacia atrás para ver si Aquiles le ganaba terreno, y en ese momento su rueda derecha tropezó con una piedra.

Perdiendo el equilibrio, Héctor se agarró a la baranda cuando los radios se hacían astillas, el tiro se encabritaba espantado y el carro derrapaba hasta detenerse, el eje roto arrastrándose en el polvo.

Salió tambaleándose de los restos del carro y se llevó la mano a las armas. Sangraba por la boca, se había mordido la lengua en el golpe. Alzó los ojos para ver a Aquiles desmontar de su carro con su larga lanza. El sol brillaba a su espalda. Héctor se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano y se levantó jadeando. Se apretó la correa del escudo y equilibró su propia lanza en la mano.

Aquiles se detuvo a unos metros. Apenas se le veía el rostro en la cavidad de su yelmo de bronce: sólo los implacables ojos grises, posados en su presa.

Héctor levantó la voz:

—Acabemos con esto, hijo de Peleo. Pero júrame que el vencedor respetará el cuerpo del vencido.

No hubo el más leve signo de respuesta.

Héctor, con los aguzados sentidos de quien teme por su vida, estaba a punto de volver a hablar cuando vio a Aquiles flexionar los músculos del brazo con el que sostenía la lanza. Preparado para el tiro, se agachó al llegar la lanza, que voló sobre su doblada espalda y se quedó clavada en la tierra, el

asta temblando por el impulso.

–Que los dioses me concedan más fortuna -exclamó Héctor, equilibrando el peso de su lanza y desplazándose en semicírculo para que el sol no le diera en los ojos.

Aquiles se desplazaba con él, atento a su lanzamiento. Cuando llegó, el arma chocó en su escudo con estrépito de bronce contra oro, pero el escudo tenía muchas capas de metal y cuero, y aunque la punta de la lanza lo había dado, el golpe no fue tan fuerte como para atravesarlo.

Desequilibrado por el peso del asta, Aquiles tiró el escudo. Héctor alargó la mano para sacar la espada, y entonces se dio cuenta de que al desplazarse en círculo, Aquiles volvía a tener a su alcance la lanza que le había arrojado antes. Héctor saltó hacia Aquiles, pero no tan rápido como para impedir que éste agarrara el asta de la lanza. En un solo y diestro movimiento, Aquiles la elevó y hundió su punta en lo que sabía que era el punto débil de la armadura que llevaba puesta Héctor. Luego, con un giro de muñeca, volvió a sacarla, y vio a Héctor caer al suelo. Un brillante hilo de sangre le salía a borbotones de una herida en el cuello.

Héctor cayó primero de rodillas y se quedó así un momento como si rezara, desmoronándose boca abajo. De un puntapié en la espalda, Aquiles le dio la vuelta para verle el rostro. El moribundo Héctor, con la mirada desenfocada y sangrando por el cuello, a duras penas logró emitir su último ruego de que Aquiles dejara que rescataran su cuerpo.

La voz que llegó hasta él era despiadada:

–No me pidas favores, Héctor. Tú habrías colgado la cabeza de Patroclo de la muralla de Troya si sus amigos no la hubieran defendido. Me complace que mueras sabiendo que tu padre no volverá a ver tu rostro.

Las palabras se perdieron en el torrente de sangre de los oídos de Héctor, su mente se fundió con la roja penumbra que se cerraba sobre él. Instantes después, con sólo un ronco suspiro del desgarrado esófago, la vida lo abandonó.

Aquiles alzó la cabeza y gritó al cielo.

Desde lo alto de la atalaya, el rey Príamo, mesándose los cabellos, vio cómo los mirmidones apuñalaban el cuerpo de Héctor con sus lanzas. A su lado, Hécuba no dejaba de llorar, y los ciudadanos apostados a lo largo de la muralla de Troya presenciaron conmocionados cómo los mirmidones despojaban el cuerpo de Héctor de su armadura.

Echando a sus hombres a un lado, Aquiles recogió el tahalí morado que había sido de Áyax, lo anudó a los tobillos de Héctor y remolcó su cuerpo deshecho por el escarpado terreno hasta su carro, a cuya baranda ató el tahalí. Subió al carro y poniendo sus caballos al galope, arrastró el cuerpo de Héctor, con la cabeza dando tumbos por las piedras y la melena levantando polvo, por todo el perímetro de las murallas de Troya.

A1 volver al campamento argivo aquella noche, Aquiles desató el magullado cadáver de la baranda de su carro y lo tiró junto al féretro donde yacía el cuerpo de Patroclo. Pero se sentía menos el cazador que retorna con su presa que un muchacho torpe que quiere reparar algún mal irreparable que ha causado.

Se derrumbó llorando sobre el cuerpo de su amigo.

Al rato se le acercó Fénix, y pasándole el brazo suavemente por el hombro, le pidió que fuera al baño que le había preparado y comiera luego con Agamenón y los demás señores argivos. Pero apartándolo, Aquiles se fue solo a la oscura playa a sentarse mirando el mar.

El mar era una oscuridad que devoraba la oscuridad, apenas se veían estrellas en el oscuro cielo. En dolor se había convertido Aquiles: un dolor tan inmenso que era como un negro abismo al que hubiera arrojado el cuerpo de Héctor e incontables cuerpos más, sin que su oscuridad fuera a llenarse



nunca, ya exterminara a la hueste troyana al completo. Dolor era todo lo que había, y ya nada cambiaría nunca.

Incineraron el cuerpo de Patroclo al día siguiente. Todos los mirmidones se cortaron un mechón de pelo para ponerlo sobre el cuerpo, y Aquiles se cortó él mismo el que su padre, Peleo, le había pedido que no se cortara hasta volver a casa en Tesalia, donde lo ofrecería en sacrificio a los dioses para agradecer el regreso del hijo. Pero ahora metió ese mechón en la mano de su amigo muerto, y los llorosos hombres que lo rodeaban supieron que su jefe ya no pensaba regresar de Troya.

Acercaron una tea a la inmensa pila de madera. De la yesca salieron chispas, pero no había viento aquella mañana y la madera verde seguía húmeda por la lluvia. Las llamas parpadearon y chisporrotearon un poco, pero el fuego no prendía.

Aquiles miraba desesperado el inmenso holocausto que había sacrificado por Patroclo, cuyo inmóvil cuerpo todavía oscilaba entre el mundo de la luz y el mundo de las sombras. De nuevo los hombres intentaron encender la pira y una vez más, no consiguieron más que lánguidas volutas de humo.

Llorando de ira, Aquiles pidió a todos que se fueran, salvo a los mirmidones. Luego se sentó a rezar junto a la pira, pidiendo a Apolo el previsor que lo guiara. Al rato entró en la tienda que había compartido con Patroclo y salió con la copa de las dos asas doradas. Llenándola de vino, se volvió primero al norte y derramó una libación a Bóreas, el dios del viento del Norte. Luego se volvió al oeste y derramó otra para Zéfiro. Y tras pedir a ambos dioses tracios que prestaran al fuego la fuerza de su aire, esperó todo el caluroso día a que su plegaria hallara respuesta.

Al anochecer se levantó una brisa que soplaba desde la bahía hacia la pira. Encendieron otra tea y se puso yesca nueva, y esa vez las llamas crecieron, lamiendo el aceite vertido. La madera ardió aspirando el aire con un chasquido. La carne de los animales sacrificados empezó a quemarse, la grasa chisporroteaba goteando. El aire que rodeaba la pira temblaba por el calor de la llamarada, y una columna de rojizo humo negro se elevó ondeante en la brisa del mar soltando ardientes chispas en el polvo por toda la llanura de Troya.

Con el fuego apagado y las cenizas ya frías, recogieron los huesos calcinados de Patroclo y los sellaron en una urna dorada. Aquiles metió la urna en su tienda y allí la guardó en espera del día en que sus propias cenizas se mezclaran con los restos de su amigo. Los argivos levantaron un muro de piedra alrededor de la pira, con un alto montículo de tierra encima en memoria de Patroclo.

Aquiles había anunciado que en los juegos fúnebres en honor de su amigo se repartirían generosos premios, pero se limitó a mirar apático a los contendientes que corrían ante él a pie y en carros, peleaban en las pruebas de pugilato, sacaban sus arcos y arrojaban sus lanzas. Tampoco hallaba ya solaz en la compañía de Briseida, a quien Agamenón le había devuelto, pues el recuerdo de los días pasados junto a Patroclo le dolían demasiado, y ya no se creía capaz de amar. Por eso dio la libertad a la muchacha, que regresó llorando con su gente. De noche dormía solo en la tienda, que le parecía inmensamente vacía, y una mañana tras otra, en un ritual de venganza cada vez más vacuo, arrastraba el cuerpo aún insepulto de Héctor alrededor del monumento a Patroclo, sólo para ver que el dios de su dolor seguía insatisfecho.

Una noche soñó que veía el fantasma de Patroclo mirando con ternura el quebrado cadáver de Héctor como si llorara por él, y al separarse de su amigo tras abrazarlo por última vez, el quebrado cuerpo que apretaba contra su pecho era el de Héctor.

Se despertó llorando en la noche.

Al día siguiente decidió visitar el santuario de Apolo Timbreo, donde rogaría al dios compasión para la sombra de Patroclo. Aunque apenas dirigió la palabra a Laocoonte, un hijo de Anténor que

ahora era el sacerdote de aquel templo, debió de hallar consuelo en la serenidad del lugar, pues volvió una segunda vez.

En su tercera visita, encontró junto al sacerdote a una muchacha troyana de unos quince años. Vestía con ropajes de sacerdotisa, y lo miró hacer su ofrenda con ojos recatados y nerviosos.

Cuando terminó con la ofrenda, Laocoonte le dijo vacilante en el silencio del templo:

–Te presento a Políxena, servidora del dios. Desea hablar contigo.

Aquiles vaciló. Había ido allí buscando soledad, no deseaba hablar con nadie salvo con el dios. Además, dado lo que había hecho en las márgenes del Escamandro y ante las murallas de Troya, no veía cómo iba a poder hablar así como así con una joven que quizá fuera hija o hermana de cualquiera de los muchos hombres muertos a sus manos.

La voz de ella tembló al preguntarle:

–¿Eres Aquiles, hijo de Peleo?

Él asintió, apartando la mirada de la acusación que le dirigían sus ojos.

Políxena, como si sacara fuerzas de esa consternación, le dijo:

–Tú mataste a mi hermano Héctor.

Las palabras le traspasaron como una lanza, pero se quedó inmóvil. Fue ella quien se sobresaltó por el intenso brillo de los ojos grises que le devolvían la mirada.

–¿Eres hija de Príamo? – y al asentir ella, Aquiles le espetó:- Si vienes a maldecirme, has de saber que mi vida ya está maldita. Nada que puedas decir aumentará mi pena.

Él le llevaría unos diez u once años, y sólo la mención de su nombre la había aterrado desde que era niña. Sin embargo, Políxena se veía ahora ante una curiosa e inesperada estampa. La fiera mirada se había esfumado de aquel rostro, llevándose mucha de su luz. Los rubios cabellos encanecían por algunos sitios, y ensombrecía su presencia un aura de desesperación tan extrema que la joven no había visto nunca nada igual. Aquel día había ido temblorosa al templo, esperando a lo sumo imbuir en el alma de aquel hombre algún escrúpulo que lo avergonzara. Pero ya no lo temía tanto. Y quizá por la permanente presencia del dios en todo el recinto sagrado, o tal vez por un defecto en la lealtad de su propia alma, le asombró descubrir en su lugar una especie de pena.

–Estás llorando al amigo que amabas -le dijo.

De nuevo él sólo pudo asentir; la marea del dolor volvía a acumularse en su interior y se emocionaría si pronunciara una sola palabra.

–Igual que yo lloro al hermano que amaba -se atrevió a continuar ella.

Ya no soportaba mirarla. Quiso darse la vuelta, recorrer el fresco suelo de mármol, salir a la llanura y cubrirse el pelo de polvo como había hecho al saber que Patroclo había muerto. Pero no podía moverse.

Tampoco podían sus ojos huir para siempre de los de ella. Al levantar la mirada se halló pensando que debía de ser la hija más joven del rey Príamo, pues seguramente era sólo una niña al empezar la guerra. ¿Cuántas niñas como ella habrían crecido conociendo sólo la guerra? Y recordó a Ifigenia, que llegó a Áulide pensando que era su novia para encontrarse con que desposaba a la muerte. Y también le vino a la mente Deidamía llevándose al pecho el bebé de ambos, y recordó la fiesta de los pastores de Esciros cuando, vestido de muchacha para servir a la diosa, sintió en la extática danza la oscura maravilla, extrañamente familiar, del sexo femenino. ¿Cómo habría sido de haber nacido mujer, si en vez de convertirse en asesino su destino hubiera sido quedarse esperando, como ellas, al día en que un impúdico extranjero irrumpiera por la puerta oliendo a sudor y sangre y pensando en la violación?

De todos modos, al final no había más que el hecho ineludible del dolor.

Políxena le dijo:

–No eres como me imaginaba.

En la calma del templo, él respondió:

–Tampoco yo me imaginaba así.

–Sin embargo, el divino Apolo sabe quién eres -su voz cobró seguridad-, y tengo algo que pedirte en su nombre.

–Pues pídeselo al dios, no a mí. Yo ya no sé quién soy.

–Pero sabes de tu dolor. Sabes de tu pérdida.

De nuevo tuvo que luchar para que el dolor y la pérdida no lo abrumaran.

–Mi padre también conoce ese dolor -prosiguió ella-, también conoce esa pérdida. Tú lloras a un amigo, él a un hijo. Sois enemigos, ya lo sé. Pero sois uno solo en el dolor.

El corazón le dio un vuelco: ya sabía lo que iba a pedirle.

Los preparativos se hicieron en secreto. A espaldas de su amo Agamenón, el heraldo Taltibio se reunió en el templo de Timbra con el heraldo de Príamo, Ideo, bajo el signo de Hermes, heraldo de los dioses inmortales, para organizarlo todo. Pero la misión habría sido imposible si ambos ejércitos no hubieran convenido una tregua y si las naves de Aquiles en la playa no hubieran estado muy retiradas al oeste de la línea del frente; en aquellas atalayas sólo hacían guardia los mirmidones. Así las cosas, un carrotrato podría cruzar la llanura sin ser visto en una noche sin luna.

Aquiles acababa de terminar de cenar con sus amigos Fénix y Automedonte cuando se anunció la llegada de Ideo.

–Que pase el heraldo -ordenó Aquiles, pero al mirar hacia la puerta, vio entrar a dos hombres, e Ideo no era el primero.

A1 otro, una figura algo encorvada, la penumbra le tapaba el rostro y los gruesos pliegues de la capa le cubrían la cabeza. Se volvió a Ideo, que le quitó la capa de los hombros. El blanco cabello del desconocido brilló a la luz de las lámparas de aceite. Cuando se volvió, Aquiles y sus amigos dieron un respingo por el asombro: tenían ante sí el atribulado rostro del rey Príamo.

El anciano rey quedó allí indeciso un momento, mesándose los canosos rizos de la barba. Automedonte fue el primero en moverse, alargando la mano para coger la espada, pero sabiéndolo,

Aquiles lo contuvo con un gesto. Príamo levantó las manos para mostrar que iba desarmado.

–¿Podemos hablar a solas? – le preguntó, y pidió a Ideo con la cabeza que saliera.

A1 momento, Aquiles hizo a sus amigos la seña de que se fueran con el heraldo, y el joven guerrero y el viejo rey se quedaron mirándose a cierta distancia, incómodos, de pie en el sucio suelo de la tienda.

Aquiles habló primero:

–No esperaba esto. – Pero no dejaba de pensar en que el cadáver mutilado del hijo de ese hombre seguía allá atrás, fuera, como un perro arrojado a un estercolero.

–Tampoco yo lo esperaba -le respondió Príamo-, pero cuando manda un dios, el mortal obedece, y mi vida no me vale para nada desde que mataste a mi hijo. Quería estar completamente seguro de que respetarías el acuerdo.

Aquiles se puso tenso.

–Soy un hombre de palabra. Juré ante Atenea que mataría a tu hijo y lo hice. Le prometí a tu hija que devolvería su cuerpo, y se hará. No soy troyano, para que se ponga en duda mi honor.

El odio del anciano por el joven guerrero que había matado a su hijo brilló entre ellos como la hoja de un cuchillo por un momento. Aquiles notó que si hubiera estado en poder de Príamo, el rey lo habría matado en aquel mismo instante. Y sabía también que él le habría cogido al viejo la frágil mano y se la habría retorcido hacia atrás, clavándole la hoja en el corazón. Pero pasó el momento, y se

quedaron mirándose con perplejidad, sabiendo que los dioses, indiferentes a sus deseos, pedían más de ellos.

El rey Príamo suspiró y sacudió la cabeza. Cuando extendió las manos con gesto de remordimiento, Aquiles vio que le temblaban. El viejo rey cruzó el suelo hasta él y cayó de rodillas como un suplicante.

–Perdona la fragilidad de un anciano -le rogó-. Piensa en tu propio padre, Aquiles, mi señor. Él y yo tendremos más o menos la misma edad. También él ya sólo tiene ante sí la desoladora perspectiva del declive hacia la muerte. Pero él posee un consuelo que a mí me falta; cuenta con un hijo que le apoyará en su debilidad. – También tú tienes hijos. El traidor, Paris, sigue con vida. Y te quedan más, seguro.

–Pero el mejor de ellos, el único en quien de veras confiaba..., se ha ido.

Aquiles lo miraba tenso desde arriba.

–Héctor cayó muerto en un combate limpio, su muerte no pesa sobre mi conciencia. Las Hijas de la Noche no me visitan a cuenta suya.

Príamo bajó la cabeza. Al instante dejó atónito a Aquiles alargando la mano para cogerle la suya y llevársela a los labios. Cuando el joven guerrero la retiró, Príamo lo miró con ojos totalmente desolados:

–He hecho lo que ningún hombre había hecho nunca. He besado la mano que mató a mi hijo. Ahora ten compasión, hijo de Peleo, y devuélveme su cuerpo.

Aquiles notó que también él temblaba. – Levántate -pidió-. Te lo ruego.

Pensar en su propio padre le había encogido el corazón. Ahora apenas podía respirar, se sentía agitado y confuso. Ayudando a Príamo a ponerse en pie, le dijo:

–Has tenido mucho valor arriesgándote a venir. Y has sufrido mucho. Ven, siéntate conmigo, estarás cansado. Come algo si quieres, vamos a hablar un rato.

Su voz había sido muy amable y su oferta sincera, pero el orgullo encrespó al anciano:

–No puedo pensar en comer mientras el cuerpo de Héctor siga insepulto. Ahí fuera, en el carromato, te espera una fortuna. Cógela como rescate y deja que me lleve a mi hijo.

Aquiles volvió a ponerse tenso.

–¿Te crees el único que llora? Te aseguro que no lo eres. Y no creo que mi padre pueda nunca mirar mi cuerpo como tú pronto mirarás el de tu hijo. No me insultes pensando que me interesa tu rescate. Sólo lo acepto para compensar a mis hombres de las penalidades de esta guerra. Pero mi aflicción es tan grande como la tuya, rey de Troya. Igual que tú lloras a tu hijo Héctor, yo lloro al amigo al que él mató. Tú y yo somos iguales en el dolor, tratémonos con respeto y cortesía.

Escarmentado por un hombre al que había visto más cercano a un lobo que a su propio y noble hijo, el rey Príamo se avergonzó. La fatiga lo venció como una ola inmensa que lo golpeará por la espalda. Aquiles lo vio en la súbita palidez de su rostro y lo oyó en la voz que susurró:

–Perdóname. Era mi dolor el que hablaba.

Alargó la mano para acercarle una silla, y el anciano rey se sentó con la cabeza entre las manos. Aquiles quedó en pie frente a él y dijo cerrando los ojos:

–Nunca habría podido matar a Héctor como lo hice si él no hubiera llevado mi propia armadura; conocía su punto débil. Pero al arrojar la lanza, sentí que me la clavaba a mí mismo. Y si expoliaron el cuerpo de tu hijo, fue porque yo odio el mío, que sigue aquí, vivo y respirando, un cuerpo inservible que debería ser polvo y cenizas y estar con Patroclo y Héctor entre las sombras. Soy yo quien debería pedirte perdón, rey de Troya, pero no nací para pedir.

Cuando abrió los ojos, Aquiles vio silenciosas lágrimas correr por el rostro del anciano. Momentos

después, casi como si fueran padre e hijo penando juntos, también él se echó a llorar.

Al rato, Aquiles salió de la tienda y dio órdenes de que bañaran y ungieran el cuerpo de Héctor, lo vistieran con una túnica limpia y lo envolvieran en un manto para que el anciano no le viera las heridas. Luego volvió a entrar y persuadió al rey de que comiera algo con él y descansara un poco en la cama que le habían preparado antes de salir de vuelta a Troya por la llanura.

Aquiles, que no pegó ojo esa noche, despertó al rey a las primeras luces del alba para que saliera del campamento argivo sin ser visto. Con su propia mano ayudó al rey Príamo a subir al carro mato que ahora transportaba el féretro de Héctor. Ideo subió junto al rey y tomó las riendas. Estaba a punto de espolear a las yeguas para ponerse en marcha, cuando Aquiles le dijo a Príamo:

–Dime cuánto tiempo piensas dedicar al funeral. Príamo sacudió la cabeza.

–Nos será difícil, al no poder salir de la ciudad. Nos llevará tiempo reunir la madera necesaria para la pira de Héctor. Aquiles asintió con gravedad.

–Di a tus hombres que vayan libremente al monte a por madera. Nuestros guerreros no los molestarán. Te prometo que honraremos la memoria de tu hijo.

–Has de saber, entonces, que los troyanos lo llorarán durante diez días. Los ritos se harán después. A los doce días estaremos de nuevo preparados para la lucha.

Débiles franjas de luz asomaban ya por el este. Aquiles le dijo:

–Tienes mi palabra de que los argivos no saldrán antes al campo de batalla.

El rey Príamo se inclinó y le tendió la mano. Aquiles se la apretó con fuerza, y cuando se soltaron, Ideo fustigó a los animales y emprendieron camino. Príamo se sentó arrebuándose en su capa sin mirar atrás, pero Aquiles siguió observando largo rato cómo el carromato se alejaba rodando lentamente en el amanecer hacia la fría neblina que subía del río.

### **Crimen en el santuario**

Los aullidos de Casandra en la plaza a la entrada del palacio despertaron a Helena de su sueño. A su lado en la cama, Paris se agitaba en las profundidades del sopor del opio, pero no se despertó. Olía a sueño. Helena percibía también su pestilente aliento a vino y opio. El aire que la envolvía estaba cargado y empalagoso.

Moviéndose con suavidad para no despertarlo, salió de la cama, se echó algo sobre los hombros para protegerse del frío del amanecer y se asomó por la ventana a la ancha plaza de la ciudadela. Allí Casandra limpiaba el suelo y segaba la hierba a la luz del alba, con la extraña belleza de una escuálida bailarina que representara un ritual mímico del dolor. Un carromato se había parado a su lado y para su asombro, Helena vio al heraldo Ideo ayudar a bajarse del pescante al rey Príamo, que temblaba un poco. Sólo entonces se fijó en el bulto extendido en la parte trasera del carromato, cubierto con un manto, y supo que el cuerpo mutilado de Héctor había vuelto a casa.

Quiso llorar pero no pudo, aunque sentía que su corazón iba a abrirse como una presa mal construida. La gente salía a la calle, algunos sólo a medio vestir. Una vez más, las mujeres echaban al aire sus desolados lamentos. De un momento a otro, Andrómaca llegaría corriendo desde la casa donde, desde el día de la muerte de su marido, el duelo la consumía. Y detrás iría la debilitada Hécuba, con Políxena a su lado para que no desfalleciera. Helena estaba segura de que sus gritos la desgarrarían como desgarrarían el cielo de la mañana. Troya era ahora la capital del dolor, y sabiéndose ella misma la causa, no deseaba otra cosa que el olvido al que Paris se había retirado cada vez más desde que presenció la muerte de Héctor.

Seguía profundamente dormido, pese a todo el desconsuelo que llegaba de la calle. Helena no aguantaba más. Volvió a cruzar la alcoba y lo destapó, retirando la elaborada colcha de su cuerpo desnudo. De inmediato, él cruzó las manos sobre el pecho, como arropándose contra el frío. Resopló y movió la cabeza, pero no abrió los ojos hasta que ella lo abofeteó como lo había hecho una vez en Esparta, hacía mucho tiempo.

Paris despertó de su sueño dando un bote, con los ojos abiertos como platos, esperando enfrentarse al despectivo ceño de Menelao. Vio, en cambio, el rostro ojeroso de Helena, con su nariz perfecta apuntando hacia él.

–Tu hermano vuelve para atormentarte -le anunció, y se alejó.

Él oyó las lamentaciones en la calle y supo lo que pasaba. – Parece que tu padre ha tenido el valor de hacer lo que tú no te atreviste -le espetó ella sentada en el tocador, mirándole con disgusto a la cara por el pulido espejo de bronce-. Ha ido hasta Aquiles y le ha convencido para que le devuelva el cuerpo de Héctor -le oía removerse al otro lado de la alcoba, pero le hablaba por el espejo-. Sólo un reproche me había hecho Héctor en todo el tiempo que llevo aquí..., y eso que mi presencia en esta ciudad ponía en jaque todo su mundo. Ahora, con él muerto, parece que ya no queda nada noble en Troya.

–¿Y cuánto falta para que te vayas tú? – en esa voz había más crueldad que nunca antes-. ¿Crees que no me asombra verte todavía aquí cada mañana..., que no te hayas escabullido en la noche para arrojarte a la misericordia de Menelao? – y tal era su desesperación, que añadió:- Una vez te fue fácil traicionarle. ¿Por qué no me ibas a traicionar a mí también?

Helena lo miró espantada, sobrecogida por el odio de sus ojos y su voz. El golpe no habría sido mayor si la hubiera lanzado al otro lado del cuarto.

¿Podía ser, entonces, que hubieran empezado a odiarse? ¿Podía ser que un éxtasis de amor como aquél se hubiera vuelto contra sí como una criatura muerta de hambre que royera su propio cuerpo? ¿Cómo podían haber caído tan bajo?

Fuera, las mujeres de la ciudad hacían oír sus gritos de dolor y de pena.

Paris se dio la vuelta en la cama, encerrándose en el silencio. Desde el tocador, Helena miró las sombras de su espalda y, al no volverse él, se miró ella al espejo y le horrorizó la glacial desconocida que allí la esperaba.

Diez días lloró la ciudad a su héroe caído. Al undécimo día erigieron un túmulo funerario con la dorada urna de las cenizas en el centro, y los lamentos fueron tan sonoros que, al decir de los hombres, los pájaros se quedaban quietos en el aire.

Durante todas esas jornadas de luto, los argivos no molestaron a los troyanos. Mientras, se curaban las heridas y reunían fuerzas para lo que ahora esperaban que sería la ofensiva final contra la ciudad. Héctor, el gran caudillo de Troya, había muerto, y la moral de los sitiados troyanos estaba en su punto más bajo. ¿No se vislumbraba ya el final de esta descabellada guerra?

Por lo menos, eso se decían los guerreros para animarse mientras se armaban para luchar de nuevo. Pero no contaban con la indómita voluntad del rey Príamo, que ni en su oscura hora de dolor había olvidado prepararse. Junto con los hombres que en la tregua salieron al monte a recoger leña, salieron también mensajeros que fueron hasta el hermanastro de Príamo, el rey Titono de Susa, en Asiria, para rogarle la ayuda prometida tiempo atrás. La respuesta llegó con una paloma mensajera, y Príamo se dio prisa en divulgar que un regimiento de etíopes procedente de Armenia cruzaba Frigia camino de Troya al mando de Memnón, guerrero negro que tenía la fama de ser el hombre más hermoso de la tierra.

En efecto, se reanudó la lucha, pero con un cansancio que desinflaba a ambos ejércitos. Ni siquiera se veía ya a Aquiles luchar con la osadía que antes aterrorizaba a la hueste troyana, y algunos amigos suyos pensaban que en la llanura troyana ya sólo buscaba una cosa: su propia muerte.

Sólo una vez vieron relampaguear en él la misma ira exterminadora que le había llevado a la masacre del recodo del Escamandro; pero esa vez la dirigió contra un miembro de la hueste argiva. Volviendo al campamento por la llanura al final de un día de combate, vio a Tersites sacar los ojos con la punta de su lanza a Pentesilea, la reina amazona; aquel día la habían hecho bajar de su carro plateado para darle muerte. Movido por la ira y el asco, saltó del carro y con su escudo pegó a Tersites un mazazo en el costado. Al poco, Diomedes encontró a Aquiles sollozando junto al cadáver de la doncella guerrera y le recriminó derramar lágrimas por el enemigo. Los dos guerreros habrían llegado a las manos si sus amigos no hubieran estado allí para separarlos, pero la tirantez no acabó en eso. Al oír Aquiles que Diomedes había ordenado a Tersites tirar el cuerpo de la reina amazona al Escamandro, atravesó la llanura y lo recuperó con sus propias manos. Acababa de sacar el cuerpo a la orilla y ya le limpiaba el barro de la cara tiernamente con su capa, cuando Tersites le gritó que muy desesperado debía de estar para buscar placer en el cadáver de una bárbara.

Aquiles le asestó tal mandoble en el cráneo con la hoja de su espada que los dientes saltaron de la boca del soldado en todas direcciones. Furioso por la muerte de un hombre de su familia, el rencor de Diomedes creció aún más cuando Aquiles mandó a sus mirmidones enterrar con reverencia a aquella mujer valerosa.

Dos días después, Memnón y sus etíopes llegaron a Troya, y aunque por un tiempo los argivos los mantuvieron a raya, al final lograron abrirse paso hasta la ciudad. A los cansados ojos de Agamenón y sus comandantes, las altas murallas de Troya parecían más infranqueables que nunca. Las discusiones entre ellos eran ahora frecuentes y subidas de tono. Diomedes afirmaba que había sido una majadería dar una tregua a los troyanos, en vez de aprovechar la ventaja de la muerte de Héctor. Aunque Aquiles se negaba a responder, Áyax apoyaba incondicionalmente a su primo, cuyo implacable valor admiraba con toda el alma desde la cruenta matanza del recodo del río. Néstor, como siempre, intentaba defender su terreno entre las partes enfrentadas, mientras a Idomeneo y sus cretenses les irritaban las

peloterías de sus aliados y Odiseo, harto, soñaba con volver a casa.

Aquiles, con la esperanza de volver a ver a Políxena, cada vez pasaba más tiempo en el santuario de Apolo Timbreo. En su desolada mente, ella le había llegado a parecer lo único incorrupto que quedaba entre los cuerpos sembrados por toda la llanura de Troya. Pero una y otra vez fue allí sin verla, y con cada decepción, su necesidad se hacía más acuciante, hasta que al final se decidió a preguntarle al sacerdote por qué la muchacha ya no iba al santuario. Incómodo, Laocoonte miró a otro lado.

A su padre, el rey, le parece peligroso que salga de la ciudad.

–¿Y si yo diera mi palabra de que nadie le iba a hacer ningún daño?

–¿Puede el hijo de Peleo hablar por toda la hueste argiva?

–Puedo hablar por mí mismo. Mi palabra es suficiente protección.

El sacerdote asintió.

–Y si hablara con Políxena, ¿qué habría de decirle cuando me pregunte por qué el hijo de Peleo desea verla?

Aquiles frunció el ceño en el marmóreo silencio del templo.

–Dile -empezó al cabo de un rato- que es porque ella y yo seguimos siendo uno en el dolor.

Desconcertado por la candorosa sinceridad del peligroso guerrero, Laocoonte volvió a asentir.

–Vuelve mañana. Hablaré con el rey y veré qué puede hacerse. Ahora presenta tu ofrenda al dios, hijo de Peleo.

Sin embargo, se habían puesto en marcha en torno a Aquiles fuerzas de las que su orgullo no tenía conocimiento. Diomedes, aún dolido por la muerte de Tersites, fue a buscar a Odiseo una noche para preguntarle si no le parecía sospechoso que Aquiles, como Palamedes antes, pasara tanto tiempo en el santuario de Apolo en Timbra.

–Palamedes era un traidor -le contestó Odiseo-. Aquiles no.

–¿Y cómo puedes estar tan seguro?

–Porque la mente de Palamedes era taimada y sutil, mientras que Aquiles es tan recto como la lanza de su padre. ¿Qué te hace a ti pensar otra cosa?

–¿Nunca te ha extrañado -le preguntó Diomedes- que Aquiles insistiera en dar a los troyanos tantos días de tregua para llorar a Héctor, en lugar de aplastarlos con sus mirmidones aprovechando su momento más débil?

A Odiseo sí le había extrañado. Tanto, que había hablado de ello a solas con Aquiles entonces. Al principio Aquiles intentó darle largas con palabras piadosas, como que es propio de guerreros honrar la muerte de un héroe, sea del bando que sea. Pero Odiseo vio en sus ojos que ni él mismo se lo creía, y siguió presionándolo hasta que supo la historia de cómo Príamo había visitado en secreto el campamento argivo. Sorprendido de que tal cosa pudiera haber sucedido, Odiseo había accedido a no comentar nada a los demás jefes, pero saber de canales de comunicación secretos entre los mirmidones y Troya le dejó preocupado. Y más aún ahora con las preguntas de Diomedes; pero también sabía de la hostilidad entre los dos jefes argivos.

–¿Insinúas -le soltó bruscamente- que Aquiles busca una paz con Troya por su cuenta? – y cuando Diomedes murmuró que esos días Aquiles mostraba tan poco ardor guerrero que no le sorprendería gran cosa, le preguntó: ¿Y te atreverías a decírselo a la cara? Hasta Áyax te arrancaría todos los miembros, uno por uno, si te oyera llamar traidor a su héroe.

–No voy tan lejos -le respondió Diomedes-. Sólo digo que la frecuencia de sus visitas a Timbra es sospechosa. Creo recordar que hubo quienes negaron que Palamedes fuera un traidor cuando tú expresaste idénticas sospechas.



Ahora Odiseo pisaba terreno movedizo.

–¿Y qué piensas hacer? – le preguntó.

–He pensado que no estaría de más vigilarlo la próxima vez que vaya al santuario. ¿No estás de acuerdo?

Odiseo se encogió de hombros.

–Creo que es tan probable que Aquiles sea un traidor como que tú lo seas, amigo mío. Pero hazlo, claro, si así te quedas tranquilo. Sin embargo, creo que Áyax y yo deberíamos ir contigo. A Áyax no hay porqué mencionarle tus sospechas, sólo que pensamos que Aquiles se arriesga demasiado saliendo así del campamento, y que sus amigos, manteniendo la discreción, hemos de estar a mano por si hace falta.

Cuando a la tarde siguiente Aquiles salió hacia el santuario, Diomedes, Áyax y Odiseo lo siguieron, aunque manteniéndose a suficiente distancia como para que no se percatara de su presencia. Se introdujo en el fresco silencio del templo y tras pagar sus honorarios al encargado, le hicieron esperar más de lo que pensaba. A1 cabo de un rato, apareció el sacerdote Laocoonte.

–La persona por la que preguntaste está aquí -le anunció-, pero todavía le da miedo volver a verte.

–No tiene nada que temer -le respondió Aquiles-. Sólo deseo hablar con ella un rato.

El sacerdote asintió, no muy seguro, y volvió a retirarse. Aquiles se quedó a solas esperando, preguntándose qué impulso lo llevaba al santuario. ¿Cómo podía haberse imaginado que la joven iba a mirar nunca con buenos ojos al asesino de su hermano? ¿Qué había estado soñando? ¿Qué podía él decirle a Políxena que ella quisiera oír? Sonrojándose de pronto, estaba a punto de levantarse y salir cuando oyó abrirse la puerta que comunicaba con el interior del templo. Políxena entró con un vestido azul pálido y las manos muy juntas, la mirada fija en el suelo de mármol.

Aquiles volvió a sonrojarse.

–Gracias por venir -dijo roncamente. Ella no levantó la mirada al decirle: -Sigo sin saber para qué deseas verme.

–Para hablar un poco. Hay cosas que me pesan mucho dentro.

–¿Como la muerte de mi hermano? – y fríamente, añadió-: Fue generoso por tu parte devolver su cuerpo. – Y cuando levantó la vista para mirarle, él sólo vio miedo y hostilidad en sus ojos. – Pero preferirías que fuera yo el muerto.

Ella no contestó, limitándose a subir sus asustados ojos a la estatua de bronce de Apolo, que contemplaba con serenidad el templo. Aquiles le dijo:

–Héctor y yo éramos enemigos. ¿No crees que también él me habría matado si los dioses hubieran estado de su parte? – De eso estoy totalmente segura. Pero él tenía un buen motivo. A ti nadie te pidió que vinieras a atacar nuestra ciudad.

–A mi amigo Menelao también le dieron suficiente motivo. Políxena alzó los ojos ante el calor de su voz, pero se encogió de hombros y volvió a apartar la vista. Aquiles no deseaba discutir con ella. Con calma, le dijo:

–Fue un duro destino el que llevó a Argos a entrar en conflicto con Troya -vacilante, hizo una pausa, y añadió-: Y también he pensado que el amor del príncipe Paris y la dama Helena debe de ser grande para estar dispuestos a precipitar el mundo a la guerra por su dulce causa.

Ella volvió a levantar la mirada hacia él, sorprendida por la ternura de su voz, pero no dijo nada. Aquiles tuvo que pensarlo un rato antes de volver a hablar:

–Sé que sólo me verás como un exterminador. ¿Cómo iba a ser si no? Pero desde la muerte de mi amigo Patroclo, mi vida ya no tiene sentido -la miró con una especie de súplica-. Estoy cansado de matar, Políxena. Estoy cansado de un mundo que me quita todo lo que amo para hacerme una

herramienta de odio más afilada. Ya no quiero vivir así.

Políxena miró nerviosa en torno suyo, como si la cruda sinceridad de Aquiles la turbara y no supiera qué hacer con ella.

Se llevó los apretados nudillos a la boca.

–Pues vete -le pidió-, vete de Troya. Déjanos, déjanos seguir en paz con nuestras vidas.

–Si fuera libre -respondió él-, me haría a la mar mañana. Pero tengo una deuda de honor con mis amigos.

–O sea, que te quedarás para seguir con la matanza. Y la gente que vas a matar son mis amigos. ¿Qué puedo yo decir a eso? Estaba tan concentrado en lo que tanto deseaba decir, que era como si ella no hubiera hablado.

–Si fuera libre... -repitió-, te pediría que vinieras conmigo.

Ella lo miró de hito en hito con los ojos muy abiertos. ¿Se había vuelto loco para atreverse a pensar en eso? ¿Cómo iba a sentir nada que no fuera pavor por el energúmeno que había matado a su hermano y a muchos otros?

Y sin embargo, ahora parecía totalmente desvalido frente a ella. Políxena miró suplicante a la estatua del dios: la presencia serena y previsoras que presidía en silencio ese extraño y desmesurado encuentro.

Y el dios habló a través de ella:

–Es imposible que sea yo lo que quieres -le dijo-. Lo que buscas es tu propia alma perdida.

Él frunció el ceño ante esas palabras. Se vio como ella debía de verle: una figura patética buscando amor entre los que, de todos los pobladores de la tierra, más razones tenían para odiarlo y temer lo. También él miró la estatua de Apolo, pero no halló en ella simpatía ni consuelo. Estaba solo en tierra extraña, muy lejos de los amigos que lo comprenderían. Y sus propios actos lo habían exiliado para siempre de los lazos humanos que creyó sentir en su encuentro con el rey Príamo y que había soñado con volver a encontrar en presencia de esta muchacha.

Aquiles miró a Políxena y la sintió estremecerse bajo su mirada. Estaba claro que sólo quería huir de su presencia. ¿A qué había venido entonces? Daba igual, no seguiría molestándola. Con respiración entrecortada, se dio la vuelta de pronto y echó a andar por el suelo de mármol.

Ya llegaba a la puerta cuando ella gritó su nombre, sólo una vez, muy rápido, como si algo la asustara. Él se paró y estuvo a punto de volverse, pero vio que no tenía sentido seguir cruzando palabras, por lo que movió la cabeza para despejarla, reanudó el paso y salió del templo al claro que daba a la llanura.

Estaba en el tramo más alto de la escalinata cuando una flecha se le clavó en la pantorrilla. Renqueó como si hubiera recibido una patada, pero no cayó en el acto; fue al agacharse a mirar donde le dolía, desconcertado, cuando perdió el equilibrio y cayó dando vueltas por los peldaños de mármol como si estuviera borracho.

Sentados a la sombra en la arboleda de la entrada al templo, los tres capitanes argivos pensaron al principio que se había tropezado, pero al levantarse rápidamente para ayudarlo, vieron el asta de la saeta clavada en su pierna derecha.

Al grito de «¡Traición!», Áyax corrió a proteger el cuerpo caído de su primo. Ya llegaba al pie de los escalones cuando vio dos hombres arriba, junto a la puerta del templo, uno de ellos armado con un arco. Al ver a Odiseo y Diomedes corriendo hacia ellos con las espadas ya desenvainadas, los hombres se miraron y volvieron rápidamente al interior del templo.

Áyax y Diomedes subieron los escalones a toda velocidad persiguiendo a los troyanos y gritándoles que no huyeran y lucharan. Odiseo se inclinó sobre Aquiles, que estudiaba la flecha con

cara aturdida.

–Has tenido suerte de que haya tenido tan mala puntería -le dijo Odiseo-. ¡Le debe de haber temblado la mano ante la idea de matar al gran Aquiles!

Aquiles miró perplejo a su amigo.

–No lo entiendo -murmuró-. ¿Qué haces tú aquí? Odiseo se metió el cuchillo que llevaba en la funda del cinto. – A Áyax le inquietaba que vinieras solo, temía que te pasara algo -mirando el suelo en torno a ellos, añadió-: Déjame que busque un palo para que lo muerdas mientras te saco la flecha. ¿Estás bien ahí?

Aquiles asintió y Odiseo se levantó y fue otra vez a la arboleda, donde partió una rama de buen grosor para su amigo. Volvió, se sentó junto a Aquiles en los peldaños y se rasgó un trozo de tela de la túnica para vendar la herida en cuanto extrajera la flecha.

–Unos palmos más arriba y te da en pleno trasero -le hizo una mueca-. Ahora vamos, muere esto.

Le ofreció el palo a Aquiles, que le miró con una sonrisa enfermiza, sacudió la cabeza y llevándose la mano a la flecha, él mismo se la arrancó de la pierna. La punta le desgarró la carne al salir, abriéndole una roja herida de la que rápidamente manó un borbotón de sangre. Soltando una maldición, Odiseo se agachó a restañar la brillante hemorragia con el trozo de tela.

–Tú y tu maldito orgullo -masculló. Pero cuando miró el rostro de Aquiles otra vez, vio en sus ojos que algo iba mal. Además, la sonrisa se le había quedado fija, y empezaba a bizquear.

–Veneno -murmuró Aquiles-. La flecha está envenenada. Con toda tranquilidad, como quien comparte un chiste con el universo, se echó a reír.

Odiseo miró la herida horrorizado. Rápidamente, con la punta del cuchillo la abrió más para que saliera más sangre, esperando que con ella saliera la ponzoña. La repentina punzada de dolor en la pantorrilla hizo jadear a Aquiles, que volvió a sacudir la cabeza. Con una sonrisa desvaída a Odiseo, se dejó caer en los peldaños y se quedó allí tendido, con un brazo pegado al cuerpo y el otro apuntando arriba apoyado en el codo, mirando el cielo girar sobre su cabeza. Murmuraba algo para sí. Odiseo, acercando más el oído, apenas distinguió las palabras:

–Apolo, que llega lejos con sus flechas, también ha acabado conmigo.

–No estás acabado -afirmó Odiseo, llenándosele los ojos de lágrimas-, te llevaremos a Macaón. Él te pondrá bien del todo enseguida.

Pero Aquiles musitaba al mismo tiempo:

–¿Recuerdas lo que dijo Apolo al dragón Tifoeo cuando lo mató?: «Ahora púdrete aquí, en el mismo suelo que alimenta a los mortales. Al menos ya no podrás hacer que tu monstruoso mal recaiga sobre ellos». – Las palabras acabaron con una risa seca e irónica, y un hilo de saliva brotó de entre sus labios. La cabeza se le fue a un lado. Miraba más allá de Odiseo, como si viera a alguien acercándose.

Alarmado por lo dilatadas que tenía las pupilas, Odiseo intentaba mantenerlo consciente cuando Áyax y Diomedes salieron del templo.

–Esos cabrones se han largado -exclamó Áyax con la cara roja de ira-. Tenían un carro fuera, detrás del templo. Iban con una mujer. Seguramente ha sido una trampa.

–El que llevaba el arco era Paris -dijo Diomedes, envainando su espada-. Creo que el otro era Deífobo, pero no estoy seguro.

Secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, Áyax bajó los escalones diciendo:

–¿Cómo está? ¿Le has sacado la flecha?

Odiseo los miró parpadeando y mordiéndose el labio.

–La punta estaba envenenada -explicó con respiración tensa y jadeante-. Creo que se está

muriendo.

Áyax bajó la vista incrédulo, y luego, al mirar la cara de Aquiles, un gruñido de angustia salió de su musculoso cuerpo. El labio superior se le torció, dejando a la vista sus dientes. Se inclinó para coger la inerte mano de su primo, pero la soltó al momento como quien suelta un objeto inútil.

A1 levantarse, Áyax, hijo de Telamón, que una vez se había jactado de no necesitar la ayuda de los dioses, lanzaba maldiciones al cielo.

La noticia de que habían matado a Aquiles llenó de júbilo las calles de Troya.

A la muerte de Héctor, la gente se había apiñado tras las murallas dispuesta a prepararse como fuera para el asedio. Ni siquiera la llegada de Memnón y los etíopes les había alegrado tanto, pues aunque agradecían su ayuda, los guerreros africanos también eran otro regimiento de bocas que alimentar, y las reservas almacenadas en la ciudad eran cada vez más escasas. Pero ahora que Aquiles había muerto, ¿no se vendría abajo toda la hueste argiva? Sólo era cuestión de tiempo que abandonaran la vana lucha.

Y era Paris, el causante de todas las desgracias de Troya, quien al final había sido su salvación. Había hecho lo que tanta falta hacía en un momento desesperado, y la ciudad estaba dispuesta a jalearlo como un héroe.

Sin embargo, sonriendo a la multitud con su padre y Deífobo junto a él bajo la ciudadela de Ilio, Paris sabía lo vacío que era su triunfo. Helena se había negado a aparecer junto a él, y ni siquiera cuando el gentío la llamó por su nombre salió de su alcoba. Anténor lo dejó chafado con una furiosa mirada de absoluto desprecio, y aunque Príamo acompañó a su hijo ante la mirada pública, al retirarse al interior del palacio llevaba el semblante grave y severo. El grupo regio ya se dispersaba cuando Príamo llamó a Paris y a Deífobo a la estancia donde solía reposar solo.

–¿Por qué no me informasteis de la emboscada a Aquiles? – les preguntó con calma.

Deífobo le contestó:

–Pensamos que nos prohibirías arriesgar la vida.

–¿Y decidisteis actuar sin mi conocimiento y permiso? – Fue por el bien de la ciudad -respondió Deífobo-, ¿y no nos justifican los acontecimientos?

Príamo lo miró largamente con ojos cansados.

–¿Hay algo que justifique profanar el santuario de Apolo? El dios previsor protege esta ciudad desde hace mucho. ¿Por cuánto más tiempo creéis que lo hará, si se cometen crímenes en su santuario?

–Esperamos a que Aquiles saliera del templo -apuntó Paris-. Por eso me llevé el arco.

Príamo movió los ojos para mirarle.

–¿Por eso, o porque no te atrevías a enfrentarte a él hombre a hombre?

Paris retrocedió iracundo.

–¿No recuerdo que hasta tu amado Héctor corrió ante Aquiles? Conténtate con que tu hijo esté vengado.

Príamo tomó aliento sonoramente.

–Degrada a ambos nombres salir de tus labios -apartó la vista, sacudiendo la cabeza-. ¡Una flecha envenenada desde un lugar oculto! ¿Tanto te temblaba la mano que fallaste?

–La flecha habría ido directa al corazón si Políxena no me hubiera movido el brazo.

–He hablado con Políxena -la voz del rey era trémula-. Ella y el sacerdote me han contado toda la verdad, es vergonzoso. ¿Es que mis hijos ya no tienen honor, que utilizan así a sus hermanas menores?

–¿Qué más da? – atajó Deífobo-. Aquiles está muerto. Es lo que cuenta.

–¿Eso te parece? – le respondió Príamo-. ¿Eso es lo que todos estos años de guerra han hecho de

nosotros? Hubo un tiempo en el que me enorgullecía de mis hijos. Hubo un tiempo en el que veía la razón de nuestra parte y creía que los dioses querrían, por tanto, nuestra victoria. Pero mirad adónde hemos llegado. Me enferma representar esta farsa de triunfo ante el pueblo.

–¿Preferirías que Aquiles viviera para incendiarte la ciudad? – gruñó Deífobo-. ¿Acaso preferirías tenerlo a él por hijo? Príamo apartó la mirada.

–Preferiría que mis hijos hubieran sido tan hombres como él, eso es todo. Ahora, fuera de mi vista, los dos. Dejadme llorar la muerte del honor en el mundo.

Helena se sentaba junto al marco de la ventana cepillándose la larga melena cuando Paris entró. Etra, ya frágil y anciana, trabajaba en su tapiz al otro lado del cuarto.

–¿Por qué no acudiste a la llamada del pueblo? – le preguntó. Con serenidad, ella le contestó:

–Porque no tenía deseos de compartir tu deshonor.

–La ciudad me rendía honores.

–La ciudad no sabe lo que saben las mujeres de palacio. – Volviéndose hacia la luz de la ventana para no mirarle, Helena siguió cepillándose el pelo.

Paris frunció el ceño a la anciana esclava que tejía al fondo de la estancia.

–Déjanos solos.

–Quédate, Etra -ordenó Helena. Azorada, Etra no sabía a quién hacer caso.

–Evidentemente, al héroe de Troya no le parece suficiente el respeto que le mostramos -dijo Helena-. ¿Cómo honrar al hombre que mató a Aquiles, tú qué crees?

Paris notó que había estado bebiendo vino.

–Si hay alguna vergüenza en lo que he hecho -señaló-, tú tienes igual parte en ella. Lo hice para protegerte.

Helena no podía negar su horror por lo que él había hecho, pero tampoco la verdad de lo que acababa de oír. Estaban juntos en la vergüenza, tanto como antaño lo habían estado en el amor, y ese amor aún la reclamaba, incluso ahora que luchaba contra él. El conflicto empañaba el semblante de Helena, pero él sólo vio una mirada fría y se apartó dolido. Contempló las ricas colgaduras del cuarto y todas las cosas bellas que allí habían reunido: objetos procedentes de Chipre y Egipto, regalos enviados desde todo el Oriente por amigos y admiradores, piezas que los dos juntos habían encargado a los mejores artesanos y artistas de Troya. Recuerdos de un amor ahora derrotado, que antaño llenaba cada uno de los momentos de sus vidas. Él sólo había querido estar con ella, adorarla como adoraba a Afrodita. Sin embargo, sin saber cómo, casi sin darse cuenta, la había perdido y no veía cómo recuperarla.

–Hubo un tiempo en el que amarme te enorgullecía -le dijo.

–Hubo un tiempo en el que tú... -empezó ella. Pero no tenía ganas de discutir con él. Movié la cabeza y apartó la vista. – Dilo -le exigió él-, di lo que ibas a decir.

Cuando Helena volvió a mirarle, no había reproche ni rechazo en sus ojos, sólo un pesar infinito.

–Si tuviera alguna esperanza, lo diría. – Pero no la tienes.

La acusación sonó dura en su voz, pero sus ojos eran los de un hombre en su última apelación, que espera poder aún refutar las pruebas. Helena, que no quería dictar sentencia, se reclinó contra la ventana y cerró los ojos.

Paris le dijo:

–Crees que no hay esperanza para nosotros.

Vio su negra cabellera brillar a la luz. Y al no haber respuesta, fue como si uno de ellos, él o ella, se marchara a la deriva por el mar sin poder evitarlo, cada vez más lejos del otro.

Paris miró vacilante a Etra, que bajó la vista a su labor. Y cuando volvió a mirar a Helena, pensó

que era como si esa luz la hubiera convertido en estatua de mármol, tan bella como siempre, pero privada del habla y de la pasión, esperando la noche.

Por un tiempo, Agamenón se preguntó si su ejército se recuperaría alguna vez de la muerte de Aquiles. Día tras día lloraron a su caudillo muerto, y ni el entusiasmo que derrocharon los hombres compitiendo en los juegos fúnebres mitigó el sentimiento de total desolación. Esos duros veteranos que llevaban años mirando a la muerte a los ojos estaban descorazonados por la pérdida sufrida. Siempre habían visto en Aquiles lo más semejante a un dios que podía llegar a ser un hombre: nunca le vieron temer por su vida, y había tomado la de otros con la implacable indiferencia de un dios; sus adeptos habían empezado a creerle inmortal. No se explicaban que hubiera caído sin gloria en terreno sagrado por la flecha de un asesino. Para todos los comandantes -incluso para Diomedes- fue un golpe tan duro que no acababan de creerlo, sobre todo Áyax, cuyo dolor no conocía límites.

Sin poder perdonarse haber estado repantigado a la sombra comiendo higos mientras a sólo unos metros derribaban a Aquiles, Áyax cargó con él sin ayuda todo el camino de vuelta al campamento para llevarlo cuanto antes a un médico. Pero cuando tendió su carga en el suelo, Aquiles estaba muerto, y ese segundo fracaso se añadió a su ya intolerable culpa.

El dolor de Áyax se trocó rápidamente en ira. Gritando que la traición había derribado al mejor guerrero de la época y que su sombra clamaba venganza, salió a la llanura dispuesto a dar caza con espantosa barbarie a todo infortunado troyano que se cruzara en su camino.

La guerra ya había destrozado los nervios a muchos, que se sentaban por el campamento llorando y temblando hasta que alguien perdía la paciencia y los sacaba de su sufrimiento, o los subían a escondidas a bordo de una nave de suministro y los enviaban de vuelta a casa. Sin embargo, la locura de Áyax, que al principio pareció un ardor aún más denodado en la lucha, pasó desapercibida. Los demás soldados decían que quería emular a Aquiles y luchar como su primo había luchado en el baño de sangre del Escamandro. Pero el día que Áyax volvió de una incursión adornado con un collar de orejas cortadas, Odiseo empezó a temer por su cordura.

El último día de los ritos funerarios oficiados por Aquiles, las cenizas del héroe se mezclaron con las de Patroclo y la urna dorada fue enterrada bajo un gran túmulo que erigieron en el promontorio que dominaba todo el Helesponto. Al término de los juegos fúnebres, sólo quedaba decidir quién heredaría la maravillosa armadura que Tetis había regalado a su hijo.

La decisión correspondía a Agamenón y tomarla era difícil, pues todos los comandantes codiciaban el trofeo, por su valor material y en recuerdo del hombre que la había llevado. Agamenón decidió que los principales candidatos habían de ser los que habían estado con Aquiles a su muerte, y de esos tres hombres le pareció lo más sensato dar la armadura a aquél de quien él más dependía: Odiseo..

Áyax no aceptó la decisión. ¿No era él quien más se había esforzado en dar caza a los asesinos de Aquiles? ¿No lo había llevado él en sus propios brazos hasta el campamento? ¿No habían mostrado sus proezas desde la muerte de su primo que era su auténtico sucesor, el terror de los troyanos? Tenía todo el derecho a hacerse con la armadura. Si Aquiles viviera, dijo, Agamenón no se atrevería a deshonrarle cediéndosela a cualquier otro guerrero de menor estatura.

Sin embargo, Agamenón había tomado su decisión y no iba a dar marcha atrás.

Ni siquiera su hermanastro Teucro supo consolar a Áyax de esa pérdida añadida. Gritando que no había justicia entre los hombres ni entre los dioses, salió del recinto de la asamblea sombrío e iracundo.

Calcante dijo que Atenea le había castigado con la locura por haber insultado tantas veces a los dioses, y aconsejó a Teucro confinarlo en su cabaña hasta que volviera a sus cabales. Pero Odiseo, que

vio marcharse a Áyax, estaba convencido de que, como tantos otros, no aguantaría la larga tensión de esa guerra.

Lo cierto es que aquella noche vieron a Áyax blandiendo la espada entre las reses y ovejas robadas de los corrales y pastos dardanios. Los animales chillaban y gemían en medio de la matanza, mientras Áyax maldecía a voces los nombres de Agamenón y Odiseo. Nadie se atrevió a acercarse hasta que al fin cayó extenuado. No recobró el juicio en el campo de batalla, donde creía estar, bajo un cielo oscuro, sino en el espeluznante patio de una carnicería, lleno a rebosar de ovejas y bueyes muertos. Declinando todas las ofertas de ayuda, se levantó y se fue tambaleándose. Cuando Teucro lo llamó, le llegó un grito en respuesta: Atenea le había dicho que fuera al mar a limpiarse la sangre. Pero allá abajo en la orilla, Áyax sólo debió de hallar igual negrura que en la oscuridad de su mente, pues tomó su espada, regalo de Héctor, la fijó bien a la tierra por la empuñadura y se ensartó en su hoja.

Hubo diferencias sobre lo que debía hacerse con el cuerpo. Teucro insistía en rendir a Áyax el honor debido a un gran guerrero. Pero había muerto por su propia mano, y no en el campo de batalla, y según Menelao, había que dejar su cuerpo a buitres y milanos. Teucro, que era hijo de Telamón, amigo de Agamenón de toda la vida, lo defendió ante el rey supremo. A medio camino entre la lealtad a Telamón y el miedo a ofender a los dioses, Agamenón no acababa de decidir qué sería lo mejor. Odiseo le sugirió que permitiera los ritos funerarios y ofreció su ayuda en ellos, oferta que Teucro rehusó orgullosamente. Al final Calcante zanjó el asunto diciendo que Áyax había perdido el derecho a la pira funeraria de un héroe, pero que su cuerpo podía enterrarse en un féretro de suicida, sin ser abandonado a las aves carroñeras.

Al acabar el gris funeral, Agamenón cayó presa de otro ataque de melancolía. Con la muerte de Héctor había creído que al fin la guerra se inclinaba en su favor, pero tras el asesinato de Aquiles y la locura y el suicidio de Áyax, de nuevo todo parecía haberse ido a pique. Y a sus inquietudes se sumaba que la llegada de los etíopes había reforzado el ejército troyano y que las murallas de la ciudad seguían siendo tan infranqueables como siempre. Sin saber qué curso tomar, pidió consejo a Odiseo y ordenó a Calcante que consultara los augurios.

Calcante regresó de sus ritos proféticos con la alentadora noticia de que el sacrilegio de Paris le había hecho incurrir en la ira de Apolo. Troya ya no contaba con el apoyo del dios, pero eran necesarias dos cosas para que la ciudad cayera.

–Primero, un nuevo guerrero ha de dirigir a los mirmidones. Hay que ir a Esciros en busca de Pirro, el hijo que Deidamía dio a Aquiles.

–Pero ese niño tendrá, como mucho, doce años -objetó Diomedes.

–Es hijo de Aquiles y nieto de Peleo -intervino Fénix-. Los mirmidones lo seguirán.

–Pues que lo traigan -ordenó Agamenón. Luego miró otra vez a Calcante con desconfianza-. ¿Qué es lo otro?

–Troya cayó una vez bajo el poder de Heracles -contó el sacerdote-. La ciudad volverá a caer cuando su gran arco intervenga en la guerra.

–En el nombre de Zeus, ¿dónde está ese arco?

–No muy lejos -le respondió Odiseo-, en Lemnos. Es de Filoctetes, que sigue curándose de su herida.

Agamenón frunció el ceño, recordando el nauseabundo hedor a podredumbre de aquella herida.

–¿Se prestará a deshacerse del arco?

–Lo dudo -dijo Odiseo-, pero ¿no vamos soportar el hedor si con eso la ciudad se rinde?

La isla de Lemnos estaba a menos de cien kilómetros al oeste de la costa de Troya, y la nave que transportaba a Filoctetes llegó primero. Su pierna seguía apestando, pero el cirujano de Agamenón le

extrajo inmediatamente la carne pútrida y su médico le trató la herida con cataplasmas de hierbas. Las previsiones eran buenas, el paciente pronto habría recuperado el uso de la pierna.

Odiseo y Menelao lo visitaron en su convalecencia, y tras un rato de charla, Odiseo cogió el gran arco de Heracles que Filoctetes conservaba junto a la litera.

–Nos preguntábamos si sigues siendo tan bueno como antes manejando esto.

Filoctetes sonrió.

–Dadme un par de días para curarme la pierna y os lo enseñaré.

–Qué bien -dijo Menelao-, estupendo. Como sabes, Paris se encuentra a gusto con el arco; habíamos pensado que podrías retarle a un duelo.

–¿Crees que ese cobarde osará a enfrentarse a mí?

–Es el mayor de los hijos que le quedan a Príamo -apuntó Odiseo-. Es el héroe de Troya estos días. No se negará a un desafío público.

Paris bebía vino a solas cuando un heraldo le trajo la noticia de que alguien le retaba a un duelo en las murallas de la ciudad. Al preguntarle quién era, el heraldo sólo supo decirle que el sol dado llevaba un gran arco curvado y un carcaj de flechas, y que en la ciudad nadie le había visto antes.

Luego Deífobo llegó hasta su puerta.

–Es Filoctetes, el mejor de los arqueros argivos. Tiene el arco de Heracles. Tendrás que enfrentarte a él.

Aunque habían luchado juntos en la llanura de Troya y conspirado tras la muerte de Héctor para asesinar a Aquiles, Paris sabía que su hermano no le había perdonado nunca que, tantos años atrás, le hubiera roto la nariz en la prueba de pugilato. Aquel golpe había afeado la cara de Deífobo, torciéndole más la sonrisa con la que ahora estudiaba a Paris.

Paris se levantó y ya cruzaba la estancia para ir a por su arco cuando, dándole un vuelco el corazón, vio que Helena estaba justo detrás de Deífobo.

Siempre supo que su hermano deseaba a Helena, pero hasta hacía poco, ella siempre había mantenido las distancias, y si hablaba de él, era con desdén. Sin embargo, eso había cambiado. Paris notaba una tensión diferente entre ellos, una aversión mutua, casi sensual, en la que la desesperanza de ella y el deseo de su hermano se mezclaban de un modo que le enfermaba y humillaba.

Helena miraba al suelo callada, esperando a ver qué hacía.

Paris no deseaba volver a luchar ni matar más, pero la guerra desencadenada por su causa se negaba a soltarle. Ante sí vio la mofa en los ojos de su hermano. Sin decir una palabra a ninguno de los dos, fue a por su arco.

No habían pasado veinte minutos cuando sus criados lo devolvieron a su alcoba. Una flecha había rebotado en su armadura saltándole el ojo izquierdo. Del muslo le sobresalía otra, y tenía una tercera clavada en el costado derecho por debajo del tórax. Los cirujanos no querían extraerla, y por eso yacía de cara a su padre y a su madre, que lloraban junto a su cama, consolándolos con una cansada sonrisa.

Insegura, Helena se acercó. Se obligó a mirar a Paris, tendido, medio ciego, vendado para restañar la hemorragia y todavía traspasado por un astil tan fino que apenas se podía creer que pudiera dañarle. Se sintió próxima al desmayo.

–Parece que tenías razón -le susurró él, sonriéndola-. No había esperanza para nosotros.

Y en su rostro desfigurado había tanta pérdida que ella no pudo soportarlo. Sin embargo, pasó largo rato sentada junto a la cama cogiéndole la mano e incapaz de hablar, porque también a ella la traspasaba una angustia tan total e insoportable que se llevaba toda la energía de su cuerpo.

Y él no hallaba consuelo en su presencia, pues cada vez que la miraba sólo veía la magnitud de su pérdida. Al rato, por consideración hacia ella, le dijo:



–Vete. Ya hemos sufrido mucho juntos.

Llegó la noche. Iluminaron el cuarto con lámparas de aceite. Sólo su madre y las criadas lloraban ahora junto a la cama. Estaba tardando tanto en morir que empezó a asustarse. Como un cazador perdido en un bosque oscuro que hurgara en la memoria buscando en ella algún camino de vuelta a la luz, tuvo una idea. Y con ella un rayo de esperanza. Alargando la mano, tiró de la de su madre para que se acercara.

–Eneas -resolló-. Dile a Eneas que venga.

Pasó más tiempo. La noche se hizo más oscura. Eneas llegó al fin y se acercó a la cama, cohibido. Paris hizo acopio de fuerzas, pero su voz apenas era más que un susurro:

–Tú y yo una vez fuimos amigos -musitó-, y si aquella amistad falló, fue por mi culpa. Perdóname.

Eneas, inundado de compasión, le respondió:

–Un hombre ha de seguir su destino. Tú estabas en poder de la diosa, como mi padre antaño.

Paris intentó sonreír otra vez.

–Y ya ves cómo nos ciega Afrodita -sacudió la cabeza-. ¿Quién hubiera dicho que un pastor dardanio le traería tantos problemas al mundo? – Eneas notó que le apretaba la mano-. Tengo que pedirte algo. ¿Te acuerdas de la muchacha que visteis en el santuario de Esminta, cuando Menelao fue a hacer sus ofrendas? Vio el ceño de Eneas. Dolorido, Paris tomó aliento para seguir hablando:

–Se llama Enone. Me amó hace tiempo. Me dijo que mandara a buscarla si alguna vez me herían, que ella tenía el poder de curarme.

Dudoso, Eneas asintió.

Cuando Paris abrió la boca para seguir hablando, empezó a toser. Le goteaba sangre por la comisura de la boca.

Eneas le dijo:

–Calla ahora.

Y de nuevo Paris le apretó la mano.

–¿Me la traerás?

Eneas volvió a fruncir el ceño.

–Aquello fue hace mucho.

–Su amor era más verdadero que el mío -afirmó Paris-, habrá perdurado. Va a venir, sé que vendrá.

Aguantó toda aquella noche y todo el día siguiente, pero casi todo ese tiempo estuvo perdido en el delirio, y si Helena acudió otra vez a su cama, no se enteró.

Eneas volvió solo y nervioso a la noche siguiente. Paris supo, nada más ver la cara de su amigo, que su última esperanza le había fallado.

–¿No va a venir? Eneas sacudió la cabeza.

–¿No me manda ni siquiera una palabra?

Sabiéndose incapaz de transmitirle el amargo mensaje de Enone, Eneas estuvo a punto de decirle que no la había visto, pero intuyendo que Paris se había dado cuenta de que iba a mentirle, guardó silencio. Vio el pasado cruzar el rostro deshecho de su amigo. A1 rato, escupiendo sangre y saliva con un breve jadeo estrangulado, Paris se volvió a la pared y expiró.

A las pocas horas, angustiada porque su orgullo había vencido a su caridad, Enone llegó a Troya. Los centinelas no querían abrirle la puerta. Cuando les explicó a qué iba, le dijeron encogiéndose de hombros que llegaba demasiado tarde.

### **Un caballo para Atenea**

Con la inquietud de los doce años y el vigor de un muchacho grande para su edad -casi tanto como para llenar la armadura de su padre-, llegó a Troya Pirro, el hijo de Aquiles. Su llegada infundió

nuevos bríos a los mirmidones, y de ellos recibió el nombre de Neoptólemo, «el nuevo guerrero». Agamenón decidió que la suerte les favorecía, los argivos volvieron a saltar al campo de batalla, y los dos ejércitos se enfrentaron sin más resultado que un sangriento punto muerto. La guerra continuó.

Luego el tiempo volvió a empeorar. El encarnizado viento descargaba lluvias en la llanura y agitaba el mar, levantando un oleaje que impedía llegar a puerto a las naves de suministro. Decaída y empapada, la hueste argiva rezongaba apiñándose en torno a las fogatas. Sólo el pésimo tiempo evitó que muchos recogieran sus cosas y se hicieran a la mar.

Una tarde, tras una refriega con una pequeña banda de dardanios que se rindió con sorprendente rapidez, su jefe, que dijo ser pariente de Eneas, se acercó a Odiseo. Les llevaba un mensaje de Anténor para abrir canales de comunicación secretos, precisando la hora en que Anténor se encontraría en el templo de Apolo en Timbra.

Odiseo le dijo:

–Creo recordar que los argivos tenemos buenas razones para desconfiar de la santidad de ese lugar. El dardanio asintió.

–Quizá también recuerdes que Anténor tiene motivos para odiar al que la profanó. Además, Laocoonte, el sacerdote del santuario, es hijo de Anténor. No sabía nada del plan de Paris y Deífobo; el sacrilegio lo indignó. Anténor también te recuerda que una vez fuiste su huésped, ese vínculo sigue ahí. Yo haré de rehén con mi propia vida. Espero quedar libre otra vez cuando hayas hablado con él.

Acompañado de su primo Sinón, Odiseo fue al santuario donde habían asesinado a Aquiles. Allí estaba Anténor esperándolo, solo y desarmado. Con el viento aullando fuera, los dos hombres hablaron largo rato. Anténor comunicó a Odiseo que el rey Príamo era un hombre roto, sin fuerzas ya para ocuparse de los asuntos de gobierno. Deífobo había asumido el mando de las fuerzas troyanas.

–Pero la disensión impera en la ciudad -explicó-. Muchos ya sólo pensamos en el fin de la guerra, y estoy lejos de ser el único partidario de devolver Helena a Menelao a cambio de un tratado de paz inmediato. Eneas y su padre están conmigo: demasiados dardanios han muerto en una guerra que ninguno deseaba. Pero Deífobo es el heredero al trono, y sigue habiendo muchos seguidores suyos -Anténor apartó la mirada-. Otra cosa has de saber. Helena vive ahora con él -al mirarlo de nuevo, vio la sorpresa en el semblante de Odiseo-, y no hay forma de que él la entregue. Sigue pensando que puede ganar la guerra. Confía en nuestras murallas, y duda de que vuestras tropas puedan soportar otro invierno en la llanura.

Odiseo le contestó:

–Puede que en eso no le falte razón. Sin embargo aún quedan muchas semanas para el invierno, podemos seguir matándonos sin sentido mucho tiempo.

–¿Y por qué no llegar a un acuerdo razonable? – le urgió Anténor.

Odiseo arqueó las cejas.

–Hace tiempo que perdí la fe en la razón humana.

No obstante, siguieron hablando de las posibles condiciones del armisticio, y cuando Odiseo salió del templo, había prometido hacer todo lo que pudiera para poner fin a la guerra.

–Parece que, en efecto, nuestros espías tenían razón -le dijo Sinón cuando volvían al carro-. Se diría que últimamente Anténor y los dardanios piensan más en la supervivencia que en la victoria.

Odiseo sonrió a su primo con ironía.

–Esperemos que también quede algún vestigio de cordura en nuestras filas. De otro modo, nunca volveremos a Ítaca.

A Menelao le afectó tanto la noticia de que Helena se hubiera entregado a Deífobo que mantuvo un hosco silencio durante la larga reunión del consejo en la que Odiseo comunicó las novedades. Y

respecto a los demás señores de la guerra, las divisiones en la dirección argiva eran casi exactamente las mismas que entre los troyanos y sus aliados. Odiseo e Idomeneo estaban dispuestos a acordar condiciones sensatas, pero Diomedes tachó de locura haber luchado tantos años, perdiendo tantos amigos, sólo para abandonar antes de que la ciudad cayera. Neoptólemo estaba de acuerdo. Con un aire grave e implacable que a todos recordó a Aquiles, el joven guerrero declaró que no iba a dejar Troya hasta ver muertos a los que habían conspirado para asesinar a su padre.

Odiseo, afligido, escuchó al chico. Pensaba en su propio hijo, Telémaco, casi de la misma edad, y se preguntaba si el horrendo patrimonio de esa guerra habría de pasar también a él un día, como una maldición que arroja su sombra de generación en generación. Mientras, el viejo Néstor titubeaba entre las dos facciones, consciente de la futilidad de la guerra, pero sabiendo que ninguno de los héroes de su juventud habría aceptado jamás otra cosa que no fuera la victoria total. Agamenón escuchó los argumentos sumido en una arisca nebulosa alcohólica. Los ánimos se encrespaban. En poco tiempo pasarían a los insultos.

Pero entonces Menelao alzó los ojos de su vino.

–La guerra empezó con una ofensa a mi persona. En Esparta todos jurasteis ante Poseidón defender mi derecho. Seguíis vinculados a aquel juramento -en su voz vibraba la amenaza-, espero que lo respetéis.

Hasta Agamenón quedó atónito por su hosca vehemencia. Esforzándose para que la incredulidad no se le notara en la voz, le preguntó:

–¿Quieres decir que aún deseas que ella vuelva?

–Quiero ver a Deífobo muerto como Paris -respondió Menelao-. Quiero ver esa ciudad en llamas.

En el prolongado silencio que siguió, cada uno de los congregados vio ante sí un futuro negro de humo y muerte.

–Ya habéis oído a mi hermano -dijo Agamenón al fin-. La guerra sigue.

Aquella noche Odiseo despertó de un sangriento sueño preguntándose si también él se estaba volviendo loco. Entonces vio la causa: Menelao había vuelto a conjurar el espantoso recuerdo del juramento hecho en Esparta. Por lo que él sabía, hacía años que nadie pensaba ya en ese juramento. Fueran cuales fueran sus causas iniciales, la guerra había desarrollado hacía tiempo una retorcida lógica propia de la que todos eran prisioneros. Y justo cuando podían negociar una salida de esa larga pesadilla, Menelao resucitaba el espectro del juramento. ¡No era de extrañar que volviera a perseguir en sueños a quien lo ideó!

Recordando el sueño, Odiseo se estremeció. Había visto los sanguinolentos trozos del caballo que sacrificaron en Esparta resurgir y unirse de nuevo. El caballo volvía a ensamblarse, y uno por uno, obligaban a los jefes argivos a meterse en su panza, encerrándolos a todos en una espeluznante caverna de sangre.

Meneó la cabeza para sacarse de la mente aquella horripilante imagen. Siguió echado largo rato, añorando la compañía de su esposa, evocando cómo era en Esparta de muchacha, cómo al fin habían zarpado hacia Ítaca, felices de dejar atrás el ajetreo y las ambiciones del mundo, sin otro deseo que la alegría de vivir juntos en su islote. Sin embargo, Menelao y Palamedes lo habían perseguido hasta allí con el recuerdo de aquel caballo desmembrado.

Y Palamedes, Patroclo y Áyax el Grande -todos los cuales habían jurado con él ante los pedazos del rey caballo- ya estaban muertos: y Aquiles, Héctor y Paris vagaban con ellos por los campos de asfódelos, en la Tierra de las Sombras. Y todo indicaba que la maldición del caballo no iba a soltarlo.

Odiseo anhelaba volver a acariciar a su esposa. Deseaba sentir su suave peso en sus brazos. Quería respirar el fresco aroma a hierbas de su cuerpo. En algún sitio aún debía de haber un mundo que no

apestara al sudor, la furia y el miedo de los soldados. Un mundo donde se pudiera pensar en otras cosas que en matar y morir. Cansado y temeroso de un encierro eterno en este mundo de sangre y de no volver a ver nunca más a Penélope y a su hijo, Odiseo se levantó para enfrentarse a otro día inhóspito.

Seguía con la cabeza embotada por el sueño cuando Menelao fue a verlo a su tienda. Traía consigo a un hombre menudo de barba cana, con una pierna tullida y el brillo de la astucia en los ojos. Odiseo no recordaba haberlo visto antes.

–Te presento a Prilis -le dijo Menelao-. Es herrero, de los lapitas. Nos propone una idea interesante. Quiero que hablemos de ella.

Odiseo gruñó para sus adentros. La redoblada urgencia del apetito de guerra de Menelao destacaba entre todo lo que últimamente tenía que aguantar. Evocó al joven hijo de Atreo el día de su boda en Esparta, tantos años atrás: su calor y su generosidad, su tierno amor por su novia, su afán por contrarrestar la agresividad de su hermano, su magnanimidad en la hora de su triunfo. De todos los pretendientes de Helena, Menelao era quien más la merecía, y a Odiseo le apenaba pensar en lo que la vida había hecho de su amigo.

Hizo una seña a los dos hombres para que se sentaran.

–Bueno, ¿cuál es la idea?

–Es una artimaña que podría hacernos ganar la guerra -Menelao sonrió.

Odiseo estudió con cautela al hombrecillo.

–Estoy dispuesto a escuchar lo que sea que pueda devolverme a casa -dijo.

Halagado de haber captado la atención de esos hombres poderosos, y locuaz por ello, Prilis les contó que en sus tiempos jóvenes fue pirata y mercenario. Había navegado con Pirítoo y Teseo hacia el Oriente por el Helesponto, hasta llegar al mar Negro, donde la mala fortuna hizo que cayera cautivo y lo vendieran como esclavo. Pero como buen lapita, se le daban bien los caballos y había demostrado su valía en la doma de estos animales.

–La pierna la tengo así por culpa de un semental de Sición -explicó-, pero ni por ésas me solté, y al final me obedeció de lo más manso.

Prilis les contó que lo habían vendido en tres ocasiones, trasladándolo del sur al este cada vez, hasta que lo llevaron al servicio de un general del ejército de un pueblo guerrero, el asirio, que vivía entre los ríos Tigris y Éufrates en un gran lugar llamado Babilonia.

Sí, Odiseo había oído hablar de ese pueblo, pero ¿adónde quería llegar?

Los asirios, oyó, grandes guerreros, habían inventado ingeniosas máquinas de guerra aún inéditas en Argos y en Creta. Usaban esos ingenios contra ciudades fortificadas como lo era Troya, y uno de ellos le había hecho especial gracia, porque lo llamaban «el caballo». Era una especie de habitáculo sobre ruedas recubierto con cuero de caballo humedecido para protegerlo del fuego. Los hombres marchaban a su sombra empujándolo hasta las puertas de la ciudad que atacaban. Al llegar, las echaban abajo sirviéndose del caballo como un enorme ariete. Si su construcción era bien recia, los que defendían las murallas no podían hacer nada contra él.

El propio Prilis había visto caer así una gran ciudad, y habría seguido con su relato si Menelao no lo hubiera interrumpido, impaciente:

–¿Y por qué no construir un caballo así? – exclamó-. Si una gran ciudad cayó ante un ingenio como ése, ¿por qué no iba a caer otra?

El primo de Odiseo, Sinón, había estado escuchando con interés lo que decía el lapita.

–No sería muy difícil construir algo así -dijo-. Hay mucha madera en los montes, y podríamos desollar unos cuantos caballos rápidamente.

–Troya podría ser nuestra de aquí a una semana -intervino Menelao-. ¿Tú qué dices?

Acariciándose la barba, Odiseo se lo pensó. Llevaba años dándole vueltas a cómo traspasar las gigantescas murallas de Troya, pero nunca se le había ocurrido algo así. ¿De veras podía ser tan sencillo? Empezó a ver las imágenes en su mente.

Enseguida cayó en la dificultad.

–Imagino casos donde sí funcionaría empezó-, pero pensad en Troya y su emplazamiento. Para que el caballo derribe una puerta como si fuera un ariete, primero ha de llegar hasta ella. Los troyanos conservan fuerza suficiente para mantenernos lejos de las murallas con sus carros y sus soldados. Y aunque no fuera así, ¿cómo íbamos a subir un pesado artefacto de madera por esa empinada rampa? Tendríamos que empujarlo, no podríamos tirar de él, y ¿cómo hacerlo mientras nos atacan desde las murallas? – sacudió la cabeza sonriendo-. Es una idea interesante, pero no creo que podamos ponerla en práctica... Todavía no, al menos. No hasta que los troyanos estén mucho más debilitados.

Prilis frunció el ceño decepcionado, y Menelao se lo discutió un poco, pero sólo tenían que mirar lo escarpado del terreno allá en lo alto, donde se asentaban las murallas de la ciudad, para ver la fuerza de la objeción.

Odiseo le puso la mano en el hombro al lapita.

–Quién sabe, amigo Prilis, la hora de tu caballo acaso llegue todavía. Pero antes aún queda mucho duro combate -alzó una irónica mirada a Menelao antes de añadir-: Si seguimos teniendo estómago.

Aquella noche volvió a soñar. La diosa Atenea se le apareció en su sueño totalmente armada y con su yelmo, su Aegis sobre la armadura y un báculo dorado en la mano. Miró sobrecogido su poderosa figura y vio decepción y reproche en sus ojos grises, que lo escrutaban. Tras ella y fuera de su alcance, vio a los asustados rehenes de la diosa: Penélope y Telémaco, su hijo.

–Ofreciste un caballo a Poseidón, Odiseo -le dijo la diosa-. ¿Por qué no me ofreces uno a mí?

Odiseo se despertó del susto y ya no pudo volver a dormirse. Tumbado en la cama, meditaba sobre el sueño.

Consideró una vez más lo que Prilis les había dicho del arma de los asirios, el caballo de madera, pero no veía cómo superar las objeciones que le había puesto a la idea. Si la rampa fuera más corta y menos pendiente, y si la puerta no tuviera esos bastiones, sería posible. Podrían abrirse a golpes la entrada a Troya. Pero tal como eran las cosas...

No fue la primera vez que Odiseo dedicaba un impropio al maldito Éaco de Egina por su excelente obra de reconstrucción de las murallas de Troya. Se dio la vuelta en la cama y cerró los ojos para dormir.

Pero recordó el otro sueño; volvió a ver a los comandantes argivos trepando al interior del cuerpo del caballo sacrificado a Poseidón, que habían reconstruido. De nuevo, la espantosa imagen le impidió quedarse dormido.

Al final se levantó y fue a dar un paseo por la orilla, donde el fuerte oleaje de la bahía rompía con fuerza por toda la playa. Para cuando la luz del amanecer se asomó por el turbulento cielo oriental, el caballo de Poseidón y el caballo asirio se habían unido en su mente, y Odiseo ya sabía lo que había que hacer.

Semanas después, una fresca brisa del este soplaba por la llanura de Troya al alba de un día gris, cuando los centinelas de la torre de Ilio se frotaron los ojos, asombrados ante lo que veían. Aparte del humo de las fogatas flotando en dirección al mar, no había signo de la actividad habitual en el campamento argivo. Las naves de curvada proa que llevaban casi un año alineadas a todo lo largo del litoral de la bahía, tras la estacada, habían desaparecido. Más allá, al fondo, ninguno de los dos centinelas vio tampoco nave alguna surcando las aguas del Helesponto.

Tras mirarse un momento con incredulidad, los dos se atrevieron a decir lo que estaban pensando:  
–¡Se han ido! ¡Los argivos se han ido!

Deífobo dormía con el brazo extendido sobre el pecho de Helena cuando fueron a despertarlo los dos hermanos menores que le quedaban, Capis y Timetes. Tenía la cabeza embotada, y no se le había pasado el enfado de la noche anterior al descubrir que Helena, excediéndose con el opio, era muy desganada como compañera de cama. Por eso al principio le costó asimilar lo que le decían.

–¿Seguro? – les preguntó-. Puede no ser más que una treta para hacernos salir de las murallas.

–Los exploradores aseguran que no -insistió Timetes-. Han quemado las tiendas, las naves han desaparecido, el campamento está vacío. Es como si, aprovechando el cambio de tiempo, se hubieran marchado a casa.

Permitiéndose empezar a creer, Deífobo soltó una risita.

–¿No os dije que no resistirían la idea de otro invierno ahí fuera? Los hemos derrotado. En el nombre de todos los dioses, ¡los hemos derrotado!

Sin embargo, Capis fruncía el ceño. – Pero hay algo que no deja de ser raro.

–¿El qué? – le preguntó Deífobo, inmediatamente alerta.

–Han dejado algo en la playa. Un caballo, dicen los exploradores. Un gran caballo de madera.

–¿Qué quieres decir...? ¿Un caballo de madera?

–Eso mismo. Según los que lo han visto, es enorme, de madera, y con forma de caballo. Los exploradores aseguran no haber visto nunca nada igual. Tiene tallada una inscripción, pero no sabemos qué dice. Íbamos a bajar a la playa para echar un vistazo, pero hemos pensado que tú también querrías verlo.

A Helena la habían despertado las voces de la calle. No dejaba de dar vueltas en la cama cuando Deífobo regresó para acabar de vestirse. Le preguntó qué pasaba.

–Parece que tus amigos argivos al fin han entrado en razón. Helena se incorporó y apoyó la cabeza entre las manos. – No te entiendo.

–No hay nadie en su campamento. Las naves ya no están -Deífobo se volvió para mirarla y captó un parpadeo de susto en sus ojos incrédulos, allí sentada en la cama tapándose el pecho con la colcha de rico bordado-. ¿Es que la noticia no es de tu agrado? ¿Qué esperabas, que llegara Menelao y volviera a llevarte con él a Esparta?

Cuando Helena volvió a él su pálido semblante, vio que su sarcasmo había dado en el clavo.

–¡Zorra! – le espetó-, me temo que vas a volver a pensártelo.

Mirándole salir de la alcoba, a Helena le horrorizó la idea de pasar el resto de sus días en esa ciudad. En la calle ya se oía el murmullo de la gente, los troyanos salían de sus casas alborotados por la noticia. En medio del ladrido de los perros, un hombre gritaba en algún sitio. Una mujer se arrancó con una canción burlesca que las prostitutas cantaban a los argivos desde las murallas, y al instante otras voces se unieron a la suya. La gente reía y vitoreaba por todas partes.

Todo indicaba que era verdad. Menelao y Agamenón se habían cansado del coste de esa larga guerra. Reduciendo pérdidas, se habían ido a casa dejándola sola entre los troyanos, como un objeto sin valor. El pánico se apoderó de ella. La mente se le llenó de oscuras imágenes. Veía lo que le sucedería. Cuando el tiempo, el vino y la droga hubieran desgastado su ya ajada belleza, Deífobo la abandonaría, cansado de ella. La dejarían sobrevivir como buenamente pudiera, pasando de un hombre a otro como una prostituta, pues siempre habría quien tuviera ganas de alardear de que se había acostado con Helena de Esparta, Helena de Troya.

Salió de la cama tiritando a la luz de la mañana y fue hasta la ventana. Como los edificios del palacio estaban en lo alto de la ciudadela, desde allí se veía, al otro lado de las murallas, la llanura que

la gente cruzaba corriendo para bailar triunfante sobre los restos del campamento argivo.

Durante diez años, los habitantes de Troya habían sufrido todas las angustias de la guerra por causa de ella, Helena, y esto era el fin sus tribulaciones. Pero Paris había muerto, Héctor había muerto, y Ántifo y Polidoro y muchos más, todos muertos con ellos. Y el rey Príamo era un hombre quebrantado, tembloroso y de ojos húmedos, casi vencido por el dolor. No obstante, ahora todo el mundo cantaría y bailaría y se daría al vino y a la jarana por haber sobrevivido y no tener que levantarse ya todas las mañanas preguntándose si habrían muerto o enviudado antes de acabar el día.

La guerra había terminado y ni se había ganado ni se había perdido. Sólo se había parado, como una cosa desvencijada que encalla. Y de momento, ella -que era la principal causa y premio de todos aquellos años de lucha- quedaba olvidada en el horror y el alivio de su final.

Estaba a solas con su terror.

Al otro lado de la empalizada, el campamento argivo era un auténtico vertedero de tiendas quemadas, carros rotos, material de desecho y desperdicios por los que buitres y sabuesos peleaban. De todo aquel revoltijo salían ráfagas de sucias nubes de humo que recorrían la playa, donde aún estaban frescas las huellas esculpidas en la arena por las quillas de las naves argivas cuando las empujaron al mar. El casco carbonizado de la que los troyanos incendiaron al cruzar Héctor la empalizada y tomar por asalto el campamento, seguía zarandeándose sobre sus puntales, destripado. La mañana se iba haciendo cada vez más calurosa, y el intenso hedor de las zanjas de las letrinas, abiertas, subía desde la playa con la brisa.

Y sobre todo ello se cernía la enigmática figura del caballo.

Hecho de troncos y de tablones de higuera de los montes ideos, lo sostenían cuatro patas bien separadas y sólidas, cada una de ellas del grosor de una viga de granero. A los constructores de naves, o los carpinteros -quien hubiera ensamblado la asombrosa bestia-, les había quedado muy bien la juntura de los muslos en las nervudas protuberancias de cruz y grupas, y en el medio, el péndulo de su vientre, redondeado como un barril. La curva de la cola llegaba hasta la tarima en la que estaba montado, haciendo de contrapeso al tirón hacia delante del cuello arqueado y la larga y bella testa, a unos nueve metros de altura, donde la crin tallada se le erizaba entre las orejas. Los ojos eran saltones y las anchas fosas nasales estaban huecas. Sus líneas tenían tanta gracia y vigor que aligeraban el inerte tonelaje de madera en que lo habían talado. La sola escala del caballo impelía al silencio, como si hubiera salido de un establo del reino de los dioses para arrojar su majestuosa sombra sobre el mundo de los mortales.

Tenía una inscripción tallada en un flanco. El rey Príamo, que insistió en que lo bajarán a la playa para ver el campamento abandonado, leyó la dedicatoria en voz alta: «A la divina Atenea, para que nos dispense una buena travesía de vuelta». Y miró sonriente a Deífobo:

–Parece que tenías razón. Los argivos se han ido al fin -se le saltaban las lágrimas-. Me gustaría que mi hijo Héctor viviera para ver este día.

Irritado porque el anciano pensara primeramente en su hermano muerto en esa hora de triunfo que era toda suya, Deífobo se volvió y vio a Capis mirando el gigantesco caballo con desconfianza.

–¿Y esto? – preguntó Capis-. ¿Por qué dejar aquí algo tan extraño como esto?

–Habla por sí solo -le respondió Deífobo-, es una ofrenda a la diosa. Los argivos siempre se han encomendado a la ayuda y protección de Atenea.

–¿Y por qué fiarnos? – insistió Capis-. Yo creo que habría que quemarlo, habría que hacer una ofrenda y quemarlo para limpiar la costa de todo vestigio de los argivos.

Un murmullo de asentimiento salió del corro que rodeaba al grupo regio. ¿Es que había mejor forma de despedirse de todos esos largos años de guerra que una inmensa hoguera en la que incinerar

el caballo, junto con el resto de la basura que contaminaba la playa? El fuego purificaría el aire.

–Pero el caballo es de la diosa -intervino Timetes-. ¿No dará mala suerte profanar su propiedad?

El rey Príamo frunció el ceño ante la enorme y noble cabeza del caballo.

–Es de gran belleza -admiró dubitativo.

–Y emblema de nuestro triunfo -Deífobo se subió de un salto a la tarima del caballo, poniéndose junto a la pata delantera para dirigirse al gentío-. Si tienen suerte, puede que la divina Atenea les conceda una buena travesía a casa, pero aquí les ha negado la victoria. Habría que conservar este caballo y meterlo dentro de las murallas para que nuestros hijos recuerden al mirarlo la lucha de los troyanos por salvar nuestra ciudad.

La multitud cambió de parecer con sus palabras. El nuevo orden se inauguraba.

Todo era posible una vez más.

Deífobo se volvió para mirar a su padre que, a su lado, movía su cabeza de anciano asintiendo.

–Los dioses nos han favorecido -afirmó Príamo-, y hemos de agradecerlo. Consagraremos este ídolo a Atenea y lo meteremos en su templo.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Arrancaron los leños de la empalizada argiva para hacer con ellos palancas y fulcros. Con grandes fatigas, subieron lo suficiente la parte delantera de la tarima como para meter por debajo los primeros rodillos de los muchos que había. Ataron gruesas cuerdas al cuello del caballo, alargándolas con nudos hasta dos largas filas de hombres que, agarrándolas, empezaron a arrastrar el caballo por la playa hacia la puerta desmantelada de la estacada.

Pero aquello pesaba muchísimo, y a medida que el sol subía por el cielo, hacía cada vez más calor. Hora tras hora, el caballo avanzaba a torpes sacudidas de rodillo; el terreno era irregular y la mar chala lenta. Hubo muchos heridos en el caos que se formaba al sustituir los rodillos intentando no perder el impulso. Cada grado de una cuesta arriba aumentaba el peso del caballo, y donde la cuesta era hacia abajo, tenían que frenarlo desde atrás en vez de arrastrarlo desde delante. A media tarde, tras varios turnos de trabajo ininterrumpido, llegaron al pie de la rampa que subía al cerro de la Puerta Escea. Para entonces estaba claro que no podrían tirar del caballo hasta lo alto, a menos que instalaran un buen sistema de cabestrantes y poleas. Aun así, habría que derruir el parapeto almenado de la puerta para poder meter la cabeza del caballo. Muchos hombres llevaban ya rato quejándose de que toda aquella empresa era una locura, indigna de todas las molestias que se estaban tomando. Pero Deífobo, resuelto desde el principio a meter el caballo en Troya como símbolo de la fuerza de la ciudad, los mantuvo activos con gran celo hasta muy avanzado el día. No obstante, ahora incluso a él le vencía la magnitud del esfuerzo que aún quedaba. Capis miraba a su hermano, que respiraba jadeante tras beber unos tragos de agua de un odre.

–Deberíamos haberlo quemado al principio, como decía yo.

–O podíamos haberlo dejado en la llanura -indicó Timetes. Con sus propios brazos doloridos por el turno que acababa de hacer tirando de las cuerdas, Deífobo imaginó a Agamenón y Odiseo riéndose de su intento de meter el caballo en la ciudad. Frunció el ceño ante la gran mole de madera que le amenazaba con la derrota. Tal vez sus hermanos tuvieran razón.

Sin embargo, haber llevado la cosa tan lejos sólo para abandonar en el último momento...

No acababa de decidirse cuando percibió un revuelo al otro lado del caballo. La multitud murmuraba. Cuando se levantó, vio al sacerdote Laocoonte acercándose al frente de un puñado de dardanos que llevaban a un prisionero a empujones por el camino. Desde el sacrílego asesinato de Aquiles en el santuario, sólo había habido hostilidad entre Deífobo y el sacerdote de cara pétrea que ahora tenía delante. Esa tensión era aún palpable al decir Laocoonte:

–Han encontrado a este argivo rondando por las inmediaciones del santuario de Apolo.



Pusieron al hombre frente a Deífobo, donde se quedó mirando al suelo. Tenía las muñecas atadas, estaba sucio y con el pelo revuelto, y era evidente que temía por su vida. Al preguntarle, dijo llamarse Sinón, ser de Ítaca y haberse escapado del campamento argivo la noche anterior.

–¿Y por qué lo hiciste? – le preguntó Deífobo.

–Porque me iban a ofrecer en sacrificio a los Vientos. Llevaban semanas deseando zarpar y volver a casa, pero tenían el tiempo en contra. Calcante dijo que había que ofrecer un sacrificio de sangre a los Vientos, y Odiseo se ocupó de que la suerte recayera en mí.

–¿Un paisano de Ítaca? Qué raro. ¿Te guardaba rencor por algo? Sinón levantó la mirada, con los ojos entrecerrados.

–Me temía. Yo era el único de los que quedaban que sabía que él lo había preparado todo para hacer pasar a Palamedes por traidor. Quería librarse de mí antes de volver a casa.

–Y sin embargo, aquí estás -indicó Deífobo.

–De chiripa. Anoche preparaban el altar cuando cambió el viento y salieron hacia las naves en estampida. Logré huir en el tumulto.

Deífobo arrugó los labios, todavía no muy convencido.

–Si lo que dices es cierto, ¿por qué no le dijiste a Agamenón, poniéndote a disposición suya, lo que sabes de Odiseo?

Con cara de haber visto mucho del mundo y su corrupción, Sinón se encogió de hombros.

–Porque él no quería saberlo. Nadie quería. Al fin y al cabo, lo lapidaron entre todos. No deseaban oír hablar de la inocencia de Palamedes. La única persona a quien aún le importa es a su padre, el rey Nauplio, que está en Eubea. Sospecha lo ocurrido, y si se hace con pruebas concluyentes, se vengará. Odiseo lo sabe, y por eso quiere callarme la boca.

Impresionado por lo bien que cuadraba la historia de Sinón con todo lo que sabía del taimado Odiseo, Deífobo conferenció en voz baja con sus hermanos.

Capis se volvió a Sinón y le dijo:

–¿Y qué hacías en Timbra?

–Me pareció el mejor lugar para acogerme a sagrado hasta que se fueran las naves. Quería volver a Argos por tierra y seguir hasta Eubea. Cuando Nauplio sepa lo que yo sé, cuidará bien de mí... ¡y de Odiseo también!

En ese momento Anténor habló desde las murallas, junto a la frágil figura del rey Príamo:

–Dinos más sobre el caballo.

Sinón levantó la mirada hacia él y luego miró otra vez a Deífobo.

–También fue por Calcante. En las últimas semanas, cuando todo empezó a ponerse feo, él consultó los augurios y dijo que Atenea nos había vuelto la espalda. Aquiles siempre había sido su favorito, dijo, y cualquier oportunidad que tuviéramos de tomar Troya había muerto con él. Dijo que las cosas estaban tan mal que, aunque sólo fuera para llegar sanos y salvos a casa, teníamos que propiciar a la diosa con un importante sacrificio.

–Pero ¿por qué un caballo? – preguntó Capis.

–Fue idea de Odiseo. Dijo que le vino en un sueño. Toda esta guerra se inició con la ofrenda de un caballo a Poseidón en Esparta. Odiseo dijo que había que rematarla ofreciendo un caballo a Atenea en Troya.

Anténor preguntó:

–¿Y por qué no un caballo de verdad, como el que se ofreció a Poseidón?

Sinón le echó una mirada de desprecio.

–¿Habiendo tantos caballos muertos? La carne de caballo está barata en la llanura de Troya, por si

no te has dado cuenta. Deífobo le dio una bofetada, no le había gustado su tono. Sinón se llevó la mano a la mejilla y fijó los ojos en el suelo. – Sigue -le exigió Deífobo.

–No sé qué más decir. Creo que Calcante volvió a consultar los augurios. Debió de hacerlo, pues dijo que Atenea quería que le erigiéramos un ídolo -Sinón volvió a encogerse de hombros-. Sólo había madera.

–Pero ¿por qué hacerlo tan grande? – preguntó Capis.

–Para que no pudierais meterlo en la ciudad, para qué va a ser.

–Explícate.

–Calcante dijo que los troyanos podríais intentar ganaros el favor de Atenea consagrando el caballo en su templo. Si lo lograbais, las tornas quizá cambiaran y podría ser que Troya invadiera Argos poco después.

El gentío había escuchado atentamente la historia del prisionero. Ahora todo el mundo se puso a hablar. Pero volvieron a callarse cuando Laocoonte subió la voz:

–¿Por qué íbamos a creer una palabra de lo que dice este hombre? Suena a mentira de Odiseo. Los argivos nunca me han parecido muy piadosos. No confío en ellos, y menos en los regalos que nos dejen.

Una voz de mujer llegó de lo alto de las murallas:

–El sacerdote está en lo cierto.

Deífobo alzó la vista y vio a Casandra en el parapeto. Los negros mechones de pelo le revoloteaban por la cara.

–Ese caballo nos traerá la destrucción. Lleva la muerte en su vientre. Oye lo que te digo, hermano, veo a Menelao caer sobre ti. Te veo en un lecho de sangre.

–Llevala adentro -gritó Deífobo. Irritado, les dijo a sus hermanos en un murmullo que Casandra veía destrucción por todas partes. Convencido ahora de que Laocoonte quería chafarle el triunfo, se encaró con el sacerdote.

–Y tú -le dijo-, no es ningún secreto que no me estimas. Tampoco has demostrado tener mucho estómago en esta guerra. O no hasta ahora, que la lucha ha terminado. No hubiera estado de más que mostraras antes tu hostilidad a los argivos.

Laocoonte apartó el rostro.

–Digo lo que el dios me pide que diga.

–Pues vete a implorarle augurios más propicios para este buen día.

Anténor dejó ver su malestar por el trato que Deífobo daba a su hijo. Se volvió al rey y afirmó en voz bien alta, para que todos lo oyeran:

–Laocoonte habla con cordura, es de locos desoírlo.

–Pero mi hijo tiene más valor -respondió Príamo, picado. En ese momento otra voz, la de Eneas, se unió a la discusión:

–Aun así, mi padre Anquises y yo estamos con Anténor. Deífobo, preocupado porque esas discrepancias pudieran volverse en contra suya, subió un poco más por la rampa para dirigirse desde arriba a la muchedumbre reunida en torno al caballo de madera, indecisa.

–Ya habéis oído lo que ha dicho el argivo -empezó-. Está bien claro que no tiene razones para apreciar a Odiseo ni a ninguno de sus jefes. Tampoco nos buscó para embaucarnos con esta historia, nos lo trajeron atado desde su escondite. Que mi primo Eneas piense lo que quiera: los troyanos ya sabemos que los dardanos no querían participar en esta guerra y sólo vinieron en nuestra ayuda porque Aquiles les obligó. Si no desean compartir nuestro festejo, vale. Que se vayan a casa. En cuanto a mi hermana, está mal de la cabeza y sólo ve la oscuridad del mundo. Pero es nuestra hora de

triunfo, troyanos. Que los argivos vean que somos más fuertes de lo que pensaban. Si con un último esfuerzo metemos el caballo en la ciudad, la divina Atenea favorecerá a Troya para siempre volvió la cabeza, subiendo la mirada al parapeto-. ¿No es así, padre? El rey Príamo contestó:

–Mi hijo dice la verdad. La divina Atenea ha negado la victoria a los argivos, y hemos de honrarla -pero le entristecía ver la desunión de su pueblo hasta en la hora de triunfo. Volviéndose a Eneas, le dijo:- Los dardanios habéis luchado valerosamente a nuestro lado, ¿no queréis compartir esta victoria con nosotros? – Mi padre es viejo -respondió Eneas-, y ni él ni yo queremos celebrar una guerra que ni se ha ganado ni se ha perdido y nos ha hecho pagar un alto precio en sufrimiento. Nos daremos por más que satisfechos volviendo al monte y dejando que Troya la celebre a su gusto.

–Como quieras -Príamo se volvió de pronto y miró a su hijo desde las almenas. Deífobo no tenía la nobleza de Héctor ni el atractivo de Paris, nunca había sido un favorito entre sus muchos hijos, pero le había tocado el inexorable destino de dirigir a los troyanos al final de esta cruenta guerra, y ahora Príamo no iba a negarle su momento de gloria-. Echad abajo la defensa de la Puerta Escea -ordenó-. Meted el caballo de Atenea en la ciudadela.

El debate había traspasado las orejas y fosas nasales del caballo, que estaban huecas para que entrara el aire a su cargada cámara. Metidos allí dentro, veintitrés nerviosos guerreros argivos lo habían escuchado todo atados a los bancos de madera, a oscuras y sin nada de ropa encima salvo el faldón, preguntándose si de un momento a otro los troyanos prenderían fuego a aquella obra de carpintería o la derribarían al suelo con estrépito.

El compañero de banco de Odiseo, justo encima de la disimulada trampilla, era Epeo, un focidio regordete que llevaba años de titular de la sinecura de aguador en la Casa de Atreo. Su verdadero oficio era el de maestro artesano, y era él quien había diseñado el caballo y supervisado su construcción. Si no se hubiera vaciado las tripas como todos los demás hombres que lo rodeaban antes de subirse en el interior del caballo que había construido, ahora mismo el pavor le haría ensuciarse los calzones. Epeo les había rogado que no le incluyeran en la fuerza invasora, pero la práctica reveló que sólo él sabía manejar las ingeniosas bisagras que había ideado para cerrar la trampilla y ocultarla a la vista: por eso le habían tenido que obligar a ir con ellos a punta de espada. Siendo el último en entrar en el vientre del caballo, sería el primero en salir, y la idea le asustaba tanto que ese día Odiseo había tenido que taponarle la boca con la mano varias veces para amortiguar sus gimoteos.

Sin embargo, sorprendentemente, todo iba bien. Odiseo y Menelao habían intercambiado una sonrisa sombría cuando Sinón apareció justo a tiempo para impedir lo que empezaban a temer que sería el desastroso fin de su misión. Por arriesgada que hubiera sido la estrategia de doble engaño, a Odiseo le había gustado especialmente cómo Laocoonte, Anténor y Eneas habían manipulado a Deífobo para que tomara la decisión que ellos querían, diciendo simplemente la verdad.

Ahora oían a Eneas y sus dardanios salir de la ciudad, y cuando la larga fila de soldados hubo pasado y la rampa se despejó, se oyeron gritos y el clamor de los troyanos demoliendo con martillos y palancas la puerta que durante diez largos años había mantenido a raya a los argivos. Para los hombres del interior del caballo, el ruido era un respiro a su propio silencio obligado. Pudieron estirar los brazos y las piernas, entumecidos, y dar un par de sorbos cada cual a su ración de agua, sabiendo que en cualquier momento el caballo volvería a ponerse en movimiento.

Alrededor de una hora después oyeron un grito de aviso seguido del súbito derrumbe de la mampostería del dintel de piedra de la puerta. Una nube de cal se coló en el caballo por las orejas y las fosas nasales, empolvando las caras de los que estaban más cerca de la cabeza, Neoptólemo y Acamante. Instantes después, oyeron que alguien trepaba al caballo para echar otras cuerdas por el cuello y la grupa. Se oyeron chirridos de poleas, crujió un cabestrante. Alguien contaba los empujones

de tres en tres en voz alta. Despacio, con los rodillos gimiendo bajo la tarima, el caballo empezó a deslizarse a trompicones por la pendiente de la defensa.

Sólo las correas de cuero que los ataban firmemente a sus puestos impidieron que los guerreros salieran despedidos de los bancos cuando el vientre del caballo se quedó atrancado en la muralla al cruzar el hueco de la puerta. Apresados en aquella angostura, pasaron un rato sin apenas respirar mientras los troyanos debatían cómo ensanchar el boquete de la barbacana. Después de tanta lucha por meter el trofeo en la ciudad, a Deífobo ya no parecía importarle que las murallas sufrieran daños: cayó más mampostería que retiraron y tras soltar un rodillo atascado, por fin el caballo entró en Troya.

La noche había caído cuando el rey Príamo finalizó los ritos dedicados a Atenea a la entrada del templo de la ciudadela de Ilio. Aparte de las voces del rey y de la esposa de Anténor, Teano, sacerdotisa de Atenea, el ritual se ofició en medio de un reverente silencio. Los ciudadanos de Troya, extenuados, pensaban en lo largos que habían sido los años de esa guerra por la que tanto habían sufrido. Se oyó el mugir de los animales del sacrificio y el llanto de un bebé, pero por lo demás, la multitud apiñada en torno al caballo apenas emitía un sonido.

Mientras tanto, la oscuridad del vientre del caballo era negra como la brea. Prohibida el habla, y sin poder ya animarse unos a otros con gestos y sonrisas, cada hombre estaba a solas, presa de su congoja y su nerviosismo. Luego se oyó música, y la multitud cantó la oda a Atenea. Odiseo pronunció las palabras para sí, pensando en todas las veces que la hueste argiva había cantado ese mismo himno a la diosa de ojos grises que primero vigila a los hombres que guerrean, luego preside los gritos de guerra y la destrucción de las ciudades y al final vigila a los que retornan.

Las voces de los troyanos se alzaron en los acordes finales -«Adiós, diosa, otórganos buena fortuna y felicidad; te alabaremos en otra canción»-, sin saber que habían trabajado tanto durante aquel largo día sólo para llevar la muerte a la ciudad. A la noche se iniciaron los festejos. Los solemnes compases del himno dieron paso a música más animada. Los vítores y las ovaciones se sucedían haciendo eco desde las murallas de la ciudadela. Subieron a lomos del caballo para colgar guirnaldas donde antes habían tensado cuerdas. Los niños saltaban y jugaban por los cascos.

Desde su encierro en la calurosa oscuridad de su guarida, los argivos oían el patear de los que danzaban fuera. El olor a pescado y carne asada se mezclaba con el de su propio sudor; pensar en la comida y el vino que estaban consumiendo ahí fuera les abría el apetito. Tras años de miedo y necesidad, todos los habitantes de la ciudad, de príncipes y sacerdotes a prostitutas y esclavos, se soltaban la melena en un festín de excesos. El gran esfuerzo de la lucha y todas las penalidades quedaban atrás. La paz había llegado a casa, y la prosperidad no tardaría en seguirla. Mientras tanto, hombres, mujeres y niños comían, bebían, bailaban, cantaban, se besaban, se abrazaban y hacían el amor con frenesí, cayendo al suelo de puro agotamiento.

La bulliciosa jarana resonó por calles y plazas durante horas. Luego, las risas se fueron apagando poco a poco, y los troyanos empezaron a recogerse en sus casas o caían dormidos allí donde el estupor los tumbara.

Dentro del caballo, la tensión por lo que vendría a continuación se mascaba en el aire, pero aún quedaban unos borrachos de juerga en la otra punta de la plaza. Entonaban una obscena diatriba que había triunfado entre la hueste troyana por los groseros insultos que cada verso dedicaba a cada uno de los jefes argivos. Odiseo, Menelao, Diomedes e Idomeneo nunca habían oído las letras tan claramente como esa noche. En el vientre del caballo, estaban exasperados a más no poder.

Y les puso aún más tensos percibir que alguien se subía a la tarima de debajo. Captaron el timbre de voz de una mujer.

-¿Has venido para llevarme a casa? – susurraba ella-. ¿No vienes a eso, a llevarme otra vez

contigo? – y por un instante, cada uno pensó que la pregunta se la hacía a él; luego se percataron de que estaba bebida y le hablaba al caballo-. Hace tiempo -decía-, todos los príncipes de Argos juraron protegerme y honrarme ante un caballo descuartizado. Pero mírame ahora, mira en qué me he convertido. No me extraña que ya no les importe mi suerte: mi dulce Menelao, mi inteligente amigo Odiseo, Diomedes, que suspiraba de amor por mí en aquellos tiempos... Todos navegan ahora rumbo a casa, nos han dejado tirados a los dos en esta lóbrega ciudad. Ya sólo quedas tú para llevarme contigo.

A todos los príncipes de Argos ocultos en las entrañas del caballo el corazón se les fue a la garganta, y tanto perturbó a Menelao escuchar la voz de Helena por primera vez en todo ese tiempo, que Diomedes e Idomeneo, que lo flanqueaban, tuvieron que sujetarlo para que no saltara. Instantes después, el propio Diomedes estuvo a punto de perder el control al oír su nombre de labios de Helena. Un grito en la plaza volvió a sobresaltarlos a todos:

–Helena, ¿dónde estás, qué haces ahí? – reconocieron la voz de Deífobo-. Venga, vámonos. Vamos, es tarde.

Una soez carcajada llegó de los borrachos que cantaban en el otro extremo de la plaza.

–Vete tú a dormir, si quieres -espetó Helena.

–Venga, vámonos a casa.

–Yo quiero quedarme aquí con el caballo.

Uno de los hombres del otro lado de la plaza gritó:

–¡Con Deífobo montarás mejor, cariño! – y los otros se marcharon hacia la noche con unas risotadas.

Luego les llegó el sonido de un forcejeo cerca del caballo, y la voz de Helena diciendo:

–Déjame en paz. No quiero ir, me quiero quedar aquí. Pero Deífobo se la llevó. Dentro del caballo sólo se oía el silencio.

Pasó casi otra hora antes de que oyeran la voz de Anténor justo debajo:

–Es la hora -anunció-. La ciudad está en calma. Podéis salir. Odiseo ordenó a Epeo abrir la trampilla mientras todos se desabrochaban las correas y desenvolvían las armas y la armadura. Epeo seguía tan asustado que le temblaban los dedos, le llevó un rato abrir la cerradura y accionar las bisagras. Pero al final la trampilla se abrió y una ráfaga de aire nocturno se introdujo en la angosta cabina cuando Epeo dejó caer la escala de cuerda por las abrazaderas. Empujado por la espalda por Odiseo, saltó al suelo de Troya. Le temblaba todo el cuerpo.

Descolgándose rápidamente tras él, Odiseo estrechó con fuerza la mano de Anténor y se volvió a la llanura para ver en la oscuridad el resplandor del fuego que Sinón había encendido en lo alto del túmulo funerario de Aquiles. Sabiendo que la flota de Agamenón ya iba hacia ellos desde Tenedos, Odiseo volvió a sonreír a Anténor mientras se abrochaba la armadura.

–¿Te has acordado de pintar el signo del caballo en tus puertas?

Muy serio a la luz de la luna, Anténor asintió.

–Pues quédate en casa con tu familia -le dijo Odiseo-. Mañana a estas horas serás el rey de Troya.

Uno por uno, los demás descendieron del caballo, estiraron sus entumecidos miembros y aspiraron el aire fresco a grandes bocanadas. Odiseo, señalando con un gesto a los borrachos dormidos en la plaza, se llevó un dedo a los labios y otro al cuello. Neoptólemo y otros tres guerreros corrieron a liquidarlos mientras Idomeneo iba al frente de otro grupo hasta la Puerta Escea. Los troyanos se habían molestado en cerrar improvisadamente la puerta por donde se habían roto los bastiones, pero los centinelas, que habían bebido igual que los demás, dormían como troncos.

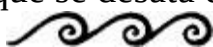
De ese sueño nunca despertaron. A los pocos minutos, la puerta se abrió a la avalancha de las huestes argivas desembarcadas, que ahora llegaban corriendo por la llanura. La luna de fin de verano

plantó cara a la oscura nube pasajera que la cubrió. Los palacios, templos y calles de la ciudad condenada resplandecían a su luz.

En la experiencia de los mortales, pocas cosas hay más terribles que el expolio de una ciudad. El esplendor de piedra y mármol que tanto costó construir, los frontones tallados, artesonados de delicados frescos, suelos de mosaico, las arcadas, los estanques y las fuentes... tanta visión, habilidad e invención reducidas en el curso de una noche a cosas tan insignificantes como la gracia y la dignidad de las mujeres violadas, la sabiduría y el valor de los hombres caídos bajo una espada o la inocencia de un niño estrellado de cabeza contra un muro.

No obstante, es mucho más fácil darse el brutal deleite de destruir la belleza que esmerarse construyéndola; destruir la obra de otros que crear uno mismo algo maravilloso. Por eso es de extrañar que no caigan más ciudades.

Pero iniciado el expolio, la oleada de mal que se desata deja a los hombres aturridos e incrédulos.



Bajo un viejo laurel del patio del palacio del rey Príamo, junto al altar de Zeus, fue adonde Hécuba llevó a sus hijas acogiéndose a lugar sagrado al despertarse todas al clamor del ejército invasor y los gritos y alaridos en las calles al pie del palacio. El frágil Príamo, con intención de combatir con los argivos, fue a coger la espada, pero Hécuba lo retuvo gritándole que era una locura que un delicado anciano se uniera a la lucha. Y allí estaban todos junto al árbol, temblando al oír el horrible fragor de la ciudad, cuando Neoptólemo, luciendo la dorada armadura de su padre, entró a pie en el patio seguido de una banda de mirmidones.

Aún a medio vestir, uno de los hijos menores de Príamo, Capis, corrió a defender a sus padres. Acabaron con él de inmediato ante la horrorizada mirada de Hécuba. Gritando de rabia, Príamo, impotente, se agachó a recoger la lanza del hijo, pero lo redujeron antes de que pudiera usarla. Respirando entrecortadamente con un mirmidón sujetándolo a cada lado, al alzar la vista se quedó atónito al ver lo joven que era el guerrero de áurea armadura que le devolvía la mirada asqueado, como si mirara una especie de monstruo de circo. El rey Príamo sólo llevaba la camisa de dormir. Tenía las piernas flacas y blancas a la luz de la luna. Avergonzado de estar así en público, bajó la vista y vio el denso charco de sangre que manaba del cuerpo de su hijo. Capis había caído en una postura tan antinatural que a Príamo le pareció que la realidad se dislocaba y que todo aquello era producto de su mente, que ya le fallaba. Pero oía los gritos de las mujeres allí mismo, y su esposa estaba a su lado, digna y majestuosa como siempre, aunque su camisón fuera muy fino y el terror la atenazara.

Nada sucedió de momento. El anciano rey empezó a pensar que al muchacho de la armadura le abrumaban los cautivos que había tomado y no sabía qué hacer con ellos. Se animó, y estaba considerando modos de afirmar sesenta años de autoridad regia cuando vio al joven hacer una señal hacia abajo con la punta de su espada, que había desenvainado. Aunque no pronunció una palabra, los mirmidones lo entendieron. Hécuba se llevó una mano a la boca, jadeando, cuando los dos hombres pusieron a su esposo de rodillas y le bajaron la cabeza. Ágil como un bailarín, Neoptólemo dio tres pasos hacia él rápidamente, levantó la espada que antaño fuera de Aquiles, la bajó de golpe al cuello descubierto y le cortó la cabeza de un tajo.

Rápidamente ataron a las mujeres que gritaban alrededor del cuerpo decapitado y las llevaron con los demás cautivos retenidos en la plaza, junto al caballo de madera. Casandra y Andrómaca no estaban entre ellas.

Casandra no había dormido nada en toda la noche. Tendida en la cama, las visiones la asaltaban en un frenesí de alucinaciones proféticas. Por eso para ella casi fue un alivio oír el estruendo de los argivos irrumpiendo en la ciudad con un tremendo rugido que sacó del sueño a los troyanos. La sangre

y el humo que durante tanto tiempo habían poblado su mente de pesadillas, al fin salían del encierro en su cerebro. Ahora sabía que no estaba loca, después de todo, sino sólo dotada con un don terrible que casi la había llevado a la locura.

Y curiosamente, lo primero en lo que pensó no fue el peligro, sino en dar las gracias.

Sin pararse siquiera a ponerse algo encima del camisón, Casandra corrió por los pasillos del palacio y salió a un patio vacío. De allí pasó al templo de Atenea por la puerta trasera, que sólo usaban los sacerdotes. Fuera, en la plaza del caballo de madera, se oían gritos de soldados por encima del aullar de mujeres y niños, pero en el interior del templo reinaba una paz sagrada. Casandra se inclinó ante el Paladio, la antigua imagen de Atenea que, imbuida del poder de la diosa, encerraba en su misterio el alma secreta de Troya.

Por eso mismo, los argivos codiciaban ese ídolo desde hacía mucho: hacerse con él estaba entre las prioridades del asalto a la ciudad. Así pues, cuando Casandra sólo llevaba unos momentos rezando a la diosa, la puerta del templo se abrió de golpe y un grupo de guerreros armados hasta los dientes penetró en su silencioso espacio. Destacaba entre ellos un capitán locrio menudo y rápido, Áyax el Pequeño, que se había labrado la fama de ser uno de los mejores lanceros del ejército aqueo. Sabiendo la jugosa recompensa que recibiría quien cogiera el Paladio, había llevado a su pelotón directamente al templo, esperando encontrarlo desierto. Pero ahí estaba ante los ojos desafiantes de una bella joven de piel aceitunada, que sólo llevaba un fino camisón y se había levantado ante él de un salto con la negra melena revuelta cubriéndole el rostro. Áyax no tenía ni idea de quién era, ni le importaba.

–Este lugar está consagrado a Atenea -gritó Casandra-. Vuestra profana presencia aquí es un sacrilegio. Cuidaos de su ira.

Áyax se rió en su cara.

–Atenea lucha de nuestro lado, damita -dijo, y alargó la mano para abrirle el camisón.

Percatándose de pronto del peligro, Casandra se revolvió hurtándose a él y corrió a buscar el Paladio.

Los locrios la cercaron.

–Tú primero, Áyax -gritó uno de ellos-. Sácale el fuego de dentro.

Áyax caminó hacia ella levantando los dedos de ambas manos para indicarle que se acercara. Casandra volvió la cabeza y le escupió en la cara.

Frunciendo el ceño, Áyax se secó la saliva de la barba. Casandra le dio la espalda estrechando contra sí en sus brazos desnudos el ídolo de madera. Apretando los ojos, entonó un cántico hecho de plegarias e imprecaciones. Áyax se volvió para mirar a sus hombres, soltó una carcajada y alargó la mano levantándole el camisón. Medio desnuda ahora, Casandra seguía aferrando el Paladio con ambos brazos cuando Agamenón entró de pronto en el templo seguido de su escolta y vio a Áyax intentando montarla por detrás.

–¿Qué está pasando aquí, por Hades? – bramó-. ¿Es que quieres que la venganza de la diosa caiga sobre nosotros? – dio un paso adelante y apartándole de la joven, le propinó una patada mientras Áyax se subía los calzones, bajados por la rodilla. La patada lo mandó volando de espaldas entre los locrios, que se dieron la vuelta y salieron del templo en desbandada.

Agamenón miró un momento la desnuda carne blanca de la joven y le puso una mano en la barbilla volviéndole la cara. Los ojos que le miraron estaban llenos de odio.

–¿Quién eres? – le preguntó.

–Casandra -silbó ella.

–¡La hija del rey Príamo!

–La sacerdotisa de la diosa.

Agamenón sonrió ante la agitada furia del semblante de la joven acorralada y se volvió a Taltibio, a su lado.

–Ésta es mía. Que la lleven sana y salva a la plaza.

Tras ordenar que desmontaran el Paladio con cuidado, salió del templo para volver a unirse al saqueo de la ciudad, pero al entrar en las calles de la ciudadela, maldijo el olor a quemado que le llegó. Un denso humo subía de una de las zonas más bajas y populosas de Troya, donde estaban las fábricas textiles. Encaramándose a la peana de una estatua de mármol para ver mejor, Agamenón observó que las llamas ya lamían la techumbre de un almacén. Bajando de la peana al suelo de un salto, gritó que si no se controlaba ese incendio, media ciudad ardería antes de que pudieran saquearla. Cruzó la plaza ladrando órdenes y maldiciendo a los soldados, demasiado absortos en su afán de matar para oír lo que les decía.

Apostando una guardia junto al cuerpo decapitado de Príamo, Neoptólemo llevó a sus mirmidones por el violento barullo de las calles en busca de la casa del desaparecido Héctor. Allí halló a Andrómaca a la espera, y consolando a las aterradas sirvientas, con su pequeño Astianacte al lado.

Al entrar los mirmidones, una de las mujeres gritó y se lanzó a los pies de su señora, donde quedó arrodillada presa de pánico y sin poder contener el llanto.

–Calla, Clímena -le dijo Andrómaca, inclinándose para posar la mano en la cabeza de la mujer. Pero sus ojos miraban a un guerrero más bien menudo que lucía una dorada coraza que reconoció en el acto: una coraza que parecía venirle un poco grande. El guerrero se quitó el yelmo, se enjugó el sudor de la cara con el dorso de una mano ensangrentada y sonrió.

A Andrómaca le horrorizó lo joven que era.

Como quien tasa una propiedad que tal vez adquiriera, Neoptólemo echó un vistazo circular al rico mobiliario del aposento, las costosas cortinas y los exquisitos cuadros colgados en la pared, con escenas de banquetes y danzas en los bosques.

–Veo que el noble Héctor vivía a lo grande -señaló. Cuando oyó el tono de su voz, alegre, casi amistoso, la histérica sirvienta quedó en silencio.

A1 no llegarle respuesta, Neoptólemo miró a Andrómaca.

–¿Reconoce la armadura, señora?

Demasiado orgullosa para mostrar su miedo, Andrómaca se limitó a asentir.

–Pertenece a mi padre -informó él-. Ya comprenderás que te reclame como legítimo premio. Te quedarás aquí custodiada hasta que dividamos el botín.

–¿Y mis mujeres? – preguntó Andrómaca. Neoptólemo se encogió de hombros.

–Que se queden aquí contigo. Mis mirmidones cuidarán de que nadie les haga daño -sonrió al oír los agradecidos suspiros de alivio que suscitó su gesto de tregua.

Asombrada por su cortesía, la voz le tembló un poco a Andrómaca al decir:

–Veo que el hijo de Aquiles es tan noble como lo fue su padre.

Neoptólemo agradeció el cumplido bajando la cabeza. Se dio la vuelta como para irse, pero volvió la cabeza para mirarla de nuevo.

–Sin embargo, está el asuntillo de tu hijo.

En el acto, Andrómaca rodeó con el brazo los frágiles hombros del pequeño Astianacte, que estaba junto a ella, vestido sólo con una camisa de dormir de seda y el calzón.

–Astianacte no es más que un niño -dijo ella-, es aún más pequeño que tú.

Inmediatamente vio el fatal error de ese añadido. Neoptólemo le exigió:

–Déjame verlo.

Pese a ser un tembloroso niño de seis años, Astianacte era consciente de que aquellos hombres



habían matado a su padre, y le contestó desafiante:

–Puedes verme todo lo que quieras.

–Así es -sonrió Neoptólemo-. Y veo lo que esperaba.

–Un niño jadeó Andrómaca, desesperada-. No es más que un niño.

–Como mi propia presencia indica, señora, los niños llegan a ser guerreros que se vengan de los que matan a su padre -Neoptólemo sonrió al niño-. Eso es lo que te gustaría, ¿no, Astianacte?

–Si tuviera una espada, te lo enseñaría.

–Claro que sí. Pero no la tienes, y yo no dejaré que se diga que Neoptólemo partió en dos con su espada a un niño desarmado -sonriendo, le dio la mano-. Ven conmigo.

Cuando Andrómaca alargó un brazo protector hacia su hijo, Neoptólemo tiró del niño agarrándolo por el lóbulo de la oreja.

–¿Adónde lo llevas? – gritó Andrómaca.

–Sólo quiero enseñarle la tumba de mi padre.

Los mirmidones la sujetaron cuando quiso impedir que Neoptólemo llevara a Astianacte a un balcón de la estancia que daba a la ciudadela de Ilio. La brisa nocturna movía las cortinas y un espantoso griterío llegaba de la plaza, donde las mujeres veían cómo los argivos, armando mucho ruido, sacaban de sus escondites a sus amantes, esposos, hermanos e hijos y los torturaban y mataban allí mismo.

Por un instante, Andrómaca contempló el cabello de los dos niños iluminado por el rojizo fulgor que ahora teñía el cielo nocturno. En otro mundo, más amable, podrían haber sido hermanos, Neoptólemo señalando con la mano izquierda, más allá de las murallas, el túmulo funerario donde aún brillaba la señal de fuego de Sinón.

–¿Ves aquel túmulo de allí? – le dijo-. Es donde yace mi padre.

Y con la mano derecha cogió al niño por la oreja, lo echó hacia abajo, lo levantó y lo arrojó de cabeza por el balcón.

Mucho antes de eso -antes de morir Astianacte, antes de que se llevaran a la plaza a Andrómaca, Casandra y Hécula como se lleva al ganado, antes de que cortaran la cabeza al anciano rey Príamo-, Menelao había entrado en la ciudad con un solo pensamiento. Sabiendo cuál sería, Agamenón había ordenado a Odiseo que no se separase de su hermano ni un momento al salir del caballo. Así pues, mientras los demás tomaban la Puerta Escea y liquidaban a los borrachos que dormitaban por la plaza, Menelao y Odiseo recorrieron las silenciosas calles de la ciudadela buscando la mansión que Paris construyó para Helena y que ahora era residencia de Deífobo.

Anténor les había dado instrucciones, por lo que les fue fácil encontrar la casa. Pero, tal como estaba acordado, esperaron un rato a la puerta del patio hasta que llegó el mensaje de que Diomedes y sus hombres habían tomado las entradas al gran almacén donde se alojaba la guarnición de etíopes de Memnón. Los encerrarían allí hasta expoliar los tesoros de Troya y luego incendiarían el edificio, derruyendo todo lo que lo rodeaba junto con el resto de la ciudad.

En esa espera, Odiseo se subió a una azotea para ver el mar. A la trémula luz de la luna, distinguió las sombras de las naves de Agamenón enfilando hacia la playa. Los tejados de azulejos de la ciudad se extendían allá abajo, apenas se oía un sonido. Habían tenido suerte. No se oía ni el ladrido de un perro.

Llegó la señal. Todo estaba en orden. Menelao empujó la puerta esperando hallarla cerrada. Se abrió suavemente.

La mansión, de tres plantas, rivalizaba en grandeza con el palacio de Príamo. Los balcones tenían vistas a los montes ideos por el sur y al mar por el norte. El aire nocturno del patio estaba cargado de

la fragancia de jazmines y lirios y del aroma de los árboles en flor. La puerta de la casa estaba entreabierta.

Nada más entrar, vieron los cuerpos dormidos de criados y sirvientas echados de cualquier forma por divanes y suelos, como si una avanzadilla de asaltantes los hubiera despachado. Sabiendo que la fuerza principal aún no habría atracado y que era demasiado pronto para arriesgarse a dar la alarma, Odiseo hizo la seña de que mataran a todo el que encontraran. Los guerreros recorrieron rápidamente la casa, mirando en todas las habitaciones y cortando cuellos a su paso.

Avanzando con prudencia por el rastro de sangre, Menelao llegó por fin a lo que sin duda era la puerta del dormitorio principal. Sin un ruido, ordenó a los que le seguían registrar las restantes salas y se quedó dudando un momento ante la puerta de delicados paneles, con sólo Odiseo a su lado. Se miraron, los dos pensando que el otro hacía mucho ruido al respirar. Los dos temblaban ante una transgresión que sentían casi sacrílega.

Menelao giró el dorado pomo y abrió la puerta.

La luz de la luna agitaba los pliegues de gasa aprovechando la brisa nocturna que se colaba por la ventana. La gran cama estaba al fondo de la alcoba, cruzando un suelo muy bien pulido. Habían dejado una lámpara de aceite encendida en un trípode cerca de la cama, y a su resplandor se distinguían las enormes y amorosas figuras de Ares y Afrodita, abrazadas en un enorme tapiz que ocupaba toda la pared de la cabecera de la cama. El aire olía mucho a incienso.

Deífobo yacía boca arriba completamente desnudo con la boca abierta y la respiración silbándole en la garganta. A su lado en la gran cama dormía Helena, con las rodillas muy encogidas bajo las arrugadas sábanas. Su melena, aún tan brillante y negra como Menelao la recordaba, se derramaba por la almohada, pero su rostro se le ocultaba.

Conteniendo la respiración, se acercó más al lecho.

Por una especie de delicadeza, Odiseo seguía junto a la puerta, pero la cerró tras él sigilosamente y se quedó allí con la espada desenvainada, observando a Menelao rodear el lado de la cama que ocupaba Helena. Le vio quitarse el yelmo que le cubría la cara y posarlo sin hacer ruido en el suelo. Menelao se incorporó y se inclinó sobre la durmiente, le puso una mano en el hombro y la sacudió suavemente dos o tres veces. Helena se agitó.

Odiseo la oyó coger aire de pronto, seguramente al sentir la presión de la punta de la daga que Menelao le puso al cuello, tapándole la boca con la otra mano.

Aparte de la ronca vibración del resoplar de Deífobo, la alcoba estaba en total silencio.

Como figuras congeladas en un retablo de alegoría moral, el marido burlado y la mala esposa se miraron a los ojos por primera vez en más de diez años. Menelao no retiró la mano hasta estar seguro de que ella no haría ruido. Enderezándose, fue hasta el otro lado de la cama, apuntando a Helena con el índice para que se quedara quieta como estaba, tapada con la sábana, mirándolo con ojos muy abiertos.

Menelao cogió un pañuelo manchado de vino que había en la mesilla de noche junto a un cuenco de plata. Con un resoplido desdeñoso, lo apretó con fuerza en la boca abierta y silbante de Deífobo y cerró la mano sobre él. Deífobo se despertó farfullando, para ver que no podía respirar y que un hombre grande con armadura le sujetaba la cara y el hombro. En ese mismo momento, Menelao le dio un rodillazo con todas sus fuerzas entre las piernas. La luz estalló en la cabeza de Deífobo.

Ya totalmente seguro de que estaba despierto y sabía con exactitud lo que pasaba, Menelao le susurró:

—¿Sabes quién soy?

La oscura cabeza asintió bajo el peso de su mano. Los ojos le brillaban de terror a la luz de la lámpara.

–Tienes algo mío -reclamó Menelao-. Es hora de que pagues por ello.

Y cambiando de lado el peso de su cuerpo, cogió la empuñadura de la espada como si fuera una daga, levantó la hoja y la hundió bien en el estómago desnudo del hombre. Tres veces la retorció antes de arrancarla de un tirón.

Pasmado de dolor, Deífobo levantó ambas manos para agarrarle la muñeca con que seguía apretándole el pañuelo en la boca. Los ojos se le agrandaron al manar súbitamente sangre de su herida. Pataleó en un vano intento de escapar.

Menelao lo mantuvo inmovilizado largo rato, hasta que a Deífobo se le quedaron los ojos en blanco y ya no se le oía respirar. Con un suspiro asqueado, Menelao soltó la muñeca. El pañuelo cayó de la boca de Deífobo. Tras él salió un cálido borbotón de sangre.

Menelao bajó la vista. Frustrado por lo rápido que había sido todo, gruñó mostrando los dientes. Se apartó de la cama, se detuvo, se dio la vuelta y entonces, como si tocarle le hubiera recordado una ofensa, levantó el inerte brazo izquierdo de Deífobo agarrándole una mano y le golpeó la muñeca con el filo de su espada. La sangre chorreó por toda la cama. Al tercer tajo la mano se desprendió. Menelao contempló la grotesca visión: la mano cortada, aún caliente y con unos flecos como de extraña criatura marina, todavía en la suya. Y tiró la cosa al otro lado de la habitación.

Aún insatisfecho, recorrió con la hoja de la espada la cara del hombre y se la hundió allí hasta oír romperse el pómulo. Resollando, como si le doliera el esfuerzo, miró lo que había hecho, se limpió la boca con el dorso de la mano y se bamboleó en la penumbra. Salpicada de sangre del cadáver que yacía a su lado, Helena gimoteaba como una niña, tapándose con las manos. Cuando Menelao la miró, se llevó la sábana a la boca.

A los tres seres de la alcoba les sobresalta entonces un súbito rugido en la noche. Es el estruendo de la hueste argiva que irrumpe en la ciudad dormida. Pronto en toda Troya resonarán los gritos y el vocerío: su eco retumbará en los corredores del tiempo. Pero dentro de la alcoba sólo se oye el espantoso silencio al inclinarse Menelao sobre la mujer que le ha roto el corazón y el espíritu, pues desde el día en que lo dejó, ha sido incapaz de hacerle el amor a ninguna otra.

La pintura se le ha corrido en manchas negras alrededor de los ojos. Y esos ojos del color del mar al mediodía, unos ojos cuyas profundidades lo habían llamado una y otra vez en los días en que Helena lo miraba con una ternura que nunca creyó merecer del todo, esos ojos son los mismos que ahora lo miran con intenso terror.

Es la mujer que ha amado de todo corazón. En otros tiempos hacía cuanto estaba en su poder por hacerla feliz. Y su corazón se retuerce de dolor al pensar que ella lo abandonó en cuanto él se dio la vuelta para entregarse a Paris en esta cama. Y peor aún, al pensar en Deífobo vapuleándola y manoseándola en el olor dulzón, a sexo y vino e incienso, de este cuarto.

Se le tensan los nudillos empuñando la espada. Hace mucho tiempo que lo deseaba, sorprenderla en esta vergonzosa cama y cobrarse en su sangre todos los insultos sufridos, todos los amigos muertos por ella, todas las lágrimas de desdicha derramadas sólo por su causa.

Desde donde mira junto a la puerta, Odiseo oye a Menelao soltar un quedo gemido al levantar la espada. Ve la luz de la lámpara reflejarse brillante en la hoja levantada. Oye el suspiro ahogado de Helena, que, con muda súplica en los ojos, mira a Menelao desde la región a la que el miedo la ha desterrado, fuera del alcance de la palabra. Y entonces pasa algo: algo de una claridad tan cristalina que sólo su poderosa belleza iguala su sencillez. Como aviniéndose al fin al sacrificio, Helena baja la sábana que aún le tapa la boca y se descubre primero el cuello y la garganta, luego los hombros y las suaves depresiones de su clavícula y por último, los pechos.

Menelao está en pie ante ella. El tiempo pasa. Fuera, en la ciudad, el fuego prende de casa en casa,

sumándose al terror y al caos de la noche; más cerca, abajo entre las plazas y jardines de la señorial ciudadela, los gritos resuenan por las calles. Como la rápida extinción de otras tantas estrellas, allá fuera la oscuridad cae en una mente tras otra. Apenas ha empezado y ya parece que no acabará nunca.

Pero al final, Odiseo todavía mirándolo, Menelao baja la mano de su espada. La propia espada cae al suelo y poco después, como quien ha luchado demasiado contra su destino y no ve qué más pue de hacer, Menelao se sienta en la cama junto a su esposa y rompe a llorar quedamente.

### **El fantasma**

*stas cosas sucedieron hace mucho tiempo, y los hombres y mujeres cuyos destinos conformaron la guerra de Troya han desistido desde entonces de su forma mortal para entrar en el reino inmortal de la ficción. Tampoco a quienes los recordamos tal como fueron nos queda ya mucha vida. Y con el paso del tiempo, nuestra memoria se desvanece, y ¿qué es la memoria, sino un acto de la imaginación?*

*Otros, por tanto, contarán estas cosas de otra forma, y aunque unos digan una cosa y otros digan otra, ¿no sucede así también con la disputa de ayer o las peleas de taberna? Pues aunque hay bardos que creen que el divino Apolo, con su ojo para el orden y la armonía, es la deidad de nuestro arte, yo estoy con los que saben que también Hermes anda siempre por ahí cerca, gastándonos bromas sutiles, haciendo danzar las sombras.*

*Así, estas historias vivirán y crecerán y cambiarán siempre que haya bardos para contarlas, y quien declare ser dueño de la verdad de la guerra de Troya cae en la trampa de su propia vanidad. No obstante, a veces he extendido mi caridad a algunos de los relatos más fantasiosos que han llegado a mis oídos, y el más extraño de todos es el que nos querría hacer creer que Helena, en realidad, nunca llegó a Troya.*

*Oí esta historia de un comerciante egipcio, según el cual la conocen en todas partes por las salinas de Canopo del delta del Nilo, donde Paris y Helena desembarcaron en su travesía hacia Troya surcando el mar oriental. Al decir de esta historia, dos de los sirvientes de París saltaron de la nave mientras atracaban allí y buscaron refugio en un templo, donde muchos esclavos fugitivos se acogen a lugar sagrado. Desde ese lugar seguro, propagaron la especie de que Paris había raptado a Helena por la fuerza. Cuando se presentó el cargo ante el rey Proteo de Menfis, éste ordenó arrestar a Paris. Tras prolongados interrogatorios, Paris fue deportado de Egipto, el tesoro que robó le fue confiscado y a Helena la retuvieron en Menfis hasta que Menelao fue a recogerla desde Esparta.*

*Mi primera reacción fue descartar esta historia por absurda. Pues claro que Helena había estado en Troya. Odiseo la había visto allí. Es más, Telémaco había ido a Esparta después de la guerra, y la encontró allí, unida a Menelao de nuevo. Había oído sus historias de sus propios labios. ¿Qué fatuas invenciones eran éstas? Pero el egipcio tenía una explicación para la disparidad entre mi versión de los acontecimientos y la suya. Insistía en que la verdadera Helena permaneció en Menfis durante toda la guerra, mientras que la belleza que acompañó a Paris a Troya era un mero fantasma: una idea de Helena, tan poderosa en la mente de los hombres que la confundían gustosos con la realidad.*

*Y el egipcio insistía en la verdad de su relato con tal convicción, que todas mis protestas fueron en vano. Se mirara por donde se mirara, sus hechos y los míos no coincidían, y aunque no podía ser que los dos estuviéramos en lo cierto, no hubo nada que hacer. Sin embargo, cuanto más pienso en estas cosas, más me pregunto si, después de todo, no habría cierta verdad poética en la historia del egipcio.*

*Pues me parece bastante posible que la campestre joven que al crecer llegó a ser reina de Esparta y luego Paris se llevó a Troya fuera un ser muy distinto al que vivió en la exaltada imaginación de él. Paris había soñado con Helena mucho antes de conocerla. Era el sueño lo que amaba. Y si el sueño fue tan apasionado que no despertó de él hasta que era demasiado tarde, la Helena que se llevó a Troya fue, sin duda, un fantasma. Si eso es lo que pasó, nadie ha podido saberlo nunca mejor que la*

propia Helena.

Y tampoco aquí acaba la cosa, pues ¿no será siempre un fantasma lo que nos lleva a la guerra, ya sea un sueño de poder, de riqueza o de gloria, o el temor a que los demás hombres sean seres extraños y hostiles que nos quieren hacer daño? Todas las amargas causas de la guerra en Troya, ¿no acabaron siendo meros fantasmas para quienes lloraron sobre las cenizas de la ciudad? ¿E incluso para los que volvieron victoriosos de la guerra, sólo para ver que sus tribulaciones apenas acababan de empezar?

Pero son otras historias: historias que por lealtad a Odiseo y esperando que mi parte en la verdad sobreviva al paso del tiempo, yo, Femio, bardo de Ítaca, vendré a contar un día. Pues en el reino mortal, sólo las historias pueden más que la muerte, y el dios al que sirvo me exige ese esfuerzo adicional.

## Agradecimientos

La influencia de la clásica obra de referencia Los mitos griegos, de Robert Graves, es evidente a todo lo largo de este libro; sin su paciente e imaginativa erudición me habría perdido. Aunque a grandes rasgos he querido ser fiel a las historias tal como Graves las registra, no he dudado en dar licencia a mi imaginación, que tiende a ser anacrónica, siempre que me ha parecido necesario. Como no sé griego, me he valido también de las majestuosas traducciones en verso de Richmond Lattimore y Robert Fagles y la vívida versión en prosa de E. V Rieu de la *Ilíada* de Homero. La buena traducción al inglés de los *Himnos homéricos* de Jules Cashford también ha sido un poderoso llamado a la fuerza y la belleza de la cultura que estos mitos encierran. *In Search of the Trojan War*, de Michael Wood, me pareció un recorrido muy ameno por la arqueología de Troya y Micenas, y las maravillosas novelas de Mary Renault *The King Must Die* y *The Bull from the Sea* fueron fuentes de inspiración y estímulo constantes.

Más personalmente, quiero agradecer la ayuda y el aliento de mi editora Jane Johnson, mi agente Pat Kavanagh y mi familia y amigos, en especial Elspeth Harris, Stephen Russell y James Simpson. También debo una gran ronda de gracias a todos los de la *happy hour* de la cervecería de Milk Street, por mantenerme altos los ánimos y vivo el ingenio. Pero la mayor de las deudas es para con mi mujer, Phoebe Clare, por aguantarme y por pedir al libro y al autor más de lo que ninguno de los dos habrían sido capaces de dar ellos solos.

[\\* Maíz, así en el original del libro impreso. ¿Error de traducción del inglés, error del autor?. En fin, maíz en el Viejo Mundo. \[Nota e ironía del escaneador\]](#)

[\\* Maíz, así en el original del libro impreso. ¿Error de traducción del inglés, error del autor?. En fin, maíz en el Viejo Mundo. Y como se ve repetido \[Nota e ironía del escaneador\]](#)

[\\*\\* Lo dicho en la nota anterior.](#)

This file was created with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org

10/11/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/